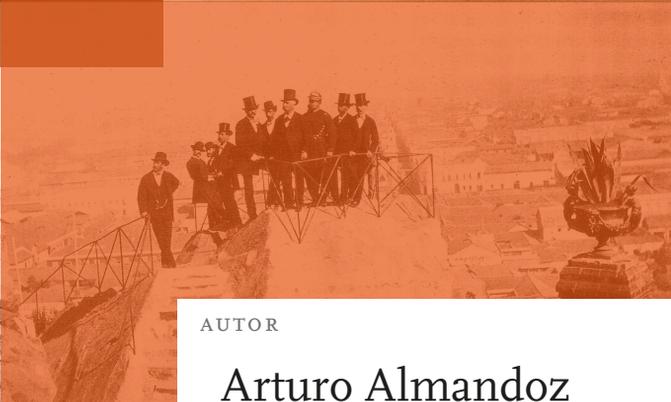
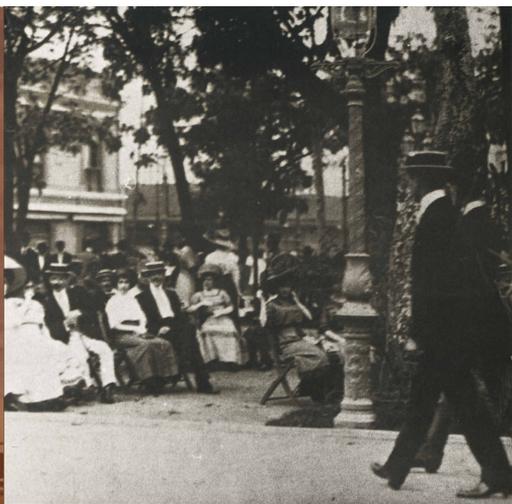


MODERNIZACIÓN URBANA EN AMÉRICA LATINA

DE LAS GRANDES ALDEAS
A LAS METRÓPOLIS MASIFICADAS



AUTOR

Arturo Almandoz



RIL editores

MODERNIZACIÓN URBANA
EN AMÉRICA LATINA

ARTURO ALMANDOZ

MODERNIZACIÓN URBANA
EN AMÉRICA LATINA

*De las grandes aldeas
a las metrópolis masificadas*

COLECCIÓN
Estudios Urbanos UC



RiL editores

330.98 Almandoz, Arturo

O Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas / Arturo Almandoz — Santiago : RIL editores - Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, 2018.

404 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-0456-4

1 URBANIZACIÓN-AMÉRICA LATINA-HISTORIA. 2 URBANISMO-AMÉRICA LATINA-HISTORIA. 3. SOCIOLOGÍA URBANA-AMÉRICA LATINA



MODERNIZACIÓN URBANA EN AMÉRICA LATINA.
DE LAS GRANDES ALDEAS A LAS METRÓPOLIS MASIFICADAS
Primera edición: mayo de 2013
Segunda edición: julio de 2018

© Arturo Almandoz, 2018
Registro de Propiedad Intelectual
N° 227.485

© RIL® editores, 2018
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
☎ (56) 32 274 6203
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

© Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, 2018
Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos
Pontificia Universidad Católica de Chile
El Comendador 1916
CP 7520245 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 3545505
www.ieut.cl

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-0456-4

Derechos reservados.

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	
<i>Macarena Ibarra Alonso</i>	11
PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN	17
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN	
EN BUSCA DEL DESTINO DE LA ALDEA MASIFICADA LATINOAMERICANA	
<i>Pedro Bannen Lanata</i>	19
CAPÍTULO I: ENTRE PREFACIO E INTRODUCCIÓN	
Modernización burguesa.....	27
Historia cultural urbana.....	30
CAPÍTULO II: PROGRAMAS PROGRESISTAS Y MITOS URBANOS DEL XIX	
Territorios rotos.....	43
Civilización y barbarie	50
Padrinos europeos.....	58
Desiertos en repúblicas.....	65
El fin de las grandes aldeas.....	83
Hacia las ciudades burguesas	90
Entre costumbrismo, criollismo y realismo.....	107
CAPÍTULO III: ARIELISMO Y MODERNISMO, HIGIENE Y BELLA ÉPOCA	
A la sombra del coloso.....	119
Arielismo, modernismo y Bella Época	126
<i>Pax</i> dictatorial y positivismo, revolución y democracia	137
Embellecimiento del centenario.....	150
Reforma higiénica y habitacional	159

Tranvías, trenes y transformación urbana	170
Hacia los suburbios ajardinados	180
El «bumburismo» de los Años Locos	192

CAPÍTULO IV: MASIFICACIÓN, URBANISMO Y PLANES MANIFIESTOS

De Calibán a Próspero	205
De ciudades burguesas a metrópolis masificadas	217
Postales de civilización	221
Julianes Soreles y reciénvenidos, rotos y proletarios	231
Populismo y crisis, militarismo y corporativismo	241
Entre vanguardias y ciencias sociales.....	249
Agenda urbana y profesionalización del urbanismo	263
Padrinos extranjeros y planes manifiestos	275
Hausmannismo mejorado.....	279
Modernismo corbusierano	286
Städtebau racionalista	291

CAPÍTULO V: DESARROLLISMO, FUNCIONALISMO Y PLANIFICACIÓN

Industrialización y urbanización, modernización y desarrollo	301
Del academicismo al modernismo funcionalista	312
Entre urbanismo y planificación, ciudad y región	326
Narrativa de la transición rural-urbana.....	336

CONCLUSIONES.....	345
-------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA.....	355
Fuentes primarias.....	357
Bibliografía de apoyo	367
Obras de referencia y sitios web.....	390

*A Marco Aurélio de Filgueiras Gomes,
colega apreciado de la Universidad Federal de Bahía,
por sus contribuciones a nuestro campo.*

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN¹

Macarena Ibarra Alonso

COMO ENSAYO ILUSTRADO con un recorrido literario sensible, *Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas* es un estudio comprensivo cuya contribución se centra justamente en las tres partes de su título: modernización urbana; su perspectiva latinoamericana; y un arco temporal que abarca desde las grandes aldeas a las metrópolis masificadas.

¿Cuáles son las formas materiales y las representaciones, las concepciones y los alcances de la modernización urbana en el periodo? Almandoz sitúa el punto de partida en la ciudad postcolonial en tanto arranque de un proyecto de renovación burguesa; periodo que, con pocas excepciones como las de José Luis Romero, ha sido más visitado en la historiografía de ciudades que en miradas continentales. Adhiriendo la tesis de Romero, Almandoz privilegia el rol de las burguesías criollas en el proceso modernizador. La propuesta que ofrece el autor para aproximarse al proceso de modernización urbana es justamente desde las grandes aldeas, situadas en el contexto de la reformas liberales y progresistas de mediados del siglo XIX hasta las ciudades masificadas de mediados del siglo siguiente, como contexto en el que surgía y se fortalecía el urbanismo moderno a raíz de las propias exigencias que la modernización presentó.

El autor identifica aquella forma del proyecto modernizador latinoamericano, el cual habría sido conducido por oligarquías para convertir, en palabras que cita de Juan Bautista Alberdi, «los desiertos en repúblicas.» Las conocidas obras de remozamiento de la ciudad colonial y el gradual término de la preeminencia residencial del centro histórico, indicarían el lento «fin de las grandes aldeas», concepción plasmada en la novela de Lucio López en la que, según Almandoz, «se recogían

¹ Originalmente publicado como reseña en *Planning Perspectives*, vol. 29, no. 2, 2014; *Eure*, vol. 41, no. 122, enero 2015, pp. 285-289.

los primeros efectos del crecimiento urbano, de la inmigración y los cambios en los modos de vida de la ciudad» de Buenos Aires. Según el autor, esa modernización embellecedora no había logrado eludir la problemática sanitaria y habitacional, cuestiones que habían sido puestas en la agenda europea y norteamericana desde mediados del siglo XIX y que fueron, «asumidas por la sociedad civil y el Estado» en el camino a la emergencia del urbanismo a principios del siglo XX».

Pero los capítulos de la agenda modernizadora como tal se presentan más bien como telón de fondo en la obra de Almandoz, pues son las distintas voces las que nutren el aporte a la comprensión de la modernización urbana. Como trabajo que le pertenece a la historia cultural urbana en tanto la representación es central, el autor concede a la dimensión cultural de la urbanización - incorporada en el proceso modernizador —el rol conductor del ensayo. Así, más allá de las trabas económicas, territoriales e institucionales que el periodo colonial legó a las ciudades postcoloniales —«territorios rotos», en palabras del autor— las conocidas contraposiciones sarmientinas entre civilización y barbarie que aparecieron en representaciones hasta entrado el siglo XX, son «escenificadas» en ensayos y novelas que contribuyen a la reflexión de algunas dimensiones de la noción de civilización. Esas representaciones también las elabora en el marco de la forma en que referentes franceses y británicos «iluminan» los programas burgueses y también los mitos que se manifestaron las formas de habitar la ciudad.

La rica aproximación a la modernización que el autor propone desde voces, políticas y disciplinas, pero especialmente desde el ámbito literario e intelectual, plasman las reacciones a los programas liberales. Por citar algunos ilustrativos capítulos, el autor propone que se reflejaron en el temprano costumbrismo de Blest Gana en *Martín Rivas* o en las obras de fin de siglo, tal como *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma; mientras siguió la literatura reflejando la tensión entre barbarie y civilización, según recorre en obras de corte criollista como las de Jorge Isaacs, Rómulo Gallegos y José Hernández. También vislumbra, cómo en el entretanto, surgía un realismo de corte naturalista que registraba la mutación de la ciudad burguesa; y aquí es emblemática la obra de López titulada *La gran aldea*, el sentido de lo metropolitano en las novelas de Martí y otras más lúgubres descripciones de lo urbano en obras como *Juana Lucero* de D'Halmar para el barrio Yungay. De este modo, el autor se aproxima a un itinerario literario, entrecruzado entre miradas, temáticas y estéticas diferentes, que acompaña al sentido de

cómo la novela va dejando atrás a las grandes aldeas de los primeros tiempos republicanos.

«La tardía pero atropellada urbanización de Latinoamérica» —en palabras del autor— y el tono diferente de la modernización al promediar el siglo XX, en el marco de distintas formas en regímenes estatistas, liberales y democráticos, y aún del desarrollismo respaldado desde 1948 por la OEA y la Cepal, mientras pervivía hasta los años 60 la ecuación de la sociología funcionalista entre industrialización, urbanización y modernización, originó otras narrativas, y otras representaciones.

Pax dictatorial, positivismo, revolución y democracia de fondo, más allá de contextos específicos, permiten comprender la emergencia de elementos culturales, por ejemplo, los que surgen desde el mundo indígena y mestizo y que se vinculan al escenario latinoamericano. Con matices, la agenda de reivindicaciones políticas y sociales a escala continental dio lugar a respuestas en las primeras tres décadas del siglo XX que con diferencias ilustraron lo que Almandoz identifica como embellecimiento urbano, especialmente a la luz de los centenarios y las renovaciones en las zonas centrales de la ciudad, sucedido por reformas higiénicas y habitacionales, por una transformación de la trama urbana y, por la expansión residencial burguesa.

En segundo lugar ¿qué significó la modernización urbana en una mirada de América Latina? La escala continental, como se advirtió, implica tomar ciertos riesgos, que tienen que ver con el análisis de las trayectorias singulares. En este sentido, uno de los principales aportes de la obra está en ofrecer el punto de partida para estudios comparados. Sin ser forzosamente comparativo, el trabajo presenta con transparencia componentes y procesos, por ejemplo de la agenda institucional de América Latina, cuya identificación permite aproximarse al estudio del urbanismo del siglo XX sin periodizarlo ni vincularlo a orientaciones teóricas, sino más bien iluminarlo por referentes interpretados desde lo propio y que, ciertamente, aportan al debate sobre la modernización durante el siglo XX.

Esos significados son rastreados por el autor en ciudades —capitales y primadas— brasileras, argentinas, chilenas, peruanas, venezolanas, colombianas, mexicanas y, desde La Habana, ilustra el mundo de las Antillas. La obra no sólo permite examinar ciudades, sino también barrios —en repetidas ocasiones mediante novelas y ensayos poco conocidos. Se trata de voces de estos tránsitos, de barrios que se constituyen como los suburbios burgueses o pobres de la ciudad en cambios. Barrios

que evidencian distintos matices: desde el temprano desplazamiento de la burguesía habanera fuera del área central, hacia El Reparto y El Vedado; de la burguesía porteña hacia Recoleta y Retiro; la migración de la burguesía mexicana a las colonias de Juárez o Cuauhtémoc y la bogotana hacia Chapinero. El autor ubica los sentidos que van desde la expansión de infraestructura, nuevos modos de transporte y cambios cotidianos, en lo que denomina la «diáspora» de las burguesías hacia los suburbios.

De interés es la mirada de los barrios en el tránsito de las ciudades burguesas a las metrópolis masificadas de Romero, mientras, en palabras del autor, éste va consolidándose como «recinto primario comunitario de esta nueva ciudad». Los habitantes de esas ciudades masificadas que surgen de inmigrantes campesinos y extranjeros, con sectores populares urbanos, tendencias y obras literarias registraron estos componentes urbanos y sociales.

Un significativo aporte que surge también desde la atención al escenario continental es la forma en que el autor se aproxima, críticamente, a las influencias e interpretaciones que en Latinoamérica se dieron a las distintas tendencias urbanísticas —representadas por figuras extranjeras, y posteriormente también criollas— desde el haussmanismo en sus distintos momentos al modernismo corbusierano o el *Städtebau* racionalista de Hegemann. Ideas todas que nutrieron el desarrollo de las primeras oficinas de urbanismo en la región y dieron forma a los primeros planes urbanos mientras consolidaron el urbanismo en los medios académicos y profesionales.

Así, a propósito de los referentes internacionales, no pocas veces revisados, la obra contribuye a plantear críticamente los referentes de las versiones de modernización urbana para una aproximación justa a los componentes de ciertos modelos, sus alcances e interpretaciones. De ahí que Almandoz se aventure a plantear en qué medida muchas veces fueron imagen más que modelo, en tanto influencia modernizadora. El conocido proyecto parisino cuyas relaciones tantas veces ha sido puesto en perspectiva de la renovación burguesa, se examina a partir de la revisión del proyecto original galo desde los principios fundamentales del urbanismo pragmático de regularización - según indica - de Haussmann. Las referencias a los componentes de las reformas liberales en el marco de la transformación de las aldeas en ciudades burguesas son así atendidas desde ciudades, pero sin perder el foco panorámico; para observar cómo el mensaje higienista no había sido anotado como

prioritario en la mayoría del continente, mientras la articulación de servicios, circulación y monumentalidad aparecerían como componentes ya entrado el siglo XX, incluso «cuando el urbanismo profesional» comenzaba a despegar, según señala Almandoz.

Mientras sugiere que una de las mayores contribuciones británicas al *town planning* como movimiento internacional, fue el modelo de Howard de ciudad jardín, indica que estos proyectos deben primero abordarse en su sentido original; más allá de posibles vinculaciones de barrios que dieron forma a las expansiones urbanas de la Bella Época latinoamericana, tal como Higienópolis o las colonias durante el porfirato, o el rótulo que llevó a identificar El Vedado como la primera ciudad jardín latinoamericana. Los nuevos barrios residenciales representaron una evidente modernidad burguesa, menos monumental y académica que los embellecidos centros del centenario; tal como sería El Paraíso en Caracas, el primer barrio burgués que salió del centro tradicional, o Jardim América de São Paulo, liderado por el propio Parker. Como sea, modernizaciones que escaparon al trazado ortogonal y compacto de los dameros coloniales, son cuestionados por el autor, en tanto etiquetadas como ciudad jardín mientras sugiere pensar en barrios ajardinados, tal como el barrio El Golf o Los Conquistadores, en Santiago de Chile.

Resulta de interés que, de fondo, el autor interpreta los atributos del *planning* anglosajón en los suburbios y el prestigio del academicismo francés que embelleció los centros del centenario en tanto ideales presentes en la literatura; literatura que también registra los valores prevalecientes en los centros y las nuevas alternativas residenciales que representan los ajardinados suburbios burgueses. Examina cómo el paso del centro a los suburbios se reflejaba en el lento tránsito de la Bella Época a los Años Locos norteamericanizados a través de personajes literarios de Diez Canseco, Carpentier, Gallegos, Picón Salas que anunciaban la ciudad masificada.

Resguardar la comprensión de referentes internacionales, cosa que procura esta obra, es central para atender la forma en la que la urbanización y la masificación arrancaron en la profesionalización e institucionalización del urbanismo y la planificación, plataforma de la cual emergían planes urbanos que reflejaron distintas versiones y concepciones disciplinares de la modernidad. Planes que, según plantea el autor, aparecen como «ejercicios manifiestos» de la nueva disciplina más allá de que muchos no llegaron a implementarse. Así, el relevo del urbanismo de las primeras décadas del siglo XX por planificación

después de la segunda postguerra, evidenciaba cambios disciplinares en el marco referencial del modernismo y desarrollismo de Latinoamérica.

Un tercer y último punto, el de las grandes aldeas a las ciudades masificadas, son las categorías de las cuales arranca y concluye el estudio, surgidos de la imagen de la obra de Lucio López y de la categoría romeriana, respectivamente. En este arco de tiempo que delinea el ensayo, extractos de obras literarias más o menos conocidas, no ilustran sino que constituyen el argumento en torno a las representaciones y cambios sociales y urbanos de Latinoamérica.

De la inicial modernización burguesa a la primera postguerra y la ampliación de la agenda modernizadora en las primeras tres décadas del siglo XX, el estudio avanza hacia un escenario que ya se asomaba como metropolitano a la luz de ciudades masificadas. Y si bien las tempranas renovaciones de las ciudades burguesas, como señala el autor, fueron acompañadas de cambios institucionales —algunos flamantes ministerios, cambios tipológicos de los edificios— mientras las burguesías emigraban de los centros históricos tradicionales a nuevos barrios - el foco se coloca en cómo, en el entretanto, buena parte de la narrativa latinoamericana, en palabras del autor, coloreaba el proceso de cambios sociales y culturales, mutando la literatura en estilos y perspectivas.

Mientras se agotaba el arielismo, las ciudades presentaban otras proporciones; la transición demográfica y la urbanización del segundo tercio del siglo XX, que daba paso a las ciudades masificadas, fue plasmada en la narrativa latinoamericana que registraba cambios culturales y sociales en una literatura atravesada por distintos estilos y temáticas.

En síntesis, las dimensiones de la modernización son atendidas con rigor desde una ilustrada y sensible aproximación que recoge tanto aspectos materiales y culturales como estéticos, y con una mirada que anota procesos comunes y disímiles, pero que en definitiva logra poner en perspectiva muchas de las monografías y microhistorias desarrolladas hasta ahora. En suma, *Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas* nos obliga a recordar la necesidad de elaborar obras panorámicas. Al reconocimiento de esta empresa, habría que sumar los agradecimientos por la lúcida, depurada y asertiva escritura de la obra, oficio que ha caracterizado la trayectoria del autor.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

ENTRE LO MÁS GRATIFICANTE de alcanzar la segunda edición de esta obra, concebida como introducción panorámica al proceso urbano latinoamericano en la era republicana, está saber que mucho del primer tiraje fue adquirido, además de académicos y lectores del gran público, por estudiantes de cursos en diversos programas de posgrado. Es en parte una retribución al hecho de que, tal como fue advertido en el prefacio a la primera edición de 2013, el texto resulta de la interacción entre, por un lado, la línea de investigación desarrollada durante casi dos décadas, y por el otro, la docencia de posgrado ante auditorios en varias universidades latinoamericanas y europeas. Las preguntas y los comentarios de los estudiantes y colegas de arquitectura y urbanismo, de letras e historia, ya en Caracas o en Santiago de Chile, en Santa Fe de Argentina o Salvador de Bahía, o inclusive en Helsinki o Londres, han nutrido y coloreado la narrativa de este libro, tanto como el corpus literario sobre el que se apoya. Y también es gratificante confirmar a través de esta segunda edición, desde una perspectiva historiográfica, el apetito por y la necesidad de obras panorámicas - como ha señalado la doctora Macarena Ibarra Alonso, en el prólogo a esta edición - después de la miríada de obras casuísticas producidas por la historia urbana latinoamericana, al menos desde la década de 1990.

No voy a detenerme a repetir consideraciones teóricas, metodológicas o historiográficas esbozadas en la introducción. Sólo deseo señalar que, de común acuerdo con los editores de la colección, hemos decidido mantener el texto de la versión de 2013 —presentada en su momento por los colegas Pedro Bannen, Macarena Ibarra y José Rosas— corrigiendo eso sí las debidas erratas, así como ajustando la sintaxis en algunos pasajes, para facilitar la lectura. Y en vista de que el texto no está siendo sustancialmente intervenido, algunas de las fuentes bibliográficas aparecidas en los últimos años solo están siendo incorporadas en notas a pie de página.

Por sobre todo, deseo agradecer la oportunidad de reeditar la obra, generosamente ofrecida por el Instituto de Estudios Urbanos

y Territoriales (IEUT) de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC), a través de la persona del director de la colección, profesor Felipe Link. Que el libro haya aparecido bajo el sello del IEUT y la PUC es una pequeña retribución a la institución que tuvo a bien designarme profesor Titular Adjunto desde 2009, lo cual ha sido, no me canso de repetir, una inesperada distinción en mi modesta vida académica. Sin embargo, no debo olvidar al decanato de Investigación y Desarrollo (DID) y el departamento de Planificación Urbana de mi *alma mater*, la Universidad Simón Bolívar (USB) de Caracas, donde el proyecto de investigación generador de este libro, fue acogido y patrocinado desde comienzos de la década de 2000. No por último menos importante, aprovecho también para agradecer a los colegas de cuyas obras han sido tomadas algunas de las ilustraciones, quienes han sido debidamente identificados en las leyendas.

Arturo Almandoz Marte
Caracas, enero de 2017

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

EN BUSCA DEL DESTINO DE LA ALDEA
MASIFICADA LATINOAMERICANA

Pedro Bannen Lanata

SI PARA DISTINTOS ESTUDIOS la ciudad es recurrentemente percibida como la expresión material por excelencia del proceso histórico cultural de una determinada sociedad, ella también es la reserva y el registro de todos los anhelos no cumplidos por el mismo puñado de habitantes que le dan nombre y existencia. Si la América hispana e indígena, la del viejo mundo y la del nuevo, han nacido y transitado buscando el reino de El Dorado y alimentándose mutuamente de ese mito, sus ciudades han guardado hasta ahora celosamente la promesa aún no cumplida.

Si el anhelo más querido ha sido siempre dejar atrás una realidad siempre dura y muchas veces dolorosa, para comenzar a construir definitivamente un futuro lleno de oportunidades, las ciudades y en especial sus ciudades capitales, han sido el mejor campo de acción para desplegar las más inverosímiles y ambiciosas realidades urbanas imaginadas, y siempre fragmentaria y muy parcialmente logradas.

Entre las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siguiente, en el marco de las celebraciones del centenario de la independencia de la Corona española, el conjunto de ciudades capitales del continente latinoamericano abre, explora e implementa un arsenal de estrategias urbanas, para llevar adelante una de las etapas más intensas de esa búsqueda de un nuevo porvenir y abandono de condiciones precedentes.

Pareciera que en el esfuerzo y empuje de abandonar una cierta realidad poscolonial, se juega el destino de esas comunidades y países por integrarse al relato de una historia universal que sigue (y seguirá por mucho tiempo más) escribiéndose desde las ciudades capitales de las grandes potencias mundiales; las mismas ciudades capitales que en

ese tramo de tiempo modificarán radicalmente tanto sus realidades morfológicas como el peso específico de cada una en el equilibrio mundial de centros urbanos de toma de decisiones.

El trabajo de Arturo Almandoz, que ya nos tiene acostumbrados a transitar cuidadosa y recurrentemente por calles y avenidas de este período de la historia urbana de las ciudades latinoamericanas, nuevamente aporta un conjunto de argumentos articulados e iluminadores para mostrar nuevas facetas de los procesos particulares, paralelos y misteriosamente interconectados de este conjunto de ciudades.

Así, llevados por sus referencias de lugares y personajes clave, contactos e influencias, situaciones buscadas o sorpresivamente encontradas por cada una de estas ciudades, nos lleva la atención a nuevos edificios construidos sobre los mismos argumentos o nos interna en desconocidos barrios donde se vislumbran los esbozos de una configuración metropolitana pronta a aparecer o, más bien, explotar en esa realidad urbana continental.

Cuánto de la actual condición y compleja dificultad de comprensión de nuestra realidad urbana latinoamericana no arranca de esa percepción fragmentaria y fragmentada que se constituye desde los «territorios rotos», donde una escritura de trozos con dueño y caudillo se apropia de territorios parciales y privilegios arrebatados al rey, y que solo cambian de dueño o de nombre. Cuánto arrastra de la etapa de conquistadores y conquistados ese grito de modernidad aparente que clama la confrontación de «civilización y barbarie», donde la sustitución de cargos y funciones con aparente modernidad en su concepción no renueva, sino más bien perpetúa, todo lo preexistente. De porfiada manera, la velocidad de cambio en las apariencias guarda con igual fuerza, en los pliegues de las mismas edificaciones, pasajes o procedimientos locales, los legados de lo que siempre se fue y se intenta abandonar.

Pero irrumpen nuevos desafíos que obligan a nuevas respuestas. Una principal es la escala y el tamaño adquiridos por las configuraciones urbanas que se imponen, al igual que otras fuerzas aludidas, a la nueva realidad de los territorios nacionales. Y lo hacen muchas veces recurriendo a la violencia de la guerra, donde los intereses de fragmentos nacionales luchan por intereses particulares levantando la bandera de la defensa y el honor de las nuevas nacionalidades.

Las condiciones de vida en una escala más reducida de asentamiento no ponen en evidencia las necesidades, los requerimientos y las urgencias de estas nuevas realidades urbanas nacidas del crecimiento sostenido de

sus predecesoras. Así, la excusa de la efeméride centenaria será razón suficiente para encarar con audacia y vehemencia la necesidad de dar forma a nuestras ciudades, a la mejor manera en que se cree lo hacen las ciudades del mundo más avanzado.

Surgen las nuevas infraestructuras que rearticulan los espacios públicos y la conectividad con el resto de los territorios. Están los requerimientos de mínimas condiciones de habitabilidad e higiene, que de lujo pasan a necesidad, pero la rapidez de su implementación para la aristocracia local y para la nueva burguesía, consolidada como otra clase dominante, contrasta con la lentitud con que llegan esos mismos progresos a la población masiva y postergada, que se expande en vastos territorios urbanos y carentes hasta nuestros días de esos bienes y servicios.

Del desarrollo particular de las ciudades de colonia, insertas en una realidad nueva y distinta como es la americana, se transita a la voluntad de paridad con las ciudades y sociedades de cualquier país desarrollado del mundo. La postergación crónica del hallazgo de El Dorado, en esta fecha nombrado en otras claves, consolida la injusta y permanente estructura de privilegios y sometimientos que la realidad continental hunde en sus más profundas y reconocidas realidades históricas, aún anteriores a la llegada de los conquistadores. De distintas maneras, el continente y sus ciudades se dejan conquistar por los mismos (u otros) invasores, europeos en un inicio y estadounidenses, más adelante.

La fuerza de las ciudades capitales como generadoras —o, al menos administradoras— de la riqueza nacional ya no se discute. A mayor atractividad, mayor presión de crecimiento por migraciones hacia las mismas. En su conformación formal, estas fuerzas de crecimiento presionan tanto a la expansión en extensión como a la transformación de sus cascos coloniales, superados en uso y reconocimiento.

La expansión en el territorio explorará la implementación del modelo de ciudad-jardín por razones distintas y con componentes locales, más cercanos a la casa-huerto rural que a la voluntad de una nueva expresión urbana. Pero esa «ciudad propia» se combina, en suburbios y periferias, con extensos arrabales de miseria y sobrevivencia que, no sin acciones de violencia, logran localizaciones tan precarias y riesgosas como la realidad de sus habitantes.

La transformación de las ciudades centrales es atravesada por múltiples fuerzas paralelas. En la búsqueda de una nueva imagen

urbana que renuncia y se aleja de la apariencia tradicional y añeja, la modernidad es novedad a todo precio. La satisfacción de exigencias más complejas, la oferta de múltiples servicios y atractivos bienes de consumo, la construcción de ritos sociales cotidianos y ceremoniales: todo ello debe ocurrir en la nueva y dinámica ciudad central. La de siempre, la de ahora y la de un mañana soñado.

Los adelantos llegan por diferentes modos y portadores. Hubo pasos iniciales, dados por ciudadanos locales que, tras estadías de distinta duración en Europa, trajeron las novedades de las ciudades más avanzadas. Luego vendrían los técnicos y profesionales contratados por los gobiernos locales, que intentaron plasmar en planes y planos las directrices necesarias para lograr similares objetivos. Se combinaron con algunos expertos extranjeros que llegaron por propia iniciativa, contrastando sus propuestas con las generadas por los profesionales locales, egresados de los centros universitarios del continente.

Todos ellos verán la receptividad a sus actuaciones condicionada por el perfil de los líderes, muchas veces caudillos, de cada gobierno nacional o local —y temporal— con que les corresponda coactuar y junto a quienes intentar ser protagonistas. Personajes que van desde aquellos que hacen del plan de su ciudad la piedra clave de la estrategia de gestión, hasta los que bloquean las oportunidades o ignoran el valor de la ciudad como gatilladora del anhelado progreso. En todo caso, su receptividad no hace sino reproducir, bajo las condiciones de los nuevos tiempos, la vieja estrategia del conquistador español de fundar ciudades, en su origen campamentos militares las más de las veces, para el logro final de un cierto dominio sobre un territorio más vasto, más extenso y anheladamente más rico.

En su nueva dimensión, las ciudades configuradas en este período se proyectan con fuerza sobre su propio territorio, el de la región y el del país. Todas son asumidas como oportunidades de implementar modelos de desarrollo distintos, o se las percibe como el nuevo escenario de un transitar particular —y cargado de particularidades— por el mismo continente. Se trata, no obstante, de un territorio donde el crecimiento en tamaño, escala y complejidad de sus urbes no lleva ritmado el destino de paso entre aldea, ciudad o metrópolis; un territorio en cuya matriz signada de precariedad muchas veces se acumulan cantidades y volúmenes crecientes de lo mismo, de aquello que siempre fue.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Los matices y las gradaciones, las similitudes y las coincidencias, de aquellos múltiples recorridos son los que expone para cada ciudad y para todas, con rigor, con oficio y con argumentos sensibles, el texto de Arturo Almandoz que sigue.

Santiago de Chile, mayo de 2012

CAPÍTULO I
ENTRE PREFACIO E INTRODUCCIÓN

La capital es el salón de la casa y toda casa que se respeta tiene su salón limpio y sus muebles en buen estado, para que puedan sentarse las visitas.

ALBERTO MACKENNA SUBERCASEAUX, *Santiago futuro* (1915)

MODERNIZACIÓN BURGUESA

1. Durante los años de estudio en la Architectural Association de Londres, entre 1993 y 1996, comencé a desarrollar el tema de este ensayo en mi investigación doctoral sobre la transferencia de modelos urbanísticos y cultura urbana a Caracas. El período cubierto abarcó desde el así llamado «guzmanato» (1870-88), en referencia a las reformas liberales de Antonio Guzmán Blanco (1829-99), hasta el primer plan urbano para la capital, o «plan Rotival» (1939), epónimo del ingeniero francés que lo coordinara. La tesis resultante fue publicada en primera edición en español en 1997 como *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*.¹ La aproximación a este arco de modernización urbanística fue ampliada desde una visión comparativa para América Latina, a propósito de la publicación que fui invitado a coordinar sobre la cristalización del urbanismo institucional en las grandes capitales latinoamericanas.² En ella, sendos capítulos de introducción y contextualización permitieron bosquejar y proyectar ese arco de cambios sociales y transformaciones urbanas a través del continente.

Paralelamente, el tema se fue enriqueciendo en términos de historia cultural mediante mi participación en eventos internacionales así como en cursos de posgrado, dirigidos principalmente a estudiantes de

¹ Arturo Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)* (1997). Caracas: Equinoccio, Universidad Simón Bolívar (USB), Fundación para la Cultura Urbana, 2006.

² Arturo Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002). Londres y Nueva York: Routledge, 2010. Valga señalar que, sobre parte del material aquí presentado, pero reorientado hacia la relación entre demografía, economía y desarrollo, fue publicado el libro *Modernization, Urbanization and Development in Latin America, 1900s-2000s*. Londres y Nueva York: Routledge, 2015.

arquitectura y urbanismo, letras e historia, en universidades venezolanas y del exterior.³

Sobre la base de esas aproximaciones previas que ya superan los tres lustros de trabajo en el tema, la primera justificación de este ensayo viene dada por la escasez de visiones panorámicas y comparativas actualizadas, de alcance continental, para el período republicano de América Latina. También por la necesidad, en segundo lugar, de integrar el proceso de modernización urbana y urbanística con sus condicionantes históricas y manifestaciones culturales más generales, tal como he tratado de bosquejar en algunos artículos y capítulos de libros, para episodios parciales del ciclo que ahora se intenta ofrecer ampliado y articulado en este ensayo. Dichos textos son a la vez notas docentes, no exentas de temores por las omisiones conllevadas por todo trabajo panorámico.⁴

2. Influido en buena medida por mi formación de urbanista, así como por el recelo a perderme en una noción que ha sido abordada desde perspectivas muy diversas, mantiene este ensayo algo de la concepción de la sociología funcionalista en boga hasta mediados del siglo XX, según la cual la *modernización* es consecuencia de procesos de industrialización y urbanización iniciados en naciones europeas con

³ Los eventos en que he participado con temas relacionados son innumerables; sin embargo, en los aspectos o episodios que tengan una relación directa con la participación en un evento, ello será indicado en nota al inicio de la sección respectiva. Entre los cursos de posgrado que desarrollaron parcial o totalmente esta temática estuvieron los dictados en la Universidad Central de Venezuela (UCV, Caracas, 1998-99); Universidad Simón Bolívar (USB, Caracas, 2002-2005); Universidad de Los Andes (ULA, Mérida, 2003); Instituto Renvall, Universidad de Helsinki (2004); Universidad del Zulia (LUZ, Maracaibo, 2007); Universidad Federal de Bahía (UFBa, Salvador, 2009); Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC, Santiago, desde 2010); Universidad Nacional del Litoral (UNL, Santa Fe, Argentina, 2011).

⁴ Además del ya mencionado *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, véase, por ejemplo, Arturo Almandoz, «Sobre el imaginario urbano de la Latinoamérica republicana, 1830-1950», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 645. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), marzo 2004, pp. 7-21; Arturo Almandoz, «Demandas políticas y reformas sociales en la masificación urbana latinoamericana, 1900-1930», en Fernando Aguiar, Francisco Lara, Nelson Lara (comps.), *Decidir en sociedad. Homenaje a Julia Barragán*. Caracas: Ediciones Chiryme-kp, 2009, pp. 329-343. Con la intención de reconocer pasajes de material publicado previamente, otros artículos comparativos o panorámicos serán referidos en las secciones respectivas.

la Revolución Industrial.⁵ Se entiende asimismo que esta secuencia de paradigmas —para utilizar un término más contemporáneo— ha cambiado de advocación a lo largo de los siglos XIX y XX, siendo análoga a la tríada decimonónica, de corte positivista, de orden, progreso y civilización. A la vez, está en la base de la noción de desarrollo que, desde la segunda posguerra, ha determinado la relación entre los así llamados Primero y Tercer mundos, hoy también en discusión.⁶ Por lo demás, esa concepción de modernización incorpora distintas *dimensiones* de la urbanización en tanto proceso, entre las que cabe mencionar la demográfica, territorial y cultural, la última de las cuales resulta privilegiada en nuestro abordaje.⁷ Y en parte como resultante de la combinación de estas dimensiones, se sigue aquí, para volver a términos no exentos de entrevero, la distinción establecida por García Canclini entre modernización como proceso, modernidad como estadio, y modernismo como movimiento.⁸

Dentro de la dimensión cultural de la urbanización, especial significación tienen en nuestra aproximación los cambios de actitudes y valores, así como el papel de las burguesías criollas en trance de modernización. En este sentido, puede decirse que suscribimos la tesis preconizada por el historiador argentino José Luis Romero (1905-77), para quien «el espíritu moderno tal como parecía constituirse en el llamado Renacimiento, no es sino mentalidad burguesa, conformada a partir del momento en que la burguesía aparece como difuso grupo social, elaborada a partir de ciertas actitudes radicales, y desarrollada de manera continua aunque con ritmo diverso desde entonces».⁹

Partiendo de esa concepción de modernidad, entroncada por Romero en la Baja Edad Media europea, se trabaja aquí, obviamente,

⁵ Representada en escuelas y obras a ser mencionados más adelante, esta tradición funcionalista ha sido revisada, por ejemplo, en Mike Savage y Alan Warde, *Urban Sociology, Capitalism and Modernity*. Londres: Macmillan, 1993.

⁶ Puesta en perspectiva histórica de paradigmas que han realizado, por ejemplo, Robert B. Potter y Rally Lloyd-Evans, *The City in the Developing World*. Londres: Longman, 1998, pp. 9-12.

⁷ Estas dimensiones de la urbanización pueden ser revisadas, para diferentes tipos y escalas de asentamientos, en el clásico trabajo de Jean Remy y Lilianne Voyé, *La ciudad y la urbanización*, trad. J. Hernández Orozco. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), 1976.

⁸ Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1989). Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995, pp. 72, 80.

⁹ José Luis Romero, *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967). México: Siglo Veintiuno Editores, 1989, t. I, p. 16.

para un período posterior y un contexto ultramarino que siguieron, sin embargo, aquella égida modernizadora de una burguesía que cambiaba de comercial a industrial en América Latina después de la Independencia. Tal como irá siendo ilustrado en los episodios constitutivos de los capítulos, el período de esa revisión queda definido, en términos urbanos, desde las transformaciones de las ciudades poscoloniales o *grandes aldeas*, en el marco de las primeras reformas progresistas y liberales de mediados del siglo XIX, hasta la aparición y consolidación del urbanismo moderno un siglo más tarde, catalizado en parte por las respuestas que las *metrópolis masificadas* requerían de los gobiernos locales y nacionales.¹⁰ A lo largo de ese dilatado arco modernizador, cuyo escenario será el de las capitales y ciudades primadas —de allí el epígrafe elegido para abrir este capítulo—, también se tratará, tal como lo he hecho en revisiones anteriores del imaginario urbano venezolano,¹¹ de incorporar la representación intelectual de la urbanización y de la modernización misma, así como el clima intelectual en el que emergiera el urbanismo en tanto disciplina. Por todo ello, puede decirse que este trabajo se inscribe dentro del campo de historia cultural y de las mentalidades, tal como será bosquejado a continuación.

HISTORIA CULTURAL URBANA

3. Sobre la base del material investigativo y didáctico revisado durante más de quince años de pesquisa, así como parcialmente estructurado en ponencias presentadas en eventos internacionales y cursos de posgrado, tal como ya fue advertido, se propone como primer objetivo de este

¹⁰ Aunque derivados de la obra latinoamericanista de J. L. Romero, los términos «grandes aldeas» y «metrópolis masificadas» tienen en este ensayo resonancias urbanas, sociológicas y literarias a ser consideradas en los capítulos respectivos; por lo demás, remito a mi capítulo «De las ciudades burguesas a las masificadas en Romero. Revisión conceptual e impacto historiográfico en América Latina», en José Emilio Burucúa, Fernando J. Devoto, Adrián Gorelik (eds.), *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura*. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), 2013, pp. 199-220.

¹¹ Además del ya mencionado *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, véase Arturo Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano. I: Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los techos rojos*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2002; *La ciudad en el imaginario venezolano. II: De 1936 a los pequeños seres*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2004; *La ciudad en el imaginario venezolano. III: De 1958 a la metrópoli parroquiana*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2009.

ensayo, ampliar y articular la revisión general y comparativa del proceso de modernización latinoamericana, siguiendo el hilo conductor de la urbanización, el crecimiento urbano y los cambios urbanísticos y culturales asociados, principalmente en las capitales nacionales y ciudades primadas. Se trata, como segundo objetivo, de enmarcar tal revisión urbana en discursos intelectuales y literarios no especializados —con énfasis en novela y ensayo— de cara a contextualizar y reconstruir una *historia cultural urbana* mediante diferentes episodios, en un arco que tensiona desde la primera modernización republicana de mediados del XIX, hasta el advenimiento del desarrollismo, la masificación y el modernismo urbanístico un siglo después.

La aproximación propuesta en este texto requiere, pues, enmarcar la historia urbana y urbanística en la revisión de otros discursos intelectuales y literarios, cuyo imaginario enriquezca una historia cultural y de representación de la ciudad. Tal aproximación está inspirada en clásicos latinoamericanistas provenientes de diferentes campos disciplinares: Jean Franco, desde los estudios culturales; Richard Morse (1922-2001) y José Luis Romero, desde la historia urbana; y Ángel Rama (1926-83), desde la crítica literaria, entre otros.¹² Alcanzar una perspectiva panorámica y reflexiva llevó a esos autores a adoptar el ensayo como género, allende la monografía especializada, sin descuidar empero la contextualización histórica. En la búsqueda de análisis sociales alternativos a la lógica economicista de la escuela de la Dependencia, intentaron reivindicar la importancia de la manifestación cultural dentro del cambio social,¹³ en conjunción con la incorporación de formas de representación urbana tomadas de diferentes discursos. Mediante tal representación se rastrean las transculturadas manifestaciones de las élites sociales e intelectuales, las que recrean a su vez el imaginario y el deseo de cambio en medio de las restricciones de la periferia. Todos

¹² Jean Franco, *The Modern Culture of Latin America: Society and the Artist* (1967). Baltimore: Penguin Books, 1970; Richard M. Morse, *Las ciudades latinoamericanas*. 2 ts. México: Secretaría de Educación Pública (SEP), 1973; José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976). México: Siglo Veintiuno, 1984; Ángel Rama, *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.

¹³ Respecto de la así llamada escuela de la Dependencia, véase, por ejemplo, Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1969; Gabriel Palma, «Dependency: a Formal Theory of Underdevelopment or a Methodology for the Analysis of Concrete Situations of Underdevelopment», *World Development*, n° 7/8, julio-agosto 1978, pp. 881-920.

ellos pueden ser vistos como rasgos más o menos presentes en aquellos antecedentes de la *historia cultural urbana* en América Latina antes mencionados.¹⁴

Los inicios y el despliegue de la modernidad republicana parecieran agrupar muchos estudios de historia urbana y urbanística en América Latina, en los cuales se apela a los imaginarios y las formas de representación en tanto herramientas historiográficas. En este sentido, desde una perspectiva epistemológica, valga recordar que el gran significado del discurso no especializado para trazar los orígenes del urbanismo moderno se debe principalmente a su ubicación periférica entre las disciplinas precedentes del siglo XIX, posición epistemológica que, como sabemos, hace al urbanismo interdisciplinario desde el nivel teórico hasta el metodológico.¹⁵ Adicionalmente, la exploración de las formas de representación parece ser especialmente necesaria cuando, más que investigar los orígenes de la urbanización en su dimensión demográfica o del urbanismo en su sentido técnico, se intenta indagar la formación de la cultura urbana y el despertar de la conciencia sobre la ciudad en una sociedad en proceso de modernización. Cuando tal pesquisa intenta retrotraerse hasta antes de los orígenes del urbanismo moderno en los comienzos del siglo XX, hace falta traducir este vocablo a sus advocaciones previas —ciudad, progreso, civilización, ornato urbano, higiene, entre otras— para poder así nutrirse de los diversos discursos generadores de esa disciplina en muchos contextos nacionales.¹⁶ Por todo ello, puede decirse que el urbanismo siempre aparece en un espacio de «dispersión epistemológica», tal como lo señalara Michel Foucault (1926-84) a propósito de otras disciplinas emergentes de la modernidad, llevando a que la investigación sobre sus condiciones históricas se apoye en fuentes discursivas diversas.¹⁷ Y ello parece ser especialmente necesario en el caso de la modernidad urbana en Latinoamérica, donde García Canclini reclama la presencia de «ciencias sociales nómadas»,

¹⁴ He tratado de revisar estos antecedentes en Arturo Almandoz, *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina*. Caracas: Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 2008, pp. 204-212.

¹⁵ Tal como he intentado mostrar en Arturo Almandoz, «Consideraciones conceptuales sobre el Urbanismo», *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, vol. I, n° 98, Tercera Época. Madrid: Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Ambiente, invierno 1993, pp. 625-636.

¹⁶ Me apoyo en A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 23-24.

¹⁷ Michel Foucault, *L'archéologie du savoir* (1969). París: Gallimard, 1992, p. 53.

que atraviesen la tradicional «concepción hojaldrada de la cultura», en busca de las formas de «hibridación» que nos han sido propias.¹⁸

4. Desde el campo de los estudios urbanos, Jorge E. Hardoy (1926-93) había advertido sobre el «rico material» que aguardaba por una revisita dentro del espectro de fuentes no convencionales de la historiografía —literatura de ficción y crónicas de viajes, obras de estadistas, científicos y técnicos— para una nueva historia urbanística del período republicano de América Latina.¹⁹ Anticipaba con ello el académico argentino el eventual desarrollo de una historia cultural urbana, al menos para el período entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, cuando el urbanismo en su sentido más amplio, en tanto concienciación pública sobre ciudad y urbanización, surgiera en los contextos nacionales como parte de los cambios en la cultura urbana de sociedades poscoloniales que aspiraban a modernizarse, invocando ideales generalmente foráneos: orden, progreso, civilización, higiene, modernismo, funcionalismo, desarrollo... Por ello, acaso, ese período ha resultado especialmente revelador y prolífico para diversas revisiones comparativas que, a propósito de distintas manifestaciones de la urbanización y el urbanismo latinoamericanos, se han hecho en la última década: desde la de Pineo y Baer sobre el cambio social y las reformas urbanas,²⁰ pasando por la coordinada por Pino Iturrieta sobre diferentes formas de representación artística;²¹ hasta la que he editado sobre la cristalización del urbanismo institucional en las grandes capitales, en el marco de una cultura urbana europeizada y burguesa.²²

¹⁸ N. García Canclini, *Culturas híbridas...*, pp. 14-15.

¹⁹ Jorge E. Hardoy, «Two Thousand Years of Latin American Urbanization», en Jorge E. Hardoy (ed.), *Urbanization in Latin America. Approaches and Issues*. Nueva York: Anchor Books, 1975, pp. 3-55, 44-45.

²⁰ Ronn Pineo y James A. Baer (eds.), *Cities of Hope. People, Protests and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*. Boulder: Westview Press, 1998.

²¹ AA. VV., *Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina 1870-1930*. Caracas: Fundación Celarg, 1997.

²² A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities...* Aunque no abarca el período referido de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, puede señalarse dentro de estas obras comparativas la compilación de Fabio Gremientieri, Jorge Francisco Liernur y Claudia Schmidt (eds.), *Architectural Culture around 1900. Critical Reappraisal and Heritage Preservation*. Buenos Aires: Universidad Torcuato Di Tella, Patrimonio Mundial, Unesco, 2003, donde se discuten los temas de transculturación y exportación a Latinoamérica del decorado y trazado urbano de la ciudad burguesa.

Después de ese abordaje historiográfico y comparativo que traté de hacer a propósito de las capitales latinoamericanas durante la centuria de lo que podemos llamar el urbanismo academicista de proveniencia europea,²³ creo más aún que, si bien ha venido siendo explorado de manera fragmentaria y casuística, el período republicano necesita ser contemplado, de manera panorámica, entre las reformas de las grandes aldeas y la consolidación del urbanismo en medio de las metrópolis masificadas. En este sentido, además de los capítulos respectivos dedicados en las obras panorámicas de Ramón Gutiérrez y Roberto Segre,²⁴ las bases territoriales, demográficas y económicas del urbanismo decimonónico habían sido identificadas por Morse y Scobie;²⁵ posteriormente, Geisse bosquejó una panorámica urbanística a partir de los períodos distinguidos por la teoría de la Dependencia.²⁶ También desde una perspectiva comparativa, Francis Violich (1911-2005) y Robert Daughters articularon una visión más orientada a entender cómo las características históricas del desarrollo urbano latinoamericano se han vinculado con la plataforma institucional de la planificación moderna.²⁷ En breves pero panorámicos textos, Rofman y Hardoy, desde posiciones e intenciones historiográficas diferentes, combinaron el análisis del crecimiento urbano con las influencias foráneas modeladoras del urbanismo de las

²³ Arturo Almandoz, «Introduction», en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities...*, pp. 1-12.

²⁴ Ramón Gutiérrez, *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica* (1983). Madrid: Cátedra, 1984; Roberto Segre, *Historia de la arquitectura y del urbanismo. América Latina y Cuba*. La Habana: Pueblo y Educación, 1986. Véase también Ramón Gutiérrez, «La ciudad iberoamericana en el siglo XIX», en *La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden*. Madrid: Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (Cehopu), Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (Cedex), Ministerio de Fomento, 1989, pp. 252-266.

²⁵ Richard M. Morse, «El desarrollo de los sistemas urbanos en las Américas durante el siglo XIX», en Jorge E. Hardoy, Richard P. Schaedel (eds.), *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*. Buenos Aires: Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP), 1975, pp. 263-290; James R. Scobie, «The Growth of Latin American Cities, 1870-1930», en Leslie Betchell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*. Vol. IV: c. 1870 to 1930. Cambridge: Cambridge University Press, 1986, pp. 233-265.

²⁶ Guillermo Geisse, «Tres momentos históricos en la ciudad hispanoamericana del siglo XIX», en Gabriel Alomar (coord.), *De Teotihuacán a Brasilia. Estudios de historia urbana iberoamericana y filipina*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), 1987, pp. 397-433.

²⁷ Francis Violich y Robert Daughters, *Urban Planning for Latin America. The Challenge of Metropolitan Growth*. Boston: Lincoln Institute of Land Policy, 1987, pp. 71-105.

grandes ciudades latinoamericanas durante el siglo XX, lo cual ha sido incluido también en el panorámico texto de Sánchez Ruiz.²⁸

5. La modernización disciplinar por influencia foránea también había sido avizorada por Hardoy en otro artículo sobre la *transferencia* de ideas urbanísticas desde Europa en el período entre 1850 y 1930, y la manera peculiar cómo aquellas fueron aplicadas en las grandes capitales latinoamericanas. Posteriormente traducido al inglés, ese texto, aunque breve y general, puede decirse seminal, y no solo porque introdujera uno de los grandes temas que caracterizan la historiografía urbanística contemporánea, sino también porque prefiguró una camada de monografías que parecieron desarrollar sus directrices a propósito de diferentes figuras y casos de estudio.²⁹ Así, por ejemplo, en esta misma dirección, las propuestas urbanísticas, arquitectónicas y paisajísticas para diferentes ciudades latinoamericanas por parte de luminarias como Jean-Claude Nicholas Forestier (1861-1930), Le Corbusier (1887-1965), Karl Brunner (1887-1960) y Maurice Rotival (1892-1980), entre otros pioneros extranjeros, fueron revisadas en estudios comparativos compilados en libros y revistas desde los años noventa.³⁰ También están los textos sobre la emergencia, en los contextos nacionales, del urbanismo

²⁸ Alejandro B. Rofman, «Proceso social y desarrollo urbano en América Latina. Siglo XX», en Gabriel Alomar (coord.), *De Teotihuacán a Brasilia...*, pp. 435-475; Jorge E. Hardoy, «Las ciudades de América Latina a partir de 1900», en *La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden*, pp. 267-274; Gerardo Sánchez Ruiz, *Planeación moderna de ciudades*. México: Trillas, 2008, pp. 198-277.

²⁹ Jorge E. Hardoy, «Teorías y prácticas urbanísticas en Europa entre 1850 y 1930. Su traslado a América Latina», en Jorge E. Hardoy y Richard M. Morse (comps.), *Repensando la ciudad de América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano (GEL), 1988, pp. 97-126; «Theory and Practice of Urban Planning in Europe, 1850-1930: Its Transfer to Latin America», en J. E. Hardoy y R. M. Morse (eds.), *Rethinking the Latin American City*. Washington y Baltimore: The Woodrow Wilson Center Press, The Johns Hopkins University Press, 1990, pp. 20-49.

³⁰ Los estudios monográficos sobre esas figuras serán referidos más adelante; por ahora, como ejemplos de ediciones de revistas dedicadas a estos temas de transferencia, valga mencionar que una compilación coordinada por Ramón Gutiérrez sobre modelos europeos en el urbanismo latinoamericano fue publicada en *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*. Buenos Aires, n° 37-38, 1995; también Ramón Gutiérrez (ed.), *Le Corbusier: en el Río de la Plata, 1929*. Buenos Aires: Centro de Documentación de Arte y Arquitectura Latinoamericana (Cedodal), 2009. Trabajos sobre Brunner aparecieron en la *Revista de Arquitectura*, n° 8, Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1996; trabajos sobre el urbanismo modernista en Brasil, 1930-1960, fueron

profesional a partir de los cambios de finales del siglo XIX, seguidos de la labor de los pioneros de cada país, tal como ha sido adelantado para Argentina, Brasil, México y Venezuela, hasta donde conozco.³¹ A lo largo de este proceso, el dilatado episodio del modernismo funcionalista, desde sus manifestaciones arquitectónicas hasta las urbanísticas, ha captado considerable atención entre los estudios nacionales y locales, pero pocas aproximaciones se han atrevido a una perspectiva panorámica y comparativa como la aquí propuesta, apoyándose para ello en los emblemáticos casos de Argentina, Brasil, Chile, México y Venezuela.

Mención especial merece la cuestión de la transferencia de cultura urbana y urbanística, la que ha venido siendo estudiada con detalle para el cambio y el imaginario metropolitano de ciudades como Buenos Aires;³² Río de Janeiro, São Paulo y Salvador de Bahía en Brasil;³³ Ciudad de México, La Habana, Caracas, Lima, San José de Costa Rica y Santiago de Chile, por mencionar los casos que conozco. Aun cuando el tema de la transferencia y difusión de modelos urbanísticos desde

coordinados por Marco A. de Filgueiras Gomes en *Cadernos PPG-AU/Faufba*, Salvador de Bahía, año III, 2005.

³¹ Al igual que en los estudios de pioneros, los de consolidación urbanística en los medios nacionales serán referidos más adelante. Valga señalar que, para el emblemático caso de Brasil—quizá el más complejo y desarrollado de América Latina—, Pinheiro y Gomes han confirmado la importancia de estos temas en los Simposios de Historia de la Ciudad y el Urbanismo (SHCU), celebrados desde los noventa; véase Eloisa P. Pinheiro y Marco A. de F. Gomes (orgs.), *A cidade como história. Os arquitetos e a historiografia da cidade e do urbanismo*. Salvador de Bahía: Editora da Universidade Federal da Bahia (Edufba), Programa de Pós-Graduação em Arquitetura e Urbanismo (PPG-AU), Faculdade de Arquitetura e Urbanismo, Universidade Federal da Bahia, 2005, pp. 39-40.

³² Nuevamente, los casos de estudio más recientes serán mencionados a lo largo del texto; solo como antecedentes de esta nueva generación de historia urbana preocupada por los temas de transferencia, están para el señalado caso de Buenos Aires, los clásicos estudios de James R. Scobie, *Buenos Aires: From Plaza to Suburb, 1870-1910*. Nueva York: Oxford University Press, 1974; Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988; Ramón Gutiérrez, *Buenos Aires. Evolución histórica*. Bogotá: Escala, 1992; Jorge Francisco Liernur y Graciela Silvestri, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

³³ Dentro de las historias urbanas en Brasil, de nuevo como antecedentes elaborados por extranjeros, pueden mencionarse los clásicos estudios de Richard M. Morse, *From Community to Metropolis, a Biography of São Paulo, Brazil*. Gainesville: University of Florida Press, 1958; y de Jeffrey Needell, *A Tropical Belle Époque. Elite, Culture and Society in Turn-of-the-century Rio de Janeiro*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

polos metropolitanos a colonias o países culturalmente dependientes —tal como ha sido desarrollado en la historiografía anglosajona por Anthony D. King, Peter Hall, o Stephen Ward—³⁴ no ha sido tan elaborado metodológicamente en los abordajes sobre importación urbanística latinoamericana, su incorporación confirma la sustitución de la interpretación marxista prevaleciente en este tema hasta los años ochenta.

6. El período de las «ciudades burguesas» y su tránsito hacia la «masificación» posterior a la Primera Guerra Mundial, para utilizar la periodización y terminología de José Luis Romero, se ha convertido así en uno de especial interés para la historiografía latinoamericana, tal como se evidencia en la creciente casuística urbana.³⁵ La modernización burguesa escenificada en las ciudades que buscaban dejar de ser «grandes aldeas» poscoloniales —apelando a la emblemática imagen de la novela homónima del argentino Lucio López (1826-94)— de cara a trocarse en metrópolis, abre entonces el arco temporal de este proyecto. Su marco de referencia es la así llamada historia cultural urbana, la que busca combinar algunos de los rasgos ya señalados a propósito de estudios precursores; a saber: adopción de inusitados puntos de vista historiográficos, superación de los enfoques estructuralista y dependentista, tesitura ensayística y contextualización histórica del imaginario. Al mismo tiempo, la aproximación de este ensayo intenta adoptar perspectivas novedosas e integrales sobre la transformación física y las nuevas expresiones de sociabilidad de los distintos grupos urbanos, a la vez que incorporar fuentes no convencionales dentro de la historiografía tradicional.

Como otra consideración metodológica, valga hacer notar que este proyecto sobre modernización se complementa con la línea de investigación sobre historiografía urbana en América Latina, la cual he desarrollado desde 2003, inicialmente como investigación posdoctoral, apoyándose al mismo tiempo en la labor que he cumplido

³⁴ Anthony D. King, *Urbanism, Colonialism and the World-Economy. Cultural and Spatial Foundations of the World Urban System*. Londres: Routledge, 1990; Peter Hall, *Cities of Tomorrow. An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century* (1988). Oxford: Blackwell, 1994; Stephen Ward, *Planning the Twentieth-Century City: The Advanced Capitalist World*. Chichester: Wiley, 2002.

³⁵ J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 247-389.

como colaborador de publicaciones periódicas.³⁶ En el marco de las tendencias identificadas en esa línea, puede decirse que, al centrarse en la modernización burguesa y la masificación de la primera mitad del siglo XX, este abordaje privilegia la zona donde la historia cultural y de la representación urbana se encuentran con la microhistoria y la Nueva Historia, sobre todo en lo concerniente a algunos episodios del período cubierto en el esquema propuesto.³⁷ Para ellos se trata en cierta medida de explorar lo que, según Roger Chartier, ha ocurrido en el dominio de la historia cultural en general, a saber: que la conciencia del autor sobre las limitaciones de su relato «es una clase de reflexión sobre el estatuto del conocimiento histórico», alejado de pretensiones totalizadoras, universalistas o científicas.³⁸ Y esa mayor conciencia de las peculiaridades y limitaciones del sujeto historiográfico que relata y ordena hechos e imágenes, nos lleva a ratos a la declarada adopción de una tesitura entre ensayística y narrativa para estructurar y entretejer el discurso histórico.

Para cerrar este breve prefacio que se nos fue tornando introducción, repetimos entonces que este ensayo se apoya en las ya citadas obras de pioneros del campo de la historia urbana en la región —Morse, Hardoy, Romero—, cruzadas con las de críticos literarios como Franco y Rama, al tiempo que se encuentran referencias a algunos de los

³⁶ El proyecto posdoctoral fue «Sobre historiografía urbana en Latinoamérica, 1960-2000. Encuadre epistemológico e internacional», presentado en 2002 ante el Centro de Investigaciones Posdoctorales (Cipost), Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), Universidad Central de Venezuela (UCV), Caracas; de ese proyecto fueron derivadas varias publicaciones, reunidas en el ya referido volumen de A. Almandoz, *Entre libros de historia urbana...* Las revistas en las que he participado como miembro de comités editoriales, a la vez que reseñando libros, han sido *Urbana* (<http://www.arq.luz.ve>), de Venezuela; *Planning History*, ya desaparecido boletín de la International Planning History Society (<http://www.planninghistory.org>); *Planning Perspectives* (<http://www.tandf.co/journals>), del Reino Unido, en la que además fui Book Review Editor para América Latina entre 2003 y 2012; *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales* (<http://www.mviv.es>), de España, en la que estuve como corresponsal para América Latina y el Caribe (2002-2004).

³⁷ Véase en este sentido, por ejemplo, Peter Burke, «Overture. The New History. Its Past and its Future», en Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing* (1991). Cambridge: Polity Press, 2001, pp. 1-24; Giovanni Levi, «On Microhistory», también en el aquí citado *New Perspectives on Historical Writing*, pp. 97-119; Nicolas Piqué (ed.), *L'histoire*. París: Flammarion, 1998, pp. 237-238.

³⁸ Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia*, ed. Alberto Cue. México: Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 243.

antecedentes internacionales de lo que puede llamarse la nueva historia urbana: Lewis Mumford, Anthony Sutcliffe, Paolo Sica y Peter Hall.³⁹ Compartiendo esta genealogía y este corpus de referentes con otros estudios contemporáneos en América Latina,⁴⁰ este ensayo reconoce su pertenencia al campo emergente de la historia cultural urbana, en la medida en que busca incorporar, de alguna manera, los discursos de representación, dejando ver una común concepción de lo urbano en tanto generador de imaginarios o como «lugar de producción de significados». Sigue así la orientación señalada por Nancy Stieber a propósito de las microhistorias de la ciudad moderna: «Mientras los artefactos de la ciudad, sus calles, plazas, arcadas y edificios pueden ser interpretados como signos visibles de procesos sociales, económicos y políticos, conceptuando así la ciudad como compuesto de actos representacionales, la representación de la ciudad en sí misma ha devenido un fértil campo de estudio».⁴¹

³⁹ Lewis Mumford, *The City in History. Its Origins, its Transformations, and its Prospects*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1961; Anthony Sutcliffe (ed.), *Metropolis, 1890-1940*. Londres: Mansell, 1984; Paolo Sica, *L'immagine della città da Sparta a Las Vegas* (1970). Bari: Laterza, 1991; Peter Hall, *Cities in Civilization. Culture, Innovation and Urban Order* (1998). Londres: Phoenix Giant, 1999.

⁴⁰ Véase, por ejemplo, Adrián Gorelik, *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2004.

⁴¹ Nancy Stieber, «Microhistory of the Modern City: Urban Space, its Use and Representation», *Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 58, n° 3, Special Issue, Chicago: Society of Architectural Historians (SAH), septiembre 1999, pp. 382-391, especialmente p. 387.

CAPÍTULO II

PROGRAMAS PROGRESISTAS
Y MITOS URBANOS DEL XIX

*Los países americanos situados sobre el Atlántico han sentido
más rápida e intensamente la acción de la Europa,
fuente indudable de todo progreso material, y han conseguido emanciparse
más pronto de la rémora colonial.*

MIGUEL CANÉ, *En viaje* (1883)

TERRITORIOS ROTOS¹

1. La independencia de las más de las naciones hispanoamericanas a partir de la tercera década del siglo XIX, seguida de la desintegración de la Gran Colombia en 1830 —para dar lugar a Ecuador, Nueva Granada y Venezuela en tanto estados independientes—, así como la posterior separación de las repúblicas de Centroamérica en 1838, pareció finalmente calcar, a mediados del siglo XIX, los territorios rotos heredados de las reformas borbónicas de finales del XVIII. Por contraste con esa balcanización hispanoamericana, a pesar de las debilidades internas inherentes al vasto territorio y la colonización desarticulada pero controlada por la férrea maquinaria lusitana, el Brasil que alojara a la corte lisboeta entre 1808 y 1822 despuntaba como un bloque de relativa integración económica y política que, a través de la monarquía (1822-31) y el imperio (1831-89), marcaría un rumbo distinto de aquel país hasta inicios del nuevo siglo.

Adoptando una visión crítica de la colonización portuguesa en Brasil, marcada por la codicia en la explotación de recursos naturales, el clásico y controvertido ensayo de Paulo Prado (1869-1943), *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira* (1928), fustigó esa era colonial concluida en 1822, por razones predicables en parte de los vecinos hispanoamericanos: «Tres siglos habían traído al país a esa situación lamentable. La colonia, al iniciarse el siglo de su independencia, era un cuerpo amorfo, de mera vida vegetativa, manteniéndose apenas por los lazos tenues de lengua y culto».² Pero no obstante esas rémoras y

¹ Me apoyo en pasajes de A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 45-49; A. Almandoz, «Urbanization and Urbanism in Latin America: From Haussmann to CIAM», en *Planning Latin America's Capital Cities...*, pp. 13-44, 13-16.

² Paulo Prado, *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira* (1928), en AA. VV., *Intérpretes do Brasil*. Río de Janeiro: Editora Nova Aguilar, 2000, p. 75

debilidades, al final Prado reconoció que, por contraste con la eventual desintegración de las naciones liberadas por el «genio guerrero» de Simón Bolívar (1783-1830), «a pesar de la identidad de origen, de lengua y de costumbres» en aquellas, el reinado brasileño terminó de consolidar el legado unitario de «la pesada maquinaria administrativa de Lisboa».³

Después de la división política y territorial, desde mediados del siglo XIX se evidenció en buena parte de América Latina, con la excepción de los países bolivarianos advertidos por Prado, una diversificación nacional de las economías exportadoras. La cría de ganado en Argentina y Uruguay, la minería en Chile y México, y las plantaciones de café en Brasil y de azúcar en Cuba permitieron a las nuevas repúblicas, así como al imperio carioca y la colonia caribeña, beneficiarse directamente de la competitividad de sus exportaciones tradicionales, ahora cotizadas dentro de los circuitos comerciales del capitalismo internacional.⁴ Fortalecida por el arribo de inmigración europea a esos países desde la década de 1860, la prosperidad comercial comenzó a marcar diferencias regionales en el desarrollo a lo largo del continente: por un lado, Chile y la costa no tropical del Atlántico pasaron a ser líderes de la «era de expansión económica», que duraría hasta la Primera Guerra Mundial.

(trad. del autor): «Tres séculos tinham trazido o país a essa situação lamentável. A colônia, ao iniciarse o século de sua independência, era um corpo amorfo, de mera vida vegetativa, mantendo-se apenas pelos laços tênues de língua e de culto».

³ *Ibid.*, p. 92: «Entretanto, em todos os ramos da atividade social da colônia, se sentia a ação continua e minuciosa da pesada máquina administrativa de Lisboa. Pôde assim nivelar o terreno, como um compressor. A ela devemos, em grande parte, a preservação da unidade territorial até o movimento separatista que iniciou a chegada do Príncipe Regente. Bolívar, no mesmo continente e à frente da Venezuela, da Nova Granada, do Peru, da Bolívia, não alcançou o mesmo resultado apesar da identidade de origem, de língua e de costumes dos países que o seu gênio guerreiro libertara. Entre nós, encerrado o período colonial, o Brasil-Reino, a intervenção superior dos homens da independência e do Primeiro Reinado, a extinção da guerra civil, a centralização monárquica, completaram a obra que os séculos tinham lentamente preparado. Ao chegarmos aos dias de hoje, é esse o grande milagre».

⁴ En parte rebatiendo esta tesis tradicional, aunque reconociendo el beneficio de los nuevos rubros productivos, la importancia del sector exportador dentro de las economías latinoamericanas en el temprano período republicano ha sido cuestionada por Marcello Carmagnani, *El otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica (FCE), 2004, pp. 212-216.

Por otro lado, el resto de los países andinos ofreció menor atractivo para los mercados capitalistas, especialmente para Gran Bretaña, cuyas inversiones en este bloque se consideraron «nominales» hasta finales del siglo XIX.⁵

Durante su viaje por Suramérica en la década de 1880, el argentino Miguel Cané (1851-1905) pudo ya notar algo de la prosperidad de esas economías en expansión: «Los países americanos situados sobre el Atlántico han sentido más rápida e intensamente la acción de la Europa, fuente indudable de todo progreso material, y han conseguido emanciparse más pronto de la rémora colonial».⁶ Por el contrario, la irrelevancia de Venezuela, Bolivia, Nueva Granada y Ecuador para el capital británico fue resumida por el viajero inglés Michael G. Mulhall (1836-1900) en los siguientes términos: «La cantidad de capital británico en estas 4 repúblicas es insignificante y consiste casi enteramente en préstamos obtenidos en Inglaterra, buena porción de los cuales puede ser considerada como dinero perdido».⁷

2. A pesar de la diversificación económica y de la independencia política, no ocurrieron grandes cambios en la geografía urbana ni en el perfil de las ciudades de América Latina hasta la segunda mitad del siglo XIX. Desde la década de 1750, había habido un período de estancamiento urbano, profundizado por las guerras civiles y los conflictos que devastaron las nuevas repúblicas en los inicios de la independencia. Este volátil clima político produjo, entre otros efectos, un proceso de descentralización y «ruralización» de las ya atrasadas sociedades, lo que supuso un retroceso todavía mayor de las débiles estructuras administrativas

⁵ Véase James E. Rippey, *British Investments in Latin America, 1822-1949. A Case Study in the Operations of Private Enterprise in Retarded Regions*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1959, pp. 12, 116; Charles C. Griffin, *The National Period in the History of the New World. An Outline and Commentary*. México, D. F.: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1961, pp. 25, 88-89, 126.

⁶ Miguel Cané, *En viaje* (1883). Buenos Aires: Editorial Molino, 1942, p. 11.

⁷ Michael G. Mulhall, *The English in South America*. Buenos Aires: Standard Office, 1878, p. 530 (trad. del autor): «The amount of British capital in these 4 republics is trifling and consists almost wholly of loans raised in England, a great portion of which may be considered as so much money lost». En los casos de fuentes primarias traducidas por el autor, se procurará, en la medida en que la extensión lo permita, suministrar el texto original, de manera que el lector pueda cotejar directamente.

y urbanas heredadas del régimen colonial, acentuado por la desarticulación de redes de infraestructura y relaciones interurbanas.⁸

Los cambios demográficos comenzaron a hacerse notar a partir de los años sesenta, después de que las tasas de crecimiento de las ciudades capitales se hubiesen mantenido por debajo de los desarrollos nacionales durante varias décadas. Por un lado influía el hecho de que, como resumiera Hardoy, «la construcción de ferrocarriles y la penetración de nuevas tierras, la explotación de carbón y recursos minerales, y la necesidad administrativa de nuevas subdivisiones políticas motivaron la edificación de miles de nuevas ciudades y pueblos». Belo Horizonte, en Brasil, y La Plata, en Argentina, son ejemplos exitosos y perdurables de esa empresa urbanizadora de capitales provinciales; pero «la mayoría de las fundaciones fueron «simples centros de servicio y puestos de transporte para enviar productos agrícolas a los puertos».⁹

Con una población total aproximada de 30 millones para 1850 en Latinoamérica, la densidad promedio apenas alcanzaba 1,5 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras la concentración capitalina representaba 3,5 por ciento de la rural. Sin embargo, la primacía urbana fue restablecida desde mediados de siglo, cuando las capitales latinoamericanas comenzaron a sobrepasar los respectivos crecimientos nacionales de acuerdo con el siguiente orden: La Habana en los años cuarenta, Río en los cincuenta, Lima y Buenos Aires en los sesenta, Bogotá en la década siguiente, Caracas y Santiago en los ochenta, y Ciudad de México a finales de siglo. Sin embargo, la importancia relativa de las capitales debe ser puesta en perspectiva con las diferencias absolutas entre los diversos países y las tendencias del continente.¹⁰ En general, puede decirse que las antiguas metrópolis virreinales perdieron primacía frente a las capitales de las economías en expansión, lo que se confirma a través de cifras ilustrativas del despegue demográfico de esas capitales. Buenos Aires tenía cerca de 90.000 habitantes hacia los años cincuenta y pasó

⁸ Proceso que ha sido estudiado por R. M. Morse, «El desarrollo de los sistemas urbanos en las Américas durante el siglo XIX», pp. 266-268.

⁹ J. E. Hardoy, «Two thousand years of Latin American urbanization», p. 50. Mi traducción de: «the building of railroads and the opening up of new lands, the exploitation of coal and mineral resources, and the administrative need of new political subdivisions motivated the construction of thousands of new cities and towns.» (...) «The majority of new cities founded, however, were simple service centers and transportation hubs for shipment of agricultural products to the ports.»

¹⁰ G. Geisse, «Tres momentos históricos en la ciudad hispanoamericana del siglo XIX».

a 178.000 para 1869; el Río imperial ya ostentaba 186.000 habitantes para 1854 y subió a 267.000 en 1872; Santiago estaba en 115.000 para 1865; La Habana, albergando 130.000 almas para 1847, pasó a 197.000 para 1861; en gran parte como consecuencia de su pasado esplendor colonial, Ciudad de México ya alcanzaba 200.000 habitantes para 1855, pero apenas subió a 210.000 para 1862, mientras Lima solo tenía 89.000 para este último año, y Bogotá mantuvo sus moderados 40.000 habitantes desde mediados de los años veinte hasta 1870. A la sazón, Caracas solo alcanzaba 47.013 almas para 1869, subiendo apenas a 48.897 de acuerdo con el censo de 1873, módico incremento que únicamente puede ser comparado al de Bogotá.¹¹

3. Según la teoría de la Dependencia, la asunción por parte de Latinoamérica de su rol como productora dentro de la división internacional del trabajo imperante en el siglo XIX, reforzó el modelo de crecimiento «hacia afuera» heredado de tiempos coloniales. Una manifestación concreta y dramática de tal distorsión económica fue la «urbanización dependiente» de la mayoría de los países latinoamericanos, cuyas frágiles redes urbanas coloniales fueron entonces expandidas de acuerdo con los requerimientos del capital foráneo durante la era republicana. Desde el siglo XIX en adelante, esta orientación económica hacia el exterior también hizo que las élites asociaran lo «moderno» con el sector de exportación y todo lo concerniente con lo foráneo en general, mientras que lo «tradicional» permaneció vinculado a las actividades de producción y consumo domésticos.¹²

Resulta ilustrativo contrastar este proceso latinoamericano con la industrialización y urbanización de los Estados Unidos, iniciadas a partir de la compacta franja de Nueva Inglaterra y los primeros estados

¹¹ Richard M. Morse, «Latin American cities in the 19th century: approaches and tentative generalizations», en Richard M. Morse, Michael L. Coniff, J. Wibel (eds.), *The Urban Development of Latin America 1750-1920*. Stanford: Center for Latin American Studies, Stanford University, 1971, pp. 1-21, 5-6.

¹² Sobre esta última distinción entre «moderno» y «tradicional», véase F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, pp. 42-48. La explicación de la «urbanización dependiente» a partir de los modelos de crecimiento regionales está resumida en Manuel Castells, *La cuestión urbana* (1972), trad. Irene C. de Oliván. México: Siglo Veintiuno Editores, 1976, pp. 54-61; así como en Manuel Castells (ed.), *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Barcelona: Gustavo Gili, 1973. El desarrollo territorial puede verse en Alejandro B. Rofman, *Dependencia, estructura de poder y formación regional en América Latina* (1974). México: Siglo Veintiuno Editores, 1977.

de la Unión, y favorecida con la gradual incorporación de territorios al sur y oeste. En este sentido se ha argüido, con frecuencia y razón, que poniendo aparte las implicancias políticas del expansionismo, mucho trecho se ganó, en todas las acepciones del término, al comprar o anexar territorios previamente colonizados, como la Luisiana francesa en 1803, la Florida española en 1819, el Texas mexicano en 1845 y el Oregón británico al año siguiente. Pero más difícil de desmerecer resulta el así llamado *Great Turnabout* o Gran Giro de 1830, cuando las otrora colonias de Nueva Inglaterra dejaron de lado y superaron el modelo agroexportador mantenido por las repúblicas latinoamericanas durante el resto del siglo XIX. Fue a partir de los treinta cuando la industrialización norteamericana, apoyándose en Chicago como centro de operaciones, corrió paralela a la ocupación y urbanización del Medio Oeste, convirtiéndose el nuevo territorio y la población concentrada en mercados de una industrialización que se hacía menos dependiente de la exportación primaria hacia las antiguas metrópolis europeas.¹³ Ese proceso fue respaldado con la articulación de los dos grandes tramos ferroviarios que buscaban la conexión costa a costa del país: desde el este, la Union Pacific Railroad avanzaba hacia el oeste apoyándose en las ciudades existentes de Iowa y estados vecinos; desde Sacramento en California, mientras tanto, el Central Pacific penetraba hacia el este, creando y fortaleciendo las llamadas «ciudades de ferrocarril», la más conspicua de las cuales fue la terminal de San Francisco; ambas líneas se unieron en Promontory Point, Utah, en mayo de 1869, estructurando la columna vertebral del coloso interoceánico.¹⁴

Enmarcadas por esas proezas expansivas hacia el oeste —que llevaron a Frederick Jackson Turner (1861-1932) a concebir la historia norteamericana como una continua superación de fronteras entre la civilización del asentamiento y la barbarie del *wilderness*—, la solidez de esa expansión económica y ocupación geográfica fue cimentada gradualmente, en el noroeste, sobre la base de territorios que no pasaban a ser considerados estados de la Unión hasta alcanzar cierto umbral

¹³ Para una perspectiva comparativa de los modelos agroexportadores y sus efectos económicos y territoriales, véase R. M. Morse, «El desarrollo de los sistemas urbanos en las Américas durante el siglo XIX».

¹⁴ Con respecto a este proceso de articulación ferroviaria y las ciudades surgidas a su paso, véase por ejemplo Charles N. Glaab y A. Theodore Brown, *A History of Urban America*. Nueva York: Macmillan, 1967, pp. 107-132; Constance McLaughlin Green, *El crecimiento urbano de los Estados Unidos* (1965), trad. Flora Setaro. Buenos Aires: Ediciones Infinito, 1968, pp. 91-96.

demográfico y productivo. En este sentido, valga recordar que, apoyándose en acuerdos confederales refrendados en 1781, una ordenanza de 1787 estableció que los territorios debían tener una población de 60.000 ciudadanos libres y una base económica para poder ser incorporados en tanto estados federales. Dentro de esta misma lógica, la Homestead Act o Ley de Colonización de 1862 fomentó la ocupación de ranchos de 160 acres por parte de vaqueros residentes por más de cinco años, entre quienes llegó a encontrarse el futuro presidente Theodore Roosevelt (1858-1919); durante las dos décadas siguientes, esa política colonizadora acabó con el mito del «salvaje oeste», mientras permitía la próspera ocupación de los otrora agrestes territorios de Colorado y Dakota, Wyoming y Montana, entre otros.¹⁵

Aunque teñidas de expoliación territorial y expansionismo político y económico, he allí proezas de la integración estadounidense que la venidera intelectualidad antiyanqui y los científicos sociales de la Dependencia siempre encontraron difíciles de explicar y aceptar, al contrastarlas con los territorios rotos de Latinoamérica en conjunto. Porque incluso el unificado Brasil que proclamara la república en 1889, terminó arrastrando hasta el siglo XX, al igual que sus vecinos hispanoamericanos, varias rémoras económicas, territoriales e institucionales heredadas de la Colonia.

¹⁵ AA. VV. *Reseña de la historia de los Estados Unidos*. Servicio Informativo y Cultural de los Estados Unidos de América, s/f, pp. 119-120; Robert V. Remini, *A Short History of the United States. From the Arrival of Native American Tribes to the Obama Presidency*. Nueva York: Harper Perennial, 2008, pp. 145-146.

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

*Sin asociación no hay progreso, o más bien ella es
la condición forzosa de toda civilización y de todo progreso.
Trabajar para que se difunda y esparza entre
todas las clases el espíritu de asociación, será poner
las manos en la grande obra del progreso
y la civilización de nuestra patria.*

ESTEBAN ECHEVERRÍA, *El Dogma socialista* (1839), I

*Buenos Aires está llamada a ser, un día, la ciudad más gigantesca
de ambas Américas (...). Ella sola, en la vasta extensión
argentina, está en contacto con las naciones europeas;
ella sola explota las ventajas del comercio extranjero;
ella sola tiene poder y rentas. En vano le han pedido
las provincias que les deje pasar un poco de civilización,
de industria y de población europea: una política estúpida
y colonial se hizo sorda a estos clamores. Pero las provincias
se vengaron, mandándole en Rosas, mucho y
demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba.*

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Facundo o civilización y barbarie* (1845)

4. De manera más dramática que en la historia de los Estados Unidos, una de las antinomias que atravesaron el siglo XIX latinoamericano, extendiéndose a parte del XX, fue la de civilización y barbarie, en la cual se entreveraban los estructurales conflictos de unionismo y federalismo, conservadurismo y liberalismo, así como las tensiones entre capitales y provincias al interior de los incipientes territorios rotos. Y esa antinomia cristalizó, en el albor republicano, en la inteligencia argentina que cerrara filas contra Juan Manuel de Rosas (1763-1867), temprana encarnación del caudillismo endémico en Hispanoamérica.

Como reacción a la dictadura de Rosas (1835-52) se constituyó la así llamada Generación de 1837, sobre la base de la Asociación de la Joven Argentina, de la que formaban parte Esteban Echeverría (1805-51), Juan Bautista Alberdi (1810-84), Domingo Faustino Sarmiento (1811-88), José Mármol (1818-71), Bartolomé Mitre (1821-1906) y Miguel Cané (1812-63), entre otros notables argentinos, además de intelectuales uruguayos.¹⁶ Inspirada en la Joven Italia de Giuseppe

¹⁶ Especialmente para las figuras latinoamericanas mencionadas en el texto principal, se tratará, en la medida de lo posible, de incluir los años de nacimiento y defunción, de manera de ayudar al lector a establecer posibles relaciones

Mazzini (1805-72) - que terminaría siendo motor del Risorgimento —en conjunto con influencias del socialismo utópico de Claude Henri Saint Simon (1760-1825), la también llamada Joven Generación Argentina devendría una pléyade de «constructores de la sagrada misión de definir sus naciones»; su manifiesto sería el *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*, publicado originalmente en 1839, con una segunda edición de 1846 aparecida en Montevideo, bajo la autoría de Echeverría.¹⁷

Curiosamente, *civilización* no figura repertoriada como una de las «palabras simbólicas» del *Dogma socialista*, pero por supuesto está entrecruzada con las más fundamentales de ellas, como «asociación» y «progreso», entre las primeras mencionadas: «Sin asociación no hay progreso, o más bien ella es la condición forzosa de toda civilización y de todo progreso. (...) Trabajar para que se difunda y esparza entre todas las clases el espíritu de asociación, será poner las manos en la grande obra del progreso y la civilización de nuestra patria».¹⁸ Además de la civilización en tanto condición de posibilidad de otros atributos, y en buena medida influido por la visión comunitaria del socialismo utópico, ese asociacionismo de la Joven Argentina prefiguró también, *mutatis mutandis*, la valoración de la venidera *Gesellschaft* en tanto célula de la modernidad, como se evidenciaría en las aproximaciones de Ferdinand Tönnies (1855-1936), así como en el organicismo que le atribuirían Émile Durkheim (1858-1917) y otros autores de la naciente

en circulación de ideas. Ello resulta, por lo demás, cónsono con la intención divulgativa del texto.

¹⁷ El proceso de constitución es resumido por Carlos M. Rama, «El utopismo socialista en América Latina», en AA. VV., *Utopismo socialista (1830-1893)*, ed. Carlos M. Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. lx-lxvii, xxix-xxx: «El 8 de julio de 1838 se constituye en Buenos Aires la Asociación secreta la Joven Argentina (que hasta por su título, pero también por su juramento y estatuto sigue a la Joven Europa mazziniana), bajo la presidencia de Esteban Echeverría y en cuya dirección figuran Alberdi y Gutiérrez. Ellos redactarán el *Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*, o en forma abreviada *la Creencia*, que se publicará en el número 1 de enero de 1839 de *El Iniciador*. En la segunda edición de 1846, siempre de Montevideo, donde Esteban Echeverría vive expatriado desde 1840 y donde morirá once años más tarde, este se responsabiliza de su autoría y la obra adquiere su título definitivo de *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*».

¹⁸ Esteban Echeverría, *El Dogma socialista*, en AA. VV. *Utopismo socialista (1830-1893)*, ed. Carlos M. Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. 89-130, 92.

sociología alemana.¹⁹ Algo de esas categorías seculares asoma en la presentación que hace el manifiesto de la Joven Generación Argentina, donde pareciera buscarse trascender y concretar los valores republicanos de la Revolución francesa y la Independencia estadounidense, los cuales habían insuflado la gesta libertaria criolla, pero resultaban algo remotos e inoperantes de cara al organicismo secular del proyecto nacional; en este sentido proclamaba el *Dogma*:

La asociación de la Joven Generación Argentina, representa en su organización provisoria el porvenir de la nación Argentina: su misión es esencialmente orgánica. Ella procurará extender su espíritu y su doctrina; extender el círculo de sus tendencias progresivas; atraer los ánimos a la grande asociación uniformando las opiniones y concentrándolas en la patria y en los principios de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad de todos los hombres.²⁰

5. Más allá del manifiesto fundador, de cuyos términos se hará uso más adelante en tanto soporte del proyecto liberal, por medio del imaginario literario de esa Generación del 37 puede recrearse, en buena medida, el conjunto de tensiones que atravesaban el territorio argentino, así como muchos de los países que luchaban por articularse en medio de conflictos intestinos. La antinomia civilización/barbarie alcanzó su obra emblemática en el *Facundo* (1845) de Sarmiento, donde el antagonismo entre ambos sustantivos entreveraba varias dicotomías —capital y provincia, progreso y atraso, federalismo y unionismo—, tal como lo deja ver el futuro presidente argentino (1868-74) en el siguiente pasaje:

Buenos Aires está llamada a ser, un día, la ciudad más gigantesca de ambas Américas (...). Ella sola, en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio extranjero; ella sola tiene poder y rentas. En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea: una política estúpida y colonial se hizo sorda a estos clamores. Pero las provincias se vengaron, mandándole en Rosas, mucho y demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba.²¹

¹⁹ Véase, por ejemplo, Ferdinand Tönnies, «*Gemeinschaft and Gesellschaft*» (1887), trad. Charles P. Loomis, en *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory* (1961). Nueva York: The Free Press, 1965, pp. 191-201

²⁰ E. Echeverría, *El Dogma socialista*, p. 95.

²¹ Domingo F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie* (1845). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985, p. 25.

Aunque no la conociera al momento de escribir su obra, Sarmiento parecía reclamar a Buenos Aires su falta de apertura respecto de las provincias, de manera análoga a como José Mármol asomaba en su clásica novela *Amalia* (1851-55) una crítica a la cerrada sociedad porteña; en particular a través de la dama que, en un baile capitalino de 1840, quejosa por la falta de «buen gusto» en la corte rosista, no reconoce como «compatriota» a la protagonista, por provenir de provincia.²² Además de numerosas estampas de la ciudad poscolonial, la *Amalia* de Mármol representa imágenes barbáricas mediante la «mazorca» o policía rosista —antecesora de las huestes de partisanos comandadas todavía por regímenes autocráticos en la Latinoamérica del siglo XXI—, así como nos introduce a numerosas escenas privadas del caudillo y su entorno.

Pero más allá de su escenificación ensayística y novelesca referente a la primacía y la sociedad capitalinas, el término *civilización* alcanzaba, para la Generación del 37, otras dimensiones más fundamentales. Así por ejemplo, por contraste al conflicto que desgarraba a su propio país, desde su llegada a Montevideo el narrador de *Amalia* la percibe como una «nueva Tiro», donde

no se pregunta al hombre de dónde es, sino qué es lo que sabe, y el hombre de cualquier punto del mundo llega allí, las instituciones le protegen, y el comercio o la industria le abren sus copiosos canales al momento; y es así como se han hecho fuertes y ricos. La dictadura argentina les es fatal a su paz, a su libertad y a su comercio, y todos se han unido y marchan juntos contra el obstáculo común; y es así como conseguirán pronto derrocar ese coloso formado con el barro y la sangre de nuestras pasadas dimensiones.²³

Escenificado en esa Tiro que no tiene aquí connotación materialista sino industrial, está algo idealizado quizá el medio uruguayo, ciertamente más próspero que el argentino para 1840, cuando *Amalia* fue escrita; pero en todo caso hay un válido alegato en la novela a favor de la institucionalidad y el progreso de las naciones avanzadas. En este sentido, también el Sarmiento exiliado en Chile revisó sus propias memorias y antepasados de la nativa San Juan en *Recuerdos de provincia* (1850), donde recriminó a esta Argentina interiorana su falta de ilustración y apertura ante el progreso industrial, por contraste con los Estados Unidos y los países europeos ya conocidos por don Domingo:

²² José Mármol, *Amalia* (1851-55), ed. Teodosio Fernández. Madrid: Cátedra, 2000, pp. 305-306.

²³ *Ibid.*, p. 367.

La riqueza de los pueblos modernos es hija sólo de la inteligencia cultivada. Foméntanla caminos de hierro, vapores, máquinas, fruto de la ciencia; dan la vida, la libertad de todos, el movimiento libre, los correos, los telégrafos, los diarios, la discusión, la libertad en fin. ¡Bárbaros! os estáis suicidando; dentro de diez años, vuestros hijos serán mendigos o salteadores de caminos. ¡Ved la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos, donde no hay Restaurador de las leyes, ni el estúpido Héroe del desierto, armado de un látigo, de un puñal y de una banda de miserables para gritar y hacer efectivo el mueran los salvajes unitarios, es decir, los que ya no existen, y entre quienes se contaron tantos ilustres argentinos.²⁴

6. En las antípodas de la institucionalidad exigida por el progreso y la civilización —dupla de ideales decimonónicos que ilustran la transición desde la ilustración independentista al positivismo de las repúblicas liberales²⁵—, Mármol opuso, como Sarmiento, el drama napoleónico de Argentina; su gente «dio de patadas a la civilización y a la justicia», mientras Rosas «lo comprendió, y, sin la corona de oro en su cabeza, puso su persona de caudillo donde faltaba el monarca, y un ídolo imaginario con el nombre ‘Federación’ donde faltaba el predicador y el franciscano».²⁶ El autor de *Amalia* ubica así no solo a ese «Mesías de sangre» como un pariente napoleónico del rey, sino que también, en medio de la desolación evangelizadora subsiguiente a la Independencia, reviste a la socorrida Federación de los visos sectarios y religiosos que continuaría teniendo en otras partes del continente hasta finales del siglo XIX.

Una punzante alegoría de esa autoproclamada Federación en tanto maquinaria sangrienta de la barbarie que diezmaba y secuestraba a la naciente república está en el poema *La cautiva* (1841), de Echeverría; pero sobre todo en su obra *El matadero* (1871), necesariamente póstuma, dada la explicitación del plano metafórico hecha por el autor en los siguientes términos:

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal,
en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro,
y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace
la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por
violación de reglamentos y se sienta el Juez del Matadero, personaje

²⁴ Domingo F. Sarmiento, «Los albarracines», en *Recuerdos de provincia* (1850). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 47.

²⁵ Véase en este sentido, por ejemplo, William Rex Crawford, *A Century of Latin American Thought* (1944). Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1961.

²⁶ J. Mármol, *Amalia*, pp. 141-142.

importante, caudillo de los carniceros, y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república, por delegación del Restaurador.²⁷

Los ingredientes alegóricos están todos dados, desde el feudalismo de los impuestos hasta la carnicería como expresión del caudillaje, del matadero como pequeña república al nepotismo ejercido por el Restaurador, todo visto en un contexto suburbial, «donde el elemento social se manifiesta con caracteres mixtos, urbanos y rurales». Ello lo hizo especialmente ilustrativo del rosismo, según José Luis Romero, porque permite «la perpetuación de ciertas formas de vida y ciertos hábitos campesinos mezclados con la beligerante hostilidad hacia las formas de vida urbana, que, sin embargo, compartía en algunos aspectos formales...»²⁸ Pero también está en la obra de Echeverría el alegato contra la «mazorca», la policía rosista cuyos desmanes y tropelías ensangrentaron la vida de los argentinos opuestos al régimen nefando: «El matadero fue el campo de ensayo, la cuna y escuela de aquellos gendarmes de cuchillo que sembraban de miedo y de luto todos los lugares hasta donde llegaba la influencia del mandatario irresponsable», sentencia el narrador.²⁹ Esa salvaje carnicería del matadero es análoga a las oscuras imágenes que proporciona Mármol, por su parte, de los caudillos regionales que desbrozaron el camino al gran carnicero, blandiendo los machetes de la sedicente Federación; porque Rosas —tal como le recriminara el autor de *Amalia*— «resumió todas las inspiraciones de estos otros, y sistematizó con ellas su gobierno basado en el crimen, nutrido por él, dirigido a él: todos tomaron su bautismo público en esa charca de sangre que se ha llamado Federación de la república».³⁰

7. Destructora de aquel unitarismo primigenio de la joven Argentina, el cual fue revestido con idealizados contenidos civilizadores por la Generación de 1837, la calaña barbárica de los sanguinarios atilas regionales

²⁷ Esteban Echeverría, *La cautiva / El matadero*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1999, p. 158.

²⁸ José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina* (1946). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 143.

²⁹ E. Echeverría, *La cautiva / El matadero*, p. 146.

³⁰ J. Mármol, *Amalia*, p. 555. Más adelante continúan interesantes referencias a los caudillos regionales y al gran crimen federalista de Rosas, perpetrado contra el unitarismo republicano: «La unidad, sin embargo, fue hecha pedazos por los Atilas argentinos, que, salidos del fondo de nuestros desiertos bárbaros, vinieron a romper con el casco de sus potros las tablas de ese occidente americano, en que empezaban a inscribirse las primeras palabras de nuestra revolución social» (*Ibid.*, p. 557).

en Mármol es rematada en Echeverría, al final de su manifiesto, con la de los carniceros federalistas:

En aquel tiempo, los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado, amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la Federación estaba en el Matadero.³¹

Como lo hizo la Joven Generación Argentina que liderara, Mármol desenmascara así la patraña rosista que subvirtiera y rebajara la federación —legítimo reclamo, en principio, por la autonomía regional, inspirada en buena medida en el formidable ejemplo estadounidense, como bien sabían Sarmiento y Mármol— hasta degradarla a una contraseña caudillesca para el desafuero y la tropelía contra toda forma de disidencia. Así, con sus crudas y oscuras metáforas del matadero y el desierto, el rapto y la mazorca, contrapuestas a los luminosos horizontes de la ciudad y la unidad nacionales, la Generación de 1837 logró articular, como en ningún otro contexto latinoamericano, un debate donde no solo se antagonizan barbarie y civilización, sino también las tensiones entre provincia y capital, entre federalismo y unitarismo en la génesis republicana. Generaciones posteriores harían un balance más ponderado, reconociendo, como lo señaló Félix Luna, el aporte integrador de Rosas, a pesar de su inicial desafuero federalista.³²

Todo ello jalona un terreno minado, atravesado por la nación argentina más temprana y dramáticamente que otras repúblicas del continente, incluso que los Estados Unidos, que tendría que resolver, en la guerra de Secesión, las más crudas variantes de esa antinomia en términos de unitarismo y federación, de libertad y esclavitud. Pero las tensiones entre unitarismo y federalismo mal entendido, tal como de hecho ocurriera en la premonitora dictadura de Rosas, persistirían con otros nombres en la geografía latinoamericana, incluyendo el atraso y

³¹ E. Echeverría, *La cautiva / El matadero*, p. 173.

³² Félix Luna, *Breve historia de los argentinos* (1993). Buenos Aires: Planeta, 2005, p. 99: «El largo régimen de Rosas, con la reiteración de actos burocráticos, fue creando la integración que antes no tenían las provincias. Pues aunque Rosas hablaba de la Federación y consagraba su lema como federal, en la práctica encabezó un régimen absolutamente centralista».

progreso de resonancia más liberal, tal como se verá más adelante. Y de manera análoga, el imaginario de barbarie y civilización sobreviviría, más allá de la Generación de 1837, en otras tendencias y movimientos literarios que, *grosso modo*, se extienden entre el costumbrismo y criollismo, los cuales aparecieron en parte como reacciones frente a los extranjerizados proyectos liberales.³³

³³ Véase *infra* los capítulos «Desiertos en repúblicas», así como «Entre costumbrismo, criollismo y realismo».

PADRINOS EUROPEOS³⁴

Puede parecer sorprendente que en un continente que tiene dos veces el tamaño de Europa, donde el número total de residentes ingleses apenas iguala a la población de Chester o Carlisle, no llegando ni siquiera a uno entre cada 800 habitantes, el componente inglés en pocos años ha sido capaz de dejar huella en mucho mayor grado que cualquier otra nacionalidad extranjera...

MICHAEL G. MULHALL, *The English in South America* (1878)

En la vida elegante, en la moda y en el arte, predomina el espíritu francés; en las letras y en las ciencias, el francés con el alemán y el italiano; y en la vida industrial y mercantil, el inglés...

JOSÉ GIL FORTOUL, *El hombre y la historia. Ensayo de sociología venezolana* (1896)

8. En el programa republicano bosquejado por el *Dogma socialista* de la Joven Generación Argentina, se hacía explícito que el *progreso* —temprano baluarte del proyecto liberal captado por el manifiesto, recordemos, en tanto segunda «palabra simbólica»— se basaba en la independencia política y cultural respecto de España, tanto como en un acercamiento con la Europa no ibérica.

La revolución para nosotros es el progreso. La América, creyendo que podía mejorar de condición se emancipó de la España: desde entonces entró en las vías del progreso.

Progresar es civilizarse, o encaminar la acción de todas sus fuerzas al logro de su bienestar, o en otros términos a la realización de la *ley de su ser*.

La Europa es el centro de la civilización de los siglos y del progreso humanitario.³⁵

Los vínculos de Latinoamérica con esa Europa progresista databan al menos de 1739, cuando Gran Bretaña había declarado la guerra a España por su monopolio allende el Atlántico; con la entrada de Francia —cuya rivalidad con la primera incluía las posesiones norteamericanas de Luisiana, entre otras diferencias—, el conflicto angloespañol se

³⁴ Me apoyo en pasajes de A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 35-44; A. Almandoz, «Urbanization and Urbanism in Latin America: From Haussmann to CIAM», pp. 13-16.

³⁵ E. Echeverría, *El Dogma socialista*, p. 96.

transformó en la guerra de los Siete Años (1756-63), concluida por el tratado de París, favorable en el Nuevo Mundo a los ingleses. Habiendo estos abolido la esclavitud en sus dominios para 1808, buscando hacer lo mismo en las colonias ibéricas, la debilitada posición de España y Portugal en una Europa disputada por Gran Bretaña y Francia en las vísperas napoleónicas, por un lado; mientras la presión económica y política ejercida por las élites criollas, por otro, hicieron todos que las posesiones latinoamericanas obtuvieran desde las postrimerías del siglo XVIII algunas concesiones comerciales que relajaban la hegemonía metropolitana.³⁶

Si durante los tempranos años republicanos los Pirineos fueron ya divisados por las élites locales como la frontera meridional de la Europa progresista, el Reino Unido y Francia fueron elegidos como égidas de modernidad frente al atraso económico, político y cultural representado por las metrópolis ibéricas.³⁷ El imperio británico fue escogido, por así decir, como padrino económico y técnico de las nacientes repúblicas, mientras Francia fue confirmada en tanto madrina cultural. Aunque para ambos países europeos tal distinción representara honor remoto y secundario, resultaba ciertamente útil para postergar el auge de Estados Unidos como nueva potencia continental.

9. Consolidado su liderazgo en la Europa posnapoleónica, habiendo también contribuido en la epopeya de la Independencia hispanoamericana, así como en establecer el librecambismo y dismantelar el monopolio portugués en Brasil desde 1808, Gran Bretaña comenzó a cosechar los frutos de más de un siglo de sostenida presencia en Latinoamérica. De manera más evidente que en los dominios españoles, la alianza política con Inglaterra se había convertido casi en un «axioma de la diplomacia portuguesa» durante el siglo XVIII, especialmente como herencia de la primera magistratura del marqués de Pombal (1750-77), quien trató de

³⁶ Para este panorama con relación al Nuevo Mundo, véase, por ejemplo, E. L. Woodward, *Historia de Inglaterra* (1962), trad. Eugenio Gallego. Madrid: Alianza Editorial, 1984, pp. 166-167.

³⁷ La descripción del proceso de penetración económica puede verse por ejemplo en Stanley J. Stein y Barbara H. Stein, *The Colonial Heritage of Latin America. Essays on Economic Dependence in Perspective*. Nueva York: Oxford University Press, 1970, pp. 105, 137, 168; respecto de la influencia cultural, véase Anthony Pagden, *Lords of all the Worlds. Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c.1500-c.1800*. Londres: Yale University Press, 1995.

reducir las ventajas económicas de aquella potencia de los mares, pero manteniendo a la vez su protección.³⁸

Ya para la segunda década del siglo XIX, el imperio británico era el cliente principal de los rubros de exportación tradicionales de las nuevas repúblicas, las cuales no solo asumieron su función de abastecedoras de materias primas para la industrialización inglesa, sino que también pasaron a depender de los préstamos británicos para sus incipientes economías. En términos de capital de inversión y de provisión de nueva tecnología, la predominancia inglesa se hizo evidente desde mediados del XIX hasta comienzos del XX, incluyendo dos oleadas de inversión en la década de los ochenta y después de 1902. A partir de entonces, los Estados Unidos tendrían una presencia cada vez mayor, sobrepasando al capital británico después de la Primera Guerra Mundial.³⁹

Si bien poco numerosos, los británicos detentaban una supremacía tanto económica como técnica en estas tierras, lo cual fue uno de los rasgos de geografía humana resaltados por Michael G. Mulhall en su informe *The English in South America* (1878):

Puede parecer sorprendente que en un continente que tiene dos veces el tamaño de Europa, donde el número total de residentes ingleses apenas iguala a la población de Chester o Carlisle, no llegando ni siquiera a uno entre cada 800 habitantes, el componente inglés en pocos años ha sido capaz de dejar huella en mucho mayor grado que cualquier otra nacionalidad extranjera. Esto parece deberse principalmente a la influencia del capital y el comercio británicos.⁴⁰

Míster Mulhall ciertamente tenía razones para estar orgulloso. Los emprendedores ingleses trajeron a América Latina inventos tecnológicos y manufacturas que permitieron a las ex colonias salientes del estadio preindustrial, experimentar por vez primera el gusto de la nueva era. Utillaje para la minería y motores, máquinas de vapor y locomotoras

³⁸ Tal como señala en este sentido Fernando A. Novais, *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial (1777-1808)*. São Paulo: Editora Hucitec, 1979, pp. 30-31.

³⁹ En este sentido, véase J. E. Rippey, *British Investments in Latin America, 1822-1949...*, pp. 11, 36.

⁴⁰ M. G. Mulhall, *The English in South America*, p. 599 (trad. del autor): «It may appear surprising that in a continent twice the size of Europe, where the total number of English residents is hardly equal to the population of Chester or Carlisle, and does not reach one in 800 of the inhabitants, the English element has in a few years been able to make its impress felt in a greater degree than any other foreign nationality. This appears mainly owing to the influence of British capital and trade».

fueron algunas de las innovaciones importadas a las repúblicas noveles por las compañías y los ciudadanos ingleses, quienes compartieron con los norteamericanos y alemanes el privilegio de introducir en Latinoamérica la mayoría de los adelantos industriales.⁴¹

Por todas estas razones, la relación de la Latinoamérica decimonónica con el imperio británico no puede ser reducida a una mera «dominación comercial», tal como los teóricos dependentistas trataron de hacer ver en ocasiones. Por un lado, es cierto que los intereses comerciales británicos en América Latina quebraron el sueño independentista de las nuevas repúblicas, reproduciendo ataduras neocoloniales que sirvieron para que el «imperialismo informal» de Gran Bretaña fuera reforzado en el continente. No obstante, por otro lado, también es cierto que debido a la embajada tecnológica y comercial de los ingleses, las repúblicas latinoamericanas invistieron al emporio victoriano con significados de progreso, industrialización e innovación. Al mismo tiempo, a las antiguas colonias se les permitió un nuevo y estable *modus vivendi* con la liberal Inglaterra, quien asumió con orgullo el tutelaje de las jóvenes repúblicas en «las artes de la paz».⁴² Tal como Mulhall bien pronosticó: «Cualquiera sea la suerte de Suramérica en los próximos cincuenta años, una cosa parece cierta, y es que su desarrollo en las artes de la paz estará en gran manera identificado con el crecimiento de sus relaciones con Gran Bretaña».⁴³ Y el súbdito victoriano estaba en lo correcto, tal como seguiremos viendo.

10. Si bien Francia también estuvo presente en la economía latinoamericana durante el siglo XVIII, su influjo entre las antiguas colonias ibéricas fue más bien social y cultural. Habiendo traído la antorcha del Iluminismo europeo hacia el Nuevo Mundo, los filósofos galos inspiraron a la intelectualidad criolla promotora de la epopeya independentista y los valores republicanos. El prestigio alcanzado por la patria de

⁴¹ Tal como lo hizo notar James F. Rippy, *Latin America and the Industrial Age*. Nueva York: Putnam's Sons, 1944, pp. 19, 189.

⁴² El énfasis sobre el neocolonialismo inglés se puede ver en S. J. Stein y B. H. Stein, *The Colonial Heritage of Latin America...*, pp. 137, 154-155, mientras que la visión positiva y liberal sobre las relaciones con la *Pax Britannica* es resaltada en C. H. Griffin, *The National Period in the History of the New World...*, de donde está tomada la expresión «the arts of peace».

⁴³ M. G. Mulhall, *The English in South America*, p. 600 (trad. del autor): «Whatever maybe the fortunes of South America during the next fifty years, one thing seems certain, that its development in the arts of peace will be in a great manner identified with the growth of its relations with Britain».

Voltaire (1694-1778) fue mantenido a lo largo del siglo XIX, desde el reformismo social del conde de Saint Simon y el librepensamiento de Ernest Renan (1823-92), hasta el positivismo de Auguste Comte (1798-1857) e Hippolyte Taine (1828-93). Habiendo así relevado a Italia de la égida clasicista ostentada hasta mucho después del Renacimiento, Francia no solo fue venerada en tanto metrópoli filosófica y artística, sino también por ser depositaria y traductora del humanismo europeo para el mundo latinoamericano.⁴⁴

Aunque no conociera Buenos Aires al tiempo de escribirlo, como ya ha sido advertido, Sarmiento señaló en su *Facundo* —exponente temprano de la dependencia republicana respecto de los nuevos padrinos del Viejo Mundo— que «la desespañolización i la europeización» de la sociedad porteña eran ya evidentes para la década de 1820; todos los extranjeros que llegaban a la otrora capital virreinal creían estar en salones como los de París, ya que en ellos ni siquiera faltaba la petulancia tan gala.⁴⁵ En otra ilustrativa metáfora ofrecida por el Sarmiento de *Recuerdos de provincia*, la europeización porteña también se manifestaba en las «callejuelas tortuosas del *Wauxhall*» (*sic*), jardín de estilo inglés adonde «acudían las familias de Buenos Aires a creerse civilizadas», a «engañar sus miradas y sus oídos en aquel oasis de civilización que tardaba en extender sus ramificaciones sobre el agreste erial de la pampa».⁴⁶

El estadista argentino anticipaba así, por medio del notable caso porteño, la instauración de una cultura afrancesada a extenderse a lo largo y ancho del continente por más de un siglo. Es lo que el hombre de letras argentino Manuel Ugarte (1875-1951) más tarde llamó «la segunda conquista», estableciendo una analogía entre la ocupación ibérica del vasto continente durante los siglos XV y XVI, y la posterior sujeción de sus pueblos ante el pensamiento francés.⁴⁷ Aunque la supremacía de este se eclipsaría en la primera parte del siglo XX, todavía en vísperas de la Gran Guerra, Francisco García Calderón (1883-1953)

⁴⁴ Con respecto a la influencia intelectual de Francia durante el siglo XVIII en Latinoamérica, véase Roland D. Hussey, «Traces of French Enlightenment in Colonial Hispanic America», en Arthur P. Whitaker (ed.), *Latin America and the Enlightenment*. Nueva York: D. Appleton-Century Company, 1942, pp. 23-51; A. Pagden, *Lords of All the World..*, pp. 178-200; sobre el siglo XIX, véase W. R. Crawford, *A Century of Latin American Thought*.

⁴⁵ D. F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, pp. 109-110.

⁴⁶ D. F. Sarmiento, «El historiador Funes», en *Recuerdos de provincia*, p. 133.

⁴⁷ Manuel Ugarte, *El porvenir de la América Latina*. Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores, 1911, p. 77.

proclamaba que Francia había sido «la maestra de la vida social y las letras para las democracias americanas», tutelaje que el escritor peruano elogiaba y agradecía a la vez en tanto uno de los rasgos más notables del «espíritu latino».⁴⁸

Además de nortear el cambio social y el pensamiento filosófico, Francia tradujo el canon de las Bellas Artes y la civilización, de refinamiento y urbanidad para las naciones noveles. Sin olvidar las influencias alemana e italiana en las ciencias y las letras de la Latinoamérica poscolonial, el sociólogo e historiador venezolano José Gil Fortoul (1861-1943) reconoció —como advierte el epígrafe de esta sección— esa predominancia gala en «la vida elegante, en la moda y en el arte» en tanto rasgo característico de la «raza social» de las jóvenes repúblicas.⁴⁹ De manera similar, al trazar el mapa del ascendiente que sobre esta «raza» americana había tenido la inmigración proveniente de la Europa meridional, Ugarte también resaltó la influencia, étnicamente poco significativa pero espiritualmente poderosa, con la que Francia había contribuido a «embellecer la vida» del Nuevo Mundo.⁵⁰

Fascinada por el prestigio del que Francia gozaba en Europa en tanto heredera principal del clasicismo, Latinoamérica también se había volcado hacia los cánones artísticos galos desde los primeros tiempos republicanos. Especialmente desde la segunda mitad del siglo XIX, la emergente burguesía ligada al sector exportador favoreció la adopción del «estilo francés» en diversas manifestaciones de la vida doméstica y pública en las ciudades; por sobre la ostensible imitación de maneras europeas en general, el París del Segundo Imperio prevaleció en tanto arquetipo de modernidad y refinamiento urbanos para las élites latinoamericanas hasta los años treinta del siglo XX.⁵¹

⁴⁸ Francisco García Calderón, *Latin America: its Rise and Progress*, trad. Bernard Miall. Londres: Fisher Unwin, 1913, p. 287 (trad. del autor). «France has been the teacher of social life and letters to the American democracies».

⁴⁹ José Gil Fortoul, *El hombre y la historia. Ensayo de sociología venezolana*. París: Librería de Garnier Hermanos, 1896, pp. 29-30.

⁵⁰ M. Ugarte, *El porvenir de la América Latina*, p. 62: «Más que con sus inmigrantes, difundió Francia su influencia con su pensamiento. Sin embargo, ha contribuido también poderosamente á nuestra elaboración social, no en el sentido de componente, porque el francés, poco numeroso, no se ha confundido á menudo con los elementos del país, sino en el de fuerza indicada para embellecer la vida».

⁵¹ Tal como lo hacen notar, desde el punto de vista artístico, C. C. Griffin, *The National Period in the History of the New World...*, pp. 83-84; y, desde el punto de vista literario, A. Rama, *La ciudad letrada*, p. 116.

Sin embargo, la supremacía del Segundo Imperio en tanto quintaesencia de civilización no excluyó la utilidad social de algunas ideas tomadas de la Inglaterra victoriana; de hecho, ambos modelos maridaron culturalmente en la Latinoamérica decimonónica, tal como ocurrió, por ejemplo, con las teorías de cambio social. En este sentido, el evolucionismo filosófico subyacente al industrialismo inglés proveyó la clave para la adaptación vernácula de las ideologías vanguardistas de filósofos franceses, algunas de las cuales resultaban prematuras para el contexto latinoamericano. Tal fue el caso del positivismo de Comte, el cual enfatizaba la armonía colectiva por sobre la libertad individual, ideal lejos de ser realizable en las contrastantes y desiguales sociedades criollas. En cambio, el darwinismo social de Herbert Spencer (1820-1903) resultaba ser una alternativa más apropiada y realista: partiendo del evolucionismo de Charles Darwin (1809-82), el filósofo inglés apuntaba a un progreso colectivo hacia la libertad individual sobre la base de la intervención estatal, siguiendo el formidable ejemplo ofrecido por la misma Inglaterra; la armonía social devenía así más factible en el largo plazo, como una alternativa plausible para la Latinoamérica oligárquica.⁵²

Además del darwinismo social, el protocolo urbano y el decoro moral se contaron entre los ingredientes victorianos incorporados por las élites y los gobernantes latinoamericanos a sus proyectos afrancesados a lo largo del siglo XIX. Y así, el padrino progresista y la madrina civilizada protagonizaron más de un *pas de deux* en la modernización de las jóvenes repúblicas, logrando diádas fascinantes en sus decorados políticos y urbanos.

⁵² Sobre la influencia combinada de los modelos de la Francia del Segundo Imperio y la Inglaterra victoriana en la vida cultural de la Latinoamérica decimonónica, véase, por ejemplo, E. Bradford Burns, «Cultures in Conflict: The Implications of Modernization in Nineteenth-Century Latin America», en Virginia Bernhard (ed.), *Elites, Masses and Modernization in Latin America, 1850-1930*. Austin: University of Texas Press, 1979, pp. 11-77, 15-16; C. C. Griffin, *The National Period in the History of the New World...*, p. 117; J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 284.

DESIERTOS EN REPÚBLICAS

Nuestros contratos o pactos constitucionales en la América del Sud deben ser especie de contratos mercantiles de sociedades colectivas, formadas especialmente para dar pobladores a estos desiertos, que bautizamos con los nombres pomposos de Repúblicas; para formar caminos de fierro, que supriman las distancias que hacen imposible esa unidad indivisible en la acción política.

JUAN BAUTISTA ALBERDI, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852)

Solo con estas y otras medidas de igual naturaleza, con la consolidación de la paz pública, con el arreglo de la administración de justicia, con la libertad de cultos y con las facilidades que al mismo tiempo debe dar el Gobierno para la traslación de los emigrados a nuestros puertos, es como se conseguirá que vaya aumentándose y mejorándose prontamente nuestra población.

BENITO JUÁREZ, «Justificación de las Leyes de Reforma» (1859)

La síntesis de todo mi programa de gobierno consiste en el ensanchamiento de la instrucción pública, en el fomento activo y resuelto de la industria, en la severa probidad pública y administrativa, y en la quietud de los espíritus para realizar, en la medida de lo posible y con el concurso de todos, la obra común del engrandecimiento de la república.

JOSÉ MANUEL BALMACEDA, discurso en La Serena (1881)

11. A pesar de la ya referida diferenciación entre las dos bandas atlántica y norandina, puede decirse que, mientras se avanzaba en la segunda mitad del siglo XIX, la diversificación de la exportación de materias primas benefició a Latinoamérica en general, en medio de una creciente demanda internacional debida a la industrialización. A la sazón, tal como resume Tulio Halperin Donghi, «el cobre y el trigo son episodios chilenos, la lana es rioplatense y el guano es peruano, el café se expande en Brasil, Venezuela, Nueva Granada y Centro América», mientras que el azúcar prospera en las Antillas, México y Perú.⁵³ El mapa de las ex-

⁵³ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (1967). Madrid y Buenos Aires: Alianza Editorial, 2005, p. 230; tal como ya ha sido señalado, la tesis de las economías latinoamericanas orientadas a la exportación ha sido rebatida por M. Carmagnani, *El otro Occidente...*, pp. 212-216.

portaciones se matiza aún más cuando son incorporadas las inversiones y mejoras en infraestructura y servicios: para 1878, Argentina estaba a la cabeza del continente, con 2.200 kilómetros de ferrocarriles y más de 7.000 de telégrafos; en términos relativos, Chile le seguía con 1.500 y más de 4.000, respectivamente. Si bien superaba a este último con más de 2.000 kilómetros de vías férreas y cerca de 7.000 de telégrafos, puede decirse que Brasil —dada su vastedad— estaba algo rezagado en un tercer lugar, así como México en el cuarto, con 600 kilómetros de caminos de hierro y algo más de 1.100 de líneas telegráficas. Finalmente, países como Nueva Granada y Venezuela estaban aún más atrasados, con tan solo 100 kilómetros de ferrocarriles y más de 2.000 de telégrafos.⁵⁴

La modelación de los proyectos nacionales en la Latinoamérica republicana vendría dada, en términos económicos y sociales, por la competitividad de los rubros exportables para satisfacer las demandas de las potencias en industrialización; las inversiones locales que estas hicieran en mejoras de infraestructuras y servicios, así como las políticas migratorias de las nuevas repúblicas. En el terreno institucional interactuarían los marcos constitucionales y las vicisitudes políticas que los fueron preservando, dislocando o renovando. Todo ello sería posible, como ha señalado Marcello Carmagnani, sobre la base de crecientes «inversiones públicas en el proceso de modernización económica, incluso mediante subsidios a la empresa privada», una vez que las jóvenes repúblicas redujeran, desde el último tercio del siglo XIX, el gasto en otros sectores que habían sido protagónicos al comienzo, como el militar.⁵⁵

Una temprana evaluación de cómo todos esos factores modernizadores informaban el debate constitucional latinoamericano de mediados del XIX atraviesa las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), decálogo escrito por Alberdi

⁵⁴ T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 230-231; J. E. Rippey, *Latin America and the Industrial Age*, p. 30.

⁵⁵ Tal como ha hecho notar M. Carmagnani, *El otro Occidente...*, p. 227, quien añade allí mismo: «En Brasil, Chile y México comienza a disminuir a partir de 1880 el gasto militar corriente, se estabiliza el gasto público y aumenta el gasto destinado a infraestructuras (ferrocarriles, teléfonos, telégrafo, correos, puertos), educación y salud. En México el gasto público crece en los nuevos sectores a un ritmo superior a 10% entre 1867 y 1910, con el resultado de que las inversiones federales en infraestructuras de transporte y comunicación alcanzan 10% del producto bruto en el período 1905-1910. Algo parecido se verifica en Argentina, Brasil, Chile y en menor medida en los demás países latinoamericanos...».

desde Valparaíso para el país que resurgía después de la derrota de Rosas en Monte Caseros. Ya desde la desengañada perspectiva de treinta años de vida republicana desaprovechada, el análisis del miembro de la Generación del 37 conjugó varios de los factores llamados a consolidar los proyectos nacionales, después de la euforia independentista. Así por ejemplo, al contrastar con las tempranas constituciones libertarias, formuladas al calor «de echar la dominación europea fuera de este suelo», cuando los «nombres de inmigración y colonización despertaban recuerdos dolorosos y sentimientos de temor», Alberdi abogó por nuevos «medios y necesidades» seculares y materiales requeridos por las incipientes «repúblicas» para dejar de ser «desiertos».

Hoy debemos constituirnos, si nos es permitido este lenguaje, para tener población, para tener caminos de fierro, para ver navegados nuestros ríos, para ver opulentos y ricos nuestros Estados. Los Estados como los hombres deben empezar por su desarrollo y robustecimiento corporal.

Éstos son los medios y necesidades que forman la fisonomía peculiar de nuestra época.

Nuestros contratos o pactos constitucionales en la América del Sud deben ser especie de contratos mercantiles de sociedades colectivas, formadas especialmente para dar pobladores a estos desiertos, que bautizamos con los nombres pomposos de Repúblicas; para formar caminos de fierro, que supriman las distancias que hacen imposible esa *unidad indivisible* en la acción política que con tanto candor han copiado nuestras constituciones de Sud América de las constituciones de Francia, donde la unidad política es obra de ochocientos años de vida preparatoria.⁵⁶

Puede entonces decirse que las *Bases* de Alberdi invocaron los medios para transitar del conservadurismo castizo heredado de la Colonia, hacia el liberalismo competitivo demandado por el proyecto republicano de la segunda mitad del siglo XIX. En este último sentido, hubo peculiares maneras como los estados en formación concibieron y aplicaron ese conservadurismo y liberalismo económico y político, iniciando procesos de secularización y modernización que dejaban atrás el religioso pasado colonial, mientras las élites fueron cambiando su perfil y atuendo de oligarquías a burguesías. Siendo imposible ocuparse en este sentido de cada uno de los países latinoamericanos, se intenta

⁵⁶ Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852). Buenos Aires: Losada, 2008, pp. 80-82.

a continuación tan solo bosquejar algunas reformas políticas y económicas para los casos de Chile, Argentina, Brasil, México y Venezuela.

12. Recorrido por tendencias conservadoras entre los terratenientes, y liberales entre los mineros, el Chile independiente fue tempranamente consolidado con el «autoritarismo progresista» heredado de Bernardo O'Higgins (1778-1842), seguido del «orden conservador» de Diego Portales (1793-1837) y, eventualmente, de la «liberalización» adelantada por Manuel Montt (1809-80) al promediar el siglo. Con la esclavitud tempranamente abolida en 1823, al fortalecimiento nacional chileno contribuyeron sus victorias en la Primera Guerra del Pacífico de 1837-39, así como en la Segunda Guerra (1879-83) contra Perú y Bolivia; tales proezas no solo afianzaron la imagen internacional de la «Prusia iberoamericana», sino que también aseguraron al país austral los desiertos de Antofagasta y Tarapacá, junto al dominio del salitre.⁵⁷ En términos institucionales, el modelo predominante en esta época fue el de la Constitución de 1833, redactada por Mariano Egaña (1793-1846), trasuntando el republicanismo oligárquico y centralizado del ministro Portales. La ideología de este fue encapsulada en una de sus cartas, con sucintas pero penetrantes ideas que Armando de Ramón (1927-2004) catalogara de «reflexiones de sobremesa»:

A mí las cosas políticas no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aún censurar los actos del gobierno. *La democracia que tanto pregonan los ilusos es un absurdo* en países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud como es necesario para establecer una verdadera república. (...) La república es el sistema que hay que adoptar, pero ¿sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un *gobierno fuerte, centralizador*, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual.⁵⁸

⁵⁷ Edwin Williamson, *The Penguin History of Latin America*. Londres: Penguin Books, 1992, p. 258; T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 212, 279.

⁵⁸ Diego Portales citado en Armando de Ramón, *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)* (2001). Santiago de Chile: Catalonia, 2006, pp. 72-73.

En parte por los vínculos de Valparaíso con los comerciantes británicos, el sector minero en Chile representó, desde mediados del siglo XIX, una avanzada frente al conservadurismo de los terratenientes.⁵⁹ Por sobre estas diferencias económicas y regionales, debe reconocerse que la arquitectura política de la así llamada «época portaliana» (1830-90) alcanzó, en gran parte, una institucionalidad precoz por comparación al resto de Latinoamérica. No en vano se apoyaba en los códigos y las universidades del venezolano Andrés Bello (1761-1865), colaborador de varios gobiernos desde su llegada a Santiago en 1829, así como en los principios educativos y cívicos de Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, exiliados en Chile durante parte de la dictadura rosista. El segundo reconoció que la Constitución chilena era «superior en redacción a todas las de Sud América, sensatísima y profunda en cuanto a la composición del poder ejecutivo», aunque fuera «incompleta y atrasada en cuanto a los medios económicos de progreso y a las grandes necesidades materiales de la América española», apuntando con ello a la imposición constitucional del culto católico y a la prohibición de extranjeros para ocupar cargos nacionales y municipales.⁶⁰ A pesar del relativo conservadurismo constitucional, hasta la modernización emprendida durante la presidencia de José Manuel Balmaceda (1886-91), el legado económico y territorial de ese liberalismo oligárquico incluiría la articulación del valle central chileno, tradicional productor de trigo; el fortalecimiento comercial y ferroviario del eje Santiago-Valparaíso, así como entre el núcleo minero de Copiapó y el puerto de Caldera; la pacificación de la Araucanía y la ocupación de la región magallánica, con la fundación de Fuerte Bulnes, llamado más tarde Punta Arenas.⁶¹

Favorecido por la fiebre del oro en California y el relativo declive de Callao como principal puerto del Pacífico suramericano, sobre todo tras la derrota peruana en la Primera Guerra, Valparaíso devino enclave

⁵⁹ T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 212, 216.

⁶⁰ Al referirse a Juan Egaña (1768-1836) y Mariano Egaña, redactores de las primeras constituciones chilenas, señala J. B. Alberdi, en *Bases...*, p. 67: «Excluyeron todo culto que no fuese el católico sin advertir que contrariaban mortalmente la necesidad capital de Chile, que es la de su población por inmigraciones de los hombres laboriosos y excelentes que ofrece la Europa protestante y disidente. Excluyeron de los empleos administrativos y municipales y de la magistratura a los extranjeros, y privaron al país de cooperadores eficacísimos en la gestión de su vida administrativa».

⁶¹ A. de Ramón, *Historia de Chile...*, pp. 67, 80-90; Sergio Villalobos R., *Breve historia de Chile* (1979). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2010, pp. 124-125, 130-131, 148-149, 150-151.

del liberalismo comercial y cosmopolita desde mediados del siglo XIX. No solo afianzó su presencia en términos demográficos —pasando de 41.000 habitantes en 1840 a 97.000 en 1875 y 162.000 en 1907—, sino también por la diseminación del dinamismo comercial a través de la conexión ferroviaria, lograda con Santiago en 1863, todo lo cual se evidenciaba en una fuerte inmigración foránea arribando a la capital hacia los años setenta.⁶² Esa inmigración contribuyó a afianzar los modernizadores cambios ocurrientes en la sociedad chilena después de la revolución liberal de 1850-51, secuela de las comunas parisinas del 48. Los sucesos fueron promovidos por la Sociedad de la Igualdad, liderada por intelectuales como José Victorino Lastarria (1817-88), Francisco Bilbao (1823-65) y Alberto Blest Gana (1830-1920), quien los retratará en *Martín Rivas* (1862). Mientras que don Fidel, conservador personaje de la novela, define la mencionada Sociedad filantrópica como una «pandilla de descamisados que quiere robarse nuestras fortunas», fustiga otro contertulio, respecto de la movilidad social y económica de los nuevos tiempos, por oposición al aristocrático régimen heredado de la Colonia: «... al paso que en Chile vemos que todo va cediendo su puesto a la riqueza, que ha hecho palidecer con su brillo el orgulloso desdén con que antes eran tratados los advenedizos sociales».⁶³

La plena irrupción del liberalismo pipiolo frente a la vieja oligarquía pelucona hubo de esperar en Chile hasta la llegada de Balmaceda, quien

⁶² Armando de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2000, pp. 132-133, 137; E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, p. 256.

⁶³ Alberto Blest Gana, *Martín Rivas. Novela de costumbres político-sociales* (1862), prólogo, notas y cronología por Jaime Concha. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. 11, 30. En medio de los sucesos novelescos de 1851, el mismo autor se encarga de darnos un retrato de la asociación en los siguientes términos (*Ibid.*, p. 53): «La Sociedad de la Igualdad, de la que dos veces hemos hecho mención en esta historia, compuesta a principios de 1850 de un corto número de personas, había visto engrosarse con gran prontitud sus filas y llegado a ser el objeto de la preocupación a la fecha de los sucesos que vamos refiriendo. Su nombre solo habría bastado para despertar la suspicacia de la autoridad si no lo hubieran hecho el programa de los principios que se proponía difundir y el ardor con que acudieron a su llamamiento individuos de las distintas clases sociales de la capital. Al cabo de corto tiempo, la Sociedad contaba con más de ochocientos miembros y ponía en discusión graves cuestiones de sociabilidad y de política. Con esto se despertó poco a poco una nueva vida en la inerte población de Santiago, y la política llegó a ser el tópico de las conversaciones, la preocupación de todos los espíritus, la esperanza de unos, y de otros la pesadilla».

desencadenaría la primera crisis entre el parlamentarismo conservador y el ejecutivo reformista, que según propias palabras del mandatario, procuraba «que la riqueza fiscal se aplique a la construcción de liceos y escuelas y establecimientos de aplicación de todo género, que mejoren la capacidad intelectual de Chile». Por ende, continuaba, «no cesaré de emprender la construcción de vías férreas, de caminos, de puentes, de muelles y de puertos, que faciliten la producción, que estimulen el trabajo, que alienten a los débiles, y que aumenten la savia por donde circula la vitalidad económica de la nación». ⁶⁴ Pero allende su empuje presidencialista y liberal, también Balmaceda terminó siendo garante del legado portaliano, cuyo «instinto de buen gobierno», al decir de Jaime Eyzaguirre, «llegó a constituirse en tradición nacional y ya no en patrimonio de un grupo o de un partido». Tal como sentenció el historiador en su *Fisonomía histórica de Chile* (1948), esa continuidad de la obra de Portales por sobre todos los avatares decimonónicos estableció la diferencia cardinal con otras autocracias hispanoamericanas: «Ni Francia, ni Rosas, ni García Moreno, ni Porfirio Díaz tuvieron continuadores, mientras Portales los halló ininterrumpidos por medio siglo». ⁶⁵

13. Con un sector exportador que había crecido más de 200 por ciento desde 1840, estimulando bancos nacionales, líneas telegráficas y ferroviarias operativas desde la década siguiente, el imperio del Brasil se había consolidado como otro baluarte del liberalismo económico en Latinoamérica. Mientras los vecinos hispanoamericanos se adentraban en guerras de independencia desde la segunda década del siglo XIX, la colonia se convertía en 1808 en sede de la corte portuguesa, desplazada por las invasiones napoleónicas a la Península Ibérica; esa mudanza consolidó la primacía de Río de Janeiro como nueva capital sustitutiva de Salvador de Bahía, que lo había sido hasta 1763. Una vez que la monarquía lusitana establecida en Río regresara a Lisboa, el príncipe regente proclamó la independencia de Portugal en el famoso

⁶⁴ José Manuel Balmaceda, discurso en La Serena (1889), en S. Villalobos R., *Breve historia de Chile*, p. 168.

⁶⁵ Jaime Eyzaguirre, *Fisonomía histórica de Chile* (1948). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2004, pp. 126-127. Como se sabe, José Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840) fue dictador de Paraguay, y Gabriel García Moreno, de Ecuador. El respeto de Balmaceda por el legado portaliano es enfatizado por este autor citando la correspondencia privada del Presidente (*Ibíd.*, p. 161): «...‘Entregaré mil veces la vida antes de permitir que se destruya la obra de Portales, base angular del progreso incesante de mi patria’, escribió a uno de sus íntimos. Y sin ceder un ápice, acabó por sucumbir a todo el régimen».

«grito de Ipiranga», el 7 de septiembre de 1822, con lo que se estableció el Imperio de Brasil a partir de la coronación de don Pedro I (1798-1834) en octubre del mismo año; con constitución de corte absolutista otorgada por el primer monarca en 1824, el Imperio se consolidaría y prosperaría, sobre todo desde el ascenso de Pedro II en 1840, quien superara conflictos nacionales e internacionales hasta la declaración de la República en 1889.⁶⁶

En la revisión de regímenes latinoamericanos ofrecida en sus *Bases*, Alberdi lamentó la falta de republicanismo brasileño, según la posición común entre élites políticas e intelectuales hispanoamericanas del XIX, pero saludó la transición pacífica de ese «bello ejemplo (...) que sabe proteger la civilización», lo cual era el «fin común de los gobiernos de toda forma».⁶⁷ En efecto, bajo la égida de monarcas ilustrados, sobre todo don Pedro II (1825-91), no solo se favoreció el progreso material, sino también cultural y humanístico, por medio de la invitación al arquitecto Auguste Henri Grandjean de Montigny (1776-1850) y otras figuras europeas para establecer academias en la nueva capital carioca. Esta renovación era especialmente significativa en un vasto territorio que, a diferencia de Hispanoamérica, no había contado con universidades ni imprentas durante el período colonial.

Pasando de 186.000 habitantes en 1854 a 267.000 en 1872, las mejoras de Río se evidenciaron, por ejemplo, con el telégrafo desde el 52, así como en los ferrocarriles que conectaban con el puerto de Mauá y con São Paulo desde mediados de la misma década, aunque la gran estación central fuera inaugurada en 1880; mientras tanto, las líneas telegráficas aumentaron, en todo el país, de 200 en 1864 a 19.000 en 1889. Pero los cambios más espectaculares se dieron en la provincia

⁶⁶ Además de sublevaciones internas en Maranhão (1841), São Paulo y Minas Gerais (1842), Río Grande do Sul (1845) y Pernambuco (1849), el reinado de don Pedro II tuvo que hacer frente a conflictos con Argentina, por causa de Uruguay, durante el gobierno de Rosas; asimismo participó, junto a estos dos países, en la guerra de la Triple Alianza (1864-70) contra Paraguay, catalizada por los intereses del mariscal Francisco Solano López (1826-70) de buscar una salida al Atlántico.

⁶⁷ J. B. Alberdi, *Bases...*, p. 86: «El bello ejemplo de Brasil no debe alucinarnos; felicitemos a ese país de la fortuna que le há cabido, respetemos su forma, que há sabido proteger la civilización, sepamos coexistir con ella, y caminar acordes al fin común de los gobiernos de toda forma, la civilización. Pero abstengámonos de imitarlo en su manera de ser monárquico. Ese país no ha conocido la república ni por un solo día; su vida monárquica no se ha interrumpido por una hora...».

paulista liderada por la metrópoli del café y centro receptor e irradiador de una inmigración portuguesa e italiana destinada a reemplazar la mano de obra disminuida por los esclavos manumisos. Valga hacer notar que el café brasileño pasó de representar 18 por ciento de la producción mundial en los años veinte del siglo XIX, a más de 50 por ciento para finales de los ochenta, mientras su participación dentro de las exportaciones nacionales crecía en la misma proporción.⁶⁸

Persistían profundas contradicciones entre los conservadores gabinetes de Río, por un lado, tendentes a favorecer la oligarquía plantadora de azúcar y algodón; y por otro, los pujantes barones del café y demás grupos industriales de São Paulo y Minas Gerais, cuyo liberalismo y republicanismo contrastaban con soterrados intereses esclavistas.⁶⁹ A pesar de los efectos dinamizadores de estos sectores emergentes vinculados a las nuevas actividades exportadoras, tales grupos serían descalificados por Buarque de Holanda (1902-82) en tanto burguesía, al menos en el sentido alcanzado por esta en autores como Max Weber (1864-1920) o Henri Pirenne (1862-1935).⁷⁰ En efecto, a pesar de la constitución de una élite urbana que trataba de deslastrarse de las «raíces rurales» mediante la abolición de la esclavitud en 1888, el autor de *Raíces do Brasil* (1936) determinó la «imposibilidad de la burguesía» de finales del siglo XIX y comienzos del XX debido a factores culturales y territoriales, tales como la «mentalidad de casa grande», la carencia de pueblos intermediarios y el «predominio apabullante del ruralismo» en un territorio tan vasto.⁷¹ Apelaba Buarque en su argumentación a la famosa tesis de Gilberto Freyre (1900-87) en *Casa-grande e senzala*

⁶⁸ Carlos A. Schneeberger, *Minimanual compacto de história do Brasil. Teoria e prática*. São Paulo: Rideel, 2003, pp. 218, 228.

⁶⁹ E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, pp. 251-253.

⁷⁰ Me refiero a las clásicas aproximaciones en Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, ed. J. Winckelmann. 2 ts. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1977, t. II, pp. 938-1046; y Henri Pirenne, *Las ciudades de la Edad Media* (1925), trad. Francisco Calvo. Madrid: Alianza Editorial, 1981, pp. 53-85, 111-138; *Historia económica y social de la Edad Media* (1933), trad. Salvador Echavarría. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.

⁷¹ Sérgio Buarque de Holanda, *Raíces do Brasil* (1936). São Paulo: Companhia das Letras, 2005, pp. 74, 87-88, 92; tal como lo resume el autor (*Ibid.*, p. 87): «Um dos efeitos da improvisação quase forçada de uma espécie de burguesia urbana no Brasil está em que certas atitudes peculiares, até então, do patriciado rural logo se tornaram comuns a todas as classes como norma ideal de conduta. Estereotipada por longos anos de vida rural, a mentalidade de casa-grande invadiu assim as cidades e conquistou todas as profissões, sem exclusão das mais humildes...».

(1933), donde el sociólogo pernambucano había establecido que, a semejanza de las «colonias de propietarios» del sur de Estados Unidos, la estructura social del Brasil colonial se había apoyado en la institución «da família escravocrata; da casa-grande; da família patriarcal»; esto es, una parentela rural y latifundista que, a diferencia de la española en sus colonias, tenía principalmente una «base agrícola».⁷²

14. Casi desde su misma independencia política en 1821, la cual fue vista por Octavio Paz (1914-98) como una «revolución agraria en gestación», México había estado cerca del liberalismo político con el así llamado plan de Iguala, por medio del cual realistas criollos como Agustín de Iturbide (1783-1824), junto a líderes mestizos como Vicente Guerrero (1782-1831), concibieron una especie de compromiso basado en la independencia, la unión y la religión.⁷³ Era también una manera de balancear la compleja extensión y estructura de una naciente república donde los conservadores tendían a ser centralistas, mientras que los liberales preferían el federalismo al estilo norteamericano.⁷⁴ Después de las ingentes pérdidas territoriales ante el expansivo vecino yanqui, incluyendo los futuros estados de Texas, California, Colorado, Nuevo México, Arizona y Nevada, una nueva fase de liberalismo político vino con el plan de Ayutla de 1854 y la resultante Constitución del 57, reforzada con las primeras leyes de la Reforma; estas contemplaban, entre otros aspectos de laicización:

1° Adoptar, como regla general invariable, la más perfecta independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos.
(...)

5° Declarar que han sido y son propiedad de la Nación todos los bienes que hoy administra el clero secular y regular con diversos

⁷² Gilberto Freyre, *Casa-grande e senzala* (1933), en AA. VV., *Intérpretes do Brasil*. Río de Janeiro: Editora Nova Aguilar, 2000, pp. 251-252; allí resume el autor la diferencia de esta familia rural de base agrícola con otras colonizaciones del continente americano: «Pela presença dum tão forte elemento ponderador como a família rural ou, antes, latifundiária, é que a colonização portuguesa do Brasil tomou desde cedo rumo e aspectos sociais tão diversos da teocrática, idealizada pelo jesuítas— e mais tarde realizada por eles no Paraguai— da espanhola e da francesa. Claro que esse domínio de família não se teria feito sentir sem a base agrícola, em que repousou entre nós, como entre os ingleses colonizadores da Virgínia e das Carolinas, a colonização».

⁷³ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950). México: Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 111.

⁷⁴ E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, p. 259.

títulos, así como el excedente que tengan los conventos de monjas, deduciendo el monto de sus dotes y enajenar dichos bienes, admitiendo en pago de una parte de su valor, títulos de deuda pública y de capitalización de empleos.⁷⁵

Con un fuerte aliento secularizador del Estado, quizá el más penetrado por el positivismo que ya avanzaba en Latinoamérica al promediar el siglo XIX, la «Justificación de las Leyes de Reforma» fue resumida en un documento publicado en 1859 y suscrito por Miguel Lerdo de Tejada (1812-61) y Benito Juárez (1806-72), entre otros. En esa suerte de manifiesto y plan de gobierno a la vez, entre muchos otros aspectos, era reforzada la secularización estatal y la nacionalización de los bienes eclesiásticos mediante la libertad religiosa, la cual debía ser resguardada «con toda su autoridad» por la República, «por ser esto necesario para su prosperidad y engrandecimiento, a la vez que una exigencia de la civilización actual».⁷⁶ Por lo demás, la «Justificación de las Leyes de Reforma» permite visualizar el ambicioso plan de mejoras educativas, administrativas y de infraestructura, así como el fomento de la inmigración y colonización; a propósito de favorecer estas últimas, el documento resume la necesidad de coordinada adopción de todas las medidas que trasuntan el liberalismo mexicano y continental:

Sólo con éstas y otras medidas de igual naturaleza, con la consolidación de la paz pública, con el arreglo de la administración de justicia, con la libertad de cultos y con las facilidades que al mismo tiempo debe dar el Gobierno para la traslación de los emigrados a nuestros puertos, es como se conseguirá que vaya aumentándose y mejorándose prontamente nuestra población, porque mientras no se obre así, el negocio de la colonización continuará siendo, como lo ha sido 38 años ha, un motivo de vana declamación para todos los traficantes políticos que brotan de nuestras revueltas, y que con el único objeto de embaucar a la Nación, le hablan siempre de sus más graves males, sin tener la inteligencia ni la voluntad que se requieren para remediarlos.⁷⁷

⁷⁵ Benito Juárez y otros, «Justificación de las Leyes de Reforma», en Benito Juárez, *Antología* (1972), ed. Jorge L. Tamayo. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2007, pp. 86-110, 89-90.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 90. La secularización estatal era también evidente mediante el fortalecimiento del Registro Civil frente al eclesiástico, hasta entonces prevaleciente.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 106. Poniendo en perspectiva las instituciones que venían de la independencia, Paz es crítico de las reformas liberales de mediados del XIX (*El laberinto de la soledad*, p. 114): «La Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma (...) promueven la destrucción de dos instituciones que representaban la continuidad

Pero los extranjeros y la colonización llegaron a la endeble república por el lado menos deseado: debido principalmente a sus embates contra el latifundio y los privilegios eclesiásticos, las progresistas y secularizadoras reformas de finales de los años cincuenta no contaron con el beneplácito de las potencias europeas acreedoras; ello desencadenó, aprovechando la desatención de los Estados Unidos, inmerso en su propia guerra de Secesión, la insólita imposición del régimen monárquico de Maximiliano de Habsburgo (1862-67). Reinstaurada la República, las segundas reformas liberales de Juárez no lograron recuperar el país escindido entre profesionales urbanos y hacendados, por un lado, y la sempiterna indiada campesina, por el otro.⁷⁸

Las mejoras del liberalismo económico, más que político, así como la aparente constitución de una burguesía europeizada, llegarían al endeudado país azteca con la autocracia de Porfirio Díaz (1876-1910), quien había ayudado a don Benito a expulsar a los «franchutes». Como régimen adalid de los contrastantes beneficios del liberalismo decimonónico en Latinoamérica, puede señalarse que durante la «tiranía honrada» de don Porfirio —con «poca política y mucha administración», como rezaba uno de sus lemas— la población mexicana se incrementó en más de 50 por ciento, pasando a 15 millones, mientras la red ferroviaria se extendía de 800 a 24.000 kilómetros.⁷⁹ Sin embargo, los trabajadores de las fábricas, obrajes y plantaciones, la mayoría en manos de inversionistas extranjeros, no tenían derecho a sindicalizarse, mientras el campesinado clamaba por la desatendida reforma agraria. Por todo ello, en medio de su supuesto progresismo, liderado por una «nueva casta latifundista» en lugar de una verdadera burguesía emprendedora, como querían hacer ver los oficiosos «científicos» del régimen, el porfirismo solo representó, para Octavio Paz, el resurgimiento del «feudalismo colonial».⁸⁰ Así, si el Brasil no contó, para Buarque de Holanda, con

de nuestra triple herencia: las asociaciones religiosas y la propiedad comunal indígena».

⁷⁸ E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, p. 266.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 267; T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 247-248; Daniel Cosío Villegas, «The modern span», en *A Compact History of Mexico* (1973), trad. Marjory Mattingly Urquidí. México: El Colegio de México, 2005, pp. 103-118, 113.

⁸⁰ O. Paz, *El laberinto de la soledad*, pp. 116-117. El autor es muy crítico del supuesto progresismo del régimen, recibido en parte de las reformas de mediados del siglo XIX: «En realidad, el porfirismo es el heredero del feudalismo colonial: la propiedad de la tierra se concentra en unas cuantas manos y la clase terrateniente se fortalece. Enmascarado, ataviado con los ropajes del progreso,

una verdadera burguesía liberal promotora de los cambios políticos y sociales que le suelen ser atribuidos como impulsora del Estado moderno, el México porfirista tampoco lo logró, al menos según el sombrío diagnóstico que del proceso diera Paz.

15. Sin importar los beneficios de la *pax* porfiriana, la latencia del caudillismo regional hizo que el progreso constitucional en México no igualara al de Chile y Argentina.⁸¹ A la caída del régimen de Rosas, la hasta entonces «Confederación del Río de la Plata» pudo convertirse en una verdadera unión federal con bases establecidas en la Constitución de 1853. La renuencia de Buenos Aires a compartir con el resto del país las ventajas acumuladas por su condición portuaria llevó a breves guerras civiles en 1859 y 1861, pero las bases del nuevo país próspero y cosmopolita estaban ya echadas. Fue entonces presidido por prohombres de la Generación de 1837, tales como Bartolomé Mitre (1862-68) y Domingo Faustino Sarmiento (1868-74), quienes desarrollaron políticas inspiradas en el modelo estadounidense, en términos de fomento de la inmigración, divulgación de la educación pública, mejoramiento de la infraestructura y construcción de ferrocarriles.⁸² Desde las postrimerías del gobierno rosista, el futuro presidente visualizaba, al concluir su *Facundo*, la potencialidad de Argentina para convertirse en una atrayente alternativa a la inmigración fluyente a la sazón a Norteamérica:

Pero el elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy, es la inmigración europea, que de suyo, y en despecho de la falta de seguridad que le ofrece, se agolpa, de día en día, en el Plata, y si hubiera un Gobierno capaz de dirigir su movimiento, bastaría, por sí sola, a sanar en diez años, no más, todas las heridas que han hecho a la patria, desde Facundo hasta Rosas, que la han dominado. Voy a demostrarlo. De Europa emigran, actualmente, medio millón de hombres al año, por lo menos, que, poseyendo una industria o un oficio, salen a buscar fortuna, y se fijan donde hallan tierra que poseer. Hasta el año 1840, esta inmigración se dirigía, principalmente, a Norteamérica, que se ha cubierto de ciudades magníficas y llenado de su inmensa población, a merced de la inmigración. Tal ha sido, a veces, la manía de emigrar, que poblaciones enteras de Alemania se han transportado a Norteamérica, con

la ciencia y la legalidad republicana, el pasado vuelve, pero ya desprovisto de fecundidad. Nada puede producir, excepto la rebelión» (*Ibid.*, pp. 117-118).

⁸¹ Tal como advierte E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, p. 268.

⁸² José del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe. 1825-2001*. Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2002, p. 49.

sus alcaldes, curas, maestros de escuela, etc. Pero al fin ha sucedido, que en las ciudades de las costas, el aumento de población ha hecho la vida tan difícil como en Europa, y los emigrados han encontrado allí, el malestar y la miseria de los que venían huyendo...⁸³

Frente a esa densificación poblacional de sectores costeros norteamericanos, veía Sarmiento las emergentes ciudades del Río de la Plata, con su clima templado, como el destino más beneficioso para contingentes inadaptables a otras latitudes del Nuevo Mundo; así lo probaba la «florecente y rica ciudad» de Montevideo, que había capitalizado el éxodo causado por la satrapía rosista.⁸⁴ Pero una vez terminada esta, puede decirse que los gobiernos argentinos asumieron ese destino prefigurado por Sarmiento en el *Facundo* y *De la educación popular* (1852), así como en las *Bases* de Alberdi, destino para el que, en consonancia con los ideales de la Joven Generación, la inmigración europea era fuente de civilización y progreso. En este sentido, al explicar su más famoso aforismo, «Gobernar es poblar», el autor del decálogo inspirador de la nueva Constitución precisó que ese poblamiento debía ser entendido como una ciencia, no siendo esta otra que «la economía política, que considera la población como instrumento de riqueza y elemento de prosperidad». Apuntando, con Sarmiento, hacia el formidable ejemplo de los Estados Unidos, Alberdi consideraba que esa política migratoria necesitaba ser, en la América del Sur, más selectiva de sus componentes y distributiva en el territorio:

⁸³ D. F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, p. 242.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 243. Ya se ha hecho referencia al influjo que, como meca de los exiliados argentinos, ejerció Montevideo sobre la Generación de 1837; así por ejemplo se lee en J. Mármol, *Amalia*, pp. 367-367: «Pero no era simplemente la bella perspectiva de la ciudad lo que absorbía la atención de ese hombre, sino los recuerdos que en 1840 despertaba en todo corazón argentino la presencia de la ciudad de Montevideo: contraste vivo y palpitante de la ciudad de Buenos Aires, en su libertad y en su progreso; y más que esto todavía, Montevideo despertaba en todo corazón argentino que llegaba a sus playas el recuerdo de una emigración refugiada en él por el espacio de once años y la perspectiva de todas las esperanzas sobre la libertad argentina que de allí surgían, fomentadas por la acción incansable de los emigrados y por los acontecimientos que fermentaban continuamente en ese laboratorio vasto y prolijo de oposición a Rosas, en ese Montevideo de donde sólo con *dejar hacer*, la población se había triplicado en pocos años, desenvuéltose un espíritu de comercio y de empresas sorprendente, y amontonándose cuanto parecía suficiente para dar en tierra con la vecina dictadura». También se lee el reconocimiento del progreso uruguayo en J. B. Alberdi, *Bases...*, pp. 75-76.

La Europa del Norte irá espontáneamente a la América del Norte; y como el norte en los dos mundos parece ser el mundo de la libertad y de la industria, la América del Sud debe renunciar a la ilusión de tener inmigraciones capaces de educar en la libertad, en la paz y en la industria, si no las atrae artificialmente.

La única inmigración espontánea de la que es capaz Sud América, es la de las poblaciones que no necesita: esas vienen por sí mismas, como la mala hierba. De esa población puede estar segura América que la tendrá sin llevarla, pues la civilización europea la expelle de su seno como escoria.

El secreto de poblar reside en el arte de distribuir la población en el país. La inmigración tiende a quedarse en los puertos, porque allí acaba su larga navegación, allí encuentra alto salario y vida agradable. Pero el país pierde lo que los puertos parecen ganar. Es preciso multiplicar los puertos para distribuir la población en las costas; y para poblar el interior que vive de la agricultura y de la industria rural, necesita América embarcar la emigración rural de Europa, no la escoria de sus brillantes ciudades, que ni para soldados sirve.⁸⁵

Emblematizando los principios de ese liberalismo económico, político y demográfico en Latinoamérica, la Argentina de la segunda mitad del XIX fomentó la inmigración, la urbanización y el equipamiento para hacer realidad la consigna alberdiana, pasando de una población de 800.000 habitantes en 1852, a 3 millones en 1890, con 1.745.271 extranjeros. La inmigración y urbanización permitían asimismo asegurar territorios arrebatados a los aborígenes. Adalid de este país próspero y expansivo fue Julio Roca (1843-1914), dos veces presidente (1880-86, 1898-1904), cuyas campañas del desierto contra los indios pampeanos liberaron un territorio de 15.000 kilómetros cuadrados para consolidar la red ferroviaria y la penetración del capital foráneo, principalmente británico. Por reducir el desierto y aumentar el terreno civilizado, la épica de Roca puede verse como «el verdadero comienzo del programa alberdiano».⁸⁶

⁸⁵ Juan Bautista Alberdi, «Páginas explicativas de Juan Bautista Alberdi», en *Bases...*, pp. 33-42, 36. Con respecto al ejemplo de los Estados Unidos, contrasta Alberdi (*Ibid.*, p. 34): «Gobernar es poblar en el sentido que poblar es educar, mejorar, civilizar, enriquecer y engrandecer espontánea y rápidamente, como ha sucedido en los Estados Unidos. (...) Mas para civilizar por medio de la población, es preciso hacerlo con poblaciones civilizadas; para educar nuestra América en la libertad y en la industria es preciso poblarla con poblaciones de la Europa más adelantada en libertad y en industria, como sucede en los Estados Unidos...».

⁸⁶ Manuel Fernández López, «Prólogo» a Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852). Buenos Aires: Losada, 2008, pp. 7-27, 24. En este sentido, no hay que olvidar que, tal

Consolidado el ejército nacional después de la guerra del Paraguay y las conquistas del desierto; en medio de un crecimiento económico liderado por exportaciones de trigo y carne congelada desde finales de la década de 1870, impulsado también por el Banco Hipotecario de la Nación desde 1880; con nuevos ministerios de alcance nacional, como el de Obras Públicas y el de Instrucción Pública; promulgada la Ley de Capital Federal que zanjaba los conflictos políticos entre Buenos Aires y las provincias, ese año de 1880 devino «fundacional» para la nueva Argentina.⁸⁷ En ese expansivo Estado nacional, exponente de lo que Romero ha llamado la «era aluvial» —por superación de la «criolla» heredada de la Colonia— la fuerte presencia de inmigración foránea catalizaría las demandas y reivindicaciones de la clase que, en el contexto latinoamericano, puede verse como la más semejante a una burguesía urbana.⁸⁸ Como lo hizo la europea en su sustitución del orden feudal, el cual pasó en Argentina a estar representado por el patriciado de raigambre colonial y terrateniente, esa burguesía aluvial trató de conseguir reivindicaciones políticas y electorales; sin embargo, opuestas por las rémoras conservadoras del liberalismo decimonónico, apenas serían alcanzadas en la segunda década del siglo XX.⁸⁹

16. A un país más pequeño y atrasado como Venezuela, representante de la banda norandina que los viajeros como Cané y Mulhall encontraban a la zaga de sus vecinos del Atlántico y el Cono Sur, el liberalismo político y económico terminó llegando más tarde, después de la Guerra Federal concluida en 1863. Cierta concreción de las nuevas corrientes vendría durante el ciclo político protagonizado por Antonio Guzmán Blanco (1829-99) o «guzmanato», con sus tres períodos presidenciales: «Septenio» (1870-77), «Quinquenio» (1879-84) y «Aclamación» o «Bienio» (1886-88). La primera vez que el también llamado Ilustre Americano se dirigió al Congreso venezolano después de su arribo al poder, el nuevo presidente resumió las tres décadas previas de oposición radical entre godos y liberales en los términos siguientes:

como señala el mismo López, Alberdi «llamaba ‘desierto’ al suelo por civilizar, como era costumbre en la época» (*Ibid.*, p. 21).

⁸⁷ Tal como hace notar F. Luna, *Breve historia de los argentinos*, pp. 127-131, 147.

⁸⁸ J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, p. 171; allí distingue el autor con relación a la precedente «era criolla»: «La era aluvial, en efecto, es resultado de las transformaciones sociales que trae consigo la realización de la política liberal, sobre todo en cuanto a política migratoria...».

⁸⁹ Véase *infra* «Pax dictatorial y positivismo, revolución y democracia».

Dividida Venezuela desde 1840 en dos partidos, el uno pugnando por la libertad, el otro armado con la autoridad; éste heredero de la colonia, aquél hijo de la república; el primero que marcha al porvenir, el segundo que se aferra al pasado; entre el oligarca y el liberal ha existido siempre una distancia que no han podido acercar ni el tiempo ni sus lecciones, ni el prestigio de la mayoría popular, ni sus triunfos materiales, ni sus conquistas morales ni su magnanimidad, en fin...⁹⁰

Al hablar así, el presidente venezolano investía oficialmente la causa liberal con los valores de libertad, republicanismo y progresismo, los que eran, como hemos visto, piedras angulares de otras construcciones liberales en la Latinoamérica decimonónica. Pero el proyecto guzmancista introduciría un reajuste de las prioridades y valores del liberalismo tradicional en Venezuela: si la consolidación institucional de la tratabillante república había tenido una gran importancia política para sus predecesores, el caudillo miraba tal fortalecimiento como requisito para logros más positivos, tales como el progreso y la civilización. De esta manera, la Paz era concebida como el «punto de partida de todo progreso», según una fórmula harto recordada por el Ilustre Americano ante los congresistas venezolanos, cuando los recursos previstos para la construcción de vías de comunicación y escuelas, así como para el fomento de la inmigración, tuvieron que ser con frecuencia desviados a apaciguar conflictos internos de la indómita república; no en vano él la comparaba con un «cuero seco»: «si lo pisas por un lado, por el otro se levanta».⁹¹ Pero habiendo asegurado cierto orden político durante el Septenio, el vigoroso Progreso y la fecunda Civilización hicieron posible el milagro del liberalismo guzmancista: esto es, el establecimiento del Progreso «sobre las ruinas de la Libertad», así como la transformación del país «semi-salvaje» en una nación de ciudadanos, tal como reconocieran incluso denodados oponentes del autócrata, como el venezolano Aristiguieta Montero y el colombiano Vargas Vila (1860-1933).⁹²

⁹⁰ Antonio Guzmán Blanco, *Mensajes presentados por el general Guzmán Blanco, como Presidente Provisional de los Estados Unidos de Venezuela, al Congreso de Plenipotenciarios en 1870, y como Presidente Constitucional al Cuerpo Legislativo en 1873, 74, 75 y 76*. Caracas: Imprenta de «La Opinión Nacional», por Fausto Teodoro de Aldrey, 1876, p. 6.

⁹¹ *Ibid.*, p. 29; Antonio Guzmán Blanco, *Mensaje del general Guzmán Blanco al Congreso Constitucional*. Caracas: Imprenta de la «Gaceta Oficial», 1880, p. 7.

⁹² Rafael Aristiguieta Montero, *La administración Alcántara*. Caracas: Imprenta de vapor de «La Opinión Nacional», 1879, p. 16; José María Vargas Vila, *Los césares de la decadencia*. París: Librería América, 1913, pp. 184, 187.

Más allá de las proclamas y los discursos, los principios progresistas del ilustre proyecto guzmancista hubieron de ser traducidos en objetivos administrativos. En un mensaje leído a sus congresistas en 1874, el presidente priorizaba la educación popular, la inmigración y las vías de comunicación en tanto requisitos materiales de todo país aspirante a estabilizarse y alcanzar un futuro digno.⁹³ Y en efecto, además del mejoramiento en la educación pública desde el Septenio, la inmigración y los ferrocarriles rápidamente pasaron a ser grandes objetivos de la administración guzmancista hasta la Aclamación, estructurando una progresista agenda liberal mantenida, con ligeros cambios, hasta finales del siglo XIX.⁹⁴

A pesar de las diferencias cronológicas entre el temprano progresismo de Chile y el tardío de Venezuela, puede decirse, parafraseando a Portales —estadista epónimo del liberalismo económico criollo— que la primera parte del proyecto modernizador latinoamericano estuvo guiada por oligarquías entre conservadoras y liberales, que buscaron convertirse en burguesías seculares y europeizadas, la más ostensible de las cuales terminó siendo la argentina, una vez concluidas la dictadura rosista y la guerra federal. La agenda progresista, que incluía el fomento de la inmigración y la inversión extranjera, así como el mejoramiento ferroviario y de infraestructura en general, fue llevada adelante por Estados que, como lo probó el México de la Reforma, alcanzaron un alto grado de secularización, envueltos por una atmósfera positivista marcada por las nociones de orden, progreso y civilización. Todo un programa que parecía responder a la cuestión y la preceptiva planteadas por las *Bases* de Alberdi para convertir los desiertos en repúblicas.

¿Cómo hacer, pues, de nuestras democracias en el nombre, democracias en la realidad? ¿Cómo cambiar en hechos nuestras libertades escritas y nominales? ¿Por qué medios conseguiremos elevar la capacidad real de nuestros pueblos a la altura de sus constituciones escritas y de los principios proclamados?

Por los medios que dejo indicados y que todos conocen; por la educación del pueblo, operada mediante la acción civilizante de Europa, es decir, por la inmigración, por una legislación civil, comercial y marítima sobre bases adecuadas; por constituciones en armonía con nuestro tiempo y nuestras necesidades; por un sistema de gobierno que secunde la acción de esos medios.⁹⁵

⁹³ A. Guzmán Blanco, *Mensajes...*, p. 823.

⁹⁴ Para más detalle sobre el programa guzmancista, véase A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 59-88, de donde tomo algunos pasajes para este apartado.

⁹⁵ J. B. Alberdi, *Bases...*, p. 80.

EL FIN DE LAS GRANDES ALDEAS

En fin, yo, que había conocido aquel Buenos Aires de 1862, patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas que perdía su tiempo en flanear en las calles, y en el cual ya no reinaban generales predestinados, ni la familia de los Treveño, ni la de los Berroterán.

LUCIO LÓPEZ, *La gran aldea* (1882)

17. Una de las maneras como los estados liberales y las burguesías emergentes trataron de materializar sus programas progresistas fue remozando el perfil de la ciudad colonial, el cual no pudo ser cambiado hasta mucho después de la independencia política, envueltas como estuvieron muchas repúblicas en conflictos intestinos que robaban toda prioridad a la renovación urbana. Al considerar también la marginación padecida por algunas economías nacionales respecto de los circuitos internacionales de comercio, puede decirse con Hardoy que, en países andinos y centroamericanos, la imagen y la estructura de la ciudad colonial se mantendrían incluso hasta comienzos del siglo XX.⁹⁶

Como herencia del urbanismo de las Leyes de Indias, la plaza Mayor o de Armas se había mantenido en tanto espacio protagónico de esas ciudades, donde se daba una combinación única de actores urbanos —municipales, civiles, religiosos, económicos— en un verdadero centro, casi en el sentido romano.⁹⁷ A través de la ciudad hidalga de la Colonia y de comienzos del período republicano, era observable todavía un gradiente de importancia vecinal según la proximidad residencial a la plaza Mayor o de Armas.⁹⁸ No obstante, la ruptura de esta centralidad en términos de vivienda y notabilidad sería uno de los primeros cambios observables a mediados del siglo XIX, cuando se generaron

⁹⁶ Tal como lo sostiene J. E. Hardoy, «Las ciudades de América Latina a partir de 1900», pp. 267-268.

⁹⁷ Así lo ilustra, por ejemplo, Leszek Zawisza, «Fundación de las ciudades hispano-americanas», *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas*, n° 13, Caracas: Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas (CIHE), Universidad Central de Venezuela (UCV), enero 1972, pp. 88-128.

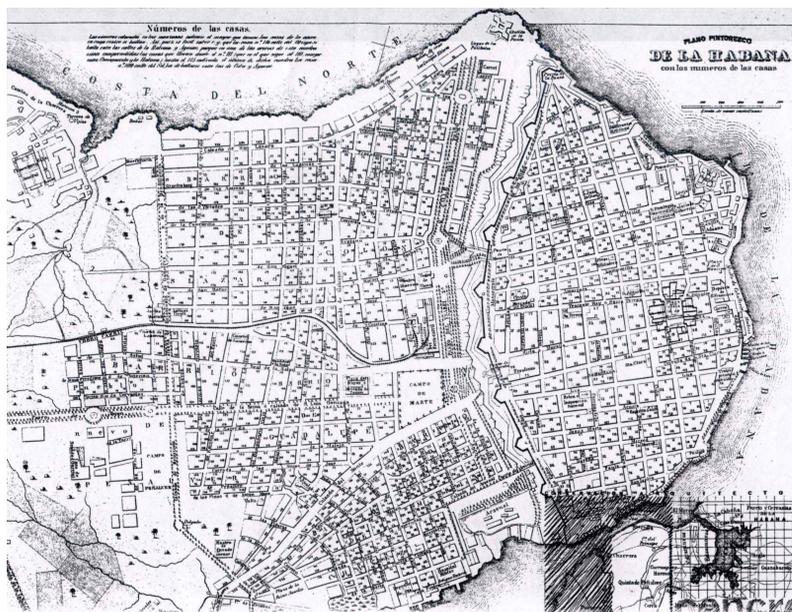
⁹⁸ Los efectos socioespaciales de esta estructura de las Leyes de Indias han sido analizados en términos comparativos, entre otros, por Miguel Rojas Mix, *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. Barcelona: Munchnik Editores, 1978; Allan R. Brewer-Carías, *La ciudad ordenada*. Madrid: Instituto Pascual Madoz, Universidad Carlos III de Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1997.

vectores centrífugos, por así decir, que resquebrajarían esa primacía residencial del centro histórico —que no comercial, la cual perduraría. Se iniciaba así un dilatado proceso de descentralización que tomaría hasta comienzos del XX en algunas capitales.

Antes de ser observable en las aletargadas ciudades de las repúblicas independientes, los cambios del perfil colonial comenzaron a darse, curiosamente, en la capital de Cuba, una de las pocas posesiones conservadas por España de su otrora imperio. Como urbe que no sufrió las pérdidas demográficas causadas por la independencia, La Habana evidenció una expansión ocurrente más temprano que en otros contextos. En ese sentido, mientras la «lenteja central» albergaba una población de 46.455 habitantes, muchos españoles peninsulares moraban, desde comienzos de la década de 1860, en el Reparto y otras zonas del ensanche allende las murallas, que contaban con una población de 122.730 habitantes (figura II.1).⁹⁹

⁹⁹ Datos tomados de Joseph Scarpaci, Roberto Segre y Mario Coyula, *Havana. Two Faces of the Antillean Metropolis*. Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press, 2002, pp. 28-29.

FIGURA II.1



Plano pintoresco de La Habana (1849) de José María de la Torre. Reproducción del Cencrem, La Habana. Cortesía del archivo Roberto Segre. Se observa la «lenteja» central hacia la derecha y el ensanche hacia la izquierda de la imagen.

Aunque nuevas ordenanzas de construcción fueron promulgadas en 1862, ya había tenido lugar una primera modernidad habanera con las reformas del gobernador Miguel Tacón (1838-58), en lo concerniente a transporte, murallas, avenidas, teatros y policía urbana. Paseos como el de Isabel II —después llamado del Prado— muestran influencia del plan de Pierre Charles L'Enfant (1745-1825) para Washington. «Espectáculo digno de contemplarse era, en efecto, entonces, el paseo, en carruaje y a caballo, del nuevo Prado de La Habana, iluminado a medias por los últimos rayos de oro del sol poniente, que en las tardes de otoño o de invierno se degradan en manojos de plata, antes de confundirse con el azul purísimo de la bóveda celeste...», recreó Cirilo Villaverde (1812-94) en *Cecilia Valdés* (1882).¹⁰⁰ El dilatado lapso entre escritura y publicación de esta novela permitió al autor, en prodigioso anacronismo, introducir las reformas de Tacón en la ambientación narrativa, al tiempo que contraponer las facies rural y urbana de la oligarquía

¹⁰⁰ Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel* (1882). La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1996, p. 140.

cubana a la que él mismo perteneciera; supo retratarla en sus ingenios azucareros y sus casonas de hacienda, por un lado, y en sus palacetes habaneros, por el otro, entre los cuales trashuman los personajes blancos y negros, libres y esclavos.

18. Ciudad de México había tenido ya propuestas urbanas desde finales del período colonial, con el así llamado plan de Castera (1794), que incluía un primer trazado de la Alameda y del paseo Viga. Habiendo sido designada capital federal en 1824, el plan de Castro (1856) trataba de atender la ciudad que alcanzaría una población de 200.000 habitantes para 1858, mientras su extensión frisaba las 450 hectáreas, antes de la expropiación de terrenos eclesiásticos y la expansión ferroviaria.¹⁰¹ Ya después de la Reforma y de la aplicación de la Ley de Desamortización de Bienes del Clero, como resume Quiroz, la «demolición de numerosos conventos e iglesias o su reciclamiento como escuelas, bibliotecas y cuarteles, así como la apertura de nuevas calles en medio de la traza colonial, marcó de manera definitiva el paisaje urbano y dio paso a la construcción de los primeros edificios ‘modernos’: tiendas departamentales, teatros y oficinas públicas»; mientras tanto, si bien en buena parte fue absorbido por la densificación de la trama central, el crecimiento residencial también ocurriría a través de terrenos campestres de las desamortizadas haciendas nórdicas.¹⁰² Durante el Segundo Imperio, con la extensión del entonces llamado paseo o calzada de la Emperatriz, en 1865, Maximiliano I y los ingenieros austriacos Fernando de Rosenzweig y Louis Bolland —un «Hausmann heterodoxo», según Tenorio— buscaron reforzar el vínculo entre el castillo de Chapultepec, nueva residencia imperial, y el palacio Nacional en el centro histórico; esa ruptura de la traza colonial sirvió de europeizado modelo para ciudades de provincia.¹⁰³ Reinstaurada la República y superando la

¹⁰¹ Carol McMichael Reese, «Urban Development of Mexico City, 1850-1930», en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities...*, pp. 139-169, 141-144. Para 1842 la ciudad incluía las poblaciones de Guadalupe Hidalgo, Azcapotzalco, Tacuba, Tacubaya, Popotla, Mixcoac, Nativitas, Mezcalzingo, Iztapalapa e Iztacalco.

¹⁰² Héctor Quiroz Rothe, *Ciudades mexicanas del siglo XX*. México: Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2008, p. 43.

¹⁰³ Mauricio Tenorio, «L'ideal de la modernité: Mexico 1910: le rêve du dictateur», en Jérôme Monnet (ed.), *L'urbanisme dans les Amériques. Modèles de ville et modèles de société*. París: Éditions Karthala, 2000, pp. 61-89, 68, 71; tal como señala el autor: «L'empereur Maximilien, un Haussmannien hétérodoxe, et son architecte Louis Bolland, conçurent à l'origine le Paseo comme un lien moderne

capital los 300.000 habitantes en 1884 —lo que incrementó su primacía nacional respecto de Guadalajara, Puebla y Monterrey—, hubo relativa pérdida de primacía continental del añejo México virreinal, al menos comparado con el dinámico Buenos Aires comercial.¹⁰⁴

A pesar de sus resabios para integrarse como capital federal, la urbe porteña, pasando de 90.000 habitantes en 1850 a 178.000 en 1869, estaba ya penetrada de conventillos y «casas chorizo» en el centro, resultantes de la subdivisión de parcelas coloniales (figura II.2), lo que llevó a la élite a migrar al norte. En este período, después de la batalla de Monte Caseros que puso fin al régimen de Rosas, persistieron los conflictos para integrar Buenos Aires con el resto de las provincias de la Confederación Argentina, conflictos que, últimadamente, remitían a los desniveles económico y urbano entre ambos bandos. Así lo resume Luna:

¿Cuáles eran los obstáculos reales que les impedían reunirse? Fundamentalmente, la diferencia de desarrollo económico que existía entre Buenos Aires y el resto del país. Había un abismo, como lo había habido también en tiempos de Rosas, entre el adelanto de Buenos Aires y la manera en que las demás provincias desarrollaban su economía y su vida política.

En la Buenos Aires de 1857, por ejemplo, había ya alumbrado de gas en las calles, un ferrocarril que llegaba hasta San José de Flores y una Aduana, construida para atender las necesidades del creciente comercio...¹⁰⁵

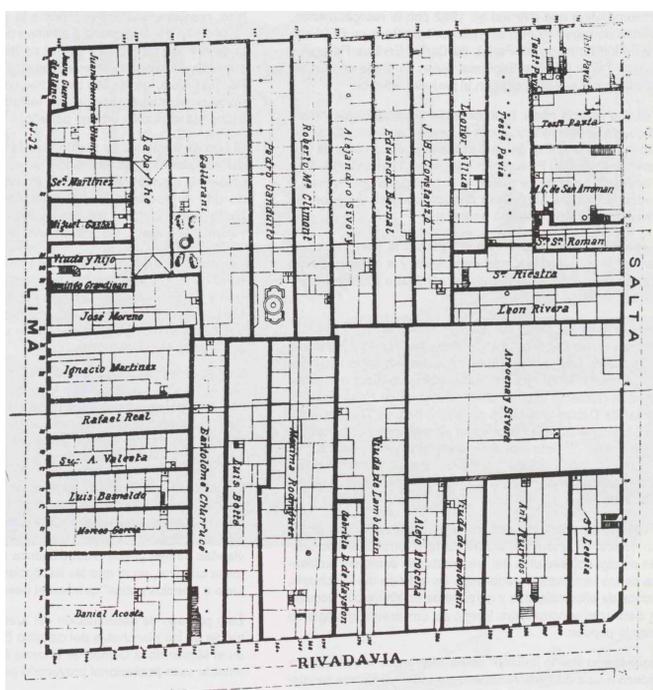
entre le château de Chapultepec et la Grand Place vers 1865». Con respecto a la influencia del paseo de la Emperatriz en ciudades del interior —paseo Vallarta en Guadalajara, paseo Montejo en Mérida (1897), avenida Juárez en Puebla (1903)—, resume H. Quiroz Rothe, en *Ciudades mexicanas del siglo XX*, p. 44: «En esta misma época muchas plazas de origen colonial se transformaron en jardines, siguiendo el modelo francés, se instalaron kioscos, bancas y fuentes, con lo que adquirió el aspecto y las funciones que todavía hoy caracterizan a estos espacios tradicionales. Paralelamente se multiplicó la construcción de mercados cerrados en sustitución de los tianguis al aire libre».

¹⁰⁴ Para el mismo año, las poblaciones de Guadalajara, Puebla y Monterrey eran de 80.000, 75.000 y 42.000 habitantes, respectivamente; véase en este sentido Robert V. Kemper, «Mexico City», en Melvin Ember y Carol R. Ember (eds.), *Encyclopedia of Urban Cultures. Cities and Cultures around the World*. 4 ts. Danbury, Conn.: Grolier, 2002, t. III, pp. 184-197, 187.

¹⁰⁵ F. Luna, *Breve historia de los argentinos*, p. 106; allí mismo continúa el autor: «La Confederación Argentina, además, casi no tenía fuentes de ingresos permanentes, mientras la Aduana, en cambio, alimentaba al gobierno de Buenos Aires...».

Con europeizados paseos por La Recoleta y el parque de Palermo, *La gran aldea* (1882), de Lucio López (1826-94), recoge estos primeros efectos del crecimiento urbano y la inmigración foránea sobre la oligarquía y las costumbres hispanas de la ciudad, convirtiéndola en novela epónima de un período. Allí advierte el protagonista, como reconociendo el fin del ciclo parroquiano en vísperas de la mutación urbana: «En fin, yo, que había conocido aquel Buenos Aires de 1862, patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas que perdía su tiempo en *flanear* en las calles, y en el cual ya no reinaban generales predestinados, ni la familia de los Trevejo, ni la de los Berroterán».¹⁰⁶

FIGURA II.2



Subdivisión parcela céntrica de Buenos Aires, circa 1880, indicando «casas chorizo» y conventillos. Cortesía Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana (Cedodal), Buenos Aires.

¹⁰⁶ Lucio López, «La gran aldea» (1882), en *Tres épocas de Buenos Aires*. Madrid: Aguilar, 1953, pp. 43-255, 138.

Tal como confirmara José Luis Romero, usando también la imagen novelesca de López, puede decirse que, en términos sociales, el «viejo patriciado» residente de la «gran aldea» descubrió que esta «comenzaba a transformarse en un conglomerado heterogéneo y confuso». ¹⁰⁷ Se conformaba así un arco social hacia la ciudad burguesa que, para continuar con las referencias literarias porteñas, iría de la *Amalia* de Mármol a la novela de López (figura II.3). Creo, asimismo, que ese dilatado proceso expansivo y de cambio social conducente al fin de las grandes aldeas es predicable, *mutatis mutandis*, de otras capitales poscoloniales, de La Habana de Tacón a la de Villaverde, y del México de Maximiliano al de Porfirio Díaz.

FIGURA II.3



Calle Perú, Buenos Aires, 1886. Cortesía Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana (Cedodal), Buenos Aires.

¹⁰⁷ J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, p. 260.

HACIA LAS CIUDADES BURGUESAS

Contribuir a ese saludable movimiento de rejeberación por el ornato i la hijiene, que constituye su saludable consecuencia en nuestras ciudades, es, por tanto, la principal i más alta intención de este libro dedicado, en el nombre i representación de la Municipalidad de Santiago, a los municipios de toda la república.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Álbum del Santa Lucía* (1874)

Je n'ai jamais arrêté le tracé d'une voie quelconque, et a plus forte raison d'une artère principale de Paris, sans me préoccupier du point de vue qu'on pouvait lui donner.

GEORGE EUGÈNE BARON DE HAUSSMANN, *Mémoires* (1890-93), II

19. Habiendo devenido capital federal en 1880, como ya fue señalado, Buenos Aires incorporó, ocho años más tarde, los términos municipales de Belgrano y Flores; ello apuró los proyectos de expansión suburbana durante la intendencia de Torcuato de Alvear (1883-87), mientras se empedraban las calles centrales y se ampliaba la distribución de agua, electricidad, alumbrado público y otros servicios.¹⁰⁸ Cuando se inauguró el puerto sobre la base de la propuesta de Eduardo Madero (1833-94) en 1889, la capital federal retenía más de la mitad de los inmigrantes arribados al pujante país austral. Describiendo un proceso análogo al de Manhattan, Chicago y otros ensanches decimonónicos, la urbanización de la pampa circundante se produjo entonces, tal como ha ilustrado Adrián Gorelik, mediante la articulación de la grilla y el parque como artefactos materiales y culturales a la vez.¹⁰⁹ También las «quintas» y las grandes estaciones ferroviarias —Once, Retiro y Constitución— nuclearon la expansión barrial y suburbana de la que, en consonancia con el país aluvial que encabezaba, puede ser vista como la primera metrópoli latinoamericana.¹¹⁰

Más hacia el centro, la renovación afrancesada de la plaza de Mayo y de la avenida homónima hacia el Congreso (figura II.4), inaugurada en 1894, devinieron epítomes de la ciudad burguesa, bullente por igual en

¹⁰⁸ Véase «El torbellino de la electrificación», en J. F. Liernur y G. Silvestri, *El umbral de la metrópolis...*, pp. 9-95.

¹⁰⁹ Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

¹¹⁰ Véase por ejemplo J. Scobie, *Buenos Aires: From Plaza to Suburb, 1870-1910*.

los parques de Palermo y Recoleta, en el Hipódromo, en la calle Florida y el club del Progreso, entre otros *rendez-vous* de la élite porteña. En esa súbita metrópoli de medio millón de habitantes, de los que 300.000 eran extranjeros, los cambios en valores y actitudes causados por la inmigración masiva fueron captados en *La bolsa* (1891), de Julián Martel, que recrea la crisis financiera de 1890, al final del gobierno de Miguel Juárez Celman (1886-90). El llamado «ciclo» de *La bolsa* incluye también novelas de Carlos María Ocantos (1860-1949) y Segundo Villafañe (1860-1937), las cuales se debaten entre el realismo balzaciano y el naturalismo al estilo de Émile Zola (1840-1902).¹¹¹ Atravesando la primera gran crisis desatada en aquella sociedad babélica y usurera, de veleidades cosmopolitas, como en contestación a la rampante xenofobia y el esnobismo de la burguesía porteña, el Fouchez de la novela de Martel —pseudónimo de José María Miró (1867-96), cronista bursátil del diario *La Nación*—arremete contra la remota «republicueta americana» de donde escapa después de la estafa; su monólogo trasunta la europeización y el materialismo espurios de la Argentina de marras:

¿Qué me importa abandonar esta republicueta americana, si con lo que poseo puedo brillar en París como el más atildado elegante del *faubourg* Saint-Germain? (...) Los títulos nobiliarios no valen ya nada en Francia; pero la fortuna sí. Yo la tengo, y un nacimiento ilustre, digan lo que se les antoje los demagogos, es siempre un mérito que todos desearían tener (...). La Argentina no es mi centro (...). Tengo la nostalgia de París, única ciudad del mundo en que la vida es soportable, y allá me vuelvo (...). Mi fuga será objeto de críticas y vituperios de esta sociedad que desprecio (...). Pero ¿en qué podrán perjudicarme? ¡A París no llega el murmullo insignificante de este rincón del mundo!¹¹²

En acerada crítica al porteño progresismo de campanario, el realismo de Martel recuerda aquí, por boca del franchute, el culto parisino tan característico del realismo decimonónico; logra con ello no solo alertar sobre la pérdida de los valores nacionales, sino también sobre

¹¹¹ En el caso de Ocantos destaca la novela *Quilito* (1891). Respecto de las características literarias y el ambiente social del ciclo de *La bolsa*, véase por ejemplo Diana Guerrero, «Introducción» a Julián Martel, *La bolsa. Estudio social* (1891). Buenos Aires: Clásicos Huemul, 1993, pp. 5-27, 20; Osvaldo Gallone, «Eugenio Cambaceres: entre el modelo y el margen», en Eugenio Cambaceres, *Música sentimental* (1884). Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1999, pp. 9-22, 14-16.

¹¹² Julián (José María Miró), *La bolsa. Estudio social* (1891). Buenos Aires: Clásicos Huemul, 1993, p. 207.

la emergencia de una nueva forma urbana en la era republicana. En este sentido, si bien París fuera, para el narrador naturalista de *Música sentimental* (1884), de Eugenio Cambaceres (1843-88), un «mercado gigantesco de carne viva», era también ese centro cuya refinada arquitectura hacía parecer ridículos el palacio de Alvear y el club del Progreso;¹¹³ era, después de todo, la única y verdadera metrópoli reconocida por el Fouchez de *La bolsa*. Y aunque no aparezca mencionada en las novelas, la escenografía parisina era en mucho resultado de la renovación urbana liderada por el barón de Haussmann durante el Segundo Imperio, canon estético —como ya ha sido señalado— de las élites y los gobiernos latinoamericanos que conjuraban la imagen de la metrópoli burguesa. Conviene entonces por ello echar una ojeada, a continuación, a ese proyecto parisino en su versión original.

FIGURA II.4



Avenida de Mayo, Buenos Aires, circa 1890. Colección Hoffenberg, Archivo Audiovisual de Venezuela, Biblioteca Nacional, Caracas.

¹¹³ Eugenio Cambaceres, *Música sentimental* (1884). Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1999, pp. 26, 55.

20. Las *Mémoires* (1890-93) del barón George Eugène de Haussmann (1809-91) son la mejor fuente a partir de la cual se pueden extraer sus ideas: aunque no son obra teórica sino reflexivo y detallado recuento de sus *grands travaux* (grandes obras) como prefecto del Sena entre 1853 y 1870, durante el Segundo Imperio francés, las *Memorias* resumen los principios básicos del pragmático urbanismo haussmanniano. El barón inició su texto lamentándose de que los detractores de su renovación nunca hubieran tenido en cuenta que las calles centrales de París fueran hasta entonces «impenetrables a la circulación»; en vista de ello, tratando de proveer «lo que dispensa la salubridad» y respetando los monumentos históricos y artísticos, su cirugía buscaba aplicar sistemáticamente los medios para satisfacer las necesidades de un tráfico más activo. De esta manera, además de la novedosa utilización de la expropiación como instrumento, circulación, higiene y monumentalidad despuntaron como los tres primeros principios del «urbanismo de regularización» de Haussmann, llamado a desenredar el viejo tejido parisino a través de un nuevo sistema de circulación y una cirugía de espacios abiertos.¹¹⁴

Clasificadas en las *Mémoires* de acuerdo con sus requerimientos financieros y su articulación por medio de diferentes redes o *réseaux*, resalta cómo las vías públicas ocuparon buena parte de los esfuerzos y recursos del prefecto. El sistema de circulación también es conceptualizado en el texto como instrumento para distribuir los servicios públicos y los nuevos espacios abiertos, desde el Bois de Boulogne y el Bois de Vincennes hasta las pequeñas áreas verdes sembradas por todo París. En este sentido, puede decirse que el «concepto dual de un sistema circulatorio y respiratorio» fue el basamento a la vez que la originalidad funcional del planeamiento haussmanniano. Al mismo tiempo, la red de circulación fue usada para mejorar la distribución de agua, aire, iluminación y otras condiciones básicas de higiene, la cual —«más que nunca», según la propia expresión del barón— habría de pasar a ser la base de la organización urbana.¹¹⁵ Sin embargo, valga advertir que

¹¹⁴ George Eugène Baron de Haussmann, *Mémoires* (1890-93). 2 ts. París: Guy Durier, 1979, t. I, pp. 28-29; t. II, p. 53. La conceptualización y el término «urbanism of regularization» fueron introducidos por Françoise Choay en *The Modern City Planning in the 19th Century* (1969). Nueva York: George Braziller, 1989, pp. 15-18. Me apoyo aquí en pasajes de A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 117-120.

¹¹⁵ G. E. Baron de Haussmann, *Mémoires*, t. I, pp. 55-100, 133 y sigs.; t. II, pp. 124-125; F Choay, *The Modern City...*, p. 19.

aun cuando la higiene ha devenido sello distintivo de muchos de sus trabajos monumentales e infraestructura subterránea, la preocupación sanitaria de Haussmann ya estaba influida por las reformas higiénicas y habitacionales emprendidas por Gran Bretaña y Alemania desde la década de 1840.¹¹⁶

Los esfuerzos del barón para regularizar y equipar el tejido parisino fueron emprendidos sin desmerecer la perspectiva monumental: «Yo jamás he determinado el trazado de una vía cualquiera, y con mucha más razón de una arteria principal de París, sin preocuparme del punto de vista que podía dársele», aseguró el prefecto.¹¹⁷ Puede allí leerse otra clave del gran éxito de su cirugía: aunque la red de servicios haussmanniana se basaba en la nueva racionalidad de la era industrial, el «ingeniero previsor» se las arregló para diseñar ese *réseau* incorporando los principios monumentales del barroco francés, demostrando así que la emergente ciudad industrial podía ser a la vez bellamente diseñada.¹¹⁸

21. Al igual que ocurriera con Torcuato de Alvear, intendente de Buenos Aires, Haussmann fue comparado con otros hombres fuertes de las capitales latinoamericanas, tales como el intendente Benjamín Vicuña Mackenna (1831-86) en Santiago, el prefecto Francisco Pereira Passos (1836-1913) en Río, y el mismo presidente Antonio Guzmán Blanco en Caracas, aunque para este último la referencia al prefecto del Sena no apareciera en su propio momento.¹¹⁹ Echemos una ojeada a esos casos, no solo para ver la supuesta haussmannización de las renovaciones —lo que es, hasta cierto punto, un problema superado en la historiografía regional—, sino para apreciar las formas de mudanza hacia ciudades

¹¹⁶ Véase, por ejemplo, Nicholas Bullock y John Read, *The Movement for Housing Reform in Germany and France, 1840-1914*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

¹¹⁷ G. E. Baron de Haussmann, *Mémoires*, t. II, p. 278 (trad. del autor): «Je n'ai jamais arrêté le tracé d'une voie quelconque, et a plus forte raison d'une artère principale de Paris, sans me préoccuper du point de vue qu'on pouvait lui donner».

¹¹⁸ Tal como lo han hecho notar David Pinkney, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*. Princeton: Princeton University Press, 1958, pp. 220-221; Patrick Abercrombie, *Town and Country Planning* (1933). Londres: Oxford University Press, 1959, p. 91; L. Mumford, *The City in History...*, pp. 399-403; Enrico Londei, *La Parigi di Haussmann. La trasformazione urbanistica di Parigi durante il secondo Impero*. Roma: Kappa, 1982, pp. 102-107.

¹¹⁹ Con respecto a las referencias haussmannianas de los prefectos, véase R. Gutiérrez, *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica*, p. 675; J. E. Hardoy, «Teorías y prácticas urbanísticas en Europa...», pp. 104-106; A. Gorelik, *La grilla y el parque...*, pp. 115-124.

burguesas, en diferentes escalas urbanas y latitudes. Valga aprovechar para advertir que, si bien las capitales latinoamericanas experimentaron otros cambios espaciales y funcionales, por supuesto, es la haussmanización, en tanto modelo predominante de transferencia y cirugía urbana durante el siglo XIX, la que ha sido más asociada con esas transformaciones aburguesadas.

Tal como ya aparece en *Martín Rivas* de Blest Gana, la Alameda santiaguina devino paseo elegante desde finales de la década de 1830, cuando servía para desplegar la «moderna usanza» de vestuarios y carruajes, sobre todo en las fechas patrias de septiembre.¹²⁰ Pero ningún otro cambio significativo pareció ocurrir en Santiago hasta la llegada de Vicuña Mackenna como intendente durante la presidencia del liberal Federico Errázuriz Zañartu (1871-76), miembro fundador del llamado Club de la Reforma. El cerro Santa Lucía (figura II.5), el camino de Cintura y la canalización del río Mapocho destacan no solo como principales obras públicas del intendente, sino también como operaciones urbanas que combinaban valores paisajísticos y panorámicos, inmobiliarios e higienistas.¹²¹ Es cierto que esas intervenciones adolecieron del fachadismo y segregacionismo de marras, sobre todo el camino de Cintura, que al establecer el perímetro de la «ciudad propia», daba forma a la antinomia entre civilización y barbarie; en este sentido se planteaba Vicuña Mackenna, tal como resumiera en *La transformación de Santiago* (1872):

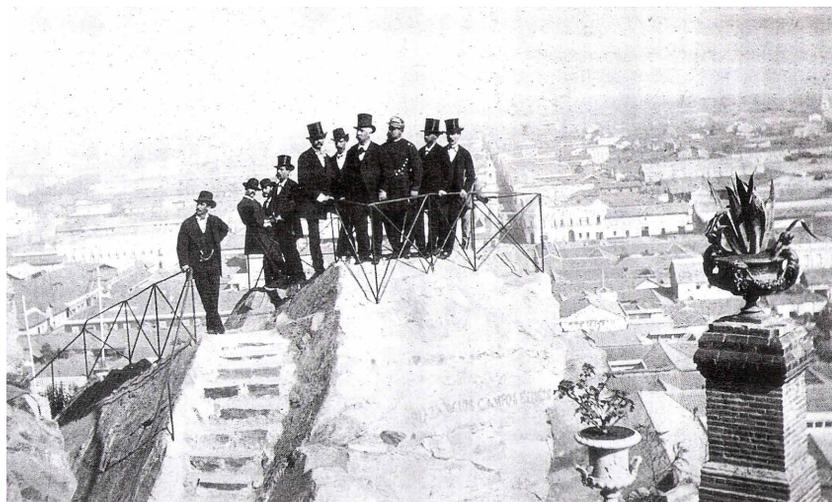
Definir la ciudad estableciendo los límites propios de ésta (...) creando la ciudad propia, sujeta a cargos i beneficios del municipio, i los suburbios, para los cuales debe existir un régimen aparte, menos oneroso i menos activo. Establece alrededor de los centros poblados una especie de cordón sanitario, por medio de sus plantaciones contra las influencias pestilentes de los arrabales. Descarga los barrios contra el exceso de tráfico (...) que contribuirán a hacer más sano el clima de la localidad.¹²²

¹²⁰ A. Blest Gana, *Martín Rivas...*, p. 206.

¹²¹ Véase el artículo de Germán Hidalgo, «Panoramic view and national identity: two of Santiago de Chile's public spaces in the second half of the nineteenth century», *Planning Perspectives*, vol. 24, n° 3, julio 2009, pp. 319-347.

¹²² Benjamín Vicuña Mackenna, *La transformación de Santiago*. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872, pp. 18-19.

FIGURA II.5



Manuel Vicuña Mackenna en la roca Tarpeya del cerro Santa Lucía, 1874. Tomado de *El álbum del Santa Lucía* (1874), en Rodrigo Pérez de Arce, Ricardo Astaburuaga Echenique y Hernán Rodríguez Villegas, *La montaña mágica/ El cerro de Santa Lucía y la ciudad de Santiago*. Santiago de Chile: Ediciones ARQ, 1993, pp. 24-81.

Al menos para esa ciudad propia y civilizada, vista por él como un modelo nacional, el intendente logró plasmar los principios de la renovación burguesa y liberal latinoamericana, por razones similares a las esgrimidas en París por Haussmann. En tal sentido lo resumió don Benjamín en su *Álbum del Santa Lucía*: «Contribuir a ese saludable movimiento de reenergación por el ornato i la higiene, que constituye su saludable consecuencia en nuestras ciudades, es, por tanto, la principal i más alta intencion de este libro dedicado, en el nombre i representacion de la Municipalidad de Santiago, a los municipios de toda la república».¹²³ Con esos principios de su proyecto emblemático, el intendente parecía dejar claras sus intenciones de propulsar la renovación municipal más allá del ámbito capitalino, así como la racionalidad higienista del parque del Santa Lucía, para el que Vicuña contara con la colaboración de Ernesto Ansart, Manuel Aldunate (1815-1904) y Lucien Henault (1823-s/f); esta intencionalidad fue bien captada por

¹²³ Benjamín Vicuña Mackenna, *El álbum del Santa Lucía* (1874), en Rodrigo Pérez de Arce, Ricardo Astaburuaga Echenique y Hernán Rodríguez Villegas, *La montaña mágica / El cerro de Santa Lucía y la ciudad de Santiago*. Santiago de Chile: Ediciones ARQ, 1993, pp. 24-81, 27.

la prensa contemporánea, al pronto asociar los tres atributos con el paseo *à la mode*: «belleza, higiene, distracción». ¹²⁴

De manera formidable y única en Latinoamérica, Vicuña Mackenna acompañó su obra ejecutada con la escrita, de la que fue temprana muestra *La transformación de Santiago* (1872), suerte de vademécum de su gestión municipal y antecesora de las *Memorias* de Haussmann. Pero si el prefecto santiaguino se adelantó al parisién en publicar el plan de su obra, no es menos cierto que este último había sido referencia para Vicuña Mackenna, al menos por los *grands travaux* y gastos de Jean-Charles Alphand (1817-91), «el célebre ingeniero que ha transformado a París en los últimos 20 años», tal como comentara el intendente sobre el colaborador de Haussmann en su primer informe anual. ¹²⁵

Fue por estas referencias que, además de una gestión comprensiva asimismo del parque Cousiño, el teatro Municipal y el palacio de la Exposición, Vicuña Mackenna fue visto, en su propio momento, como un «Haussmann en miniatura». ¹²⁶ Pero más allá de las similitudes discutibles con el prefecto del Sena, la obra del intendente puso Santiago al día con las renovaciones burguesas de las capitales latinoamericanas, logro del que llegó a estar tan consciente como orondo: «Pasando de los trabajos fundamentales o simplemente de los útiles a los de ornamentación o de recreo, pero que no son de menos valía, vosotros sabéis que poseéis obras con las cuales no rivaliza ninguna otra capital de la América del Sur», se ufanó ante sus compatriotas al término de su gestión. ¹²⁷

¹²⁴ Hernán Rodríguez Villegas, «Vicuña Mackenna y el paseo de Santa Lucía», en Rodrigo Pérez de Arce, Ricardo Astaburuaga Echenique y Hernán Rodríguez Villegas, *La montaña mágica / El cerro de Santa Lucía y la ciudad de Santiago*, pp. 6-23, 15.

¹²⁵ Benjamín Vicuña Mackenna, *Un año en la Intendencia de Santiago. Lo que es la capital y lo que debería ser. Memoria leída a la Municipalidad de Santiago en su sesión de instalación el 5 de mayo de 1873*. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1873, p. 24.

¹²⁶ La carta de Claudio Gay (1800-1873) a Vicuña Mackenna (septiembre 7, 1872) está citada por Alfonso Calderón, *Memorial de Santiago*. Santiago de Chile: RIL editores, 2005, p. 56.

¹²⁷ Benjamín Vicuña Mackenna, *Breve exposición documentada de los trabajos emprendidos i ejecutados bajo la administración Vicuña-Mackenna en la provincia de Santiago y en la capital de la República (20 de abril de 1872-20 de abril de 1875)*. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1875, p. 38.

22. Habiéndose convertido en capital del Brasil en 1763 —como ya se dijo—, Río de Janeiro experimentó rápidos cambios desde la segunda década del siglo XIX, cuando la ciudad albergó a la corte imperial portuguesa (1808-22), desplazada a causa de las guerras napoleónicas. Con 40.000 habitantes a la sazón, la transformación de la joven capital fue acelerada por el arribo de 15.000 cortesanos, así como de misiones científicas y artísticas francesas y austriacas, antecesoras de las academias nacionales.¹²⁸ Especialmente significativos fueron los cambios promovidos desde la Academia Imperial de Bellas Artes, que sembrarían la preocupación higienista provocada por los problemas sanitarios, en mucho debidos a la abrupta topografía carioca. También lo fue la diferenciación funcional y social entre el viejo centro o *cidade velha*, con sus *cortiços* obreros, por un lado, y los suburbios burgueses de la *cidade nova*, por el otro, incluyendo los primeros brotes de Glória, Flamengo, Botafogo y Copacabana, comunicados por un túnel con el centro desde 1892.¹²⁹ Destacaron en ese período las obras de infraestructura propuestas por notables profesionales, como el ya mencionado arquitecto Grandjean de Montigny y el militar y geógrafo Henrique Pedro Beaurepaire Rohan (1812-94), completadas con la constitución de una comisión de expertos para abordar los problemas de higiene y expansión urbanas, designada en 1874 por el ilustre don Pedro II.¹³⁰

Pero la verdadera transformación vendría con el cambio de siglo, cuando Río pasó de 552.561 habitantes en 1890 a 800.000 en 1906. Mientras en el centro de la ciudad vieja proliferaban *estalagens*, *cortiços*, *casas de cômodos* y *vilas*, la *cidade nova* había comenzado a modernizarse desde la década de 1870, con la mencionada comisión en la que participara Francisco Pereira Passos. Dirigidas a recuperar el centro y mejorar las condiciones sanitarias, las reformas emprendidas durante la «era de demoliciones» de Pereira Passos como prefecto (1902-06) constituyen el principal episodio de la difusión del modelo de Haussmann en Brasil. Emblemas de tales reformas fueron las famosas avenidas Central (figura II.6) y Bieira-Mar, mostrando similitudes y diferencias con el tipo original parisino.

¹²⁸ C. A. Schneeberger, *Minimanual compacto de história do Brasil*, pp. 151-152.

¹²⁹ Clarice Novais da Mota, «Rio de Janeiro», en M. Ember y C. R. Ember (eds.), *Encyclopedia of Urban Cultures...*, t. IV, pp. 29-38, 31.

¹³⁰ Eloisa Petti Pinheiro, *Europa, França e Bahia. Difusão e adaptação de modelos urbanos (Paris, Rio e Salvador)*. Salvador: Editora da Universidade Federal da Bahia (Edufba), 2002, pp. 65-88.

FIGURA II.6



Avenida Central, Río de Janeiro, 1908, foto de Marc Ferrez. Colección Hoffenberg, Archivo Audiovisual de Venezuela, Biblioteca Nacional, Caracas.

Por contraste con Río de Janeiro, hasta la declaración de independencia brasileña de Portugal, São Paulo de Piratininga había sido modesto centro comercial y distribuidor de bienes ubicado en la meseta del interior. Impulsado por la actividad extractiva del actual estado de Minas Gerais localizado al norte, fue también punto de partida de numerosas *bandeiras* o expediciones adentradas en la provincia para tomar posesión de la tierra, buscar riquezas y esclavizar indígenas.¹³¹ Quizá nunca habría florecido São Paulo más que el puerto de Santos, de no haber devenido capital de la provincia y asiento de autoridades civiles y eclesiásticas; después de la creación de la Escuela de Leyes, devino también una especie de burgo estudiantil. En parte por la vida académica que allí tenía lugar, en su *Retrato do Brasil*, Paulo Prado lo consideró, para mediados del siglo XIX, como un «grande centro romântico», de ese romanticismo que, junto a la lujuria, la codicia y la tristeza, caracterizaron al país colonial para el escritor modernista.¹³²

¹³¹ Fraya Frehse, «São Paulo», en M. Ember y C. R. Ember (eds.), *Encyclopedia of Urban Cultures...*, t. IV, pp. 143-153, 145-146.

¹³² P. Prado, *Retrato do Brasil...*, p. 82: «A própria cidade, no seu tradicional isolamento de serra acima, oferecia um aspecto românticamente melancólico

Pero todo ese pasado entre provinciano e intelectual cambiaría con la expansión del comercio y la cultura cafetaleros desde la década de 1840, cuando la capital paulista inició el despegue que la llevaría a convertirse en un fenómeno de otra naturaleza y magnitud, rivalizando con su contraparte carioca, mientras robaba protagonismo como segunda urbe a la alicaída Salvador, otrora capital colonial.¹³³

FIGURA II.7



Plano general de São Paulo, 1897, dirigido por Dr. Gomes Cardim. Tomado de Arturo Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002). Londres y Nueva York: Routledge, 2010.

Emulando en Suramérica los crecimientos de Manchester o Chicago en su momento, São Paulo pasó de menos de 7.000 habitantes en 1822

e espanhol, entre pinheiros e casuarinas, com as suas tardes cinzentas de vento sul. Por meados do século passado, pelas ruas desertas calçadas de pedras vermelhas ainda passava uma ou outra cadeirinha levada por escravos de calção e libré. À tarde, despertavam o sossego provinciano as cavalgadas de estudantes que iam namorar e espiares pelos arrabaldes; as ave-marias, os presos de cadeia, acorrentados aos pares, acendiam, entre ruídos de ferros, os lampiões de iluminação pública...». Será dramático el contraste de esta imagen colonial con el tráfico de la urbe medio siglo más tarde.

¹³³ Margareth da Silva Pereira, «The Time of the Capitals: Rio de Janeiro and São Paulo: Words, Actors and Plans», en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities...*, pp. 75-108, 80-81.

a 30.000 en 1870 y 240.000 en 1900; para entonces, más del 20 por ciento de la población era extranjera, con dos italianos por cada brasileño residente.¹³⁴ Las áreas urbanizadas rápidamente se extendieron más allá del «triángulo» original delimitado por los ríos Tamanduateí y Anhangabaú, con vértices en los monasterios de Carmo, São Francisco y São Bento, definidores del núcleo de la ciudad colonial. Con un *Padrão municipal* y un nuevo *Código de posturas* desde la década de 1870, también entonces se produjeron intentos por superar las limitaciones topográficas, con la propuesta del empresario francés Jules Martin (1834-1908) para construir un viaducto-*boulevard* en 1877. Quince años más tarde, la inauguración del *viaduto do Chá*, o del Té, catalizó la subdivisión y urbanización de numerosos fundos o *chácaras*, veintisiete de ellas en los alrededores del triángulo (figura II.7). La primera de esas subdivisiones dio lugar al *bairro* de Campos Elíseos, pronto seguido por Vila Buarque e Higienópolis, entre otros que integraron a la ciudad numerosos lotes de tierra rural y suburbana. Esta expansión residencial y comercial fue completada con la avenida Paulista, inaugurada en 1891, así como enmarcada en un plan del mismo Martin; sin embargo, toda esta dinámica de la ciudad burguesa contrastaba con los *cortiços*, las *casas de operários* y los *cubículos* proliferantes en el centro de São Paulo.¹³⁵

23. Buena parte del proyecto urbano del presidente Guzmán Blanco en Caracas puede verse como la autocrática puesta al día de una capital que, para mediados del siglo XIX, no llegaba a los 50.000 habitantes, mostrando todavía la imagen chata y ruinoso resultante del terremoto de 1812. En consonancia con su búsqueda liberalista de Progreso y Civilización, infraestructura y ornato fueron las dos vertientes principales de un proyecto articulado por el propio presidente en una batería de decretos y ordenanzas; tales ingredientes fueron ensamblados en el concepto de obras públicas, una de las principales contribuciones del guzmanato a la administración urbana de Venezuela, temprana en el continente en vista del relativo atraso del país. Con sus departamentos de ornato público e infraestructura, la creación del Ministerio de Obras

¹³⁴ Antônio Rodrigues Porto, *História urbanística da cidade de São Paulo (1554 a 1988)*. São Paulo: Carthago & Forte, 1992, p. 39; F. Frehse, «São Paulo», p. 146.

¹³⁵ M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», pp. 84-85; Telma de Barros Correia, *A construção do hábitat moderno no Brasil – 1870-1950*. São Carlos: Fapesp, RiMa, 2004, pp. 3-22.

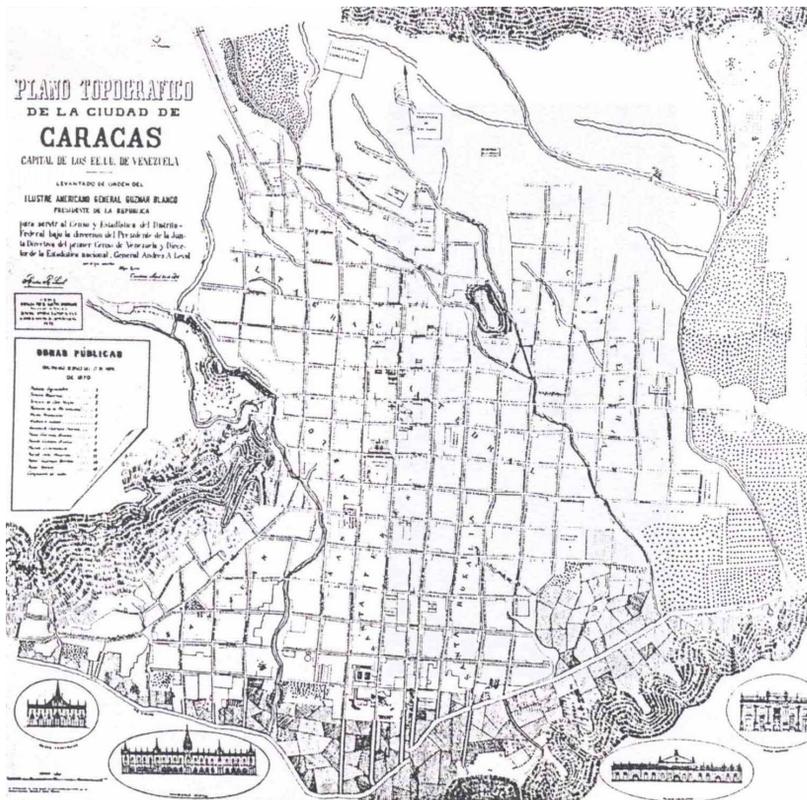
Públicas (MOP), en 1874, compendió las dos caras del proyecto del Ilustre Americano, quien de esa manera se hizo de los medios para emperifollar la pequeña capital con un atuendo arquitectónico digno de una capital decimonónica (figura II.8): la renovación de la plaza Bolívar, la conversión de la iglesia de La Trinidad en Panteón Nacional, el paseo El Calvario, el teatro Guzmán Blanco, el nuevo cementerio y matadero, el palacio de la Exposición de 1883, entre otras intervenciones.¹³⁶

Esas son las obras tradicionalmente consideradas como principal contribución de Guzmán a Caracas, siendo criticadas por haberse realizado, supuestamente, sin un plan integral. No obstante, en este sentido debe considerarse que, sin importar la euforia festiva por la Exposición de 1883 —celebrada en el centenario del nacimiento de Simón Bolívar (1783-1830)—, la Caracas guzmancista no llegó a requerir de cirugía urbana, a diferencia de las grandes capitales latinoamericanas. Por tanto, las críticas a la falta de un plan integral deberían mirar ese patético desajuste desde una perspectiva diferente: Caracas siempre fue una capital demasiado pequeña para el ambicioso gobernante, quien quizá hubo de renunciar a sus sueños, como probablemente los tuviera, de traspasar los límites coloniales de aquella.¹³⁷

¹³⁶ Obras recogidas, por ejemplo, en Graziano Gasparini, *Caracas. La ciudad colonial y guzmancista*. Caracas: Ernesto Armitano, 1978; A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 89-104; me apoyo en pasajes de este libro para esta sección.

¹³⁷ La crítica a la falta de plan de la renovación guzmancista puede verse, por ejemplo, en Tomás Polanco Alcántara, *Historia de Caracas*. Caracas: Comisión del Bicentenario del Libertador, 1983, p. 84.

FIGURA II.8



Plano topográfico de Caracas, 1875, indicando, al pie del damero, algunas obras públicas del Septenio guzmancista. Tomado de Irma De-Sola Ricardo, *Contribución al estudio de los planos de Caracas*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967.

Pero el proyecto urbano guzmancista fue más que un despliegue de obras públicas, ya que también incluyó una renovación de la administración municipal, lo cual a menudo ha sido ignorado por críticos de arquitectura. Con su conjunto de decretos y ordenanzas, y especialmente con la *Ordenanza sobre policía urbana y rural* de 1871, el guzmancismo también fomentó la regulación de la vida municipal, ampliando así el alcance tradicional de la policía urbana proveniente de la época colonial.¹³⁸ En este sentido, la limpieza y apariencia de calles, monumentos

¹³⁸ La ordenanza está compilada en Gobernación del Distrito Federal (GDF), *Decretos orgánicos del Distrito Federal dictados por el Ilustre Americano general Guzmán Blanco*. Caracas: Imprenta de la Gaceta Oficial, 1879.

y casas, los controles al comportamiento público y las mejoras al transporte fueron elementos heterodoxos pero complementarios de la primera agenda moderna que Caracas tuvo en la era republicana.¹³⁹ De cara a realzar la dignidad arquitectónica aspirada en los edificios públicos, la cartilla municipal guzmancista buscó a la vez un decoro urbano digno de una capital decimonónica, progresista y civilizada, cuyo apogeo se alcanzó en la ya mencionada Exposición Nacional del 83, donde también participaron invitados dilectos del Ilustre Americano, como Francia y Gran Bretaña, Estados Unidos y Suiza.¹⁴⁰

Imbuida de resentimientos políticos contra el Napoleón venezolano, la diatriba contra el proyecto urbano de Guzmán, por su supuesta imitación del París del Segundo Imperio, carece de bases tanto históricas como urbanísticas.¹⁴¹ Aunque puede decirse que el barón estaba en el aire de esa ciudad diminuta, no se puede precisar la haussmannización morfológica en Caracas, como tampoco se puede demostrar la presencia teórica del prefecto del Sena en el minúsculo debate urbano de la Venezuela de marras, a diferencia de lo ocurrido en mayores capitales latinoamericanas recién comentadas. El eclecticismo parisien ciertamente constituyó referente arquitectónico para Juan Hurtado Manrique (1837-96) y otros arquitectos favoritos del régimen, en la misma medida en que Napoleón III parece haber sido inspirador de Guzmán, al decir de adversarios como Luis Level de Goda (1838-99), quien le reprochara su vanagloria a comienzos del Septenio.¹⁴² Sin embargo, si los principios higiénicos y económicos del barón todavía no fueron reconocidos o aplicados en el primer episodio haussmanniano de las grandes capitales latinoamericanas, era mucho más difícil que su urbanismo de regularización fuese comprendido completamente en el

¹³⁹ He tratado de articular esta agenda en A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 105-116, de donde tomo pasajes para este apartado.

¹⁴⁰ Véase Rafael Ramón Castellanos, *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. 2 ts. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983.

¹⁴¹ Con respecto a la influencia política de los Napoleones sobre Guzmán Blanco, véase Ramón Díaz Sánchez, *Guzmán, elipse de una ambición de poder*. Caracas: Ministerio de Educación Nacional, 1950, pp. 590-591; Tomás Polanco Alcántara, *Guzmán Blanco. Tragedia en seis partes y un epílogo*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Grijalbo, 1992, pp. 566-568. Las asociaciones de la obra guzmancista con el proyecto napoleónico del Segundo Imperio pueden ser vistas en Leszek Zawisza, *Arquitectura y obras públicas en Venezuela. Siglo XIX*. 3 ts. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1989, t. III, pp. 11, 105.

¹⁴² Luis Level de Goda, *Venezuela y el general Guzmán Blanco (1873)*. Puerto España: 1875.

incipiente debate urbano de la sociedad guzmancista. Pero aunque así hubiese sido, la sombra de Haussmann no debería oscurecer el legado del arte urbano guzmancista, cuya búsqueda de arquitectura monumental y decoro urbano, así como de infraestructura y ornamentación, sentaron las bases del moderno urbanismo venezolano, mientras ponían Caracas al día con la renovación burguesa de otras capitales latinoamericanas.

24. Tal como lo prueba la reforma guzmancista en Caracas, la presencia ideológica de Haussmann en la Latinoamérica decimonónica no debe ser exagerada, aunque la influencia del Segundo Imperio francés fuese envolvente. Allende los casos referidos de Buenos Aires, Santiago y Río de Janeiro, el prefecto del Sena fue pocas veces identificado como referencia urbanística del debate contemporáneo en las grandes aldeas que anhelaban, como parte de las reformas liberales, trocarse en ciudades burguesas. El nombre de aquel apareció más tarde, ligado más bien al centralismo y poder requerido para la transformación de las grandes capitales, así como a los pingües beneficios económicos y corruptelas derivados de las renovaciones urbanas.¹⁴³ En este último sentido, no hay que olvidar el debate que siguiera en la propia Francia a la publicación de *Les comptes fantastiques d'Haussmann* (1868) de Jules Ferry (1832-93), donde el alcalde y ministro republicano fustigó y satirizó, con ribetes de opereta, los préstamos solicitados por «el autócrata de la Prefectura» durante los últimos años de su reinado municipal a lo Luis XIV.¹⁴⁴

Al mismo tiempo, debe recordarse que no todos los principios del barón habían arribado a Latinoamérica en las medianías del siglo XIX: desde los trazados neobarrocos de algunas avenidas y los aires a lo Bois de Boulogne de algunos parques, hasta el afrancesado eclecticismo de la arquitectura Beaux-Arts, varias de las asociaciones han sido establecidas con relación al aparato edilicio e iconográfico de la

¹⁴³ Sobre estos significados de la haussmannización y su difusión internacional, véase Françoise Choay, «Pensées sur la ville, arts de la ville», en Maurice Agulhon (dir.), *Histoire de la France urbaine*. Vol. 4: *La ville de l'âge industriel. Le cycle haussmannien*. París: Seuil, 1983, pp. 158-271; desde una perspectiva principalmente morfológica, las oleadas de la haussmannización a Latinoamérica están identificadas en Paolo Sica, *Storia dell'urbanistica*. 3 ts. Bari: Laterza, 1978, t. II, pp. 773-774.

¹⁴⁴ Jules François Ferry, *Comptes fantastiques d'Haussmann. Lettre adressée à MM les membres de la commission du Corps Législatif chargés d'examiner le nouveau projet d'emprunt de la ville de Paris*. París: Armand Le Chevalier, Éditeur, 1868, p. 46.

«haussmannización», el cual ciertamente enmarcaba la nueva morfología lograda por el prefecto parisino.¹⁴⁵

Sin embargo, a pesar de las referencias análogas en las renovaciones lideradas por Vicuña Mackenna en Santiago y Pereira Passos en Río, las reformas higienistas de Haussmann no fueron prioridad en la primera ola de transformaciones en las capitales latinoamericanas. Tampoco pareció incorporarse la concepción de Haussmann respecto de una cirugía urbana que articulara circulación, servicios y monumentos, cirugía por arribar más tarde, en algunos casos hacia comienzos del siglo XX, cuando el urbanismo profesional comenzaba a madurar.¹⁴⁶ Incluso entonces, las transformaciones haussmannianas tenderían a ser adoptadas por su significado progresista y civilizado que permitiría a las emergentes metrópolis burguesas de Latinoamérica exhibir, en el centenario republicano, semejanzas con sus contrapartes de la *Belle Époque*, mientras quedaban atrás el damero, los templos y las casonas de las grandes aldeas.

¹⁴⁵ Me apoyo en Arturo Almandoz, «Conclusions», en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities...*, pp. 271-274. Entre las revisiones posteriores de la «haussmannización» en Latinoamérica y otras partes del mundo, valga de nuevo referir al trabajo de E. P. Pinheiro, *Europa, França e Bahia...*, pp. 65-88.

¹⁴⁶ Véase *infra* «Embellecimiento del centenario».

ENTRE COSTUMBRISMO, CRIOLLISMO Y REALISMO¹⁴⁷

¿Quién ha dicho que no hubiera podido aprovecharse la vieja estructura, combinándola con las obras nuevas de embelecimiento que el progreso de nuestra culta capital estaba reclamando? Vamos, la cosa no tiene ya remedio. Lo bonito ha sustituido a lo histórico y solemne.

NICANOR BOLET PERAZA, «Cuadros caraqueños» (1893),
en *Artículos de costumbres y literarios* (1931)

... ese tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que, al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.

JOSÉ HERNÁNDEZ, «Presentación» a *Martín Fierro* (1871-72)

... una noche excepcional en que Santa considerábase reina de la entera ciudad corrompida, florecencia magnífica de la metrópoli secular y bella, con lagos para sus arrullos y volcanes para sus iras, pero pecadora, pecadora, cien veces pecadora...

FEDERICO GAMBOA, *Santa* (1903)

25. Ante las extranjerizadas reformas guzmancistas, en Caracas hubo, ya desde el Septenio, a través de los numerosos oponentes del Ilustre Americano, una reacción costumbrista, reivindicativa de la herencia colonial y las «patriarcales costumbres» de los primeros tiempos republicanos. Esa reacción alcanzaría su apogeo hacia mediados de la década de 1880, durante uno de los interregnos de Guzmán Blanco en Europa, mediante lo que se conoció como «la delpiniada», originalmente una mascarada literaria que cobraría visos urbanos como crítica ante las nuevas modas caraqueñas.¹⁴⁸ En ese costumbrismo venezolano se

¹⁴⁷ Una versión preliminar de esta sección, así como de otras siguientes referidas a la literatura, fueron presentadas en mi conferencia «Sobre la literatura urbana de la Latinoamérica republicana, antes del boom», *Studia Latinoamericana*, Helsinki: Centro Iberoamericano, Instituto Renvall, Universidad de Helsinki, abril 20, 2004. La conferencia se apoyaba en el ya mencionado artículo de A. Almandoz, «Sobre el imaginario urbano de la Latinoamérica republicana, 1830-1950».

¹⁴⁸ Durante la primera presidencia del general Joaquín Crespo (1884-86), la reacción contra la persona de Guzmán se hizo candente, mientras el *rastaquouère* disfrutaba su segundo interregno en París. El 14 de febrero de 1885, Francisco Antonio Delpino y Lamas, humilde sombrerero criollo que solía escribir versos

contarían, hasta finales del siglo XIX, antiguos colaboradores del régimen, como Francisco Tosta García (1846-1921), Francisco de Sales Pérez (1836-1926) y el marqués de Rojas (1828-1907), quienes satirizaron la brusquedad de los extranjerizados cambios guzmancistas, así como los oscuros negocios y las corruptelas políticas que los acompañaron.¹⁴⁹

En uno de sus «Cuadros caraqueños» de 1893, Nicanor Bolet Peraza (1838-1906), temprano colaborador devenido acérrimo oponente de Guzmán, se quejó de la decepción que los jóvenes debían sentir al contemplar la nueva plaza Bolívar remodelada durante el Septenio. Supuestamente diseñada para ser «hermosa y espléndida como un pedacito de París», la renovación había acabado con el pintoresco mercado de la antañona plaza de la Catedral; el resultado era una profanación perpetrada en nombre del progreso, el cual solo había servido para convertir un sitio histórico en un *rendez-vous* de moda; por ello sentenció Bolet Peraza, recriminando a propósito de la plaza el meollo del alegato criollista: «¿Quién ha dicho que no hubiera podido aprovecharse la vieja estructura, combinándola con las obras nuevas de embellecimiento que el progreso de nuestra culta capital estaba reclamando? Vamos, la cosa no tiene ya remedio. Lo bonito ha sustituido a lo histórico y solemne».¹⁵⁰ Años más tarde, aunque moderado por su participación en la diplomacia guzmancista, el marqués de Rojas también rezumó nostalgia por el sobrio gusto y la paz arcádica atribuidas a la Caracas poscolonial. Con sus legiones de modistas, sastres y zapateros, la civilización guzmancista había transformado Venezuela en un «pandemónium», perturbando las «patriarcales costumbres» del país saliente de la Colonia. «O tempora, o mores!», exclamaba el marqués

excéntricos, fue llevado al Teatro Caracas para ser premiado y aclamado por intelectuales disidentes. La apoteosis en la noche de Santa Florentina no solo incluyó odas burlescas elaboradas por vates venezolanos, sino también loores rendidos por apócrifos embajadores de las mayores literaturas europeas. Los panegíricos fueron publicados en el muy celebrado volumen *La delpiniada* (1885). Las contribuciones literarias de la mascarada han sido recogidas por Efraín Subero (ed.), *La delpiniada* (1885). Caracas: Fondo de Publicaciones de la Fundación Shell, 1967. He tratado de caracterizar la «delpiniada urbana» en A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 129-135.

¹⁴⁹ Francisco Tosta García, *Costumbres caraqueñas*. Caracas: Imprenta de El Ángel Guardián, 1883; *Don Secundino en París* (1894). Buenos Aires: Editorial América, 1942; Francisco de Sales Pérez (Justo, pseud.), *Ratos perdidos (Costumbres venezolanas)*. Caracas: Tipografía J. M. Herrera Irigoyen & Ca., 1902; *Costumbres venezolanas* (1877). Caracas: Tip. Cultura Venezolana, 1919.

¹⁵⁰ Nicanor Bolet Peraza (Abdul Azis, pseud.), *Artículos de costumbres y literarios*. Barcelona: Araluce, 1931, pp. 74, 99.

desde su salón parisino a comienzos del siglo XX, añorando todavía la sobriedad de la temprana república.¹⁵¹

Si bien no formara parte de la delpiniada original, un temprano retrato novelístico de la falsa modernidad de esa Caracas posguzmancista fue *Todo un pueblo* (1899), de Miguel Eduardo Pardo (1868-1905). Encubriéndola bajo el nombre ficticio de «Villabrava», Pardo logró satirizar «una ciudad original, con puntas y ribetes de pueblo europeo, a pesar de sus calles estrechas y de sus casas rechonchas, llenas de flores y de moho». No solo cruel recordatorio del provincianismo caraqueño, la imagen ridícula del oscuro poblado aspirante a ser europeizada urbe era alusión cáustica al fracaso de la fiesta guzmancista: «El modernismo le suprimió lo mejor de sus primitivas costumbres, para darle, en cambio, muchos de esos usos que la civilización decreta en todas partes». Aunque algunos lugareños reconocían *sotto voce* que su propia ciudad nunca podría competir con las capitales del siglo XIX, los más de ellos se empeñaban en seguir adelante con el engañoso refinamiento ambientado en los así llamados «clubs», «bulevares», «avenidas», «basílicas», «coliseos» y «palacios» de Villabrava; estos no solo eran importación espuria, sino también feble imitación de sus contrapartes del Viejo Mundo, al menos según el novelista residente en Madrid y París durante la década de 1890.¹⁵²

26. Con advocaciones diferentes, esa delpiniada urbana ocurrió de cierta manera en otras capitales y sociedades donde el costumbrismo representó una reacción frente a las europeizadas renovaciones promovidas por el liberalismo y la burguesía, apuradas en muchos casos por los flujos migratorios que trocaban las usanzas de capitales y provincias. En este sentido, como señalara José Luis Romero, «el costumbrismo comenzó a descubrir una rica veta describiendo la sorpresa del hombre de campo en la ciudad europeizante, tal como lo hicieron el chileno Jotabeche [José Joaquín Vallejo], el venezolano Daniel Mendoza, el uruguayo Bartolomé Hidalgo, el argentino Estanislao del Campo, porque había empezado un trasiego de gente que ponía de manifiesto la coexistencia de dos ciudades ahora igualmente válidas».¹⁵³ En cierto

¹⁵¹ José María (marqués de) Rojas, *Tiempo perdido* (1905). Caracas: Fondo de Publicaciones de la Fundación Shell, 1967, pp. 269-270.

¹⁵² Miguel Eduardo Pardo, *Todo un pueblo* (1899). Caracas: Monte Ávila Editores, 1981, pp. 52, 65.

¹⁵³ José Luis Romero, «Campo y ciudad: las tensiones entre dos ideologías» (1981), en *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*. México:

modo fue ese el temprano caso del *Martín Rivas* de Blest Gana, donde el «pobre provinciano» de Copiapó trata de ganar lo antes posible una «mejor figura» que le permita estar a tono con la «elegante familia» que lo ha acogido en Santiago: de allí la famosa escena de los «botines de charol» adquiridos en su primera salida a la plaza de Armas. Como en el itinerario cultural y psicológico de un Julián Sorel criollo, desde entonces se suceden en la novela innumerables cuadros que recrean el mofado tradicionalismo de los «provincianos y pobres» frente a las novelorías afrancesadas de los petimetres capitalinos; por eso exclama uno de aquellos, entre marginado e indignado: «Aquí las gentes se pagan mucho de las exterioridades, cosa en la cual no convengo...»¹⁵⁴ Con influencias tradicionalmente asociadas al realismo balzaciano, inició así el personaje Martín Rivas una saga de desadaptación y crítica costumbrista que puede decirse continuada, en la literatura chilena, en *Don Lucas Gómez, el guaso de Santiago* (1885), de Daniel Barros Grez (1834-1904), así como en *Los trasplantados* (1906), del mismo Blest Gana.¹⁵⁵

Pecando acaso de heterodoxos desde el punto de vista literario, en ese costumbrismo cabe incluir también obras varias del fin de siglo latinoamericano. Así por ejemplo, el dilatado proceso de cambio de la sociedad colonial, especialmente significativo en el marco de capitales privadas de su antigua primacía virreinal, atraviesa *Tradiciones peruanas* (1872-93) de Ricardo Palma (1833-1919), quien recogiendo allí cuadros que van desde las usanzas de los antiguos caciques a la mitología de los libertadores, ejemplifica al mismo tiempo el paso de «escritor costumbrista» a «cronista urbano».¹⁵⁶ Los países que no siguieron la cronología de la independencia hispanoamericana son también significativos en esta

Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2002, pp. 335-370, 360.

¹⁵⁴ A. Blest Gana, *Martín Rivas...*, pp. 18, 24, 42. La controversial influencia de la capital francesa es constante: «podrías irte a París y volver aquí a ser la reina de la moda...» (*Ibid.*, p. 17); también se hacen en la novela referencias a los «principios parisienses del elegante», contrapuestos a la «vida insípida» de Santiago (pp. 112-113).

¹⁵⁵ A pesar de la referencia que se ha hecho al Julien Sorel de *Le rouge et le noir* (1830), de Stendhal, suele verse la obra de Blest Gana como influida por Balzac; véase por ejemplo Francisco Javier González Errázuriz, *Aquellos años franceses 1870-1900. Chile en la huella de París*. Santiago de Chile: Taurus, 2003, pp. 57-58.

¹⁵⁶ Tal como lo señala Julio Ortega en su «Prólogo» a Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, selección Santiago Londoño Vélez. Bogotá: Editorial Norma, 1991, pp. 19-30, 20.

transición costumbrista: tal como ya fue mencionado, el cosmopolitismo de la oligarquía criolla y la incipiente modernización de La Habana entre 1812 y 1831 —según la periodización dada por el mismo autor en su Prólogo del 79¹⁵⁷—, incluyendo algunos cambios al escenario colonial introducidos por el gobernador Tacón en la década siguiente, son prolijamente descritos por Cirilo Villaverde en *Cecilia Valdés*. La obra es también penetrante retrato, repetimos, de las dos facetas, rural y urbana, de una bifronte oligarquía terrateniente con visos burgueses, la cual sojuzgaba a vastos sectores esclavos en Cuba, tal como también ocurría con los manumisos de las repúblicas desde mediados del XIX. Por su parte, la menos traumática transición de Brasil desde el orden imperial al republicano, instaurado en 1889, puede seguirse a través de la vasta galería novelesca de Joaquim Machado de Assis (1839-1908), destacando *Memórias póstumas de Brás Cubas* (1881) y *Quincas Borba* (1892).¹⁵⁸ Con coloridas pinceladas costumbristas, en la primera pueden encontrarse, casi arrancando con las memorias infantiles del rapaz, espléndidas escenas del Brasil jovial y ubérrimo, pero señorial y negrero, cuya apurada salida de la Colonia lo convirtiera en monarquía e imperio liberal; todo ello componiendo un gran tapiz de romanticismo, costumbrismo y realismo entretejido por el narrador con picardía.¹⁵⁹

27. Por su estrecha relación con los conflictos intestinos y las reducciones indígenas ocurrientes en varios países —manifestaciones a la vez de la sempiterna contraposición entre campo y ciudad—, el debate sobre barbarie y civilización en la Latinoamérica finisecular continuó resonando en la literatura. Por ello ha dado lugar a revisiones críticas e historiográficas que arrojan claves para entender cómo el imaginario urbano persistió, aunque fuera por contraposición, en obras de escenificación rural y tenor romántico o criollista en apariencia.¹⁶⁰ Así por

¹⁵⁷ C. Villaverde, *Cecilia Valdés...*, p. 9.

¹⁵⁸ Véase para estas novelas el esclarecedor análisis de Jorge Romero León, *Retórica de imaginación urbana. La ciudad y sus sujetos en Cecilia Valdés y Quincas Borba*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), 1997.

¹⁵⁹ Véase por ejemplo el pasaje en Joaquim Machado de Assis, *Memórias póstumas de Brás Cubas* (1881). São Paulo: Editora Expressão e Cultura, 2001, pp. 52-53.

¹⁶⁰ Entre estas revisiones destaca, desde la historiografía comparativa, la que E. Bradford Burns ha ofrecido en el sólido capítulo de su libro *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century* (1990) — *La pobreza del progreso. América Latina en el siglo XIX*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1990, pp. 29-47— donde algunas obras de pensamiento y ficción que recrearon

ejemplo, la remota presencia de la ciudad civilizadora puede rastrearse en novelas diversas, como *María* (1867), del colombiano Jorge Isaacs (1837-95), o *Peonía* (1890), del venezolano Manuel Vicente Romero García (1864-1917). Se produciría asimismo una reinterpretación de la antinomia entre barbarie y civilización, provincia y capital, a través de la geografía literaria de la novela criollista de comienzos del siglo XX, enmarcando obras como *La vorágine* (1924), del colombiano José Eustasio Rivera (1889-1928), y *Doña Bárbara* (1929), del venezolano Rómulo Gallegos (1884-1969).

La antinomia secular tendría recreaciones menos nítidas y entusiastas que en la Generación del 37, más contestatarias por lo que a los supuestos valores urbanos respecta, en obras que hicieron una épica del ruralismo expoliado en aquel continente más urbanizado ya en el fin de siglo. La respuesta frente a la civilización sarmientina y las reducciones indígenas alcanzaron su manifiesto en el *Martín Fierro* (1872-79), donde José Hernández (1834-86) declaró, al presentar la «fisonomía moral» del gaucho, «con todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada», que se proponía rescatar «ese tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que, al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo».¹⁶¹ También el alegato contra «las exigencias de la civilización y la concurrencia material intensiva de las corrientes migratorias», como lo definió el mismo Euclides da Cunha (1866-1909) en su Prólogo de 1901, era la tesis cardinal de la epopeya de *Os sertões* (1902), donde la campaña de Canudos, destinada a sofocar un supuesto brote monárquico, fue

esa antinomia decimonónica son comentadas en términos de su significación para las élites criollas. Partiendo de las tres «principales filosofías europeas» —Ilustración, positivismo y evolucionismo natural y social—, el autor revisa no solo el conflicto entre barbarie y civilización, sino también el progresismo y el liberalismo, desde tempranas obras como *El Dogma socialista* de Echeverría, pasando por el *Facundo*, hasta *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899) del mexicano Francisco Bulnes, y *Os sertões* de Da Cunha. Véase también E. Bradford Burns, «Cultures in Conflict: The Implications of Modernization in Nineteenth-Century Latin America».

¹⁶¹ José Hernández, *Martín Fierro* (1872-1879). Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1998, pp. 11-12. El autor advierte que, en vez de recrear un cuadro caricaturesco y pintoresco para hacer reír, se propone «dibujar a grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su *fisonomía moral*, y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes» (énfasis mío).

enjuiciada, en términos sociológicos y antropológicos, por ser asalto mercenario y fratricida:

No debilita esta afirmación el hecho de haberla realizado nosotros, hijos del mismo suelo; porque, etnológicamente indefinidos sin tradiciones nacionales uniformes, viviendo parasitariamente, al borde del Atlántico, de los principios civilizadores elaborados en Europa, y armados por la industria alemana, desempeñamos en la acción el singular papel de mercenarios inconscientes.¹⁶²

Por ello, esa suerte de libelo «acusatorio de una civilización» producido por Da Cunha terminó siendo, junto a las cuitas del gaucho de Hernández, otra respuesta de entre siglos ante el excesivo entusiasmo sarmientino por el progreso foráneo.¹⁶³ Sobre un corpus de antecedentes como estos, bien concluye Romero - quien resalta también la importancia de Clorinda Matto de Turner (1852-1909), influida por Palma con sus *Tradiciones cuzqueñas* (1875) y precursora de la novela indigenista con *Aves sin nido* (1889)— que una vertiente contestataria de este criollismo continuó cuando

el sentimiento de la explotación de la que eran víctimas los indígenas tiñó de colores sangrientos la imagen de la vida rural y, en consecuencia, la nueva ideología rural comenzó a adquirir caracteres reivindicativos y en cierto sentido revolucionarios. *Aves sin nido*, de la peruana Clorinda Matto de Turner, indicaba ese cambio, en el que se encauzaría la obra del ecuatoriano Jorge Icaza, del peruano Ciro Alegría, del colombiano José Eustasio Rivera, del mexicano Mariano Azeula, del poeta boliviano Franz Tamayo.¹⁶⁴

28. Frente a esa literatura costumbrista y criollista, ora recelosa de las extranjerizadas búsquedas de los programas liberales nacionales, ora denunciante de los excesos perpetrados a nombre del progreso y la civilización, emergió un realismo de corte naturalista que bien

¹⁶² Euclides da Cunha, *Os sertões* (1902), trad. Benjamín de Garay. Buenos Aires: W. M. Jackson, 1940, p. 2.

¹⁶³ Tal como hace notar Afranio Peixoto, «Reseña cultural», en *Os sertões*, pp. vii-xxvi, xxv: «Ese libelo contra un crimen, acusatorio de una civilización, gracias a su estilo, fue leído y aclamado, pero aún no ha sido aprovechado. Sarmiento, en *Facundo*, llamó la atención hacia el caudillo, generado por el medio, sobre la barbarie que se opone a la civilización. Euclides da Cunha sometió a la consideración del litoral el problema de la ineducación y del no aprovechamiento del sertón, de todos los sertones, capaces de reaccionar, momentáneamente, contra el mal trato, obligando a la matanza de las represiones».

¹⁶⁴ J. L. Romero, «Campo y ciudad: las tensiones entre dos ideologías», p. 365.

registró la mutación de la ciudad burguesa, con actitudes y simbolismos diferentes, sobre todo para el adelantado caso de Buenos Aires. Además de la nueva sociabilidad desplegada en Palermo y Recoleta, los atropellados cambios en el mercantilismo de la burguesía porteña, en medio de la inmigración babélica que la hiciera alcanzar 663.000 habitantes para 1895, aparecieron tempranamente reportados —tal como ya fuera advertido— en novelas como *La gran aldea*, de López, y *La bolsa*, de Martel. La xenofobia y el antisemitismo manifiestos en esta última tenían antecedentes en textos clave de los ochenta, entre los que puede incluirse *Música sentimental*, de Cambaceres, con fuertes influencias del realismo y naturalismo franceses para criticar a la esnobista burguesía porteña. Aunque sea por referencia a la emigración hacia Europa, también resaltan los pasajes sobre la «masa híbrida» de brasileños y portugueses, «gentes blandujas y fofas como la lengua que hablan», cuando arriban a Burdeos, en su marcha hacia «ese mercado gigantesco de carne viva que se llama París».¹⁶⁵

Reflejando el mito metropolitano del fin de siglo, también en una novela como *Lucía Jerez* o *Amistad funesta* (1895), de José Martí (1853-95), la sempiterna fascinación —sobre todo de la mujer criolla ávida de liberalización— por «la vida teatral y nerviosa, la vida del museo que en París generalmente se vive (...), la vida de las heroínas de teatro, de las gentes que se enseñan, damas que enloquecen, de los nababs que deslumbran con el pródigo empleo de su fortuna», según la propia recreación del narrador, coexiste con el «amor de ciudad pequeña» que asoma cierta abulia y escepticismo frente a aquella metrópoli.¹⁶⁶ Bien captado por Jorge Romero a propósito de la aburguesada comedia humana carioca pintada por Machado de Assis en su *Quincas Borba*, esa remembranza de la provincia alimenta asimismo las «saudades de

¹⁶⁵ E. Cambaceres, *Música sentimental*, pp. 25-26; O. Gallone, «Eugenio Cambaceres: entre el modelo y el margen», p. 19.

¹⁶⁶ José Martí, *Lucía Jerez* o *Amistad funesta* (1895). La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2000, p. 74; la idealización femenina de París se hace evidente para Adela: «¡Allí no se vive con estas trabas de aquí, donde todo es malo! La mujer es aquí una esclava disfrazada: allí es donde es la reina. Eso es París ahora: el reinado de la mujer...» (*Ídem*). Respecto del «amor de ciudad pequeña», véase Sonia Mattalía, «Sueño y desilusión de la modernidad: imágenes de la ciudad en el fin de siglo latinoamericano», en Beatriz González, Javier Lasarte, Graciela Montaldo, María J. Daroqui (comps.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995, pp. 519-31, 525.

Iguaçu», que entre noviazgos, lecciones de piano y francés, asaltan a la casadera Maria Benedita, apurada por sus parientes capitalinos a adquirir los «adornos de uma educação de sala».¹⁶⁷

Asimismo destaca en esa narrativa el reconocimiento realista de la nueva hidra metropolitana, con sus refinados esplendores burgueses y sus corruptelas políticas, atravesada tempranamente por una masa inmigrada y obrera lastrada de endemias sociales, componentes todos captados con pinceladas naturalistas. Al igual que en la novelística francesa decimonónica, el protagonismo femenino fue con frecuencia la mejor manera de alegorizar la mutación urbana: además de los ejemplos de *Lucía Jerez* y *Quincas Borba*, destaca *Juana Lucero* (1902), de Augusto D'Halmar (1882-1950), sombrío retrato de la prostituta hija del diputado conservador y la costurera pobretona; son secundados por un elenco que compendia no solo el agitado Santiago coetáneo, visto desde el barrio Yungay, sino que prefigura al mismo tiempo la ciudad dual de la novelística por venir.¹⁶⁸

Por sobre todas esas obras, como recreando una Naná criolla, el epítome de la novela metropolitana puede encontrarse en *Santa* (1903), de Federico Gamboa (1864-1939). Allí está por vez primera el México de las multitudes concentradas en la plaza de Armas, bordeada por el palacio Nacional y la Catedral, como en la temprana república, pero de mejor acceso ahora gracias a los tranvías y las anchas avenidas; un Zócalo más cosmopolita y vivaz, coloreado a la sazón por inúmeros restaurantes y cantinas, por el café de París y el Tívoli Central.¹⁶⁹ De esa urbe mutada ha hecho su patria también la joven provinciana trocada en prostituta, como lo hicieran las cortesanas decimonónicas de Honoré de Balzac (1799-1850) o Émile Zola. Y también como estas —para completar el simbolismo que de «la metrópoli secular y bella» ofreciera Gamboa, alegórico a la vez de las concupiscentes ciudades

¹⁶⁷ Joaquim Machado de Assis, *Quincas Borba* (1892). Porto Alegre: L&PM Pocket, 2002, pp. 114-15. Jorge Romero León, «Fotógrafos y escritores. Pintores de la vida moderna», en *Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina 1870-1930*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), 1997, pp. 18-31, 22-23; J. Romero León, *Retórica de imaginación urbana...*, pp. 60-64.

¹⁶⁸ Augusto D'Halmar (Augusto Thomson), *Juana Lucero o los vicios de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación Turín, 1902. Respecto de la novelística de la ciudad dual por venir, véase *infra* «Masa de reciénvenidos y proletarios».

¹⁶⁹ Federico Gamboa, *Santa* (1903). Ciudad de México: Editores Mexicanos Unidos, 2006, pp. 64-69.

burguesas del fin de siglo latinoamericano—, Santa capta su engañoso esplendor en la noche antigua y efímera, «cien veces pecadora», populosa y esplendente, la cual está muy lejos ya de aquellas grandes aldeas pacatas y adormecidas que se desperzaban de la Colonia en los primeros tiempos republicanos.¹⁷⁰

¹⁷⁰ Resulta ilustrativo el cruce alegórico entre la mujer prostituta, la noche y la ciudad (*Ibid.*, p. 75): «...una noche excepcional en que Santa considerábase reina de la entera ciudad corrompida, florecencia magnífica de la metrópoli secular y bella, con lagos para sus arrullos y volcanes para sus iras, pero pecadora, pecadora, cien veces pecadora; manchada por los pecados de amor de razas idas y civilizaciones muertas que nos legaron el recuerdo preciso de sus incógnitos refinamientos de primitivos; manchada por los pecados de amor de conquistadores brutales que indistintamente amaban y mataban; manchada por los pecados de amor de varias invasiones de guerreros rubios y remotos, forzadores de algunas de sus trincheras y elegidos de algunas de sus damas; manchada por los pecados complicados y enfermizos del amor moderno... noche en que Santa sentíase emperatriz de la ciudad históricamente imperial, supuesto que todos sus pobladores hombres, los padres, los esposos y los hijos, la buscaban y perseguían, la adoraban, proclamábanse felices si ella les consentía arribar, en su cuerpo de cortesana, al anhelado puerto, al delicioso sitio único en que radica la suprema ventura terrenal y efímera...».

CAPÍTULO III

ARIELISMO Y MODERNISMO,
HIGIENE Y BELLA ÉPOCA

... if England should finally decide upon this course, and under the flimsy pretext of a boundary dispute, of her own seeking, and which she has hitherto obstinately refused to adjust upon any just and reasonable basis, she should persist in her efforts to extend her colonial system within the territory and jurisdiction of an independent American republic, that factor would be but an additional reason, if any were necessary, why the United States should reaffirm, and maintain at all hazards, the principles of the declaration of 1823...

W. L. SCRUGGS, *The Venezuelan Question: British Aggressions in Venezuela, or the Monroe Doctrine on Trial* (1898)

... una guerra por Cuba, que empezaría por hacer de Cuba misma la prenda pretoria que asegurase los gastos de la guerra, sería aquí enormemente popular: un puerto bombardeado, una ciudad saqueada, dos o tres centenares de buques mercantes pillados en la mar por los corsarios, son alfilerazos en el cuerpo del coloso; sólo servirían para irritarlo, ni lo desangrarán, ni lo rendirán.

JUSTO SIERRA, *En tierra yankee* (1895), en *Viajes*

A LA SOMBRA DEL COLOSO¹

1. Al despuntar el siglo XX, el europeísmo decimonónico de América Latina fue socavado por la creciente injerencia de Estados Unidos en asuntos políticos. Antes de expulsar a España de los dominios caribeños en 1898, Washington había decidido revivir la máxima de la doctrina Monroe —«América para los americanos», formulada por el presidente James Monroe (1758-1831) en 1823— en otras querellas entre las endebles repúblicas hispanoamericanas y el imperialismo europeo. En efecto, hacia mediados de los años noventa, Washington hubo de intervenir en la cuestión de la largamente disputada franja de terreno

¹ Para esta sección me apoyo en pasajes de A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 139-145. El esquema de esta sección y algunas de las siguientes estructuró el capítulo «De Calibán a Próspero. Visiones urbanas de la modernidad nórdica entre la intelectualidad hispanoamericana, 1900-1945», en Ana María Rigotti, Silvia Pampinella (ed.), *Entre puntos cardinales. Debates sobre una nueva arquitectura (1920-1950)*. Rosario: Prohistoria ediciones, 2012, 297-319.

de Guyana, la que había causado la ruptura de relaciones diplomáticas entre Londres y Caracas desde 1887. La «cuestión venezolana» pasó entonces a ser punto de honor para las repúblicas americanas, las cuales vieron en el reclamo victoriano del territorio criollo el resurgimiento del inveterado imperialismo europeo en el Nuevo Mundo. William L. Scruggs (1836-1912) fue designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos en Venezuela; después de su primera visita al país, el diplomático desafió la pretensión británica en los siguientes términos:

... si Inglaterra decidiera finalmente este curso, y bajo el pretexto endeble de una disputa territorial, buscada por ella misma, y que ella hasta ahora ha rehusado obstinadamente arreglar sobre base alguna justa y razonable; si ella persistiera en sus esfuerzos por extender su sistema colonial dentro del territorio y jurisdicción de una república americana independiente, tal factor no sería sino una razón adicional, si alguna fuera necesaria, para que los Estados Unidos reafirmaran, y mantuvieran a todo evento, los principios de 1823. La única alternativa sería un abandono final y explícito de tales principios; y ello envolvería un sacrificio del honor y el prestigio nacionales, como ninguna potencia de primera clase está dispuesta a hacer, incluso en virtud de la paz.²

Así, aprovechándose de tal amenaza internacional, el nuevo coloso de las Américas pudo consolidar su posición. Habiendo sido zanjada gracias al arbitraje de los Estados Unidos, la cuestión del «disputado El Dorado» marcó el comienzo del fin de la supremacía británica en el continente. Cuando Theodore Roosevelt (1858-1919) llegó al poder en 1901, la «diplomacia del dólar» fue sellada con el proyecto del Canal de Panamá y el así llamado «corolario de Roosevelt»: si Estados Unidos quería suceder a Europa en tanto potencia continental, debía ayudar a

² William L. Scruggs, *The Venezuelan Question: British Aggressions in Venezuela, or the Monroe Doctrine on Trial*. Atlanta: The Franklin Printing and Publishing Co., 1895, p. 32 (trad. del autor): «... if England should finally decide upon this course, and under the flimsy pretext of a boundary dispute, of her own seeking, and which she has hitherto obstinately refused to adjust upon any just and reasonable basis, she should persist in her efforts to extend her colonial system within the territory and jurisdiction of an independent American republic, that factor would be but an additional reason, if any were necessary, why the United States should reaffirm, and maintain at all hazards, the principles of the declaration of 1823. The only alternative would be an explicit and final abandonment of those principles; and that would involve a sacrifice of national honour and prestige as no first-class power is likely ever to make, even for the sake of peace».

superar los conflictos políticos y económicos en el Caribe y las antiguas colonias latinas.³

2. Durante su viaje por Estados Unidos en las postrimerías del siglo XIX, Justo Sierra (1848-1912) pudo escuchar, en los clubes y teatros visitados en Nueva York, no solo candentes polémicas sobre la cuestión venezolana frente a Inglaterra, en la que ya oficiara la segunda administración del presidente Cleveland (1893-97), sino también debates sobre la inexorable independencia de Cuba. Rodeado de diplomáticos, hombres de negocios y de letras, el erudito mexicano notó, en las tertulias de salones y *foyers*, no solo que la emancipación cubana se asumía como un hecho venidero, sino que más inquietaba el futuro estatus de la isla: los más de los gringos pensaban al respecto que la perla negra debía pasar a formar parte de la federación americana. Por sobre todos los vaticinios, el diputado porfirista avizoró la importancia de los venideros sucesos cubanos para cementar la posición del Coloso del Norte en las Américas todas:

Si su actitud ha sido hasta hoy reservada y en apariencia correcta, depende de que aquí una preparación para la guerra es más lenta y muy pública; pero, según informes que creo buenos, esta preparación quedará completa en el curso de 98; entonces la amonestación amistosa a España, se convertirá en aspérrima intimación, y el coloso levantará su voz formidable para formular un insolente *ultimatum*. Y los españoles no pueden forjarse ilusiones; una guerra por Cuba, que empezaría por hacer de Cuba misma la prenda pretoria que asegurase los gastos de la guerra, sería aquí enormemente popular: un puerto bombardeado, una ciudad saqueada, dos o tres centenares de buques mercantes pillados en la mar por los corsarios, son alfilerazos en el cuerpo del coloso; sólo servirían para irritarlo, ni lo desangrarán, ni lo rendirán.⁴

Sonaban proféticas las palabras de Sierra en vista de los acontecimientos de febrero de 1898: entonces, so pretexto del hundimiento del acorazado Maine, suerte de alfilerazo en su formidable musculatura naval, el coloso arremetió contra la vetusta flota despachada por Madrid, liquidada en una guerra de meses que puso fin al imperio español

³ Véase Arthur Whitaker, *The United States and South America. The Northern Republics*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1948, pp. 158-160; Dana Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean 1900-1921*. Princeton: Princeton University Press, 1964, pp. 4-7, 65-66.

⁴ Justo Sierra, *Viajes. En tierra yankee. En la Europa latina*, ed. José Luis Martínez. México: Editorial Porrúa, 2000, pp. 74-75.

en América y el Pacífico. Envuelta en vientos anunciadores de guerra, fue sobrecogedora la impresión de don Justo en su visita al Capitolio de Washington, cuyo domo, «centro de la transformación republicana del mundo cristiano», le causó admiración pasmosa, si bien más moral que estética. Porque en la cima de la colina sagrada, contemplando aquella cúpula de omnipresencia laica comparable al San Pedro de Roma para la cristiandad, entre resentido y contrito, inquirió dentro de sí, en aquel momento sublime, la trascendental lección extraíble del expolio perpetrado por el ejército gringo en su país hacía medio siglo. Sin olvidar las «iniquidades allí sancionadas», desde la invasión de México hasta la esclavitud por tanto tiempo mantenida, trató don Justo de asirse a la «resignación orgullosa» con la que habría su nación de vivir, como otras al sur del río Bravo, a la sombra del coloso del norte. Por ello concluyó, como en designio de un *modus vivendi* para el siglo por venir:

Admiro al pueblo cuyo centro de gravedad política es el Capitolio; su grandeza me abrumba, y me impacienta, y me irrita a veces. Pero no soy de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados, con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante, que, en otro tiempo, fue el ogro de nuestra historia, como los niños a los héroes de circo. Pertenezco a un pueblo débil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, como mi patria, tener ante los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros destinos. Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más, para ver mejor.⁵

3. No todos los países latinoamericanos parecieron entender la digna resignación barruntada por Sierra para su patria en la vecindad de la *pax* americana: el así llamado corolario de Roosevelt en el Caribe habría de ser confirmado a comienzos del siglo XX, gracias a otra hazaña gringa en medio de las calamidades venezolanas. Durante los primeros años de la presidencia del general Cipriano Castro (1899-1908), la crisis económica y política llevó a la república en bancarota a suspender los pagos de créditos y deudas con Gran Bretaña, Alemania e Italia. Pese a haber recibido desde 1900 varias advertencias sobre la moratoria por parte del representante del Disconto Gesellschaft en Venezuela, la prioridad europea del excéntrico presidente parecía ser

⁵ *Ibid.*, pp. 83-84.

financiar los periódicos editados por paisanos residenciados en París.⁶ Incluso hasta el 6 de diciembre de 1902, Castro (1858-1924) afirmaba ingenuamente que Gran Bretaña y Alemania eran «naciones civilizadas que cultivan relaciones de amistad con Venezuela»; pero tres días más tarde, una armada de quince barcos de ambas naciones bloqueó las costas republicanas por primera vez desde la Independencia. Inspirado entonces por la grandilocuencia del colombiano José María Vargas Vila (1860-1933), quien era arquetipo retórico para los liberales andinos, Castro pasó, ese mismo día, su famosa proclama, impregnada de odio patriótico contra los agresores europeos: «¡La planta insolente del Extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria! (...) El duelo es desigual porque el atentado ha sido consumado por las dos naciones más poderosas de Europa contra este nuestro país que apenas convalece de largos y dolorosos quebrantos».⁷

De desigualdad descomunal, la batalla contra las potencias del Viejo Mundo revivió en el caudillo humillado su rencor añejo contra la predominancia de aquellas en la Venezuela poscolonial. El episodio pronto devino gesta continental, mientras la celebración de los latinoamericanos sobre el coraje de Castro sería recordada por Vargas Vila algún tiempo después: «En su duelo atrevido con las potencias europeas, emuló la Gloria de Juárez, y, se alzó mil codos más alto que el prusiano bárbaro que lo afrentaba y, el inglés rapaz, que amenazaba convertir, en un puñado de escombros, a aquel pueblo, el más heroico de la tierra».⁸ Pero los Estados Unidos habrían de ser menos agresivos y más cautelosos con los acreedores europeos, sin dejar escapar una coyuntura llamada a engrandecer su liderazgo continental. No obstante haber reconocido inicialmente la legitimidad financiera de los demandantes, la administración Roosevelt no respaldó el bloqueo e intervino con diligencia para resolver la crisis. Gracias a la mediación de Herbert Wolcott Bowen (1856-1927), ministro estadounidense en Venezuela, en febrero de 1903 se firmó en Washington un protocolo

⁶ Cartas del 17-III-1900, 20-VI-1900, 17-XI-1900, en Cipriano Castro, *Epistolario presidencial (1899-1908)*, ed. Elías Pino Iturrieta. Caracas: Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Universidad Central de Venezuela (UCV), 1974, pp. 278-280, 287-288.

⁷ Cipriano Castro, «Proclama de Castro ante el bloqueo extranjero» (1902), en *Documentos que hicieron historia. Siglo y medio de vida republicana 1810-1961*. 2 ts. Caracas: Presidencia de la República, 1962, t. II, p. 123; cartas del 6-XII-1902 al 13-XII-1902, C. Castro. *Epistolario presidencial*, pp. 312, 320.

⁸ José María Vargas Vila, *Los césares de la decadencia*. París: Librería América, 1913, pp. 214-215.

internacional para reasumir los pagos, en el cual Bowen actuó como agente interpuesto de Caracas; la ausencia de Castro se debió a que, a pesar de su proclamado panamericanismo, Roosevelt se rehusó a recibir en la Casa Blanca a ese «pequeño mono incalificable» que había puesto a prueba su política del garrote y su diplomacia del dólar en el Caribe.⁹

4. Habiendo presenciado el furor de la doctrina Monroe en la Venezuela de finales del siglo XIX, el viajero norteamericano Ira Nelson Morris (1857-1942) se inclinó a creer que los Estados Unidos, «al igual que su emblema, el águila, que extiende sus anchas alas para proteger a sus crías de daños o perjuicio, ha tomado la posición de proveer su protección a todos los países jóvenes del continente americano».¹⁰ Pero el resguardo del águila fue acaso malinterpretado por algunas repúblicas latinas, las cuales comenzaron a sentirse así invulnerables ante las demandas del capitalismo europeo, mientras perdían de vista el imperialismo prefigurado en las garras rapaces. El mismo Scruggs criticaría entonces las nociones alimentadas en «algunos estados suramericanos», según las cuales la doctrina Monroe puede ser «invocada con éxito para prevenir a una nación europea de forzar el cumplimiento de una obligación internacional» contra esas repúblicas deudoras: «Lo absurdo de tal construcción es su propia refutación», advirtió el Enviado, anticipándose a los conflictos del siglo por venir.¹¹

Pero el furor Monroe, la política del garrote y la diplomacia del dólar ya habían subvertido, en vísperas de la Gran Guerra, el elenco geopolítico en las Américas. Los cambios habían afectado principalmente la hegemonía del imperio británico, cuyas últimas arremetidas contra las repúblicas latinoamericanas habían sido bloqueadas por la

⁹ Sobre el bloqueo y el protocolo, véase por ejemplo Enrique Bernardo Núñez, *El hombre de la levita gris* (1943). Caracas: Monte Ávila Editores, 1986; Mariano Picón Salas, *Los días de Cipriano Castro* (1953). Caracas: Monte Ávila Editores, 1991, pp. 54-55, 259-260.

¹⁰ Ira Nelson Morris, *With the Trade-Winds. A Jaunt in Venezuela and the West Indies*. Nueva York: Putnam's Sons, 1897, p. 153 (trad. del autor): «... like its emblem the eagle, which extends its broad wings to protect its young from harms or disturbance, has taken the position of affording its protection to all the young countries of the American continent».

¹¹ William L. Scruggs, *The Colombian and Venezuelan Republics with Notes on Other Parts of Central and South America*. Boston: Sampson, Marston & Low Co., 1900, p. 265 (trad. del autor): «... successfully invoked to prevent a European nation from forcing an international obligation. (...) The absurdity of such a construction is its own sufficient refutation».

hermana mayor del norte, llamada a desplazar, en un *traslatio imperi* secular, la influencia política de Europa hacia finales de la Primera Guerra Mundial. En el terreno económico, la predominancia de las manufacturas inglesas en los mercados latinos ya no fue tan segura, desafiada cada vez más por productos alemanes y norteamericanos desde comienzos del siglo XX. A pesar de su relativa recuperación en la década de 1900, las inversiones británicas en la región estaban condenadas a decrecer gradualmente hasta los años veinte, para cuando concluiría todo un siglo de supremacía financiera de Gran Bretaña en América Latina.¹² A pesar de su gran presencia económica, Alemania tampoco llegaría a desafiar de nuevo la doctrina Monroe, y su quimera de Latinoamérica como otra India, si acaso existió, permaneció como tal. El relevo definitivo por parte de Estados Unidos sería sellado en la Gran Guerra, la cual redujo el comercio y las inversiones provenientes de Europa, impulsó las exportaciones norteamericanas a la región, y dejó al coloso gringo invicto en aguas americanas.¹³

¹² J. R. Rippy, *British Investments in Latin America, 1822-1949...*, pp. 11, 36, 75; George E. Carl, *First Among Equals. Great Britain and Venezuela 1810-1910*. Syracuse, NY: Syracuse University, 1980, pp. 139-140.

¹³ Holger Herwig, *Germany's Vision of Empire in Venezuela, 1871-1914*. Princeton: Princeton University Press, 1986, pp. 207-208; C. C. Griffin, *The National Period in the History of the New World...*, pp. 131-32; D. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy...*, p. 75.

ARIELISMO, MODERNISMO Y BELLA ÉPOCA

*La capital, transformada a golpes de pica y de millones
—como transformó el barón Haussmann a París— recibirá
al extranjero con todas las flores de sus jardines y las ver-
duras de sus parques.*

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA, *De sobremesa* (1895)

*... y en ciertas noches, contemplaba en las cercanías de la torre
Eiffel, con mis ojos despiertos, panoramas que sólo había
visto en las misteriosas regiones de los sueños.*

RUBÉN DARÍO, *La vida de Rubén Darío
escrita por él mismo* (1912)

5. Antes de ser sellada económica y políticamente durante la Primera Guerra Mundial, la conquista ideológica que los Estados Unidos harían de Latinoamérica hubo de enfrentar varias batallas. La sospecha de Castro ante el águila gringa también estaba viva entre intelectuales latinos como Rubén Darío (1867-1916), quien había proclamado su enemistad definitiva contra los yanquis bárbaros, desde los días en que estos habían humillado a «la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América». ¹⁴ En gran medida, la animadversión cobraría forma en una cruzada literaria e internacional emprendida desde Hispanoamérica, que recobraba y se ufanaba de las posibilidades del español como idioma —más que del castellano, cabría decir en este caso— y de la hispanidad como civilización, en aquel *annus terribilis* cuando la Generación de 1898 afrontaba, en la Madre Patria, el hundimiento del imperio de marras. Tal como lo formulara José Vasconcelos (1882-1959), miembro de los cenáculos intelectuales del México finisecular: «A la hora en que España comenzaba a ser negada por esa Generación del 98, jamás repuesta del traumatismo de la derrota, nosotros, los vástagos separados hacía un siglo, comenzábamos a levantar el español como bandera». ¹⁵

¹⁴ Rubén Darío, «El triunfo de Calibán» (1898), en *El modernismo y otros ensayos*, ed. I. Zavala. Madrid: Alianza Editorial, 1989, pp. 161-166, 161, 166.

¹⁵ José Vasconcelos, *Ulises criollo* (1935), prólogo de Sergio Pitol. México: Editorial Porrúa, 2003, p. 265. Entre los miembros de la Generación del 98, en diferentes géneros literarios, cabe resaltar a Pío Baroja (1872-1956), Ramiro de Maeztu (1875-1936), Azorín (José Augusto Trinidad Martínez Ruiz, 1873-1967), Miguel de Unamuno (1864-1936), Ramón María del Valle-Inclán (1866-1936) y Ramón Menéndez Pidal (1869-1968).

La aversión fue atizada por la publicación de algunos libros que, alegando la supremacía anglosajona sobre las razas tropicales, legitimaban el poderío arrancado por los estadounidenses a los españoles en el Caribe. Esta tesis fue preconizada por Benjamin Kidd (1858-1916) en *The Control of the Tropics* (1898), suerte de manifiesto que urgía el establecimiento de protectorados angloamericanos en las colonias otrora pertenecientes a Europa continental. El sociólogo británico exhortaba al mundo anglosajón a definir los «principios» de sus relaciones con esas pretendidas «repúblicas» plagadas de «anarquía y bancarrota», especialmente las de América Central y del Sur, cuya inestabilidad política y económica atraía al expansionismo alemán. Británicos y yanquis deberían asumir que «al tratar con los habitantes *naturales* de los trópicos estamos tratando con gente que representa el mismo estadio en la historia del desarrollo de la raza que el niño representa en la historia del desarrollo del individuo. Por lo tanto, los trópicos no serán desarrollados por los mismos nativos», profetizaba Kidd. En vista de ello, como alternativa a la añeja política de colonización consumada por Europa continental, el mundo anglosajón debería asumir su responsabilidad para garantizar que las repúblicas noveles llegaran a ser una verdadera reserva de civilización.¹⁶

Mientras William McKinley (1843-1901) y Theodore Roosevelt lideraban la parte correspondiente a los americanos en esa cruzada colonialista, los intelectuales criollos buscaban argumentos en contra del alegato evolucionista de Kidd. Una de las primeras respuestas fue reconocer, en una suerte de *mea culpa*, que América Latina era *El continente enfermo* (1899), de acuerdo con el diagnóstico dado por César Zumeta (1860-1955) desde Nueva York. Pero aun aceptando el fracaso político y económico de la mayoría de las repúblicas latinas a lo largo del primer siglo de independencia por concluir y ser celebrado, el exiliado venezolano advertía a sus compatriotas acerca de la doctrina de Kidd, exhortándolos a enfrentar con orgullo el desafío de la centuria entrante: «... hijos del trópico, debemos amarlo tal como él es, por sobre toda otra región del Globo, y ser capaces de protegerlo contra esas

¹⁶ Benjamin Kidd, *The Control of the Tropics*. Nueva York: Macmillan & Co., 1898, pp. 41-58 (trad. del autor): «... in dealing with the natural inhabitants of the tropics we are dealing with peoples who represent the same stage in the history of the development of the race that the child does in the history of the development of the individual. The tropics will not, therefore, develop by the natives themselves».

civilizaciones del becerro de oro». ¹⁷ Este encarnaba la bestia materialista no solo para los venezolanos humillados por la disputa con Gran Bretaña, sino también para legiones intelectuales de toda Suramérica, quienes conjuraron el peligro mercantilista invocando la espiritualidad heredada de la Europa latina.

6. En 1900 apareció un manifiesto invocando los valores culturales de América Latina para arrostrar el dilema materialista del nuevo siglo, por lo que rápidamente llegó a ser libro de cabecera de varias generaciones. El *Ariel* de José Enrique Rodó (1872-1917) apelaba al personaje de *La tempestad* (1612) de Shakespeare (1564-1616) como alegoría de la noble espiritualidad que las jóvenes repúblicas del sur deberían oponer al Calibán utilitario acechante en el norte. El combate del nuevo siglo iba a ser altamente riesgoso, en vista de la «nordomanía» o conquista moral que había permeado el espíritu latino, seduciéndolo con «la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte». Basándose en la crítica del utilitarismo norteamericano desarrollada por pensadores europeos como Spencer, Renan y Taine, el humanista uruguayo no solo alertó a los pueblos latinos sobre el expansionismo estadounidense, sino que también atacó los valores materialistas de este. Aunque reconociendo sus titánicos logros, el obtuso e incansable industrialismo de los yanquis fue cuestionado por Rodó como eventual modelo para la cultura urbana latinoamericana: «¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad moral e intelectual de nuestra civilización? ¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra *ciudad perfecta*?», inquiría el aristarco en su manifiesto. ¹⁸

La cultura urbana gringa ya había sido denostada por Darío, como vimos, quien aborrecía sus «abrumadoras ciudades de hierros y piedra», donde el poeta había pasado oscuras horas de «vaga angustia». ¹⁹ Tal como lo confiesa también el vate en su autobiografía, escrita para la revista argentina *Caras y Caretas*, los «rollos de águilas» —como se refiere a los billetes de dólares ganados a su paso por Nueva York, como emolumento por sus contribuciones literarias— solo le eran caros en la

¹⁷ César Zumeta, *El continente enfermo*. Nueva York: 1899, p. 17.

¹⁸ José E. Rodó, *Ariel* (1900). Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores, 1912, pp. 66-68, 76.

¹⁹ R. Darío, «El triunfo de Calibán», en *El modernismo y otros ensayos*, p. 161.

medida en que le permitían visitar las ciudades de sus ensueños, como Buenos Aires y, sobre todo, París, «capital de las capitales».²⁰

Aunque Rodó no llegó a visitar Estados Unidos, sí reconoció que el vasto país ofrecía maravillosos ejemplos que despertaban su admiración y respeto; sin embargo, el humanista ponía en duda que el viajero moderno que arribaba al puerto de Nueva York y divisaba la antorcha de la estatua de la Libertad, pudiera experimentar la misma emoción profunda y religiosa que el antiguo navegante arribando a Atenas hubo de sentir al vislumbrar la lanza dorada de Atenea. Aludiendo al Buenos Aires metropolitano, Rodó finalmente alertaba sobre el peligro acechante sobre esas ciudades latinoamericanas «cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente» las colocaba entre las grandes capitales del mundo, porque esas urbes estaban llamadas a convertirse en exponentes seculares de Sidón, Tiro y Cartago. Más imágenes antiguas acentuaban el tono oracular: las capitales latinas no solo deberían estar en guardia contra el materialismo que se cernía en los mercados y las bolsas de Chicago, sino también contra su dependencia de Nueva York en tanto Roma del Nuevo Mundo.²¹ Años más tarde, la duda de Rodó frente a la estatua de la Libertad fue trocada en irreverencia por Zumeta, desde las entrañas mismas de la nueva Roma: cuando el gobierno americano decidió limpiar el monumento en 1907, el exiliado venezolano proclamó que las ropas de «Miss Liberty» siempre lucirían «ensangrentadas» para todos los descendientes de la España que había sido humillada por los Estados Unidos en el Caribe.²²

7. A diferencia de la crítica al materialismo desarrollada por autores positivistas como Renan en su *Caliban* (1887) —en el cual asomaba temor aristocrático por la supervivencia de la espiritualidad ante el advenimiento de la masificación—, el arielismo de Rodó representó, tal como hace notar Jean Franco, una respuesta más esperanzada y democrática ante dicho tránsito en Latinoamérica, apoyándose para ello en el espiritualismo y la educación, el idealismo y la cultura de

²⁰ Rubén Darío, *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1912). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991, pp. 74-75.

²¹ J. E. Rodó, *Ariel*, pp. 87, 94-95.

²² César Zumeta, «¡Oh, Miss Liberty!» (1907), en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*, vol. 14: *La doctrina positivista*. Caracas: Congreso de la República, 1983, pp. 149-150, 150.

noble prosapia europea.²³ Desde el otro lado del Atlántico, ese arielismo patricio terminó siendo una corriente de pensamiento que, si bien típicamente hispanoamericana, influiría posteriores respuestas a la relación entre idealismo y humanismo, por un lado, y masificación y materialismo, por otro, tal como se ejemplificara en *La rebelión de las masas* (1929), de José Ortega y Gasset (1883-1955).

Más allá de la espiritualidad y la educación, el mismo Rodó predicó otros valores de su arielismo, los cuales se le revelarían al conocer finalmente la Europa meridional que, si bien envuelta por la oscuridad de la Gran Guerra, seguía siendo cuna de la latinidad. En su añorado viaje por una Italia cuya miríada de ciudades se le ofreció como el ejemplo más conspicuo del «patriotismo» local por fortalecer en la «magna patria» hispanoamericana, el autor de *El camino de Paros* (1918) reconocería que el «alma» ciudadana era, paradójicamente, una de las expresiones del idealismo que podían contrarrestar el efecto rasante y nivelador ejercido por la democracia y la masificación en los tiempos modernos.

La tendencia a regularizarlo e igualarlo todo, que es uno de los declives de nuestro tiempo, induce en la legislación y el gobierno de los pueblos a perniciosos sofismas. Allí donde aparece una excepción, una disonancia, un rasgo diferencial, la propensión instintiva de nuestra democracia es clamar a la injusticia y aplicar el rasero nivelador. Unificar, armonizar socialmente es, sin duda, obra de bien, y más oportuna que en ninguna parte en nuestra América, donde necesitamos formar la magna patria que a todos nos reúna ante el mundo; pero la armonía ha de proponerse conciliar las diferencias reales, no desvirtuarlas y anularlas. El cultivo del carácter local no contradice aquel designio de unidad...²⁴

²³ Las alegorías del *Ariel* de Rodó son interpretadas de manera erudita y penetrante por J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, p. 62: «Deriving the symbolism from Shakespeare's *Tempest*, Rodó represents Ariel as 'the noble and winged part of the spirit', with Caliban typifying sensuality and grossness. This symbolism had already been used by Ernest Renan in his 'drame philosophique', *Caliban*, in which the aristocratic culture represented by Prospero is overthrown when Caliban (the masses) come to power. The work expressed the French Positivist thinker's fear that, with the coming of democracy, 'Ariel', or the spirit, would disappear. Rodó, however, did not accept Renan's conclusions about democracy. He believed that, provided there was equal opportunity for education, a natural aristocracy for the best — i.e., men and women prepared to follow a disinterested ideal — would emerge to lead society...».

²⁴ José E. Rodó, «Ciudades con alma» (enero 1917), en *Ciudadano de Roma*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1994, pp. 15-18, 17-18; varios de los ensayos de *El camino de Paros* fueron recogidos en esta edición. La concreción idealista y espiritual de la ciudad es formulada por el autor en términos casi spenglerianos:

8. Si bien resultante de las cruciales condiciones políticas y económicas de la Latinoamérica finisecular —disminuida en su primera centuria de vida republicana por el avasallante ejemplo del coloso gringo—, el arielismo estuvo entreverado con corrientes estéticas que, desde la última década del XIX, habían emprendido búsquedas estilísticas y temáticas diferentes del acervo compartido con la Madre Patria.²⁵ Junto al costumbrismo y criollismo ya referidos, la más destacada de esas corrientes fue el así llamado modernismo, donde se mezclaron influencias simbolistas, parnasianas y prerrafaelistas, reconocidas todas por Darío, adalid del movimiento, al rememorar las experiencias de la *Revista de América* que fundó en 1894 y del grupo del Ateneo que lideró en Buenos Aires. «Yo hacía el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico, a la tradición hermosillesca, a lo pseudoclásico, a lo pseudorromántico, a lo pseudorealista y naturalista y ponía a más raros de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Escandinavia, de Bélgica y aun de Portugal sobre mi cabeza», confesó el nuevo príncipe de las letras castellanas en su autobiografía.²⁶

En el campo narrativo, si bien el modernismo ha sido asociado con autores como Machado de Assis, puede decirse que su búsqueda fue más allá del realismo y naturalismo del maestro brasileño. Sin embargo, buena parte temática de la novela modernista resultó, como en Machado, del conflicto entre el imaginario sofisticado y cosmopolita de sus personajes, y el ambiente atrasado y vulgar de donde provenían, imperante todavía entre siglos en muchas de las repúblicas que se aprestaban a celebrar su primera centuria republicana.²⁷

En tal sentido, la evasión estética hacia ciudades sofisticadas, sobre todo europeas, resulta característica del modernismo hispanoamericano,

«Porque una ‘ciudad’ es un valor espiritual, una fisonomía colectiva, un carácter persistente y creador. La ciudad puede ser grande o pequeña, rica o pobre, activa o estática; pero se la reconoce en que tiene un espíritu, en que realiza una idea, y en que esa idea y ese espíritu relacionan armoniosamente cuanto en ella se hace, desde la forma en que se ordenan las piedras hasta el tono con que hablan los hombres» (*Ibid.*, p. 15).

²⁵ J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, pp. 50-51.

²⁶ R. Darío, *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, pp. 91-92; también lo resume el autor a propósito de la *Revista de América*, que fundara con el poeta Ricardo Freyre (1868-1933), en términos de las siguientes corrientes literarias: «Con Ricardo nos entrábamos por simbolismos y decadencias francesas, por cosas d’annunzianas, por prerrafaelismos ingleses y otras novedades de entonces, sin olvidar nuestros ancestrales Hitas y Berceos, y demás castizos autores...».

²⁷ J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, pp. 50-51.

tal como se evidencia, por ejemplo, en *De sobremesa* (1895), del colombiano José Asunción Silva (1865-96). En esta novela-ensayo de corte autobiográfico, los dilemas finiseculares de las repúblicas latinoamericanas son discutidos desde la acomodada distancia del viaje, al resguardo de refinados salones, suerte de «microcosmos» de la Arcadia culta epitomada por París y Londres.²⁸ Desde el destierro compartido con sus contertulios dandis, quienes por sobre todo son «aristócratas del espíritu», José Fernández ensueña la renovación de la urbe criolla, en un como espejismo de su proyecto republicano: «La capital, transformada a golpes de pica y de millones —como transformó el barón Haussmann a París— recibirá al extranjero con todas las flores de sus jardines y las verduras de sus parques...», reza el desiderátum del protagonista y álter ego de Silva.²⁹ Tiene así lugar en *De sobremesa* el arquetípico conflicto modernista entre ciudad real y ciudad ideal distinguidas por Ángel Rama; la última generalmente inspirada en una refinada Europa decadentista, no solo recorrida o evocada por los héroes novelescos, sino también fabulada a través de «las revistas ilustradas y las descripciones miríficas de los viajeros».³⁰

En efecto, además de la literatura de viajes, los magazines de entre siglos, literarios e ilustrados por igual, condensaron el clima cultural de la Bella Época latinoamericana en la que floreció el modernismo. Revistas como, en orden de aparición, la venezolana *El Cojo Ilustrado* (1892); la ya mencionada *Revista de América*, fundada por Darío en el 94; la argentina *Caras y Caretas* (1898); las chilenas *Pluma y Lápiz* (1900-04), *Sucesos* (1902) y *Zig-Zag* (1905); la mexicana *Revista de América*, fundada por Vasconcelos en 1909, son tan solo algunos ejemplos, entre literarios y misceláneos, cuyas páginas catalogaron el imaginario de la Bella Época hispanoamericana. Tal como ocurriera en

²⁸ Las nociones de «microcosmos» y de «Arcadia cultural» están tomadas de Luz Mary Giraldo, *Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2001, pp. 21-26, donde la autora elabora, de manera sugerente, al referirse al escenario de la novela-ensayo (*Ibid.*, p. 22): «La sala reúne condiciones que permiten verla como microcosmos: repite la imagen de la ciudad culta, exalta el sentido de refinamiento cortesano que proviene de las sociedades hidalgas y se reitera de manera más exquisita en las cortes neoclásicas y en los salones del siglo XVIII francés (tan caro a algunos modernistas), enfatizando en el placer del conocimiento, de las sensaciones artísticas, de la sensualidad y el hedonismo, y de los sueños vitales...».

²⁹ José Asunción Silva, *De sobremesa* (1895), prólogo de Gabriel García Márquez. Madrid: Hiperión, 1996, p. 84.

³⁰ A. Rama, *La ciudad letrada*, pp. 115-116.

El Cojo Ilustrado, de Caracas, en esas revistas se mezclaban novedades literarias de Guy de Maupassant (1850-93), Alphonse Daudet (1840-97), Octave Mirbeau (1848-1917), Anatole France (1844-1924), Giacomo Leopardi (1798-1837), Gabriele D'Annunzio (1863-1938) y Oscar Wilde (1854-1900), entre otros; extractos del realismo naturalista de Benito Pérez Galdós (1843-1920) y Emilia Pardo Bazán (1851-1921), así como textos recién fraguados por Darío y Rodó. Junto a reportes de corresponsales sobre ferias mundiales y avances de infraestructura y costumbres en grandes metrópolis de la era industrial, esas revistas incluían entregas seriales de los manuales de etiqueta, completados con páginas sobre moda europea. Estampadas con pamelas vaporosas y encorsetados trajes de polisón, en esta sección se anunciaban algunas tiendas por departamento parisinas, tales como *La Belle Jardinière*, *Printemps*, *La Samaritaine* y *Au Bon Marché*, la cual ofrecía enviar sus catálogos a selectas clientes de capitales latinoamericanas.³¹

9. Entre las de otros escritores modernistas dignos de ser citados — tales como los argentinos Leopoldo Lugones (1874-1938) y Manuel Gálvez (1882-1962), el brasileño Alfonso de Lima Barreto (1881-1922) y el venezolano Rufino Blanco Fombona (1874-1944)—, las novelas *Ídolos rotos* (1901) y *Sangre patricia* (1902), del también venezolano Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927), dramatizan la desazón del sujeto modernista en medio de hoscos contextos como el caraqueño, donde la modernidad superficial no podía ocultar el atraso inveterado.³² Después de algún tiempo en Caracas al regresar de una larga estadía en Europa, una de las cosas que más resintió Alberto Soria, laureado escultor protagonista de la primera novela, fue la parroquiana intromisión de «la vida casi en común de las ciudades pequeñas»; ello por contraste con sus años en París, donde en «cualquier boulevard lleno de tumulto (...), la voluptuosidad intensa y rara de sentirse solo, muy solo en medio de la multitud», aliviaba «las asperezas dolorosas de su alma».³³ Mientras el

³¹ Me apoyo en mi análisis de *El Cojo Ilustrado* como catálogo de la Bella Época caraqueña; véase en este sentido A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 163-165.

³² J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, p. 78. A propósito de algunos autores venezolanos, he planteado esta tesis de la «evasión urbana del modernismo» en A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I, pp. 43-54; de allí extraigo algunos pasajes.

³³ Manuel Díaz Rodríguez, *Ídolos rotos*, en *Narrativa y ensayo*, selección Orlando Araujo. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 48.

cosmopolitismo de Díaz Rodríguez asoma en esta perspectiva gregaria del cronista-*flâneur* señalada por Julio Ramos a propósito de Martí y otros escritores del modernismo continental, también la evasión final del medio cerril como único antídoto ante la desazón del héroe novelesco confirma el talante modernista del drama urbano de Alberto Soria.³⁴ Porque el tormentoso conflicto del personaje de Díaz Rodríguez solo podía acabar con un *finis patriae*: después de la intromisión en su privacidad por boca de amistades falsas, de la humillación de su familia por parte de políticos corruptos y de la violación de su obra a manos de la brutal soldadesca de Cipriano Castro, la única salida de Alberto sería su escape definitivo de «aquella ciudad estrecha y mezquina, de conciencia, como sus calles, angosta y sucia».³⁵

Como otro expatriado de Venezuela, el afligido protagonista de la segunda novela de Díaz Rodríguez recorre un itinerario de duelo por los lugares de la Europa que no pudo compartir con la novia muerta en la travesía transatlántica: desde el «sollozo de las cosas» que esperaban a los amantes en el apartamento parisino de Avenue Montaigne; pasando por la romántica primavera de Niza, trocada en luctuosa estación de frustraciones; hasta «la glauca superficie casi inmóvil del Adriático», contemplada por Tulio Arcos desde la terraza de un café en el Lido, en una de las escenas extáticas del modernismo venezolano.³⁶ «Vivir en Europa, pasearse por las *loggias* de Florencia y amar heroínas d'annunzianas parecía la solución de aquellos personajes pálidos y nerviosos de Díaz Rodríguez», quienes confirman que, al decir de Mariano Picón Salas (1901-65), más que una corriente literaria, el modernismo retrató un conjunto de temperamentos.³⁷ Con mayor o menor patetismo predicable de otros autores, se configura así en las novelas de Díaz Rodríguez, como en *De sobremesa*, de Silva, un síndrome de evasión y desarraigo protagonizado por *dramatis personae* que, al ser «tímidos, inteligentes, hiperestésicos, soñadores, con medios de fortuna para vivir

³⁴ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 126-132.

³⁵ M. Díaz Rodríguez, *Ídolos rotos*, en *Narrativa y ensayo*, p. 92.

³⁶ M. Díaz Rodríguez, *Sangre patricia* (1902), en *Narrativa y ensayo*, pp. 183, 216-221.

³⁷ Mariano Picón Salas, *Comprensión de Venezuela* (1949), en *Suma de Venezuela. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1988, t. II, pp. 39-40; véase también «Para unos nuevos perfiles venezolanos» (1962), *ibid.*, pp. 206-207.

fuera y sin carácter para afrontar la oposición y la lucha en el medio cencil del nacimiento, se evaden, fugan».³⁸

10. Junto a esos abúlicos y evasivos temperamentos del modernismo, se observó en el elenco de entre siglos, como bien ha señalado Mattalía, un «nuevo tipo de sujeto: urbano, hiperestésico, ansioso, necesitado de estabilidad y, al mismo tiempo, glorificador de la vorágine y el cambio».³⁹ Aunque con frecuencia por analogía o contraste con la realidad solo dable en ciudades como París, Londres o Nueva York, atraviesa esa crónica — generalmente resultante del viaje por placer, por oficios diplomáticos o por corresponsalías periodísticas— una suerte de *flânerie* que reporta, en los distintos registros metropolitanos de Charles Baudelaire (1821-67), Georg Simmel (1858-1916) o Walter Benjamin (1892-1940), el anonimato, el mercantilismo y el cosmopolitismo de *boulevards* y avenidas, *promenades* y arcadas. Es lo que, repetimos, Ramos ha resumido como «retórica del paseo», a propósito de la crónica urbana de las *Cartas de Nueva York* o *Escenas norteamericanas* (1881-92), de Martí.⁴⁰

Por contraposición a la chata realidad parroquiana de su terruño, el «amor de ciudad grande» se respira en *El encanto de Buenos Aires* (1914), de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), así como en sus numerosas crónicas parisinas, enviadas a revistas hispanoamericanas como *El Cojo Ilustrado*, mientras el guatemalteco estuvo en legaciones diplomáticas y periodísticas. Desde la «capital de la latinidad», el cronista reportaría, con fervor metropolitano y progresista, el mudante paisaje secular de la aburguesada bohemia de la *Belle Époque*:

¡Bohemio! No hay necesidad de fumar pipa para serlo (...) en el Barrio Latino que ya no tiene cervecerías sucias, ni tabernas oscuras, ni cafés subterráneos; en el Barrio Latino brillante, limpio, claro y alegre que todos vemos al pasar por el bulevar San Miguel, hay una bohemia que trata de no llevar camisas mugrientas, ni sombreros viejos, ni pantalones raídos. De los nuevos modos de vivir, esa bohemia ha tomado lo útil. Pero de lo antiguo ha conservado lo eterno, que son los anhelos, los ideales, los amores, los entusiasmos, los desintereses y sobre todo la pasión exclusiva del arte.⁴¹

³⁸ Luis Beltrán Guerrero, *Modernismo y modernistas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1978, p. 45.

³⁹ S. Mattalía, «Sueño y desilusión de la modernidad...», pp. 525-526.

⁴⁰ J. Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina...*

⁴¹ Enrique Gómez Carrillo, «La bohemia actual» (mayo 1907), en *La vida parisienne*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993, pp. 17-24, 22.

En el cimero caso de Darío, además de algunos poemas de *Azul* (1888), o en pasajes de *Peregrinaciones* (1901), los innumerables reportes despachados durante sus representaciones periodísticas o diplomáticas son muestras de esa crónica glorificadora de la dinámica metropolitana, imposible de esperar en los villorrios de su Nicaragua natal. Confirmadora del papel que desempeñó, por excelencia, el escenario luteciano en su imaginario poético, resulta una de las anotaciones del polígrafo sobre la exposición de París del 1900 —adonde lo había destacado como corresponsal *La Nación* de Buenos Aires—, cuando tuvo oportunidad de compartir con Gómez Carrillo:

Yo hacía mis obligatorias visitas a la Exposición. Fue para mí un deslumbramiento miliunanochesco y me sentí más de una vez en una pieza, Simbad y Marco Polo, Aladino y Salomón, mandarín y dalmio, siamés y cowboy, gitano y mujick; y en ciertas noches, contemplaba en las cercanías de la torre Eiffel, con mis ojos despiertos, panoramas que sólo había visto en las misteriosas regiones de los sueños.⁴²

No siempre con el arrobo de Darío en su Lutecia, puede decirse que el embeleso con la ciudad burguesa —para utilizar de nuevo la denominación romeriana a la que apelamos en el capítulo anterior— suscitó distintas reacciones en el sujeto literario latinoamericano: desde la languidecente evasión de su propia realidad oscura y atrasada, hasta el fervor metropolitano, con mucho del *flâneur* finisecular de Benjamin.⁴³ Su tendencia dependería, por un lado, del paisaje urbano de donde ese errático sujeto provenía, a menudo contrastante con las urbes europeas de la Bella Época, idealizadas por el arielismo, el modernismo y los magazines. Pero por otro lado, su reacción también estaría marcada por su adscripción ciudadana dentro de los muy varios procesos de cambio económico, político y social, que después de casi un siglo de vida independiente, exhibían las diferentes repúblicas latinoamericanas.

⁴² R. Darío, *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, pp. 107-108.

⁴³ Véase, por ejemplo, «Paris, Capital of the Nineteenth Century», en Walter Benjamin, *Reflections. Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*, ed. Peter Demetz, trad. E. Jephcott. Nueva York: Schocken Books, 1986, pp. 146-162.

**PAX DICTATORIAL Y POSITIVISMO,
REVOLUCIÓN Y DEMOCRACIA⁴⁴**

Ha destruido las dinastías de los caciques, disuelto sus guardias nacionales; los ha privado de sus exacciones; prohíbe que tiranicen a los pueblos, y derrama torrentes de civilización en sus territorios para dejar a aquéllos sin prestigio, para conquistar a la sociedad; ha emprendido, como Augusto, grandes obras materiales que dan trabajo a grandes masas y levanta suntuosos edificios para satisfacer el bienestar, el orgullo y la vanidad de los mexicanos.

FRANCISCO BULNES, «Discurso para justificar la sexta reelección del general Díaz» (1903)

... un gobierno fuerte, dirigido por un hombre de Estado, por un patriota consciente de sus deberes, quien como otros grandes caudillos de América, representa la encarnación misma del poder y mantiene la paz, el orden, la regularidad administrativa, el crédito interior y exterior.

LAUREANO VALLENILLA LANZ, *Cesarismo democrático* (1919)

11. Según una historiografía que establece paralelismos entre los cambios en Latinoamérica y los de otras partes del mundo, se suele asumir que la temprana revolución de 1905 en la Duma rusa habría inspirado la rebelión mexicana de 1910 contra el progresista pero dictatorial régimen de Porfirio Díaz (1877-80, 1884-1911). Pero la Revolución rusa devendría un movimiento marxista llamado a subvertir el anquilosado régimen de los zares, mientras que la mexicana serviría para canalizar el nacionalismo en contra de la penetración foránea favorecida por el porfiriato en todos los órdenes, al tiempo que soliviantaría a la raza indígena contra la sempiterna dominancia de la burguesía de ascendencia europea. Bien señala en este sentido José Luis Romero a propósito de Pancho Villa (1876-1923), Emiliano Zapata (1879-1919) y sus huestes variopintas: «Defendían con vigoroso acento popular y cada uno a su

⁴⁴ Una primera versión de esta sección y de otras referidas a cambios políticos fueron presentadas en la ponencia «Revolutionary changes towards Latin America's urban *masificación*, 1910s-1930s», IXe Conférence Internationale d'Histoire Urbaine. Histoire comparée des villes européennes. Lyon: Université des Lumières, Lyon 2, 27-30 agosto, 2008. <http://eauh.ish-lyon.cnrs.fr>.

modo, una ideología rural saturada de resentimientos de clase que eran también resentimientos de casta y de raza».⁴⁵

Recordemos de nuevo que, como régimen emblemático de los contrastantes beneficios del liberalismo económico en Latinoamérica, durante la «tiranía honrada» de don Porfirio —con «poca política y mucha administración», como rezaba uno de sus lemas—, la población mexicana se incrementó en más del 50 por ciento, pasando a 15 millones; mientras tanto, la red ferroviaria se extendía de 800 a 24.000 kilómetros, gracias principalmente a los buenos oficios de José Limantour (1854-1935), al frente del Ministerio de Hacienda y Crédito Público (1893-1911).⁴⁶ Sin importar esos logros, en su *Ulises criollo* (1935), autobiografía que registra el turbulento tránsito del porfirato a la revolución, José Vasconcelos fustigó el socorrido progresismo del régimen en un contrastante díptico: «El porfirismo creyó realizado el progreso porque llegaba a México un automóvil, pero en las casas de la ciudad de México se seguía guisando con carbón vegetal, como en los tiempos de Moctezuma».⁴⁷ Allende la capital, los trabajadores de las fábricas, obrajes y plantaciones, la mayoría en manos de inversionistas extranjeros, no tenían derecho a sindicalizarse, mientras el campesinado seguía clamando por la preterida reforma agraria; por ello, detrás de su enarbolado progresismo, liderado por una «nueva casta latifundista» en lugar de una verdadera burguesía emprendedora, como querían hacer ver los «científicos» encabezados por Limantour, el porfirismo solo representó para Octavio Paz, recordemos, el resurgimiento del «feudalismo colonial».⁴⁸

La controversial ambivalencia económica y social de ese liberalismo mexicano —predicable en parte de otros países donde la población

⁴⁵ J. L. Romero, «Campo y ciudad: las tensiones entre dos ideologías», p. 367. Respecto del supuesto paralelismo entre la revolución mexicana y la Duma rusa, véase J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, p. 66.

⁴⁶ T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 247-248; D. Cosío Villegas, «The modern span», p. 113; E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, p. 267.

⁴⁷ J. Vasconcelos, *Ulises criollo*, p. 363.

⁴⁸ O. Paz, *El laberinto de la soledad*, pp. 116-117. Paz fue muy crítico del supuesto progresismo del régimen, recibido en parte de las reformas de mediados del siglo XIX: «En realidad, el porfirismo es el heredero del feudalismo colonial: la propiedad de la tierra se concentra en unas cuantas manos y la clase terrateniente se fortalece. Enmascarado, ataviado con los ropajes del progreso, la ciencia y la legalidad republicana, el pasado vuelve, pero ya desprovisto de fecundidad. Nada puede producir, excepto la rebelión» (*Ibid.*, pp. 117-118).

indígena o negra no fue reducida, como Perú o Venezuela— llevó a algunos de los así llamados científicos a apologizar los prodigios de la *pax* porfiriana para justificar las sucesivas reelecciones del general Díaz. Así lo hizo Francisco Bulnes (1847-1924), congresista y diplomático del porfiriato, al parangonar, en 1903, el bienestar alcanzado por el régimen con la prosperidad del imperio de Octavio:

Ha destruido las dinastías de los caciques, disuelto sus guardias nacionales; los ha privado de sus exacciones; prohíbe que tiranicen a los pueblos, y derrama torrentes de civilización en sus territorios para dejar a aquéllos sin prestigio, para conquistar a la sociedad; ha emprendido, como Augusto, grandes obras materiales que dan trabajo a grandes masas y levanta suntuosos edificios para satisfacer el bienestar, el orgullo y la vanidad de los mexicanos.⁴⁹

Y todavía en vísperas del estallido de 1910, en la calma precedente a la tormenta, el erudito maestro Justo Sierra, dilecto ministro de Instrucción Pública (1905-11) —respetado y venerado por los venideros revolucionarios incluso— tributó a su señor don Porfirio, en ocasión de inaugurar la Universidad Nacional ese mismo año, otro panegírico de su *pax*, construida sobre ferrocarriles, usinas y mieses:

Mucho habéis hecho por la patria, señor; hoy el mundo contempla de cerca con qué solemne devoción os habéis puesto al frente de la glorificación de nuestro pasado, que oscuro y triste como es, ha sido aceptado entero y sin reserva por la nación mexicana, para hacer de él nuestro blasón de oro y de gloria. Habéis sido el principal obrero de la paz, la habéis incrustado en nuestro suelo con las cintas de acero de los rieles, la habéis difundido en nuestro ambiente con el humo de nuestras fábricas y os esforzáis con gigantesco esfuerzo en transformarla en frutos que anhelan nuestros amigos ricos, y en mieses que cubran nuestras planicies, regadas ya, con su maravilloso toisón de oro.⁵⁰

12. Tal como Vasconcelos pudo denunciar después de desencadenarse la revolución en 1910, aquellos porfiristas cultos y oficiosos como Sierra y

⁴⁹ Francisco Bulnes, «Discurso para justificar la sexta reelección del general Díaz» (1903), en *Páginas escogidas* (1968), prólogo y selección Martín Quitarte. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1995, pp. 117-138, 128.

⁵⁰ Justo Sierra, «Discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad Nacional, el año de 1910», en *Prosas* (1939), prólogo y notas Antonio Caso. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1990, pp. 165-192, 191-192.

Bulnes se afincaban en la tesis positivista de que «un pueblo de mestizos (...) no podía aspirar a nada mejor que el tirano benévolo».⁵¹ En efecto, como reforzando los argumentos sobre la inmadurez de las naciones latinoamericanas y de otras regiones atrasadas de los trópicos, los cuales justificaban el colonialismo y las dictaduras en el mundo de entre siglos, Bulnes apoyaba su razonamiento en premisas reminiscentes de Kidd: «No es posible sentirse menor de edad y aspirar a la soberanía». Y apelando a las debilidades de la «raza indolatina» y de la atávica antinomia entre civilización y barbarie, todavía en 1903, para justificar la sexta reelección de Díaz, el mismo Bulnes hacía uso de argumentos alertadores sobre el anacronismo mexicano, después de casi un siglo de vida republicana: «Es preciso que los kilómetros de vías férreas no sean arrancados por las crispadas garras de la guerra civil; es preciso que los hilos telegráficos no vuelvan a anunciar al mundo nuestra barbarie, nuestra laxitud, nuestra impotencia...».⁵²

Pero la reelección no se produjo y los telégrafos hubieron de propagar que la *pax* porfiriana había sido quebrada cuando el general Francisco Madero (1873-1913), oponente y vencedor de don Porfirio con el Partido Nacional Antirreeleccionista en la contienda de 1910, hubo de exiliarse en Estados Unidos después de que el régimen lo declarara insurrecto. Desde allí redactó entonces el llamado plan de San Luis, cuyas líneas maestras fueron resumidas por Vasconcelos, testigo de los hechos y colaborador temprano de Madero: «...desconocimiento del régimen porfiriano; convocatoria del pueblo a las armas; restablecimiento de las libertades públicas de acuerdo con la Constitución; libertad a las masas obreras para organizarse; libertad electoral; libertad de prensa; redención popular por el trabajo y la cultura».⁵³

Algunos de esos objetivos tempranos trasuntaban el programa político y económico, social y cultural a realizar en parte por la inminente revolución, después de la así llamada «Década destructiva», cuando los enfrentamientos entre las facciones políticas y movimientos regionales liderados por Victoriano Huerta (1854-1916) y Venustiano Carranza (1859-1921), por Villa y Zapata, entre otros, dejarían poco espacio para logros concretos, el más perdurable de los cuales sería la Constitución de

⁵¹ J. Vasconcelos, *Ulises criollo*, p. 303.

⁵² E. Bulnes, «Discurso para justificar la sexta reelección del general Díaz», en *Páginas escogidas*, pp. 122, 135.

⁵³ J. Vasconcelos, *Ulises criollo*, p. 303.

1917.⁵⁴ Fue un decenio cruento y destructivo, tempranamente recreado en *Los de abajo* (1916) por Mariano Azuela (1873-1952), quien fue médico de las fuerzas de Villa, lo que le permitió acceso testimonial al proceso revolucionario proveniente del norte; si bien alcanzando cierto tono épico, la clásica novela de Azuela pasa revista a pueblos como Tepic, Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas y Juchipila, como «una ruina» en la que asomaban de nuevo la barbarie y el caudillismo ancestrales. No en vano exclama uno de los anónimos revolucionarios villistas, con candidez y dramatismo a un tiempo: «¡Qué linda es la Revolución, aun en su misma barbarie!».⁵⁵

Con todas sus vicisitudes y montoneras no exentas de mitos charros y pintoresquismo, la temprana Revolución puede verse en buena medida como esa «fiesta de balas» referida por Paz, con cierta tristeza, en *El laberinto de la soledad*; pero innegablemente tendría logros a la postre para una sociedad mexicana más igualitaria, como lo prefigurara la Constitución del 17, sobre todo en lo concerniente a la abolición del viejo régimen. La recuperación económica y territorial vendría después, con organismos como el Banco de México, la Comisión Nacional de Caminos y la Comisión Nacional de Irrigación, entre otros.⁵⁶ Y como para exterminar las resonancias oficiosas de aquel liberalismo brutal, al lema positivista del México decimonónico —«Amor, Orden y Progreso»— sucedería el de «Por mi Raza hablará el Espíritu», adoptado a comienzos de la década de 1920 por el mismo Vasconcelos, secretario de Educación y adalid de la modernización revolucionaria por venir.⁵⁷

13. Sin alcanzar la resonancia internacional e histórica de la Revolución mexicana —la cual había sido en parte desencadenada por el olvido del campo feudal y de iniquidades sociales—, otros estados latinoamericanos quebraron, desde finales del siglo XIX, el liberalismo y positivismo decimonónicos prolongados por el porfiriato hasta el XX. En algunos países, las guerras y los conflictos internos también reflejaban tensiones

⁵⁴ No es posible resumir aquí, por supuesto, todos esos episodios; véase en este sentido, por ejemplo, D. Cosío Villegas, «The modern span», pp. 103-118.

⁵⁵ Mariano Azuela, *Los de abajo. Novela de la revolución mexicana* (1915). Lima: Ediciones Nuevo Mundo, 1960, pp. 73, 134-135. Respecto del tono épico y la recreación de la barbarie en la clásica novela de la revolución mexicana, véase J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, p. 80; John S. Brushwood, *La novela hispano-americana del siglo XX. Una vista panorámica* (1975), trad. Raymond L. Williams. México: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 33-34.

⁵⁶ H. Quiroz Rothe, *Ciudades mexicanas del siglo XX*, p. 66.

⁵⁷ O. Paz, *El laberinto de la soledad*, pp. 134-138.

entre las conservadoras oligarquías capitalinas y grupos más dinámicos de las provincias ligadas a la expansión económica. Así ocurría en Brasil, por ejemplo, donde no solo la hegemonía carioca venía siendo desafiada por sectores económicos de São Paulo y Minas Gerais, sino también por las reivindicaciones políticas de inmigrantes foráneos; tan solo en la capital paulista, recordemos, la población de origen europeo alcanzaba 92.086 habitantes para 1888. La tensión se agudizó después de la abolición de la esclavitud ese año, posicionando a muchos señores y libertos en contra del viejo régimen imperial, aunados a un creciente republicanismo de corte positivista y masónico dentro del Ejército, especialmente después de la Guerra del Paraguay, todo lo cual llevó al derrocamiento de la monarquía en 1889.⁵⁸

La después llamada *República Velha* se inició con una renovación liberal y secularizadora que separaba los poderes estatal y eclesiástico, al tiempo que establecía la libertad de cultos y el casamiento civil; el empuje de la renovación social fue completado con el decreto de «Grande Naturalização», permitiendo, en un inusitado gesto en la Latinoamérica de entonces, adquirir la nacionalidad brasileña a los extranjeros residentes. La modernización económica fue en tanto liderada por Rui Barbosa (1849-1923) desde el Ministerio de Hacienda, con políticas de emisión monetaria dirigidas a fomentar tanto el crecimiento empresarial como el de una burguesía industrial, cuyas bases probaron empero ser insuficientes. A pesar de este ímpetu inicial y de la promulgación de la nueva Constitución en 1891, terminaría recreándose en la *República Velha*, por medio de la así llamada «política del café con leche», el predominio económico de las oligarquías de São Paulo y Minas Gerais, mayores productoras nacionales de los rubros respectivos; mientras la renovación política de la «república oligárquica» era refrenada por presidentes militares y *coronéis* en las provincias, se fueron generando nuevos movimientos opositores por cristalizar hacia la segunda década del siglo XX.⁵⁹

En la escala más pequeña de países donde el liberalismo se consolidó tardíamente, también hubo enfrentamientos regionales entre grupos económicos. Así ocurrió en Ecuador, donde la burguesía de Guayaquil promovió cambios que cobrarían forma en la Constitución emanada en 1906 desde Quito por Eloy Alfaro (1842-1912).⁶⁰ En el

⁵⁸ C. A. Schneeberger, *Minimanual compacto de história do Brasil*, pp. 254-259; J. del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe...*, p. 95.

⁵⁹ C. A. Schneeberger, *Minimanual compacto de história do Brasil*, pp. 264-274.

⁶⁰ Enrique Ayala Mora, *Resumen de la historia del Ecuador (1993-98)*. Quito: Corporación Editora Nacional, 2005, pp. 87-89.

caso de Venezuela, aunque generalmente haya sido interpretada como la irrupción de los grupos andinos en la escena política caraqueña —olvidándose con frecuencia que aquellos venían de una región productora de café, que para finales del XIX había desplazado al cacao como primer rubro de exportación venezolana—, la revolución liderada en 1899 por Cipriano Castro también inauguró un prolongado ciclo de gobernantes «gochos» que regentarían el poder hasta 1945.⁶¹

14. De ese ciclo de autocráticos gobiernos andinos en la Venezuela de entre siglos, un paralelo con el porfiriato y sus científicos puede ser establecido a través de la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-35) y su justificación por los llamados «doctores» del gomecismo; sin olvidar en este sentido que —como bien señalara Romero a propósito del término análogo al de «científicos» encarnados por Bulnes y Sierra— «‘Doctores’ solían llamárseles a los hombres de la ciudad que preferían las sutilezas de la política al ejercicio de las armas».⁶² La maquinaria dictatorial del «pacificador de Venezuela» se apoyaba en un ambicioso programa de obras públicas en provincia, tendente a la unificación territorial y la supresión de revueltas, objetivos facilitados por la bonanza petrolera desde finales de la década de 1920. Además, se apuntalaba en cárceles y represión que convirtieron el régimen en «la vergüenza de América», al decir de José Rafael Pocaterra (1889-1955), uno de sus más fieros oponentes.⁶³ Y, sobre todo, estaba respaldada por la interpretación positivista de la turbulenta historia republicana, elaborada por los eruditos intelectuales al servicio del sátrapa iletrado. Una de las piedras miliare de esa ideología fue provista por Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), cuyo *Cesarismo democrático* (1919), amén de retomar viejos argumentos planteados por Gil Fortoul con relación a la debilidad racial, desató polémicas sobre las dictaduras latinoamericanas del período.⁶⁴

Basándose en la idea del jefe militar explorada por Herber Spencer y Fustel de Coulanges (1830-89), el antiguo estudiante de La Sorbonne y del Collège de France proponía la figura del «gendarme necesario» como

⁶¹ Ciclo que puede ser visto en, por ejemplo, Elías Pino Iturrieta, *Venezuela metida en cintura. 1900-1945*. Caracas: Cuadernos Lagoven, 1988.

⁶² J. L. Romero, «Campo y ciudad: las tensiones entre dos ideologías», p. 358.

⁶³ José R. Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927). 4 ts. Madrid: Edime, 1966, t. III.

⁶⁴ Sobre las debilidades de la «raza social», véase J. Gil Fortoul, *El hombre y la historia...*, pp. 29-30.

única vía para superar los traumas políticos de la inestable república caribeña; ese César Democrático era también necesario para integrar los caudillescos regionalismos venezolanos en una sociedad orgánica, al menos según la versión elaborada por Vallenilla de los estadios de solidaridad distinguidos por René Worms (1869-1926) y Émile Durkheim. Declarando ante los críticos su admiración por el general Gómez y sus logros, el sociólogo finalmente proclamó la legítima necesidad «de un gobierno fuerte, dirigido por un hombre de Estado, por un patriota consciente de sus deberes, quien como otros grandes caudillos de América, representa la encarnación misma del poder y mantiene la paz, el orden, la regularidad administrativa, el crédito interior y exterior...».⁶⁵ Ya abolido el porfiriato en México, y además del llamado Benemérito en Venezuela, quizá tenía en mente don Laureano los casos de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920) en Guatemala y Augusto Leguía (1908, 1919-30) en Perú, cuyas dictaduras férreas no dejaron de alcanzar ciertos logros económicos.

Además de justificada por la turbulenta historia venezolana, la autocracia gomecista no era muy diferente del fascismo europeo de entreguerras, según la argumentación de Pedro Manuel Arcaya (1874-1958) en su obra *The Gómez Regime in Venezuela and its Background* (1935). El entonces embajador venezolano en Washington se oponía a la crítica internacional a la dictadura andina, postura preconizada en el libro de Thomas Rourke, *Tyrant of the Andes*, donde los logros económicos del «sortario» dictador, beneficiario del oro petrolero, eran ensombrecidos por sus crímenes ominosos.⁶⁶ Como lo hiciera Bulnes con don Porfirio, el erudito venezolano, cuya biblioteca privada atesoraba 70.000 volúmenes, hubo de buscar entre los héroes de la Antigüedad romana para parangonar los méritos y proezas del «Fundador de la Paz». Según Arcaya, cuando Escipión el Africano (236 a.C.-183 a.C.) iba a ser juzgado frente a la nación romana por cargos menores, el conquistador de Cartago se limitó a conducir a los romanos al templo, para así poder agradecer una vez más a los dioses por su cumplida gesta en África.

⁶⁵ Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (1919). Caracas: Tipografía Garrido, 1961, pp. 123, 179-180, 207, 208, 220.

⁶⁶ Thomas Rourke (Daniel Joseph Clinton), *Tyrant of the Andes. The Life of Juan Vicente Gómez*. Londres: Michael Joseph Ltd., 1937.

Siguiendo su ejemplo, el General Gómez podría haber dicho a los venezolanos, ante los que fue acusado, «Viajemos a través de la República en automóvil, por las carreteras que he abierto, y retornemos al Panteón Nacional para dar gracias a Dios ante la tumba de Bolívar, porque las guerras civiles han cesado en nuestra tierra, la cual él liberó, y porque las deudas de la nación han sido pagadas».⁶⁷

A diferencia de don Porfirio, exiliado en París con la revolución, el Escipión venezolano murió invicto en Maracay, el mismo año de la publicación del panegírico de Arcaya en el mundo angloparlante. Por mucho tiempo, una revancha histórica impidió dar cuenta con justeza de los logros gomecistas, aunque aproximaciones posteriores han tendido a establecer una evaluación más balanceada de la luenga y controversial era. Por un lado, es cierto que, aprovechándose del pasado suicida de Venezuela en términos de guerras civiles y conflictos, los «doctores» del gomecismo forzaron interpretaciones de sus venerados maestros europeos, para así justificar la dictadura implacable.⁶⁸ Por otro, hay que reconocer que el costoso préstamo tomado de la escuela de Comte hizo posible completar veintisiete años de «Unión, Paz y Trabajo», divisa que probó ser fundamental para la modernización secular de Venezuela y del resto del continente.⁶⁹ Y si los intelectuales oficiosos ciertamente fabricaron la «leyenda dorada» de sus logros, la «leyenda negra» tejida por sus oponentes también ignoró por mucho tiempo la transformación social y cultural ocurrida bajo el yugo del «tirano liberal».⁷⁰

⁶⁷ Pedro M. Arcaya, *The Gómez Regime in Venezuela and its Background*. Washington: 1936, p. 225 (trad. del autor): «Following his example, General Gómez might have said to the Venezuelans, before whom he was accused, 'Let us travel over the Republic by automobile, over the highways which I have opened, and return to the National Pantheon to give thanks to God before the tomb of Bolívar, because civil wars have ceased in our land, which he liberated, and because the debts of the nation have been paid'».

⁶⁸ José R. Luna, *El positivismo en la historia del pensamiento venezolano*. Caracas: Editorial Arte, 1971, pp. 91, 103; Elías Pino Iturrieta, *Positivismo y gomecismo*. Caracas: Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Universidad Central de Venezuela (UCV), 1978, pp. 57-64; Elías Pino Iturrieta, «Ideas sobre un pueblo inepto: la justificación del gomecismo» (1988), en Elías Pino Iturrieta (comp.), *Juan Vicente Gómez y su época* (1988). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993, pp. 187-201, 201.

⁶⁹ Así lo hacen notar, por ejemplo, C. Griffin, *The National Period in the History of the New World...*, p. 143; John Lombardi, *Venezuela. The Search of Order. The Dream of Progress*. Nueva York: Oxford University Press, 1982, p. 207.

⁷⁰ Reivindicación que puede verse, por ejemplo, en Yolanda Segnini, *Las luces del gomecismo*. Caracas: Alfadil, 1987, pp. 13-23, 255-260; Manuel Caballero, *Gómez, el tirano liberal* (1993). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994.

15. Pero no todo el panorama político latinoamericano se reducía, por supuesto, a la *pax* dictatorial y la justificación positivista, ni los cambios hubieron de venir por revoluciones callejeras, sino también fueron promovidos desde clubes y mentideros donde germinaron nuevos partidos políticos.⁷¹ La relativa bonanza económica y la superación de los conflictos entre federalismo y centralismo, catalizados ambos por las demandas de inmigración internacional desde finales del siglo XIX, permitieron a los países del Cono Sur girar, sin mayores traumas, el liberalismo político y económico hacia cuestiones sociales. En este sentido, las nuevas burguesías nacionales, si bien incipientes y endebles en términos de su base comercial antes que industrial, lideraron reformas constitucionales que responderían parte de los desafíos planteados por poblaciones más urbanas y heterogéneas.

La temprana institucionalización y diversificación de los partidos políticos permitió, en la Argentina de la llamada «era aluvial» del crecimiento y la inmigración,⁷² pasar de la hegemonía del Partido Autónomo Nacional (PAN), representativo del liberalismo oligárquico culminante en las ya mencionadas presidencias de Julio Roca (1880-86; 1898-1904), al protagonismo de la Unión Cívica Radical (UCR), fundada en 1891 con una novedosa estructura organizativa.⁷³ Catalizado por las demandas de la ingente población extranjera y de la emergente clase media, casi única en el continente,⁷⁴ el sufragio universal masculino y secreto fue alcanzado en 1912, más temprano que en algunos países europeos, durante la presidencia de Roque Sáenz Peña (1910-13); ello fue un primer paso para superar los endémicos fraudes en las elecciones, así como para el arribo de la UCR al poder en 1916, con Hipólito Yrigoyen (1916-22), seguido de Máximo de Alvear (1922-28) y del mismo Yrigoyen de nuevo.⁷⁵ Tal como hace notar Luis Alberto Romero, durante ese

⁷¹ Tal como sugiere M. Carmagnani, *El otro Occidente...*, pp. 261-268.

⁷² J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, p. 171.

⁷³ M. Carmagnani, *El otro Occidente...*, p. 266: «En 1902 la Unión Cívica Radical argentina levanta una estructura federal similar a la de los partidos estadounidenses, organizada a nivel general en una convención nacional y un comité nacional, organismos que se reproducen a nivel regional».

⁷⁴ Bien hace notar F. Luna (*Breve historia de los argentinos*, p. 144), con respecto a las oligarquías del resto de continente: «En la Argentina, en cambio, había una población formada sobre todo con inmigración blanca, cuyos hijos recibían los beneficios de una educación obligatoria, que se estructuró casi paralelamente a la política de inmigración y a la de pacificación».

⁷⁵ T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 288-326; F. Luna, *Breve historia de los argentinos*, pp. 149-150.

temprano ciclo democrático se enraizó el así llamado «asociacionismo» en Argentina, marcado por procesos influyentes y característicos hasta mediados del siglo XX: «... una fuerte movilidad social ascendente, una gran capacidad de integración de nuevos contingentes urbanos, y una amplia diferenciación social, cuyo producto fueron los así llamados ‘sectores medios’». ⁷⁶

Esa primera etapa protagónica de la UCR fue liderada por Yrigoyen, cuya política de la denominada «reparación» —o desagravio y corrección de los errores cometidos por el liberalismo conservador de la primera era aluvial— logró captarle, como señala José Luis Romero, «el sentimiento político predominante en las masas que constituían el radicalismo y se consideraban mayoritarias». ⁷⁷ A esa simpatía popular contribuyó el apoyo dado por el gobierno al movimiento estudiantil que, bajo los efectos de la Revolución bolchevique de 1917, fue iniciado en la Universidad de Córdoba un año después, el cual terminaría con la reforma universitaria nacional, de impacto en toda Latinoamérica. También como superación del *laissez-faire* decimonónico, asomaba al mismo tiempo en Yrigoyen la visión del Estado corporativo y de bienestar mediante una mayor participación pública en empresas productivas y prestación de servicios, de manera casi precursora en el continente; así lo manifestó el presidente en un mensaje enviado al Congreso en 1920, en el cual afirmaba:

El Estado debe adquirir una posición cada día más preponderante en las actividades industriales que respondan principalmente a la realización de los servicios públicos, y si en alguna parte esas actividades deben sustituirse en lo posible a las aplicaciones del capital privado, es en los países de desarrollo constante y progresivo, como el nuestro, donde el servicio público ha de considerarse principalmente como instrumento de gobierno. ⁷⁸

16. Tras rebeliones lideradas por el caudillo del Partido Nacional o «blanco», Aparicio Saravia (1856-1904), en 1897 y 1904, Uruguay también logró entrar en una era de relativa estabilidad democrática, cuyo mayor progreso fue alcanzado en las presidencias de José Batlle

⁷⁶ Luis Alberto Romero, «Sectores populares, asociacionismo y política. Buenos Aires, 1912-1976», en Jaime Valenzuela Márquez (ed.), *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*. Santiago de Chile: Instituto de Historia, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007, pp. 291-311, 293.

⁷⁷ J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, p. 225.

⁷⁸ H. Yrigoyen citado en J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, p. 227.

y Ordóñez (1903-07, 1911-15). Como líder del partido «colorado» —tradicionalmente asociado a los emergentes sectores urbanos, por contraposición a los «blancos», de cuño rural—, Batlle logró la legislación social más avanzada de Latinoamérica, con jornadas de trabajo de ocho horas, educación pública gratuita y ley de divorcio; también se avanzó en lo concerniente a constitución de sindicatos y el sufragio universal en la población masculina, alcanzado en 1919.⁷⁹

Tal como ya fue señalado, la así llamada «guerra civil» que puso fin a la presidencia de José Manuel Balmaceda (1886-91) en Chile fue debida en gran medida a un reajuste entre los poderes Ejecutivo y Legislativo, en medio de una creciente bonanza fiscal por la exportación del cobre y el salitre. No obstante, los reveses políticos y las presiones inflacionarias agitaron el clima social durante la primera década del siglo XX, con más de doscientas huelgas que incluyeron la Semana Roja o huelga de la carne en 1905, agudizada por el terremoto de Valparaíso al año siguiente; todo ello en el marco de una «cuestión social» proletaria tensionada por intereses clasistas resultantes del notorio engrosamiento de sectores medios.⁸⁰ Mientras crecían los sindicatos y se asociaban en mancomunales obreras, a la heterogénea composición social del Partido Radical se sumaron el Demócrata desde 1897, y el Obrero Socialista desde 1912, posteriormente transformado en Comunista desde el 22. Si bien estas agrupaciones no alcanzarían el poder en esta etapa, sus novedosas reivindicaciones sociales, aunadas a la eliminación del voto censitario en 1914, ampliaron la agenda electoral que llevó a la presidencia a Arturo Alessandri (1920-24, 1925), alcanzada con el apoyo de radicales y demócratas cada vez más numerosos.⁸¹ Faltaba empero mucho, al menos según Eyzaguirre, para que esa masa iletrada alojada en las ciudades dejara de ser «mercadería negociable para los partidos»

⁷⁹ J. del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe...*, p. 94.

⁸⁰ A. de Ramón, *Historia de Chile...*, pp. 112-114; S. Villalobos R., *Breve historia de Chile*, pp. 160-170, 175-179.

⁸¹ J. del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe...*, p. 94. Respecto de la composición y orientación del Partido Radical chileno, señala J. Eyzaguirre, *Fisonomía histórica de Chile*, pp. 165-166: «El radicalismo, por su parte, aglutinaba elementos librepensadores de dispar extracción social, tales como mineros de Copiapó, latifundistas de Concepción, profesores universitarios de Santiago y maestros de escuela de toda la República. Sostenedor de los principios del jacobinismo revolucionario francés, quería para el Estado el monopolio de la enseñanza y se esforzaba por imprimir a la misma, desde su órgano supremo, el Consejo de Instrucción Pública, un carácter eminentemente laico».

y ejerciera sin cohecho ese voto universal que era conquista inapreciable y remota todavía en otras latitudes.⁸²

Mientras superaban la antinomia decimonónica entre conservadores y liberales, los países del Cono Sur lideraron un enriquecimiento de la vida política, con nuevos partidos que, aunque no alcanzaran el poder en el crepúsculo de la Bella Época, ayudaron a diversificar la agenda de reivindicaciones políticas y sociales en Latinoamérica. Estas fueron alcanzadas sin atravesar los traumas de revoluciones como la mexicana, ni tampoco hubieron de esperar por la conclusión de cruentas dictaduras, como la de Gómez en Venezuela. Por lo demás, esas reivindicaciones eran en mucho debidas a las demandas sociales de ingentes poblaciones foráneas incorporadas a las economías en expansión, en medio de nuevos escenarios de crecimiento urbano, como veremos a continuación.

⁸² J. Eyzaguirre, *Fisonomía histórica de Chile*, p. 167, suena algo pesimista y elitesco con respecto a la conquista del voto universal: «En cuanto al panorama de las ciudades, no era mejor, pues la ampliación del sufragio universal colocó el voto en manos de una gran masa carente de educación cívica y de miras definidas, que acabó por transformarse en mercadería negociable para los partidos. El cohecho, ejercido sin escrúpulo, vino a entregar a los sectores plutocráticos el control de la vida política, a costa de un rebajamiento progresivo de la moral popular, de suyo poco asentada».

EMBELLECIMIENTO DEL CENTENARIO⁸³

... acostumbrado a enderezar las calles tortuosas de París y a trazar avenidas en línea recta, para hacer contraste con las curvas que allí existen en exceso.

VÍCTOR JAESCHKÉ, «Las avenidas diagonales de Mr. Bouvard»,
El Tiempo (Buenos Aires, julio 2, 1907)

17. Respuestas oficiales y privadas a esas demandas sociales configuraron parte de la agenda urbana de las tres primeras décadas del siglo XX, especialmente en términos de reformas higiénicas y habitacionales en los centros históricos poblados de inmigrantes, completadas por la transformación de las agotadas tramas coloniales y la expansión de suburbios donde moraba una burguesía cada vez más cosmopolita.⁸⁴ Coqueteando, por un lado, con adelantos del reluciente funcionalismo del Estilo Internacional y el Art Déco, importados para sus lujosas quintas en los barrios chic de Buenos Aires o São Paulo, esta clientela esnobista de recién urbanizados estancieros y barones del café gustaba todavía, por otro lado, del repertorio más academicista característico de la Bella Época, incluyendo los refinados pero exhaustos motivos del *Beaux-Arts* y *Art Nouveau*. Eran ambages estilísticas mostrados también por el sector oficial en sus programas de edificios cívicos o administrativos, como fuera manifiesto en las celebraciones que, desde antes de 1910, conmemoraran el primer centenario de independencia republicana.

⁸³ Primeras versiones de esta sección y la siguiente fueron recogidas en las ponencias «A propósito de Sitte: arte urbano, manual de urbanismo e historiografía urbana en América Latina», I Congresso Internacional de História Urbana: Camillo Sitte e a Circulação das Idéias em Estética Urbana. Europa e América Latina: 1880-1930, Agudos, Brasil: Universidade Nacional Estadual Paulista Júlio de Mesquita Filho (Unesp), Bauru, 7-9 octubre 2004; «Fecundación y colonialismo tardíos. Luminarias europeas y propuestas urbanas en América Latina, 1900-1960», XIV Congreso Internacional Ahila. Europa-América: Paralelismos en la Distancia, Castellón, España: Universidad Jaime I, 20-24, 2005. <http://www.ahila.nl/publicaciones/boletin30.doc>. Una versión ampliada de la ponencia fue publicada como Arturo Almandoz, «Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960», *Iberoamericana*, 27, Berlín: Instituto Ibero-Americano de Berlín (<http://www.iai.spk-berlin.de>), Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo, Editorial Iberoamericana/Vervuert, septiembre 2007, pp. 59-80.

⁸⁴ Me apoyo en pasajes de A. Almandoz, «Urbanization and Urbanism in Latin America: from Haussmann to CIAM», pp. 28-31.

No solo en estilos arquitectónicos, puede decirse que la mayoría de los proyectos urbanos del centenario eran más cercanos al linaje del «urbanismo académico» representado por la École des Beaux-Arts y, más tarde, por el Instituto de Urbanismo de la Universidad de París, cuya revista, *La vie urbaine*, publicada desde 1919, alcanzaría gran impacto entre las nuevas generaciones de profesionales latinoamericanos.⁸⁵ Si bien todas esas manifestaciones y cuestiones están entrelazadas, tratemos de catalogar esa agenda, combinando diferentes casos de ciudades para ilustrar el embellecimiento urbano en esta primera sección, seguido de las reformas higiénicas y habitacionales, la transformación de la trama urbana y, finalmente, la expansión residencial burguesa.

18. A pesar de su agotado eclecticismo, la Exposición de París de 1900 fue profusamente publicitada en capitales latinoamericanas como Caracas. Los francófilos de la *Belle Époque* tuvieron que sentirse, empero, algo decepcionados con las críticas de *El Cojo Ilustrado* sobre tan magno evento: «No se encuentra en ella nada que supere, como en la anterior, a las grandes construcciones de cerámica y de hierro, que señalaban una nueva orientación de la arquitectura moderna, a la maravillosa sala de máquinas y a la soberbia y sorprendente torre de Eifel [*sic*]»; decepcionados además porque, devotos del nuevo emblema de la Ciudad Luz, los caraqueños de la Bella Époque eran todavía fanáticos del Crystal Palace, también reproducido y comentado en el magacín.⁸⁶ De todas maneras, Caracas seguiría fascinada con el ecléctico Beaux-Arts de la exhibición de 1900, a juzgar por posteriores trabajos de arquitectos castristas como Alejandro Chataing (1873-1928) y Antonio Malaussena (1853-1919) —educado en París y favorito de la administración de Raimundo Andueza Palacio (1890-92)—, quienes continuaron el eclecticismo guzmancista de Hurtado Manrique en la arquitectura pública capitalina de entre siglos.⁸⁷ Todavía en la víspera del primer centenario de la Independencia venezolana, el proyecto de Rafael Seijas Cook (1867-1969) para el palacio de la venidera Exposición (figura III.1) —merecedor del premio de la Academia de Bellas Artes en 1909— era encomiado por haberse inspirado en el estilo del

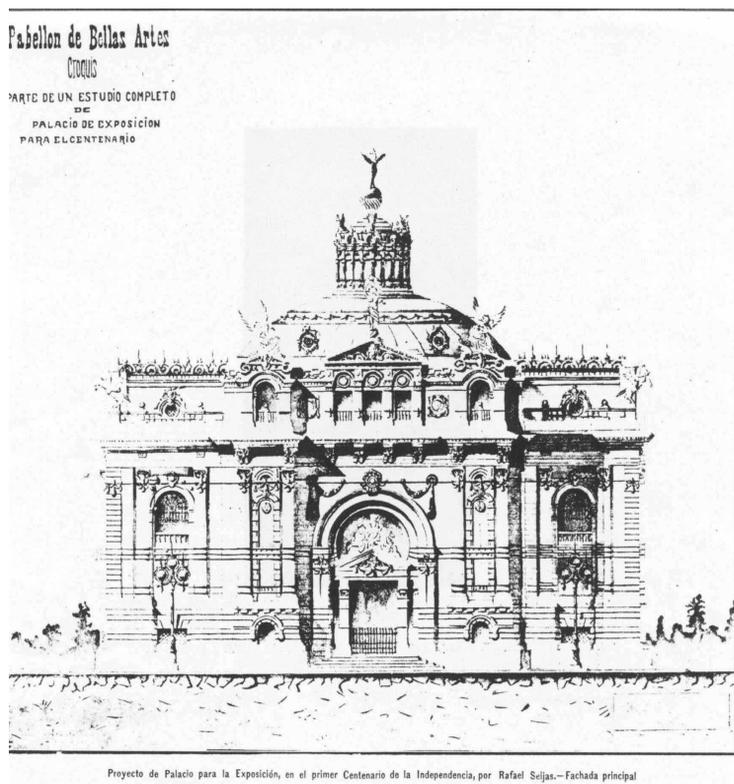
⁸⁵ Ramón Gutiérrez, «Modelos e imaginarios europeos en urbanismo americano, 1900-1950», *Revista de Arquitectura*, n.º 8, Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1996, pp. 2-3.

⁸⁶ *El Cojo Ilustrado*, IX, 209, Caracas: noviembre 1, 1900, p. 558; XIV, 328, Caracas: agosto 15, 1905, pp. 505-507.

⁸⁷ A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 179-180.

Renacimiento francés, y porque las entradas del edificio imitaban las de la Ópera de Charles Garnier (1825-98) en París.⁸⁸

FIGURA III.1



Proyecto no construido de pabellón de Bellas Artes, Caracas, 1909, de Rafael Seijas Cook. *El Cojo Ilustrado*, XVIII, 426, Caracas: septiembre 15, 1909.

Más allá del modesto caso caraqueño, la modernización centenaria fue en gran parte reducida al embellecimiento de áreas centrales con magníficos edificios y parques, bulevares y alamedas al gusto de las élites burguesas y gubernamentales del novecientos. En el apogeo de su *Belle Époque* mestiza, fueron comisionados, en el México del porfiriato, el palacio Legislativo (1897) a Émile Bernard (1844-1929),

⁸⁸ *El Cojo Ilustrado*, XVIII, 426, Caracas: septiembre 15, 1909, pp. 511-512; XIX, 448, Caracas: agosto 15, 1910, pp. 473-474; Rafael Seijas Cook, «Arquitectura y arquitectos venezolanos», *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas*, n° 69, Caracas: MOP, octubre 1936, pp. 322-327, 325.

asistente de Garnier, así como los de Correos y de Bellas Artes (1904) a Adamo Boari (1863-1928); este último edificio concluido después de la Revolución, mientras que la cúpula del primero terminara como monumento epónimo de esta. Y en el crepúsculo del eclecticismo porfiriano, la renovación del paseo de la Reforma reconstruyó monumental y eclécticamente la historia mexicana, con el Ángel de la Independencia (1910), de Antonio Rivas Mercado (1853-1927), en tanto «símbolo universal de la modernidad y de la soberanía» nacionales.⁸⁹

A profesionales extranjeros y criollos les fueron también encargados edificios en ocasión del centenario en Santiago de Chile. Después del arribo, a finales del siglo XIX, de Ignazio Cremonesi (1866-1949), quien propuso una remodelación de la Catedral, Emilio Doyère fue responsable del palacio de los Tribunales, diseñado en asociación con el franco-chileno Émile Jecquier (1866-1949), autor de las estaciones ferroviarias de Mapocho y Pirque, así como de la Escuela de Bellas Artes, actual Museo; con sus referencias al Grand Palais de la Exposición parisina del novecientos, acaso sea la Escuela el monumento que emblemiza el eclecticismo del centenario chileno.⁹⁰

Aunque no se celebrara centuria republicana pero sí se estuviera próximo a conmemorar la independencia de Portugal, durante la primera presidencia de Francisco Rodrigues Alves (1902-06) se emprendieron en Río ingentes obras de modernización para la expansión de la *cidade nova*. Con varios *percées* al estilo del París de Haussmann, coordinados por el ingeniero André Paulo de Frontin (1860-1933), la avenida Central (figura II.6), resalta como corredor emblemático de la *Bela Época* brasileña y de la *cidade maravilhosa* construida por Francisco Pereira Passos como prefecto carioca (1902-06).⁹¹ Ya para entonces Río de Janeiro superaba los 800.000 habitantes, convirtiéndose en la segunda capital más populosa de Latinoamérica, después de la millonaria Buenos Aires, donde estaban ocurriendo quizá las renovaciones de mayor alcance.

⁸⁹ M. Tenorio, «L'idéal de la modernité: Mexico 1910: le rêve du dictateur», pp. 71-75, 82; C. McMichael Reese, «Urban Development of Mexico City, 1850-1930», pp. 144-146.

⁹⁰ Fernando Pérez Oyarzún y José Rosas Vera, «Cities within the City: Urban and Architectural Transfers in Santiago de Chile, 1840-1940», en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities...*, pp. 109-138, 124-125.

⁹¹ M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», pp. 90-91.

19. Preparándose para celebrar el centenario de la Independencia argentina, la intendencia de Buenos Aires invitó en 1907 a Joseph Antoine Bouvard (1840-1920), sucesor de Alphand y arquitecto de la ciudad de París. Además de parques para algunos barrios, el organizador de la ecléctica exposición del novecientos diseñó un conjunto de avenidas diagonales para el centro capitalino, incluyendo un proyecto para la plaza de Mayo.⁹² En una metrópoli de 600.000 habitantes desde comienzos de siglo, y más de un millón para finales de la primera década, junto a la avenida homónima rematada por el Congreso Nacional, la plaza de Mayo seguía siendo núcleo y conjunto emblemático de la modernidad porteña, muy marcada por el eclecticismo de Beaux-Arts y la cirugía al estilo de Haussmann.

Si bien buena parte de los proyectos de Bouvard quedaron sin ser llevados a término, conviene considerarlos no solo por representar la primera propuesta resultante de la visita de un urbanista extranjero, sino también por trasuntar el clima profesional y las referencias internacionales entreverados en la capital más avanzada y populosa de la Bella Época latinoamericana. Resultante de sus dos visitas de 1907 y 1909, el Nuevo Plano de la Ciudad de Buenos Aires (1909), presentado por el urbanista francés a nombre de la Comisión Honoraria de la que fuera encargado por el intendente Carlos de Alvear, incluía reformas «en vista de una circulación más fácil y de un mejoramiento de las perspectivas», como señalaba el mismo autor en el informe;⁹³ se apoyaba en referencias a urbanistas de orientaciones entre pintoresquistas, modernistas y académicas, como Charles Buls (1837-1914), Eugène Hénard (1849-1923) y Jean-Claude N. Forestier (1861-1930), pero confundiendo sus lecciones, como lo ha hecho notar Sonia Berjman, para el caso de una urbe porteña crecida sobre la expansión del damero (figura III.2). A diferencia de las grandes ciudades europeas donde se podía distinguir entre un enrevesado núcleo histórico y un sector moderno trazado geométricamente, «Buenos Aires no tenía una parte antigua llena de sinuosidades y curvas. Si se deseaba modificar el

⁹² Sonia Berjman, «Proyectos de Bouvard para la Buenos Aires del Centenario: Barrio, plazas, hospital y exposición», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, 37/38, Buenos Aires: Centro de Documentación de Arte y Arquitectura Latinoamericana (Cedodal), 1995, pp. 41-53.

⁹³ Joseph Bouvard citado en Sonia Berjman, *Plazas y parques de Buenos Aires: la obra de los paisajistas franceses. André, Courtois, Thays, Bouvard, Forestier, 1860-1930*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 178.

paisaje urbano se hubieran propuesto arterias opuestas a las rectas calles hispanas», apunta Berjman.⁹⁴ Pero, en cambio, Bouvard optó por 32 avenidas diagonales y ensanches, incluyendo los haces salientes de las plazas de Mayo y del Congreso; a pesar de las objeciones, vistos en el conjunto de la estructura metropolitana, tales corredores transversales buscaban contrarrestar la tendencia expansiva y radial desde el centro hacia la periferia.

FIGURA III.2



Nuevo Plano de la Ciudad de Buenos Aires, 1909, de Joseph Bouvard. Tomado de Sonia Berjman, *Plazas y parques de Buenos Aires: la obra de los paisajistas franceses. André, Courtois, Thays, Bouvard, Forestier, 1860-1930*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.

También las críticas a Bouvard dejan ver algo del medio urbanístico porteño como uno de los más maduros en la Latinoamérica de entonces. En efecto, dentro de la controvertida contratación del arquitecto municipal parisino en Buenos Aires, sus propuestas versallescas fueron criticadas desde muy temprano por Benito Carrasco (1877-1958) y

⁹⁴ S. Berjman, *Plazas y parques de Buenos Aires...*, p. 180.

Víctor Jaeschké. No se trataba de un prejuicio contra sus diagonales —de hecho, el segundo formaba parte de una Comisión Pro-Avenidas Diagonales desde 1898—, sino de sus elevados costos y falta de adecuación al creciente tráfico vehicular; pero, por sobre todo, estaba la reacción ante el mecanicismo de la eminencia francesa acostumbrada —como lo puso Jaeschké en artículos del diario *El Tiempo* y el suplemento *Arquitectura*— «a enderezar las calles tortuosas de París y a trazar avenidas en línea recta, para hacer contraste con las curvas que allí existen en exceso».⁹⁵

20. Si muchas mansiones de Higienópolis y Campos Elíseos, entre otros suburbios del *fin de siècle*, dejaban ver el ecléctico gusto de la pujante burguesía cafetalera, representado en el centro por proyectos del arquitecto brasileño Francisco Ramos de Azevedo (1851-1928) y del paisajista belga Arsênio Puttemans, la administración paulistana mostraba a comienzos del siglo XX un deseo por desmarcarse del academicismo proveniente de la urbe carioca. Inserta en la rivalidad secular entre Río y São Paulo como metrópolis pugnando por las capitalidades económica, política y cultural del Brasil, la reticencia ante el fachadismo de las calles-vitrina al estilo de la Avenida Central se evidenció durante la gestión de Vítor da Silva Freire (1869-1951) como director de Obras de la prefectura paulistana; tal como lo ha documentado profusamente Campos,⁹⁶ el ingeniero portugués reconocía que las arterias cariocas eran ciertamente una mejora higiénica, pero resultaban rígidas y obsoletas frente a un nuevo urbanismo que debía adaptarse mejor al paisaje y la arquitectura locales; el gesto autonomista de Freire conjuraba, por lo demás, una «herejía» ante el dogma parisino dominante en la Bella Época brasileña y latinoamericana. Como parte de esa abjuración, el

⁹⁵ Según las citas que incluye S. Berjman, *ibid.*, p. 191, quien continúa, a propósito de Jaeschké, señalando que en la sorpresa del egresado de la Technische Hochschule de Múnich ante la indiscriminada y descontextualizada combinación de calles rectas y diagonales, así como ante la ausencia de «alguna avenida en curva graciosa y suave o sinuosa que esperábamos», está como tácita una exigencia derivada de lecciones del maestro vienés. En este sentido, Jaeschké seguiría siendo el principal introductor del pintoresquismo sitteano en Buenos Aires, llegando a publicar en 1926 un artículo sobre aquel en la *Revista de Arquitectura*. Véase en este sentido A. Gorelik, *La grilla y el parque...*, pp. 221-222. En ese mismo año Léon Jaussely citaba con respeto a Sitte en sus conferencias durante su visita a la capital argentina, así como lo hiciera con otros urbanistas, como Ebenezer Howard.

⁹⁶ Candido Malta Campos, *Os rumos da cidade. Urbanismo e modernização em São Paulo*. São Paulo: Senac, 2002, pp. 136-139.

naturalismo histórico de John Ruskin (1819-1900) o el pintoresquismo de Buls y Camillo Sitte (1843-1903) eran, como lo ha hecho notar Retto,⁹⁷ formas de desmarcar la modernidad paulistana de las «capitales del siglo XIX», a la manera como se plasmaba todavía en las propuestas de Ramos de Azevedo y Alexandre de Albuquerque (1880-1940). Porque la metrópoli que se preciaba ya de ser la locomotora del Brasil buscaba otros símbolos para sus propias expresiones de bonanza y progreso, desde las imponentes ferrovías y estaciones de la compañía Light, hasta las mansiones neogóticas de los barones del café.

Un viajero tan polivalente como Bouvard podía tener muchas caras en los diferentes medios donde era contratado. Por ello, a diferencia de sus diagonales para Buenos Aires, supo insertarse en la alternativa a la haussmannización buscada en el São Paulo que saltara de un cuarto de millón de habitantes en 1900 a 350.000 en 1910; aquí la invocación de Sitte era parte de una reacción ante la importación indiscriminada del urbanismo de regularización del prefecto del Sena, durante la gestión de Pereira Passos como prefecto carioca.⁹⁸ Tratando entonces de trasponer el eje de transferencia París-Río, a la vez que la renovación de los códigos haussmannianos, la contratación de Bouvard en 1911, durante la prefectura de Raimundo Duprat (1911-14), puede ser vista como un avance menos herético y más inteligente de la alternativa sitteana en el caso de São Paulo, a diferencia de Buenos Aires.

Haciendo uso de cierta concepción barroca del espacio monumental que evidenciaba su pertenencia a otra tradición más academicista del diseño urbano, los proyectos para São Paulo del arquitecto municipal de París —desde las intervenciones del centro a los parques de Anhangabau y Várzea do Carmo (figura III.2)— revelaban su admiración por los principios artísticos de Sitte, que algunos encuentran incorporados ya dentro del movimiento de la *City Beautiful*, tan presente en la exposición de 1900 organizada por aquel.⁹⁹ Por lo demás, Bouvard se alineó con las posiciones de Freire —abandono del predominante

⁹⁷ Adalberto da Silva Retto, «Scales of modernity in an urban structure study: Vale do Anhangabau», 11th International Planning History Conference. Planning Models and the Culture of Cities. Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya, 2004, <http://www.iphs2004.com>.

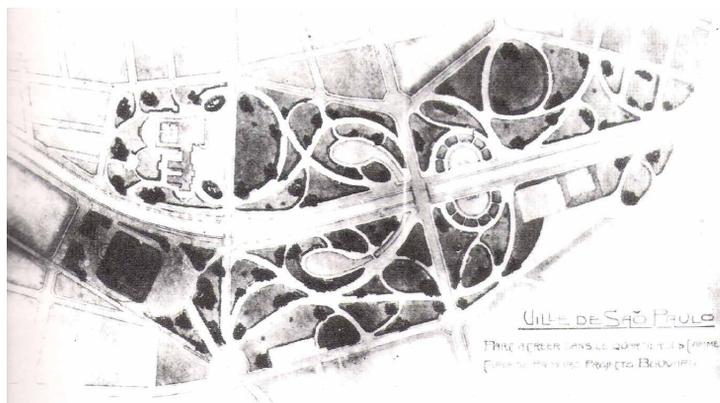
⁹⁸ M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», p. 92.

⁹⁹ Véase en este sentido Hugo Segawa, «911: Bouvard em São Paulo», *DANA. Documentos de Arquitetura Nacional y Americana*, 37/38, Buenos Aires: Cedodal, 1995, pp. 31-35, 34; M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», p. 93.

trazado reticular y rescate del pintoresquismo—, todo ello sin dejar de encarnar, por supuesto, el prestigio civilizador francés, credencial a la sazón para actuar en casi cualquier medio latinoamericano.¹⁰⁰

Conviene recordar brevemente, en tal sentido, el significado del *Städtebau* sitteano dentro del contexto europeo. A diferencia de la connotación historicista que, como se sabe, le fue atribuida por Françoise Choay en tanto exponente del así llamado «pre-urbanismo culturalista», Sitte y su aproximación artística habían significado, ciertamente, una renovadora alternativa frente a la concepción ingenieril del ensanche predominante a finales del XIX en el mundo germano, la cual fuera liderada por Reinhard Baumeister (1833-1917).¹⁰¹ Sin embargo, ya para el momento de su invocación en las propuestas de Bouvard para Buenos Aires y São Paulo, tampoco representaba el organicismo sitteano una opción factible para las urbes latinoamericanas que trataban de embellecerse en los centros, escamoteando los problemas sanitarios y habitacionales rampantes.

FIGURA III.3



Propuesta de parque en la Várzea do Carmo, 1911, de Joseph Bouvard. Tomado de Hugo Segawa, «1911: Bouvard em São Paulo», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, 37/38, Buenos Aires: Cedodal, 1995, pp. 31-35.

¹⁰⁰ C. M. Campos, *Os rumos da cidade...*, pp. 143-146.

¹⁰¹ Respecto del «pre-urbanismo culturalista», véase Françoise Choay, *L'urbanisme, utopies et réalités. Une anthologie* (1965). París: Éditions du Seuil, 1979, pp. 41-46; otros significados renovadores de Sitte en el marco del emergente urbanismo germano han sido puestos en relieve por George R. Collins y Christiane Crasemann Collins, *Camillo Sitte: The Birth of Modern City Planning*. Nueva York: Rizzoli, 1986; Guido Zucconi (ed.), *Camillo Sitte e i suoi Interpreti*. Milán: FrancoAngeli, 1992.

REFORMA HIGIÉNICA Y HABITACIONAL

... las casas habitadas por los individuos menos favorecidos de la fortuna se hallan de ordinario en calles estrechas, desprovistas de un pavimento artificial, lo que es causa de humedad en invierno, de polvo en el verano; las construcciones son poco elevadas sobre el suelo y su piso a veces de nivel inferior al de la calle; son por consiguiente estrechas, oscuras, húmedas y frías...

FEDERICO PUGA BORNE, *Elementos de Higiene* (1891), t. I

Caracas está profundamente infectada; sus habitantes nos envenenamos lentamente con el aire que respiramos, con el agua que bebemos y con los alimentos que ingerimos; las enfermedades infecciosas, como la tuberculosis, se propagan libremente; el matadero, el mercado y los establecimientos de viveres no están reglamentados higiénicamente; no tenemos ni agua potable, ni cloacas, ni pavimento...

LUIS RAZETTI, *Obras completas*, t. II

21. Desde mediados del siglo XIX en Europa y Norteamérica, la salud pública y la vivienda obrera estuvieron entre las principales cuestiones asumidas por la sociedad civil y el Estado en el camino conducente a la emergencia del urbanismo en la primera década del XX.¹⁰² En Latinoamérica, sin embargo, debe ser advertido inicialmente que, no habiendo sido la industrialización tan traumática como en los países que habían experimentado una verdadera revolución, las preocupaciones sanitarias estuvieron menos estrechamente ligadas a carencias de vivienda para el proletariado industrial. Con todo y ello, la proliferación de conventillos, «casas chorizo» y corralones en Buenos Aires y Ciudad de México desde finales del siglo XIX (figura III.4), así como de *cortiços* y *estalagens* en Río de Janeiro y São Paulo, dio pábulo a innúmeras protestas, huelgas

¹⁰² No siempre captada en las historias generales del urbanismo, la importancia de estas dos cuestiones como basamentos puede verse en historias nacionales y comparativas tales como, por ejemplo, Gordon Cherry, *Cities and Plans: the Shaping of Urban Britain in the Nineteenth and Twentieth Centuries* (1988). Londres: Edward Arnold, 1992, pp. 22-44; N. Bullock y J. Read, *The Movement for Housing Reform in Germany and France, 1840-1914*; Brian Ladd, *Urban Planning and Civic Order in Germany, 1860-1914*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1990.

por alquileres e incluso la constitución de sindicatos de inquilinos hacia la primera década del siglo XX.¹⁰³

Las actas sanitarias inglesas de 1848 y 1875 fueron estudiadas en varios países, especialmente en Argentina, donde apoyaron las obras y reformas de Guillermo Rawson (1821-90), así como los reportes de Emilio Coni (1855-1928), *Progrès de l'hygiène dans la République Argentine* (1887), y de Samuel Gache (1859-1907), *Les logements ouvriers de Buenos Aires* (1900), ambos publicados en París.¹⁰⁴ Ya para la década de 1880, Buenos Aires lideró con Montevideo la creación de instituciones especializadas en investigación higiénica, con énfasis en la tuberculosis, las cuales fueron seguidas por similares en Ciudad de México, Santiago y Lima.¹⁰⁵ Pero ni las tradicionales ordenanzas ni los centros médicos parecieron ofrecer una respuesta comprensiva y permanente a una volátil problemática sanitaria y habitacional que se cernía sobre gobiernos locales y nacionales. Poniendo en perspectiva el caso chileno con la «administración sanitaria» de países como Francia, Inglaterra y Bélgica, entre otros, en su tratado *Elementos de Higiene* (1891), el médico Federico Puga Borne (1856-1935) captó el sombrío cuadro de los conventillos santiaguinos, derivando cuestionamientos aplicables a otras ciudades latinoamericanas del período:

... las casas habitadas por los individuos menos favorecidos de la fortuna se hallan de ordinario en calles estrechas, desprovistas de un pavimento artificial, lo que es causa de humedad en invierno, de polvo

¹⁰³ Ron Pineo y James A. Baer, «Urbanization, the Working Class and Reform», en Ron Pineo y James A. Baer (eds.), *Cities of Hope. People, Protests and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*. Boulder, Col.: Westview Press, 1998, pp. 258-274, 259.

¹⁰⁴ J. E. Hardoy, «Teorías y prácticas urbanísticas en Europa...», pp. 97-126; Ramón Gutiérrez, «Buenos Aires, a Great European City», en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities...*, pp. 45-74, 52. Sobre la legislación sobre higiene pública y vivienda, véase por ejemplo G. Cherry, *Cities and Plans...*, pp. 22-44.

¹⁰⁵ Charles Morrow Wilson, *Ambassadors in White. The Story of American Tropical Medicine* (1942). Nueva York: Kennikat Press, 1972, pp. 33-35. Respecto de las reformas sanitarias en estas capitales, véase James A. Baer, «Buenos Aires: Housing Reform and the Decline of the Liberal State in Argentina», en R. Pineo y J. A. Baer (eds.), *Cities of Hope...*, pp. 129-152; David S. Parker, «Civilizing the City of Kings: Hygiene and Housing in Lima, Peru», en R. Pineo y J. A. Baer (eds.), *Cities of Hope...*, pp. 153-178; Gabriel Ramón, «The Script of Urban Surgery: Lima, 1850-1914», en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities...*, pp. 170-192, 178-180; Gabriel Ramón, *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima: Sidea, PromPerú, 1999, pp. 109-144.

en el verano; las construcciones son poco elevadas sobre el suelo i su piso a veces de nivel inferior al de la calle; son por consiguiente estrechas, oscuras, húmedas i frías (...). Cómo es posible admirarse entonces de que las enfermedades que se declaran en los habitantes de estas moradas tomen un carácter de gravedad excepcional ni de que las epidemias encuentren en ellos el terreno más apropiado a su extensión.¹⁰⁶

Alarmado quizá por la epidemia de cólera sufrida por varias ciudades chilenas en 1886, así como por la alta incidencia de tuberculosis y tifus que inflamaban una mortalidad rayana con los 50 por mil a comienzos de los años noventa, el presidente Balmaceda parecía tener plena conciencia de la dramática situación, junto con las impostergables estrategias para confrontarla:

Viene imponiéndose a la consideración del Gobierno la solución de una cuestión de la más grave trascendencia y que afecta la vida misma de nuestros conciudadanos y ésta es la higiene pública. No sería posible aplazarla sin que nos hiciéramos responsables de imprevisión e incuria.

Hay tres medios que influirán directamente en el saneamiento de nuestras poblaciones urbanas. El primero consiste en la dotación de agua potable de las ciudades que no la tienen; el segundo sería la construcción de desagües, que sirvan convenientemente a las necesidades de las poblaciones; tercero, la reglamentación de las condiciones higiénicas, y que deben cumplirse en las construcciones urbanas y muy principalmente en las destinadas a habitaciones de obreros y la prohibición de la venta de alcoholes no rectificadas y la imposición de penas a la embriaguez.¹⁰⁷

¹⁰⁶ Federico Puga Borne, *Elementos de Higiene*. 2 ts. Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg, 1891, t. I, p. 265; la profusa comparación de administraciones sanitarias es recogida al final de la obra (*Ibid.*, t. II, pp. 405-470).

¹⁰⁷ José Manuel Balmaceda, «Mensaje presidencial de 1888», citado en tesis doctoral de Simón Castillo, «El río Mapocho y sus riberas: espacio público e intervención urbana en Santiago de Chile (1885-1916)». Santiago de Chile: Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos (Fadeu), Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC), 2011, p. 73.

FIGURA III.4



Conventillo en el sur de Buenos Aires, circa 1890. Cortesía Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana (Cedodal), Buenos Aires.

22. Habiéndose creado el Ministerio de Industrias y Obras Públicas durante su administración, así como promulgado la Ley de Policía Sanitaria en 1886, uno de los principales avances de esa reforma higiénica concebida por Balmaceda se materializó en las redes de alcantarillado y desagües; fueron propulsadas mediante la aprobación, en 1896, de otra ley que estableció la obligatoriedad de tales servicios para poblaciones mayores de 5.000 habitantes.¹⁰⁸ En el caso de Santiago, destacó en este sentido la labor del ingeniero Valentín Martínez (1843-s/f), quien además de promover una ingente obra de infraestructura para la capital y el río Mapocho, fue autor de trabajos como *El agua en sus relaciones con el mejoramiento del estado sanitario de las poblaciones con aplicación a las principales ciudades de Chile* (1891) y *Proyecto de desagües para la zona central de la ciudad de Santiago* (1892).¹⁰⁹

Esa agenda sanitaria, con énfasis en los sistemas hidráulicos por mejorar para controlar enfermedades gastrointestinales y pestes, estaba siendo abordada de manera análoga en diferentes contextos. Los proyectos modernizadores de redes contribuyeron a aliviar la problemática de insalubridad en Brasil, con el médico Oswaldo Cruz (1872-1917)

¹⁰⁸ F. Puga Borne, *Elementos de Higiene*, t. II, pp. 446-451.

¹⁰⁹ S. Castillo, «El río Mapocho y sus riberas...», pp. 75-76.

y los ingenieros cariocas Saturnino de Brito (1864-1929) y Theodoro Sampaio (1855-1937). Fundador del Instituto Sueroterapéutico Nacional (1900), el primero fue responsable por la exitosa campaña de erradicación de la fiebre amarilla, endémica desde el siglo XIX, mediante la vacunación gratuita y obligatoria, aunque esta produjera la así llamada «Revolta da Vacina», que por cuatro días enfrentó a ciudadanos con la policía.¹¹⁰ Desde mediados de la década de 1890, Brito lideró proyectos de saneamiento en una veintena de ciudades, incluyendo Minas Gerais, São Paulo y Recife, mientras que la obra de Sampaio quedó principalmente asociada a las nuevas redes sanitarias de Salvador de Bahía.¹¹¹ Además de la modernización infraestructural, ambos pioneros preconizaron la mejora en los estándares sanitarios de los proyectos de renovación urbana, combinados con elementos contextuales y locales en los trazados de redes. Así por ejemplo, en el caso de Brito, no solo en su participación en proyectos paulistas en Santos (1905-09) y São Paulo (1913, 1924-05), el ingeniero carioca apeló de nuevo a Sitte como representante de un urbanismo más novedoso y versátil, de cara a superar el abandono de trazados geométricos que desconocían los relieves y valores locales.¹¹² Fue el comienzo de una cirugía menos invasiva del tejido urbano, presente en sus proyectos de saneamiento y renovación en Belo Horizonte (1894-95), Vitória (1896), Campos (1902-03, 1924-09), Recife (1909-15), Curitiba (1921), Río de Janeiro (1921) y Salvador de Bahía (1925).¹¹³

Otro caso temprano de mejoras sanitarias fue el de México, donde el ingeniero Roberto Gayol (1857-1936) desarrolló proyectos de saneamiento en 1896 y 1903 desde la oficina sanitaria de la capital del porfirato. En 1907, el también ingeniero Miguel Ángel de Quevedo (1862-1946), integrante del Consejo Superior de Salubridad, promovió y presidió la Comisión de Embellecimiento y Mejoras de Ciudad de México. Con una agenda comprensiva de los desagües hasta la reforestación, pasando por los espacios verdes, la labor del «apóstol

¹¹⁰ Carlos Kessel, «Carlos Sampaio and urbanism in Rio de Janeiro (1875-1930)», *Planning History*, vol. 22, n° 1, 2000, pp. 17-26; C. A. Schneeberger, *Minimanual compacto de história do Brasil*, p. 280.

¹¹¹ Maria Cristina da Silva Leme, «A formação do pensamento urbanístico no Brasil, 1865-1965», en M. C. da Silva Leme (ed.), *Urbanismo no Brasil, 1895-1965*. São Paulo: Fundação para a Pesquisa em Arquitetura e Ambiente (Fupam), Studio Nobel, 1999, pp. 20-38, 22; M. C. da Silva Leme (ed.), *Urbanismo no Brasil...*, pp. 451, 454.

¹¹² C. M. Campos, *Os rumos da cidade...*, pp. 140-142.

¹¹³ E. P. Pinheiro, *Europa, França e Bahia...*, p. 272.

del árbol» fue complementada desde el mismo Consejo por el doctor Eduardo Liceaga (1839-1920), participante en las Conferencias Sanitarias Panamericanas, la tercera de las cuales se celebró en la capital azteca en 1907.¹¹⁴

23. El intercambio profesional a través de las Américas también desempeñó papel importante en la difusión de las nuevas ideas sanitarias; estas habían sido promovidas desde las primeras Conferencias Interamericanas de 1897 y 1902, seguidas por la ya mencionada de Ciudad de México, donde se discutió la agenda higienista y se estimuló a los asistentes a proseguir acuerdos internacionales, algunos de ellos alcanzados en la Convención Sanitaria de 1905.¹¹⁵

Sobre la base del intercambio fomentado por tales eventos, aparecieron publicaciones y cursos especializados de orientación diversa, tal como se evidenció en el medio chileno, donde además de organizarse el I Congreso Médico en 1889, fueron editados *De la educación física y de la enseñanza de la higiene en los liceos y escuelas de la República* (1872) y *La mortalidad urbana en Chile* (1896), del doctor Adolfo Murillo (1840-1899);¹¹⁶ *La higiene en la escuela* (1884) y *Cómo se evita el cólera (estudio de higiene popular)* (1886), de los también médicos Ricardo Dávila Boza (1850-1937) y Puga Borne; así como la tesis de grado titulada «La reglamentación de la prostitución desde el punto de vista de la higiene pública» (1887), de Octavio Maira. A comienzos del nuevo siglo, otros profesionales buscaron difundir los principios de la reforma sanitaria urbana y habitacional, tal como fue plasmado en *La Higiene aplicada en las construcciones* (1909-10), del profesor chileno Ricardo Larraín Bravo (1879-1945), arquitecto diplomado por la École Spéciale d'Architecture de París; el manual de tres tomos incluye aspectos como alcantarillado, agua potable, saneamiento, calefacción

¹¹⁴ G. Sánchez Ruiz, *Planeación moderna de ciudades*, pp. 242-243, 244-245; Miguel Ángel de Quevedo, *Urbanismo y medio ambiente. Escritos de 1889 a 1941*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2012.

¹¹⁵ *Conferencias Internacionales Americanas*, vol. 1: 1889-1936. Washington: Dotación Carnegie para la Paz International, 1938, p. 98.

¹¹⁶ Adolfo Murillo. *De la educación física y de la enseñanza de la higiene*. Oreste L. Tornero, 1872; A. Murillo, *La mortalidad urbana en Chile: Discurso leído en la apertura del Congreso Científico General Chileno celebrado en Concepción en 1896*. Imprenta Roma, 1896. Estas referencias son tomadas de la tesis doctoral de S. Castillo, «El río Mapocho y sus riberas: espacio público e intervención urbana en Santiago de Chile (1885-1916)».

y ventilación, entre otros indicativos de la creciente complejidad de la agenda higienista del novecientos, tanto en el ámbito doméstico como en el urbano.¹¹⁷

Las tempranas reformas higiénicas en Santiago incluyeron la modernización de cloacas desde 1904, así como el empedramiento y adoquinamiento de «la inmensa mayoría de sus calles», aunque solo «una mínima parte» estaba propiamente asfaltada; al menos según el pormenorizado diagnóstico nacional llevado a cabo por Dávila Boza, director del Instituto de Higiene, en su ponencia ante el IV Congreso Científico, primero de alcance panamericano, celebrado en Santiago de Chile entre finales de 1908 y comienzos del año siguiente.¹¹⁸ Con todo y ello, dado que la capital había sido desbordada por un crecimiento poblacional que pasó de 256.403 habitantes en 1895 a 332.724 en 1907, todavía tres años más tarde *El Mercurio* de Santiago denunciaba la degradación profiláctica en los términos más alarmantes: «No creemos que exista hoy en el mundo una aglomeración humana que se halle en condiciones más horribles que las que hoy atraviesa la capital de Chile».¹¹⁹ De manera similar, no obstante las preocupaciones y mejoras durante el porfiriato, el destacado ingeniero y político Alberto J. Pani (1878-1955), afín a la instaurada causa revolucionaria, denunció en su tratado *La Higiene en México* (1916) que la mortalidad capitalina era de 42,3 por mil para 1911; ello la colocaba increíblemente por encima de las grandes ciudades europeas y norteamericanas, solo comparable a Madrás, en la India británica, donde alcanzaba a 39,5.¹²⁰

24. Pero no había que ir tan lejos para encontrar mortalidades tan altas: Caracas frisaba 38 por mil en 1903, según los cálculos del doctor Luis Razetti (1862-1932), adalid del movimiento higienista venezolano.¹²¹

¹¹⁷ Ricardo Larraín Bravo, *La Higiene aplicada en las construcciones (alcantarillado, agua potable, saneamiento, calefacción, ventilación, etc.)*. 3 vols. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1910.

¹¹⁸ Ricardo Dávila Boza, «Pavimentación urbana», en *Trabajos del IV Congreso Científico (1º Panamericano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909*. Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación «Barcelona», 1910, t. II, pp. 494-502, 495.

¹¹⁹ *El Mercurio* (Santiago, julio 28, 1910), citado en A. de Ramón, *Historia de Chile...*, p. 107; sobre las cifras de población, véase el mismo A. de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991)...*, p. 185.

¹²⁰ G. Sánchez Ruiz, *Planeación moderna de ciudades*, pp. 246-247.

¹²¹ Luis Razetti, *Obras completas*. 5 ts. Caracas: Ministerio de Sanidad y Asistencia Social (MSAS), 1952, t. II, pp. 163, 577.

Aquí el debate venía en formación desde la década de 1890, cuando galenos vinculados al recién creado hospital Vargas comenzaron a recoger estadísticas en *La Gaceta Médica de Caracas*, detectándose que la población capitalina escasamente había pasado de 55.638 habitantes en 1881 a 72.429 diez años más tarde; desde entonces atribuyeron el síndrome de estancamiento demográfico a una desproporcionada incidencia de enfermedades gastrointestinales y tuberculosis.¹²² A pesar de haber transcurrido tres lustros desde los primeros reclamos médicos para mejorar redes sanitarias y pavimentar calles, todavía para 1911, en medio de las celebraciones centenarias de la declaración de Independencia, Razetti insistía en que Caracas necesitaba reducir su tasa de mortalidad a menos de 20 por mil para llegar a ser «una ciudad completa»; ello implicaba resolver la provisión de aguas y cloacas, así como pavimentación de calles, entre otras medidas.¹²³ El fundador de la Academia Nacional de Medicina (1904) actualizó el dramático cuadro de la insalubridad en la capital venezolana, acaso peor que otras latinoamericanas:

Caracas está profundamente infectada; sus habitantes nos envenenamos lentamente con el aire que respiramos, con el agua que bebemos y con los alimentos que ingerimos; las enfermedades infecciosas, como la tuberculosis, se propagan libremente; el matadero, el mercado y los establecimientos de víveres no están reglamentados higiénicamente; no tenemos ni agua potable, ni cloacas, ni pavimento; la infancia no está protegida, y por eso perdemos cerca de 400 niños menores de cuatro años; nada se hace para combatir la prostitución y el alcoholismo, fuentes de innumerables enfermedades; la parte pobre de la población perece por falta de trabajo para el obrero, y se muere de mengua, porque no hay hospitales ni asilos confortables; en una palabra, en Caracas se vive a merced de las causas de destrucción que rodean al hombre, sin que hasta hoy la clase directora se halla [*sic*] ocupado en mejorar siquiera las condiciones sanitarias de la ciudad.¹²⁴

En el caso de la capital venezolana, el final de la primera década del siglo XX representó un punto de inflexión, no en el sentido de superar las deficiencias de infraestructura denunciadas por Razetti, sino porque

¹²² He tratado de articular este debate y sus protagonistas, además de Razetti, en Arturo Almandoz, «The Shaping of Venezuelan Urbanism in the Hygiene Debate of Caracas, 1880-1910», *Urban Studies*, vol. 37, n° 11, noviembre 2000, pp. 2073-2089.

¹²³ L. Razetti, *Obras completas*, t. II, pp.163, 577.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 170.

fueron dictadas regulaciones y ordenanzas que incorporaron variables higiénicas a la construcción urbana; a partir de entonces, el debate pasó de una aproximación local a una nacional, mientras cambiaba de advocación de higiene a saneamiento.¹²⁵ Aun cuando las diferencias fueron grandes entre las capitales en función de la magnitud demográfica y el desarrollo económico, la reforma sanitaria, progresivamente ligada a la habitacional, fue asumida por los gobiernos centrales en Latinoamérica, conllevando nuevas instituciones, medidas de control y legislaciones de alcance nacional en esta materia.

25. Conviene ajustar la duración de ese proceso dual al considerar el tratamiento dado a la reforma habitacional con relación a la higiénica en América Latina. La incorporación de organizaciones caritativas pareció iniciarse gracias a la encíclica *Rerum novarum* —publicada en 1892, durante el papado de León XIII (1878-1903)—, exhortando a la Iglesia católica y los gobiernos occidentales a atender las necesidades del proletariado industrial, incluyendo el derecho a sindicarse. Articuladas en manuales como el ya mencionado de Larraín Bravo, las dos cuestiones, sanitaria y habitacional, fueron integradas tempranamente en Chile, donde el Consejo Superior de Higiene Pública, también creado en 1892, sería incorporado al Consejo Superior de Habitaciones Obreras, contemplado en la pionera Ley de Habitaciones Obreras de 1906, catalizada por la protesta de trabajadores portuarios en Valparaíso tres años antes.¹²⁶ Con sedes en diferentes provincias del país, el Consejo tenía funciones como favorecer la construcción de viviendas higiénicas y baratas, fomentar las sociedades financieras, rehabilitar las moradas que no cumplían con requerimientos sanitarios mínimos, o demolerlas en caso de inhabilitación.¹²⁷

¹²⁵ Proceso que resumo, con algunas referencias latinoamericanas, en A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 196-202.

¹²⁶ Mario Ferrada y Cecilia Jiménez, «La primera vivienda social en Valparaíso. Fines siglo XIX-inicios siglo XX», en María José Castillo y Rodrigo Hidalgo (eds.), *1906/2006. Cien años de política de vivienda en Chile*. Santiago de Chile: Universidad Nacional Andrés Bello, Pontificia Universidad Católica de Chile, Universidad Central de Venezuela, 2007, pp. 29-49, 31. Como ejemplo de la integración de las cuestiones sanitaria y habitacional, véase especialmente la extensa tratadística de «Habitaciones colectivas» en R. Larraín Bravo, *La Higiene aplicada en las construcciones...*, t. II, cap. 2.

¹²⁷ Rodrigo Hidalgo, «Cien años de política de vivienda social, cien años de expulsión de los pobres a la periferia de Santiago», en M. J. Castillo y R. Hidalgo (eds.), *1906/2006. Cien años de política de vivienda en Chile*, pp. 51-63, 53.

Inspirada por los modelos belga e inglés de 1889 y 90, respectivamente, la ley chilena aparecía fundamentada en la experiencia de más de quinientos de los así llamados *cités* o «conventillos higiénicos» construidos en Santiago durante la década finisecular por organizaciones caritativas católicas.¹²⁸ Entre los incentivos contemplados por la nueva legislación se contaban la exención de impuestos, la gratuidad en el consumo de agua, así como las garantías a las sociedades constructoras, medidas encaminadas todas a dinamizar el sector privado para la venta o el arriendo de viviendas sociales.¹²⁹ A pesar de esta temprana ley, pionera en América Latina, la persistencia de un 40 por ciento de la población capitalina en conventillos durante la primera década del siglo XX, en medio de un convulsionado clima social de huelgas y disturbios, llevó a la creación de la Caja Nacional de Ahorro en 1910, para el financiamiento de viviendas obreras; también al establecimiento de juntas de reforma municipal y ligas de arrendamiento en 1912 y 14, respectivamente, mientras se construían más de 193 nuevos *cités* y poblaciones como la Huemul, al sur de Santiago, con la participación de Larraín Bravo.¹³⁰ No obstante estos avances del caso chileno, uno de los más tempranamente atendidos del continente, la Ley de Habitaciones Obreras, durante su vigencia hasta 1924, pareció dar más importancia a los requerimientos higiénicos de habitabilidad que a la construcción de nuevas viviendas como tal; se demolieron 1.626 conventillos que no fueron repuestos, mientras quedaba flotante su población de casi 47.000 personas, tan solo en Santiago.¹³¹

¹²⁸ Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX*. Santiago de Chile: Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005, pp. 35-37, 43, 62.

¹²⁹ M. Ferrada y C. Jiménez, «La primera vivienda social en Valparaíso. Fines siglo XIX-inicios siglo XX», pp. 38-39.

¹³⁰ Beatriz Aguirre y Simón Castillo, *De la «gran aldea» a la ciudad de masas: el espacio público en Santiago de Chile, 1910-1929*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Paisaje, Universidad Central, 2004, pp. 69, 73; M. Ferrada y C. Jiménez, «La primera vivienda social en Valparaíso. Fines siglo XIX-inicios siglo XX», p. 40. Las instituciones de financiamiento de la vivienda obrera en Chile habían comenzado con la Caja de Crédito Hipotecario (1855), seguida de las Cajas de Ahorro en Santiago y Valparaíso en los años 1880, centralizadas después en la Caja Nacional de Ahorro.

¹³¹ Tal como hace notar R. Hidalgo, «Cien años de política de vivienda social, cien años de expulsión de los pobres a la periferia de Santiago», p. 54.

También en Argentina había sido creada una Comisión Nacional de Casas Baratas en 1915, después de que el Hogar Obrero, promovido por el Partido Socialista, hubo iniciado su producción de viviendas una década antes; en medio de la continua afluencia de inmigrantes foráneos y provincianos —elevándose el número estimado de familias alojadas en conventillos a 150.000, de las 200.000 residentes en Buenos Aires para 1919—, una ley sobre alquileres fue finalmente promulgada en 1921.¹³² Gestiones privadas para producir viviendas de bajo costo también habían comenzado en Río y otras ciudades brasileñas desde la década de 1890, las más de ellas promovidas por empresarios y compañías ligadas a la expansión de infraestructura y servicios.¹³³ Sin embargo, a la sazón y en general, el Estado permaneció como ente pasivo y regulador, más no productor de viviendas: medidas contraloras de los alquileres urbanos fueron promulgadas en São Paulo en 1917, mientras en Ciudad de México persistieron hasta 1922 las «huelgas de inquilinos», cuando estos se sindicaron. Y en el caso de Caracas, el gobierno gomecista dictó, desde finales de la segunda década del siglo XX, numerosas regulaciones sobre las congestionadas casas de vecindad de las parroquias centrales.¹³⁴

Volviendo al caso de Río, donde el sector sur alojaba la vivienda burguesa, sobre todo en los imponentes desarrollos de Copacabana e Ipanema, el debate higienista llevó a propuestas más radicales, tales como la demolición del morro do Castelo durante la prefectura de Carlos Sampaio (1920-22). Era una operación destinada a erradicar los tugurios de *cortiços* del centro carioca, a la vez que mejorar la circulación de los vientos, permitiendo liberar terreno para la celebración de la exposición conmemorativa del centenario de la Independencia.¹³⁵

¹³² Anahí Ballent, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2005, pp. 57-58; R. Pineo y J. Baer, «Urbanization, the Working Class and Reform», p. 259.

¹³³ Lilian Fessler Vaz, *Modernidade e moradia. Habitação coletiva no Rio de Janeiro. Séculos XIX e XX*. Río de Janeiro: 7 Letras, Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado do Rio de Janeiro (Faperj), 2002, pp. 38-48; T. de B. Correia, *A construção do hábitat moderno no Brasil*, pp. 23-45.

¹³⁴ R. Pineo y J. Baer, «Urbanization, the Working Class and Reform», p. 259; A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 251-252.

¹³⁵ Mauricio de A. Abreu, *Evolução urbana do Rio de Janeiro*. Río de Janeiro: Iplanrio, Zahar, 1988, p. 82; respecto de la operación del morro, véase el minucioso estudio de Carlos Kessel, *A vitrine e o espelho. O Rio de Janeiro de Carlos Sampaio*. Río de Janeiro: Prefeitura da Cidade do Rio de Janeiro, 2001.

Como otras renovaciones cosméticas del centenario en Latinoamérica, esa expulsión de la población tugarizada hacia otros sectores menos visibles de las metrópolis expansivas fue el pecado original de las seculares sagas de marginalidad urbana; y mientras tanto, los Estados socialmente orientados procrastinaban responsabilidades como agentes productores de vivienda de bajo costo.¹³⁶

TRANVÍAS, TRENES Y TRANSFORMACIÓN URBANA

Emprendamos con fe y entusiasmo la transformación de esta gran aldea en gran ciudad, persuadidos de que esta obra nos reportará grandes beneficios.

ALBERTO MACKENNA SUBERCASEAUX, *Santiago futuro* (1915)

... este progreso en las condiciones de locomoción, como el desarrollo de las nociones higiénicas y el mayor gusto artístico y estético, obligan a las ciudades a ponerse al día si no aceptan que se las trate de anticuadas o retardatarias.

ISMAEL VALDÉS VALDÉS, *La transformación de Santiago* (1917)

26. Impulsada por los trenes y tranvías primero, y por los autos después, la renovación y expansión urbana articuló otro capítulo de la agenda centenaria en las grandes capitales de América Latina. Tal como ha sido mencionado, la imagen, composición social y estructura funcional de las ciudades más populosas mutaron drásticamente hacia el novecientos: abarrotados desde finales del siglo XIX con actividades administrativas y comerciales, los centros tradicionales albergaron también a inmigrantes rurales y extranjeros atraídos por la industrialización incipiente, mientras que las clases altas y medias habían comenzado a buscar nuevas

¹³⁶ Incluso para el caso chileno, uno de los más tempranamente consolidados en términos de políticas de vivienda, como se ha visto, R. Hidalgo —«Cien años de política de vivienda social, cien años de expulsión de los pobres a la periferia de Santiago», p. 53— sostiene que los actuales instrumentos no hacen sino reproducir la diáspora de los pobres propiciada por la Ley de Habitaciones Obreras de 1906: «Dicha normativa provocó, sin construir un número significativo de viviendas, y atendiendo un margen reducido de la demanda, la expulsión de los pobres a la periferia de la ciudad. Después de un siglo, en un escenario constructivo caracterizado por la masificación de la construcción de viviendas sociales, estamos ante la misma situación...».

localizaciones residenciales, estableciendo las primeras, por lo general, la dirección predominante para el crecimiento secular de sus capitales.¹³⁷

Después del temprano salto de la burguesía habanera fuera de la lenteja central y hacia El Reparto y El Vedado allende las murallas, ocurrieron expansiones más direccionales en las capitales republicanas, donde la pauta inicial se mantendría en buena parte del siglo XX.¹³⁸ Así por ejemplo, la burguesía porteña había migrado hacia los barrios del norte, como Recoleta y Retiro, después de la epidemia de fiebre amarilla de 1871 y de la incorporación de los términos municipales de Flores y Belgrano en el 87, marcando desde entonces la expansión del Buenos Aires metropolitano; los sectores medios siguieron, sobre todo después de 1910, cuando la electrificación de las redes amplió el arco de expansión urbana.¹³⁹ Por su parte, en medio de una metrópoli de 367.446 habitantes y una extensión de 850 hectáreas hacia 1900, la burguesía del porfiriato se había movido hacia el suroeste, en colonias como Juárez, Cuauhtémoc, Roma y Condesa, mientras que las clases medias la habían secundado desde el oeste de Ciudad de México, en San Rafael y Limantour.¹⁴⁰ Aunque su crecimiento hasta finales del XIX se había dado a través del surgimiento de barrios y parroquias alrededor del centro histórico, como Egipto y Las Aguas, hacia 1910 Bogotá ya tenía la clara tendencia de expansión burguesa hacia Chapinero al norte, dirección reforzada por el recinto de la exposición del centenario republicano.¹⁴¹

¹³⁷ Véase, por ejemplo, Walter D. Harris Jr., *The Growth of Latin American Cities*. Athens, Ohio: Ohio University Press, 1971, pp. 31-32; J. E. Hardoy, «Las ciudades de América Latina a partir de 1900».

¹³⁸ Tal como lo establece Peter Amato, «Elitism and settlement patterns in the Latin American city», *Journal of the American Institute of Planners*, vol. 36, n.º 2, 1970, pp. 96-105. Respecto de la expansión habanera, véase J. Scarpaci, R. Segre y M. Coyula, *Havana...*, pp. 29-43.

¹³⁹ R. Gutiérrez, «Buenos Aires, a Great European City», pp. 53-54; J. F. Liernur y G. Silvestri, *El umbral de la metrópolis...*, pp. 26-28.

¹⁴⁰ M. Tenorio, «L'idéal de la modernité: Mexico 1910: le rêve du dictateur», p. 66. Sobre la segregación funcional del México republicano, ver Mario Barbosa Cruz, «Una urbe en crecimiento. La ciudad de México en el siglo XIX», en Gerardo Martínez Delgado y Mario Bassols Ricardez (coord.), *Ciudades poscoloniales en México. Transformación del espacio urbano*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2014, pp. 399-441, pp. 403-419.

¹⁴¹ Véase, por ejemplo, Adriana María Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá (1910-1950)*. Bogotá: Editora Guadalupe, 2006, pp. 39-40.

Compañías de tranvías, redes sanitarias y de electrificación habían asumido, en varios casos, la labor de empresas urbanizadoras, tal como ocurriera con la Light Company en Río y São Paulo (figura II.7), la Compañía de Tracción Eléctrica en Santiago, así como con la de tranvías en El Paraíso, primer suburbio aparecido al suroeste del centro caraqueño en la década de 1890.¹⁴² Con su halo de modernidad y la veneración consiguiente, el arribo del automóvil en el novecientos amplió las posibilidades y direcciones de expansión, limitadas hasta entonces en las capitales rezagadas que no contaban con trenes suburbanos, sino solo tranvías llegados a finales de la última década del XIX. Así ocurrió en San José de Costa Rica, donde Amon Fasileau-Duplantier, terrateniente y empresario de origen francés, inició la expansión al noreste con el famoso barrio Amón.¹⁴³ En el extremo opuesto de la escala urbana latinoamericana, solo el metro de Buenos Aires era inaugurado para 1913; en las demás ciudades, el automóvil, carro o coche, según sus varias denominaciones, terminó de congestionar el centro, atravesado por tranvías y carromatos, mientras proliferaban pensiones y conventillos, todo lo cual apresuró la diáspora residencial burguesa hacia los suburbios.¹⁴⁴

27. Entre los modelos del crecimiento urbano apurados por la infraestructura y los nuevos modos de transporte, destacan las «propuestas lineales» para la expansión de Santiago, desarrolladas desde 1909 por el ingeniero y arquitecto chileno Carlos Carvajal Miranda (1872-1950), según el ejemplo de la madrileña *ciudad lineal* de Arturo Soria (1844-1920). Como se sabe, esta buscaba, desde la década de 1890, aliviar los congestionados centros tradicionales mediante la creación de modernas urbanizaciones trazadas en paralelo con las líneas de tranvía y ferrocarril. A lo largo de «una calle única o principal de 40 metros de anchura con doble vía en su centro», cruzada por transversales secundarias

¹⁴² M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», p. 92; A. de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991)...*, pp. 156-163; A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 179-181.

¹⁴³ Véase para el caso de San José, la más adelantada de las capitales centroamericanas, los detallados trabajos de Florencia Quesada, *En el barrio Amón. Arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la élite urbana de San José, 1900-1935*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, 2001, pp. 45-83; *La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930*. Helsinki: Publicaciones del Instituto Renvall, Universidad de Helsinki, 2007, pp. 71-101.

¹⁴⁴ Véase *infra* «Hacia los suburbios ajardinados».

definidoras de manzanas de viviendas aisladas y ajardinadas, la principal intención e innovación del urbanista madrileño era generar un nuevo patrón de precio de los terrenos, redundante en una valoración y distribución inmobiliaria menos concentrada y más equitativa a lo largo de los caminos de hierro. Tal como lo resumió el mismo Soria:

En la *ciudad lineal*, que no es obra del instinto, sino producto del cálculo y de la reflexión, el precio más alto no estará en un solo punto, sino en una línea de extensión indefinida, y por tanto, niveladora de los precios, y éstos disminuirán rápidamente a medida que se separen de los carriles a lo largo de las calles transversales, o sea, en vez de círculos concéntricos, por líneas paralelas a la vía férrea que es la columna vertebral del nuevo organismo.¹⁴⁵

Si bien varias tuvieron la condición de colonias agrícolas estructuradas a lo largo de ferrocarriles, de las propuestas concebidas por Carvajal —quien fuera Inspector General de Arquitectura del Ministerio de Industria y Obras Públicas— la más propiamente urbana fue la presentada en 1912, con el aval de la Sociedad Central de Arquitectos (SCA) y el Consejo de Bellas Artes (figura III.5). Estaba articulada a lo largo de la así llamada avenida del Centenario, paralela al camino de Cintura trazado por Vicuña Mackenna; en palabras de Carvajal, la avenida «se extenderá a derecha e izquierda, dividiéndose al efecto el terreno en lotes que serán vendidos a largo plazo, y en la que se construirán fincas, independientes, sanas, alegres, cómodas, rodeadas de jardines y arbolado, aplicándoseles allí la fórmula ideal de la urbanización».¹⁴⁶ Con esto Carvajal hacía referencia al eslogan de la Compañía Madrileña

¹⁴⁵ Arturo Soria, «Breve descripción de la *ciudad lineal* y propósito de la Compañía Madrileña de Urbanización», en *Tratados de urbanismo y sociedad*. Madrid: Clan, 2004, pp. 85-88, 86; la justificación del proyecto deja ver también la oposición a la concentración de los altos valores de la tierra urbana: «La diferencia esencial entre la ciudad nueva y las actuales consiste en que el precio de los terrenos varía de distinto modo. (...) En las monstruosas ciudades modernas, obra instintiva del rebaño humano en los pasados siglos, aceptada sin reflexión en el presente, el precio más alto está en el punto céntrico, en la Puerta del Sol, si de Madrid se trata, y descende paulatinamente, siguiendo círculos concéntricos hasta las tierras de labor, sin prestigio alguno de urbanización».

¹⁴⁶ Carlos Carvajal, *La arquitectura racional en las futuras ciudades como solución práctica al problema de la población* (1912), citado en Jonás Figueroa Salas, «La ciudad lineal en Chile (1910-1930)», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*. Buenos Aires, n° 37-38, 1995, pp. 64-70, 67. Las propuestas de Carvajal incluyeron colonias agrícolas (1909; 1929; 1939), así como una «Gran Población Lineal Jardín» (1924).

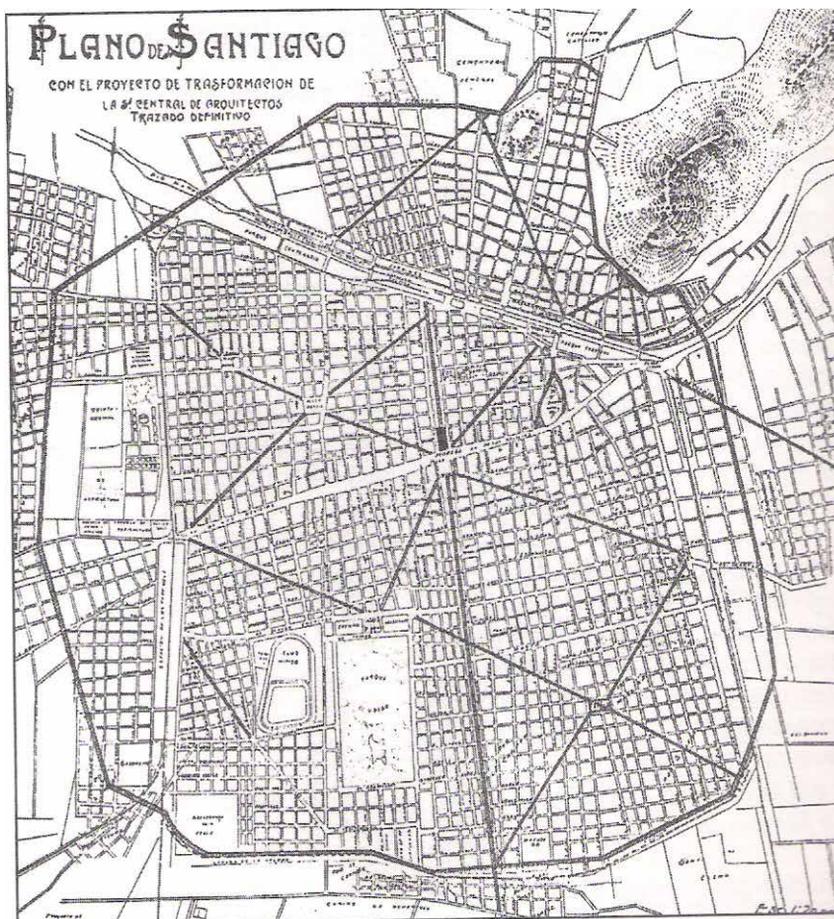
de Urbanización: «Para cada familia una casa, en cada casa una huerta y un jardín». La avenida del Centenario captaba así, no obstante su relativo esquematismo, el patrón y la intención de la propuesta lineal de Soria a lo largo del ferrocarril de circunvalación santiaguino.

Más allá de su influencia efectiva en propuestas ulteriores, la de Carvajal tuvo el mérito de iniciar la serie de los denominados «planes de transformación», que como signados por la obra homónima de Vicuña Mackenna, discutieron aspectos tales como mejoras higiénicas, recuperación del centro y del barrio cívico, así como trazados viales y ferroviarios para la expansión metropolitana de Santiago.¹⁴⁷ En torno a ese debate de *transformación urbana* se entretejerían no solo diversos factores de crecimiento de la ciudad, sino también referencias internacionales, indicativas de la madurez del medio profesional chileno; por ello conviene revisarlos con más atención, en tanto adelantado caso ilustrativo de la agenda latinoamericana de la Bella Época.¹⁴⁸

¹⁴⁷ Un seguimiento de las propuestas puede verse en B. Aguirre y S. Castillo, *De la «gran aldea» a la ciudad de masas...*, pp. 29-32. Tal como señalan allí los autores, el ingeniero y arquitecto Carlos Carvajal Miranda «fue realmente importante e influyente en gran parte de las propuestas de ese tiempo y fue además el autor de las principales ideas que propuso este plan. En verdad, Carvajal fue pionero en el debate urbanístico en Chile, ya que cuatro años antes, en el marco del I Congreso Científico Panamericano, había sostenido las bondades que traería para Santiago la aplicación del plan de Ciudad Lineal del español Arturo Soria y Mata (1844-1920)». Recuérdese, por lo demás, la obra de B. Vicuña Mackenna, *La transformación de Santiago*.

¹⁴⁸ Agradezco en esta genealogía de planes el valioso material primario suministrado por Pablo Páez, doctorando de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile.

FIGURA III.5



Proyecto de Transformación de Santiago de la Sociedad Central de Arquitectos (SCA), 1912, incluyendo la propuesta lineal de Carlos Carvajal. Tomado de Jonás Figueroa Salas, «La ciudad lineal en Chile (1910-1930)», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*. Buenos Aires, Nos. 37-38, 1995, pp. 64-70.

28. Constituido por el mismo Carvajal, Enrique Döll (1869-s.f.), Emilio Jecquier y Alberto Mackenna Subercaseaux (1875-1952), el Comité de Transformación de Santiago produjo tempranas propuestas, presentadas y comentadas por Mackenna en la Biblioteca Nacional en 1912 (figura III.5). Deslumbrado todavía con el legado del prefecto Haussmann —quien había logrado, a pesar de la resistencia del «populacho amotinado, estorbando la acción de los demolidores», el prodigio del «París moderno iluminado, amplio, generoso, bañado de

luz y de aire y con perspectivas soberbias»—, el futuro intendente de Santiago (1921-27) reconoció asimismo los avances en la transformación de ciudades europeas como Bruselas, Viena, Berlín y Madrid; estas eran seguidas por algunas latinoamericanas, sobresaliendo el Río de Pereira Passos, «una ciudad atrayente, próspera e higiénica, en la cual se aunaran las magníficas bellezas naturales con las obras de ornato y de saneamiento». ¹⁴⁹ Invocando la lógica y los beneficios renovadores de esos ejemplos internacionales, así como la noción de que la capital es una suerte de «salón de la casa», Mackenna pedía probar la factibilidad de las propuestas barajadas para Santiago con el trazado de al menos una nueva avenida diagonal sirviendo de entrada y trasbordo, desde la estación Mapocho a la Alameda, por ejemplo, la cual evitara al viajero y al hombre de negocios atravesar los «infectos tugurios» impropios de una «ciudad civilizada». Lejos de sobrecargar su costo en el Estado o el municipio, esa intervención podría ser pagada con las mejoras y el incremento del valor generado en los lotes adyacentes, según el «sistema ideado por Haussmann (...) que ha dado excelentes resultados donde quiera se le haya aplicado». ¹⁵⁰

Un par de años más tarde, en otra conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional, al reconocer el favorable cambio de actitud entre los santiaguinos hacia la transformación, Mackenna abogó por una nueva ley de expropiación que permitiera una instrumentación más efectiva y rentable de las propuestas. Al recordar que algunas de estas habían sido ya presentadas en eventos internacionales, como el Congreso de Ciudades de Gante, sugirió asimismo, como para probar que los criterios del comité eran más técnicos que políticos, que los planes fueran sometidos al arbitraje de autoridades reconocidas, como el mismísimo Joseph Bouvard, así como llevados a la Exposición Mundial de Lyon y al venidero Congreso Municipal en Santiago. ¹⁵¹

¹⁴⁹ Alberto Mackenna Subercaseaux, *Santiago futuro. Conferencias sobre los proyectos de transformación de Santiago*. Santiago y Valparaíso: Imprenta-Litografía «Barcelona», 1915, pp. 10-11, 14.

¹⁵⁰ *Ibid.*, pp. 25-26, 28-29. Resultan especialmente interesantes las analogías sobre la capital como «salón de la casa», así como de transformación de «aldea en gran ciudad»: «La capital es el salón de la casa y toda casa que se respeta tiene su salón limpio y sus muebles en buen estado, para que puedan sentarse las visitas. (...) Entre nosotros, los muebles están desvencijados y el salón sucio. (...) Emprendamos con fe y entusiasmo la transformación de esta gran aldea en gran ciudad, persuadidos de que esta obra nos reportará grandes beneficios» (*Ibid.*, pp. 28-29).

¹⁵¹ *Ibid.*, pp. 31, 40, 45.

29. En ese I Congreso de Gobierno Local, celebrado en Santiago entre el 13 y el 15 de septiembre de 1914, no solo fueron presentadas las propuestas del Comité de Transformación, sino también una de la SCA, elaborada por Ricardo Larraín Bravo, José Luis Mosquera y Héctor Hernández (figura III.5). Desde el mismo argumento inicial de que las «ciudades modernas» en continua expansión y crecimiento «han necesitado proveerse de más aire i de mayor espacio, condiciones estéticas de la hijiene i del tráfico», los autores recogían los componentes del urbanismo en gestación, aunque sin nombrar la nueva disciplina; de todos esos elementos resalta la importancia conferida a las «avenidas» en tanto ejes de circulación y generación de «espacios abiertos» como plazas y parques, lo que refuerza a la vez su sentido monumental.¹⁵² El cuadro descrito se hacía «poco halagador» al mirar las ciudades chilenas, cuyas cuadrículas coloniales, además de permanecer mal pavimentadas, iluminadas y alineadas, ofrecían deplorables condiciones habitacionales y paisajísticas, que a juicio de los autores, hacían recordar las denuncias formuladas por los médicos en las décadas anteriores:

El conventillo y el cuarto redondo se enseñorean aun [*sic*] en nuestras ciudades a despecho de las críticas de todos los que en algo se interesan por el bienestar del pueblo i que han trabajado con teson [*sic*] por hacerlos desaparecer de nuestra vida ciudadana. De desear sería que el Consejo de Habitaciones Obreras, animado de un patriótico entusiasmo, diera lo mas [*sic*] pronto posible feliz término a la benéfica campaña social que ha emprendido el Gobierno.

Hasta hace pocos años las Compañías de Teléfonos, las de Tranvías i Alumbrado Eléctricos se esfuerzan por afean nuestras ciudades con sus enormes mástiles, sin que nadie se atreva a ponerseles de frente.¹⁵³

En medio de ese panorama insalubre y anárquico, al pasar a los escenarios prospectivos, los representantes de la SCA parecían ver en el trazado viario la piedra angular para la transformación urbana. Sin mencionar el camino de Cintura santiaguino, los autores se pronunciaron por las bondades del «sistema radial» de circulación, al estilo de la *Ringstrasse* de Viena, cuyos anillos radiocéntricos y lotes trapezoidales

¹⁵² Ricardo Larraín Bravo, Luis Mosquera y Héctor Hernández, «Transformación de ciudades», en *I Congreso de Gobierno Local celebrado en Santiago en los días 13, 14 i 15 de setiembre de 1914*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1918, pp. 121-145, 131-133.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 135; con respecto a las denuncias de los médicos, véase *supra* «Reforma higiénica y habitacional».

eran potenciables con la introducción de diagonales. Los pros y contras de la taxonomía de calles y avenidas con las que se proseguía la descripción —«ecuatoriales», «meridianas», «rectilíneas o curvas, cóncavas o convexas»— fueron ilustrados a través de ejemplos de ciudades europeas, destacándose asimismo sus formidables plazas; todo un catálogo completado con una batería de servicios menos monumentales pero igualmente necesarios a las poblaciones modernas, desde los «lavaderos» y «baños públicos», pasando por los desagües, hasta las «bibliotecas populares». ¹⁵⁴ En cuanto a la transformación de Santiago, la ponencia proponía el reforzamiento del «centro cívico» mediante una «gran *Plaza Monumental* semejante al foro de los romanos», en el sentido de que agruparía los palacios de gobierno nacional, comunal y religioso; a partir de allí se generaría «una verdadera red de grandes avenidas radiales que dividirían la ciudad en inmensos sectores, donde encontrarían a su vez colocación otros centros comunales», llamados todos a albergar buena parte de los servicios catalogados. Aspirando a que este I Congreso de Gobierno Local apoyara más que su propuesta para la transformación de Santiago, los representantes de la SCA concluían exhortando a que el gobierno nacional «despachara una lei especial que permitiera la paulatina transformación de las demás ciudades de la República». ¹⁵⁵

30. Después del plano elaborado a distancia por el arquitecto inglés Ernest Coxhead (1863-1933) en 1913, en el debate de transformación de Santiago destacó la propuesta liderada por el alcalde Ismael Valdés Valdés (1859-1949) en 1915, la cual incluyó también apoyo de miembros parlamentarios y comunidades vecinas. ¹⁵⁶ Allende su promoción de acciones específicas tendentes a tornar menos «tímido» el proyecto presentado por el Comité de Transformación —buena parte del cual hacía énfasis, como hemos visto, en mejoras de vialidad y circulación para responder al creciente problema de tráfico santiaguino—, el texto elaborado por Valdés resulta también ilustrativo del temprano conocimiento, en el medio chileno, de la «ciencia o especialidad llamada el ‘Urbanismo’»; entre sus máximos exponentes figuraban los nombres «del barón Haussmann, transformador de París, de Stübben, el de casi la totalidad de las ciudades alemanas, de Buls, el transformador de

¹⁵⁴ *Ibid.*, pp. 136-138, 140-142.

¹⁵⁵ *Ibid.*, pp. 143, 145.

¹⁵⁶ Recordemos que propuestas como las de Coxhead pueden ser vistas en B. Aguirre y S. Castillo, *De la «gran aldea» a la ciudad de masas...*, pp. 29-32.

Bruselas, etc.» No obstante este reconocimiento de la nueva disciplina, parecieran todavía predominar, en la concepción transformadora de Valdés, las nociones parciales de un proceso expansivo y de circulación, puestas en relación con otros capítulos de lo que hemos llamado la agenda urbana de la Bella Época, a saber, el embellecimiento y las reformas higiénicas. Tal como lo resume el mismo autor:

Los diversos medios de locomoción obligan a cambiar las condiciones de las ciudades; las calles primitivas apropiadas para traficar a pie o a caballo, resultan inaparentes para los coches e imposibles para los automóviles y especialmente para los autobuses; este progreso en las condiciones de locomoción, como el desarrollo de las nociones higiénicas y el mayor gusto artístico y estético, obligan a las ciudades a ponerse al día si no aceptan que se las trate de anticuadas o retardatarias.¹⁵⁷

Apoyándose en ejemplos de nuevas ciudades, desde La Plata en Argentina hasta la Camberra diseñada a la sazón; pero también refiriéndose a las ventajas de procesos reconstructivos después de catástrofes naturales, como los casos de San Francisco y Valparaíso, el mapa internacional y epistemológico dibujado por Valdés es ya el de un urbanista, como también lo son sus antecesores en el debate de transformación de Santiago. No es casual en este sentido que, además del panorama internacional bosquejado por Mackenna, sus argumentos no se redujeran a la transformación local, sino que preconizaran asimismo la evaluación de dicha transformación mediante su presentación en otros contextos. Además de ser mecanismo distinto de la invitación del experto para formular proyectos *ex novo* —al estilo de Bouvard en Buenos Aires y São Paulo—, tal actitud se condice con un proceso de especialización y validación discursiva que, en términos de Choay, ilustra la transición del pre-urbanismo al urbanismo.¹⁵⁸ Por lo demás, al señalar Mackenna que «[e]mbellecimiento, higiene y progreso urbano» eran ideas propias de estadistas seculares - del mismo modo que exhortaran Larraín, Mosquera y Hernández, en tanto representantes de la SCA, a incluir tales cuestiones en una ley de alcance nacional - se nos coloca, al menos en el medio chileno, en vísperas de la emergencia del urbanismo profesional y su ascensión como cuestión por parte del

¹⁵⁷ Ismael Valdés Valdés, *La transformación de Santiago*. Santiago de Chile: Imprenta-Litografía «Barcelona», 1917, p. 8. Sobre el proyecto de ley de transformación, véase *Ibíd.*, pp. 27-28.

¹⁵⁸ Véase, por ejemplo, F. Choay, *L'urbanisme, utopies et réalités...*, pp. 30-31.

Estado.¹⁵⁹ Sin embargo, para ello habría que esperar hasta la década siguiente por otros cambios urbanos e institucionales en buena parte de Latinoamérica, tal como veremos en la próxima parte.¹⁶⁰

HACIA LOS SUBURBIOS AJARDINADOS¹⁶¹

... *town and country must be married, and out of this joyous union will spring a new hope, a new life, a new civilization.*

EBENEZER HOWARD, *Garden Cities of To-morrow* (1902)

Garden City será la ciudad modelo, la ciudad tipo, ideal, construida con perfecta sujeción á los principios higiénicos, con todos los perfeccionamientos de la ciencia. Cada edificio privado reunirá las ventajas de la casa de la ciudad y de la casa de campo.

El Cojo Ilustrado, VIII, 186, Caracas: septiembre 15, 1899

31. Como otro capítulo de la agenda de entre siglos, sigue en discusión cuán influyente fue en Latinoamérica el modelo de la ciudad jardín, formulado originalmente en Inglaterra por Ebenezer Howard (1850-1928), como respuesta de desconcentración urbana ante el excesivo crecimiento y deterioro ambiental de la metrópoli industrial. Si bien no es posible desarrollar aquí, por razones de extensión, una genealogía más elaborada de lo que casi puede ser llamado el arquetipo de la ciudad jardín, se impone identificar brevemente algunos rasgos de la propuesta original, de cara a evaluar en qué medida o sentido esta pasó a estar incorporada en la *idea* de suburbio ajardinado, a través del cual, supuestamente, llegó a las periferias residenciales de las expansivas ciudades latinoamericanas en la Bella Época.

¹⁵⁹ A. Mackenna Subercaseaux, *Santiago futuro*, p. 40; R. Larraín Bravo, L. Mosquera y H. Hernández, «Transformación de ciudades», p. 145.

¹⁶⁰ Véase *infra* «Agenda urbana y profesionalización del urbanismo».

¹⁶¹ Pasajes de esta sección fueron inicialmente presentados en la ponencia «The garden city in early-twentieth-century Latin America: an image more than a model», 10th International Planning History Conference. Cities of Tomorrow, Londres: University of Westminster, International Planning History Society (IPHS), julio 10-13, 2002. Una versión elaborada de la ponencia apareció publicada como Arturo Almandoz, «The garden city in early twentieth-century Latin America», *Urban History*, vol. 31, n° 3, Cambridge University Press, 2004, pp. 437-452; tomo pasajes de este artículo para desarrollar esta sección.

Influida por el utopismo de Edward Bellamy (1850-98) en la novela *Looking Backward*, publicada en 1888 en Estados Unidos, donde viviera Howard de joven, una década después apareció en Inglaterra *Tomorrow: A Peaceful Path to Real Reform*, cuya edición revisada, *Garden Cities of To-morrow* (1902), lograría rápido éxito en varios contextos e idiomas. El libro del periodista parlamentario puede ser visto como la respuesta británica —e imperial a la sazón— al dilema de entre siglos sobre cómo contrarrestar la expansión metropolitana mediante la creación de núcleos suburbanos que combinaran, en modo muy inglés, las ventajas de la vida campestre con una economía de base local, capitalizando al mismo tiempo la relativa frecuencia y rapidez de la comunicación ferroviaria entre las ciudades mayores. Es conveniente en este sentido hacer resaltar al menos tres principios howardianos: primero, «ciudad y campo deben estar casados, y de esta dichosa unión surgirá una nueva esperanza, una nueva vida, una nueva civilización», como sentenciara el mismo autor;¹⁶² en segundo lugar, la inclusión de una reforma económica en la propiedad de la tierra y la administración municipal, basada en actividades agroindustriales; finalmente, la concepción de un «claustro de ciudades» conectadas por tren, así como a un área urbana mayor.¹⁶³ Estos tres principios bastan, entre otros, para mostrar la lógica económica del modelo reformista, apoyado parcialmente en la agricultura, aunque abierto también a la producción industrial y el sistema urbano; ello se evidencia en la concepción de la ciudad jardín como unidad de alrededor de 30.000 habitantes y entre 5.000 y 6.000 acres con una base económica propia. La propuesta original de Howard dista así mucho de idealizaciones posteriores de la *garden city*, ora como asentamiento bucólico y aislado, ora como vecindario ajardinado dentro de una estructura metropolitana.

El modelo tuvo aplicaciones prácticas en Inglaterra, incluyendo la construcción de Letchworth en 1903 y de Welwyn en 1920 por parte de la compañía First Garden City, la fundación de la International Garden Cities and Town Planning Association en 1909, así como la diseminación de numerosas ciudades jardín en el orbe británico y alrededor del mundo. Pero la propuesta howardiana sería más importante

¹⁶² Ebenezer Howard, *Garden Cities of To-morrow* (1902). Londres: Attic Books, 1989, p. 11 (trad. del autor): «... town and country must be married, and out of this joyous union will spring a new hope, a new life, a new civilization».

¹⁶³ *Ibid.*, pp. 22, 103-105. Véase en este sentido Stanley Buder, *Visionaries and Planners. The Garden City Movement and the Modern Community*. Nueva York: Oxford University Press, 1990, p. 145.

por enriquecer el mito suburbano del siglo XX; en este sentido, la influencia internacional de aquella, puede decirse, ha sido más relevante en términos de sus ideas derivadas que por la realización del modelo de Howard, con todas sus implicancias económicas y territoriales. Por ello Anthony Sutcliffe identificó la «Garden-City idea» como una de las mayores contribuciones británicas a la cristalización del *town planning* en tanto movimiento internacional.¹⁶⁴ Esa idea pronto se ramificó en las variantes de ciudad jardín como tal y «garden village» o «pueblo jardín», como distinguiera Buder.¹⁶⁵ Más tarde, tal como es ilustrado en la genealogía reconstruida por sir Peter Hall, la «solución» de la ciudad jardín sería un ingrediente de la *neighbourhood unit* o unidad vecinal elaborada por Clarence Perry (1872-1944) en Estados Unidos; de modo análogo, el arquetipo howardiano estaría en la base de las New Towns o nuevas ciudades construidas en Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial.¹⁶⁶

La genealogía y transferencia de la *garden city idea* entre Gran Bretaña y Norteamérica debe ser completada con otros eslabones de cara a entender su difusión en otras partes del mundo. En este sentido es iluminadora la comprensiva aproximación de Michel Ragon a la «cité-jardin» en tanto respuesta suburbana a la cuestión de la «banlieu pavillonnaire» (suburbio de chalés) desarrollada en Francia desde mediados del siglo XIX, buscando disminuir la presión sobre los congestionados centros de las áreas metropolitanas; como reivindicando la ascendencia gala del modelo, el historiador señala que la primera propuesta de ciudad jardín fue La Vésinet (1856-75), del arquitecto Pierre-Joseph Olive (1817-99), estableciendo una adscripción que ayuda a entender su posterior reporte como francés en algunas partes de Latinoamérica. No obstante esa reivindicación, se debe reconocer que,

¹⁶⁴ Anthony Sutcliffe, *Towards the Planned City: Germany, Britain, the United States and France, 1780-1914*. Oxford: Blackwell, 1981, p. 168; Anthony Sutcliffe, «The British Historian's Contribution to the Understanding of Urban and Regional Planning», *Planning History*, vol. 25, n° 1: International Planning History Society (IPHS), 2003, pp. 21-28.

¹⁶⁵ S. Buder, *Visionaries and Planners...*, pp. 97-98.

¹⁶⁶ P. Hall, *Cities of Tomorrow...*, pp. 122-135. Véase también Peter Hall, *Urban and Regional Planning* (1974). Londres: Routledge, 1992, pp. 30-48; tal como Hall resume en esta última obra, Perry concibió la unidad vecinal como una «catchment area of a primary school, extending about half or three quarters of a mile in any direction, and containing about 1,000 families — or about 5,000 people, in terms of average family size then. It would be bounded by main traffic roads, which children should not be expected to cross» (*Ibid.*, p. 43).

a diferencia de otros estudiosos del urbanismo, Ragon ve la «ciudad obrera con huertos» de Frédéric Le Play (1806-82) como diferente de la propuesta «socialista» y «verde» de Howard.¹⁶⁷ Por último pero no menos importante, además del pueblo jardín, de la nueva ciudad y la ciudad satélite, el «suburbio jardín» fue otro descendiente de la familia de nociones que resultan útiles para explorar el impacto del modelo howardiano en otras partes del mundo, incluyendo América Latina.¹⁶⁸

32. Jorge E. Hardoy señaló que la ciudad jardín original «nunca fue trasladada a América Latina»; más bien, habría sido atraída por las ideas derivadas del «suburbio-jardín» y el «suburbio-jardín-dormitorio» para las clases media y trabajadora, respectivamente.¹⁶⁹ Sin embargo, haciendo eco de las múltiples derivaciones de la *garden city idea*, un uso lato del término en Latinoamérica ha clasificado como «ciudades jardín» ejemplos decimonónicos heterodoxos, desde «colonias» del México porfirista; incluyendo el *bairro* de Higienópolis en São Paulo, desarrollado desde la década de 1890 por los empresarios Martin Buchard y Victor Nothmann; hasta la ya mencionada «urbanización» El Paraíso, en la Caracas del novecientos. Pero independientemente de haber sido o no propias «ciudades jardín», los nuevos barrios residenciales reflejaron una inusitada modernidad burguesa, menos monumental y académica que la de los embellecidos centros de las capitales del centenario.

Quizá el caso más temprano de esta asociación con la ciudad jardín, entre premonitoria y anacrónica, haya sido El Vedado, en La Habana: uno de los tempranos suburbios de la capital cubana desarrollado desde finales de la década de 1850, el primer diseño original del ingeniero Luis Yboleón Bosque incluía algunas de las características del ensanche de Ildelfonso Cerdá (1815-76) para Barcelona, tales como las manzanas con espacio libre en los centros, definidas por avenidas arboladas, rasgos ambos asociados con el debate higienista emergente en la isla todavía colonizada. El amplio uso de parques públicos y la inclusión de áreas verdes al frente de las casas; la comunicación con el centro a través de tranvías a caballo primero, electrificados después; la inclusión de terrenos para deportes y recreación y la posterior construcción de *bungalows* fueron todos exotismos contribuyentes a etiquetar El Vedado en tanto

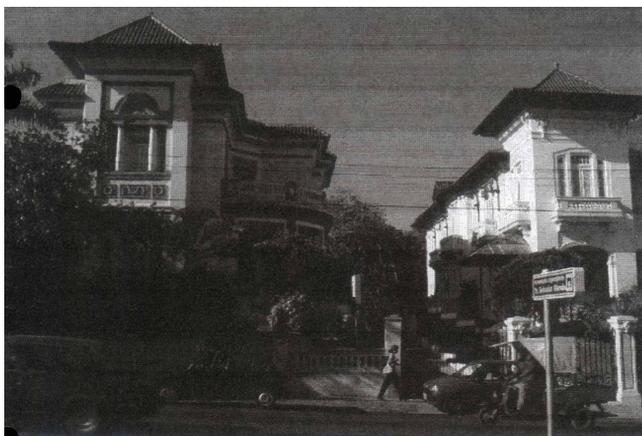
¹⁶⁷ Michel Ragon, *Histoire mondiale de l'architecture et de l'urbanisme modernes* (1971-1978). 3 ts. París: Casterman, 1991, t. II, pp. 16-17.

¹⁶⁸ P. Sica, *Storia de l'urbanistica*, t. III, p. 17.

¹⁶⁹ J. E. Hardoy, «Teorías y prácticas urbanísticas en Europa...», p. 104.

primera ciudad jardín latinoamericana (figura III.6). Sin embargo, como bien señaló Segre, El Vedado habanero no fue una «anticipación» de las propuestas de Howard, sino más bien una «síntesis» de diversas opciones de desarrollo residencial en discusión a finales del XIX en Europa y Norteamérica —incluyendo elementos del paisajismo de Frederick Law Olmsted (1822-1903), la mezcla de actividades en manzanas a la manera del ensanche de Cerdá, así como la estructura suburbana de la naciente ciudad jardín—. ¹⁷⁰ Haciendo uso de este sentido lato, el mismo Segre extendió tal predicado a diversos suburbios ajardinados que buscaron mejores condiciones higiénicas e integración con la naturaleza en diferentes capitales latinoamericanas, incluyendo El Cerro en la misma Habana, Palermo y Belgrano en Buenos Aires, Pocitos y Carrasco en Montevideo, así como Flamengo y Botafogo en Río. ¹⁷¹

FIGURA III.6



Avenida de los Presidentes, Vedado, La Habana, con mansiones de la década de 1920. Cortesía del archivo Roberto Segre.

¹⁷⁰ Roberto Segre, «Cerdá en el Mar Caribe», *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, vol. 32, n° 125, Madrid: Ministerio de Obras Públicas (MOPU), 2000, pp. 571-576, 573; Roberto Segre y Sergio Baroni, «Cuba y La Habana. Historia, población y territorio», *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, vol. 30, n° 116, Madrid: Ministerio de Obras Públicas (MOPU), 1998, pp. 351-379, 370.

¹⁷¹ Roberto Segre, «América Latina: urbanidad del siglo XXI. Suburbios, periferias, franjas y archipiélagos», en Raúl Rispa (ed.), *Iberoamérica. Arquitectura 2001-2002. III Bienal Iberoamericana de Arquitectura*. Madrid y Sevilla: Ministerio de Fomento, Tanais, 2002, pp. 36-43, 36-37.

33. Un caso similar de asociación con elementos exóticos a la arquitectura colonial, como los *chalets* y las villas, ocurrió en El Paraíso de Caracas, el cual fue el primer barrio burgués que retoñó al suroeste del centro tradicional, en terrenos de una antigua hacienda adquirida por los empresarios de tranvías. Desde mediados de la década de 1890, «Ciudad Nueva», nombre original del suburbio, fue concebida como zona residencial de caché, con modernas redes de servicios de aguas, cloacas y electricidad, así como un novedoso trazado de jardinería y rotondas. El desarrollo fue acelerado por el terremoto de 1900, apurando a algunas familias burguesas a construir viviendas prefabricadas importadas de Inglaterra y Estados Unidos por los ingenieros Roberto García (1841-1936) y Alberto Smith (1861-1942).¹⁷² Si El Paraíso ha sido ocasionalmente etiquetado como «ciudad jardín», probablemente se deba a la incorporación de modernos servicios y elementos foráneos en las afueras de una capital como Caracas, que lejos de alcanzar los 100.000 habitantes como sus congéneres latinoamericanas, apenas había traspasado su damero colonial y alterado su silueta para comienzos del siglo XX.¹⁷³

No obstante ese rezago, una referencia curiosa en el caso caraqueño fue la temprana noticia sobre la constitución de la Garden City Association, publicada el 15 de septiembre de 1899 en el ya mencionado *El Cojo Ilustrado*. Sin identificar los progenitores ingleses del modelo, las nuevas experiencias con las ciudades jardín fueron reportadas muy tempranamente en la revista, aunque solo como concreción de la «ciudad ideal» concebida por el geógrafo francés Elisée Reclus (1830-1905).¹⁷⁴

Garden City será la ciudad modelo, la ciudad tipo, ideal, construida con perfecta sujeción á los principios higiénicos, con todos

¹⁷² Véase en este sentido Enrique Bernardo Núñez, *La ciudad de los techos rojos* (1947-49). Caracas: Monte Ávila Editores, 1988, p. 255; Ermila Troconis, *Caracas* (1992). Caracas: Grijalbo, 1993, p. 190. Respecto del desarrollo de la urbanización, véase Beatriz Abache de Vera, *El Paraíso de ayer y de hoy (1895-1995)*. Caracas: Fundarte, 1995.

¹⁷³ Las referencias a El Paraíso en tanto supuesta «ciudad jardín» pueden sobre todo encontrarse en libros de crónicas, como Guillermo J. Schael, *Caracas. La ciudad que no vuelve*. Caracas: 1968, p. 12.

¹⁷⁴ A partir de ideas republicanistas, Elisée Reclus evolucionó hacia el anarquismo. Durante la década de 1860 colaboró con Bakunin y asistió a la Primera Internacional; desde los 1890 enseñó Geografía Comparativa en Bruselas. Entre sus obras principales se cuentan *La Terre, description des phénomènes de la vie du globe* (1867-68), *Géographie universelle* (1875-94) y *L'homme et la Terre* (1905-08).

los perfeccionamientos de la ciencia. Cada edificio privado reunirá las ventajas de la casa de la ciudad y de la casa de campo.

Las calles serán espaciosas. En cada uno de los distritos se construirá un inmenso parque, abierto para el público. En el centro de la ciudad habrá un gran jardín, alrededor del cual se edificarán una biblioteca, un teatro, un museo, un hospital, el ayuntamiento y un «music-hall».¹⁷⁵

A juzgar por esta descripción del centro de la ciudad jardín, los más de los rasgos coinciden con la disposición espacial de la propuesta de Howard, aunque el magacín no lo nombrara.¹⁷⁶ Pero el verdadero significado del modelo, ya reconocido como inglés, sería elogiado años más tarde en *El Cojo Ilustrado*: combinando la comodidad de la urbanización con la salubridad de la vida campestre, las ventajas de las ciudades jardín fueron contrapuestas a los inconvenientes de las hacinadas metrópolis; en estas había densidades que iban de los 3.810 hab./ha de Nueva York, a los 400 hab./ha de París, mientras que, supuestamente, las ciudades jardín solo alcanzaban 18 hab./ha y una tasa de mortalidad de 5 por mil.¹⁷⁷ Si bien este análisis era más cónsono con el significado alcanzado por la ciudad jardín en tanto propuesta de expansión suburbana, el razonamiento era algo simplista, dado que el nuevo asentamiento era contrastado solo con las densidades en el centro de la metrópolis, sin considerar las intermedias de otros distritos. Este tipo de comparación reducida es, por demás, sintomática de la comprensión parcial de los nuevos modelos urbanos en el incipiente debate urbanístico venezolano, tal como ocurría en otros rezagados países latinoamericanos.

34. Quizá los proyectos más directamente relacionados con los principios de la ciudad jardín inglesa fueron algunos nuevos suburbios de São Paulo, tales como Jardim América, desarrollado en 1915 con la participación de Richard Barry Parker (1867-1941), quien fuera responsable, junto a sir Raymond Unwin (1863-1940), de materializar la propuesta original de Howard en Inglaterra. En este sentido, no debe olvidarse que, tal como Peter Hall ha señalado con relación al suburbio

¹⁷⁵ *El Cojo Ilustrado*, VIII, 186, Caracas: septiembre 15, 1899, p. 621.

¹⁷⁶ Tal como señala Howard en *Garden Cities of To-morrow*, pp. 14-16: «In the centre is a circular space containing about five and a half acres, laid out as a beautiful and well-watered garden; and, surrounding this garden, each standing in its own ample grounds, are the larger public buildings — town hall, principal concert and lecture hall, theatre, library, museum, picture-gallery and hospital».

¹⁷⁷ *El Cojo Ilustrado*, XXII, 514, Caracas: mayo 1, 1913, p. 263.

Hampstead Garden de Londres (1905-9) y otros proyectos emprendidos por los famosos socios, «la arquitectura Unwin-Parker vistió el esqueleto de Howard tan memorablemente que, desde entonces, la gente pudo apenas distinguir el uno del otro».¹⁷⁸

El contacto inicial fue establecido por una compañía privada fundada en Inglaterra por empresarios brasileños en 1911, con capital inglés y francés, la City of São Paulo Improvements and Freehold Land Company Limited, también conocida como Companhia City, la cual estaba asociada con la brasileña Light and Power. Esta última monopolizaba los servicios de transporte y electricidad, mientras que el gobierno estatal paulista era responsable por el saneamiento.¹⁷⁹ Unwin y Parker fueron contactados en 1915 para desarrollar los afluentes suburbios de Jardim América, Pacaembú y Anhangabaú, las áreas de clase media de Alto da Lapa, Bela Aliança y Alto de Pinheiros, así como las más proletarias de Vila Romana y Butantã.¹⁸⁰ Durante su estancia en São Paulo entre 1917 y 1919, Parker trabajó en los proyectos de clase media y alta, elaborando la propuesta original de Unwin para Jardim América, un vecindario suburbano de novedoso trazado que incluía áreas comunes y amplios *driveways* frente a las casas (figura III.7).¹⁸¹

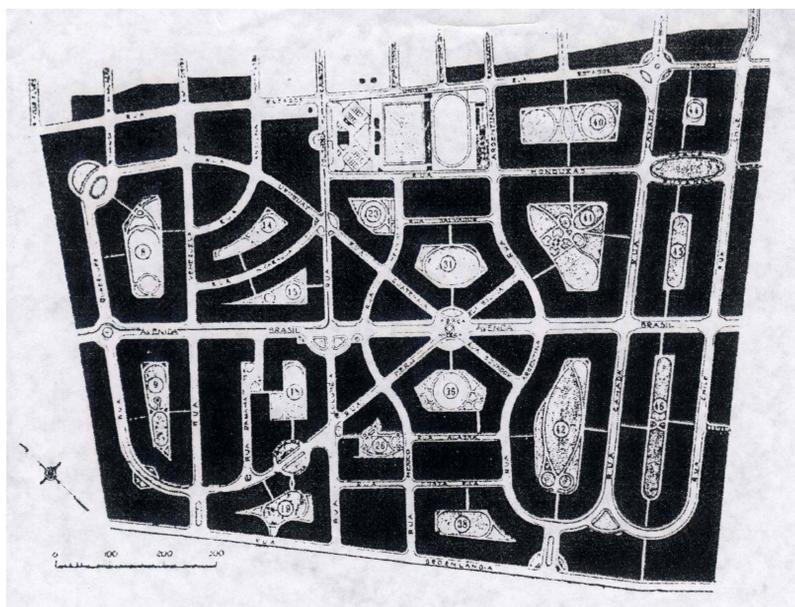
¹⁷⁸ P. Hall, *Cities of Tomorrow...*, p. 97; mi traducción de: «Unwin-Parker architecture clothed the Howard skeleton so memorably that, ever after, people could hardly distinguish one from the other».

¹⁷⁹ C. M. Campos, *Os rumos da cidade...*, p. 236.

¹⁸⁰ M. C. da S. Leme (ed.), *Urbanismo no Brasil 1895-1965*, pp. 300-301.

¹⁸¹ H. Segawa, «1911: Bouvard em São Paulo», pp. 34-35. Véase también la tesis doctoral inédita de Carlos Roberto Monteiro de Andrade, «Barry Parker, um arquiteto inglês na cidade de São Paulo». São Paulo: Universidade de São Paulo, 1998.

FIGURA III.7



Plano de Jardim América, São Paulo, circa 1915, por Barry Parker y Raymond Unwin. Tomado de Arturo Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002). Londres y Nueva York: Routledge, 2010.

Seguidos de los esfuerzos administrativos del líder municipal Luiz Anhaia Mello (1891-1974), la legislación local de 1913 posibilitó cambios en el trazado de São Paulo, al permitir reducciones en la longitud de las calles así como alteraciones a la ortogonalidad de los bloques, todas modificaciones dirigidas a allanar el camino para implantar las tempranas propuestas de Bouvard ya referidas.¹⁸² Habiendo contribuido a diversificar los patrones residenciales en otros proyectos urbanos en los que participó, como Pacaembú —donde una avenida Cidade Jardim fue inaugurada en la década de 1920¹⁸³—, los *bairros-jardins* de Parker influyeron sobre arquitectos locales como Henrique Pujol, quien más tarde trabajó en el mismo esquema en Jardim Europa, así como en otros desarrollos para la clase trabajadora.

La renovación del trazado y paisajismo, las actividades funcionales y el vocabulario arquitectónico hicieron de los nuevos *bairros-jardins* atractivos refugios para una burguesía paulistana deseosa de abandonar

¹⁸² C. M. Campos, *Os rumos da cidade*, p. 238.

¹⁸³ A. R. Porto, *História urbanística da cidade de São Paulo (1554 a 1988)*, p. 129.

el congestionado centro de negocios y guetos; porque la locomotora del Brasil estaba ya cargada de inmigrantes de provincia y el exterior que remontaron su población a 600.000 habitantes para 1920, gracias en parte al exitoso programa sanitario de entre siglos. Tal como señala Margareth da Silva Pereira, desde entonces São Paulo semejóse más a las ciudades norteamericanas, en el sentido de exhibir su novedosa prosperidad en los suburbios residenciales más que en la «ciudad histórica» central, la cual había sido foco de atención de la visita de Bouvard en 1911.¹⁸⁴ La urbanización de los *bairros-jardins* sería completada después de los treinta, cuando parte del núcleo comercial y de los jardines comunes propuestos por Parker fueron reemplazados por actividades propiamente residenciales.¹⁸⁵

34. El uso lato y prolongado del término para otras capitales latinoamericanas llevó a seguir etiquetando como «ciudades jardín» los suburbios no trazados ya según los patrones ortogonales y compactos de los daderos coloniales y ensanches decimonónicos. En este sentido, Hardoy señaló que durante las tres primeras décadas del siglo XX, algunas de las nuevas «urbanizaciones» integraron antiguos poblados foráneos a las capitales expansivas, produciendo una «imagen de ciudad jardín»; este habría sido el caso de San Isidro y Orrantía, conectados al centro de Lima por la avenida Arequipa, trazada en 1917. Otro ejemplo en este sentido serían los desarrollos suburbanos a lo largo del Río de La Plata, al norte de Buenos Aires.¹⁸⁶ Después de la construcción del parque Forestal y de la canalización del río Mapocho, en el marco de las celebraciones del centenario republicano en Santiago que propiciaran un primer movimiento residencial hacia el sur de la Alameda, la expansión burguesa ocurrió hacia el este de la capital chilena, con ajardinados barrios como El Golf y Los Conquistadores.¹⁸⁷

Si bien colonias del México porfirista fueran referidas en tanto «ciudades jardín», tal como ya se indicó, algunos de los principios angloamericanos terminaron siendo adoptados más bien hacia los años veinte, en las colonias de Roma, Santa María y Condesa (figura III.8); una arquitectura dubitante entre el neocolonial californiano y el Art Déco, el modernismo racionalista y el estilo internacional, rodeada de

¹⁸⁴ M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», pp. 95-96.

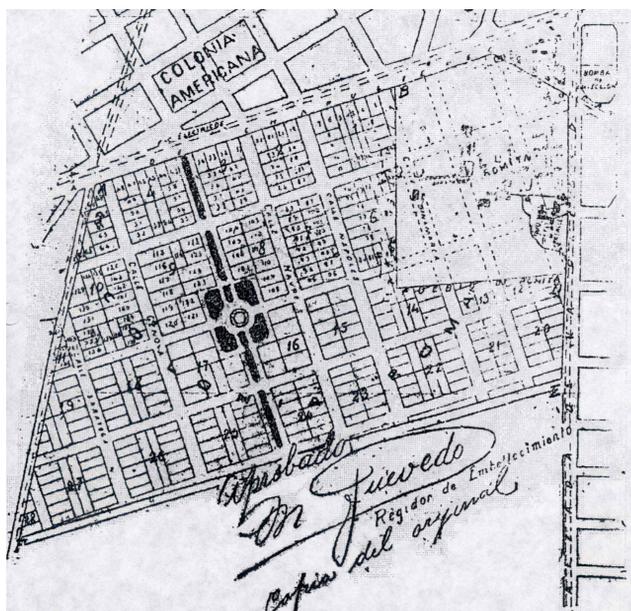
¹⁸⁵ C. M. Campos, *Os rumos da cidade*, p. 240.

¹⁸⁶ J. E. Hardoy, «Las ciudades de América Latina a partir de 1900», p. 269.

¹⁸⁷ F. Pérez Oyarzún y J. Rosas Vera, «Cities within the City...», pp. 120-127.

abundantes parques y jardinería, contribuyó a la extranjerizada imagen residencial durante los primeros lustros revolucionarios.¹⁸⁸ Más tarde, el modelo de ciudad jardín también influyó en el arquitecto José Luis Cuevas, en sus proyectos para las colonias de Lomas de Chapultepec (1922) e Hipódromo Condesa (1926), aunque el caso supuestamente más apegado al modelo original de Howard sea el de Orizaba, en Veracruz, también conocida como «colonia ferrocarrilera».¹⁸⁹

FIGURA III.8



Plano de Colonia Roma, Ciudad de México, circa 1902. Tomado de Arturo Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002). Londres y Nueva York: Routledge, 2010.

¹⁸⁸ Véase en este sentido R. Gutiérrez, *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica*, pp. 517-518; C. McMichael Reese, «Urban Development of Mexico City, 1850-1930», pp. 158-160. Respecto del estilo colonial californiano en tanto «última manifestación de la ideología nacionalista revolucionaria», véase François Tomas, «México. 1920-1949: la primera modernidad arquitectónica», en José Luis Cortés (coord.), *París-México. La primera modernidad arquitectónica*. México: Instituto Francés de América Latina (IFAL), Colegio de Arquitectos de México, Sociedad de Arquitectos Mexicanos (CAM-SAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (UAM-X), 1993, pp. 61-88, 69-71.

¹⁸⁹ G. Sánchez Ruiz, *Planeación moderna de ciudades*, p. 257.

Más allá del ámbito capitalino, una proyección interesante de la ciudad jardín y otras ideas del *town and country planning* británico puede encontrarse en los asentamientos desarrollados por la compañía Parana Plantations en el homónimo estado brasileño, entre 1924 y 1944. Al fundarse y crecer en áreas interioranas de vastos parcelamientos rurales, establecimientos como Londrina, Cambé y Rolândia, pudieron casar las ventajas de ciudad y campo, según el desiderátum howardiano, mientras hacían uso del trazado ferroviario en tanto ejes o nodos estructuradores de la forma urbana.¹⁹⁰

Con todo y la difusión de las supuestas ciudades jardín en las afueras de metrópolis criollas decantadas ya por los atributos suburbanos del *planning* anglosajón, la predominancia gala en el emergente urbanismo de Latinoamérica explica no solo la preferencia de esta última en los centros, sino también equivocidades técnicas atribuibles a factores culturales y geopolíticos de la *Belle Époque*. A pesar de su relativo retraso con respecto a las reformas y legislaciones sanitarias y habitacionales en Gran Bretaña y Alemania antes de la Primera Guerra Mundial,¹⁹¹ Francia mantuvo su prestigio en el diseño urbano, ganado desde el siglo XIX, prolongando su seductora influencia en el repertorio academicista de las capitales latinoamericanas embellecidas en el centenario. Si bien ese fulgor sería eclipsado a partir de los años veinte, cuando nuevos modelos urbanísticos habrían de ser incorporados al planeamiento de las capitales, la Ciudad Luz continuaría como numen y meca de la retórica del Beaux-Arts, tal como ocurriría con el imaginario estético de la Bella Époque latinoamericana, condensada en los centros monumentales, aunque asomando ya arreboles crepusculares.

¹⁹⁰ Tal como lo plantea Renato Leão Rego, *As cidades plantadas. Os britânicos e a construção da paisagem do norte do Paraná*. Maringá: Edições Humanidades, 2009, pp. 174-177; valga hacer notar que la transferencia explorada por el autor se refiere también a otras ideas del *town and country planning* del período, incluyendo región y cinturón verde.

¹⁹¹ Véase en este sentido, por ejemplo, A. Sutcliffe, *Towards the Planned City...*, pp. 190-194; F. Choay, «Pensées sur la ville, arts de la ville».

EL «BUMBURISMO» DE LOS AÑOS LOCOS

You have invented a very useful younger brother called Ernest, in order that you may be able to come up to town as often as you like. I have invented an invaluable permanent invalid called Bunbury, in order that I may be able to go down into the country whenever I choose. Bunbury is perfectly invaluable...

ALGERNON A JACK, EN OSCAR WILDE,
The Importance of Being Earnest (1896), acto I

Todas las cosas en veloz huida hacia Lima: casas y árboles. La colilla del cigarro de Teddy siguió, dos segundos, los noventa kilómetros del Packard. La mañana partida en dos, como una sandía por el auto. De pronto, sin avisar a nadie, Petronio enderezó al Country. La avenida, rápida y airosa, se enrolló al cuello de Teddy como una bufanda.

JOSÉ DIEZ CANSECO, *Duque* (1934)

35. A pesar del éxodo de las élites hacia los suburbios modernos y extranjerizados, no todos los atributos económicos, funcionales y recreacionales del centro histórico les eran prescindibles. Puede decirse que el dilatado crepúsculo de la Bella Época latinoamericana estuvo atravesado, en lo que a la expansión urbana concierne, por cierta tensión entre los valores y las ventajas de aquel centro antañón pero bullente, por un lado, y las novedosas formas residenciales y recreacionales del ajardinado suburbio burgués, por el otro. Si se nos permite la digresión, acaso esa tensión sea análoga al *bunburism* acuñado por Oscar Wilde (1854-1900) en *The Importance of Being Earnest* (1892), donde se escenifica, en jugoso argumento para la comedia de enredos, el desdoblamiento de roles de los londinenses de marras entre el *town* y los *suburbia*. Como prefigurando, en clave teatral, el ya referido matrimonio de atributos de la ciudad jardín de Howard, allí reivindica el personaje de Algernon ante Jack —en el pasaje que sirve de epígrafe a esta sección y que ahora traducimos— la conveniencia de maridar esas alteridades entre campo y ciudad: «Tú has inventado un hermano más joven, muy útil, llamado Ernesto, de manera que puedas subir a la ciudad con tanta frecuencia como desees. Yo he inventado un invalorable y permanente

inválido llamado Bunbury, para poder bajar al campo cuando yo lo elija. Bunbury es perfectamente invalorable».¹⁹²

Ya no vista desde la postura arrellanada en aristocráticos salones y clubes victorianos recreados por Wilde, sino desde la expansiva y ajetreada clase media de la Inglaterra eduardiana, esa diáspora suburbial en tensión con el tráfigo céntrico sería más tarde novelada en nuevos territorios culturales y sociales desplegados, allende las estaciones de tren y de metro, en *Howards End* (1910). Con la distinción que les ha atribuido Richard Sennett, los personajes de la novela de Edward Morgan Forster (1879-1970) se desplazan con frecuencia —más que moverse en automóvil— desde Hilton y Hertfordshire, entre otros suburbios londinenses, hasta las estaciones de Charing Cross o St Pancrass; parten de allí a sus quehaceres y negocios en Covent Garden y Oxford Street, o a sus veladas teatrales y encuentros bohemios en el Strand o Wickham Place, conectándose a través de ese Londres entre mercantil y cultural que era metrópoli crepuscular del imperio en declive.¹⁹³ Aunque se decanten ya, como buenos ingleses, por la quietud suburbana que los trenes y automóviles ponían al alcance diario en la periferia, Margaret Schlegel y otros personajes de Forster no pueden dejar de reconocer en ese babel secular, «anticipo de la civilización nómada», el escenario privilegiado del sempiterno flujo de lo urbano; como bien lo sentencia a regañadientes otro de esos personajes: «Odio este continuo flujo de Londres. Es un epítome de lo peor de nosotros: eterna informidad; todas las cualidades, bueno, malo e indiferente, fluyendo por siempre. Es por eso que le temo tanto. Desconfío de los ríos, incluso en escenografías».¹⁹⁴

¹⁹² Oscar Wilde, *The Importance of Being Earnest*, acto I, en Oscar Wilde, *Plays*. Londres y Glasgow: Collins, 1954, p. 24 (trad. del autor).

¹⁹³ Véase por ejemplo Edward Morgan Forster, *Howards End* (1910). Londres: Penguin Books, 1989, pp. 27, 29-30, 155, 274-275. Sobre la distinción entre 'moverse' y 'desplazarse', véase Richard Sennett, *Flesh and Stone. The Body and the City in Western Civilization* (1994). Londres: Faber and Faber, 1996, pp. 349-354.

¹⁹⁴ E. M. Forster, *Howards End*, p. 184 (trad. del autor): «I hate this continual flux of London. It is an epitome of us at our worst— eternal formlessness; all the qualities, good, bad and indifferent, streaming for ever. That's why I dread it so. I mistrust rivers, even in scenery». En otro pasaje observa Margaret, con sombrío tono que parece anticiparse a Spengler y Heidegger (*Ibid.*, pp. 256-257): «London was but a foretaste of this nomadic civilization which is altering human nature so profoundly, and throws upon personal relations a stress greater than they have ever borne before. Under cosmopolitanism, if it comes, we shall receive no help from the earth. Trees and meadows and mountains will only be a spectacle, and the binding force that they once exercised on character must be entrusted to Love alone. May Love be equal to the task!».

Y para no dejar de lado a otro integrante del grupo Bloomsbury al que Forster perteneciera - cuya bohemia parece haber recreado mediante algunos personajes de *Howards End* - recordemos que esa tensión entre centro y suburbio fue vivida también, de manera más dramática, por Virginia Woolf (1882-1941), mudada a Richmond por su esposo Leonard para lidiar con su trastorno bipolar y sus preferencias lésbicas. Con mucho de la *stream of consciousness* fluyente en sus novelas, desde allí añoraría la autora de *Mrs Dalloway* (1925) su casa urbana destruida durante el Blitz, así como la sofisticada intelectualidad de Bloomsbury; hasta su famoso suicidio en el río —no el urbano de Forster, en este caso— con el abrigo cargado de piedras y su ostracismo de la ciudad en guerra.

36. De manera análoga, aunque con menor crecimiento metropolitano y de infraestructura, en medio de una diferenciación social más marcada que la inglesa, hay una criolla recreación de aquella esquizofrenia urbana, por así decir, en algunas novelas latinoamericanas de comienzos del siglo XX; ellas ejemplifican esa mudanza de cultura y valores entre la Bella Época y los Años Locos, suerte de «bumburismo» entre el centro y los suburbios.¹⁹⁵ Envuelta en la progresista expansión experimentada por Lima durante el régimen de Augusto Leguía (1919-30), cuando se desarrollaron las modernas urbanizaciones de San Isidro, Orrantía y Country Club, la novela *Duque* (1934) bosqueja un retrato entre extravagante y decadente de la burguesía migrada del centro, pero tornada continuamente a él para diversiones no exentas de vicio. Entre ambos polos se mueven raudos Teddy y su corte de amigos desenfadados, petimetres mundanos y afeminados, quienes gustan de los clubes ajardinados en las confortables urbanizaciones, pero también de los céntricos fumaderos de opio y los oscuros corralones donde practicar la sodomía. Uno de esos viajes mañaneros es ilustrativo del cotidiano recorrido hecho, en lujosos automóviles de alto morro, a lo largo de avenidas que se van poblando de urbanizaciones:

Todas las cosas en veloz huida hacia Lima: casas y árboles. La colilla del cigarro de Teddy siguió, dos segundos, los noventa kilómetros del Packard. La mañana partida en dos, como una sandía por el auto. De pronto, sin avisar a nadie, Petronio enderezó al

¹⁹⁵ La denominación de «años locos» refiere básicamente a la francesa de *années folles*, así como a la inglesa *roaring twenties*. He tratado de elaborar culturalmente este período, que es más que una década, a propósito del caso caraqueño, en A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 235-241.

Country. La avenida, rápida y airosa, se enrolló al cuello de Teddy como una bufanda.

—Confusamente recuerdo carros de mulas, alumbrado de gas, calles empedradas. Esto ha progresado, ¿no es cierto, Carlos?

—Notablemente. Y el progreso nos sirve ahora para constatar que alguna vez fuimos bestias.¹⁹⁶

Como lo hiciera en el Oxford donde estudiara, en esos clubes de las novedosas urbanizaciones gusta «el hombre moderno», que Teddy proclama ser, de los *cocktails* y el *whiskey*, mientras contempla las partidas de *tennis* y de polo; pero al mismo tiempo frecuenta el *dandy* de José Diez Canseco (1904-49) la vida prostibular latente en las entrañas de la otrora capital virreinal, a la manera del Londres de Míster Hyde y el París de los cancanes. Aunque con visos más culturales, es una atracción ejercida también sobre visitantes del interior por el Ateneo y las retretas, los hoteles y cafés de La Habana tradicional, ciudad «cuya vida gravitaba en torno al ombligo social representado por el parque central»; sin excluir que la dinámica capital del primer gobierno de Gerardo Machado (1925-31), recreada por Alejo Carpentier (1904-80) en *Ecue-Yamba-Ó* (1933), ofreciera ya novedosas diversiones en los clubes de las urbanizaciones allende las murallas.¹⁹⁷

37. Novelas y ensayos ambientados en la Caracas adormecida bajo el yugo gomecista ofrecen también ejemplos del bumburismo de la élite capitalina, dubitante entre el centro y las nuevas urbanizaciones del este.¹⁹⁸ Tal como ocurre en la historia novelada de *Los Riberas* (1952), de Mario Briceño Iragorry (1897-1958), ese desdoblamiento era asimismo un cambio de piel de la oligarquía terrateniente que se tornaba burguesía petrolera: Alfonso Ribera, el joven protagonista y álgter ego del autor, llegó de los Andes cuando la capital evidenciaba la mudanza de patrones espaciales y culturales de la emergente burguesía en trance de modernización.¹⁹⁹ Quintas que exhibían un novedoso eclecticismo arquitectónico aparecían desde los años veinte hacia el este de la ciudad,

¹⁹⁶ José Diez Canseco, *Duque* (1934). Lima: Ediciones Peisa, 1972, p. 24.

¹⁹⁷ Alejo Carpentier, *Ecue-Yamba-Ó* (1933), en *Obras completas*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1983, tomo I, p. 139.

¹⁹⁸ Varios ejemplos de novelas venezolanas que recrean este proceso pueden encontrarse en las secciones «El viaje de Alfonso Ribera» y «El arrabal de la cultura europea», en A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I, pp. 73-99, de las cuales tomo aquí algunos pasajes.

¹⁹⁹ Véase la segunda y tercera partes de Mario Briceño Iragorry, *Los Riberas* (1952). Caracas: Monte Ávila, 1991, pp. 257-278, 289-301, 353-363, 492-495.

en nuevas urbanizaciones como La Florida, Country Club, La Campiña, Campo Alegre, Los Palos Grandes y Los Chorros, promovidas por Luis Roche (1888-1965), Santiago Alfonzo Rivas (1886-1968) y Juan Bernardo Arismendi (1887-1982), entre otros urbanizadores.²⁰⁰ Además de esta expansión burguesa hacia el este, El Paraíso, al suroeste, continuaba recibiendo familias distinguidas, emigradas de Altigracia y otras parroquias del congestionado centro.

Llamada a desdibujarse con los primeros síntomas de la riqueza producida por el oro negro, la pequeña Caracas entre afrancesada y andaluza que había recibido a Alfonso Ribera se dislocó no solo en su expansión hacia el este, sino también en su relativa densificación y segregación, las cuales la hicieron saltar a 135.253 habitantes para 1926.²⁰¹ Diferenciándola de la «aristocracia» de El Paraíso, bien hizo notar Rodolfo Quintero (1908-85) que en el centro de esa ciudad se encontraban otros grupos sociales con sus respectivas culturas urbanas: la «pequeña burguesía» de los «techos rojos», que podemos ver como la clase media remanente en Altigracia y otras congestionadas parroquias tradicionales; así como el emergente proletariado de las «casas de vecindad» proliferantes desde comienzos de siglo en San José, La Candelaria y San Juan, donde convivían trabajadores y estudiantes venidos del interior.²⁰² Apegados en buena medida a la herencia española y francesa, esos grupos se contraponían a la americanizada burguesía petrolera emigrante hacia las urbanizaciones del este, cuyo retrato temprano fue bosquejado por Quintero con los siguientes rasgos de esnobismo:

Apareció un nuevo tipo de rico diferente del encerrado en las regias mansiones de El Paraíso: que abrió las puertas de su residencia y dejó que los curiosos vieran y admiraran todo lo valioso que poseía,

²⁰⁰ El proceso de expansión urbana de la Caracas gomecista puede verse en A. Almondoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 255-260.

²⁰¹ Sobre la densificación del centro caraqueño por la población trabajadora, véase Miguel Acosta Saignes, «La vivienda de los pobres», en *Estudio de Caracas*, vol. 2.2, *Historia, tecnología, economía y trabajo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela (UCV), 1967, pp. 631-881.

²⁰² Rodolfo Quintero, *El petróleo y nuestra sociedad* (1970). Caracas: Universidad Central de Venezuela (UCV), 1978, pp. 28-30. Marcada por las tejas de arcilla usadas desde la época colonial, la imagen de los «techos rojos» —que de hecho adopté para cerrar el primer volumen de *La ciudad en el imaginario venezolano*— es tradicional en la historia y literatura locales para connotar el estadio premetropolitano de Caracas, antes de que se evidenciaran los efectos de la racha petrolera, a finales de los años veinte; véase en este sentido la clásica crónica de E. B. Núñez, *La ciudad de los techos rojos*.

que gozaba haciendo conocer su estilo de vida. Que miraba hacia el este de la ciudad y se proponía llenarlo de viviendas amplias de dos y más plantas, con muchas luces, paredes de colores chillones, cocinas de kerosene y escaparates llenos de vestidos amplios, cómodos y piezas íntimas traídos desde Nueva York.

Un rico al que le agradaba ver y ser visto en clubes y demás centros sociales, en fiestas carnavalescas y Nochebuena, en sitios abiertos para cuantos fueran poseedores de dólares, aunque de difícil acceso para los caraqueños corrientes.²⁰³

También venido de los Andes a la capital por aquellos años a estudiar, Mariano Picón Salas supo captar esa segregación geográfica y cultural de la expansiva Caracas de mediados del gomecismo, cuyos cambios atribuyó a la primera embriaguez por la riqueza petrolera. Ya por ese entonces, al decir de don Mariano, «los ingenieros de Texas que vinieron a perforar nuestro subsuelo y los *advisers* políticos que toda compañía americana paga para entenderse con la mañosa gente criolla», cortejaban al Benemérito en busca de concesiones a cambio de *royalties*. «Gente que ni siquiera se había capacitado para ser rica, saltando todas las etapas sociales y culturales, se veía de pronto con una ingente masa de millones». Adelantándose a los venezolanos que hasta entonces socializaban en botillerías españolas y clubes de las capitales provinciales, saboreando *cognac* Henessy y «capitosos vinos andaluces», los caraqueños comenzaron a beber *whisky and soda* en las *parties* de los novedosos *clubs* de las urbanizaciones del este;²⁰⁴ allí la muchacha nadadora o tenista tenía «más validez social que la recitadora», hizo notar Picón Salas, como declarando el fin de la cultura de salón ante el esparcimiento deportivo y suburbano, al tiempo que el «infeccioso mal gusto de gentes que necesitaban mostrar su dinero, se vertía en algunas quintas de las urbanizaciones». Mientras algunas cabezas de esa hidra capitalina crecían y se aburguesaban, en las pulperías de Catia y otros barrios populares del oeste desde donde el pueblo caraqueño «asistía mudo y desengañado a esta bacanal de los ricos», rayaba «su canción

²⁰³ R. Quintero, *El petróleo y nuestra sociedad*, p. 33.

²⁰⁴ M. Picón Salas, *Regreso de tres mundos*, en *Autobiografías. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1987, t. I, p. 169; «Caracas en cuatro tiempos», en *Suma de Venezuela*, pp. 244-5, p. 248. La imagen del *whisky* parece ser para Picón Salas uno de los símbolos de la nueva cultura petrolera, cargada de novelorías y despilfarro. Además de su reiterado uso en la novela *Los tratos de la noche* (1955), véase por ejemplo «Almanaques» (octubre 14, 1951), en *Suma de Venezuela*, p. 315.

mexicana o su tango argentino la última vitrola...», recordó Picón sobre la Caracas de techos rojos.²⁰⁵

38. En *La trepadora* (1925), Rómulo Gallegos ofrece también vívido testimonio de aquel señalado episodio de la segregación urbana caraqueña, que era a la vez una mudanza cultural. La burguesía de El Paraíso deslumbró a Victoria Guanipa, pizpireta protagonista de la novela, cuando arribó a la capital procedente de la hacienda de su padre, y fue a visitar en compañía de su abuela el vetusto pero chic suburbio de la Bella Época. Allí vivían los Alcoy, parientes ricos de la madre de Victoria, en cuyo *chalet* cenaban con frecuencia los caballeros vestidos de *smoking* y las damas trajeadas al último grito parisino: no ya encorsetadas a la usanza del novecientos, sino más bien con el desenfado de Coco Chanel (1883-1971) o Jean Patou (1880-1936). Al divisar en los jardines de Villa Alcoy a algunas de sus primas jugando *tennis* en la cancha mientras otros parientes tomaban té en la glorieta, Victoria sintió un súbito deseo de trasponer los umbrales de la quinta, buscando involucrarse en «el dorado mundo donde se agitaban las Alcoy»; fue un impulso refrenado con prudencia por su abuela, hidalga habitante del centro caraqueño.²⁰⁶

Por contraste con los devaneos de Victoria al arribar del interior venezolano, el oscurantismo de la capital dictatorial fue especialmente padecido por caraqueños cosmopolitas, con anhelos allende el reducido confín impuesto por el régimen represivo. Fue un conflicto recreado en el realismo literario de la era gomecista, así como la frustración por la falsa modernidad capitalina había aparecido en el modernismo del novecientos. El espejismo progresista del pequeño París de los trópicos se desvaneció ante María Eugenia Alonso —protagonista de *Ifigenia* (1924), de Teresa de la Parra (1889-1936)— al retornar a la pacata capital venezolana, tras muchos años de educación europea. Si Alberto Soria hubo de dramatizar la frustración cultural de los intelectuales en la ciudad posguzmancista, María Eugenia encarnó el sacrificio de la joven librepensadora en la Caracas gomecista, tal como lo atestiguan muchas escenas de la novela. Así por ejemplo, poco después de su llegada, al

²⁰⁵ Sobre los tempranos efectos socioculturales de la bonanza petrolera en la burguesía venezolana, véase por ejemplo E. Pino Iturrieta, *Venezuela metida en cintura: 1900-1945*, pp. 62-64.

²⁰⁶ Rómulo Gallegos, *La trepadora*. Madrid: Espasa-Calpe, 1982, pp. 156-158. En este sentido, las descripciones de la Caracas de Victoria pueden ser ampliadas en Carlos Eduardo Misle (Caremis), *La Caracas de Rómulo Gallegos*. Caracas: Cuadernos Lagóven, 1986, pp. 52-67.

volver a visitar el centro de la capital de techos rojos con su abuela, María Eugenia no pudo percibir animación o pintoresquismo algunos; por el contrario, la Caracas de sus reminiscencias infantiles ahora solo «resultaba ser aquella ciudad chata», tristemente andaluza, «que se había adormecido bajo el bochorno de los trópicos».²⁰⁷

A diferencia del escapismo de los lechuguinos en las novelas modernistas, así como del *spleen* y la nostalgia de María Eugenia Alonso, cuando Victoria Guanipa llegó por primera vez a Caracas mostró, como ya advertimos, cierto entusiasmo con la capital del país que se tornaba petrolero, acaso por su procedencia de una hacienda en la provincia venezolana. Pero también, tal como he apuntado en otro texto, la diferencia más significativa entre las dos señoritas, llegadas por los mismos años a la ciudad, era que la Caracas de María Eugenia todavía miraba hacia París y la cultura crepuscular de la *Belle Époque*, mientras que Victoria llevaba en mente Nueva York como nueva meca de modernidad metropolitana.²⁰⁸ Jalonando el arco de vida de Alfonso Ribera y su familia, así como las memorias de Picón Salas en la Caracas gomecista, las mitologías de María Eugenia y Victoria personifican el final de la Bella Época y el auge de los Años Locos en tanto *Zeitsgeist* dominado por el progresismo yanqui y la cultura suburbana.

39. En un como bumburismo inverso entre los conventillos y *cités* arrabaleros y los clubes y hoteles del centro santiaguino - entre los que su vida trócase de «pobretona» matinal a «señorita» vespertina de vinoso apellido venido a menos - Teresa Iturrigorriaga ilustra también los roles contrapuestos y pujantes en la metrópoli segregada en trance de masificación. La heroína balzaciana retratada por Joaquín Edwards Bello (1887-1968) en *La chica del Crillón* (1935) es sin duda un personaje plenamente urbano, aunque las penurias económicas le hagan sentir, en las horas menguadas de la desheredad, que la ciudad es «un paisaje árido; cada hombre una roca, cada mujer un torrente o una fiera; cada calle un precipicio natural»; y buena parte de esa urbanidad secular viene precisamente de su doble condición, sujeta a las antípodas cotidianas entre las que transcurre su vida, atribulada y chispeante a la vez.

Mi vida se divide en dos fases: en la mañana salgo a comprar, de bata; después hago la comida o remiendo tiras. Las vecinas conocen mi escasa ropa y, cuando me ven pasar, hacen guiños y me llaman: *la*

²⁰⁷ Teresa de la Parra, *Ifigenia* (1924). 2 ts. Caracas: Monte Ávila, 1986, t. I, p. 76.

²⁰⁸ R. Gallegos, *La trepadora*, pp. 150-156, 171-177.

de la bata crema. No saben quién soy en la calle Romero. Al atardecer me quito la bata, me pongo el traje café o el negro y salgo de estos cités y conventillos para penetrar en el centro. Habrá muchas falsas señoritas como yo, que no quieren perder el brío del mundo y las costumbres sociales. En el centro vuelvo a ser Teresa Iturrigorriaga, parienta de políticos, de cosecheros, de abogados. Mis padres, mis abuelos, mis tatarabuelos fueron ricos, por eso sé hacerme la oligarca, aunque vivo al día, con todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de las ricas. No hay plata, pero me las arreglo y le digo al papá que trabajo a contrata en un departamento fiscal. El arrabal tiene también sus encantos; aquí los ojos de los pobres no tienen esos resplandores de odio que los alumbran en el centro, haciéndolos parecerse a los ojos de los lobos.²⁰⁹

Por un lado está así el personaje distinguido pero de precaria condición, perteneciente a la galería de pobretones en los conventillos santiaguinos, expandidos y mudados ya a los arrabales; por otro está —un poco como María Eugenia Alonso en *Ifigenia*— la señorita desenfadada y pizpireta, que desde el céntrico crisol del americanizado hotel, conoce los esplendores y miserias de los «nuevos ricos» de Providencia y otras comunas elegantes al este de Santiago, algunos de quienes comentan que «París es ahora más aburrido que Chile». No obstante la fascinación de la *flapper* por los vestidos de Patou y Chanel llevados por sus anfitrionas en las *cocktail parties* del gran mundo capitalino, bien señala Avaria que, más allá de su aparente frivolidad, «Teresa es una sólida y emancipada figura femenina, sin perder su carácter ficticio, al parecer creado para someter a escarnio a la clase alta santiaguina y sus seguidores siúticos».²¹⁰

Volviendo la mirada a los tapices de las ciudades latinoamericanas elaborados por José Luis Romero, puede decirse que, quizá en una variedad menor que la comedia humana contemplada por Teresa en el Crillón, las diferentes impresiones de María Eugenia y Victoria frente a la capital venezolana, así como las de Teddy y su corte de dandis en la Lima de Leguía, ilustran todas el tránsito del «ocio escapista» y europeizado del patriciado oligarca de entre siglos, hacia emergentes actitudes y valores de la burguesía americanizada que anuncia la ciudad

²⁰⁹ Joaquín Edwards Bello, *La chica del Crillón* (1935). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2010, pp. 20-24.

²¹⁰ Antonio Avaria, «Prólogo» a Joaquín Edwards Bello, *La chica del Crillón* (1935). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2010, pp. 9-16, 11; J. Edwards Bello, *La chica del Crillón*, pp. 25, 30, 42-46, 57-58.

de masas latinoamericana.²¹¹ Transitando a la vez entre los imaginarios de la Bella Época y los Años Locos, los devaneos espaciales y culturales de los personajes de Diez Canseco y Carpentier, de Briceño Iragorry, Gallegos y De la Parra, escindidos todos entre los céntricos corralones y las casonas de techos rojos, por un lado, y los clubes y las mansiones suburbanas, por el otro —aunque estos valores se inviertan espacialmente en la novela de Edwards Bello—, son apenas algunos ejemplos de un bumburismo, heredero de Wilde y Forster, por ser explorado, a mi juicio, para otras ciudades latinoamericanas.²¹² Quede por ahora como contribución este paisaje primordialmente caraqueño que se ha tratado de bosquejar, donde —para seguir con las imágenes de Picón Salas— en los clubes y las piscinas suburbanas, las deportivas mujeres y los hombres de negocios clausuraban los lánguidos y caballerosos entretenimientos de salón, *rendez-vous* favorito de la Bella Época criolla.

²¹¹ J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 262-263; me refiero también, por supuesto, a los grandes períodos identificados por el autor.

²¹² Obviamente, más allá de las breves referencias dadas en esta sección a propósito de Lima, Santiago, La Habana y Caracas, debe haber otros ejemplos por explorar en la novelística latinoamericana para ilustrar este bumburismo y los cambiantes valores y formas de entretenimiento de la burguesía suburbana.

CAPÍTULO IV

MASIFICACIÓN, URBANISMO
Y PLANES MANIFIESTOS

Dejé París, sin un dolor, sin una lágrima. Mis veinte años de París, que yo creía que eran unas manos de hierro que me sujetaban al solar luteciano, dejaron libre mi corazón. Creí llorar y no lloré.

RUBÉN DARÍO, *La vida de Rubén Darío por él mismo* (1912)

El despliegue de nuestras veinte banderas de la Unión Panamericana de Washington deberíamos verlo como una burla de enemigos hábiles. Sin embargo, nos ufanamos, cada uno, de nuestro humilde trapo, que dice ilusión vana, y ni siquiera nos ruboriza el hecho de nuestra discordia delante de la fuerte unión norteamericana. No advertimos el contraste de la unidad sajona frente a la anarquía y soledad de los escudos iberoamericanos...

JOSÉ VASCONCELOS, *La raza cósmica* (1925)

DE CALIBÁN A PRÓSPERO¹

1. El ocaso de la Bella Época y el tránsito hacia lo que estamos dando en llamar los Años Locos, no era solo, por supuesto, una mudanza en la relación de las élites con el centro y los suburbios, sino, primordialmente, un desplazamiento de polos de modernidad y de formas civilizadoras asociadas. Se enmarcaban todos esos signos en los cambiantes bastidores geopolíticos antecedentes a la Primera Guerra Mundial (1914-18), así como en la tramoya subsiguiente. Además de la activación de la doctrina Monroe propiciada por Estados Unidos desde finales del siglo XIX, seguida del ya referido expansionismo de McKinley y Roosevelt en el Caribe,² el relevo gringo en el fracasado proyecto de Ferdinand de Lesseps (1805-94) para el canal de Panamá, finalmente atravesado por vez primera en 1914, consolidaron todos la tutela del Coloso del Norte en Latinoamérica al inicio de la Gran Guerra.

El ensayista ecuatoriano Juan Montalvo (1833-89), cuyo liberalismo romántico y afrancesado lo ha hecho pasar tradicionalmente por

¹ Pasajes de esta sección y algunas de las siguientes fueron incluidos en el capítulo A. Almandoz, «De Calibán a Próspero...».

² Véase *supra* «A la sombra del coloso».

precursor del arielismo, había empero exhortado al continente, en los años de la doctrina Monroe cuando la empresa del canal era empuñada por los gringos, a aliarse «con los Estados Unidos y trabajar con ellos en esa obra. Así debe ser, y tan así que lo contrario sería faltar al americanismo (...). Los europeos nos quieren para esclavos, con los americanos seríamos ciudadanos». Era este, como bien ha señalado Arturo Andrés Roig, un premonitorio planteamiento contra el colonialismo europeo al tiempo que en pro del venidero arielismo, «pero sin la dosis de desconfianza respecto de la cultura norteamericana que hay en Rodó y sin la denuncia del imperialismo yanqui que hay en Rubén Darío». ³

Incluso en Colombia, despojada de Panamá después de la Guerra de los Mil Días (1899-1902), los gringos fueron logrando una penetración y modernización en el sector económico y financiero que alcanzaría su cúspide con la llegada de la misión Kemmerer en 1921, abocada a crear el Banco de la República y la Superintendencia Bancaria. Habiendo recibido una indemnización de 25 millones de dólares por la pérdida de la otrora provincia en el istmo, tal reforma aceleró la así llamada «Danza de los Millones», cuya bonanza hasta la Gran Depresión fue en buena medida posibilitada por la penetración de inversión norteamericana en la economía neogranadina, que pasó de 4 millones de dólares en 1913 a 280 millones en el 29. ⁴ En los vecinos, mientras tanto, la tutela geopolítica afirmada con la inauguración comercial del canal en 1920, fue respaldada con el flujo de empréstitos y el establecimiento de empresas estadounidenses, emblematizadas por la United Fruit Company en países de Centroamérica, así como con las compañías mineras en otras repúblicas latinoamericanas, incluyendo las

³ Arturo Andrés Roig, *El pensamiento social de Juan Montalvo. Sus lecciones al pueblo* (1984). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Subsede Ecuador, Corporación Editora Nacional, 1995, pp. 75, 77; la cita de Montalvo está tomada del texto de Roig.

⁴ Javier Ocampo López, *Historia básica de Colombia* (1994). Bogotá: Plaza & Janés, 2007, pp. 274-275, 279. Tal como resume A. M. Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos...*, p. 51: «La definición de un régimen regulador de la actividad bursátil estatal, manifestada en la creación del Banco de la República y de la Superintendencia Bancaria, sentó las bases de lo que posteriormente sería la ‘Danza de los Millones’ o de la ‘Prosperidad al Debe’, como se le denominó al acelerado desarrollo que sufrió el país entre 1925 y 1929 como resultado de la entrada de más de doscientos millones de dólares al erario nacional por concepto de la mejoría en la relación de los precios internacionales, los empréstitos para obras públicas y los pagos por la pérdida de Panamá...».

petroleras en México y Venezuela.⁵ Los intereses de compañías como la Standard Oil llevaron a mejoramientos de infraestructura y campañas contra la fiebre amarilla y la malaria promovidas por el Instituto y la Fundación Rockefeller desde 1910. Operando como una penetrante diplomacia de blanco ejecutada por legiones de médicos y enfermeras, esta participación privada completó el protagonismo que en materia sanitaria y técnica venían adquiriendo los Estados Unidos desde las ya mencionadas Conferencias Interamericanas de comienzos del siglo XX.⁶

En el terreno político, además del fracaso de la reacción liderada por Huerta y apoyada por Washington para contrarrestar la Revolución mexicana, reveses de las intervenciones en la cuenca caribeña hicieron que el gobierno norteamericano, bajo presión de la opinión pública nacional, moderara su expansionismo en la región. Así por ejemplo, después de las intervenciones en República Dominicana (1905) y Nicaragua (1912), las fuerzas estadounidenses se retiraron de ambas, en el segundo caso repelidas por el movimiento de resistencia encabezado por Augusto César Sandino (1895-1934). La soberanía de los países centroamericanos terminó siendo reconocida por Estados Unidos en la Conferencia Panamericana de Washington en 1923.⁷

Soportada por el andamiaje económico y diplomático, fue sobre todo la Primera Guerra Mundial la que completó el viraje iniciado por los latinoamericanos al buscar en Estados Unidos el adelanto médico y técnico recibido antes de Europa. De allí resultó «un mejor conocimiento y un sincero cariño y admiración por las instituciones y métodos americanos», tal como reportara Purl Lord Bell (1886-1930?), comisionado comercial de Washington en Caracas, en un informe diplomático a comienzos de la década de 1920.⁸

⁵ M. Carmagnani, *El otro Occidente...*, p. 336, proporciona cifras interesantes en este sentido: «Las finanzas estadounidenses incentivan este proceso de modernización aprobando nuevos empréstitos: entre 1914 y 1929 éstos aumentan rápidamente, pasando de 365.6 a 723.9 millones de dólares, que representan casi un tercio de las inversiones estadounidenses en el subcontinente. Este nuevo ciclo supone, en efecto, una [sic] notable aumento de la actividad de los Estados Unidos en la agricultura tropical, en la producción minera, en el petróleo y en la industria manufacturera latinoamericana...».

⁶ *Conferencias Internacionales Americanas*, 1938, t. I, p. 244; C. M. Wilson, *Ambassadors in White...*, pp. 16, 326; Ricardo Archila, *Historia de la Sanidad en Venezuela*. 2 ts. Caracas: Imprenta Nacional, 1956, t. I, pp. 180-184. Véase *supra* «Reforma higiénica y habitacional».

⁷ Véase en este sentido M. Carmagnani, *El otro Occidente...*, pp. 205-206.

⁸ Purl Lord Bell, *Venezuela, a Commercial and Industrial Handbook. With a Chapter on the Dutch West Indies*. Washington: Department of Commerce,

2. Mientras los Estados Unidos asumían el *traslatio imperi* en el mundo de entreguerras, el ominoso Calibán del arielismo daba paso a un Próspero prudente y protector que presidía un cambio de elenco cultural en el prolongado crepúsculo de la Bella Época, secundado por sus contrapartes europeas.⁹ Demorando su rol decimonónico de madrina civilizadora de las repúblicas americanas, la Francia de la *Belle Époque* había sido invocada innumeradas veces, como se ha visto, en tanto aliada dilecta para confrontar el materialismo del siglo XX. La égida cultural gala entre los intelectuales latinos de la Bella Época había sido confirmada, tal como se ha visto también, en el culto a París como meca y metrópoli, llevado al paroxismo por los modernistas.¹⁰ «La moda tiene en París su imperio, y los sombreros de nuestras mujeres son flores grandes de un árbol que sólo crece allá. Francia nos enseña, nos domina, y sobre todo eso nos da algún poco de vino de Champaña. París es el centro de nuestras aspiraciones. Mentalmente somos suyos; aguardamos que nos dirija una mirada, que nos *descubra...*», había apologizado Darío a finales del siglo XIX.¹¹ La adoración religiosa de aquellos años quedó después confesa en perspectiva autobiográfica, cuando el también corresponsal y diplomático fuera despachado a Francia por vez primera:

Yo soñaba con París, desde niño, a punto de que cuando yo hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y sobre todo, era la capital del amor; el reino del Ensueño. E iba yo a conocer París, a realizar la mayor ansia de mi

Government Printing Office, 1922, pp. 23-24; mi traducción de «better acquaintance and sincere liking and admiration for American institutions and methods».

⁹ Tal como resume M. Carmagnani, *El otro Occidente...*, pp. 274-275: «Desde el estallido de la primera Guerra Mundial hasta finales de la segunda y a pesar de la creciente internacionalización del mundo con la inclusión de los Estados Unidos y Japón entre las principales potencias, persiste la concepción de un orden internacional jerárquico que tiende a privilegiar precisamente a las grandes potencias. Los Estados Unidos no se limitan a compartir esta visión, sino que reactualizan la antigua idea del *traslatio imperi* sosteniendo que el centro de la civilización occidental se ha desplazado desde la vieja Europa a los Estados Unidos. Y la idea de decadencia de Europa ejerce también en los países latinoamericanos, los cuales reivindican el legado del humanismo europeo y aspiran a desempeñar un nuevo papel en el escenario internacional».

¹⁰ Véase *supra* «Arielismo, modernismo y Bella Época».

¹¹ Rubén Darío, «Del amor de París y de la caña de azúcar, del café y de los cueros en el rastacuerismo», *El Cojo Ilustrado*, VIII, 170, Caracas, enero 1, 1899, pp. 78-79.

vida. Y cuando en la estación de Saint Lazare, pisé tierra parisiense, creí hollar suelo sagrado.¹²

Aunque por razones menos esteticistas y más técnicas, económicas o políticas, la necesidad de mirar a Francia y a Europa en tanto venero de la civilización occidental fue más tarde planteada en *El porvenir de la América Latina* (1911), del argentino Manuel Ugarte (1875-1951); fue seguido por *Las democracias latinas de América* (1912) y *La creación de un continente* (1913), del peruano Francisco García Calderón (1883-1953), el primero de cuyos títulos fue originalmente publicado en francés.¹³ Además del valor historiográfico de este corpus revisor de la primera centuria de vida republicana, en esas obras herederas del arielismo rodosiano se exaltaba todavía, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, los valores que América Latina podía obtener de los arcanos europeos; tal como resumiera García Calderón:

Europa ofrece a las democracias latinoamericanas lo que éstas demandan a la América anglosajona, la cual fue formada en la escuela de Europa. Encontramos el espíritu práctico, industrialismo y libertad política en Inglaterra; organización y educación en Alemania; y en Francia encontramos genio inventivo, cultura, riqueza, grandes universidades y democracia. De manos de estas naciones dirigentes debe el nuevo mundo latino recibir indirectamente el legado de la civilización occidental.¹⁴

Pero el embrujo francés se había ido desvaneciendo para algunos intelectuales latinoamericanos desde finales del siglo XIX, con las amenazas autoritarias, nacionalistas y antisemitas cernidas en el famoso caso de Alfred Dreyfus (1859-1935). Era este, como se sabe, un oficial judío del ejército injustamente acusado de haber traicionado la república al pasar información militar a Alemania, vencedora de Francia en la guerra de 1870-71. El *affaire* no solo logró aglutinar los bloques de izquierda

¹² R. Darío, *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, pp. 71-72.

¹³ M. Ugarte, *El porvenir de la América Latina*; Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América / La creación de un continente*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.

¹⁴ Francisco García Calderón, *Latin America: its Rise and Progress*, p. 311; mi traducción de: «Europe offers the Latin American democracies what the latter demand of Anglo-Saxon America, which was formed in the school of Europe. We find the practical spirit, industrialism and political liberty in England; organisation and education in Germany; and in France inventive genius, culture, wealth, great universities and democracy. From these ruling peoples the new Latin world must indirectly receive the legacy of Western civilization».

liberal y derecha nacionalista, sino también evidenciar la debilidad de la Tercera República, nacida en 1875 tras el pecado original de haber perdido Alsacia y Lorena ante los alemanes.¹⁵ El caso Dreyfus decepcionó, por ejemplo, al venezolano Miguel Eduardo Pardo (1868-1905), corresponsal parisino de *El Cojo Ilustrado*; en las páginas del magacín abjuró entonces el cronista y novelista de su pasado culto a la capital francesa: «Ojalá fuera aún dueño de aquellas frases atrevidas, de aquella literatura desaliñada y loca que gasté hablando al periodismo americano de París, de París artístico, de París industrial, de París alegre, de París trabajador. Hasta del París triste y enfermo hice yo un París regocijado y bello».¹⁶ Continuando con la crisis de la Tercera República, en las proximidades de la Gran Guerra y los ominosos sucesos que la anunciaron, como el asesinato del sindicalista y pacifista Jean Jaurès (1859-1914), otros francófilos fueron mostrando su desencanto. Hasta que el mismo Darío, sumo sacerdote del culto parisién, prorrumiera en canto de cisne de la *Belle Époque*, al abandonar definitivamente la urbe venerada por décadas: «Dejé París, sin un dolor, sin una lágrima. Mis veinte años de París, que yo creía que eran unas manos de hierro que me sujetaban al solar luteciano, dejaron libre mi corazón. Creí llorar y no lloré».¹⁷

3. Magnificado por los anteojos positivistas de algunos intelectuales latinoamericanos, el formidable ejemplo del Coloso del Norte no hizo sino crecer con la victoria en la Primera Guerra Mundial, aunque su participación en ella fuera tardía. Los así llamados «doctores» del gomecismo ofrecieron, desde Venezuela, una muestra de la creciente admiración por los gringos vencedores, la cual provenía del siglo XIX. Basándose en la distinción de Ernst Haeckel (1834-1919) entre el *Homo Americanus* y el *Homo Mediterraneus*, entre otras especies del género humano, José Gil Fortoul había caracterizado, tal como ya ha sido mencionado, la existencia de diferentes «razas sociales», entre las que se contaban la inglesa y la española. Ciertamente el sociólogo criollo negaba que este factor racial fuera la razón del desastre económico, político y moral de América Latina, tal como Gustave Le Bon (1841-1931) lo había sugerido —recordando la orientación colonialista de Kidd— para contrastarlo con el éxito sin parangón de los Estados Unidos. Pero, al

¹⁵ Véase por ejemplo Jean Mathiex, *Histoire de France*. París: Hachette, 1996, pp. 90-92.

¹⁶ Miguel Eduardo Pardo, «¿Dónde está París?», *El Cojo Ilustrado*, VII, 162, Caracas, septiembre 15, 1898, p. 648.

¹⁷ R. Darío, *La vida de Rubén Darío por él mismo*, p. 131.

mismo tiempo, Gil Fortoul consideraba que la cuestión latinoamericana podía y debía ser explicada y resuelta en términos sociológicos y no políticos, tal como otros intelectuales latinos lo habían intentado.¹⁸ En este sentido, otro argumento a favor del coloso fue dado por Pedro Manuel Arcaya, cuyo temprano enfoque del problema del «Imperialismo norteamericano» (1899) había solicitado una suerte de contricción previa de los latinos, antes de arremeter contra las tesis de Kidd o el expansionismo de McKinley. Siguiendo los fácticos análisis de Taine, el erudito venezolano señaló que la amenaza gringa era posible por los errores de las repúblicas criollas: «El peligro es evidente para la vida de estos pueblos. Y se comprende su mayor gravedad al pensar en la profunda degeneración, conjunto raro de incapacidad y desorden a que hemos llegado en la mayor parte de las naciones ibero-americanas».¹⁹

De cara a superar el romántico idealismo y las infructuosas revoluciones de la endeble Venezuela decimonónica, la necesidad de un Orden rígido había sido también preconizada por Gil Fortoul en *El hombre y la historia*, apuntando al formidable ejemplo estadounidense. Obedeciendo al llamado de Spencer a los intelectuales para expresar sus ideas más propias, sin importar cuán impopulares pudieran resultar, desde hacía mucho Gil Fortoul había clamado por el Orden cívico en tanto única senda conducente a las deseadas metas del Progreso positivo. Posteriormente, en vista de la provechosa alianza de la Venezuela de Gómez con el Coloso del Norte, Laureano Vallenilla Lanz confirmó además —en su controversial *Cesarismo democrático* (1919)— que el régimen gomecista materializaba la temprana fórmula de Gil; «Calibán, en el fondo, nos presta mayores servicios que Próspero», añadió el sociólogo, haciéndose eco del rechazo de Renan hacia la atávica espiritualidad heredada de España.²⁰

¹⁸ J. Gil Fortoul, *El hombre y la historia...*, pp. 4-5, 11, 31-32. Véase también *supra* «Padrinos europeos».

¹⁹ Pedro Manuel Arcaya, *Estudios de sociología venezolana*. Madrid: Editorial América, 1914, p. 319.

²⁰ J. Gil Fortoul, *El hombre y la historia...*, p. 136; L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático...*, p. 220; este último libro fue concebido como una interpretación desmitificada de la gesta independentista venezolana que devino justificación política de la ya desenmascarada dictadura gomecista. Basándose en los arquetipos del «jefe militar» de Spencer y del «gendarme» de Taine, así como en la revisión que Fustel de Coulanges hiciera de los tiranos griegos, el antiguo alumno de la Sorbona —como hemos visto— enarboló el concepto de «gendarme necesario», como un nuevo tipo de «caudillo» llamado a superar los traumas políticos de las diezmadas repúblicas latinoamericanas.

Ya para finales de la Primera Guerra Mundial, antes de emigrar a Nueva York durante la década siguiente, Jesús Semprún (1882-1931) encomió al vencedor del conflicto y rectificó las inveteradas suspicacias de los latinoamericanos para con la «tremenda República boreal». Deslumbrados por su retórica lealtad hacia la hidalga España de don Quijote, los intelectuales de entre siglos habían sido envenenados contra «Yanquilandia», sin poder entrever el magnífico significado de la liberación de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas; en ese entonces, los europeizados arielistas «hablaban del Norte como de país de niños gigantes y horribles, adoradores del Becerro de Oro, ricos sí, pero torpes y toscos». Pero el abominable Calibán se había desvanecido después de la guerra, cuando los arieles sureños pudieron darse cuenta de que «los maestros de ayer estaban equivocados». En contraste con la historia apócrifa propalada por Darío, Rodó y Ugarte —según la cual todos los hispanoamericanos eran nietos del noble Cid, quien habría sido injuriado por el gran garrote del Tío Sam—, la altruista participación de los norteamericanos en la Primera Guerra Mundial había comprobado su idealismo oculto: «Es verdaderamente una proeza digna del Ingenioso Hidalgo de la Mancha la que han realizado los hijos de Washington». Y como garantes de democracia y modernidad, las virtudes cívicas del Tío Sam fueron entonces contrapuestas por Semprún a los calculados intereses de los aliados europeos en el reciente conflicto:

Inglaterra defendía su poderío naval y sus dominios, al mismo tiempo que la libertad que ha sido desde hace largas centurias su orgullo y su norte; Francia su integridad; Italia su porvenir. Los Estados Unidos defendían el principio de la libertad de las naciones y del predominio del derecho. Las ideas no pueden ser motores eficaces sino en los grandes pueblos espiritualistas y generosos, es decir, civilizados: los Estados Unidos se han colocado a la cabeza de la cultura cívica del orbe.²¹

Por todo ello, libres de temores y sospechas para con el Coloso del Norte, las repúblicas criollas podían entonces seguir los ideales del presidente Woodrow Wilson (1856-1924), para remontar «el árbol pacífico, armonioso y fecundo de la libertad». Y así, establecida la supremacía política y económica de Estados Unidos desde los años del furor Monroe,

²¹ Jesús Semprún, «El Norte y el Sur. Los Estados Unidos y la América Latina. Divagaciones sobre un tema de actualidad» (1918), en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*, vol. 14: *La doctrina positivista*. Caracas: Congreso de la República, 1983, pp. 507-527.

el panegírico de Semprún sobre la proeza de los estadounidenses en la Primera Guerra Mundial confirmaba la conquista ideológica que estos hicieran de la Venezuela gomecista, donde crecía, como en otras partes de Latinoamérica, la admiración por el Calibán trocado en Próspero.

4. Esa metamorfosis de los personajes shakesperianos es ilustrable también mediante las impresiones suscitadas por Estados Unidos entre intelectuales visitantes y exiliados que acogiera, incluso entre quienes guardaban resentimientos históricos y resabios culturales. A manera de postales de viaje, esas impresiones ilustran el imaginario más urbano de un arielismo político luchando por resistirse a la grandeza metropolitana gringa. Iniciando su periplo por tierra yanqui a finales del siglo XIX, Justo Sierra se sintió aturdido al ver tanto frenesí comercial en los poblados fronterizos, al contemplar los trenes «diabólicamente ruidosos», al abordar el gigantesco vapor para cruzar el Mississippi, que era «un hijo del carbón y del agua», un «dios de la mitología nueva». Adentrándose en ciudades más robustas e impasibles, como Nueva Orleáns y Atlanta, el maestro azteca asomó cierto desdén ante aquel desproporcionado paisaje urbano, donde muchas de las armazones para *tramways* despuntaban como «abortos de la torre Eiffel»; pero sobre todo recordó, al pasar por la estatua del presidente Andrew Jackson (1829-37) en la otrora capital de la Luisiana, la guerra que hacía medio siglo había dilacerado y mutilado a México.²²

Encaminado hacia el noreste, ante la «grandeza» del «océano arquitectural» de urbes como Filadelfia, y sobre todo en la «monstruosa» Nueva York, «la ciudad imperio», con sus dos millones de habitantes en el fin de siglo, muchos de ellos apiñados en los «rasca-nubes» recorridos sin cesar por las «pirámides humanas» de los elevadores, asomó en el aristarco mexicano algo del recelo, que por aquella misma década de 1890, proclamara Darío con más fiereza, así como de las profecías a ser propaladas por Rodó contra el materialismo de las urbes anglosajonas.²³ Pero debió el viajero porfirista capitular a lo largo de la «soberbia» longitud de Broadway y la Quinta Avenida, ante la monumentalidad de San Patricio y del puente de Brooklyn; por ello confesó, apelando a su fuero realista y positivo, gustar más de «aquella Nueva York de bulto,

²² J. Sierra, *Viajes...*, pp. 11-12, 15, 25. Para otras reflexiones del mismo Sierra, durante su viaje, sobre la guerra de Estados Unidos con México, véase *supra* «A la sombra del coloso».

²³ J. Sierra, *Viajes...*, pp. 30-31, 37. Respecto de las críticas de Darío y Rodó a las ciudades estadounidenses, véase *supra* «Arielismo, modernismo y Bella Época».

que París o Londres», las cuales solo había entrevisto en estereoscopio y magacines.²⁴

Más sobrecogido aún fue el visitante al arribar a la estatua de la Libertad obsequiada por la República Francesa a su contraparte norteamericana, cuyo rostro y diadema apolíneos eran dignos herederos de los eternos ideales helenos; «es la civilización misma esta libertad iluminando al mundo, es el jeroglífico gigantesco de la civilización humana», exclamó el prohombre ante la augusta diosa de Frédéric Bartholdi (1834-1904). Y como reconociendo en el gálibo colosal de esta Libertad secular a la nación que la había merecido en su centenario republicano de 1886, por acoger en sus puertos a tantos inmigrantes del orbe, contempló don Justo la «flama inmóvil de la antorcha», enhiesta «como un unísono cantado por un pueblo o por un océano, hacia lo alto, en un *gloria in excelsis* de bronce y de vida».²⁵

5. Todavía en *La raza cósmica* (1925), ensayo futurista y ecuménico de José Vasconcelos, hay ecos del arielismo rodosiano, en cuanto allí se traslada a tierras del Nuevo Mundo, con renovado análisis racial, la ancestral antinomia de «latinidad contra sajonismo». Para el adalid intelectual de la Revolución mexicana, esa pugna histórica se habría iniciado con las derrotas de la Armada Invencible y de Trafalgar, hasta la estocada final sufrida por España en 1898, con el expolio de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Sin embargo, el otrora ministro de Educación Pública de Álvaro Obregón (1920-23), devenido a la sazón catedrático de la Universidad de Chicago, reconoció que ese envilecimiento por la derrota, aunado a la balcanización heredada de la independencia hispanoamericana, no había conducido sino a una bizantina imposición de las nociones de patria y república por sobre la de raza. Frente a todo ello contrapuso, no sin amargura, el colosal ejemplo de la confederación norteamericana:

²⁴ J. Sierra, *Viajes...*, pp. 33-35, 39.

²⁵ *Ibid.*, pp. 44-45. La descripción de la estatua ofrecida por el autor continúa siendo alegórica de los ideales nacionales, al tiempo que ilustrativa de su emoción y sobrecogimiento: «Es inexpresable, visto desde aquí, el movimiento que, transformando la fuerza en gracia y armonía, recorre la estatua de línea en línea, ondulando desde el pie echado hacia atrás, por los pliegues de la túnica, hasta el gálibo divino del rostro y el perfil del brazo, para rematar en el balcón y en la flama inmóvil de la antorcha. Sentimos el golpe en plena alma, nuestras miradas quedaron como cristalizadas al contacto de la mujer de bronce, y la sangre se agolpó a nuestro corazón».

El despliegue de nuestras veinte banderas de la Unión Panamericana de Washington deberíamos verlo como una burla de enemigos hábiles. Sin embargo, nos ufanamos, cada uno, de nuestro humilde trapo, que dice ilusión vana, y ni siquiera nos ruboriza el hecho de nuestra discordia delante de la fuerte unión norteamericana. No advertimos el contraste de la unidad sajona frente a la anarquía y soledad de los escudos iberoamericanos. Nos mantenemos celosamente independientes respecto de nosotros mismos; pero de una u otra manera nos sometemos o nos aliamos con la Unión sajona...²⁶

Prolongada así por décadas con contriciones y mea culpas en el pensamiento latinoamericano, esa suerte de modernismo político representado por el arielismo resonaría también en compañeros de Vasconcelos en el Ateneo de la Juventud, como el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) y el mexicano Alfonso Reyes (1889-1959).²⁷ Pero hubo al mismo tiempo, como hemos visto, desencanto y desengaño ante las miserias del Viejo Mundo entre intelectuales de generaciones más jóvenes, nacidos con el europeísmo de la Bella Época y con tempranas obras modeladas según vanguardias parisinas de entreguerras, mudadas a Nueva York y otras urbes norteamericanas después del imbatible triunfo de Estados Unidos en la segunda conflagración.²⁸

Si se nos permite volver a otro ejemplo venezolano, valga señalar en este sentido a Mariano Picón Salas, autor de un ciclo de ensayos que registra ese *traslatio imperi* que era a la vez un relevo cultural transatlántico, desde *Preguntas a Europa* (1937) hasta *La esfinge en América* (1953).²⁹ Si el autor merideño dejó ver en algunos textos tempranos cierta aprehensión ante aquella influencia gringa invasiva del país que se tornaba petrolero desde los Años Locos gomecistas,³⁰ su

²⁶ José Vasconcelos, *La raza cósmica* (1925). México: Editorial Porrúa, 2007, pp. 7-8.

²⁷ Otros descendientes del arielismo en diferentes géneros son identificados por J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, p. 65: «The Arielist generation was to contribute some outstanding scholars in Hispanic studies, such as the Dominican Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) and the Mexican Alfonso Reyes (1889-1959). Two novels of the period stress the common Hispanic heritage: *El embrujo de Sevilla* (The Magic of Seville, 1922) by Carlos Reyles (Uruguay, 1868-1938) and *La gloria de Don Ramiro* (Don Ramiro's Glory, 1908), by Enrique Larreta (Argentina, 1875-1961), a skilful historical reconstruction of Spanish life in the time of Philip II...».

²⁸ Véase *infra* «Entre vanguardias y ciencias sociales».

²⁹ Obras reunidas en Mariano Picón Salas, *Europa-América. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996, t. V.

³⁰ Véase por ejemplo M. Picón Salas, *Regreso de tres mundos*, en *Autobiografías...*, p. 169; «Caracas en cuatro tiempos», en *Suma de Venezuela...*, pp. 244-245.

posterior agregaduría cultural en Washington, así como su experiencia como profesor visitante en las universidades de Columbia y California, entre otras, le permitieron un conocimiento inmediato del gran vencedor de la Segunda Guerra. Con visos caleidoscópicos, la «enorme flota futurista» de Nueva York fue acogida por el autor en «Mayo de 1940» (1945) en tanto baluarte de «una civilización pacífica y madura, prodigada en bienes materiales, en abundancia, en espectáculos»; su particular «Poesía de la vida» le había rodeado «con su aliento trepidante», durante la visita del director-fundador de la *Revista Nacional de Cultura* a la Feria Mundial de Nueva York, y a más de un campus universitario, en aquellos años de la política de Buen Vecino promovida por los gobiernos de Franklin Delano Roosevelt (1933-1945). Mientras el edificio del *Times* proyectaba a los trasnochados transeúntes neoyorquinos la noticia de la rendición francesa ante las tropas nazis en aquella madrugada fatídica del 22 de mayo, Picón pareció entender la revelación de los catedráticos estadounidenses con quienes había departido, abogados de «un diálogo espiritual entre las dos Américas, para mantener una convivencia sincera, para defender la libertad del hombre...».³¹ Tal como asoma en la serie de cuestiones planteadas en *La esfinge en América*, pareciera que a partir de entonces se acentuó en don Mariano la preocupación hemisférica por reconciliar las antiguas «Américas desavenidas» (1951), cuyas reticencias databan de nuestro arielismo político, descendiente del modernismo hispanoamericano de comienzos de siglo. Por ello sentenció y preguntose Picón a la vez, ante la esfinge desertora de la anciana Europa devastada:

Ya no nos basta aquel individualismo estético, la lección sosegada del viejo maestro Próspero, porque estamos urgidos de solidaridad ética, y las ondas nos empujan hacia donde está bramando y solicitando lo colectivo. Ha desaparecido ese mundo de Rodó, de los finos aristarcas intelectuales de hace cincuenta años, e inquirimos, perplejos, qué es lo que va a nacer.³²

³¹ M. Picón Salas, «Mayo 1940» (1945), *La esfinge en América*, en *Europa-América...*, pp. 125-131, 126-127.

³² M. Picón Salas, «Américas desavenidas» (1951), en *Europa-América...*, pp. 234-244, 244. He revisado este viraje de acercamiento hacia los Estados Unidos en la segunda posguerra en otros autores venezolanos en el capítulo «Regreso de Nueva York», en A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. II, pp. 77-112.

DE CIUDADES BURGUESAS A METRÓPOLIS MASIFICADAS³³

La masa fue ese conjunto heterogéneo, marginalmente situado al lado de una sociedad normalizada, frente a la cual se presentaba como un conjunto anómico. Era un conjunto urbano, aunque urbanizado en distinta medida, puesto que se integraba con gente urbana de antigua data y gente de extracción rural que comenzaba a urbanizarse...

JOSÉ LUIS ROMERO, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976)

6. Mientras el europeizado arielismo novecentista languidecía entre la intelectualidad latinoamericana, se evidenciaban mutaciones en las grandes ciudades de los países en proceso de urbanización. Ya para 1920, algunas de las mayores poblaciones nacionales tenían dos ciudadanos por cada campesino rezagado en la vasta y atrasada ruralidad de las pampas y sierras, de los sertones y llanos. Por supuesto que esta proporción continental, tan gruesa y básica, camuflaba una realidad más contrastante, donde el Cono Sur tenía más del 50 por ciento de su población urbanizada para 1914, mientras que países andinos y centroamericanos serían predominantemente rurales hasta los años cincuenta.³⁴ A pesar de su relativa simplificación, estos indicadores demográficos reflejaban una tendencia inequívoca: iniciado con el siglo XX en algunas repúblicas, el proceso de urbanización se dispararía en la mayor parte de Latinoamérica en el segundo tercio de aquel. Y aunque fuera solo en términos demográficos, sin base económica ni cultural en la mayoría de los contextos, en pocas décadas se completaría el ciclo de urbanización que había tomado más de una centuria en Gran Bretaña y otras naciones industrializadas desde el siglo XIX.³⁵

Como ocurriera en otras regiones del que estaba por ser llamado Tercer Mundo, el acelerado crecimiento urbano en Latinoamérica

³³ Una versión más desarrollada de este tránsito fue incluida en A. Almandoz, «De las ciudades burguesas a las masificadas en Romero...».

³⁴ Gustavo Beyhaut y Helène Beyhaut, *Historia universal Siglo XXI. América Latina. III. De la independencia a la segunda guerra mundial*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1985, vol. 23, pp. 210-211. Me apoyo en pasajes iniciales de Arturo Almandoz, «Despegues sin madurez. Urbanización, industrialización y desarrollo en la Latinoamérica del siglo XX», *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos y Regionales*, vol. 34, n° 102, Santiago de Chile: Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile, agosto 2008, pp. 61-76. <http://www.scielo.cl/eure.htm>.

³⁵ Véase en este sentido, por ejemplo, R. B. Potter y S. Lloyd-Evans, *The City in the Developing World*, pp. 9-11.

alcanzó extremos que acentuaron el contraste con el atraso y la dispersión rurales. Inundadas con inmigración foránea y provinciana, antiguas capitales coloniales y ciudades recientes resultantes de la explotación de nuevos rubros primarios, del café y el caucho al cobre y el petróleo, alcanzaron magnitudes que rivalizaron con metrópolis europeas y norteamericanas. Algunas de las capitales burguesas de las economías en expansión trocáronse en ingentes metrópolis hacia la década de 1930: liderando la primacía continental, Buenos Aires saltó de 663.000 habitantes en 1895 a 2.178.000 en 1932; Santiago se duplicó de 333.000 en 1907 a 696.000 en 1930; mientras que Ciudad de México, perdiendo importancia regional, pasó de 328.000 en 1908 a 1.049.000 en 1933. São Paulo se duplicó de 240.000 habitantes en 1900 a 579.000 en 1920 y 1.075.000 en 1930, mientras Río de Janeiro, aunque disminuyendo su primacía nacional, pasó de 1.157.875 habitantes a 2.380.000 en el mismo lapso, representando un crecimiento del 48 por ciento.³⁶

La expansión de las capitales fue impulsada por una incipiente industrialización que aceleró la urbanización en Argentina, Uruguay, Chile y Cuba, contables entre los países más urbanizados del mundo para cuando sobrevino el crac de 1929. La población habanera saltó de 250.000 habitantes a comienzos de siglo a medio millón en 1925. Principalmente engrosadas por la inmigración del campo a la ciudad, otras capitales de países andinos también experimentaron un incremento significativo: Bogotá se triplicó de una población de 100.000 en 1900 a 330.000 en 1930, mientras Lima pasó de 104.000 en 1891 a 273.000 en 1930. Aunque Caracas apenas subió de 72.429 habitantes en 1891 a 92.212 en 1920, los primeros efectos de la bonanza petrolera llevaron la población de 135.253 en 1926 a 203.246 en 1936. San José de Costa Rica solo tenía 50.580 habitantes en 1927, pero estos representaban 11 por ciento de la población del país.³⁷

7. En términos de cultura urbana y transformaciones estructurales, las primeras décadas del siglo XX supusieron en muchas capitales latinoamericanas el tránsito de las «ciudades burguesas» a las «metrópolis masificadas», para utilizar de nuevo los momentos distinguidos por José Luis Romero. Si bien la urbanización de la masa sería el fenómeno más característico de ese período —tal como veremos en la sección

³⁶ A. Almandoz, «Urbanization in Latin America: from Haussmann to CIAM», p. 21; me apoyo en pasajes de este capítulo para esta sección.

³⁷ *Ídem*; J. Hardoy, «Las ciudades de América Latina a partir de 1900».

siguiente—, el extranjerizado ascenso de parte de la clase media tradicional fue también otro importante factor de cambio social. Aun cuando las reformas alcanzadas por los sectores medios latinoamericanos terminarían siendo más lentas y moderadas que las de sus contrapartes en sociedades industrializadas, valga señalar que, además de los países del Cono Sur, donde las clases medias lideraron las demandas políticas ya referidas, en el más inestable caso de México los grupos populares alcanzaban casi un cuarto de la población para 1940, mientras la nueva clase media representaba 12,2 por ciento.³⁸

La cristalización de esa masa fue apurada por el agravamiento de tensiones entre campo y ciudad desde finales de la década de 1920, cuando los cambios eran catalizados en América Latina por la crisis económica mundial. Entonces «los problemas urbanos se multiplicaron por el crecimiento demográfico, por la diferenciación social y, a veces, por la diferenciación ideológica entre los grupos»; se constituyó a la sazón, para Romero, una *masa* que hizo que las urbes dejaran «de ser estrictamente ciudades para transformarse en una yuxtaposición de guetos, incomunicados y anómicos».³⁹ Todo ese paisaje de movilidad y anomia, atravesado por la segregación espacial y funcional, eran rasgos que —valga recordar— la filosofía culturalista alemana primero, y la escuela sociológica de Chicago después, habían detectado como efectos de la modernidad industrial y la urbanización sobre el modo de vida y la estructura metropolitanos desde mediados del siglo XIX.⁴⁰

En el marco de ese gran fresco secular, Romero contrapuso las burguesías que «se adhirieron a la ideología de la sociedad de consumo y procuraron impulsar el desarrollo heterónimo de las metrópolis», frente a la masa constituida por «la vasta muchedumbre de marginales que hicieron inseparable la imagen de la metrópoli moderna de la de los

³⁸ Según datos suministrados por G. Beyhaut y H. Beyhaut, *Historia universal Siglo XXI...*, p. 220. Respecto de las reformas alcanzadas por las clases medias latinoamericanas por contraste con las sociedades industrializadas, véase R. Pineo y James A. Baer, «Urbanization, the Working Class and Reform», p. 220. Sobre las reformas políticas lideradas por las clases medias en el Cono Sur, véase *supra* «Pax dictatorial y positivismo, revolución y democracia».

³⁹ J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 19, 322.

⁴⁰ Véase por ejemplo el clásico de la escuela de Chicago, por Robert Park, «The City: Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the Urban Environment» (1916), en Robert E. Park y Ernest W. Burgess, *The City. Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment* (1925). Chicago: The University of Chicago Press, Midway Reprint, 1984, pp. 1-46.

rancheríos que la rodeaban».⁴¹ Esto supuso, como rasgo propiamente latinoamericano detectado por el historiador argentino, una polarización en el concepto de masa a lo largo de la metropolización del siglo XX; pero también conllevó —atención— un amalgamamiento de los inmigrantes de provincia y foráneos con los tradicionales sectores urbanos venidos a menos.

Fue la fusión de los grupos inmigrantes y los sectores populares y de pequeña clase media de la sociedad tradicional lo que constituyó la masa de las ciudades latinoamericanas a partir de la primera guerra mundial. El nombre con que se la designó, más frecuente que el de multitud, adquirió cierto sentido restringido y preciso. La masa fue ese conjunto heterogéneo, marginalmente situado al lado de una sociedad normalizada, frente a la cual se presentaba como un conjunto anómico. Era un conjunto urbano, aunque urbanizado en distinta medida, puesto que se integraba con gente urbana de antigua data y gente de extracción rural que comenzaba a urbanizarse...⁴²

Puede así decirse que la ciudad masificada de Romero es, en buena medida, la expresión latinoamericana de la metrópoli mecanizada de la sociología funcionalista de raigambre europea. Aunque su sustrato sea la masa amalgamada, esa ciudad masificada no deja de acusar la diferenciación social de la burguesía y las altas clases medias en proceso de americanizada modernización. Evidencia también la segregación funcional y socioespacial, con algo de la dialéctica entre asociativa y comunitaria detectada por la escuela de Chicago, especialmente por Robert E. Park (1864-1944), heredera de la contraposición de Ferdinand Tönnies entre *Gemeinschaft* y *Gessellschaft*.⁴³ Solo que el «vecindario» latinoamericano va mutando hacia el «barrio» en tanto recinto primario de lo comunitario dentro de la hidra metropolitana, donde surgiera, como lo ha ilustrado Gorelik para el temprano caso de Buenos Aires, una cultura entre popular y masificada con manifestaciones propias, desde el deporte y la música hasta la literatura.⁴⁴

⁴¹ J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 19-20.

⁴² *Ibid.*, p. 336.

⁴³ Además del ya citado texto de Park, véase por ejemplo Ernest Burgess, «The Growth of the City: An Introduction to a Research Project», en R. Park y E. Burgess, *The City. Suggestions for Investigation...*, pp. 47-62. Valga recordar que la distinción entre comunidad y asociación viene del clásico análisis de F. Tönnies, «*Gemeinschaft* and *Gesellschaft*», pp. 191-201. Con respecto a otros exponentes de la escuela culturalista, véase el apartado siguiente «Postales de civilización».

⁴⁴ Para este proceso de segregación barrial en el marco de la emergente cultura de masas, valga referir, por ejemplo, el estudio de A. Gorelik, *La grilla y el*

POSTALES DE CIVILIZACIÓN

Ciudad sin fisonomía propia, desdeñosa de su carácter colonial de antaño, arrogante de civilización y de riqueza, implacable para con los últimos restos de su abolengo romántico, febriciente en su absurda megalomanía que la lleva a buscar la semejanza de Londres y de París, Buenos Aires es apenas una imitación torpe y ridícula de aquellas capitales europeas. Enloquecida por su afán de embellecerse toma los prestigios ajenos sin advertir que, de tal manera, suprime su porvenir espiritual y que, en la gloria aparente de sus bellezas prestadas, ostenta su triste condición de pueblo secundario.

MANUEL GÁLVEZ, *El diario de Gabriel Quiroga* (1910)

Comenzó también en esta atrasada y virginal Suramérica un como proceso de mecanización de la vida. (...) Progreso superficial que se quedaba en las ciudades capitales que crecían desmesuradamente, en mescolanza de estilos y materiales arquitectónicos, en un como ponerse a jugar a la alta civilización, en el desarrollo de una gran prensa sensacionalista, en la hazaña financiera del estratega de la bolsa o del estafador a alta escuela. Más allá de las luces, el asfalto y los rascacielos de la ciudad capital, seguía el pueblo en su oscuro medioevo aborígen.

Mariano Picón Salas, «Meditación francesa», en *Preguntas a Europa* (1937)

8. Con visos de la antinomia entre organicismo y mecanicismo heredada de Durkheim, en el tránsito de las ciudades burguesas a las masificadas urbes latinoamericanas asoma mucho del síndrome despersonalizador e instrumental presente en la vida metropolitana, según lo registrara Georg Simmel en su clásico ensayo de 1903.⁴⁵ También está ahí la transculturación desarraigada y uniforme conllevada por la *civilización*, por

parque..., pp. 273-306; también las bases asociativas de la identidad barrial porteña son enfatizadas por L. A. Romero, «Sectores populares, asociacionismo y política...», p. 294.

⁴⁵ Véase Georg Simmel, «The metropolis and mental life» (1903), trad. H. H. Gerth, en Richard Sennett (ed.), *Classic Essays on the Culture of Cities*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, Meredith Corporation, 1969, pp. 47-60. Aun cuando la antinomia original de Émile Durkheim asociara lo mecánico con lo comunitario y tradicional, mientras que lo orgánico correspondería a lo asociativo y moderno, en la evolución posterior de los términos aquellos significados fueron invertidos. He tratado de aclarar este punto en Arturo Almandoz, «Taxonomía

contraste con las genuinas formas de la *cultura* local, según las categorías contrapuestas por Oswald Spengler (1880-1936) en *La decadencia de Occidente* (1918-22).⁴⁶ En tal sentido, cabe a continuación contornear ese arco de transformaciones culturales e ideológicas, mientras indagamos otros episodios registrados a lo largo de este ensayo, ello a través de una breve pero varia muestra de postales literarias, algunas de las cuales nos retrotraen hasta finales del siglo XIX.

Aunque fuera por comparación con las urbes europeas y nórdicas adentradas ya en el mecanicismo social y espacial, cabe inicialmente señalar los antecedentes que de este proceso se encuentran, con diferentes itinerarios y estilos, en las crónicas de viaje de Justo Sierra, Rubén Darío y Gómez Carrillo, entre otros.⁴⁷ Muestra y recordatorio de ese reporte temprano y penetrante son las impresiones del primero a su llegada a Chicago, a finales del siglo XIX, las cuales prefiguraron los análisis de Simmel y de la escuela epónima que, no por casualidad, nacería en la urbe industrial. Repantigado en uno de los lujosos Pullman que se deslizaban con sus penachos de humo por los caminos de fierro norteamericanos, el maestro Sierra se sintió entonces arribando, no a un cerebro o corazón del organismo nacional, sino a una «inmensa víscera, una formidable entraña» de la producción y el consumo. A primera vista, la metrópoli de la carne y de los cereales parecía «una Nueva York descascarada de todo estilo, de toda hermosura, de todo color y originalidad»; sembrada sí de algunos fenomenales edificios que «tenían una fisonomía, una presuntuosidad de advenedizos ricos que no dejaba de llamar y hasta de embargar la atención», lo cual no impidió al visitante insinuar, con sarcasmo, que no se perdería mucho de repetirse el ya legendario incendio de 1871.⁴⁸

urbanística de teorías sobre la ciudad moderna» (1998), en *Ensayos de cultura urbana*. Caracas: Fundarte, 2000, pp. 165-172.

⁴⁶ Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal* (1918-22), trad. M. García Morente. 2 ts. Madrid: Espasa-Calpe, 1998, t. II, pp. 139-176.

⁴⁷ Véase *supra* «Arielismo, modernismo y Bella Época». No se ofrecen aquí otros pasajes de Darío y Gómez Carrillo, ya suficientemente referidos en esa sección.

⁴⁸ J. Sierra, *Viajes...*, pp. 118-119. Con cierto simbolismo histórico y hasta bíblico, Sierra confiesa su fascinación por el incendio que arrasara con esa suerte de «Babel de las regiones frías», a pesar de lo cual el proverbial empeño de los yanquis logró reconstruirla, con «sesenta mil edificios en treinta años»; mediante ese contraste entre la destrucción y el recobrado dinamismo, el autor ofrece otra postal formidable de la mecanizada vida de Chicago, en la que no deja de contraponer el *tempo* mexicano (*Ibid.*, p. 127): «¡Y cómo van y cómo vienen y cómo parece que no se paran nunca los vagones, los carros, los coches, la gente,

Enmarcado en ese paisaje edilicio que no dejaba de ser, a pesar de su aparente falta de estilo y cohesión, admirable en su ingeniería y dimensiones, el aguzado ojo de don Justo —anticipándose al *flâneur* de Benjamin y a la *Sister Carrie* (1901) de Theodore Dreiser (1871-1945)— supo reconocer en la noche eléctrica y expresionista del Chicago comercial y proletario, la trajinada mecanización que apenas llegaba al México de donde venía.

Ya era plena noche, o por lo menos, plena sombra, cuando salimos de allí; las grandes avenidas mercantiles, surcadas por vagones funiculares que manejaban unos hombrones vestidos de hopalandas forradas de pieles, estaban apretadas de gente e iluminadas de blanco y oro por la luz de los focos incandescentes que brotaba a torrentes de los escaparates, y por la que bajaba en amplias vibraciones de las lámparas de arco. Surgiendo sin cesar de las penumbras palpitantes formadas en derredor de los altos cayados de fierro que sostienen los globos eléctricos, a la zona de luz cruda que las bañaba de lividez espectral, o a la que emitían los cristales de las tiendas y las iluminaba de costado, las jóvenes obreras que por millares salían de los almacenes para tomar sus «elevados» o sus tranvías, corrían por las aceras envueltas en sendas capas de paño, con sus canastillas en la mano y los ojos muy abiertos y muy fijos, como si una mano irresistible las atrajera hacia sí.⁴⁹

Si bien más cercano a la autobiografía, también se cruza con esta crónica viajera y su reporte metropolitano el *Ulises criollo*, temprano itinerario vital e intelectual de José Vasconcelos, desde su infancia en

todo trabajosamente encajonado en el cauce de aquellas amplias calles y desbordándose en las esquinas con ímpetus de torrente y rumores de marea! Algunas veces tomábamos sin querer el paso de ataque de la corriente humana que nos comprimía y arrastraba; pero si alguna cosa logrará siempre un mexicano, es ser perezoso en medio de la actividad de un mundo, y vagar negligentemente en medio de cien mil individuos que corren montados y espoleados por el *jockey* imposable e implacable del amor al *dollar...*».

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 119-120. Aunque no gusto de referir gratuitamente la imagen del *flâneur* de Benjamin, devenida lugar común de estudios culturales, literarios y urbanos, Sierra hace referencia al placer de *flâner* en su visita a Nueva York (*Ibid.*, pp. 47-48) y otras estampas de su cuaderno de viajes. Por lo demás, varias de las descripciones urbanas de la crónica de don Justo parecieran ilustrar pasajes de las novelas de Dreiser y Frank Norris (1870-1902), autores clásicos del realismo estadounidense y de la «Gilded Age», «edad del oropel». Véase en este sentido Morton White y Lucia White, *The Intellectual versus the City. From Thomas Jefferson to Frank Lloyd Wright*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, The MIT Press, 1962, pp. 54-55; Arturo Almandoz, *Ciudad y literatura en la primera industrialización*. Caracas: Fundarte, 1993, pp. 53-61.

Oaxaca hasta su llegada a México en vísperas de la rebelión maderista. Ya para entonces, mientras las «colonias modernas, vistosas y bien saneadas, empezaban apenas a crearse», cierta segregación imponía que los cuates de provincia, aunque participaran de los cenáculos capitalinos, vivieran «entre las viejas casonas sin más recreo vegetal que el Zócalo y la Alameda». ⁵⁰ Como su admirado maestro Sierra lo hiciera a finales del siglo XIX, Vasconcelos pudo contraponer, a comienzos del siguiente, esa ciudad burguesa conocida hasta entonces en su versión mexicana, a las masificadas urbes visitadas en tierra yanqui: desde la comfortable Nueva York que ya opacaba al anticuado mito de París, hasta la Nueva Orleans que, saturada de *red lights* y prostitutas de todo color y nacionalidad, «contaba entre las metrópolis de la sensualidad y el libertinaje». ⁵¹

9. En sociedades como la argentina, con altos niveles de urbanización y concentración bajo la primacía de Buenos Aires, los efectos sociales y culturales de las grandes metrópolis en la vida nacional habían sido telón de fondo de la ensayística del centenario republicano de 1910. En este sentido, la contraposición entre los ideales nacionalistas y el cosmopolitismo extranjerizado, ostensible en las urbes engrosadas con la inmigración promovida por el liberalismo decimonónico, fue una de las dicotomías que jalonaron obras conmemorativas del centenario de la Independencia, como *El juicio del siglo* (1910), de Joaquín V. González (1863-1923), *Blasón de plata* (1910), de Ricardo Rojas (1882-1957), y *Odas seculares* (1910) de Leopoldo Lugones (1874-1938). Si bien este último celebró inicialmente aquella épica inmigratoria que había hecho posible el milagro argentino después de 1880, su visión tornose más oscura y crítica de la masificación resultante en *El payador* (1916), donde el otrora maestro modernista fustigó la extranjería plebeya por

⁵⁰ J. Vasconcelos, *Ulises criollo*, p. 261.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 288, 312. Es notable la complacencia del autor ante esta oscura mecanización de la prostitución cosmopolita en la urbe de la Luisiana: «El espectáculo era magnífico. Abundaban los bares de puertas abiertas y público sediento. Bellezas desenvueltas transitaban por el arroyo bajo el cielo plácido. Algunos encuentros ponían a palpitar el corazón. A lo largo de una serie de callejas sombrías, puertas iluminadas o ventanas, denunciaban interiores de blanda espera amorosa. Ruegos formulados en todos los idiomas invitaban a pasar, y no era fácil decidirse entre francesas, alemanas, italianas, cubanas, mexicanas. En el mundo cosmopolita de entonces, Nueva Orleans contaba entre las metrópolis de la sensualidad y el libertinaje...».

ser rémora para alcanzar el nacionalismo bajo la égida del patriciado criollo.⁵²

Dentro de esa camada de obras, acaso sea *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) la que contrapuso más claramente la extranjerizada mecanización urbana frente al nacionalismo republicano. A través de la semblanza que del diarista nos da su supuesto editor, quien no es otro que el mismo autor Manuel Gálvez (1882-1962), se nos ofrecen los atributos vernáculos contrapuestos, de manera tácita, a los antivalores de la masa escotera creciente en las ciudades.

Gabriel Quiroga es patriota porque lleva muy dentro de sí mismo el sentimiento de la patria y la idea de la nación. Sus antepasados le transmitieron, sin saberlo, ese ¡tan criollo! rencor atávico al extranjero; pero tal rencor, en su alma civilizada y buena, ostenta la apariencia del egoísmo nacional. Gabriel Quiroga es patriota porque ama el suelo de nuestra tierra, cuyo paisaje siente intensamente, con emoción de patria y de arte. Gabriel Quiroga es patriota porque ha penetrado cariñosamente en el espíritu de las provincias y comprendido la acerba tristeza de las razas vencidas. Gabriel Quiroga es patriota porque, en las viejas ciudades y en las aldeas primitivas, ha aspirado el incienso venerable de la tradición colonial y estremecido hasta las raíces del alma con la honda poesía de las músicas nacionales. Gabriel Quiroga es patriota, finalmente, porque tiene el sentido de nuestra historia, venera a nuestros hombres representativos y anhela que llegue a ser la república: gloriosa de ideales y fecunda en virtudes.⁵³

⁵² Para esta camada de obras centenarias en Argentina, me apoyo en María Teresa Gramuglio, «Estudio preliminar» a Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina* (1910). Buenos Aires: Taurus, 2001, pp. 9-52. Sobre el cambio de actitud experimentado por Lugones con respecto al progresismo cosmopolita de *Odas seculares*, bien evidencia la autora el telón de fondo urbano de la problemática (*Ibid.*, pp. 20-21): «Pero ya en 1916, cuando homenajeó el otro Centenario con la publicación de *El payador*, su coincidencia con esas figuraciones —que de algún modo complementaban el nacionalismo oficial promovido desde el Estado para las masas— se había esfumado: los ‘útiles gringuitos’ de la ‘Oda a los ganados y las mieses’ se convirtieron en la ‘plebe ultramarina’; los ciudadanos beneficiados por la Ley Sáenz Peña, en ‘ralea mayoritaria’; y el paladín de la nacionalidad, el gaucho, si bien exaltado como heredero de un linaje prestigioso que Lugones remontaba hasta el helenismo, era un mestizo que habitaba en el pasado. En el presente, gracias a la feliz desaparición de ese arquetipo racialmente inferior, la estirpe nacional se reencarnaba en los patricios criollos, una ‘casta digna de mando’ cuya pureza originaria brillaba en la blancura de su frente».

⁵³ Manuel Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina* (1910). Buenos Aires: Taurus, 2001, pp. 74-75.

Contrapuesto al desarraigo de la masa forastera, el retrato patriota de Gabriel Quiroga es una superación del neurasténico intelectual del modernismo que ya ha sido referido, quien era romántico todavía en su legado y evasivo de su contexto. A diferencia de este diletante decadentista, la estadía europea de Gabriel le había permitido dejar de idealizar las «ciudades muertas» del Viejo Mundo, para mirar con perspectiva más vasta hacia la patria.⁵⁴ Y ya de regreso en esta, buena parte del mecánico paisaje edilicio y social visto por Sierra en Chicago con asombro y reserva, sería denostado por Gabriel Quiroga en la gigantesca capital del centenario, por ser manifestación de civilización desnacionalizada y materialismo rampante.

Buenos Aires produce una impresión penosa. La fealdad de su edificación sonora y multiforme, la carencia de perspectivas y la monotonía de sus calles rectas e iguales, revelan, en nuestro espíritu colectivo, una falta absoluta de sentimiento estético. Ciudad sin fisonomía propia, desdenosa de su carácter colonial de antaño, arrogante de civilización y de riqueza, implacable para con los últimos restos de su abolengo romántico, febriciente en su absurda megalomanía que la lleva a buscar la semejanza de Londres y de París, Buenos Aires es apenas una imitación torpe y ridícula de aquellas capitales europeas. Enloquecida por su afán de embellecerse toma los prestigios ajenos sin advertir que, de tal manera, suprime su porvenir espiritual y que, en la gloria aparente de sus bellezas prestadas, ostenta su triste condición de pueblo secundario.⁵⁵

⁵⁴ *Ibíd.*, pp. 63, 74. La conversión del diletante Quiroga en patriota es bien caracterizada por M. T. Gramuglio, «Estudio preliminar», p. 49: «¿Cómo ha llegado a alcanzar esta condición positiva desde su decadentismo inicial? El texto brinda la respuesta al registrar los motivos paradigmáticos de lo que se podría llamar la construcción de la imagen del escritor nacionalista: el linaje criollo prestigioso, el viaje a Europa, el descubrimiento de la patria desde el extranjero, el redescubrimiento de la hispanidad, la conversión al catolicismo, el viaje a las provincias interiores, el conocimiento de la tradición. No cabe duda de que el *alter ego* de Gálvez ha recorrido un camino muy similar al que su creador presentará como propio en la construcción de su autoimagen, y así la figura del escritor patriota toma el relevo del diletante y se articula con la del autor para legitimar su autoridad...».

⁵⁵ M. Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga...*, p. 92. En ese paisaje urbano encuentra Gabriel evidencia ominosa del materialismo y la falta de espiritualidad característicos de la metrópoli de marras, infestada de advenedizos y rastacueros (*Ibíd.*, pp. 92-93): «Y bien: ¿qué revela Buenos Aires? Ante todo, la presencia de un materialismo repugnante. La veneración fetichista hacia el dinero que reemplaza al culto de los valores morales e intelectuales y una total ausencia de poesía trasluce su vida tumultuosa (...). La observación minuciosa de las calles, los teatros, los paseos, los periódicos, las fiestas sociales, las iglesias, la

En la penetrante lectura hecha por este otro *flâneur* que Gabriel Quiroga resulta ser, se anticipa, con claridad inusitada en la literatura latinoamericana coetánea, la crítica —elaborada por la emergente sociología alemana y finalmente articulada por Spengler— del civilizado paisaje metropolitano, el cual niega y siega el carácter local, y por ende, la cultura y espiritualidad. Si bien anterior a la del filósofo alemán, por supuesto, la noción de cultura en el ensayista argentino también queda contrapuesta a la de civilización, más por la carga material de esta última que por los procesos de imposición cultural conllevados en Spengler. Tal como lo hace explícito el diarista: «En Buenos Aires hay civilización pero no cultura. Estos términos indican cosas desemejantes. La cultura poco tiene que ver con los cereales y los frigoríficos y deriva de necesidades espirituales y no materiales...».⁵⁶ Por lo demás, las similitudes con el discurso sociológico son acentuadas en Gálvez por un motivo recurrente de la literatura urbana de entre siglos —heredado de *Le spleen de Paris* (1869) de Baudelaire y manifiesto en el realismo criollo de la *Santa* de Gamboa— el cual alegoriza la gran capital en tanto meretriz, por contraposición al juvenil candor conservado por la añeja ciudad provinciana.

Buenos Aires, usando de una imagen antropomórfica, es una hermosa prostituta que está aprendiendo a embellecerse y que bajo el esplendor de su carne cosmopolita y el mimetismo de su lujo complicado y estrepitoso, deja percibir a cada instante los modos burdos de su condición. La vieja capital provinciana —Salta, Catamarca, La Rioja— sería una linda criollita, peinada de trenzas y vestida de percal: una pobre muchacha donosa, tímida y honesta, sin alhajas, sin afeites, sin postizos, pero con mucho ensueño en el alma y mucho sentimiento en el corazón.⁵⁷

ciudad entera finalmente en sus costumbres, en su espíritu y en su aspecto exterior, demuestra que poseemos, entre otras, las siguientes cualidades: la falta de conceptos serios sobre la vida, un rastacuerismo de opereta, la incapacidad para el ensueño, el vicio de la improvisación, una guaranguería irritante, el más completo desamor por las ideas y una anemia sentimental que agrava, de modo innominable, la hostilidad del ambiente». Por lo demás, la falta de fisonomía propia de Buenos Aires es también literaria, porque tampoco puede haber poesía donde predomina el materialismo (*Ibíd.*, pp. 169-172).

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 98; O. Spengler, *La decadencia de Occidente...*, t. II, p. 152.

⁵⁷ M. Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga...*, pp. 93-94. La imagen de la meretriz es también predicada por Gabriel respecto de las moradas: «No se nos importa que nuestras casas, pasando de mano en mano y vendiéndose diariamente, tengan algo de prostitutas. Lo principal es que vayan bien vestidas y ostenten un sonoro lujo de relumbrón» (*Ibíd.*, p. 183). Las metáforas de la gran ciudad

10. También está revisada y actualizada en la obra de Gálvez la atávica antinomia de barbarie y civilización, así como el programa inmigratorio y extranjerizado que a nombre de la segunda se hubo emprendido en la Argentina aluvial, todo lo cual llevó al autor a exaltar la tradición y el provincialismo —que no provincianismo— en tanto salvadores de la nacionalidad. En efecto, si la falta de prejuicios, sobre todo en Buenos Aires y las provincias del litoral, era de las pocas virtudes argentinas anotadas por Gabriel en su diario, las «remesas de escoria europea» traídas por los barcos para alcanzar la civilización preconizada por Sarmiento y Alberdi, so pretexto de eliminar la barbarie provinciana, habían terminado por suprimir el carácter nacional; el escenario más flagrante de ese proceso alienígena era, para el diarista, la gran capital porteña exhibida, en el esplendor del centenario, como feria y mercado de carne humana.

Sarmiento y Alberdi hablaron con encono de nuestra barbarie y predicaron la absoluta necesidad de europeizarnos. Tanto nos dijeron que en efecto nos convencimos de que éramos unos bárbaros y con una admirable tenacidad nos pusimos en la tarea de hacernos hombres civilizados. Para eso se empezó por traer de las campañas italianas esas multitudes de gentes rústicas que debían influir tan prodigiosamente en nuestra desnacionalización. Después se imitó las costumbres inglesas y francesas, vinieron judíos y anarquistas rusos y se convirtió a Buenos Aires en mercado de carne humana. En fin, no apuntaré, por ser innecesario, todo lo que hemos realizado para conseguir nuestra europeización. El hecho es que ahora estamos completamente civilizados...⁵⁸

Aunque sea por las referencias a la carne, en esta idea del mercado urbano resuena, curiosamente, algo de la imagen del matadero recreada por Echeverría al despuntar la prédica civilizadora de la Generación de 1837, asociación que podría completar la trágica ironía que rezuma el texto de Gálvez.⁵⁹ Mirando casi un siglo después el programa fundacional de la Joven Generación Argentina, el diarista puso en perspectiva las desdibujadas dicotomías entre las que su generación había crecido,

como prostituta, cortesana y amante están por ejemplo en el epílogo a Charles Baudelaire, *Le spleen de Paris. Petits poèmes en prose* (1869), ed. Yves Florenne. París: Le Livre de Poche, 1984, p. 187. Respecto de *Santa* y su parentesco con la *Nana* de Zola, otra exponente de este imaginario de la ciudad como meretriz, véase *supra* «Entre costumbrismo, criollismo y realismo».

⁵⁸ M. Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga...*, p. 116; también pp. 109-111, 141, 144, para párrafo anterior.

⁵⁹ Véase *supra* «Civilización y barbarie».

tales como barbarie y civilización, federalismo y unionismo; tanto este último como la mítica civilización sarmientina parecían haber conducido al extranjerismo del país centenario. Todo ello llevó a Gálvez, por boca de su álgido ego, a la reformulación secular de la consigna auroral de Alberdi: «En la hora presente, gobernar es argentinizar», concluye Quiroga, aunque eso fuera ya como arar en el mar del urbanizado país descendiente de los barcos.⁶⁰

11. En el dominio narrativo, tal como advirtiera el mismo Romero con respecto al proceso de mecanización social y urbana comportado por la masificación, cabe identificar como tendencia que, a través de los itinerantes personajes de Martel y Cambaceres, así como después en la *Santa* de Gamboa o en las novelas de José Rafael Pocaterra en Venezuela, se produjo «un diagnóstico de la gran ciudad como una formación sociológica que desnaturaliza la nacionalidad, y es cierto».⁶¹ Aun cuando el extranjerismo de *Vidas oscuras* (1916) y *La casa de los Ávila* (1921-22) retrata en diminuto la mecanizada civilización de las élites latinoamericanas —la segunda protagonizada por una burguesía urbana en el sentido romeriano, mientras la primera corresponde al alto funcionariado capitalino contrapuesto a la oligarquía provinciana y terrateniente—, resultan discutibles esas novelas de Pocaterra en tanto ejemplos de la masificación, dada la incipiente transformación de la Caracas de entre siglos donde se ambientan.⁶² Pero es cierto en todo caso que aquel realismo latinoamericano, atravesado por el naturalismo decimonónico en la novelística de Machado de Assis, Martí y Gamboa, procreó un elenco que, aunque todavía no se moviera, por

⁶⁰ M. Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga...*, pp. 117, 132, 195.

⁶¹ José Luis Romero, «'Un obstinado rigor'. Conversación con Félix Luna», en *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2002, pp. 457-473, 467; la nómina de autores es ampliada por Romero: «... como lo señala Gamboa en México, Pocaterra en Venezuela, Mercedes Cabello de Carbonera en Perú, equivalentes de nuestro Julián Martel, y de nuestro Cambaceres, de nuestro Carlos María Ocantos tan olvidado y tan significativo e interesante. Todos ellos hacen un diagnóstico de la gran ciudad como una formación sociológica que desnaturaliza la nacionalidad, y es cierto».

⁶² José Rafael Pocaterra, *Vidas oscuras* (1916). Caracas: Monte Ávila, 1990; *La casa de los Ávila* (1921-22). Caracas: Monte Ávila Editores, 1991. Por ambientarse en ciudades de provincia, aún más discutibles como ejemplos de la masificación venezolana resultan otras novelas de Pocaterra, como *Política feminista o el doctor Bebé* (1913) y *Tierra del sol amada* (1918); he comentado sobre estas obras en A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I.

supuesto, en los escenarios de la metrópoli masificada, manifestaba ya síntomas de la alienada apetencia por lo extranjero, como también lo hacían los abúlicos caracteres modernistas de José Asunción Silva y Manuel Díaz Rodríguez. Y esa alienación por la modernidad foránea y novelera referida por Romero puede ser predicada —como hemos visto ya en el marco de expansivas ciudades de los Años Locos, como Lima y La Habana— de los esnobs y bohemios de Diez Canseco y Carpentier.

Era ese ya el *Zeitgeist* dominante en las décadas siguientes al centenario, cuando la mecanización pareció ser asimilada y coloreada con nuevos motivos, mientras los procesos inmigratorios y de urbanización eran reconocidos como irreversibles. Quizá debido al influjo cultural aún ejercido por el Viejo Mundo en el crepúsculo de la Bella Época latinoamericana, fue todavía el bastidor de la Europa en trance de americanización desde los *roaring twenties* —otra denominación para el período que ya hemos llamado los Años Locos— el que en buena medida fue mirado y emulado por las expansivas ciudades latinoamericanas y sus élites, fascinadas por la civilización mecanizada en los lustros de entreguerras. Tal como lo resumiera Picón Salas en su «Meditación francesa»:

No sólo en las ciudades latinoamericanas durante los últimos años se levantaron rascacielos junto a las bajas casas de adobe, rascacielos que el babieca criollo se encargaba de decirnos que no los había ni en París ni en Berlín, sino se transformaron profundamente las almas. Comenzó también en esta atrasada y virginal Suramérica un como proceso de mecanización de la vida. (...) Progreso superficial que se quedaba en las ciudades capitales que crecían desmesuradamente, en mescolanza de estilos y materiales arquitectónicos, en un como ponerse a jugar a la alta civilización, en el desarrollo de una gran prensa sensacionalista, en la hazaña financiera del estratega de la bolsa o del estafador a alta escuela. Más allá de las luces, el asfalto y los rascacielos de la ciudad capital, seguía el pueblo en su oscuro medioevo aborígen. Las pequeñas oligarquías dirigentes, el aristócrata y el intelectual desarraigado, lanzábanse en este frenesí de imitación y progreso; las ideas y las modas caían como relámpagos, y merced al transatlántico, el avión, la revista, la noticia cablegráfica, discutíamos y adaptábamos la más reciente novelaría europea.⁶³

En ese juego de la alta civilización reportado por Picón Salas, constelado con iconos foráneos de la mecanización urbana - de neones a rascacielos, de deportistas a estrellas de Hollywood - resuenan de

⁶³ M. Picón Salas, «Meditación francesa», en *Europa-América...*, p. 17.

nuevo las profecías elocuentes y audaces de Spengler, las cuales causaron «gran impresión», como recuerda Jean Franco, entre las élites sociales e intelectuales de la Latinoamérica de entreguerras.⁶⁴ Era una versión más modernizada aún de las postales de civilización captadas por Sierra y Vasconcelos en los Estados Unidos de entre siglos, así como por Gálvez en el Buenos Aires del centenario, casi todas ellas alegóricas a las «bellezas prestadas», como diría Gabriel Quiroga, que la civilización trasplantada conlleva.

JULIANES SORELES Y RECIENVENIDOS, ROTOS Y PROLETARIOS

En Buenos Aires, que estima inverosímil haber vivido hasta los treinta o cuarenta sin conocerla, por lo que hay que sacarse pronto la reciénvenida tardía...

MACEDONIO FERNÁNDEZ, *Papeles de Recienvenido* (1929)

Le gustaba la noche, cuando las casas se revelan por dentro para el transeúnte; cuando las cantinas se cuajan de obreros; cuando la Alameda, inmensa y agitada, con sus evocaciones de la Colonia y la pugna de ser mejor, se llena de sombras que no se sabe; cuando los andenes de la estación se llenan de cocheros, de suplementeros y forasteros...

JOAQUÍN EDWARDS BELLO, *El roto* (1920)

Y Lima creció en diez años, en veinte años, se extendió a las haciendas de los alrededores. Las chacras de cebollas, de lechugas, de algodón y de vid, se convirtieron en urbanizaciones; en barrios pobres, oscuros y sucios, llenos de gente, de criaturas, de vendedores ambulantes y de tiendas de japoneses y chinos...

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, *Yawar fiesta* (1941)

12. No obstante la diversidad en su cronología y estilo, los textos y autores referidos en la sección anterior compartieron más que sus

⁶⁴ J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, p. 118. Sobre la influencia de Spengler en autores venezolanos como Picón, Alberto Adriani (1898-1936), Ramón Díaz Sánchez (1903-1968), Enrique Bernardo Núñez (1865-1964) y Arturo Uslar Pietri (1906-2001), véase A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I, pp. 119-120; t. II, pp. 81-82, 88, 98-105, 131-133.

sucesivas postales de civilización y mecanización. Oscilando entre la *Bildungsroman* y la crónica de viaje, entre la autobiografía y el diario, en esas obras la mecanización se anticipa por el contraste captado por los intelectuales en las urbes foráneas visitadas, como en Sierra y Vasconcelos; o a través del crítico alerta ante la amenaza que ese proceso extranjerizado conllevara para la nacionalidad centenaria pero endeble, como vocean Gálvez y su álgter ego, así como la novelística de entre siglos. Al mismo tiempo, siguiendo a Ángel Rama al mirar el personaje de Stendhal (1783-1842), puede decirse que algunos de esos autores ampliaron la ciudad letrada «a través del fuerte componente provinciano de los muchos Julien Sorel que a partir de la incipiente urbanización pueblerina desarrollaron la ambición capitalina y que a partir de su ambigua y desmedrada posición media quisieron rivalizar con la clase alta».⁶⁵

Recordemos que, mediante el complejo protagonista de *Le rouge et le noir* (1830), Stendhal ofreció un elaborado retrato cuya sofisticación psicológica va paralela a su continuo y ascendente itinerario por ciudades francesas tempranamente masificadas en la era napoleónica, desde el Besançon fronterizo y provinciano al París de los grandes hoteles y salones. Se configura así en *Rojo y negro* el que acaso sea el primer estudio psicosocial de la urbanización en tanto proceso migratorio del campo a la ciudad, tal como ya fue señalado a propósito del *Martín Rivas* de Blest Gana.⁶⁶ Pero ahora, respetando las diferencias literarias y contextuales con Stendhal, podemos decir que varios de los autores latinoamericanos considerados, provincianos los más, a través de su propia migración geográfica e intelectual, así como de las de sus Julianes Soreles criollos, engrosaron la ciudad letrada como parte del tránsito de la urbe burguesa a la metrópoli masificada, si se nos permite entrecruzar las denominaciones y periodizaciones de Rama y Romero.

Sabemos ya que las «ciudades masificadas» distinguidas por el historiador argentino resultaron en buena medida de la hibridación de grupos inmigrantes campesinos y extranjeros con sectores populares

⁶⁵ Á. Rama, *La ciudad letrada*, pp. 129-130. Además de *Ulises criollo*, el autor incluye también como ejemplo de esta tendencia *La muerte del cisne* (1910), del uruguayo Carlos Reyles.

⁶⁶ Me apoyo en A. Almandoz, *Ciudad y literatura en la primera industrialización*, pp. 30-31; véase también en este sentido de la migración geográfica y psicológica del personaje stendhaliano, Rose Fortassier, *Le roman français au XIXe siècle*. París: Presses Universitaires de France (PUF), 1982, p. 29. Respecto de *Martín Rivas*, véase supra «Entre costumbrismo, criollismo y realismo».

urbanos de diferente evo, tanto obreros como de pequeña clase media venida a menos.⁶⁷ Esos grupos se entremezclaron desde la década de 1920, por contraposición a la nueva burguesía industrial y su americanizada ciudad de rascacielos y carros, de grandes almacenes y avenidas. Reclamaban todos sus propios lugares en metrópolis que acentuaban así su segregación socioespacial, además de funcional. Insertas en ese vasto y heterogéneo conglomerado, diversas tendencias y obras literarias retrataron y mapearon, en el marco de procesos sociales, políticos y migratorios de los diversos países, los componentes urbanos o rurales de esa masa en fragua, con aparente preferencia por las historias de contingentes venidos del interior. Se trata de ofrecer a continuación una breve muestra de caracteres provincianos y proletarios que esperamos resulte, por su diálogo o contraste, representativa también de otros estratos sociales y culturales de la emergente metrópoli masificada en América Latina.

13. La ya mencionada saga de urbanización intelectual del protagonista de *Rojo y negro* puede decirse recreada, después de muchas generaciones y variantes ampliadoras de la ciudad letrada de Rama, en *Papeles de Recienvenido* (1929), de Macedonio Fernández (1874-1952). En su crónica entre humorística y sarcástica acuñó el costumbrista argentino —en pasajes como el siguiente— el término «recienvenidez» para referirse al incómodo provincianismo del intelectual inmigrado a la urbe porteña:

En Buenos Aires, que estima inverosímil haber vivido hasta los treinta o cuarenta sin conocerla, por lo que hay que sacarse pronto la recienvenidez tardía, todo el primera vez llegado, que conoce en los semblantes el mal gusto de no haber nacido en ella, se apresura a dar una instruidísima conferencia sobre «La Argentina y los argentinos» tres días después de desembarcado. Esto da resultado; se comprende que conferencia tan pronta y con tal tema no es la colosal fatuidad y entrometimiento ignorante que suele sospecharse, sino la ansiedad por quitarse cuanto antes la pátina de recienvenidez.⁶⁸

En la misma Buenos Aires de marras, esa condición entre advenediza y forastera atraviesa asimismo la masa de caracteres anónimos y cuadros cotidianos que Roberto Arlt (1900-42) fuera publicando con

⁶⁷ J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 336-337; A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I, pp. 125-127.

⁶⁸ Macedonio Fernández, *Papeles de Recienvenido. Poemas, relatos, cuentos, miscelánea*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968, p. 14.

gran éxito semanal en el periódico *El Mundo*, poco después recogidos en el volumen *Aguafuertes porteñas* (1933). Entre vivaces y sórdidos, con humor no exento de ironía y crítica social, muchas de las crónicas del también novelista catalogan mercachifles y desempleados, macanadores y compadritos, quienes como *flâneurs* populares, pululan por Corrientes y otras variopintas avenidas de aquella metrópoli golpeada por la depresión siguiente al 29, la cual se encontraba a las puertas ya de la década infame y turbulenta. Hay mucho a la vez del colorido paisaje humano argentino, resultante de la inmigración, con sus entrañables barrios porteños sembrados de sillas y vecinos en las veredas, quizá como el de Flores, donde creciera el autor hijo de prusiano e italiana. Allí se establecen estrechas formas de «urbanidad ciudadana», en un comunitarismo cercano, podría decirse, a la *Gemeinschaft* de la sociedad tradicional reivindicada a la sazón por la escuela de Chicago.⁶⁹ Y en las escenas privadas, registra Arlt asimismo muestras penetrantes de casas de costureras y pensiones de inmigrados, con fuerte olor balzaciano, donde el autor recrea un magistral «Soliloquio del solterón» con visos de autorretrato.⁷⁰

Lejos de los sucesos extraordinarios, geniales o fantásticos que algunos amigos le sugerían registrar, era de ese sinfín de eventos anodinos y reciénvenidos anónimos de donde Arlt tomaba los motivos de sus aguafuertes; esos temas «me andan buscando por la calle, o la pensión o donde menos se imaginan», confesó a Juan Carlos Onetti, cuando este lo conoció en la redacción de *El Mundo* a comienzos de los treinta.⁷¹ Por haber captado en esas greguerías parientes de las madrileñas de Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), según un coloquial estilo devenido controversial, las situaciones comunes y los rostros

⁶⁹ Roberto Arlt, «Silla en la vereda», en *Aguafuertes porteñas* (1933). Buenos Aires: E. Santiago Rueda Editor, 2005, pp. 109-111. Con respecto al sentido comunitario, véase el ya referido texto de F. Tönnies, «*Gemeinschaft and Gesellschaft*»; R. Park y E. Burgess, *The City: Suggestions for the Investigation...*, pp. 7-12.

⁷⁰ R. Arlt, «Soliloquio del solterón», en *Aguafuertes porteñas*, pp. 114-116; la condición anónima y modesta es acentuada en varios pasajes no exentos de humor negro (*Ibid.*, p. 114): «Trabajo lo indispensable para vivir, sin tener que gorrear a nadie, y soy pacífico, tímido y solitario. No creo en los hombres, y menos en las mujeres, mas esta convicción no me impide buscar a veces el trato de ellas, porque la experiencia se afina en su roce, y además no hay mujer, por mala que sea, que no nos haga indirectamente algún bien».

⁷¹ Juan Carlos Onetti, «Introducción» a Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas* (1933). Buenos Aires: E. Santiago Rueda Editor, 2005, pp. 7-16, 11.

cotidianos de la metrópoli multiforme, las aguafuertes de Arlt, como los papeles de Fernández, alcanzaron no solo gran éxito periodístico en su momento, sino también pervivencia como galería amalgamada de la masa porteña.⁷²

14. Apurada por la masificación colada entre los techos rojos de la ciudad chata pero densificada, la avidez por superar la *recienvenidez* está también retratada, entre estudiantes de provincia llegados a la Caracas de Gómez, en la novela *Fiebre* (1939), de Miguel Otero Silva (1908-85). No obstante provenir del interior, Vidal Rojas, el protagonista semejante en mucho al autor —suerte de Julián Sorel criollo a su vez, en el sentido apuntado por Rama— cree reconocer a varios de los invitados al primer baile de club al que asiste desde su llegada a la capital de los Años Locos, llevado por su compañero Robledillo:

A los hombres les sé los apellidos. Caracas es una aldea y todos nos conocemos. Ahí está Quintanilla que es dandy, agente comercial de productos yanquis de tocador y, según es fama, policía secreto para salones chics; y Altoguirrete, empleado de banco y efebo de lánguidos modales; y los Ramirito que bailan muy bien el charleston y viven a costa de las adulaciones de su papá. Robledillo me presenta a diestra y siniestra, incluso a la mujer que me interesa y que resulta parienta cercana de un alto funcionario gubernamental, ministro nada menos.⁷³

Pero Vidal delata su candidez provinciana en el enamoramiento precipitado de la casual compañera de baile, lo que Robledillo sabrá reprender con crudo realismo citadino: «Has estado hecho un imbécil. Mañana te verá en la calle y ni siquiera te saludará. ¡Eres un romántico!». En efecto, con mucho menos romanticismo del encontrado por Alfonso Ribera en la amable Caracas de finales de la Bella Época, de

⁷² Como señala el mismo J. C. Onetti, *Ibíd.*, p. 8: «El triunfo periodístico de los *Aguafuertes* es fácil de explicar. El hombre común, el pequeño y pequeñísimo burgués de las calles de Buenos Aires, el oficinista, el dueño de un negocio raído, el enorme porcentaje de amargos y descreídos podían leer sus propios pensamientos, tristezas, sus ilusiones pálidas, adivinadas y dichas en su lenguaje de todos los días. Además, el cinismo que ellos sentían sin atreverse a confesión; y, más allá intuían nebulosamente el talento de quien les estaba contando sus propias vidas, con una sonrisa burlona pero que podría creerse cómplice».

⁷³ Miguel Otero Silva, *Fiebre* (1939). Caracas: Monte Ávila, 1994, p. 30. Con respecto a la llegada de Alfonso Ribera a la Caracas de finales de la Bella Época —además de *supra* «El ‘bumburismo’ de los Años Locos»—, véase A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I. pp. 83-89.

las céntricas casas de San José y La Pastora, muchas de ellas trocadas en pensiones estudiantiles y proletarias, parten a la sazón, en escenas ulteriores de la novela de Otero Silva, diversos grupos de personajes a hacer *picnics* en las afueras caraqueñas, las cuales los reciénvenidos aún no conocen. Ilustrando el mudante imaginario de los Años Locos, entre letras de tangos, actores yanquis y novelas de Anatole France (1844-1924) transcurren las conversaciones de los excursionistas; son estos capitaneados por doña Concepción y su hija Cecilia, la dueña de la pensión y la novia de Vidal, respectivamente, quienes van con frecuencia a ver aventuras de *cowboys* y musicales protagonizados por John Barrymore (1882-1942), en cines cada vez más atestados.⁷⁴

Así, en el marco de una americanizada y progresista modernización, a pesar del oscurantismo dictatorial venezolano, la novela de Otero Silva nos ofrece —como la autobiografía de Vasconcelos y las crónicas de Fernández y Arlt en escalas mayores— el cuadro de la ciudad masificándose en las céntricas pensiones donde se entremezclan reciénvenidos estudiantes e intelectuales de provincia con tradicionales sectores urbanos de quienes aprenden códigos de vida capitalina. Tales códigos son conocidos también por distinguidos personajes novelescos venidos a menos, como la ya mencionada Teresa Iturrigorriaga de Edwards Bello, quien intenta alquilar una pieza a un revolucionario estudiante que pregona la «reivindicación» y la «justicia social» para «las masas» en el Santiago sacudido por la Gran Crisis. No olvidemos que la empobrecida *flapper* usa su apellido añejo y modales refinados para tener acceso al hotel Crillón y otros círculos cosmopolitas de la metrópoli santiaguina, aunque se sienta cada vez más «una en la multitud» creciente en los arrabales, donde «hierve la población» y donde ella habita casi de incógnito, tanto como en los tranvías que a diario la llevan por la Alameda, atestados de «gente fea y ajena».⁷⁵

15. Mucho del fresco literario de la masa de reciénvenidos se ilustra con historias migratorias de campesinos y provincianos escoteros,

⁷⁴ M. Otero Silva, *Fiebre*, pp. 31, 55-58; me apoyo en pasajes de A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I. pp. 130-132.

⁷⁵ J. Edwards Bello, *La chica del Crillón*, pp. 20, 28, 87, 98; el personaje no deja de introducir su toque de humor sobre la masificación: «Nunca se vio tanta gente en los teatros, en la Bolsa, en los bares y en el cementerio. Esto último proviene de que el piojo es apolítico: lo mismo ataca a un Errázuriz que a un Verdejo». Con respecto a la caracterización de Teresa, véase *supra* «El ‘bumburismo’ de los Años Locos» (*Ibid.*, p. 19).

quienes llegaban a los centros de tugurios o los barrios incontrolados y desabastecidos, proliferantes en las periferias de las jóvenes metrópolis latinoamericanas, todo ello a través de una novelística que tomaría varias corrientes y décadas desarrollar. Recordemos que esa masa vulgar estuvo engrosada, tempranamente, con los cuates y las soldaderas del campo buscando lugar en las capitales provinciales ganadas por la Revolución mexicana, como se registra en *Los de abajo* de Azuela. En este sentido, adoptando una estructura que compartía mucho de las técnicas desarrolladas por el movimiento plástico coetáneo, al decir de Ítalo Tedesco, esta «novela mural» y revolucionaria captó tempranamente al «personaje masa» mediante la tropa y su ralea, a diferencia de los conglomerados sociales de la narrativa indigenista de otras latitudes del continente.⁷⁶

Algo más tarde, pero con mucho todavía del naturalismo decimonónico, los barrios pobres que se convertirían en «poblaciones callampa» sirvieron de escenario a *El roto* (1920), de Joaquín Edwards Bello (1887-1968); su novela inició la saga de inmigrantes y proletarios adaptándose a la miseria arrabalera, mientras sorteando los complejos mecanismos de la vida metropolitana.⁷⁷ La contraposición entre la ciudad anómica y la normal, para utilizar de nuevo la terminología romeriana, queda ilustrada en muchos pasajes de la clásica novela de Edwards, en los paseos nocturnos de Esmeraldo, el protagonista reciénvenido, entre el arrabal prostibulario donde ha encontrado su hábitat, en un extremo, y las trajinadas avenidas santiaguinas que todavía le resultan extrañas, por el otro.

Amaba su barrio, hasta en los menores recovecos; le parecía que no habría nada más bonito en el mundo. ¡Qué ansia de vivir sin trabas! Los pobres tienen su santa libertad, aunque no sea más que para poner una tetera con agua sobre dos piedras, y pensar y pensar pitando el humo acre. Le gustaba la noche, cuando las casas se revelan por dentro para el transeúnte; cuando las cantinas

⁷⁶ Ítalo Tedesco, *Urdimbre estética, social e ideológica del indigenismo en América Latina*. Caracas: Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), 2004, pp. 428-431.

⁷⁷ Otros ejemplos incluyen las novelas del colombiano José A. Osorio Lizarazo (1900-64), quien adoptó un ambiente semejante en *La casa de vecindad* (1930); para algunos de esos casos, referidos pero no trabajados directamente por el autor, me apoyo en la ya citada obra de J. S. Brushwood, *La novela hispano-americana del siglo XX...* Con respecto a la novela de Azuela, también comentada en esta obra de Brushwood (*Ibid.*, pp. 31-37), véase *supra* «Pax dictatorial y positivismo, revolución y democracia».

se cuajan de obreros; cuando la Alameda, inmensa y agitada, con sus evocaciones de la Colonia y la pugna de ser mejor, se llena de sombras que no se sabe do van; cuando los andenes de la estación se llenan de cocheros, de suplementeros y forasteros...⁷⁸

Ambientada la novela en el barrio Chuchunco, al poniente de la estación Central, sus rotos deambulan por los bordes suburbanos y proletarios del otrora quieto Santiago, que tan atravesado por tranvías y autos como cuajado de ventorrillos y chinganas, se tornaba trajinado y nocturno en la primera década del siglo XX. Edwards ofreció así un anticipo literario del barrio de conventillos —«viejo en cuclillas y de cara acongojada»—, el cual se personificara asimismo en *Los hombres oscuros* (1939), de Nicomedes Guzmán (1914-64), escenificando múltiples microhistorias de marginalidad, miseria y protesta.⁷⁹ Con su prosa enérgica y proletaria, iluminada por la poética de Pablo Neruda (1904-73), Guzmán después recrearía la capital segregada y sindicalista que, convulsa de huelgas y disturbios, ambienta *La sangre y la esperanza* (1943), prefigurando los turbulentos tiempos conducentes al Frente Popular. El «barrio pobre» de esta segunda novela está cifrado en imágenes tristes, ora «como un perro viejo abandonado por el amo», ora como «una flor caída en pétalos de bruma»; pero trasunta a la vez mucho de la «humanidad» y vitalidad emergentes en la metrópoli masificada, con las muchedumbres de tranviarios y obreros madrugadores, las envolventes tonadas y los silbidos callejeros, y «el ensordecedor traqueteo de los tranvías que (...) no cesaba. Era la vida», sentencia repetidamente un narrador que poco mira ya hacia la ciudad burguesa y normada, al igual que otros miembros de la generación de 1938.⁸⁰

⁷⁸ Joaquín Edwards Bello, *El roto* (1920). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2006, p. 33.

⁷⁹ Nicomedes Guzmán, *Los hombres oscuros*. Santiago de Chile: Ediciones Yunque, 1939, pp. 23-24; son muchas las citas que, como en este caso, ilustran la personificación del conventillo en términos poéticos: «El conventillo, extático en su actitud de viejo en cuclillas y de cara acongojada, en la imposibilidad de elevarse, se entretiene, por las mañanas, cuando el aire sereno lo ayuda, en alcanzar el cielo con los azulosos brazos de humo que alargan los cañones renegridos de sus cocinas. Así, mediante el humo, bien puede decirse que el conventillo se yergue hasta el cielo, que trepa hasta el maravilloso país de las estrellas».

⁸⁰ Nicomedes Guzmán, *La sangre y la esperanza* (1943). Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1999, pp. 21, 24, 105. Respecto de las características del grupo y su filiación al Frente Popular, véase Milton Aguilar, «Nicomedes Guzmán y la generación de 1938», en Nicomedes Guzmán, *La sangre y la esperanza*. Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1999, pp. 9-15.

Así, un poco con la obstinación de los «cabros» que no cesan de jugar en sus callejones, en esos mismos barrios proletarios, no obstante estar poblados de conventillos cuyo aire siempre «apestaba a muchedumbre, a pobreza», encontrarán finalmente redención los personajes de *La sangre y la esperanza*; bien sea a través de la protesta y la huelga de tranviarios, la maternidad adolescente pero renovadora, o el trabajo manual que encallece las manos, pero ennoblece la existencia por venir.⁸¹

16. Coloreada del indigenismo característico de la narrativa de José María Arguedas (1911-69), la masa de reciénvenidos y proletarios asoma en *Yawar fiesta* (1941) con rostros de cholos y forasteros, quienes se avecinaban en las afueras de una Lima cada vez más segregada.

Y Lima creció en diez años, en veinte años, se extendió a las haciendas de los alrededores. Las chacras de cebollas, de lechugas, de algodón y de vid, se convirtieron en urbanizaciones; en barrios pobres, oscuros y sucios, llenos de gente, de criaturas, de vendedores ambulantes y de tiendas de japoneses y chinos; o en barrios de lujo, silenciosos, limpios, tranquilos, donde mostraban su fachada europea, de distancia en distancia, grandes residencias techadas de teja, cubiertas de enredaderas, y rodeadas de parques extensos donde no se veía a nadie; barrios en las calles anchas, sombreadas de árboles.⁸²

En esa nueva segregación metropolitana a través de la conurbación Lima-Callao, que superaba los 600.000 habitantes para 1940, surgen barrios populares como el Ascona, adonde «fueron a vivir la mayoría de los puquianos pobres, hijos de medio mistis, de principales arruinados, o de ‘chalos’ legítimos que fueron a buscar suerte en la Capital»; llegan muchos de los «comprovincianos» serranos, cuyas diversiones oscilan entre las tradicionales corridas de toros y los nuevos deportes masivos, como el fútbol.⁸³ Por sobre todo, en un típico cuadro de la novela indigenista, en las barriadas de *Yawar fiesta* ocurre, bruscamente, el cambio de valores y el desarraigo, la aculturación y el desclasamiento de los

⁸¹ N. Guzmán, *La sangre y la esperanza*, pp. 126, 341. Imágenes como las de «humanidad» del barrio son recurrentes en la novela, ilustrada mediante personajes que van desde los chiquillos a las prostitutas (*Ibid.*, pp. 128, 225, por ejemplo).

⁸² José María Arguedas, *Yawar fiesta* (1941). Buenos Aires: Losada, 1974, p. 78.

⁸³ *Ibid.*, p. 79. Con respecto al volumen y las características de la inmigración indígena a la conurbación Lima-Callao a mediados del siglo XX, véase Í. Tedesco, *Urdimbre estética, social e ideológica del indigenismo en América Latina*, pp. 104-105, 136-137.

inmigrados, mientras solo se conservan vivas algunas manifestaciones provinciales como la música.⁸⁴

Impulsados asimismo por los cambios económicos y la emergente sociedad de masas escenificada en las capitales, ejemplos de reciénvenidos bisoños buscando inserción en las pequeñas ocupaciones o el estrellato efímero en La Habana o Caracas, pueden encontrarse en *Écue-Yamba-Ó*, de Carpentier, y en *Campeones* (1939), de Guillermo Meneses (1911-78). Entre los gañanes oriundos de La Guaira que arriban a esta última novela están los llamados a alcanzar fama súbita y efímera en nuevas formas de diversión y deporte. Así le ocurre a Teodoro Guillén al convertirse en *pitcher* del «Nueva York», uno entre los varios equipos que, al igual que el «Star», el «Gigante» y los «Yankees», confirman no solo la instauración del *baseball* como deporte líder de la emergente «cultura del petróleo», sino también el advenimiento de la sociedad de masas venezolana. La apoteosis de esta última tiene lugar en los estadios de La Guaira y Caracas, adonde el zambo Teodoro, orgulloso de su rápido triunfo, quiere llevar a su hermana Pura bien vestida, «con medias de seda y zapatos de patente», como buscando la aceptación social que siempre preocupa a los advenedizos de toda esa novelística.⁸⁵ Y tal como ocurre con los huasos en Santiago y con los cholos limeños de *Yawar fiesta*, la quimera deportiva también atrae hacia Caracas al Indio Ramón Camacho, quien encuentra rápida fama en el boxeo, otro deporte favorito de las bullentes multitudes que corporeizan la masa de Julianes Soreles y reciénvenidos, de rotos y proletarios.

⁸⁴ Tal como caracteriza Í. Tedesco, *Urdimbre estética, social e ideológica...*, p. 291: «El desclasamiento es un tema del indigenismo. El desarraigo es causa de una identidad escindida, no apreciada como referencia de geografía interior, o de realismo metafísico, por los que solo ven en esta narrativa el pintoresquismo y el color local. Sólo la música actualiza la vivencia provincial, en peligro de borrarse, y a la que se rinde tributo a través del club, aunque se sienta rubor, al asumir el ser originario...».

⁸⁵ Guillermo Meneses, *Campeones* (1939). Caracas: Monte Ávila, 1990, pp. 41, 103, 115. Me apoyo en A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I, pp. 132-133.

POPULISMO Y CRISIS, MILITARISMO Y CORPORATIVISMO

Quiero ser una amenaza para los espíritus reaccionarios, para los que resisten toda reforma justa y necesaria... Yo quiero ser una amenaza para los que se alzan contra los principios de justicia y de derecho; quiero ser una amenaza para todos aquellos que permanecen ciegos, sordos y mudos ante las revoluciones del momento histórico presente...

ARTURO ALESSANDRI, discurso de candidatura presidencial (1920)

17. En su celeberrima novela *El señor presidente* (1946), Miguel Ángel Asturias (1899-1974) alegorizó la autocracia de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920), rémora para las reformas de su Guatemala natal, por contraste con la renovación empujada por las masas en países más urbanizados del continente. Con poco ya de la evasión modernista de entre siglos y algo de la narrativa de la masificación que acabamos de reportar, el novelista arrojó el atraso local mediante un crítico realismo coloreado de motivos indígenas, aunque sus referencias se tornen más universales e historicistas en pasajes como el siguiente:

¡Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria!
Las señoras sentían el divino poder del Dios Amado, sacerdotes de mucha envidia le incensaban. Los juristas se veían en un torneo de Alfonso el Sabio. Los diplomáticos, excelencias de Tiflis, se daban grandes tonos consintiéndose en Versalles, en la Corte del Rey Sol. Los periodistas nacionales y extranjeros se relamían en presencia del redivivo Pericles. ¡Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria!⁸⁶

A pesar de esa anacrónica estampa, entre feudal y absolutista, de la alienada fiesta nacional en el pequeño país centroamericano, puede decirse que Latinoamérica experimentó, durante los años de Estrada Cabrera —que son en parte los de Leguía en Perú y Gómez en Venezuela— cierta apertura hacia gobiernos de corte más social e incluso populista, los cuales sentaron las bases del Estado de bienestar a la sombra del militarismo y la crisis internacional. Al lado de Guatemala pero muy por delante de ella, con la promulgación de la Constitución de 1917, que secularizó el Estado e incluyó más derechos civiles tanto para ciudadanos como para campesinos, puede decirse con Cosío Villegas que la Revolución mexicana entró en su «fase reformista», produciendo

⁸⁶ Miguel Ángel Asturias, *El señor presidente* (1946). Buenos Aires: Losada, 1978, p. 96.

resultados concretos después de la así llamada «década destructiva».⁸⁷ Si bien adelantados durante los gobiernos de Álvaro Obregón (1920-1923) y Plutarco Elías Calles (1924-1928), los cambios revolucionarios serían institucionalizados durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-40), la cual fortaleció logros sociales y económicos mediante un corporativismo que combinó la postergada reforma agraria —una de las raíces más profundas de la Revolución— con un programa de industrialización y la nacionalización del petróleo. Entre otros organismos estatales destinados al financiamiento de proyectos sociales y territoriales, destacaron el Banco de Crédito Ejidal, el Banco de Obras y Servicios y la Nacional Financiera.⁸⁸

La labor educativa de la Revolución en esta etapa formativa fue abanderada por José Vasconcelos en varios cargos prominentes: desde la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria y el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes; pasando por su designación como ministro de Educación Pública, donde fue mecenas de muralistas como Diego Rivera (1886-1957), José Clemente Orozco (1883-1949) y David Alfaro Siqueiros (1896-1974), al tiempo de traer a México educadores eximios como el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) y la chilena Gabriela Mistral (1889-1957); hasta la designación del autor de *Ulises criollo* como director de la Biblioteca Nacional en 1940, durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1940-46), cuando el ímpetu revolucionario perdía ya fuerza.⁸⁹ Otras figuras del seminal Ateneo de la Juventud prestarían también servicios para educar a los crecientes sectores populares urbanos, quienes representaban 37 por ciento de la población mexicana para 1940. Tal fue el caso de Alfonso Reyes (1889-1959) con su famosa *Cartilla moral* (1944), conjunto de lecciones laicas para ayudar la «labor alfabética» e «ir avezando al lector en el verdadero discurso y en el tejido de los conceptos. Pues a estos ejercicios llega el analfabeto cuando ha dejado de serlo», según

⁸⁷ Daniel Cośío Villegas, «The present», en *A Compact History of Mexico* (1973), trad. Marjory Mattingly Urquidi. México: El Colegio de México, 2005, pp. 137-145, 139.

⁸⁸ E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, pp. 390-400; H. Quiroz Rothe, *Ciudades mexicanas del siglo XX*, pp. 66-67.

⁸⁹ Me apoyo en Sergio Pitol, «Prólogo» a José Vasconcelos, *Ulises criollo* (1935). México: Editorial Porrúa, 2003, pp. vii-xxiii.

señalara el maestro en el prefacio del famoso vademécum que inspiró una era dorada de la instrucción pública azteca.⁹⁰

18. Incluso en los países más avanzados políticamente desde inicios del siglo XX, un militarismo entre progresista y centralizador se mantuvo amenazante, sobre todo después de sentirse en Latinoamérica los efectos de la Gran Depresión siguiente al crac de 1929. Tal como Batlle y Ordóñez y Sáenz Peña habían hecho en Uruguay y Argentina, respectivamente, desde las primeras dos décadas del siglo, la llegada a la presidencia de Arturo Alessandri (1920-24, 1925) en Chile representó un «despertar de las masas», respaldadas por la consolidación del Partido Socialista y la promulgación de la Constitución de 1925; esta zanjaría la inveterada rivalidad entre el presidencialismo, con su preponderancia del Ejecutivo, y el parlamentarismo dominante entre siglos. Preconizando la secularización del Estado y la instrucción pública obligatoria, bien había resumido el León de Tarapacá —apodo ganado en sus campañas senatoriales— el espíritu de los tiempos por venir en su discurso de abril de 1920, al aceptar su candidatura a la presidencia: «Quiero ser una amenaza para los espíritus reaccionarios, para los que resisten toda reforma justa y necesaria... Yo quiero ser una amenaza para los que se alzan contra los principios de justicia y de derecho; quiero ser una amenaza para todos aquellos que permanecen ciegos, sordos y mudos ante las revoluciones del momento histórico presente...».⁹¹

Después del «ruido de sables» de 1924 —cuando los militares hicieron sentir su malestar por la crisis social que no estaba siendo debidamente atendida—, las reformas de Alessandri fueron interrumpidas por los golpes encabezados por Luis Altamirano Talavera y Carlos Ibáñez del Campo (1924, 1925). En un episodio inusual en Latinoamérica, la presión ejercida por esos militares contra el parlamentarismo, miope ante el deterioro nacional, redundó en la promulgación de leyes sociales de las más progresistas del continente, como las de contratos de trabajo, organizaciones de sindicatos, seguro obrero obligatorio y caja de empleados particulares.⁹² Las juntas castrense y civilista sucedidas en el

⁹⁰ Alfonso Reyes, *Cartilla moral* (1944). México: Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 13-14; respecto de los porcentajes de población por estrato social en el México de los años 1940, véase G. Beyhaut y H. Beyhaut, *Historia universal Siglo XXI...*, p. 222.

⁹¹ A. Alessandri, citado en A. de Ramón, *Historia de Chile...*, p. 123; S. Villalobos R., *Breve historia de Chile*, pp. 182-183.

⁹² S. Villalobos R., *Breve historia de Chile*, pp. 184-185.

poder terminaron solicitando asimismo el regreso de Alessandri, quien encabezó la reforma constitucional plasmada en el nuevo texto de 1925. Este sancionaba, entre otros viejos anhelos, la separación entre Iglesia y Estado y la independencia entre los poderes Ejecutivo y Legislativo, así como la obligatoriedad estatal de garantizar «la protección al trabajo, a la industria y a las obras de previsión social, especialmente en cuanto se refieren a la habitación sana y a las condiciones económicas de la vida, en forma de proporcionar a cada habitante un mínimo de bienestar, adecuado a las necesidades personales y a las de su familia».⁹³

Si bien la Constitución del 25 no supuso grandes avances en cuanto a un nuevo modelo de desarrollo económico, la participación estatal dentro de este se incrementaría en los gobiernos siguientes. Como ministro del Interior y de la Guerra primero (1925-27), y como Presidente *de facto* a continuación (1927-31), Ibáñez impulsó, en el marco del así llamado «Chile nuevo», progresistas políticas de obras públicas, crédito industrial y agrario, todas ellas acompañadas por programas de «desburocratización» y la creación de instituciones como el Banco Central y la Contraloría General de la República. Este proceso modernizador fue continuado durante el segundo gobierno de Alessandri (1932-38), con la política de industrialización promovida por el ministro de Finanzas, Gustavo Ross (1932-37) y liderada por la Corporación Chilena de Fomento (Corfo); se incrementó asimismo la atención a salud y habitación como cuestiones públicas, tal como lo establecía la Constitución del 25.⁹⁴ Así, no obstante haber sido Chile el país más afectado por los efectos de la Gran Crisis en medio de quiebres en la continuidad constitucional, ya para los años treinta había una fuerte estructura de partidos políticos, encabezados por el Frente Popular, así como una «masa sindicalizada urbana» que apuntalaría la democracia chilena hasta comienzos de los setenta.⁹⁵

⁹³ Citado en *Ibíd.*, p. 186.

⁹⁴ T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 346, 404-407; J. del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe...*, p. 94; B. Aguirre y S. Castillo, *De la «gran aldea» a la ciudad de masas...*, p. 24; Patricio Gross, «Santiago de Chile (1925-1990): planificación urbana y modelos políticos», en Carlos de Mattos, Oscar Figueroa, Pedro Bannen, Diego Campos (eds.), *Santiago en EURE. Huellas de una metamorfosis metropolitana 1970/2000*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2006, pp. 129-169, pp. 130-131.

⁹⁵ A. de Ramón, *Historia de Chile...*, p. 144. El profundo impacto de la Gran Crisis en Chile había estado precedido por el duro revés que significara la producción de salitre sintético después de la Primera Guerra Mundial, haciendo

19. Sin importar el progreso constitucional y parlamentario de Argentina desde finales del siglo XIX, en medio de un enrarecido clima de nacionalismo antiobrero y antianarquista —agitado por intelectuales como Lugones, Rojas y Gálvez, quienes terminaron viendo en la inmigración incontrolada una amenaza contra los valores patrios—, la segunda presidencia de Yrigoyen sería plagada por protestas y finalmente interrumpida por el golpe de Estado abanderado por José Félix Uriburu en 1932, lo que inició un ciclo de retroceso constitucional y democrático.⁹⁶ Era en parte resultado del complejo proceso de cambio liderado por la Unión Cívica Radical, la cual había sido demasiado moderada frente a la vieja oligarquía de la Argentina aluvial, así como incapaz de dar respuestas a la heterogeneidad social del nuevo país urbanizado. «Por esa moderación y esa heterogeneidad», como señala José Luis Romero, «no se llegó a constituir una burguesía radical que hubiera podido quebrar la vieja oligarquía, ni una vigorosa y organizada masa obrera de la misma tendencia».⁹⁷

Si bien el golpe abriera la así llamada «década infame», sobre todo por su proscripción del radicalismo y la reaparición del fraude en la vida política, la presidencia de Agustín Pedro Justo (1932-38) tuvo logros en cuanto a obras públicas y la promulgación de la Ley de Vialidad, la cual favoreció el desarrollo del transporte automotor que competía con los ferrocarriles británicos.⁹⁸ En el marco de la crisis mundial, se intentó zanjar esta competencia en el histórico tratado Roca-Runciman (1933), mediante el cual Gran Bretaña se comprometía a comprar carne congelada a Argentina, mientras que esta daría un tratamiento benévolo a los capitales anglosajones, manteniéndolos en la red ferroviaria. Pero la crisis llevó también a medidas menos coyunturales que sentarían las bases del Estado corporativo, como la creación del Banco Central, bajo la acertada dirección de Raúl Prebisch (1935-43), así como de juntas reguladoras en diversos rubros. Combinada con la escasez de algunos productos importados y el creciente mercado urbano generado por la migración desde el campo, ese intervencionismo estatal fomentó la industrialización en auge para la década de 1940. Al considerar también la renovación artística por ser comentada más adelante, Luna evalúa

más costosa y menos competitiva la producción nacional del salitre natural; véase S. Villalobos R., *Breve historia de Chile*, pp. 174, 192.

⁹⁶ T. Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, pp. 288-326; J. del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe...*, p. 93.

⁹⁷ J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, p. 230.

⁹⁸ F. Luna, *Breve historia de los argentinos*, pp. 187-190.

que, a pesar de la ruptura constitucional y el fraude político, la así llamada «década infame» fue, después de todo, «una buena década» de la historia argentina.⁹⁹

En el caso de Brasil, después de anquilosarse en la *República Velha* la renovación política y económica iniciada por la burguesía de São Paulo y Minas Gerais a finales del siglo XIX, un nuevo republicanismo de corte urbano, industrial y comunista emergería con los «tenientes» liderados por Luis Carlos Prestes (1898-1990), quien recorrió la vasta provincia brasileña entre 1925 y 1927. A la sazón, la política del «café con leche» —así llamada por los principales rubros productivos de los dos estados más importantes y aliados, tal como ya se señaló— llevó finalmente a la presidencia de Washington Luís Pereira de Sousa (1926-30), caracterizada por el control de la inflación después de la Gran Crisis, así como por la consigna de «gobernar es abrir carreteras». ¹⁰⁰ El agotamiento y los desacuerdos entre políticos paulistas y mineros permitió el ascenso de Getulio Vargas (1882-1954) en tanto líder de la Alianza Liberal, emergida como alternativa frente a los viciados métodos electorales de la *República Velha*.

Al calor de una diversificación partidista en la década de 1920 —incluyendo desde el Partido Comunista fundado en el 22 hasta la Acción Integralista Brasileña (AIB), inspirada en el fascismo italiano—, la revolución liderada por Vargas en 1930 suspendió la Constitución e inició la Segunda República con la promulgación de una nueva Carta en el 34. Esta introdujo el voto secreto y directo, inclusive para las mujeres, así como una progresista legislación laboral. No obstante estos avances constitucionales y sociales, el cariz autocrático del primer gobierno de Vargas (1934-37) llevó al fortalecimiento de la izquierdista Alianza Nacional Libertadora (ANL), liderada por el ya mencionado Prestes, adalid del *tenentismo* de la *República Velha*; el «peligro comunista» representado por esta emergencia, atizado por el agitado clima de entreguerras, allanó el terreno para el golpe dado por Vargas en 1937, con una nueva Constitución centralista que fundamentó el *Estado Novo* (1937-45), el cual devendría, a la postre, más conservador y autoritario. ¹⁰¹

⁹⁹ *Ibid.*, 192-200. Una visión más negativa del «prolongado declive» siguiente a la «década infame» puede verse en E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, pp. 459-477. Respecto de la renovación artística, véase la sección siguiente, «Entre vanguardias y ciencias sociales».

¹⁰⁰ M. A. Schneeberger, *Minimanual compacto de história do Brasil*, pp. 290-291.

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 300-310; J. del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe...*, p. 96.

20. En regímenes declaradamente autocráticos o dictatoriales de países menos avanzados, tales como los de Augusto Leguía en Perú (1919-30), Gerardo Machado en Cuba (1925-33) y Juan Vicente Gómez en Venezuela (1908-35), el liberalismo económico, si bien siguió favoreciendo la implantación de capital foráneo, fue balanceado desde la década de 1920 por una ambiciosa modernización de infraestructura sanitaria, de comunicaciones y urbanización en general. También se fueron dando presiones hacia la apertura política, aunque fuera a través de la constitución de partidos socialdemócratas por parte de líderes en el extranjero, tal como ocurrió con la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundada en 1924 por el peruano Víctor Haya de la Torre (1895-1979), secretario de Vasconcelos durante su exilio en México. El APRA fue fortalecido por la adhesión de intelectuales como Antenor Orrego (1892-1960) y José Carlos Mariátegui (1895-1930), fundador en Perú de la influyente revista *Amauta*, cuyo corte nacionalista fue realizado con la militancia de autores tan diversos y prestigiosos como César Vallejo (1892-1938) y Ventura García Calderón (1886-1959).¹⁰²

Al año siguiente de la muerte de Gómez en 1935, comenzó en Venezuela cierta apertura con el gobierno del también militar Eleazar López Contreras (1936-41), quien intentó hacer una reinterpretación más secular, técnica y social del burdo progresismo gomecista. Escritores ya reconocidos en el exilio, como Rómulo Gallegos y José Rafael Pocaterra, fueron entonces invitados a participar en el gabinete pluralista, junto a intelectuales emergentes como Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri (1906-2001). Fue sin duda durante la serie de reformas siguientes a la muerte del Benemérito, cuando la incipiente masa venezolana tendría ocasión de entrar en la nueva civilidad de la democracia; la preocupación por la inserción política y educativa de ese conglomerado social en trance de urbanización quedó emblematizada a la sazón en el popular Juan Bimba, personaje heredado de la caricatura de Mariano Medina Febres (1912-76) en el diario *Ahora*, y de una serie de poemas de Andrés Eloy Blanco (1897-1955). A partir del renacer democrático de 1936, vistiendo el tradicional pero rasgado liquiliqui, sombrero de cogollo y «con un bollo de pan bajo el brazo», ese Juan Bimba puso rostro al sinnúmero de desposeídos y analfabetos inmigrados a las ciudades, con una aparente «pasividad» y sumisión a ser aprovechadas por Acción

¹⁰² J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, pp. 96-97.

Democrática (AD) y otros partidos emergentes, en tanto símbolo de la «autoconmiseración del pueblo».¹⁰³

Preocupado más bien por la nueva ciudadanía del personaje popular que se había avocinado en la urbe, el Picón Salas de «Proceso del pensamiento venezolano» (1937) advirtió que ese señalado año 36 era el momento de incorporación «a la vida jurídica y moral de la nación» de esos Juan Bimbas «sin historia», de destino todavía incierto, «masa campesina y proletaria en cuya sangre se han confundido al través de las generaciones el blanco, el indio, el negro; raza nuestra cuya única expresión colectiva fue la violencia».¹⁰⁴ Una década después, truncado ya el segundo gobierno democrático de Isaías Medina Angarita (1941-45) por un golpe cívico-militar que abogaba por el voto universal y directo, en «Rumbo y problemática de nuestra historia» (1947) Picón Salas se preguntaba por las formas de inculcar una «educación histórica» y patria a quien puede ser vista como otro gran componente de esa emergente masa venezolana: la inmigración llegada de la Europa convaleciente de entreguerras, la cual congestionaba las ciudades del país petrolero, devenido escenario secular de la leyenda de El Dorado.¹⁰⁵

Con casi cuatro décadas de atraso con respecto a las reformas electorales de Batlle y Sáenz en Uruguay y Argentina; tras más de dos decenios de las nuevas constituciones de México y Chile, finalmente en 1947 se promulgó en Venezuela la carta magna democrática que establecía el voto popular universal y secreto, proceso del cual resultaría la efímera presidencia de Rómulo Gallegos en 1948. Lamentablemente, a pesar del fervor renovador de aquellos años cuando la masa popular alcanzó representación constitucional, bajo la égida además del insigne novelista trocado presidente, el decenio democrático siguiente a la muerte de Gómez sería truncado de nuevo por una junta militar presidida por Carlos Delgado Chalbaud (1909-50). Se confirmaba así la acechanza secular del militarismo latinoamericano, incluso en prósperas economías como la venezolana.

¹⁰³ Me apoyo en pasajes de A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. II, pp. 167-169.

¹⁰⁴ M. Picón Salas, «Proceso del pensamiento venezolano», en *Suma de Venezuela...*, p. 86.

¹⁰⁵ M. Picón Salas, «Rumbo y problemática de nuestra historia» (1947), en *Suma de Venezuela...*, pp. 57-72, 70-71.

ENTRE VANGUARDIAS Y CIENCIAS SOCIALES

*Um convite impresso em inglês
Onde se contam maravilhas de minha cidade
Sometimes called the Chicago of South America.*

OSWALD DE ANDRADE, «Anúncio de São Paulo»,
en *Pau-Brasil* (1924)

*Pero tanto por experiencia e ideas quanto porque entiendo que en
una novela del pueblo deben entrar los conflictos del pue-
blo mismo, mi posición personal frente al indio es de adhe-
sión y como escritor afronto sus problemas básicos.*

CIRO ALEGRÍA, «Prólogo» (1948)
a *El mundo es ancho y ajeno* (1941)

*¿Cómo puede hacer Buenos Aires para restituir honradamente al
interior no sólo el capital de esperanzas y riquezas deposi-
tado en él, sino parte de los cuantiosos réditos que ha pro-
ducido y de los que todos vamos malgastando un poco?
Tiene que ser el despertar paulatino de todo un cuerpo de
casi tres millones de kilómetros cuadrados. A este sueño
metropolitano, sin remordimientos ni sobresaltos, lo he
comparado otra vez al sueño de una cabeza decapitada...*

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *La cabeza de Goliat* (1940)

21. Tal como bien hizo notar Ángel Rama, los cambios hacia la «ciudad revolucionada» —que en las categorías del crítico uruguayo se confunde, en sus inicios, con la ciudad masificada de Romero— no solo se dieron a través de una ensanchada participación de grupos no tradicionales en la «ciudad letrada» burguesa, sino también mediante una actitud más crítica de la emergente y heterogénea intelectualidad hacia los ya vetustos cenáculos del modernismo, arielismo y otras corrientes de entre siglos.¹⁰⁶ El espectro de tendencias literarias y artísticas que configuraron esa nueva ciudad revolucionada es imposible de resumir aquí, pero interesa resaltar algunos movimientos que, en el marco de los cuadros políticos bosquejados y en conjunto con los cambios en las ciencias sociales por mencionar más adelante, conformaron el clima intelectual donde emergiera el urbanismo como disciplina en Latinoamérica.

Había, por supuesto, catalizadores internacionales que conviene recordar. En este sentido, Jean Franco señaló que el culto al nativismo en

¹⁰⁶ A. Rama, *La ciudad letrada*, pp. 143-147.

la Latinoamérica de comienzos del siglo XX fue acentuado por la presunta decadencia de la civilización occidental denunciada por Spengler en su influyente clásico; mientras los alegatos antimodernistas de autores como D. H. Lawrence (1885-1930), Hermann Keyserling (1880-1946) y Waldo Frank (1889-1967) apuntaban directamente a formas primitivas del americanismo.¹⁰⁷ Por ello buena parte de la renovadora transición de la ciudad letrada hacia la revolucionada se dio gracias a un rescate vanguardista de las raíces nacionales y continentales constituyentes del acervo más arcaico y preterido, como lo hiciera Oswald de Andrade (1890-1954) con sus manifiestos «Pau-Brasil» (1924) y «Antropófago» (1928), así como Mario de Andrade (1893-1945) con su novela *Macunaima* (1928). Pero ese rescate solo era posible entreverándose con el otro, como ocurre en todo combate: por ello, no obstante la reivindicación autóctona del segundo manifiesto, con resonancias elegíacas —«Antes de que los portugueses descubrieran Brasil, el Brasil ya había descubierto la felicidad»—, se declara al mismo tiempo un imperativo de devoradora búsqueda de ese otro: «Solo me interesa lo que no es mío. Ley del hombre. Ley del antropófago».¹⁰⁸

Lejos de un primitivismo ingenuo y arcádico del «bom selvagem», el rescate aborígen se daba en Andrade a través de un «mau selvagem», cuya antropofagia y canibalismo están marcados por las interpretaciones de Sigmund Freud (1856-1939) sobre los pueblos primitivos, especialmente en *Tótem y tabú* (1912), tal como confirman referencias del mismo «Manifiesto antropófago».¹⁰⁹ Pero además de las inexorables influencias foráneas venidas de metrópolis europeas, entre las que Franco incluye el futurismo italiano y el primitivismo alimentado por la naciente antropología, el así llamado *modernismo* brasileño fue liderado por sofisticadas élites urbanas. Estas solo podían florecer en los ambientes cosmopolitas de Río y São Paulo, sede de la famosa Semana de Arte Moderno de 1922, donde también participaron artistas como Tarsila do

¹⁰⁷ J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, pp. 70, 118-119. Valga hacer notar la estrecha relación del conde de Keyserling y de Frank con América Latina, adonde hicieron viajes.

¹⁰⁸ Oswald de Andrade, «Manifiesto antropófago», en *Obra escogida*, selección y prólogo de Haroldo de Campos. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981, pp. 67-72, 67, 71.

¹⁰⁹ Son varias las referencias a Freud, quien «acabó con el enigma mujer y con otros sustos de la psicología impresa» y puso «en catastro» la «realidad social, vestida y opresora» (*Ibid.*, pp. 67, 72). Sobre estas influencias freudianas y los mitos subyacentes, véase Maria Cândida Ferreira de Almeida, *Tornar-se outro. O topos canibal na literatura brasileira*. São Paulo: Annablume, 2002, pp. 79-80, 94.

Amaral (1886-1973), esposa de Oswald de Andrade.¹¹⁰ «Algunas veces llamada el Chicago de Suramérica», como la celebraba este último en *Pau-Brasil*, la urbe paulistana era, por excelencia, «muy batida por los vientos de la cultura», como recordaría el mismo autor al reflexionar sobre el modernismo, corriente imbuida del afán de novedad propio de la actividad industrial.¹¹¹

Otro ejemplo cimero del rescate de códigos primitivos cruzado con formas vanguardistas ocurrió, por supuesto, en el muralismo mexicano abanderado por Rivera, secundado por Orozco y Siqueiros, y patrocinado por Vasconcelos durante su estadía como ministro de Educación de Obregón, tal como ya fue mencionado. El muralismo tenía antecedentes en las pugnas ocurridas en la Academia de San Carlos, a finales del porfiriato, promovidas por Gerardo Murillo, conocido como Dr. Atl (1875-1964); incluso se llegó a plantear entonces una exposición muralista en la Escuela Preparatoria de Ciudad de México, paralela a la academicista patrocinada por el régimen, la cual no tuvo lugar debido a la Revolución de 1910. Como antecedentes locales también pueden mencionarse los grabados entre caricaturescos y funerarios de José Guadalupe Posada (1852-1933), así como la llamada «pintura de pulquerías», cuyo realismo ingenuo sedujo sobre todo a Rivera y Orozco. Pero las renovadoras influencias foráneas fueron tanto o más importantes que esos antecedentes: de Paul Cézanne (1839-1906) y Pierre-Auguste Renoir (1841-1919) a Paul Gauguin (1848-1903) y Pablo Picasso (1881-1973), las técnicas y paletas del posimpresionismo, fauvismo y cubismo fueron decisivas en Rivera, quien vivió en Europa entre 1908 y 1921. Sobre esas bases artísticas, la cristalización del movimiento solo fue posible a comienzos de la década de 1920, cuando se fundó el Sindicato de Pintores que decidió socializar el arte

¹¹⁰ J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, pp. 108-111; M. C. F. de Almeida, *Tornar-se outro...*, p. 96.

¹¹¹ Oswald de Andrade, «Anuncio de São Paulo», en *Pau-Brasil. Obras completas*. São Paulo: Editora Globo, 1990, p. 145. Décadas más tarde, el mismo Andrade —«O Modernismo» (1954), citado en Haroldo de Campos, «Uma poética da radicalidade», en Oswald de Andrade, *Pau-Brasil. Obras completas*. São Paulo: Editora Globo, 1990, p. 8— recordó que: «Se procuramos a explicação do porque o fenômeno modernista se processou em São Paulo e não em qualquer outra parte do Brasil, veremos que ele foi uma consequência da nossa mentalidade industrial. São Paulo era de há muito batido por todos os ventos da cultura. Não só a economia cafeeira promovia os recursos, mas a indústria com a sua ansiedade de novo, a sua estimulação do progresso fazia com que a competição invadisse todos os campos de atividade».

en grandes edificios públicos, puestos a disposición por Vasconcelos desde el Gabinete.¹¹² Una vez ganado el apoyo oficial, los objetivos ideológicos y renovadores alcanzados por el muralismo mexicano, al igual que el modernismo brasileño, prueban que estos movimientos nativistas y vanguardistas a un tiempo, en su búsqueda de identidad cultural, contribuyeron con su iconografía al nacionalismo económico, político e intelectual de entreguerras, así como al programa de desarrollo en las décadas siguientes.¹¹³

22. También se dio en la ciudad vanguardista la reinterpretación de movimientos decimonónicos que habían apuntalado las literaturas nacionales, tal como ocurrió en el grupo Boedo en Buenos Aires, así como en las revistas *Babel* y *Sur*. Esta última fue fundada por Victoria Ocampo (1890-1979), con colaboraciones de plumas ya reconocidas, como las de Macedonio Fernández, Ricardo Güiraldes (1886-1927), Benito Lynch (1885-1952) y Horacio Quiroga (1876-1937), además de Silvina Ocampo (1903-94), hermana de Victoria.¹¹⁴ Si bien parte de la temática de estos autores volvía con nuevas miradas al provincialismo —como en la reinterpretación del gaucho en *Don Segundo Sombra* (1926) de Güiraldes—, entre las firmas de esas revistas se contaban también Adolfo Bioy Casares (1914-99) y Jorge Luis Borges (1899-1986). Este último ya despuntaba con libros como *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Luna de enfrente* (1925) y otras obras tempranas, donde la urbe porteña es recorrida y cartografiada en el marco de una milenaria mitología occidental, confirmando la apertura universalista de la vanguardia argentina.¹¹⁵

Se sentía asimismo la influencia de escritores latinoamericanos asentados en París y otras capitales europeas, donde aquellos combinaran, en formas antecedentes del venidero «real maravilloso», aproximaciones y técnicas de movimientos como el surrealismo, dadá y el ultraísmo, junto a motivos heredados de tradiciones autóctonas.

¹¹² Me apoyo en Í. Tedesco, *Urdimbre estética, social e ideológica del indigenismo en América Latina*, pp. 409, 419-425.

¹¹³ Tal como lo hace notar E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, p. 512.

¹¹⁴ J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, pp. 104, 106-107.

¹¹⁵ Aunque el imaginario porteño y urbano de la obra borgesiana es un tema ya hartamente desarrollado, me permito referir a mi temprano trabajo A. Almandoz, «Ciudad de memoria. Lectura urbana de Borges» (1992), en *Ensayos de cultura urbana*, pp. 134-154.

Además del poeta peruano César Vallejo (1892-1938) y del chileno Vicente Huidobro (1893-1948), entre esos residentes en la Ciudad Luz se contaban nombres por ser consagrados en la novelística continental, como el ya mencionado Alejo Carpentier y Miguel Ángel Asturias (1899-1974), autor de *Leyendas de Guatemala* (1929); estos ejercieron gran influencia en el novel narrador y ensayista venezolano Arturo Usler Pietri (1906-2001), también residente a la sazón en la meca cultural y renovador de la cuentística nacional con *Barrabás y otros relatos* (1928). El «retorno a las raíces» preconizado por tales autores se sintió en otros géneros y tendencias que rescataron motivos indigenistas para superar el idealizado indianismo decimonónico, como en el ya mencionado caso de Arguedas y del también peruano Ciro Alegría (1909-67), autor de *La serpiente de oro* (1935) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941). En su Prólogo de 1948 a la décima edición de esta última novela, el autor, ante las críticas asomadas por bandos contrapuestos, resumía su posición sobre el problema del indio, la cual no era ya solo artística y folclórica, sino también —puede decirse— política y sociológica, económica y antropológica.

Desde una trinchera fronteriza, se dice que he puesto en este libro demasiado contenido social y resulta de propaganda. Tal gente, al contrario que la anterior, querría que la novela no hiciera otra cosa que presentar las costumbres y el folklore locales. Mi posición frente al indio no es la del patrón ni la del turista. Claro que me convendría formar parte de esa vistosa colección de artistas y escritores regalados que todo lo resuelven con ponchos y faldas de colores y alguna historieta más o menos curiosa o truculenta. Tienen éxito y forman una nueva clase de explotadores del indio. Pero tanto por experiencia e ideas cuanto porque entiendo que en una novela del pueblo deben entrar los conflictos del pueblo mismo, mi posición personal frente al indio es de adhesión y como escritor afronto sus problemas básicos.¹¹⁶

Alegría manifestaba así la postura vanguardista del indigenismo secular, superador del indianismo decimonónico, el cual había estado penetrado de romanticismo y escindido todavía entre antinomias de europeísmo y costumbrismo, civilización y barbarie. Con base en un «realismo documental y crítico» que buscaba verosimilitud y diagnóstico de la realidad de sectores populares, mientras introducía propuestas sociológicas, las reivindicaciones sobre educación o derechos políticos

¹¹⁶ Ciro Alegría, «Prólogo» (1948) a *El mundo es ancho y ajeno* (1941). Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1955, pp. 7-19, 14.

de las masas indígenas, tal como asoman en los autores vanguardistas, son propiamente indigenistas y ya no indianistas. Aunque dentro de esa orientación y temática generales cabe distinguir variantes, por ejemplo entre las inquietudes más sociales de Arguedas y Alegría y la mayor preocupación por la penetración psicológica del indio como personaje, observable en Asturias.¹¹⁷

Al mismo tiempo, la *passion noire* que había despertado en el París cubista y penetrado la música de Heitor Villa-Lobos (1889-1957), entre otras manifestaciones artísticas, también se extendió, sobre todo a través del afrocubanismo de Carpentier, a las obras de Fernando Ortiz (1881-1969), Lydia Cabrera (1899-1981) y Nicolás Guillén (1902-89), entre otros cultores de la negritud caribeña emparentada con el modernismo brasileño. Incluyendo el rescate de «la tierra», además del indigenismo y la negritud, esa vuelta a las raíces de las vanguardias latinoamericanas de entreguerras aflora también, para Franco, en las obras de autores criollistas como Rómulo Gallegos y José Asunción Silva, así como en la poesía de Gabriela Mistral (1889-1957).¹¹⁸ Es una comunión telúrica que, por ejemplo, cantara esta última en su poema «Cordillera»: «¡Carne de piedra de la América, (...) sueño de piedra que soñamos, / piedras del mundo pastoreadas; / enderezarse de

¹¹⁷ J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, pp. 120-130; Í. Tedesco, *Urdimbre estética, social e ideológica del indigenismo en América Latina*, p. 129; bien distingue allí este autor entre el indianismo romántico y el indigenismo de las vanguardias de comienzos del siglo XX: «Con el indigenismo desaparece la idealización del aborígen. Como denuncia de los problemas sociales y sin la desatada fantasía de los románticos, esta escritura se adscribe al realismo documental y crítico, junto a la novela de la Revolución Mexicana y la llamada novela telúrica. Desaparecen los torsos atléticos y las parejas de indios enamorados, en una naturaleza que sirve de escenario al programa romántico: encuentros, viajes, separaciones, combates con fieras, tempestades. El enfoque del mundo indígena se apoya en niveles cercanos a la realidad. Con voluntad de diagnóstico, el criterio de verosimilitud domina en el narrador movido por propuestas sociológicas, provisto de documentos en torno al problema presentado».

¹¹⁸ J. Franco, *The Modern Culture of Latin America...*, pp. 131-133. Si bien Franco incluye a Rómulo Gallegos en el grupo de artistas residentes en París influidos por los motivos de la negritud, el telurismo y la regeneración racial en obras como *La trepadora* (1925), *Doña Bárbara* (1929) y *Pobre negro* (1937), valga señalar que don Rómulo no suele ser visto por la crítica latinoamericana ni venezolana como un autor vanguardista, sino más bien identificado con el criollismo y el regionalismo.

las piedras para juntarse con sus almas!».¹¹⁹ A pesar de las diferencias etarias y estilísticas entre todos esos autores, puede decirse que, con su nativismo coloreado de peculiaridades locales, así como atravesado por varias técnicas y géneros, esa literatura telúrica interactuó con la agenda indigenista y antropológica desarrollada al mismo tiempo por la inteligencia floreciente en academias y universidades latinoamericanas.

23. Más allá de la música, la pintura y la literatura, el telurismo y la vuelta a las raíces alimentarían la renovada búsqueda de las ciencias sociales en América Latina, emergentes en los medios nacionales de entreguerras, algunos de cuyos líderes habían compartido con intelectuales de las vanguardias. Tal fue el caso, por ejemplo, de Sérgio Buarque de Holanda, participante en la Semana de Arte Moderno del 22, militante del modernismo brasileño y director del Museo Paulista, al tiempo que profesor de la Universidad de São Paulo.¹²⁰ Pero antes de fijarnos en ese período para resaltar los temas relacionados con la ciudad, conviene identificar algunos antecedentes que —además de los ya mencionados, de Bulnes y Sierra en México a Vallenilla Lanz y Arcaya en Venezuela¹²¹— ayudan a entender grandes tendencias intelectuales de comienzos del siglo XX, todavía en trance de diferenciación respecto del positivismo y evolucionismo decimonónicos.

Al revisar algunas obras de corte monográfico y científico, Richard Morse (1922-2001) trató de ejemplificar cómo las líneas maestras de la historia y de las ciencias sociales europeas del siglo XIX encontraron resonancia en un grupo de pensadores latinoamericanos que, sin estar centrados propiamente en la ciudad, se ocuparon de ella en tanto principal heredera de las estructuras sociales y territoriales de la Colonia. Las aproximaciones evolucionista y positivista para indagar cómo aquellas estructuras atávicas podrían asimilar la modernización del nuevo orden industrial y liberal surgieron entreveradas en obras diversas, como *La miseria en Bogotá* (1867) y *Retrospecto* (1896) de Miguel Samper (1825-99); la *Sociología de Lima* (1895-1902) de Joaquín Capelo (1852-1928), inspirada en los principios de Herbert

¹¹⁹ Gabriela Mistral, «Cordillera», II, en *Tala* (1938). Santiago de Chile: Pehuén, 2005, p. 70.

¹²⁰ Reynaldo Damazio, «Uma reflexão decisiva sobre o homem cordial», en AA. VV., *Retratos do Brasil. Biblioteca EntreLivros*, n° 8, São Paulo: Duetto, s/f, pp. 28-33, 32.

¹²¹ Véase *supra* «Padrinos europeos», «Pax dictatorial y positivismo, revolución y democracia» y «Populismo y crisis, militarismo y corporativismo».

Spencer; y *La ciudad indiana* (1900) del argentino Juan Agustín García (1862-1923), influida por fuentes intelectuales tan diversas como Comte, Tarde, Le Bon y Simmel, entre otros.¹²² Curiosamente no incluye Morse en este grupo de antecedentes la *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago, 1541-1868* (1868), donde Benjamín Vicuña Mackenna (1831-86) hiciera explícita la intención fáctica de su narrativa con lógica positivista: «... concebimos que en el presente estado de las ciencias de investigación y de la literatura, sería una avanzada presunción, casi una petulancia, escribir un libro histórico sin apuntar prolijamente cada uno de los orígenes y comprobaciones de los hechos que en él se mencionan», advirtió el intendente, político e historiador, como para estar a la altura de los tiempos.¹²³

Después de esa historiografía casuística de lo que llamara Morse el «organicismo positivista», podemos encontrar una revisión pionera del pensamiento nacional, la cual en sí misma refleja la persistencia del positivismo, en *La evolución de las ideas argentinas* (1918-20), donde José Ingenieros (1877-1925) bosquejó un panorama científico, filosófico e historiográfico, al tiempo que barruntó tendencias llamadas a ser más americanas y nacionales. Al plantearse el problema de la «argentinidad» como «el sentido nuevo que la raza naciente en esta parte del mundo podrá imprimir a la experiencia y a los ideales humanos», el médico y filósofo ítalo-argentino identificó, según la usanza positivista, la raza, el «medio» y la «amalgama inicial» en tanto componentes de esa filosofía en ciernes. Esos factores eran en buena medida aplicables a América toda, donde Ralph Waldo Emerson (1803-82), con «la religión naturalista del ideal moral», así como William James (1842-1910), con «la adaptación de la verdad en función de su tiempo», habían hecho ya aportes propios del Nuevo Mundo, reveladores, para Ingenieros, de los cansados lenguajes del Viejo. Dentro de esta «raza en formación» en las Américas, correspondía ahora a Argentina, «su más robusto núcleo cultural», producir seculares aportes, como el «idealismo experimental», donde a diferencia del «idealismo dogmático» de raigambre europea,

¹²² Richard M. Morse, «Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)», en Jorge E. Hardoy, Richard M. Morse, Richard P. Schaedel (comps.), *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*. Buenos Aires: Clacso, Ediciones SIAP, 1978, pp. 91-112.

¹²³ Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago, 1541-1868* (1868). 2 ts. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1924, t. I, p. 13.

«la experiencia sería el fundamento de los ideales que la exceden y por ella se medirían los nuevos valores lógicos, estéticos y morales».¹²⁴

24. Ya para la tercera década del siglo XX emergía en América Latina una camada de obras representativas de las nuevas técnicas y posturas entreveradas en las ciencias sociales en proceso de consolidación en Europa y Norteamérica. Entre ellas se contaban *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* (1929) de Jorge Basadre (1903-80), *Sobrados e mucambos* (1936) de Gilberto Freyre (1900-87), así como *Radiografía de la pampa* (1933) y *La cabeza de Goliat* (1940), de Ezequiel Martínez Estrada (1865-1964). Aunque no estrictamente urbanas, estas obras inauguraban recorridos por procesos territoriales y sociales con nuevos vocabularios, especialmente tomados de la sociología, la antropología y la psicología social, en el caso de los dos últimos autores comentados como ejemplos a continuación.

Doctorado por la Universidad de Columbia en ciencias políticas, jurídicas y sociales, en Estados Unidos absorbió Freyre la influencia de la antropología cultural, tal como había sido desarrollada por el británico Edward Tylor (1832-1917) y por el alemán Franz Boas (1858-1942), interesados ambos en formular un concepto de cultura basado en la diversidad de grupos humanos en el plano físico, material y plástico.¹²⁵ Habiendo asumido a finales de la década de 1920 una de las primeras cátedras de sociología creadas en Brasil, Freyre publicó la ya mencionada *Casa-grande e senzala* (1933), en la que, no obstante las influencias evolucionistas reminiscentes de Herbert Spencer, sobre todo del equilibrio entre contrarios, se logró una renovadora lectura del proceso de *mestiçagem* racial y social brasileño, a través de todos los componentes indígena, portugués y negro, para dar lugar a una sociedad «agrária, escravocrata e híbrida».¹²⁶ En aquellos años treinta todavía imbuidos por las pesimistas interpretaciones del mestizaje, ese «mito da democracia racial» creado por la ingente obra freyreana resultaba incluso revolucionario, aun cuando fuera atacado por el marxismo predominante en los medios académicos en las décadas siguientes, a lo

¹²⁴ José Ingenieros, *Evolución de las ideas argentinas (selección)* (1918-20), prólogo de Dina Picotti. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación, Editorial Claridad, 1994, pp. 383, 385, 387-393.

¹²⁵ R. Damazio, «Uma reflexão decisiva sobre o homem cordial», p. 31.

¹²⁶ G. Freyre, *Casa-grande e senzala*, pp. 235-236; Ilana Seltzer Goldstein, «A invenção do mito da democracia racial», en AA. VV., *Retratos do Brasil. Biblioteca EntreLivros*, n° 8, São Paulo: Duetto, s/f, pp. 22-27, 22, 25.

que dieron pábulo los acercamientos del maestro pernambucano a los regímenes militares.¹²⁷

Los clásicos de Freyre estuvieron acompañados de *Raízes do Brasil* (1936), de Sérgio Buarque de Holanda (1902-82), y de *Formação do Brasil contemporâneo* (1942), de Caio Prado Júnior (1907-90). Con influencias que iban de la sociología funcionalista en el primero al marxismo en el segundo, esas obras superaron el «naturalismo» y positivismo proveniente de las aproximaciones históricas de Silvio Romero (1851-1914), Euclides da Cunha (1866-1909) y Francisco de Oliveira Viana (1883-1951).¹²⁸ Especialmente por contraste a la concepción de este último del «povo-massa», cuya alienación y maleabilidad no le permitían una maduración y conciencia política - lo que haría que la obra de Viana terminara apuntalando el *Estado Novo* de Vargas - la interpretación de Buarque de Holanda resultaba políticamente oportuna y conceptualmente novedosa; puesto que para superar las rémoras de esa masa en fragua, «era necesario conocer a fondo las raíces» de las contradicciones brasileñas, incluyendo lo concerniente al atraso del mundo agrario y los impedimentos a la modernización urbana.¹²⁹

Raízes do Brasil resulta entonces especialmente ilustrativo para entender el tránsito de antinomias decimonónicas de corte positivista hacia una tipología conceptual influida por la sociología culturalista de Wilhelm Dilthey (1833-1911) y Georg Simmel, así como por la escuela de Fráncfort, cuyas obras había conocido Buarque de Holanda mientras estuvo en Alemania, entre 1929 y 1930.¹³⁰ Ese tránsito está, por ejemplo, en los señalamientos del maestro paulistano sobre la «reducida

¹²⁷ I. S. Goldstein, «A invenção do mito da democracia racial», pp. 25-26; tal como resume la autora: «Gilberto Freyre teve o inegável mérito de, nos anos 30 do século passado, efetuar uma releitura particularmente positiva da mestiçagem, que, até então, era vista como perigosa e negativa...».

¹²⁸ Antonio Candido, «O significado de 'Raízes do Brasil'» (1967), en Sérgio Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 2005, pp. 9-21, 10.

¹²⁹ R. Damazio, «Uma reflexão decisiva sobre o homem cordial», pp. 28-29; el autor contrapone la interpretación de *Raízes* a la proveniente del conservador positivismo preconizado por Viana: «A reflexão de Sérgio Buarque segue um caminho diametralmente oposto a essa tendência conservadora e aponta para uma consideração pioneira sobre as possibilidades de transformação da sociedade uma vez enfrentadas as contradições instauradas por sistemas retrógrados e mesquinhos de governo, nas mãos de elites indiferentes à dependência econômica, ao desenvolvimento econômico desigual e predatório, à pobreza das camadas marginalizadas da população».

¹³⁰ *Ibid.*, pp. 31-32.

capacidad de organización social» en la provincia brasileña; en la denuncia sobre la «escasez de artífices libres» y comerciantes en pueblos y villorrios, por contraposición al tejido social de la ciudad burguesa europea; al insistir sobre la persistencia de las *raízes rurais* allende la abolición de la esclavitud en 1888; así como también en la contraposición de los tipos «aventurero» y «trabajador», completados por el reconocimiento del «hombre cordial» que el brasileño es por naturaleza, en el cual también asoma el «brasileiro melancólico» incluido por Paulo Prado (1869-1943) en su *Retrato*, aunque este perteneciera a una generación historiográfica anterior.¹³¹ Son todos aspectos superadores de la antinomia decimonónica entre barbarie y civilización —todavía presente en Da Cunha, por ejemplo—, así como de las limitaciones positivistas de la raza, sustituida ahora por una noción de *raíz* en tanto piedra angular para una historia social dirigida a identificar las rémoras nativas ante una modernización urbana en el sentido preconizado por la sociología alemana y requerido por el *Estado Novo*.¹³²

25. Más centrados en las emergentes formas metropolitanas y sus tensiones con la provincia tarda para la modernización, los análisis de Martínez Estrada y otros autores miraron directamente hacia las mutantes estructuras sociales y espaciales de las capitales, a través de lentes refractivos de la sociología urbana alemana. Al contemplar la relación entre metrópoli y provincia, ya Manuel Gálvez había planteado en *El diario de Gabriel Quiroga* —aunque desde una perspectiva todavía literaria y hasta diletante— algunas inquietudes culturales y geográficas por hacer suyas esa sociología europea que despuntaba en el novecientos. En su famoso diario, Quiroga contrastaba la situación del momento con el equilibrio de mediados del siglo XIX, cuando todavía las provincias influían sobre Buenos Aires y «había en todo el territorio una gran unidad espiritual y se conservaba, a pesar de tantos años transcurridos en guerras civiles, el sentido de la nacionalidad». ¹³³ Pero ese balance había desaparecido en el boyante país del centenario,

¹³¹ S. B. de Holanda, *Raízes do Brasil*, pp. 39, 44, 58, 73, 146. Con respecto a la influencia de Prado sobre Holanda, véase Ronaldo Vainfas, «Introdução» a Paulo Prado, *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira* (1928), en AA. VV., *Interpretes do Brasil*. Río de Janeiro: Editora Nova Aguilar, 2000, pp. 5-21, 16-17.

¹³² A. Candido, «O significado de 'Raízes do Brasil'», pp. 13, 20. Con respecto a la persistencia de la antinomia entre barbarie y civilización en Da Cunha y otros, véase *supra* «Entre costumbrismo, criollismo y realismo».

¹³³ M. Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga...*, p. 90.

cuando Buenos Aires tiranizaba el territorio y la sociedad mediante formas y mecanismos civilizadores, que no culturales; estos recuerdan el dominio ejercido a través de lo que Spengler llamaría, al término de la Gran Guerra, el «alma» de las urbes mundiales, «que descalifican y desvaloran todo el paisaje materno de su cultura, aplicándole el concepto de provincia».¹³⁴ Si bien predicada la noción de alma en Quiroga a propósito de la pequeña ciudad interiorana, la perversión y sujeción de la provincia argentina a manos de la capital terminan siendo análogas a las distinguidas por el filósofo alemán:

Buenos Aires ha insuflado su idiosincrasia en el alma de la patria vieja. El aire envenenado de la gran ciudad-puerto se dilata ya por todo el país, y las provincias, inoculadas de vanidad y superficialidad, imitan a Buenos Aires. Para ello destruyen las fisonomías de sus pueblos estáticos y muertos y los convierten, al quitarles el aspecto romántico y criollo, para hacer de ellos una pobre copia de Buenos Aires, en monstruos de fealdad y cursilería.¹³⁵

Continuando con el dramático caso de la primacía urbana en Argentina, la transición hacia la masificación metropolitana, con sus

¹³⁴ O. Spengler, *La decadencia de Occidente...*, t. II, p. 158; conviene reproducir el pasaje completo de donde se toma la cita, de cara a entender la concepción historiográfica y civilizadora en la que se insertan la *Welstadt* y su alma: «Surge, por último, el formidable símbolo y recipiente del espíritu totalmente libertado, la ciudad mundial, centro en donde, finalmente, se concentra por completo el curso de la historia universal. Me refiero a esas pocas gigantescas ciudades de toda civilización madura, a esas urbes que descalifican y desvaloran todo el paisaje materno de su cultura, aplicándole el concepto de provincia. Ahora ya todo es provincia; el campo, la pequeña y la gran ciudad son provincias. Solo quedan exceptuados de este apelativo dos o tres puntos centrales...». Aunque algo evasiva en Spengler, la noción de alma es bosquejada poco antes (*Ibíd.*, pp. 145-146): «Pero el verdadero milagro es cuando nace el *alma* de una ciudad. Súbitamente, sobre la espiritualidad general de su cultura, se destaca el alma de la ciudad como un alma colectiva de nueva especie, cuyos últimos fundamentos han de permanecer para nosotros en eterno misterio. Y una vez despierta se forma un cuerpo visible. La aldeana colección de casas, cada una de las cuales tiene su propia historia, se convierte en un *todo conjunto*...».

¹³⁵ M. Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga...*, p. 91. Es recurrente en Gálvez la distinción entre las provincias del interior y las del litoral, ya que estas últimas, a diferencia de las primeras, se han alineado con el frenesí progresista de la capital (*Ibíd.*, p. 91): «Las provincias, cuando nuestro país era bárbaro, pudieron dar la dominante de su espíritu; pero ahora que la fiebre de progreso nos devora y nos inquieta, el Interior ha quedado reducido en su tremenda lucha contra el cosmopolitismo de las comarcas litorales a conservar los últimos restos de la vieja alma nacional».

consecuentes cambios de valores y anomia, así como sus efectos perniciosos sobre los territorios tributarios, quedó plasmada en un nuevo ensayo de cuño científico-social —diferente del ensayo más literario de Gálvez— en la clásica obra *La cabeza de Goliat* (1940), de Ezequiel Martínez Estrada. Como desarrollo de una parte de su *Radiografía de la pampa* (1933), se trata de un análisis pionero del Buenos Aires metropolitano en tanto «fenómeno psicológico» y centro de la «inteligencia» argentina, capital de la prisa, la «velocidad» y la «vida mecanizada»; escenario principal de la mercantilización e instrumentalización de las relaciones humanas, entre otros fenómenos caracterizados por Simmel y Spengler para las *Weltstädte* como inéditas formas culturales.¹³⁶ Por sobre todo, la urbe porteña es hidra de las desproporciones y los costos económicos y territoriales generados por la primacía urbana:

¿Cómo puede hacer Buenos Aires para restituir honradamente al interior no sólo el capital de esperanzas y riquezas depositado en él, sino parte de los cuantiosos réditos que ha producido y de los que todos vamos malgastando un poco? Tiene que ser el despertar paulatino de todo un cuerpo de casi tres millones de kilómetros cuadrados. A este sueño metropolitano, sin remordimientos ni sobresaltos, lo he comparado otra vez al sueño de una cabeza decapitada...¹³⁷

Buenos Aires deviene así en Martínez Estrada «sinécdoque» del país todo, como ha advertido Gorelik, lo que parece motivo recurrente de esa ensayística cultivada también por Bernardo Canal Feijóo (1897-1982) y Bonifacio del Carril (1911-1994), la cual usaba las «metáforas territoriales» para construir «mapas de identidad».¹³⁸ Dentro de esta línea, también Benjamín Subercaseaux (1902-73) apeló en *Chile o una loca geografía* (1940) a imágenes de fuerte vitalismo, parecidas a las utilizadas por Spengler para las metrópolis mundiales: Santiago había pasado de una «vieja aldea» a ser «adulto populoso»; pero a pesar de tener «alma de gran ciudad», carecía de «vida de conjunto»,¹³⁹ esto

¹³⁶ Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires* (1940). Buenos Aires: Editorial Losada, 1983, pp. 21, 36, 48. Respecto de la influencia de Spengler y Simmel, entre otros autores, sobre el análisis de Martínez Estrada, véase Adrián Gorelik, «Mapas de identidad. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo», *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 5, 2001, pp. 283-311.

¹³⁷ E. Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat...*, p. 27.

¹³⁸ A. Gorelik, «Mapas de identidad...», pp. 284, 299.

¹³⁹ Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía* (1940). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2005, pp. 111, 126.

es, de nuevo, colectiva y comunitaria en el sentido de la *Gemeinschaft* caracterizada por Tönnies desde finales del siglo XIX. Los estragos territoriales causados por ese «pulpo mutilado» que era la capital chilena están cargados de un organicismo dramático, tal como ocurre en el análisis de Martínez Estrada; pero en vez de usar la imagen de la cabeza hipertrofiada como este, el psicólogo doctorado por La Sorbona, quien también estudiara medicina en su juventud, nos habla de «un corazón demasiado débil para un cuerpo de gigante: la sangre no le llega a todas partes, y las extremidades se le enfrían»; por contraposición y mientras tanto, la alargada provincia es vista como un organismo debilitado que «vive una vida laboriosa pero incoordinada; la vida de un cuerpo fuerte que hubiera perdido el control de la cabeza».¹⁴⁰

Así, desde las vanguardias artísticas reivindicadoras de temas nativos del Nuevo Mundo, tras de la hecatombe de la Primera Guerra Mundial en el Viejo; hasta las obras de corte histórico, sociológico o geográfico dirigidas a analizar las realidades nacionales o locales con nuevas categorías de las ciencias sociales, puede decirse que el clima intelectual de entreguerras ayudó a encuadrar la cambiante realidad de las ciudades latinoamericanas, en su tensión con las provincias y los derredores rurales de donde provenía buena parte de las masas inmigrantes. Con una narrativa indigenista penetrada de la agenda sociológica y antropológica, así como con militantes modernistas, como Buarque de Holanda, liderando la profesionalización de disciplinas en promisorios medios académicos como el brasileño, se entiende mejor una de las afirmaciones de Subercaseaux para explicar su propia obra, ilustrativa de un período tensado entre vanguardias y ciencias sociales: «el arte y la geografía no estaban reñidos».¹⁴¹

¹⁴⁰ *Ibíd.*, pp. 126-128. Subercaseaux incluso localiza algunas de esas imágenes sobre la cartografía capitalina: «El Santiago de lujo se extiende como un extraño pulpo mutilado que tuviera su cuerpo en el centro comercial y sus tentáculos en la Avenida O'Higgins, hasta Brasil; en el Parque Forestal, hasta Los Leones, y luego otro brazo lateral que se internaría por Vicuña Mackenna, el barrio de las Embajadas» (*Ibíd.*, p. 110).

¹⁴¹ *Ibíd.*, p. 29.

AGENDA URBANA Y PROFESIONALIZACIÓN DEL URBANISMO

Por eso, señores, a la arquitectura que unos llaman funcional o racional y otros alemana, sueca, internacional o moderna, produciendo confusiones con tanto nombre, la llamaremos arquitectura técnica, con el objetivo de definirla mejor, entendiendo claramente que su finalidad es la de ser útil al hombre de una manera directa y precisa...

JUAN O'GORMAN, en *Pláticas sobre arquitectura*. México, 1933

26. No todos los efectos de la masificación y de la primacía urbana fueron traumáticos o perniciosos, tal como reportaban algunos científicos sociales latinoamericanos. Como ya fue vislumbrado en secciones anteriores, las primeras reformas de las metrópolis mecanizadas se plasmaron en una agenda de vivienda popular e infraestructura sanitaria y educacional, en el marco de grandes cambios políticos, sociales y territoriales.¹⁴² Pero, más importante aún, propelidos por la urbanización y masificación, tales componentes llevaron a la profesionalización e institucionalización del urbanismo y la planificación, proceso que también ha de ser enmarcado en el contexto político y la emergencia de un Estado con más orientación social, tras la Primera Guerra Mundial y la Gran Crisis iniciada en 1929.¹⁴³ Aunque estén por supuesto entreverados, tratemos de ver en esta sección la configuración de aquella agenda urbana sustentada por una nueva plataforma profesional, para ocuparnos en la siguiente de los planes urbanos en tanto manifiestos representativos de diferentes concepciones disciplinares de la modernidad.

Desde finales de la década de 1920, el desarrollo industrial, la movilidad demográfica y la expansión urbana habían evidenciado, en las mayores urbes latinoamericanas, la urgencia de adoptar planes que fueron emprendidos por los gobiernos locales apoyados en expertos foráneos y nuevas generaciones de profesionales criollos. Confirmando la especialización del discurso y de la disciplina concomitante con la emergencia del urbanismo en los países industrializados —en el sentido elaborado por Choay, por ejemplo¹⁴⁴—, los temas urbanos habían comenzado a atraer revistas técnicas y divulgativas durante las primeras décadas del siglo XX. Entre ellas destacaron *La Ciudad* (1929)

¹⁴² Véase *supra* «De ciudades burguesas a metrópolis mecanizadas».

¹⁴³ Véase *supra* «Populismo y crisis, militarismo y corporativismo».

¹⁴⁴ Véase, por ejemplo, F. Choay, *L'urbanisme, utopies et réalités...*, pp. 30-31.

en Buenos Aires; las mexicanas *Planificación* (1927), *Casas* (1935), *Edificación*, y *Arquitectura y Decoración*; *Ciudad y Campo* en Lima; *Zig-Zag*, *ARQuitectura* (1935) y *Urbanismo y Arquitectura* (1939) en Chile; *Arquitetura no Brasil*, *Revista Brasileira de Engenharia e Urbanismo e Viação* en Brasil, así como la *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas* (1911) y la *Revista Municipal del Distrito Federal* (1939) en Caracas.¹⁴⁵ La influencia de urbanistas europeos era todavía evidente en el uso de libros como *Construcción de ciudades según principios artísticos* (1889), del ya mencionado Camillo Sitte (1843-1903), traducido al español en 1926. También en textos de los historiadores franceses Marcel Poëte (1866-1950) y Pierre Lavedan (1885-1982), y del planificador británico Raymond Unwin (1863-1940), colaborador de Howard, los cuales circulaban en sus versiones originales entre los profesionales latinoamericanos.¹⁴⁶

Además de las Conferencias Interamericanas y Congresos Panamericanos de Arquitectos que tuvieron lugar desde los años veinte, las innovaciones técnicas del urbanismo pudieron intercambiarse en eventos internacionales que, a partir de la década siguiente, se especializaron en distintos sectores del emergente campo profesional. En 1934 tuvo lugar un Congreso de Arquitectura y Urbanismo en Chile, seguido del

¹⁴⁵ Tan solo son mencionados algunos títulos representativos del nuevo campo y de circulación nacional, pero había otras publicaciones consolidadas, por supuesto; valga destacar, por ejemplo, la *Revista de Arquitectura* de la Sociedad Central de Arquitectos argentina desde la primera década del siglo XX. En Brasil, en los años veinte aparecieron *Arquitetura e Construções*, *A Casa*, *Arquitetura Mensário da Forma* y *Forma*; véase M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», p. 99. Para el caso chileno, ver por ejemplo Horacio Torrent, «Ciudades en papel. Teorías arquitectónicas y urbanas en Chile 1930-1940», en Horacio Torrent (comp.), *Revistas, arquitectura y ciudad. Representaciones en la cultura moderna*. Santiago de Chile: Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica (PUC) de Chile, T6 Ediciones, 2013, pp. 127-155.

¹⁴⁶ De nuevo me apoyo en estos párrafos en mi propia revisión en A. Almandoz, «Urbanization and urbanism in Latin America: from Haussmann to CIAM», donde puede ser ampliada la bibliografía por casos de estudio en los capítulos sobre ciudades. Con respecto a los textos que circulaban en América Latina, se contaban los de Marcel Poëte, *Une vie de cité: Paris de sa naissance à nos jours*. 3 ts. París: Auguste Picard, 1924-1931; Pierre Lavedan, *Histoire de l'Urbanisme*. 3 ts. París: Henri Laurens, Éditeur, 1926-52; *Qu'est-ce que l'Urbanisme. Introduction à l'histoire de l'Urbanisme*. París: Henri Laurens, 1926; Raymond Unwin, *Town Planning in Practice*, Londres: T. Fisher Unwin, 1909. Véase también en este sentido R. Gutiérrez, «Modelos e imaginarios europeos en urbanismo americano 1900-1950»; A. Almandoz, *Entre libros de historia urbana...*, pp. 146-154.

I Congreso Internacional de Urbanismo en Buenos Aires en 1935; el I Congreso Interamericano de Municipalidades tuvo lugar en La Habana en 1938, y el segundo en Santiago en el 41. En temas habitacionales, el I Congreso Panamericano de Vivienda Popular también sesionó en Buenos Aires en 1939, y el XVI Congreso Internacional de Planificación y Vivienda en Ciudad de México en el 38. Celebrado en Washington al año siguiente, el XV Congreso Internacional de Arquitectos también representó una gran oportunidad para los profesionales latinoamericanos de actualizar sus experiencias.¹⁴⁷

27. Educación pública, saneamiento y vivienda habían pasado a ser capítulos de una expansiva agenda urbana y territorial en los mayores países latinoamericanos, todo lo cual estuvo entreverado, por supuesto, con cambios arquitectónicos. En el caso de México, a diferencia de lo logrado por Vasconcelos con el muralismo en el dominio artístico, no hubo equivalente de ruptura revolucionaria, sino más bien una dilatada transición en arquitectura a lo largo de más de quince años. En las residencias persistió el afrancesado estilo porfiriano, cuyo extranjerismo fue lentamente sustituido por el neocolonial, sin importar las contradicciones con el nacionalismo revolucionario.¹⁴⁸ En los edificios públicos se generaron nuevos tipos, incluyendo el arte «deco ministerial» y el «funcionalismo clínico»; en este sentido destacaron los hospitales de José Villagrán García (1901-82) y las escuelas de Juan O’Gorman (1905-82), cuyo racionalismo estaba en consonancia con la agenda socialista del Partido Nacional Revolucionario.¹⁴⁹ Tratando de superar las controversias por la llegada del estilo internacional o funcional al medio arquitectural azteca, O’Gorman proclamaba al despuntar la década de 1930 su adhesión a ese funcionalismo inspirado en Mies van der Rohe (1886-1969), siempre que fuera entendido como una «arquitectura técnica» en respuesta a las necesidades higienistas y a los objetivos sociales de gran alcance:

¹⁴⁷ Sobre los eventos especializados en el período, véase por ejemplo J. E. Hardoy, «Teorías y prácticas urbanísticas en Europa entre 1850 y 1930. Su traslado a América Latina».

¹⁴⁸ F. Tomas, «México. 1920-1949: la primera modernidad arquitectónica», pp. 62-63.

¹⁴⁹ Con respecto a los edificios públicos, véase Valerie Fraser, *Building the New World. Studies in Modern Architecture of Latin America 1930-1960*. Londres y Nueva York: Verso, 2000, pp. 23-32.

Por eso, señores, a la arquitectura que unos llaman funcional o racional y otros alemana, sueca, internacional o moderna, produciendo confusiones con tanto nombre, la llamaremos arquitectura técnica, con el objetivo de definirla mejor, entendiendo claramente que su finalidad es la de ser útil al hombre de una manera directa y precisa. La diferencia entre un Arquitecto técnico y un Arquitecto académico o artístico, será perfectamente clara. El técnico, útil a la mayoría y el académico útil a la minoría. El primero para servir a la mayoría de individuos necesitados que sólo tienen necesidades materiales y a quienes las necesidades espirituales no han llegado. El segundo para servir a una minoría de personas que gozan del usufructo de la tierra y de la industria.¹⁵⁰

En vista del alcance social dado por su misma naturaleza epistemológica y escala territorial, esta distinción de O'Gorman no parecía aplicarse al naciente urbanismo, abanderado por profesionales del medio universitario tradicional. Como fundador de la revista *Planificación* y pionero de la práctica urbanística en municipios y universidades aztecas, Carlos Contreras Elizondo (1892-1970) contribuyó con la Primera Exposición de Planificación de Ciudades y Regiones en Ciudad de México, en 1927.¹⁵¹ Una década más tarde organizó la ya mencionada XVI Conferencia Internacional de Vivienda y Urbanismo en 1938, extraordinaria oportunidad del gobierno de Cárdenas para exhibir sus obras públicas y reformas en estos campos.¹⁵² Influidor por su experiencia en el comité de planificación regional en Nueva York entre 1918 y 1925, el arquitecto egresado de la Universidad de Columbia promovió y coordinó el comité del Plano Regulador de Ciudad de México desde 1928.¹⁵³

La administración local del naciente urbanismo ocupó asimismo la atención del ingeniero civil Modesto C. Rolland (1881-1995), quien

¹⁵⁰ Juan O'Gorman, ponencia en AA. VV., *Pláticas sobre arquitectura. México, 1933*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2001, pp. 53-67, 64; sobre las referencias a la Higiene y a Mies van der Rohe, véase *Ibid.*, pp. 62-63.

¹⁵¹ G. Sánchez Ruiz, *Planeación moderna de ciudades*, p. 260.

¹⁵² Gerardo Sánchez Ruiz, «El contexto que rodeó la propuesta de planificación del arquitecto Carlos Contreras», en Gerardo Sánchez Ruiz (coord.), *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras. Escritos de 1925 a 1935*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Autónoma de San Luis de Potosí, 2003, pp. 9-24.

¹⁵³ G. Sánchez Ruiz, *Planeación moderna de ciudades*, p. 259. Con respecto al plan coordinado por Contreras, véase *infra* «Padrinos extranjeros y planes manifiestos».

en su libro *El desastre municipal* (1921), dejando ver la influencia de corrientes como el *Städtebau* y la *City Beautiful*, pero también de las leyes de *town planning* aplicadas en Inglaterra desde la primera década del siglo XX, había preconizado la necesidad de adoptar «planes de desarrollo» para centros poblados superiores a 5.000 habitantes. También abogó el pionero por la composición profesional de la nueva disciplina, todavía en manos de ingenieros, médicos y arquitectos que se veían obligados a interpretar componentes sociales y culturales comprendidos en el complejo organismo urbano; por ello observó con mucho tino: «La ciudad ha crecido más aprisa que las ciencias sociales», sentencia predicable por cierto de otros contextos latinoamericanos.¹⁵⁴

28. Los avances políticos en Argentina desde 1912 desbrozaron el camino para las sociedades de fomento en busca de mejoras sociales, así como de la «ciudadanía social»; uno de los primeros logros de estas fue la Comisión Nacional de Casas Baratas, la cual activó la producción habitacional estatal. Con el patrocinio de la Unión Panamericana, en 1939 Buenos Aires sirvió de sede, como ya fue señalado, al I Congreso Panamericano de Vivienda Popular, donde se debatieron diversos aspectos sobre los prototipos tradicionales, populares y modernos. Aunque suele pensarse que el Estado argentino asumiría la producción de vivienda y otras infraestructuras sociales a partir de los años peronistas entre 1943 y el 55 —cuando los «descamisados» pasarían a ser «familias paisanas» alojadas en chalecitos al estilo californiano—, tal conversión urbana había comenzado realmente en la «ciudad reformista» de la década de 1920;¹⁵⁵ desde aquel entonces la vivienda propia había sido, junto a la educación, otra aspiración de las emergentes clases medias argentinas.

¹⁵⁴ *Ibid.*, pp. 253-255. Para el proceso de emergencia disciplinar en México, véase también Alfonso Valenzuela Aguilera, *Urbanistas y visionarios. La planeación urbana de la Ciudad de México en la primera mitad del siglo XX*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Miguel Ángel Porrúa Librero-Editor, 2014.

¹⁵⁵ A. Ballent, *Las huellas de la política...*, pp. 19-20, 41, 56; L. A. Romero, «Sectoros populares, asociacionismo y política...», pp. 292-294. Tal como acota Ballent (*Ibid.*, p. 19) a propósito de los grupos familiares reproducidos en los afiches de la propaganda peronista: «El resultado de esa interacción entre ciudadanos y Estado era el bienestar popular, producto de la justicia social. Esas personas no eran exactamente ‘descamisados’: el traje y la corbata habían sido adoptados aun por el abuelo, porque eran el resultado de la transformación social emprendida por el peronismo».

Sobre la base de la ya mencionada Ley de Habitaciones Obreras, la plataforma chilena para la vivienda social se afianzó entre 1906 y 1924, cuando más de 30.000 habitantes se beneficiaron de renovaciones y controles aplicados a conventillos y habitaciones individuales, además de los ya mencionadas *cités* o nuevos condominios de interés social. Ya para 1925, el presidente Alessandri —cuya tesis de grado como abogado en 1903 en la Universidad de Chile se había titulado justamente «Habitaciones para obreros»— promulgó la Ley de Habitaciones Baratas, completada más adelante por el financiamiento cooperativo de la Caja de Habitación Popular, creada en 1936.¹⁵⁶ Aunque todavía a finales de los años veinte cerca del 40 por ciento de la población capitalina vivía en conventillos, en la década siguiente Chile se perfilaba como el país de más sostenida producción de vivienda social en América Latina.¹⁵⁷ Se avanzó también con el financiamiento privado de nuevos barrios burgueses, como El Golf, por parte del Banco de Chile, impulsor asimismo de la renovación urbana del centro tradicional; aquí la densa combinación de actividad residencial, comercial y de oficinas fue higienizada mediante la apertura de espacios interiores en sectores del manzanero, dando lugar a nuevos barrios, como París-Londres.¹⁵⁸

Después del crac de 1929, nuevos agentes públicos y privados para la producción y el financiamiento de vivienda de interés social hicieron su aparición en el mercado brasileño, tales como los Institutos de Aposentadoria e Pensões (IAP, Cajas de Jubilación y Pensiones), todos los cuales contribuyeron al relativo auge inmobiliario observado hacia finales de los años treinta.¹⁵⁹ Para comienzos de la misma década, el progresista prefecto de São Paulo, Luiz Anhaia Mello (1930-31), había organizado un Congreso de Vivienda que confirmó la importancia de esta cuestión a escala nacional.¹⁶⁰ Sin embargo, la respuesta oficial hubo

¹⁵⁶ R. Hidalgo, *La vivienda social en Chile...*, pp. 38-39, 72, 99, 133.

¹⁵⁷ Luis Valenzuela, «La Caja de Habitación Popular: el rostro cambiante de la vivienda en Chile, 1936-1952», en María José Castillo y Rodrigo Hidalgo (eds.), *1906/2006. Cien años de política de vivienda en Chile*. Santiago de Chile: Universidad Nacional Andrés Bello, Pontificia Universidad Católica de Chile, Universidad Central de Venezuela, 2007, pp. 65-84, 75-76.

¹⁵⁸ José Rosas Vera, «La vivienda moderna en el centro de Santiago», en Andrés Téllez (comp.), *Vivienda multifamiliar en Santiago 1930-1970*. Santiago de Chile: Docomomo Chile, Universidad Diego Portales, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009, pp. 16-41, 28.

¹⁵⁹ L. F. Vaz, *Modernidade e moradia...*, p. 10.

¹⁶⁰ Margareth da S. Pereira, «Notas sobre Urbanismo no Brasil: construções e crises de um campo disciplinar», en Denise B. Pinheiro Machado, Margareth

de esperar hasta 1946, cuando fue creada la Fundação da Casa Popular (FCP), así como el departamento de Habitação Popular en la prefectura del Distrito Federal; pocos años antes había sido constituida la Caja de Vivienda Popular en Colombia.¹⁶¹ Una respuesta más centralizada y temprana había sido dada desde 1928 en Venezuela con el Banco Obreiro, la primera agencia pública de Latinoamérica abocada a producir vivienda de bajo costo, curiosamente creada por la férrea dictadura gomecista, la cual tomó así otro paso hacia el Estado de bienestar.¹⁶²

29. En el marco de esos cambios administrativos y técnicos consecuentes con la nueva agenda urbana, la especialización fue también lograda a través de currículos universitarios e innovaciones legislativas. Sin intención de ser exhaustivos para los diferentes países latinoamericanos —lo cual sería imposible no solo por limitaciones de extensión sino también por una profusa bibliografía por casos siempre creciente—, valga referir únicamente indicadores de los medios nacionales que pueden considerarse más adelantados para la tercera década del siglo. Uno de los primeros cursos de urbanismo fue introducido en 1928 en la Escuela de Arquitectura, Facultad de Ciencias Económicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, por Alberto Schade Pohlenz (1882-1961), autor de un plan para Santiago en 1923; con fuerte influencia de la estética de Sitte, ese programa inspiró, en 1929, un curso equivalente en la Universidad Católica.¹⁶³ Con la creación del Instituto de Urbanismo y la promulgación de una Ley General de Construcciones y Urbanizaciones el mismo año, así como la celebración del I Congreso de Arquitectura y Urbanismo en 1934, el Chile visitado entonces por Karl Brunner (1887-1960) —donde propulsó planes urbanos, proyectos de leyes y cursos universitarios— destacaba como una de las plataformas más articuladas del urbanismo latinoamericano. A la partida del maestro austriaco, la cátedra de Urbanismo fue asumida hasta 1946 por su

da Silva Pereira, Rachel Coutinho (orgs.), *Urbanismo em Questão*. Río de Janeiro: Proureb, Universidade Federal de Rio de Janeiro (UFRJ), CNPq, 2003, pp. 55-83, 79.

¹⁶¹ L. Valenzuela, «La Caja de Habitación Popular: el rostro cambiante de la vivienda en Chile, 1936-1952», p. 76; A. M. Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos...*, p. 97.

¹⁶² A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 260-262.

¹⁶³ Andreas Hofer, *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*, prólogo Rogelio Salmona, trad. Luisa Ungar y Olga Martín. Bogotá: El Áncora Editores, Corporación La Candelaria, 2003, pp. 74-75; B. Aguirre y S. Castillo, *De la «gran aldea» a la ciudad de masas...*, p. 33.

discípulo, Rodolfo Armando Oyarzún Philippi (1895-1985), tal como los otros frentes fueron continuados.¹⁶⁴

Valga señalar desde ahora que, entre las contribuciones de figuras extranjeras con mayor influencia académica, fue Brunner quien, además de ayudar a constituir las plataformas institucionales y profesionales de Chile y Colombia, llegó a producir un libro donde podemos encontrar referencias a la casuística latinoamericana, por vez primera, para ilustrar la emergente preceptiva urbanística. Basado en el curso dado por el autor en la Facultad de Arquitectura de Viena en 1924, recomendado después en el Congreso de Urbanismo de Heidelberg en 1928, el *Manual de Urbanismo* (1939-1940) ofreció, de manera novedosa para el público del continente, una revisión de las soluciones de la naciente planificación, en tanto «sistema científico», para los problemas funcionales de las metrópolis mundiales, con abundantes ejemplos de la ciudad latinoamericana en proceso de transformación.¹⁶⁵

Estableciendo una interesante y sintética agrupación de las tendencias que para él daban cuenta de la evolución del urbanismo coetáneo —*Städtebau* historicista emparentado con el *town planning* anglosajón, Beaux-Arts de corte haussmanniano y una arquitectura paisajística proveniente del *City Beautiful*—, Brunner catalogó en su manual, a pesar de la notable ausencia del ya para entonces consolidado modernismo, las más de las influencias orientadoras de los tempranos planes urbanos en América Latina.¹⁶⁶

30. Tal como ya se señaló, México fue otro caso tempranamente maduro, con un proceso que requiere aclarar algunos de los cambios en la enseñanza y práctica de la arquitectura, instaurados en la fase constructiva de la Revolución. Recordemos en este sentido que, a la

¹⁶⁴ María Isabel Pavez, «Precusores de la enseñanza del urbanismo en Chile. Período 1928-1953», *Revista de Arquitectura*, n° 3, Santiago de Chile: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, 1992, pp. 2-11; María Isabel Pavez, «Temprana modernidad del Urbanismo en Santiago de Chile: interacciones entre Jacques Lambert, Karl Brunner, Luis Muñoz y Roberto Humeres», en *Karl Brunner desde el Bicentenario*. Santiago: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, Embajada de Austria, 2009-2010, pp. 12-25.

¹⁶⁵ Karl Brunner, *Manual de Urbanismo*. 2 ts. Bogotá: Imprenta Municipal, 1939-1940, t. I, pp. 19-24.

¹⁶⁶ Véase en este sentido el próximo capítulo, «Padrinos extranjeros y planes manifiestos». Desde una perspectiva historiográfica, he tratado de resumir la clasificación de tendencias ofrecida por el manual de Brunner en A. Almandoz, *Entre libros de historia urbana...*, pp. 150-154.

Escuela Nacional de Arquitectura (ENA), de la Universidad Nacional Autónoma de México, se aunó la Escuela Nacional de Maestros Constructores, creada en 1921 por Vasconcelos durante su estadía como secretario de Educación Pública. Diez años después, durante la gestión de Narciso Bassols (1931-34) en la misma cartera, la revisión de este núcleo profesionalizante y orientado a los objetivos sociales revolucionarios daría lugar a la Escuela Superior de la Construcción (ESC, 1932), la cual fue el antecedente más inmediato de la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura, adscrita al Instituto Politécnico Nacional (IPN).¹⁶⁷ Ya para 1933, cuando la Sociedad de Arquitectos Mexicanos (SAM) convocó las famosas «Pláticas sobre arquitectura», era claro que, aunque ambos grupos compartían mucho del funcionalismo del movimiento moderno, existía una contraposición entre la orientación oficialista y socialista de la ESC, aglutinante de brillantes figuras como Juan Legarreta, O'Gorman y Manuel Ortiz Monasterio, por un lado, y el esteticismo humanista preconizado por representantes de la ENA, por otro, incluyendo a Silvano Palafox y Manuel Amábilis. Tal como resume Ríos Garza las dos variantes:

Aunque en apariencia fue una pugna entre «formalistas» y «funcionalistas», en realidad, en el fondo, ambos grupos partían de la aceptación de la nueva idea de la arquitectura como espacio para vivir sustituyendo al de edificación bella; es decir, que ambos se preocupaban por los espacios internos o delimitados siendo partícipes, por ello, del movimiento funcionalista, aunque conformando dos variantes que por sus divergencias las hemos caracterizado como: *funcionalismo técnico, social o materialista, y funcionalismo esteticista, idealista o humanista*.¹⁶⁸

La emergencia del urbanismo parece haber ocurrido entre planteamientos no tan polarizados, menos marcados por la influencia moderna dentro del medio universitario. Promovido por el arquitecto Ortiz Monasterio, el curso «Planificación de ciudades y Arte Cívico» fue inaugurado en 1926 en la Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA) de

¹⁶⁷ Carlos Ríos Garza, «Las Pláticas sobre arquitectura, contexto y contenido», en AA. VV., *Pláticas sobre arquitectura. México, 1933*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2001, pp. 11-19, 11-12.

¹⁶⁸ *Ibíd.*, p. 19. Con respecto a la acepción del «funcionalismo socialista» en O'Gorman, Legarreta y otros arquitectos oficialistas, véase J. Víctor Arias Montes, «El programa funcionalista», en AA. VV., *Pláticas sobre arquitectura...*, pp. 21-25.

México.¹⁶⁹ El programa fue encomendado primero a José Luis Cuevas Pietrasanta, y después, hasta 1929, al ya mencionado arquitecto Carlos Contreras, fundador de la revista *Planificación* y responsable desde antes de los estudios preliminares para el Plano Regulador del Distrito Federal; dos años más tarde, Cuevas introdujo la materia de urbanismo en la entonces Universidad Autónoma de México. La celebración del I Congreso Nacional de Planeación en 1930, por iniciativa de la Asociación Nacional para la Planificación de la República Mexicana (Anprm), creada en 1927, así como la promulgación de la Ley sobre Planeación General de la República Mexicana (1930), seguida de la de Planificación y Zonificación de los Territorios de Baja California y el Distrito Federal (1933), confirman el temprano desarrollo de un marco profesional y jurídico en el país azteca.¹⁷⁰ Como pionero de este proceso, Contreras había propuesto la creación de una escuela de planificación, con el fin de titular profesionales en tres años; aunque esta iniciativa no prosperó, sí logró concretarse para 1939 un posgrado en Planificación y Urbanismo en el IPN, uno de los primeros del continente.¹⁷¹

31. Brasil también dio numerosas muestras de una pionera institucionalización administrativa, profesional y académica del urbanismo, aunque algunas debilitadas por la inestabilidad política y la posterior consolidación del *Estado Novo* (1937-45) de Getulio Vargas, cuyo centralismo no pareció favorecer la reforma local sino nacional. Después de la fundación del Instituto Brasileño de Arquitectos (IBA) y de la efímera Asociación Brasileña de Urbanismo en 1927, otro paso hacia la institucionalización nacional de esta disciplina vino con la creación en 1932 del Departamento de Administración Municipal, destinado a dar asistencia a los gobiernos locales.

¹⁶⁹ La posición arquitectónica puede verse en Manuel Ortiz Monasterio, ponencia en AA. VV., *Pláticas sobre arquitectura...*, pp. 69-74.

¹⁷⁰ Carlos Contreras, «El Plano Regulador del Distrito Federal», en G. Sánchez Ruiz (coord.), *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras. Escritos de 1925 a 1935*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Autónoma de San Luis de Potosí, 2003, pp. 85-129; G. Sánchez Ruiz, *Planeación moderna de ciudades*, p. 263.

¹⁷¹ G. Sánchez Ruiz, «El primer posgrado en planificación y urbanismo en México. Un desencuentro en la historia», *Conciencia en arquitectura. Urbanismo*, n° 3, 2002, <http://concienciaenarquitectura.aztecaonline.net/urbanismo>, consultada en enero 15, 2005.

Confirmando que los prefectos de las ciudades brasileñas han sido con frecuencia expertos pioneros además de funcionarios, Luiz Anhaia Mello (1891-1974) —autor de *Problemas de Urbanismo* (1929)— organizó en São Paulo un Congreso de Habitación, seguido de una Semana de Urbanismo que tuvo lugar en Salvador de Bahía en 1935. Ya para entonces el prefecto paulistano, Francisco Prestes Maia (1896-1965), había presentado su famoso *Estudo de um plano de avenidas para Cidade de São Paulo* (1930). Además de la creación de escuelas politécnicas en Río, São Paulo, Recife, Salvador, Belo Horizonte y Porto Alegre, el medio académico había conocido la reforma promovida por Lúcio Costa (1902-98) en la ENBA carioca en 1931, creando cátedras de paisajismo, en el marco de cambios conducentes a independizar la enseñanza de la arquitectura con respecto a las artes plásticas; posteriormente, el prefecto Pedro Ernesto lograría en 1935 la creación de la Universidade do Distrito Federal (UDF), donde sería impartido el primer curso de posgrado en urbanismo, hasta el cierre de la universidad por el gobierno de Vargas en 1939.¹⁷²

En el caso de Argentina, después de la creación de la Comisión de Estética Edilicia (CEE) en 1925, presidida por el intendente Carlos Martín Noel (1886-1941), las invitaciones a Le Corbusier y Werner Hegemann —a ser comentadas en la sección siguiente— confirmaron el interés urbanístico de los grupos arquitecturales, siendo las propuestas del último promovidas desde la Oficina del Plan de Urbanización, fundada en 1932. Si la madurez del medio profesional permitió la celebración del ya mencionado I Congreso Argentino de Urbanismo en 1935, la cátedra respectiva en la Universidad del Litoral, Rosario, ya había sido propulsada desde 1929 por Carlos della Paolera (1890-1960), quien pasaría a ocupar desde 1933 la misma plaza en la Universidad de Buenos Aires (UBA).¹⁷³ Entre 1922 y 1928, como tesis doctoral en el Institut d'Urbanisme de la Universidad de París, el padre del urbanismo argentino había desarrollado un Plan Regulador para la Aglomeración Bonaerense; este incluía no solo el área urbana, sino

¹⁷² M. da S. Pereira, «Notas sobre Urbanismo no Brasil: Construções e crises de um campo disciplinar», pp. 79-80; Marco A. de Filgueiras Gomes, «Cultura urbanística e contribuição modernista. Brasil, anos 1930-1960», *Cadernos PPG-AU Faufba*. Urbanismo modernista. Brasil 1930-1960. Edição Especial, año III, 2005, pp. 11-29, 13.

¹⁷³ Patricio Randle, «Introducción» a Carlos María della Paolera, *Buenos Aires y sus problemas urbanos*, sel. P. H. Randle. Buenos Aires: Oikos, 1977, pp. 11-20, 12.

también la conurbación regional, según el enfoque de Patrick Geddes (1854-1932) por entonces tan en boga, a pesar de que su clásico *Cities in Evolution* (1915) no había sido traducido al español.¹⁷⁴ También la relación histórica y territorial de la ciudad con el campo, en el sentido preconizado por Marcel Poëte en *L'évolution des villes* (1919), fue incorporada por Della Paolera en su precursor plan regional, donde la identidad de los poblados vecinos fue subordinada a la de la metrópoli porteña.¹⁷⁵

Los cambios conducentes al urbanismo en el medio venezolano fueron más demorados que en otros contextos, dada la prolongada dictadura gomecista concluida en 1935. Después de escribir en abril del 37 al Colegio de Ingenieros de Venezuela (CIV) pidiendo asesoría para «desarrollar científicamente» los servicios públicos de la Gobernación del Distrito Federal (GDF), así como siguiendo una solicitud del presidente López Contreras, el gobernador Elbano Mibelli (1869-1956) creó, el 6 de abril de 1938, la primera Dirección de Urbanismo (DU) de Caracas.¹⁷⁶ Tomando recursos técnicos y económicos de la antigua Ingeniería Municipal, la DU estaba destinada a ser, más que un simple organismo para controlar el crecimiento de la capital, una agencia de planificación abocada a elaborar de inmediato un plan con la ayuda de asesores extranjeros. Aunque con retraso en relación al panorama latinoamericano bosquejado en esta sección, se establecía así el marco institucional para el primer plan urbano de Caracas, lo cual suele verse como partida de nacimiento de la disciplina urbanística en Venezuela.¹⁷⁷

¹⁷⁴ Patrick Geddes, *Ciudades en evolución* (1915), trad. E. L. Revol. Buenos Aires: Infinito, 1960.

¹⁷⁵ Para las influencias sobre Della Paolera, véase Horacio Caride, «La ciudad representada. Metáforas, analogías y figuraciones en el urbanismo de Buenos Aires», *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas «Mario J. Buschiazzo»*, n° 37-38, Buenos Aires: Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires (UBA), 2002-2004, pp. 211-253, 215-216.

¹⁷⁶ *Gaceta Municipal*, Caracas: abril 15, 1937; Tulio Chiossone, *El decenio democrático inconcluso. 1935-1945*. Caracas: Ex-Libris, 1989, p. 82.

¹⁷⁷ Sobre este primer marco institucional local, véase A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 295-305.

PADRINOS EXTRANJEROS Y PLANES MANIFIESTOS¹⁷⁸

32. Confirmando la importancia de los cambios administrativos para la consolidación del urbanismo, tal como ocurriera en Europa antes de 1914,¹⁷⁹ el aparato técnico de la planificación no cobró forma en Latinoamérica antes de promediar la década de 1920, cuando los problemas urbanos fueron asumidos por el sector público. La mayoría de las oficinas nacionales y municipales de Santiago, Montevideo, Buenos Aires, Ciudad de México, Río, São Paulo, La Habana, Lima, Bogotá y Caracas resultaron de esfuerzos combinados entre gobiernos locales y nacionales, nuevas asociaciones profesionales y centros de investigación urbana. Con algunos profesionales actuando a la vez como responsables administrativos, diseñadores y promotores de barrios o urbanizaciones, una nueva generación de planificadores nativos surgiría de estas oficinas y comisiones encargadas de elaborar los primeros planes para las metrópolis emergentes; se contaron algunos de los nombres ya mencionados, tales como Carlos Contreras y José Luis Cuevas en Ciudad de México, Mauricio Cravotto (1863-1962) en Montevideo, Carlos della Paolera en Buenos Aires, Luiz Anhaia Mello y Francisco Prestes Maia en São Paulo, Pedro Martínez Inclán (1883-1957) en La Habana, y Leopoldo Martínez Olavarría (1919-92) en Caracas.

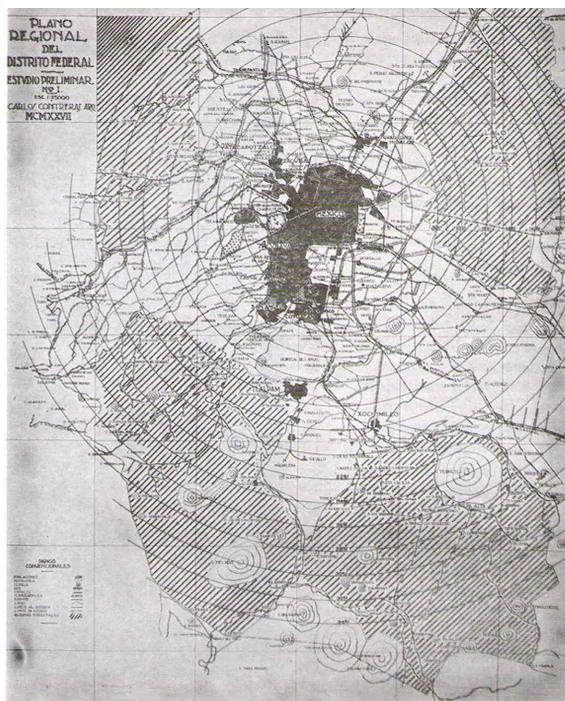
Aunque haya estado influido, como el mismo Contreras reconociera, por su experiencia, entre 1919 y 1925, con el plano regional de Nueva York (1929-31) —coordinado por el planificador inglés Thomas Adams (1871-1940), antiguo secretario de la Garden City Association y administrador de Letchworth (1903-1906)—, puede decirse que el Plano Regulador del Distrito Federal (figura IV.1), liderado por el arquitecto estudiado en Columbia, fue de las experiencias más autóctonas de esta primera generación de planes urbanos latinoamericanos, en el sentido de que ningún urbanista foráneo fue llamado a coordinarlo. El también profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes de la Universidad Nacional de México ya había participado en los estudios preliminares desde

¹⁷⁸ Pasajes de esta sección fueron presentados en mi ya referida ponencia «Fecundación y colonialismo tardíos. Luminarias europeas y propuestas urbanas en América Latina, 1900-1960», XIV Congreso Internacional Ahila. Europa-América: Paralelismos en la Distancia. Castellón, España: Universidad Jaime I, 20-24, 2005. Una versión ampliada de la ponencia fue publicada como A. Almandoz, «Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960».

¹⁷⁹ Véase en este sentido, por ejemplo, A. Sutcliffe, *Towards the Planned City...*

1925, los cuales fueron publicados en el primer número de la revista *Planificación* en 1927, así como expuestos en la primera Exposición de Planificación de Ciudades celebrada en la capital azteca el mismo año. Pero el estatus legal como Plano Regulador, así como la designación de Contreras en tanto jefe de la Comisión del Programa adscrito a la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, se dieron en el marco de la aprobación de la ya mencionada Ley sobre Planeación de la República, uno de los más tempranos casos de legislación urbana de alcance nacional en América Latina.¹⁸⁰

FIGURA IV.1



Estudio preliminar del plano Regional de Ciudad de México, DF, coordinado por Carlos Contreras, aparecido en la revista *Planificación*, 1927. Tomado de Gerardo Sánchez Ruiz (coord.), *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras. Escritos de 1925 a 1935*. México: UNAM, UAM-Azcapotzalco, Universidad Autónoma

¹⁸⁰ C. Contreras, «El Plano Regulador del Distrito Federal», pp. 85; 91; «La planificación de la Ciudad de México, 1918-1938» (1939), en Gerardo Sánchez Ruiz (coord.), *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras...*, pp. 131-145, 131.

Otro ejemplo de urbanismo local que puede considerarse cristalizado sin la directa participación de extranjeros fue el de São Paulo, cuyo Plano de Calles y Avenidas fue presentado, como ya se mencionó, por Prestes Maia en 1930 (figura IV.2). Conjuntamente con João Florence de Ulhoa Cintra (1887-1944), el ingeniero paulista había preparado durante la década de 1920 planes de circulación influidos por el funcionalismo europeo de Joseph Stübben (1845-1936) y Eugène Hénard. El plan del 30 incorporaba además referencias a la comisión de *comprehensive planning* de Filadelfia y los pioneros trabajos sobre circulación automovilística de Harland Bartholomew (1889-1989), todo ello en un entorno arquitectónico predominantemente academicista. Impulsada desde la creación del Rotary Club en 1924, la creciente influencia estadounidense en el planeamiento paulistano quedó evidenciada en la serie de conferencias impartidas a la sazón por el también ingeniero Anhaia Mello, otro de los ya mencionados pioneros criollos del urbanismo brasileño y admirador del plan neoyorquino.¹⁸¹

La elaboración y publicación de estos primeros planes metropolitanos, con o sin carácter legal, generalmente desde el nivel local de la administración, parecían coronar un proceso de institucionalización del urbanismo en Latinoamérica hacia finales de la década de 1920, resultante de cambios profesionales, académicos y legales comentados en la sección anterior. En tal sentido, valga colocar como tesis que, a diferencia de países europeos donde la consolidación disciplinar estuvo asociada a la promulgación legislativa, bien fuera a escala nacional o municipal, el urbanismo latinoamericano pareció cristalizarse en esos nuevos planes para las capitales y grandes ciudades; estos funcionarían como partidas de nacimiento o manifiestos de la nueva disciplina, aunque poco de ellos se llevara a la práctica en muchos casos.¹⁸² Y para esa

¹⁸¹ M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», pp. 99-101; tal como señala Pereira (*Ibid.*, p. 100): «The work of Prestes Maia clearly demonstrates a rift between ‘form and function’ at this time. From the circulation point-of-view, his proposals evinced an updated vision, although the formal expression of the buildings in his ‘new city’ referred to an ‘archaic’ and historicist monumental image, if we take into account the experiments by architects Gregori Warchavchik and Rino Levi since the mid-1920s in São Paulo». Ver también Renato Anelli, *Plano e conformação da base da metrópole: redes de mobilidade paulistanas*. Porto Alegre: Marca Visual, 2011, pp. 13-20.

¹⁸² Me apoyo en esta sección en mi propio capítulo A. Almandoz, «Urbanization and Urbanism in Latin America: from Haussmann to CIAM», así como remito, para más detalle, a los casos de estudio compilados en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America’s Capital Cities...*

proclamación, que coronaba la modernización de repúblicas en proceso de industrialización, urbanización y masificación, pero todavía gravitando en el mundo colonial de entreguerras, se invitó con frecuencia a luminarias extranjeras para apadrinar medios profesionales que — como se ha visto en los ya comentados casos de Chile y México, Brasil y Argentina— podían considerarse consolidados y maduros. Tratemos pues de agrupar esas experiencias según las principales tendencias arquitectónicas y urbanísticas representadas por esos padrinos foráneos.

FIGURA IV.2



Plano de Avenidas de São Paulo de Francisco Prestes Maia, 1930. Tomado de Arturo Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002). Londres y Nueva York: Routledge, 2010.

HAUSSMANNISMO MEJORADO¹⁸³

... el carácter estético de todas las ciudades lo determina la ejecución de una porción de ella, a menudo insignificante en relación con la superficie total. La ciudad de París, por ejemplo, ha sido completamente delineada por la ejecución del eje de los Campos Elíseos y las Plazas de la Estrella y de la Concordia; la ciudad de Berlín, por Unter den Linden; la ciudad de Londres, por su Picadilly Circus, etc.

GOBERNACIÓN DEL DISTRITO FEDERAL,
«Plan monumental de Caracas» (1939)

33. Capitalizando todavía el ecléctico prestigio del urbanismo francés en la Latinoamérica de la Bella Época, conspicuos representantes de lo que Choay denominó *École Française d'Urbanisme* (EFU), difusora del academicismo monumentalista en colonias y protectorados galos, fueron invitados a participar en las propuestas y planes para algunas capitales.¹⁸⁴ No olvidemos en este sentido que los servicios de esos urbanistas y paisajistas fueron requeridos desde el norte de África por el mariscal Louis-Hubert Lyautey (1854-1934), en su empresa fundadora de ciudades de ultramar; con un barniz sitteano del que aquel gustaba, lo ofrecido por los maestros franceses era un «*Hausmannisme amélioré*», como lo denominó Gaston Bardet (1907-89) para agrupar los comerciables rasgos del academicismo exportado en entreguerras por Francia a sus colonias y otras regiones del mundo culturalmente tributarias.¹⁸⁵ En buena medida se trataba todavía de una heterodoxa preceptiva de ingredientes preurbanísticos de diversa procedencia, formulados para dar respuesta a la ciudad en expansión utilizando recursos estéticos tradicionales.

Invitado en 1924 por la Comisión de Estética Edilicia (CEE) de Buenos Aires, el paisajista Jean-Claude Nicholas Forestier (1861-1930) —reputado por el diseño del sevillano parque María Luisa, así como por intervenciones en las colonias francesas en África e Indochina, al

¹⁸³ Pasajes de esta sección y las dos siguientes están incluidos en Arturo Almandoz, «Capitais latino-americanas e urbanistas estrangeiros (1920-1950)», en Ana Lanna, Fernanda Peixoto, José Lira, Maria Ruth A Sampaio (org), *São Paulo, os estrangeiros e a construção das cidades*. São Paulo: Alameda, 2011, pp. 165-181.

¹⁸⁴ F. Choay, «Pensées sur la ville, arts de la ville», pp. 253-254.

¹⁸⁵ Gaston Bardet, «Vingt ans d'urbanisme appliqué», *L'Architecture d'Aujourd'hui*, n° 3, 1939, pp. III-2-3; M. Ragon, *Histoire mondiale de l'architecture et de l'urbanisme modernes*, t. I, p. 323.

igual que otros miembros de la EFU— propuso una desconcentración de funciones administrativas a través de la conurbación, junto a un reforzado desarrollo a lo largo del río, con edificaciones y diseños tributarios del *City Beautiful* y del *Städtebau* (figura IV.3). Parte de las propuestas del paisajista serían incluidas en el primer plan de Buenos Aires, llevado a cabo desde 1925 por la recién creada CEE, aunque no sus planteamientos sobre la aproximación regional a la metrópoli.¹⁸⁶ Invitado también Forestier a La Habana por una nueva tecnocracia municipal consecuente con el autocrático progresismo del régimen de Gerardo Machado (1925-31), su Plan para el Embellecimiento y el Ensanche (figura IV.4), también de corte academicista, fue publicado e incluido en la Ley de Obras Públicas promulgada por el nuevo gobierno en 1925, aunque escasamente realizado.¹⁸⁷ Buscando la imagen de una Niza de América, el plan maestro de Forestier «ayudó a definir la excepcional belleza clásica y tropical de La Habana», a pesar de desatender las bolsas de pobreza visibles ya en la metrópoli incipiente.¹⁸⁸

Convidado por la Asociación de Amigos de la Ciudad constituida en la urbe porteña en 1924, otro connotado *urbaniste* de la EFU con experiencia colonial, Léon Jaussely (1875-1933), trajo propuestas algo más modernas a Montevideo y Buenos Aires en 1926; entonces el cofundador de la Société Française d'Urbanistes (SFU) manifestó cierta oposición a la cuadrícula colonial, pronunciándose a favor de algunos principios de la ciudad jardín con respecto a la expansión urbana.¹⁸⁹ En este último sentido, y en la misma dirección del planteamiento hecho por Forestier, Jaussely abogó por la planificación regional para controlar el crecimiento de la metrópoli rioplatense. Como para completar la heterodoxia de sus visiones, puede decirse que el ingrediente sitteano asomaba en la «estética edilicia» definidora de las propuestas de Forestier y Jaussely para el Buenos Aires de mediados de los años veinte, las cuales parecieron lograr más acogida que el primer proyecto de Le Corbusier presentado en 1929.¹⁹⁰

¹⁸⁶ S. Berjman, *Plazas y parques de Buenos Aires...*, pp. 215-267.

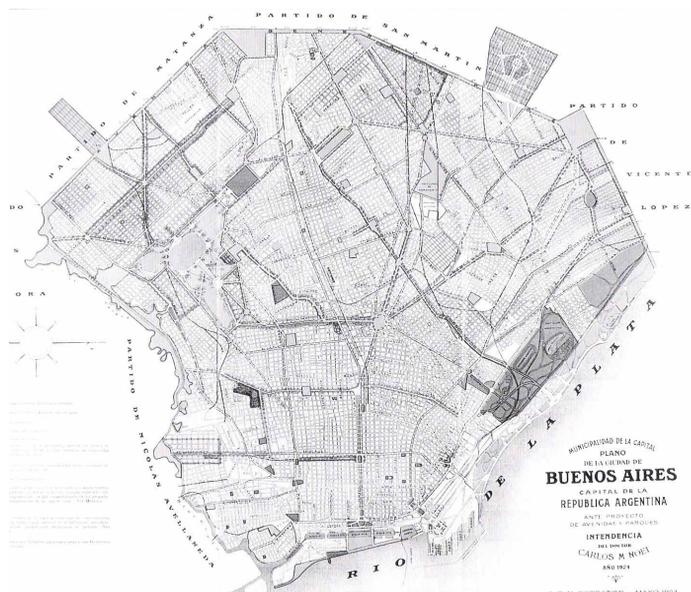
¹⁸⁷ Heriberto Duverger, «El maestro francés del urbanismo criollo para La Habana», en B. Leclerc, *Jean Claude Nicolas Forestier, 1861-1930. Du jardin au paysage urbain*. París: Picard, 1994, pp. 221-240.

¹⁸⁸ J. Scarpaci, R. Segre y M. Coyula, *Havana...*, pp. 65, 71.

¹⁸⁹ R. Gutiérrez, «Buenos Aires, a Great European City», pp. 64-66; S. Berjman, *Plazas y parques de Buenos Aires...*, pp. 215-271.

¹⁹⁰ Ramón Gutiérrez, «Buenos Aires. Modelo para armar (1910-1927)». *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, n° 37/38, 1995, pp. 36-40.

FIGURA IV.3



Plan de Jean-Claude Nicholas Forestier para Buenos Aires, 1924. Tomado de Sonia Berjman, *Plazas y parques de Buenos Aires: la obra de los paisajistas franceses. André, Courtois, Thays, Bouvard, Forestier, 1860-1930*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.

FIGURA IV.4



Plano de Jean-Claude Nicholas Forestier para La Habana, 1926. Cortesía del archivo Roberto Segre.

34. Llamado por el prefecto Antonio Prado Junior y el Rotary Club para coordinar un equipo técnico entre 1926 y 1930, Donat Alfred Agache (1875-1959) propuso un plan de corte monumentalista para Río de Janeiro. El análisis de la estructura urbana se apoyaba en la noción moderna de ciudad como organismo con funciones —circulación, respiración y digestión—, mientras la metodología incluía innovaciones como *surveys* geográficos a escala regional, a la manera de Geddes, así como una síntesis informativa de la capital en proceso de expansión.¹⁹¹ Desde su contratación en 1927, el finalista en el concurso de Camberra (1910) y cofundador de la SFU (1912) fue adversado por sectores que abogaban por la incorporación de profesionales locales, tal como lo hiciera el otrora prefecto Carlos Sampaio; la primera maqueta del proyecto, presentada en el marco del IV Congreso Internacional de Arquitectura, celebrado en Río en 1930, fue atacada por ofrecer soluciones «simplistas y escenográficas» a los complejos problemas de la metrópoli.¹⁹² El pomposo lenguaje academicista del plan fue emblematizado en la famosa Porta do Brasil (figura IV.5), cuya importancia era resaltada por el propio Agache en términos monumentalistas y turísticos, reminiscentes de la *cidade maravilhosa* de Pereira Passos:

Río de Janeiro ofrecerá así a la admiración del visitante llegado por mar una entrada monumental, correspondiente a la importancia y los destinos de la capital. Es allí donde las autoridades recibirán las personalidades eminentes que llegan por vapor o hidroavión, a las cuales se las podrá desembarcar por medio de lanchas delante de la escalera de honor enmarcada por dos grandiosas columnas...¹⁹³

¹⁹¹ Donat Alfred Agache, *Cidade do Rio de Janeiro, extensão, remodelação, embelezamento*, trad. Francesca de Souza. París: Foyer Brésilien, 1930.

¹⁹² Denise Cabral Stuckenbruck, *O Rio de Janeiro em questão: O plano Agache e o ideário reformista dos anos 20*. Río de Janeiro: Observatório de Políticas Urbanas e Gestão Municipal, Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano e Regional (IPPUR), Universidade Federal de Rio de Janeiro (UFRJ), Federação de Órgãos para Assistência Social e Educacional, 1996, pp. 102-104.

¹⁹³ D.A. Agache, *Cidade do Rio de Janeiro, extensão, remodelação, embelezamento*, p. 161; mi traducción de: «O Rio de Janeiro oferecerá assim à admiração do visitante chegado por mar uma entrada monumental, correspondente à importância e aos destinos da capital. É aí que as autoridades receberão as personalidades eminentes que chegam por vapor ou por hidroavião, as quais poderão desembarcar por meio de lanchas diante da escada de honra emoldurada por duas grandiosas colunas...».

FIGURA IV.5



Proyecto de Porta do Brasil, de Alfred Agache, 1930. Tomado de Arturo Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002). Londres y Nueva York: Routledge, 2010.

En lo concerniente a la forma urbana y edilicia, el peor error del plan Agache fue, como señala Pereira, no haber prestado atención al ya sentido clamor por edificios más sobrios y modernos, en el estilo de los rascacielos que despuntaban en Cinelândia, Copacabana e Ipanema; estos fascinaban a la sociedad carioca que los contemplaba en tanto símbolos de progreso, tal como sí sabría captarlo Le Corbusier en su visita de 1929.¹⁹⁴ A pesar de todas las objeciones, algunas propuestas del plan Agache serían llevadas a la práctica por el *Estado Novo* diez años después de la publicación de aquel, tal como lo concerniente al desalojo de las masas del centro y su sustitución por servicios y edificios públicos.¹⁹⁵ Pero con todo y la adopción de algunas de sus propuestas durante la gestión de Henrique Dodsworth (1937-45), el plan Agache ha sido visto, desde una perspectiva histórica de más alcance, como una tardía tentativa de las clases dominantes de la *República Velha* brasileña por controlar el desarrollo de la forma urbana carioca, ya muy penetrada por la modernización industrial y la masificación.¹⁹⁶

35. Otro desfasado ejemplo del eclecticismo de la EFU puede verse en el primer plan para Caracas (1939), elaborado por la ya mencionada Dirección de Urbanismo del Distrito Federal capitalino; aquí el equipo criollo de expertos, incluyendo a Martínez Olavarría y Carlos Raúl Villanueva (1900-75), había sido apoyado, desde la creación de aquella en 1938, por el *atelier* parisino de Henri Prost (1874-1959). Varios

¹⁹⁴ M. da S. Pereira, «The Time of the Capitals...», pp. 101-102.

¹⁹⁵ D. C. Stuckenbruck, *O Rio de Janeiro em questão...*, pp. 112, 125.

¹⁹⁶ Perspectiva alcanzada por M. de A. Abreu, *Evolução urbana do Rio de Janeiro*, p. 86.

proyectos en las colonias francesas y Turquía imposibilitaron la visita del famoso urbanista, cuyos socios más noveles, Jacques Lambert (1891-s/f) y Maurice Rotival (1892-1980), fueron enviados a coordinar el plan de la modesta capital que despertaba a la democracia, en medio de la bonanza petrolera, después de la prolongada dictadura gomecista.¹⁹⁷

Entre múltiples referencias a París, el ejemplo de la capital de Haussmann fue utilizado para resolver el gran dilema enfrentado por el también llamado Plan Monumental de Caracas, con respecto a la renovación o extensión urbana del centro. De acuerdo con los expertos, la capital venezolana mostraba un deformante movimiento hacia el este que, de ser acentuado con la prolongación suburbial, ocasionaría una devaluación de los terrenos céntricos en el futuro. En el París decimonónico, los riesgos de tal posibilidad habían quedado demostrados en la decisión del prefecto del Sena de urbanizar el oeste, redundando aparentemente en el deterioro de los barrios antiguos, cuyos costos de despeje y saneamiento resultaron ser muy altos a largo plazo.¹⁹⁸ De esta forma, aprendiendo de todas las lecciones de la experiencia haussmanniana, el plan optaba por una suerte de renovación del centro caraqueño, al tiempo que se prolongaban las actividades comerciales y administrativas hacia el este, donde ya proliferaban urbanizaciones residenciales burguesas. Entre muchas propuestas funcionales y de circulación, la principal preocupación del equipo parecía ser las llamadas «obras indispensables», cuya ejecución representaba un gasto relativamente pequeño, revistiendo empero considerable importancia para el plan urbano en conjunto.

En efecto, el carácter estético de todas las ciudades lo determina la ejecución de una porción de ella, a menudo insignificante en relación con la superficie total. La ciudad de París, por ejemplo, ha sido completamente delineada por la ejecución del eje de los Campos Elíseos y las Plazas de la Estrella y de la Concordia; la ciudad de Berlín, por Unter den Linden; la ciudad de Londres, por su Picadilly Circus, etc.¹⁹⁹

¹⁹⁷ Con respecto a la misión francesa en Caracas, véase A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 317-321.

¹⁹⁸ El así llamado «Plan monumental de Caracas» fue publicado por la Gobernación del Distrito Federal (GDF), en *Revista del Concejo Municipal del Distrito Federal*, n° 1, Caracas: GDF, 1939, pp. 17 y sig.; con respecto a los aspectos comentados, véase *Ibid.*, pp. 22, 24.

¹⁹⁹ GDF, «Plan monumental de Caracas», p. 31. El análisis de las propuestas del plan puede verse en A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 323-339.

En vista de la decisiva importancia del valor estético en estos ejemplos —los cuales prefiguran el debate finisecular entre proyecto y plan—, Rotival y su equipo daban prioridad a la ejecución de obras monumentales. Eran presididas estas por la avenida Central, de 30 metros de ancho, dividida en diagonales a ambos extremos, al oeste El Calvario y al este Los Caobos; coronados por un cenotafio dedicado al Libertador Simón Bolívar hacia el poniente, los nuevos edificios públicos reforzarían el carácter monumental a lo largo de la avenida (figura IV.6).²⁰⁰ Así como Rotival representaba los ingredientes academicistas de la EFU, haciendo finalmente posible —después de no haber tenido una significativa transformación decimonónica, a diferencia de otras capitales latinoamericanas— la extemporánea llegada de la cirugía haussmanniana a Caracas, la avenida Central epitomaba el monumentalismo al estilo de los Campos Elíseos y Unter den Linden; se afianzaba con ello, por lo demás, el desarrollo metropolitano hacia el este desde mediados de la década de 1940, cuando una variante sería construida como avenida Bolívar.²⁰¹

Algunos de estos planes combinaron marcos teóricos y prospectivos que exhibían modernos conceptos de planificación regional, como en los casos de Agache y Rotival, con empaques edilicios más academicistas en las propuestas; sin embargo, puede decirse que, técnica y legalmente, tales planes dejaban ver que el *urbanisme* francés se había «dejado aventajar en urbanismo por el extranjero», tal como lo reconocía a la sazón el mismo Marcel Poëte.²⁰² A ese rezago de la EFU contribuyó que, como ha señalado Gwendolyn Wright, la hibridez de las soluciones de ese urbanismo de exportación fuera una manera de temperar el modernismo europeo, incorporando imágenes propias de Beaux-Arts, yuxtaponiéndolas a motivos exóticos y principios racionales. De este modo, los urbanistas galos prefirieron atenuar el modernismo con el fin de disminuir los posibles trastornos causados

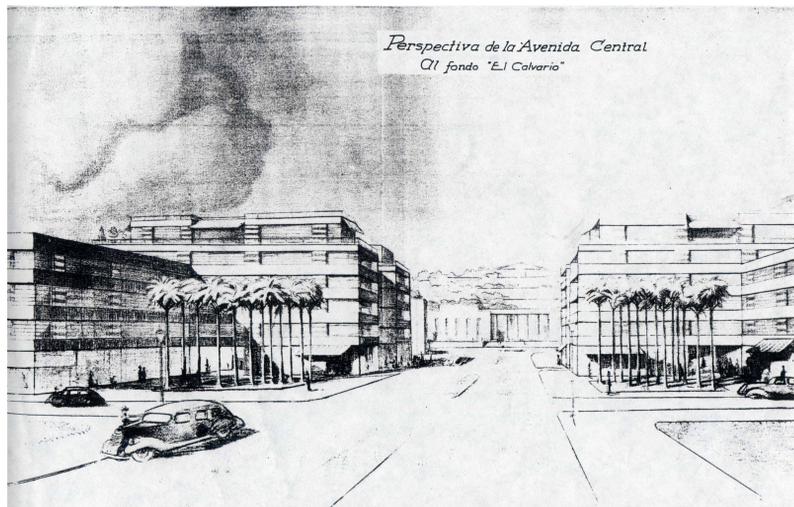
²⁰⁰ GDF, «Plan monumental de Caracas», p. 32.

²⁰¹ Para una puesta en perspectiva de las propuestas del plan y el desarrollo metropolitano ulterior, véase AA. VV., *El plan Rotival. La Caracas que no fue*. Caracas: Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela (UCV), 1990.

²⁰² Marcel Poëte, «L'esprit de l'urbanisme français», *L'Architecture d'Aujourd'hui*, n° 3, 1939, pp. III-4-5: «s'est laissée distancer en urbanisme par l'étranger».

por su repentina introducción en sociedades coloniales, o en ciudades en rápido crecimiento pero conservadoras todavía, como algunas de las urbes latinoamericanas.²⁰³

FIGURA IV.6



Perspectiva avenida Central del «Plan monumental de Caracas», 1939. *Revista del Concejo Municipal del Distrito Federal*, 1, Caracas: GDF, 1939.

MODERNISMO CORBUSIERANO

*Cette valeur spirituelle de Paris m'a valu de pouvoir à Buenos-Ayres, à Montevideo, à Saint-Paul, à Rio, dire ce que j'avais à dire, 'au nom de'... Ce voyage devient une mission.*²⁰⁴

LE CORBUSIER, *Précisions sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme* (1930)

36. Un mensaje más contundente de funcionalismo esperaba América Latina obtener de la invitación a Le Corbusier para visitar Buenos Aires, Montevideo, São Paulo y Río de Janeiro. Era un *tour* que, promovido por el brasileño Paulo Prado y el argentino Alfredo González Garraño

²⁰³ Gwendolyn Wright, *The Politics of Design in French Colonial Urbanism*. Chicago: The University of Chicago Press, 1991.

²⁰⁴ «Este valor espiritual de París me ha valido, en Buenos Aires, en Montevideo, en São Paulo, en Río, poder decir lo que tenía que decir 'a nombre de...'. Este viaje deviene una misión». (Trad. del autor).

(1886-1969), el miembro de los Congrès Internationaux d'Architecture Moderne (CIAM) emprendiera mientras el segundo de estos eventos tenía lugar en Fráncfort, para más tarde reportarlo en uno de sus clásicos libros: *Précisions sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme* (1930).²⁰⁵ El viaje de 1929 le evitaba así a Le Corbusier una nueva confrontación con el ala más funcionalista, radical e izquierdista del CIAM, representada por los socialistas alemanes y eventualmente por los constructivistas soviéticos, para quienes la arquitectura de aquel era demasiado estética, aburguesada y capitalista; por el contrario, eran estos los atributos más resaltantes para la élite porteña, quien veía en el director de *L'Esprit Nouveau* al artista y creador. Con todo y ello, no llegó Le Corbusier en el mejor momento para brillar en Buenos Aires entre octubre y noviembre, considerando que, en la incesante vida cultural de la metrópoli austral, allí se encontraban intelectuales de la talla de Waldo Frank; este no solo opacó la cobertura dada por los medios al arquitecto suizo, sino también la atención dispensada por admiradoras como Victoria Ocampo. En el medio más técnico, la Sociedad Central de Arquitectos y su órgano difusor, la *Revista de Arquitectura*, ignoraron la presencia del visitante, aunque otros grupos profesionales de la Universidad de Buenos Aires sí lo acogieron.²⁰⁶

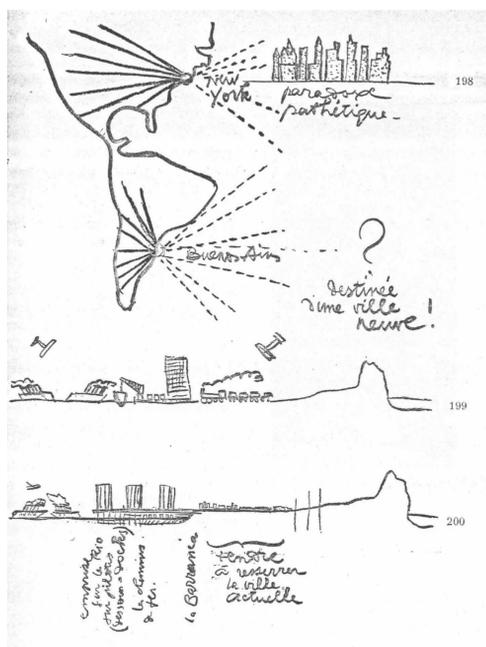
A diferencia de más diplomáticas luminarias que le precedieran, llegó el invitado criticando la grilla colonial, lo cual ha sido visto como

²⁰⁵ Sobre la primera visita de Le Corbusier a Suramérica, véase los trabajos de Fernando Pérez Oyarzún, «Le Corbusier y Sudamérica en el viaje del 29», y Francisco Liernur y Pablo Pschepiurca, «Le Corbusier y el plan de Buenos Aires», en Fernando Pérez Oyarzún (ed.), *Le Corbusier y Sudamérica...*, pp. 15-41, 56-71. Véase también el trabajo de Christiane C. Collins, «Urban Interchange in the Southern Cone: Le Corbusier (1929) and Werner Hegemann (1931) in Argentina», *Journal of the Society of Architectural Historians*, vol. 54, n° 2, Chicago: Society of Architectural Historians (SAH), junio 1995, pp. 208-227, 211.

²⁰⁶ Jorge F. Liernur y Pablo Pschepiurca, *La red austral. Obras y proyectos de Le Corbusier y sus discípulos en la Argentina (1924-1965)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo 3010, 2008, pp. 64-65, 80-88; respecto del impacto de la visita señalan los autores (*Ibid.*, p. 80): «A diferencia de lo que Le Corbusier probablemente imaginaba, la sociedad y la cultura de Buenos Aires tenían, a pesar o —quizá, por el contrario— a raíz de su cosmopolitismo, una importante dinámica propia y una excepcional densidad. De manera que la enérgica actitud y la convicción de sus ideas no bastaron para que sus propósitos alcanzaran un gran desarrollo. Más bien parece haber ocurrido que luego del restringido pero importante interés inicial que despertó su llegada, su figura fue perdiendo poco a poco centralidad».

silogismo que reforzaba su rol mesiánico para transformar Buenos Aires.²⁰⁷ En vista de su inexperiencia para formular planes urbanos, es probable que durante su estadía en la capital haya Le Corbusier cambiado su idea inicial de aplicar un *ready-made* como el de la *Ville Contemporaine*, sustituyéndolo por el del *Plan Voisin* de 1922; este último había intentado implantar «una ciudad de negocios en el corazón mismo de la ciudad», progresista iniciativa que fuera supuestamente rechazada por el establecimiento —el «sistema»— académico francés. La traslación del esquema a la capital rioplatense era casi literal, como advierten Liernur y Pschepiurca: «No es difícil imaginar la L del *Plan Voisin*, con el gran eje este-oeste coincidente con el norte-sur de Buenos Aires, y el menos destacado norte-sur de París superpuesto a la Avenida de Mayo. Es en la dialéctica entre ambos esquemas como debe ser entendida la idea de la ubicación de la ‘ciudad de negocios’ en el río».²⁰⁸

FIGURA IV.7



Nueva York y Buenos Aires. Tomado de Le Corbusier, *Précisions sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme*. París: Les Éditions G. Cres & Cie., 1930.

²⁰⁷ Alberto Nicolini, «Le Corbusier: Utopía y Buenos Aires», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, n° 37/38, 1995, pp. 106-113.

²⁰⁸ J. F. Liernur y P. Pschepiurca, *La conexión austral...*, pp. 100-101.

El visionario pensaba que ese *Plan Voisin* daría sus frutos en Suramérica: con su masiva *city* dominando el Atlántico y sus 3,3 millones de habitantes, Buenos Aires estaba llamada a convertirse en «una de las más dignas ciudades del mundo», además de poder disputar en el continente la primacía metropolitana de Nueva York, que apenas había sido «el primer gesto de civilización contemporánea» (figura IV.7).²⁰⁹ La urbe rioplatense era así escenario privilegiado —aunque no pasaría de eso, ya que el proyecto nunca fue acometido— para desplegar lo que Le Corbusier ya había ilustrado en su *Urbanisme* (1925), a saber: que a pesar de sus semejanzas de rascacielos y distritos de negocios con la metrópoli del Hudson, tanto la *Ville Contemporaine* como el *Plan Voisin*, con sus luminosas e higiénicas calles propias de una «ciudad moderna», mostraban que «el Nueva York caótico está vencido», tanto o más que el historicismo académico y ecléctico del urbanismo tradicional.²¹⁰

37. Al concentrarse en su propia extravagancia para la capital argentina, Le Corbusier acaso trató de evitar polémicas con las propuestas de Forestier y Jaussely, así como ocurrió con la de Agache para Río de Janeiro. Como parte de su visita al Brasil planificada por el ya mencionado intelectual, político y hombre de negocios Paulo Prado, así como por el escritor Blaise Cendrars (1887-1961), Le Corbusier ofreció dos conferencias, a una de las cuales asistió Agache, quien «no debía perturbarse (...) en su trabajo», según el visitante; porque a pesar de los velados contrastes entre las dos luminarias galas, las diferencias entre ambas eran acaso más epistemológicas que estilísticas a la sazón.²¹¹ Rindiendo tributo a la poderosa energía de Pereira Passos para transformar Río, el plato fuerte de la propuesta corbusierana fueron

²⁰⁹ Le Corbusier, *Précisions sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme*. París: Les Éditions G. Cres & Cie., 1930, pp. 167, 172-174, 202 (trad. del autor): «une cité d'affaires au cœur même de la ville»; «l'une des plus dignes villes du monde (...) le premier geste de la civilisation contemporaine».

²¹⁰ Le Corbusier, *Urbanisme* (1925). París: Flammarion, 1994, p. 168: «C'est ici que se dresse la CITÉ pleine de monde, dans le calme et l'air pur, et le bruit demeure tapi sous les frondaisons des arbres. New-York chaotique est vaincue. C'est, dans la lumière, une cité moderne». Véase también en este sentido *ibid.*, p. 273.

²¹¹ Me apoyo en Yannis Tsiomis, «Da utopia a realidade da paisagem» y «1936, Le Corbusier fala, desenha, projeta», en Yanis Tsiomis (ed.), *Le Corbusier. Rio de Janeiro: 1929, 1936*. Río de Janeiro: Secretaria Municipal de Urbanismo, Centro de Arquitetura e Urbanismo do Rio de Janeiro, 1998, pp. 12-19, 16-17, 32-40, 36.

los famosos viaductos que eran edificios de habitación a la vez, cuyos bocetos capturaron y moldearon el imaginario carioca de la modernidad, cuyo primer símbolo había sido el rascacielos (figura IV.8). Pareciera como si, en aquella que sería su primera y fugaz visita, el artista hubiese captado el paisaje despuntando en los versos del *Pau-Brasil*, de Oswald de Andrade: «Mobiliados em estilo moderno / Modern Style / Agua telefone elevadores / Grande terraço sistema yankee / Donde se descortina o belo panorama / De Guanabara».²¹²

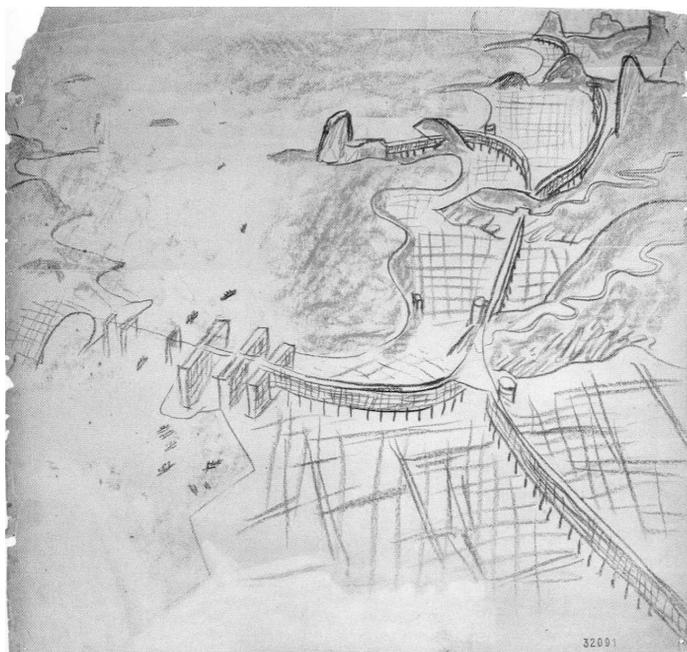
De regreso a Europa a bordo del transatlántico *Lutetia*, Le Corbusier todavía parecía abrumado por los vívidos recuerdos del vasto y heterodoxo continente: desde los vuelos a mil metros de altura y a doscientos kilómetros por hora sobre los ríos Paraná y Uruguay, hasta sus temerarias excursiones por las negras *favelas* cariocas. En vista de todas estas experiencias revitalizadoras, el paladín modernista confesó haber percibido en Suramérica una renovada energía, capaz de romper con todos los métodos académicos, «como se encasillan hoy en arquitectura los procedimientos de la edad de piedra venidos hasta Haussmann...».²¹³ Por sobre todo, el ciudadano francés se enorgullecía de haber representado el prestigio ostentado todavía por la Ciudad Luz en América Latina: «Este valor espiritual de París me ha valido, en Buenos Aires, en Montevideo, en São Paulo, en Río, poder decir lo que tenía que decir ‘a nombre de...’. Este viaje deviene una misión». Y al mismo tiempo, esta cruzada por *la France* encontraba eco en la arraigada vocación latina de los suramericanos, la cual les prevendría de copiar el ejemplo anglosajón de los estadounidenses.²¹⁴ Con este alegato, el modernismo corbusierano parecía transigir en que, aunque solo fuera por la diplomacia urbanística desplegada en Latinoamérica, la unidad de la prestigiosa misión del urbanismo francés debería prevalecer por sobre las diferencias ideológicas con los miembros de la EFU y los historiadores urbanos.

²¹² O. de Andrade, «Agente», en *Pau-Brasil...*, p. 103.

²¹³ Le Corbusier, *Précisions sur un état présent...*, pp. 12-14 (trad. del autor): «comme se classent en ce jour, en architecture, les procédés de l'âge de pierre venus jusqu'à Haussmann...». Véase también F. Pérez Oyarzún, «Le Corbusier y Suramérica en el viaje del 29», pp. 20, 25.

²¹⁴ Le Corbusier, *Précisions sur un état présent...*, pp. 2, 245 (trad. del autor): «Cette valeur spirituelle de Paris m'a valu de pouvoir à Buenos-Ayres, à Montevideo, à Saint-Paul, à Rio, dire ce que j'avais à dire, 'au nom de...'. Ce voyage devient une mission».

FIGURA IV.8



Viaductos y edificios de Le Corbusier para Río de Janeiro, 1929 (FLC 32091). Tomado de Yanis Tsiomis (ed.), *Le Corbusier. Rio de Janeiro: 1929, 1936*. Rio de Janeiro: Secretaria Municipal de Urbanismo, Centro de Arquitetura e Urbanismo do Rio de Janeiro, 1998.

STÄDTEBAU RACIONALISTA

El Urbanismo actual considera en primer término el aspecto cultural y de higiene social de su misión relacionada con los problemas político-económicos, en seguida el aspecto técnico-ingenieril de los problemas y las necesidades que crea, y en tercer lugar el aspecto artístico-estético, que se esmera en crear un conjunto armónico en el cuadro de la ciudad.

KARL BRUNNER, «Problemas actuales de urbanización» (1930)

38. Luminarias del mundo germano fueron también llamadas a apadrinar el naciente urbanismo latinoamericano. Editor de la revista *Der Städtebau* y autor del manual *The American Vitruvius* (1922), Werner Hegemann (1881-1936) fue invitado en 1931 a Buenos Aires por la Asociación de Amigos de la Ciudad (AAC), un grupo de expertos que

no parecía estar satisfecho ni con las propuestas academicistas de la EFU, ni con los planes preconcebidos y descontextualizados de Le Corbusier; especialmente sorprendente había sido la tesis concentradora del desarrollo urbano presentada por este en su conferencia en la AAC, la cual contrastaba con las aproximaciones de orientación regional de Forestier y Jaussely.²¹⁵ El responsable de la invitación de Hegemann fue Carlos della Paolera, ingeniero argentino que, como ya sabemos, se había graduado en el Instituto de Urbanismo parisino, donde se familiarizó con las agendas del Museo Social y de la SFU; también conocía del enfoque tanto científico como humanístico con que Hegemann se aproximaba a la planificación, consolidado a lo largo de una dilatada práctica profesional en Europa y Norteamérica.²¹⁶

Durante su estadía de cuatro meses en Buenos Aires, Rosario y Mar del Plata, Hegemann trató de ser discreto con relación a las propuestas de los visitantes que le precedieron, mientras se concentraba en las particularidades de la ciudad y el medio argentinos. En su primera conferencia, el 18 de septiembre de 1931, criticó las densidades permitidas por las regulaciones vigentes, una de las causas para él de la escasez de espacios públicos; en este sentido, su entrenamiento como urbanista le permitió calcular la saturación del Reglamento Edilicio, el cual arrojaba la inaudita población de 30.700.000, con una densidad promedio de 1.615 habitantes por hectárea. Para descongestionar este tejido urbano, el uso de un sistema de parques como elemento estructurador —y no solo paisajista— ha sido interpretado como tácita alusión a las propuestas de Bouvard y Forestier, sin dejar de ser un viraje respecto de ellas. Por contraste con la impericia de Le Corbusier, la visión más integral y veterana de Hegemann sobre el Gran Buenos Aires lo llevó a recomendar su inclusión en un solo organismo administrativo, en la misma línea preconizada por Della Paolera; asimismo a urgir la sustitución del Reglamento Edilicio vigente y la creación de impuestos que frenaran el especulativo desarrollo inmobiliario.²¹⁷

²¹⁵ Para la visita de Hegemann a Argentina, véase el detallado trabajo de C. C. Collins, «Urban Interchange in the Southern Cone...», pp. 210-219. También C. C. Collins, *Werner Hegemann and the Search for Universal Urbanism*. Londres y Nueva York: WW Norton & Company, 2005, pp. 252-265. Sobre la intervención de Le Corbusier ante la AAC, véase J. F. Liernur y P. Pschepiurca, *La conexión austral...*, pp. 94-95.

²¹⁶ P. Randle, «Introducción» a Carlos María della Paolera, *Buenos Aires y sus problemas urbanos*.

²¹⁷ Jorge D. Tartarini, «La visita de Werner Hegemann a la Argentina en 1931», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, n.º 37/38, Buenos

Las referencias al mundo germano eran inevitables: la proyección de la película *Die Stadt von Morgen* —«La ciudad del mañana», que documentaba las ventajas de la planificación a largo plazo en la cuenca del Rin— fue un cuestionable intento por transmitir la importancia del contexto regional para el urbanismo local. Al mismo tiempo, los *Stadtbahnen* de Viena y Berlín fueron recomendados como ejemplos para los ferrocarriles interurbanos por conectar la capital argentina con sus pueblos satélites. Aunque la visita de Hegemann dejara pocos resultados concretos, su diagnóstico de Buenos Aires, especialmente el alerta sobre las ordenanzas vigentes, permaneció como lección de urbanismo integral para el medio profesional, tanto como sus conferencias y propuestas ejemplificaron el «ideal pragmático» conciliador de consideraciones científicas y racionales con valores estéticos y humanísticos.²¹⁸

39. Las prolongadas estadías del ya mencionado urbanista austriaco Karl Brunner en Santiago y Bogotá, invitado por los gobiernos y medios académicos, lo confirmaron como el más conspicuo representante en Latinoamérica de un *Städtebau* o arte urbano racionalista y contextualizado, buscado por algunos sectores profesionales después del esteticismo sitteano.²¹⁹ Tal como ocurría con Hegemann, esa concepción entre cultural y técnica, artística y humanística que Brunner tuviera de la naciente disciplina como «ciencia», en superación de su fase monumentalista, en conjunto con la concepción ingenieril que le sucedió, fue resumida en uno de sus múltiples artículos, resultantes varios de conferencias:

La época que sigue a la monumental está dominada por el compás y la regla del técnico. En ella se olvidó por completo la relación que debe existir entre el hombre y la naturaleza, la necesidad de jardines y campos de deporte y recreo.

Desde un tiempo relativamente corto, el Urbanismo ha logrado hacer una síntesis de todas estas tendencias, y se ha impuesto como una ciencia que abarca los problemas bajo un punto de vista científico.

El Urbanismo actual considera en primer término el aspecto cultural y de higiene social de su misión relacionada con los problemas político-económicos, en seguida el aspecto técnico-ingenieril de los problemas y las necesidades que crea, y en tercer lugar el aspecto

Aires: Cedodal, 1995, pp. 54-63, 58-59; J. F. Liernur y P. Pschepiurca, *La conexión austral...*, pp. 158-160.

²¹⁸ J. D. Tartarini, «La visita de Werner Hegemann a la Argentina en 1931», pp. 61-63; C. C. Collins, «Urban Interchange in the Southern Cone...».

²¹⁹ A. Hofer, *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*, pp. 105-115.

artístico-estético, que se esmera en crear un conjunto armónico en el cuadro de la ciudad.²²⁰

La concepción científica del urbanismo no estaba reñida con el fuerte componente artístico del *Städtebau* de cuya tradición Brunner provenía, tal como se evidenció en su plan de 1933 para Santiago (figura IV.9). En vista de la supuesta carencia de hitos urbanos capitalinos, el plan se proponía «arquitecturizar» el tejido y configurar nuevos centros, ejes y conjuntos monumentales, el principal de los cuales fue el Barrio Cívico alrededor del palacio presidencial de La Moneda, mientras los espacios abiertos cobraban importancia para articular la expansiva estructura metropolitana.²²¹ Tal propósito parecía ilustrar otro desiderátum del maestro, expresado al inaugurar en 1930 el Seminario de Urbanismo en la Universidad de Chile: «El urbanismo debe hacer de cada pueblo o ciudad exponente de la cultura y civilización de sus moradores, una verdadera obra de arte, dándole una estructura arquitectónica».²²² Ese planteamiento podía concretarse en el Santiago donde trabajara Brunner, el cual además de producir «la impresión de un centro social y cultural de Occidente», era reconocida en el plan como una capital que había materializado avances en infraestructura, tan fundamentales como la cultura para la concepción urbanística del maestro.²²³ Además de haber logrado asegurar la aprobación de su plan hacia 1939, durante esa década Brunner contribuyó, tal como ya ha sido adelantado, a consolidar la plataforma del urbanismo chileno mediante la asesoría a instituciones, la organización de eventos y la instrucción de cursos pioneros. Todo ello permitió a Chile destacar, junto a México,

²²⁰ Karl Brunner, «Problemas actuales de urbanización», *Anales de la Universidad de Chile*, año 8, trimestre 1, 1930, pp. 11-40, 12.

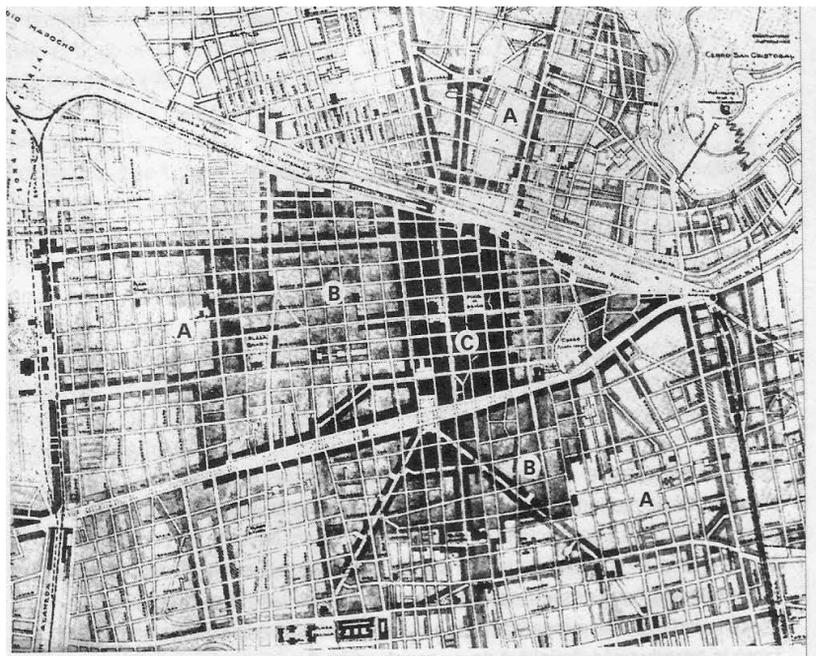
²²¹ Tal como resalta Jonás Figueroa, «La recomposición de la forma urbana. K. H. Brunner 1932-1942», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, n° 37/38, 1995, pp. 83-91.

²²² Karl Brunner, «Conceptos urbanísticos de Santiago», conferencia inaugural Seminario de Urbanismo, Universidad de Chile, 6 de mayo de 1930, *Anales de la Universidad de Chile*, año 8, trimestre 2, 1930, pp. 873-906, 901.

²²³ Karl Brunner, *Santiago de Chile. Su estado actual y su futura transformación*. Santiago de Chile: Imprenta La Tracción, 1932, pp. 7-9; allí se señala, por ejemplo, con respecto a los avances de infraestructura: «Los últimos veinte años han visto crecer en Santiago obras fundamentales del progreso urbano. El agua potable se extiende a toda el área de la ciudad, el alcantarillado casi lo hace de igual forma. La pavimentación de las calles hecha de acuerdo con los procedimientos por demás modernos acusa avances efectivos...».

como la más sólida plataforma profesional de América Latina en los años treinta, con basamentos bien establecidos desde el siglo XIX.²²⁴

FIGURA IV.9



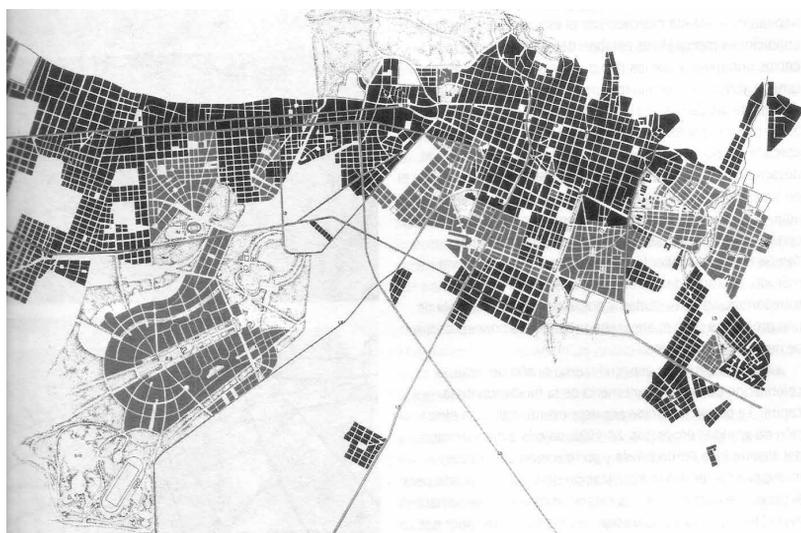
Plan de Karl Brunner para el centro de Santiago, incluyendo zonificación y diagonales. Fuente: Karl Brunner, *Santiago de Chile. Su estado actual y su futura transformación*. Santiago: Imprenta La Tracción, 1932.

En el marco del Departamento de Urbanismo de la Secretaría de Obras Públicas Municipales, creado en 1933, Brunner fue invitado a coordinar el plan para Bogotá, donde también fue publicado su *Manual de Urbanismo*, el cual devendría, como ya ha sido señalado, texto de enseñanza y práctica profesionales en facultades y oficinas latinoamericanas. Habiendo pasado de 100.000 habitantes en 1900 a 300.000 en 1930, la capital colombiana había tenido varias versiones del así llamado «Plano del Bogotá Futuro» (1919-20; 1922-23), el cual fue ratificado en acuerdo oficial en 1925; el instrumento contemplaba la principal prolongación del damero hacia el norte, entre Chapinero y la calle

²²⁴ Véase en este sentido Alberto Gurovich, «La venida de Karl Brunner en gloria y majestad. La influencia de sus lecciones en la profesionalización del urbanismo en Chile», *Revista de Arquitectura*, n° 8, 1996, pp. 8-13.

100, fijando las condiciones técnicas para urbanizar y jerarquizando las vías según su ancho.²²⁵ Bogotá siguió creciendo, sin embargo, con vacíos morfológicos y desconexiones funcionales entre sus diferentes distritos, por lo que Brunner decidió introducir vínculos entre el centro tradicional, el área de expansión decimonónica y los suburbios del siglo XX (figura IV.10). En una propuesta de los años cuarenta, el maestro completó esta articulación mediante diferentes suturas y patrones de diseño de relleno, así como introduciendo un eje alternativo conectando el centro bogotano con la ciudad satélite de El Salitre.²²⁶

FIGURA IV.10



Propuestas de Karl Brunner para Bogotá en gris. Tomado de Andreas Hofer, *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*. Bogotá: El Áncora Editores, Corporación La Candelaria, 2003.

40. A pesar de esta concepción integral y balanceada del urbanismo presentada por Brunner en sus cursos y conferencias, desplegada asimismo a través de su manual, la disciplina de entonces parecía estar todavía

²²⁵ A. M. Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos...*, p. 68.

²²⁶ J. Figueroa, «La recomposición de la forma urbana. K. H. Brunner 1932-1942», pp. 88-89; Fernando Cortés, «La construcción de la ciudad como espacio público», *Revista de Arquitectura*, n.º 8, 1996, pp. 14-19. En 1941 Brunner propuso también un plan para Ciudad de Panamá; véase en este sentido Álvaro Uribe, «El Plan Brunner para la ciudad de Panamá», *Revista de Arquitectura*, n.º 8, 1996, pp. 20-21.

dominada, en Latinoamérica en general, por aproximaciones parciales y desactualizadas. Según el más tardío testimonio dado por Jorge Enrique Hardoy (1926-93), el contenido de los primeros cursos urbanísticos en universidades no facilitaba la comprensión ni de la ciudad ni de los centros históricos de rápida expansión y congestión. Ocurría como con el naciente urbanismo practicado a la sazón: si bien había algunas intervenciones inspiradas en el modernismo funcionalista, los planes de renovación permanecieron apegados a aproximaciones parciales sobre tráfico, espacios verdes o embellecimiento, sin incorporar dimensiones económicas, sociales o ambientales propias de la planificación técnica.²²⁷

No solo para el medio argentino, el testimonio de Hardoy es indicativo del inminente eclipse del primer *urbanisme* de corte academicista en la Latinoamérica de entreguerras. Entonces se necesitaba enriquecer su alcance a través de nuevos objetos (región y territorio), así como de instrumentos (planes maestros y zonificación) que pasarían a estar asociados con el *planning* norteamericano, aun cuando habían asomado en esta fase inicial. Porque no olvidemos que, como algunos manuales de la época ya lo apuntaban, el urbanismo europeo en general podía decirse retrasado con respecto al de Estados Unidos. De manera que todo este episodio que acabamos de ver solo puede ser explicado, más allá de los términos técnicos, como epígono de la influencia europea de entreguerras en Latinoamérica, la cual no agotaba su seducción por el prestigio cultural y académico del Viejo Mundo. Fue en parte por ese inveterado coloniaje cultural que, a mi juicio, las primeras oficinas de urbanismo, con equipos criollos competentes, contrataron famosos maestros europeos en tanto consejeros o coordinadores para elaborar planes urbanos; estos, además, tuvieron un componente geopolítico, al ser insertadas las urbes latinoamericanas en un mapa de entreguerras todavía atravesado por vectores coloniales. Así lo ilustran las concepciones civilizadoras de Brunner y las propuestas de Le Corbusier para Buenos Aires o de Rotival para Caracas, por ejemplo.²²⁸

En efecto, menos conocido que los ya mencionados designios corbusieranos en *Précisions* sobre el rol de la metrópoli austral como europeizada contraparte de la Nueva York anglosajona, en el caso de la

²²⁷ Jorge E. Hardoy, «La situazione delle città latino-americane: analisi e soluzioni. La formazione di professionisti», en Giorgio Piccinato (ed.), *Città, territorio e politiche di piano in America Latina*. Milán: Franco Angeli, 1991, pp. 137-156, 143.

²²⁸ Tal como he tratado de ilustrar para otros ejemplos en A. Almandoz, «Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960».

capital venezolana la visión colonial del mundo portada por los urbanistas galos fue explícita desde la misma introducción del llamado Plan Monumental. Resaltando la privilegiada ubicación de Caracas, allí se establecían analogías geográficas y étnicas entre el mar Mediterráneo, «punto donde se encontraron y mezclaron grandes civilizaciones», y el mar de las Antillas, «centro de unión de las civilizaciones provenientes del Norte y del Sur del Continente Americano».²²⁹ Además de ser muy sugerente, la analogía marítima también dejaba entrever la noción colonialista de que América del Sur era el África del Nuevo Mundo, cuya madurez solo se alcanzaría mediante el intercambio económico y cultural con el hemisferio nórdico.²³⁰

Más allá de este tipo de elucubraciones geopolíticas que trascendían el alcance profesional de la disciplina, puede decirse que el ciclo de los padrinos extranjeros, liderado en la región por luminarias europeas, sirvió no solo para dar forma a varios de los primeros planes urbanos —aunque la mayoría quedara como manifiestos—, sino también para consolidar el urbanismo en medios académicos y profesionales de los respectivos países. Pero el venidero tránsito hacia la *planificación*, lo que es en el fondo una cuestión epistemológica y técnica, ocurriría bajo la desplazada égida de modernidad hacia Estados Unidos en la segunda posguerra, acentuada por peculiaridades idiomáticas y culturales de América Latina. Y todo ello se encuadraría dentro de una nueva agenda de política y economía, ciencias sociales y urbanismo, tal como veremos en el próximo capítulo.

²²⁹ GDF, «Plan monumental de Caracas», p. 17.

²³⁰ La venidera importancia de la capital venezolana no solo se debía a su ubicación estratégica en el Caribe, sino también a su relativa cercanía a los centros del mundo civilizado. Cubriendo una distancia de 3.700 kilómetros, se esperaba que el viaje entre Nueva York y Caracas duraría menos de diez horas en un futuro cercano, mientras que a Europa se llegaría en menos de veinticuatro. Me apoyo en A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1930)*, pp. 323-325, donde he desarrollado más esta visión geopolítica del también llamado plan Rotival.

CAPÍTULO V

DESARROLLISMO, FUNCIONALISMO
Y PLANIFICACIÓN

... no nos ocupábamos en transformar racionalmente el medio físico para beneficio de los habitantes del país ni en mejorar a nuestro pueblo en lo moral, lo intelectual y lo material...

MARCOS PÉREZ JIMÉNEZ, discurso pronunciado con motivo del décimo aniversario del 18 de octubre de 1945

Cuando la masa no tiene sentido de la conducción y uno la deja de la mano, no es capaz de seguir sola y produce los grandes cataclismos políticos.

JUAN DOMINGO PERÓN, 15 de marzo de 1951

... the take-off itself; the sweep into maturity generally taking up the lives of about two further generations; and then, finally, if the rise of income has matched the spread of technological virtuosity (...) the diversion of the fully mature economy to the provision of durable consumers' goods and services (as well as the welfare state) for its increasingly urban — and then suburban — population.

WALT WHITMAN ROSTOW, *The Stages of Economic Growth* (1960)

INDUSTRIALIZACIÓN Y URBANIZACIÓN, MODERNIZACIÓN Y DESARROLLO¹

1. Ya para 1950, más de la mitad de la población de Uruguay (78 por ciento), Argentina (65,3), Chile (58,4) y Venezuela (53,2) vivía en centros censados como urbanos. Mientras el promedio de urbanización en América Latina era todavía de 41,6 por ciento, países como Brasil y México —con 36,5 y 42,6, respectivamente— no eran demográficamente

¹ Pasajes de esta sección son tomados de mi artículo «Despegues sin madurez...», posteriormente ampliado en Arturo Almandoz, «Industrialización, urbanización y modernización sin desarrollo en la Latinoamérica del siglo xx», en Isabel Duque Franco (ed.), *Historiografía y planificación urbana en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Geografía, 2013, pp. 47-72. El esquema de esta sección y las dos siguientes sirvió de base a la ponencia «Showcases of development. State, urban modernism and regional planning in Latin America, 1930s-1960s», *Architecture and the State. 1940s-1970s*, Nueva York: Universidad de Columbia, abril 2-3, 2010.

urbanizados solo debido a la inmensa magnitud de sus poblaciones y territorios, aunque albergaban algunas de las mayores metrópolis del mundo.² Ciudad de México y Río de Janeiro estaban apenas por debajo y por encima de los 3 millones de habitantes, respectivamente, mientras São Paulo ya había escalado a 2 millones y medio. Este primer grupo de áreas metropolitanas latinoamericanas estaba todavía liderado por el Gran Buenos Aires, con una población de 4,7 millones.³

Las economías latinoamericanas habían sido principalmente agrarias o mineras hasta inicios de la depresión de 1929, con porcentajes de participación industrial dentro del Producto Nacional Bruto (PNB) de 22,8 en Argentina, 14,2 en México, 11,7 en Brasil y 7,9 en Chile, por citar los casos más elevados. Pero desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta promediar la década de 1960, las mayores economías mostraron relativa prosperidad, marcada por una significativa Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), en medio de la ya mencionada urbanización.⁴ Impulsados por estos crecientes mercados urbanos a los que se dirigía la ISI, México y Brasil alcanzaron un crecimiento anual del 6 por ciento, haciéndolos calificar, para Walt Whitman Rostow (1916-2003), el famoso teórico del desarrollo, como ejemplos del *take-off* o despegue desde los años cincuenta y sesenta, respectivamente.⁵ Si bien los países del Cono Sur habían sido más dinámicos en el período de entreguerras, todavía mantenían un crecimiento de cuatro puntos.⁶ Mientras tanto, liderado por los ingentes ingresos de la Venezuela petrolera, el excedente rendido por la exportación de materias primas financió una segunda generación de ISI que también incluía a Colombia y Perú, países donde la participación industrial en el PNB era superior al 15 por ciento en 1955, mientras la tasa de crecimiento industrial duplicaba la del sector primario.⁷

² United Nations Centre for Human Settlements (Habitat), *An Urbanizing World. Global Report on Human Settlements*. Oxford: Oxford University Press, 1996, p. 47; G. Beyhaut y H. Beyhaut, *Historia universal Siglo XXI...*, p. 211.

³ W. D. Harris, *The Growth of Latin American Cities*, p. 167.

⁴ Véase J. del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe...*, pp. 72, 118.

⁵ Walt Whitman Rostow, *The Stages of Economic Growth. A Non-communist Manifesto* (1960). Nueva York: Cambridge University Press, 1990, pp. 44, 127.

⁶ Nora Clichevsky, *Construcción y administración de la ciudad latinoamericana*. Buenos Aires: Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo (IIED-América Latina), Grupo Editor Latinoamericano (GEL), 1990, pp. 22-23.

⁷ E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, pp. 334-335; J. del Pozo, *Historia de América Latina y del Caribe...*, p. 118.

2. Ese clima modernizador estaba penetrado de nacionalismo económico y político, compartido de manera heterodoxa por regímenes estatistas y liberales, democráticos y dictatoriales. Allí podrían incluirse desde los gobiernos populistas de Lázaro Cárdenas en México (1934-40), Juan Domingo Perón en Argentina (1946-55), Getulio Vargas en Brasil (1934-45, 1950-54) y Alfonso López Pumarejo (1934-38, 1942-45) en Colombia, hasta las dictaduras progresistas pero brutales de Fulgencio Batista en Cuba (1940-44, 1952-59), Gustavo Rojas Pinilla en Colombia (1953-57) y Marcos Pérez Jiménez en Venezuela (1952-58). A pesar de las consabidas diferencias de este último caso como país de tardía pero atropellada urbanización en Latinoamérica, Pérez Jiménez (1914-2001) pareció resumir la conexión observable en varios estados de la región entre el desarrollismo económico y el equipamiento territorial, cuando en 1955 pronunció un discurso que contrastaba la progresista Venezuela del Nuevo Ideal Nacional (NIN) con el país de diez años atrás:

No había vías de comunicación adecuadas, pues las carreteras carecían de las condiciones requeridas para satisfacer debidamente las necesidades del tránsito, y, lo que es más grave aún, no existían planes para la ejecución de las demás obras viales; no se contaba con una doctrina de producción ni con planes en función de esa doctrina; no se avanzaba con la celeridad requerida para salvar la distancia a que nos encontrábamos de los países medianamente desarrollados.

No nos esforzábamos por satisfacer el déficit que subsistía en nuestra población, como consecuencia de nuestra contribución a la independencia de América y de nuestras guerras civiles; no nos ocupábamos en transformar racionalmente el medio físico para beneficio de los habitantes del país ni en mejorar a nuestro pueblo en lo moral, lo intelectual y lo material...⁸

La sistematización de la plataforma administrativa para obras públicas había comenzado en 1945 con la Comisión Nacional de Vialidad, convertida en Consejo en 1948, habiéndose formulado un Plan Nacional de Vialidad desde 1947.⁹ Por lo demás, también desde el 45 la Junta de Gobierno que derrocara a Medina Angarita había estructurado un

⁸ Marcos Pérez Jiménez, «Discurso pronunciado por el General Marcos Pérez Jiménez, Presidente de la República, con motivo del décimo aniversario del 18 de octubre de 1945», en *Cinco discursos del general Marcos Pérez Jiménez, Presidente de la República, pronunciados durante el año 1955 y obras realizadas por el Gobierno*. Caracas: Imprenta Nacional, 1955, pp. 65-87, 68.

⁹ Lorenzo González Casas, «Modernidad y la ciudad: Caracas 1935-1958». Trabajo de ascenso. Satenejas: Departamento de Planificación Urbana, Universidad Simón Bolívar, 1997, pp. 152-153.

Plan de Emergencia que comprendía la ejecución de obras de riego, la edificación de centros educativos urbanos y rurales, así como la construcción de redes de acueductos y cloacas, entre otras metas.¹⁰ Esta «transformación racional del medio físico y de mejoramiento de las condiciones morales, intelectuales y materiales de los habitantes del país», dirigida a una «plena posesión de nuestro territorio», era, por decirlo así, la expresión física del NIN.¹¹ Para finales del régimen, el desarrollismo perezjimenista se ufana no solo de haber hecho de Venezuela una «nación prestigiosa», sino también de haberla posicionado como «la primera potencia económica de América Latina», según afirmaría el dictador desde su exilio en Madrid décadas después. Y solo en tanto dato significativo de las ambiciones del régimen para mejorar la imagen internacional del país, valga añadir que Pérez Jiménez aspiraba llevar a Caracas las olimpiadas finalmente celebradas en Tokio en 1964.¹²

3. En el caso del Brasil, además de la agenda de ordenamiento y equipamiento territorial a ser comentada más adelante, la consolidación del *Estado Novo* corporativo había incluido la capacitación técnica de cuadros burocráticos a través del Departamento Administrativo de Servicio Público (DASP, 1938), así como el reforzamiento de la industria ligera con la creación de la Compañía Siderúrgica Nacional (1941). A diferencia de Venezuela, donde el perfil más tecnocrático de la dictadura no permitió una alta popularidad política, el nacionalismo económico brasileño se entreveraba con el populismo de Vargas (1882-1954), «pai dos pobres»; así era invocado al calor de un culto conducente al así llamado *queremismo*, o «*Queremos Getúlio*», con peligrosas consecuencias después de la Segunda Guerra Mundial.¹³ Tras

¹⁰ Manuel López Villa, «Gestión urbanística, revolución democrática y dictadura militar en Venezuela (1945-1958)», *Urbana*, n° 14-15, Caracas: Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela, 1994, pp. 103-119, 106.

¹¹ Las citas están tomadas de M. Pérez Jiménez, «Exposición de Motivos al Proyecto de Ley de Presupuesto General de Ingresos y Gastos Públicos para el año fiscal 1955-1956, presentado por el Coronel Marcos Pérez Jiménez, Presidente de la República, a la Cámara del Senado» (mayo 3, 1955); «Discurso pronunciado por el General Marcos Pérez Jiménez, Presidente de la República, con motivo del décimo aniversario del 18 de octubre de 1945», en *Cinco discursos del General Marcos Pérez Jiménez...*, pp. 30, 85.

¹² Según confesión del antiguo dictador a Oscar Tenreiro, «Conversación con el General (R) Marcos Pérez Jiménez, en su residencia en Madrid, el día 5 de febrero de 1995», *Ciudad*, n° 1, Caracas: Dirección de Gestión Urbana, Alcaldía de Caracas, 1995, pp. 7-33, 12-13, 22.

¹³ C. A. Schneeberger, *Minimanual compacto de história do Brasil*, pp. 313-317.

haber sido Vargas forzado a dejar el poder por fuerzas internas que exigían aquellos mismos ideales por los que se había combatido junto a los aliados, su último gobierno entre 1951 y 1954, aunque menos autoritario, prosiguió con el desarrollismo nacionalista que llevó a la creación del Banco Nacional de Desenvolvimento Econômico (BNDE) y la intervención estatal en los sectores siderúrgico, petroquímico, de transporte y energía; este último incluía la creación de la compañía estatal Petrobras en 1953, siguiendo el famoso lema «*O petróleo é nosso*» (el petróleo es nuestro). Los temores ante la instauración de una república sindicalista al estilo argentino mermaron el apoyo de diversos sectores, incluyendo el Alto Comando del Ejército, cuya exigencia de renuncia del Presidente llevó al suicidio de este en la madrugada del 24 de agosto de 1954.¹⁴

Apoyado en el «Plan de Metas», que combinaba la educación con los sectores industriales básicos, el gobierno brasileño que epitomara el desarrollismo modernizador de la segunda posguerra fue el de Juscelino Kubitschek (1956-61). JK —como era popularmente conocido— emprendió un vasto programa de construcción carretero, centrales hidroeléctricas y proyectos aeronáuticos y automovilísticos, coordinado este último por el Grupo Ejecutivo de la Industria Automovilística (GEIA). Promoviendo el norte rezagado a través de la Superintendência para el Desenvolvimento do Nordeste (Sudene), el desarrollo regional del centro fue coronado por el proyecto faraónico de Brasilia, el cual llevó a su máxima expresión la tendencia a transformar el medio físico como manifestación del desarrollo, a la manera del NIN de Pérez Jiménez en Venezuela. Si bien más abierto al capital extranjero, Kubitschek promovió el financiamiento continental mediante lo que después sería el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y sintetizó el industrialismo del período con el eslogan de su gobierno: «*50 anos em 5*», como queriendo acortar la madurez preconizada por Rostow en sus fases de desarrollo.¹⁵

4. Atravesando el país un malestar social y «prolongado declive» a lo largo de la así llamada «década infame» de 1930, el populismo había ganado terreno en Argentina, tal como lo probaron las reformas

¹⁴ *Ibíd.*, pp. 319-320. Ver también Rezende, Vera (ed.), *Urbanismo na Era Vargas: a transformação das cidades brasileiras*. Niterói: Editora da UFF, Intertexto Editora, 2012.

¹⁵ C. A. Schneeberger, *Minimanual compacto de história do Brasil*, pp. 321-323.

implantadas por Juan Domingo Perón (1895-1974) desde mediados de los años cuarenta.¹⁶ Los ingredientes del modelo desarrollista del período estuvieron presentes en el régimen «nacionalista, estatista y autarquizante» de Perón; entonces el país alcanzó un relativo auge industrial no solo a través de la sustitución de importaciones y las industrias aeronáutica y gasífera, sino también de crecimiento del Estado corporativo por la nacionalización de ferrocarriles franceses e ingleses así como del Banco Central, junto al fortalecimiento del Instituto Argentino de Promoción e Intercambio (IAPI).¹⁷ Desplazando del primer plano de la economía al sector agropecuario tradicional para colocar la pequeña y mediana industria de capital nacional, el «Nuevo Orden» peronista logró aumentar «las posibilidades ocupacionales de las crecientes masas urbanas que, sin duda, mejoraron sus niveles de ingreso y sus condiciones de vida».¹⁸

Al igual que en el Brasil del carismático GêGê, el líder de los cambios argentinos, enmarcados en una «doctrina Nacional» en todos los órdenes, hubo de ser el mismo Perón. Desde la revolución de 1943, este había logrado, con su facundia de orador y el acertado manejo de la radiotelefonía, «usar el tono, el vocabulario y las ideas más apropiadas para convencer a las masas argentinas, y especialmente a las masas suburbanas»; al mismo tiempo, «aglutinar a su alrededor a dirigentes gremiales más o menos resentidos y a agrupaciones gremiales justamente desencantadas con la política conservadora que predominaba desde 1930».¹⁹ Como artífice de ese modelo de desarrollo latinoamericano, nacionalista y populista, Perón consideraba que el líder o «conductor» era indispensable para convertir a la «masa» disgregada y acéfala en «pueblo»; tal como expresaba en mensaje del 15 de marzo de 1951: «Cuando la masa no tiene sentido de la conducción y uno la deja de la mano, no es capaz de seguir sola y produce los grandes cataclismos políticos».²⁰ Se confirmaba así en el discurso peronista el carácter mesiánico y turbulento que tendría el populismo para la masa latinoamericana

¹⁶ Véase por ejemplo la interpretación de E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, pp. 459-477.

¹⁷ F. Luna, *Breve historia de los argentinos*, pp. 210, 220-223.

¹⁸ J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, p. 259; allí continúa el autor: «Con eso acentuó el intervencionismo estatal en la economía, tendencia que se puso de manifiesto también en la nacionalización del Banco Central, de los ferrocarriles, el gas, los teléfonos y la flota fluvial».

¹⁹ *Ibid.*, p. 252.

²⁰ J. D. Perón citado en J. L. Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, p. 260.

por el resto del siglo —e incluso del siguiente, como lo prueban los nuevos regímenes de izquierda, reminiscentes de aquel nacionalismo de la segunda posguerra—.

5. La agenda común de desarrollismo había sido respaldada, desde 1948, por la creación de agencias internacionales como la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Comisión Económica para América Latina (Cepal), patrocinadas por las Naciones Unidas y los crecientes intereses estadounidenses en la explotación primaria e industrial de la región. Con sede en Santiago de Chile y el liderazgo de Raúl Prebisch (1901-86) —antiguo director del Banco Central argentino—, Cepal fue piedra angular del desarrollismo latinoamericano de posguerra, basado en la ISI y otras políticas económicas que consolidaron el Estado corporativo en países considerados en desarrollo hasta mediados de los años sesenta, cuando se agotara la así llamada «fase fácil» del modelo sustitutivo.²¹

Por otro lado, en la entusiasta visión de la sociología funcionalista, la ecuación entre industrialización, urbanización y modernización —para utilizar el paradigma vigente hasta mediados de los sesenta— era una suerte de secuencia causal derivada de los exitosos casos de países industrializados y urbanizados a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX, tal como lo expusieron las aproximaciones de Leonard Reissman (1921-75) y Kingsley Davis (1908-97), por ejemplo.²² Tal secuencia fue adoptada por algunos de los primeros estudios comparativos del proceso histórico latinoamericano, al menos en lo concerniente a la fase de incipiente industrialización y alto crecimiento urbano experimentada en varios países desde la masificación de tales tendencias en la década de 1920.²³ Esa ecuación modernizadora se apoyaba, en gran medida, en las teorías del desarrollo económico de mediados de siglo —en especial la de Rostow—, las cuales daban gran peso a la industrialización, el crecimiento y la estabilidad política dentro de la ecuación.

²¹ Rolando Franco, *La Flacso clásica (1957-1963): vicisitudes de las ciencias sociales latinoamericanas*. Santiago de Chile: Catalonia, 2007; E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, pp. 338-339.

²² Leonard Reissman, *The Urban Process. Cities in Industrial Societies* (1964). Nueva York: The Free Press, 1970; Kingsley David, «La urbanización de la población mundial», en *La ciudad* (1965), trad. Guillermo Gayá Nicolau. Madrid: Scientific American, Alianza Editorial, 1982, pp. 11-36.

²³ Véase por ejemplo Philip M. Hauser (ed.), *La urbanización en América Latina* (1962). Buenos Aires: Solar, Hachette, 1967, como también W. D. Jr. Harris, *The Growth of Latin American Cities*.

Para mediados de los años sesenta, algunos países latinoamericanos eran vistos por Rostow y otros economistas como ejemplos que habían iniciado el *take-off* o despegue al desarrollo. Tomando como indicador de este más de 25 por ciento del PNB destinado a inversión, ya Venezuela se había enrumbado en esa afortunada pista desde el frenesí progresista de los cincuenta, aventajando a Brasil, Colombia, Chile y Filipinas, países que le seguían en orden decreciente; si ya México y Argentina habían arrancado en la década anterior, el profesor norteamericano ciertamente apuntaba a Venezuela y Brasil como los aviones de los años sesenta.²⁴

6. Pero el desarrollo no venía dado solo por un despegue irreversible, sino requería también un largo y profundo proceso de cambios económicos, sociales y políticos, articulados en las fases recogidas por Rostow en *The Stages of Economic Growth* (1960), entre otros títulos de gran éxito. Combinando elementos de historia económica y política con caracterizaciones sociológicas, el profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts y de otras universidades anglosajonas estudió y agrupó los casos de «sociedades tradicionales» que, desde la Inglaterra de finales del siglo XVIII, habían tecnificado sus aparatos agrarios e industriales, entre otras condiciones, incrementando posteriormente el gasto en inversión requerido por el *take-off*, para eventualmente alcanzar una madurez económica a ser mantenida por al menos dos generaciones de sostenido bienestar, antes de encontrar su vía hacia el desarrollo permanente. A partir de la gran diversidad de despegues a lo largo de los siglos XIX y XX —Francia y Estados Unidos en la década de 1860, seguidos por Alemania en los setenta, Japón en el 1900, Rusia y Canadá en la primera posguerra, entre los más espectaculares—, el mismo Rostow resumió las fases en el siguiente fresco:

Aquí, entonces, de una manera impresionista más que analítica, están los estadios de desarrollo que pueden ser distinguidos una vez que una sociedad tradicional comienza su modernización: el período transicional cuando las precondiciones para el despegue son creadas, generalmente en respuesta a la intrusión de un poder extranjero, convergiendo con ciertas fuerzas internas que contribuyen a la modernización; el despegue mismo; el empuje hacia la madurez, que generalmente abarca las vidas de dos generaciones más; y entonces, finalmente, si la elevación del ingreso ha igualado la difusión de virtuosismo tecnológico (...) la desviación de la economía completamente madura hacia la provisión de bienes de

²⁴ W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth...*, pp. 44, 127.

consumo duraderos y servicios (así como el Estado de bienestar) para su población crecientemente urbana, y después suburbana.²⁵

De manera que, entre otras condiciones de estabilidad política y modernización social, por cerca de cincuenta años después de despegar, los países ya referidos hubieron de transitar un camino o empuje a la madurez o *drive to maturity*, caracterizado por dominio tecnológico en aquellos rubros con cuya industrialización habían decidido esas naciones ampliar la base económica de cara a asegurar el desarrollo. Especialmente en los casos de pequeños territorios con limitados recursos naturales, como Suecia y Suiza, el país obviamente no precisaba de autoabastecerse industrialmente, sino mostrar que disponía de «las habilidades técnicas y empresariales para producir no de todo, sino cualquier cosa que elige producir». Hasta que esa madurez no se completara, lo cual se evidenciaba en la consolidación de una urbanizada sociedad de consumo masivo y un Estado de bienestar, los países que habían despegado seguían siendo considerados en desarrollo o *developing countries*, categoría resonante entonces para diferentes contextos, desde Taiwán y Corea del Sur hasta India y Turquía.²⁶

Dentro del lote de países en desarrollo, en Latinoamérica destacaban los ya mencionados ejemplos de Brasil, Venezuela, Chile y Colombia. Si bien para Rostow ya en la década de 1960 Argentina y México habían despegado, la madurez no había sido alcanzada, y de hecho no lo sería por el resto del siglo. Resulta muy complejo explicar aquí por qué no se obtuvo tal madurez en los países latinoamericanos, transcurridas varias décadas del supuesto despegue. Puede plantearse que, tal como bien señalara el mismo autor, después del *take-off* había

²⁵ *Ibid.*, p. 12; mi traducción de: «Here then, in an impressionistic rather than an analytic way, are the stages-of-growth which can be distinguished once a traditional society begins its modernization: the transitional period when the preconditions for take-off are created generally in response to the intrusion of a foreign power, converging with certain domestic forces making for modernization; the take-off itself; the sweep into maturity generally taking up the lives of about two further generations; and then, finally, if the rise of income has matched the spread of technological virtuosity (...) the diversion of the fully mature economy to the provision of durable consumers' goods and services (as well as the welfare state) for its increasingly urban — and then suburban — population».

²⁶ *Ibid.*, p. 10; mi traducción de «the technological and entrepreneurial skills to produce not everything, but anything that it chooses to produce». Para los ejemplos de países en desarrollo, me apoyo también en K. Davis, «La urbanización de la población mundial».

muchas decisiones a ser tomadas y disyuntivas a ser sorteadas por parte de los países con respecto a las prioridades de desarrollo —difusión de la tecnología moderna y aumento de la tasa de crecimiento frente al incremento del consumo per cápita y bienestar social, por ejemplo. Y todas variables influían en sus peculiares recorridos hacia la madurez, además de las coyunturas políticas y sociales enfrentadas por los países.²⁷

7. Vistas por mucho tiempo como promisorios ejemplos de *developing countries*, las sociedades latinoamericanas en trance de industrialización eran también consideradas exponentes de la teoría clásica de modernización, según fuera concebida por el desarrollismo económico y la sociología funcionalista. Tal como ya fue señalado, desde comienzos de la década de 1960 la conexión entre industrialización, urbanización y modernización fue formulada siguiendo una derivación casi causal, por Philip Hauser (1910-95), Leonard Reissman y Kingsley Davis, desde la perspectiva de la transición demográfica y el consecuente cambio social, apoyándose para ello en los ejemplos de países del Atlántico Norte industrializados desde el siglo XIX.²⁸ De tal literatura pudo colegirse, sin embargo, que las naciones latinoamericanas en supuesto desarrollo parecían estar en el camino hacia la industrialización y urbanización, pero de hecho padecían profundas distorsiones en comparación con consumadas experiencias de modernización en Europa, Norteamérica y otras partes del mundo, tal como lo planteara Hauser.²⁹

Por un lado, la frágil industrialización no había precedido sino más bien seguido a la urbanización latinoamericana, de manera que la ISI no podía ser vista como equivalente de la Revolución Industrial, con sus consiguientes efectos dinamizadores sobre el sistema económico y la transición demográfica.³⁰ Tal como ocurriera en otras partes de lo que comenzaba a ser denominado Tercer Mundo, en lugar de haber «halado» (*pulled*) hacia las ciudades contingentes poblacionales asimilables por la industria y otros sectores productivos, la mayor parte de la migración del campo a la ciudad latinoamericana había sido «empujada» (*pushed*) por un sector primario preterido por reformas agrarias demoradas o

²⁷ W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth...*, pp. 14-16.

²⁸ L. Reissman, *The Urban Process...*; K. Davis, «La urbanización de la población mundial».

²⁹ P. Hauser (ed.), *La urbanización en América Latina*, pp. 22-23, 33.

³⁰ David Drakakis-Smith, *The Third World City* (1987). Londres: Routledge, 1990, pp. 53-57; E. Williamson, *The Penguin History of Latin America*, p. 333.

inexistentes, así como por políticas de énfasis urbano aplicadas por los Estados corporativos.³¹

Por otro lado, los niveles de urbanización casi duplicaban la participación industrial en las economías argentina, chilena, venezolana, colombiana y brasileña, según los censos de la década de 1950.³² Esos niveles no podían ser absorbidos por los respectivos sistemas productivos, de manera que a la postre redundarían en «inflación urbana» o «superurbanización», tal como ocurriría en otras regiones del Tercer Mundo.³³ En las décadas venideras, buena parte de este excedente de población improductiva residente en las ciudades terminaría alojada en barriadas y dependiendo de la economía informal. Pero era ya evidente para finales de los sesenta que el desbalance entre industrialización y urbanización no permitiría ni el desarrollo preconizado por Cepal, ni la modernización según la visión de la sociología funcionalista, así como tampoco la madurez en el sentido planteado por Rostow.

³¹ R. Potter y S. Lloyd-Evans, *The City in the Developing World*, pp. 12-13.

³² W. D. Jr. Harris, *The Growth of Latin American Cities*, p. 85.

³³ R. Potter y S. Lloyd-Evans, *The City in the Developing World*, pp. 14-15. He desarrollado algunos de estos desajustes en A. Almandoz, *Modernization, Urbanization and Development in Latin America...*, pp. 96-99.

DEL ACADEMICISMO AL MODERNISMO FUNCIONALISTA³⁴

*Voy a continuar (...) esta comparación desalentadora para las ciudades jardín horizontales (...). Cuanto más hablamos de ellas, mejor las conocemos y más las detestamos.*³⁵

Le Corbusier, «La desnaturalización del fenómeno urbano y su consecuencia: el gran desperdicio» (1936)³⁶

A latter-day Beaux-Arts movement inspired the late 1930s, and a social orientation, the mid-1940s, only to give way in the early 1950s to a functional approach drawing on North American techniques.

FRANCIS VIOLICH, «Caracas: Focus of the New Venezuela», en H. Wentworth Elredge (ed.), *World Capitals. Toward Guided Urbanization* (1975)

8. Mientras el desarrollo se tornaba elusivo en términos sociales y económicos, algunas de las metrópolis latinoamericanas se esforzaban por exhibir una imagen modernista que, dado el desbalance entre industrialización y urbanización, resultaba al menos equívoca. Pero debe reconocerse que el modernismo arquitectónico fue una vitrina para desplegar la súbita modernización buscada por el desarrollismo económico, cuyos ingredientes nacionalistas colorearon genuinas y vernáculas formas de aquel en algunos países latinoamericanos. Prolongando la «entente» entre vanguardia y Estado que, como señala Gorelik, se produjo desde la década de 1930, la peculiaridad de ese «modernismo alternativo»

³⁴ Pasajes de esta sección y la siguiente fueron presentados en mi ponencia «Cambios políticos e institucionales para la planificación latinoamericana de la segunda posguerra», XIII Encontro Nacional de Associação Nacional de Pós-graduação e Pesquisa em Planejamento Urbano e Regional (Anpur), Florianópolis, Brasil: Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC), mayo 25-29, 2009. La traducción de la ponencia ha sido publicada como Arturo Almandoz, «Mudanças políticas e institucionais para o planejamento latino-americano do segundo pós-guerra», en Marco Aurélio A. de Filgueiras Gomes (coord.), *Urbanismo na América do Sul: circulação de idéias e constituição do campo, 1920-1960*. Salvador: Editora: Edufba-Editora da Universidade Federal da Bahia, 2009, pp. 231-260.

³⁵ Mi traducción de la versión portuguesa: «Eu vou continuar (...) esta comparação acabrunhante para as cidades-jardins horizontais (...) Quanto mais falamos delas, melhor as conhecemos, e mais as detestamos...».

³⁶ Le Corbusier, «A desnaturalização do fenômeno urbano e sua consequência: o grande desperdício» (agosto 5, 1936), en Y. Tsiomis (ed.), *Le Corbusier. Rio de Janeiro...*

alcanzó su cenit, al decir de Fraser, allí donde tuvo lugar la «alianza entre gobiernos modernizadores y arquitectos modernistas», especialmente en México, Brasil y Venezuela, cuyas ciudades universitarias, conjuntos habitacionales y edificios administrativos fueron catalogados entre los mejores exponentes del movimiento moderno internacional.³⁷ A ese destaque contribuyó el temprano interés extranjero, y especialmente estadounidense, por reportar y explicar el modernismo latinoamericano: maestros regionales como el mexicano Juan O’Gorman, los brasileños Lúcio Costa (1902-98) y Oscar Niemeyer (1907-2012), seguidos por el venezolano Carlos Raúl Villanueva, fueron catalogados en las exposiciones «Brazil Builds» y «Modern Architecture in Latin America since 1945», organizadas por el Museo Metropolitano de Arte Moderno (MOMA) de Nueva York, la última de las cuales bajo la curaduría del famoso crítico Henry Russel Hitchcock (1903-87).³⁸

En el dominio del urbanismo, puede decirse que las principales influencias foráneas en la Latinoamérica de posguerra viraron del academicismo al modernismo funcionalista, propulsor del CIAM, el cual sirvió, como el desarrollismo, a objetivos progresistas de regímenes latinoamericanos, tanto democráticos como dictatoriales. Desde antes del eclipse del urbanismo academicista, el racionalismo de izquierda de Hannes Meyer (1889-1954) interactuó en México durante los diez años que estuvo allí el antiguo director de la Bauhaus, después de otra prolongada experiencia en la Unión Soviética de Stalin (1929-53). Debe recordarse en este sentido que, durante la década de los treinta, el funcionalismo estuvo marcado en el medio arquitectónico azteca, al servicio de los objetivos y la ideología revolucionarios, por la asunción de principios modernos socialmente orientados.³⁹ Materializado

³⁷ V. Fraser, *Building the New World...*, pp. 15-18; Adrián Gorelik, *Das vanguardas a Brasília. Cultura urbana e arquitetura na América Latina*, trad. Maria Antonieta Pereira. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2005, p. 10.

³⁸ Philip Goodwin, *Brazil Builds: Architecture Old and New, 1652-1942 / Construção brasileira: arquitetura moderna e antiga 1642-1942*, fotografías de G. E. Kidder Smith. Nueva York: Museum of Modern Art, 1943; Henry-Russell Hitchcock, *Modern Architecture in Latin America since 1945*. Nueva York: Museum of Modern Art, 1955.

³⁹ Véase *supra* «Agenda urbana y profesionalización del urbanismo». Tal como resume J. V. Arias Montes, «El programa funcionalista», p. 25: «Por eso no habrá que confundir la posición funcionalista, con aquella que trata de mostrar cómo las obras arquitectónicas de todos los tiempos son funcionalistas. No, el planteamiento no es ese. Lo que aquí se está planteando es que la adopción del funcionalismo conlleva la adopción de una ideología socialista y por tanto la arquitectura tendrá otra función en el conjunto social: la de satisfacer las

principalmente en las escuelas y edificaciones oficiales promovidas por Narciso Bassols (1897-1959) desde la Secretaría de Educación Pública, el así llamado «funcionalismo socialista», abanderado por O’Gorman y Legarreta, Álvaro Aburto y José Villagrán García, permaneció durante aquella década más cercano a los principios de la Bauhaus que a los de Le Corbusier; sin embargo, ya para los años cuarenta, bajo el liderazgo de Villagrán y la irrupción de nuevas figuras como Luis Barragán (1902-88), la influencia corbusierana se acentuó, sobre todo en la arquitectura residencial.⁴⁰ En el campo del urbanismo, tal como señala Sánchez Ruiz, la presencia de CIAM había sido vista con reserva por pioneros como Carlos Contreras, más ligados a los International Housing and Town Planning Congresses (Ihtpc), el decimosexto de los cuales se reunió en Ciudad de México en 1938, preconizando «la desconcentración urbana y densidades más bajas que en las soluciones a lo Le Corbusier».⁴¹

Los proyectos de vivienda de interés social e instituciones públicas en los que Meyer participó ayudaron no solo al giro hacia la arquitectura más vernácula y regionalista producida durante el régimen cardenista, sino también a la radicalidad ideológica del medio profesional, llevando a la creación de la Unión de Arquitectos Socialistas en 1938. Como invitado al ya mencionado XVI Congreso Internacional de Planificación y Vivienda, celebrado en la capital azteca ese mismo año, la llegada de Meyer fue vista asimismo como espaldarazo al proyecto —impulsado por José Luis Cuevas y Enrique Yáñez (1908-90), militantes también del «funcionalismo socialista»— de una Escuela Superior de Desarrollo y Urbanismo dentro del IPN, a la cabeza de la cual fue colocado el otrora director de la Bauhaus; la experiencia soviética de este estaba llamada a ayudar en la articulación buscada por el urbanismo mexicano con las emergentes categorías de región y planificación.⁴²

Tras la presidencia de Cárdenas, la influencia de Meyer disminuyó, mientras los «arquitectos socialistas» perdían fuerza y se dispersaban. Se dio paso entonces a un modernismo internacional de corte corbusierano,

necesidades materiales de un pueblo que empieza a mostrar los signos de una profunda insalubridad y miseria».

⁴⁰ F. Tomas, «México. 1920-1949: la primera modernidad arquitectónica», pp. 79, 83.

⁴¹ C. Contreras citado en G. Sánchez Ruiz, *Planeación urbana de ciudades*, pp. 265-266. En términos arquitecturales, la influencia de CIAM ha sido vista especialmente en obras de Pani, como el Multifamiliar Miguel Alemán (1947) (*Ibid.*, p. 268).

⁴² A. Gorelik, *Das vanguardas a Brasília...*, pp. 121-122; F. Tomas, «México. 1920-1949: la primera modernidad arquitectónica», pp. 80-81.

cuyos primeros rascacielos y conjuntos habitacionales estuvieron a cargo de una nueva generación liderada por Mario Pani (1911-93), Enrique del Moral (1905-87) y Juan Sordo Madaleno (1916-85). Este modernismo hizo frecuente uso del *zoning* para romper la trama urbana y desembo-caría, ya para finales de la progresista presidencia de Miguel Alemán (1946-52), en proyectos como la Ciudad Universitaria, coordinado por Pani, Del Moral y Carlos Lazo (1914-55), obra cumbre de un modernismo azteca que reinterpretó la iconografía nativa con nueva resonancia internacional.⁴³ A lo largo de ese período, el muralismo continuó siendo fundamental para «mexicanizar» la arquitectura moderna, aunque el grado de «integración de las artes» logrado en estas obras tardías haya sido menor que en los primeros edificios promovidos por Vasconcelos.⁴⁴

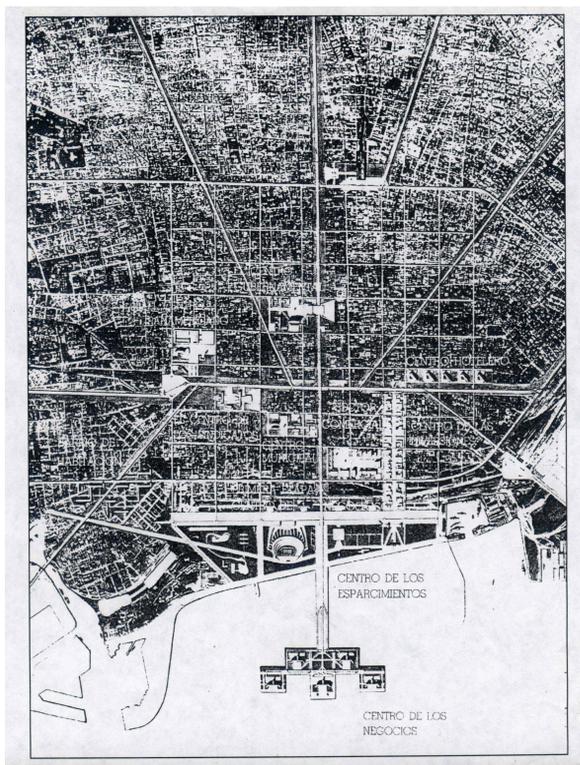
9. La penetración del CIAM en otras capitales latinoamericanas se acentó durante los años cuarenta, sobre todo a través de las contrataciones de destacados representantes del movimiento en tanto consultores o consejeros de nuevos organismos de planificación, algunos de los cuales pasaron a tener alcance nacional. No solo Le Corbusier parece haber entendido la necesidad de contextualizar y respetar el medio profesional local en su segunda propuesta para Buenos Aires —donde el I Congreso Argentino de Urbanismo se celebrara en 1935—, sino que también la situación y el debate argentinos habían cambiado sustancialmente, sobre todo después de la crisis siguiente al crac del 29. Al calor de una ideología rural avivada por desequilibrios territoriales y demográficos del país en vías de industrialización y urbanización, se acentuó el viejo debate sobre la macrocefalia porteña, cuyos 2.415.000 habitantes representaban un quinto de la población nacional para finales de los años treinta; de manera que la cuestión de la cabeza de Goliat —preconizada por Martínez Estrada en su *Radiografía de la pampa* (1933)— debía ser tenida en cuenta a la sazón para plantear y evaluar toda propuesta. Y de hecho, «con su oposición al crecimiento indiscriminado» y su

⁴³ Alejandro Ochoa Vega, «México. Formas arquitectónicas y ciudad», en José Luis Cortés (coord.), *París-México. La primera modernidad arquitectónica*. México: Instituto Francés de América Latina (IFAL), Colegio de Arquitectos de México, Sociedad de Arquitectos Mexicanos (CAM-SAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (UAM-X), 1993, pp. 89-92, 91-92.

⁴⁴ Sobre el modernismo mexicano, véase V. Fraser, *Building the New World...*, pp. 51-74, donde la autora es algo crítica con respecto a la «integración de las artes» lograda en la Ciudad Universitaria (*Ibid.*, p. 76): «the campus remains supremely architectural, and most of the murals are incursions, even intrusions, rather than fully integrated with architecture».

adopción de instrumentos urbanísticos como el *zoning*, el Plan Director de Buenos Aires terminaría debatiéndose en «una dialéctica constante entre apelación a la tradición y propuesta renovadora».⁴⁵

FIGURA V.1



Fotomontaje del plan Director de Le Corbusier, Kurchan y Ferrari para Buenos Aires, 1938. Cortesía Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana (Cedodal), Buenos Aires.

Preparado en el *atelier* parisino de Rue de Sèvres, entre 1937 y 38, con los arquitectos argentinos Juan Kurchan (1913-75) y Jorge Ferrari Hardoy (1914-77), líderes del grupo Austral, el proyecto recogió algunas ideas surgidas tras el primer viaje de Le Corbusier a Buenos Aires; entre ellas, los rascacielos de la ciudad de negocios plantados en una isla artificial en el Río de La Plata, la apertura de una gran avenida en

⁴⁵ J. F. Liernur y P. Pschepiurca, *La red austral...*, pp. 149-152, 201-202. Respecto del debate sobre la macrocefalia, véase *supra* «Entre vanguardias y ciencias sociales».

dirección norte-sur, la construcción de bloques de vivienda que permitieran liberar suelo urbano y la aplicación de una estricta zonificación nunca antes ensayada en Argentina (figura V.1). Siguiendo preceptos funcionalistas y segregacionistas del grupo Austral y de la Carta de Atenas, así como de la *Ville Radieuse* —la cual sustituía en la segunda propuesta el modelo del *Plan Voisin* de la visita del 29—, la comparación con el cuerpo humano fue llevada a sus extremos, mientras el sistema vial era extendido en analogía con el «sistema cardíaco». ⁴⁶ Si bien el Plan Director había sido contratado institucionalmente después de la llegada de Julio Rinaldini a la oficina del Plan de Urbanización, así como tras insistencias de Le Corbusier ante sus contactos argentinos —entre quienes se contaban responsables de la visita del 29, como González Garraño y Ocampo, alejados de aquel después de su acercamiento al régimen de Vichy (1940-44)—, poco del plan terminó llevándose a cabo. ⁴⁷ A pesar de ello, junto a la construcción del aeropuerto Ezeiza entre 1944 y 1949 —en consonancia con los objetivos comunicacionales del desarrollismo y del funcionalismo—, el encargo de ese Plan Director quedaría como una de las grandes operaciones del peronismo en Buenos Aires, al servir de insumo para la definición regional de la capital. ⁴⁸

10. Creada la Oficina del Plano Regulador de Bogotá (OPRB) en 1948, Le Corbusier fue escogido como el «técnico de alta reputación internacional» que la misma contemplaba contratar; de esa experiencia surgió el Plan Director completado desde París en 1949 y oficializado mediante decreto al año siguiente. ⁴⁹ La luminaria suiza viajó a la capital colombiana en cinco oportunidades desde el 47 hasta el 51, cuando trató de materializar el viejo proyecto del *grand immeuble*; era este un solo edificio «caracterizado por su intención y no por su tamaño,

⁴⁶ H. Caride, «La ciudad representada. Metáforas, analogías y figuraciones en el urbanismo de Buenos Aires», p. 218. Con respecto a los principios funcionalistas y segregacionistas del manifiesto del IV CIAM y la influencia de la Ciudad Radiante, véase por ejemplo Le Corbusier, *La Charte d'Athènes* (1941). París: Éditions du Minuit, 1971, pp. 37, 99.

⁴⁷ J. F. Liernur y P. Pschepiurca, *La red austral...*, pp. 180, 185.

⁴⁸ Tal como hace notar A. Ballent, *Las huellas de la política...*, p. 36.

⁴⁹ A. M. Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos...*, pp. 70-71. Para el tránsito hacia el modernismo en Bogotá, ver Jhon Williams Montoya, «Planificación, urbanismo y la construcción de la Bogotá moderna. De Brunner a Le Corbusier», en Isabel Duque Franco (ed.), *Historiografía y planificación urbana en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Geografía, 2013, pp. 73-168.

una edificación compleja que conformaría, concentraría y reuniría un carácter colectivo urbano», llamado a albergar principalmente los ministerios en el centro administrativo e histórico de la capital.⁵⁰ Aunque el *grand immeuble* no fue contratado finalmente, el Plano Regulador fue elaborado desde Nueva York entre 1950 y 52, con la participación de la Town Planning Associates (TPA) de José Luis Sert (1902-83). Sin embargo, además de ser concebido en los turbulentos años siguientes al *Bogotazo* de abril 9 de 1948 —cuando fue asesinado el radical líder liberal Jorge Eliécer Gaitán (1903-48)—, el plano fue objeto de críticas locales por parte de terratenientes y profesionales, perdiendo su impulso durante la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla (1953-57).⁵¹

En otros contextos, la presencia teórica de CIAM venía siendo consolidada con la edición en español de la *Charte d'Athènes* (1941) —manifiesto del funcionalismo resultante del IV Congreso— publicada en Argentina en 1954. También con la versión caribeña presentada por Pedro Martínez Inclán (1883-1957) en su *Código de Urbanismo*, en el marco de la I Conferencia Nacional de Arquitectura, celebrada en Cuba en 1948. Promotor del Patronato Prouurbanismo desde el 42, Martínez Inclán impulsó el giro del academicismo al modernismo funcionalista desde su cátedra de Planificación Urbana en la Universidad de La Habana, para lo cual contó con el apoyo del Ministerio de Obras Públicas desde 1945.⁵²

Tras las visitas a esta capital de luminarias modernistas como Richard Neutra (1892-1970), Walter Gropius (1883-1965) en 1945 y Joseph Albers (1888-1976) en el 52, el rol de paladín del CIAM entre nuevas generaciones de arquitectos cubanos correspondió a Sert, asesor de la Junta Nacional de Planificación creada en 1955 por el segundo

⁵⁰ Según la caracterización dada por Fernando Arias Lemos, *Le Corbusier en Bogotá: el proyecto del «grand immeuble», 1950-1951*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008, pp. 23, 28.

⁵¹ Tal como lo resume el mismo F. Arias Lemos, *Ibíd.*, p. 19: «El desenlace del episodio bogotano no fue feliz y Le Corbusier tampoco lo anticipó. No solo no obtuvo el contrato para la realización del 'grand immeuble', sino que su *Plan Directeur* se granjeó la oposición de terratenientes urbanos, especuladores consuetudinarios, ventrílocuos tras las voces de los concejales de la ciudad y de una feroz crítica por parte de sus colegas, quienes juzgaron su arquitectura como ajena, producto de un pensamiento mecánico e irrespetuoso del lugar».

⁵² Pedro Martínez Inclán, *Código de Urbanismo. Carta de Atenas. Carta de La Habana*. La Habana: Imp. P. Fernández, 1949; véase también Timothy Hyde, *Constitutional Modernism. Architecture and Civil Society in Cuba, 1933-1959*. Minneapolis y Londres: University of Minnesota Press, 2012, pp. 1-17.

gobierno dictatorial de Batista (1952-59). Exiliado desde inicios de la guerra civil española, después de haber trabajado con Le Corbusier entre 1929 y 1932, Sert finalmente se estableció como profesor y decano de Arquitectura en Harvard; mientras tanto la TPA, su exitosa oficina con Paul Lester Wiener (1895-1967), mantenía pingües contratos con agencias gubernamentales de planificación en todo el mundo, incluyendo los planes de expansión física de Bogotá, Cali y Medellín, cuya formulación era obligatoria según la legislación nacional de 1947.⁵³ En el caso de La Habana, el americanizado proyecto del maestro catalán parece haber cedido demasiado a las ambiciones turísticas y financieras del régimen de Batista, buscando convertir la capital cubana en lo que terminaría siendo Miami después de la revolución de 1959.⁵⁴

11. En Venezuela, mientras tanto, el gobierno de Isaías Medina Angarita (1941-45) se distanció del urbanismo monumental promovido por la administración de su predecesor, Eleazar López Contreras (1936-41), la cual había representado la transición de la dictadura gomecista a la república democrática. Al tiempo que las propuestas de Rotival eran reducidas a un simple Plan Director de Calles y Avenidas hacia finales del período lopecista, el foro monumental del oeste sería remplazado por un conjunto de vivienda multifamiliar, más cónsonas con los objetivos sociales del medinismo, de corte populista. En el caso del renombrado proyecto de El Silencio —antiguo distrito prostibulario al oeste del centro caraqueño—, la renovación fue conciliatoria entre academicismo y modernismo, tanto a nivel urbano como arquitectónico: aunque se modificaba el uso cívico del foro original, Carlos Raúl Villanueva, responsable del proyecto, explícitamente respetó la ubicación de El Silencio como *rond point* del sistema de avenidas contemplado en el llamado Plan Monumental. Al mismo tiempo, haciendo uso del concepto de «escalón doméstico» de Gaston Bardet, Villanueva rescató el tradicional patio venezolano en tanto elemento central para el diseño de los bloques. Cada edificio independiente alojaba entre 50 y 150 familias más los servicios comunales básicos; sin embargo, la idea de que los siete bloques fueran unidades vecinales autosuficientes fue rechazada por el propio arquitecto: el conjunto debía mantener su conexión con el organismo urbano caraqueño, especialmente a través de la avenida Bolívar —heredera de la avenida Central propuesta por Rotival—,

⁵³ A. M. Suárez Mayorga, *La ciudad de los elegidos...*, p. 70.

⁵⁴ J. Scarpaci, R. Segre y M. Coyula, *Havana...*, pp. 57-64.

intencionalidad opuesta a posteriores interpretaciones de una supuesta ideología segregativa en el proyecto.⁵⁵ En términos de estilo, Villanueva buscaba un nexo con la esencia arquitectónica de la ciudad colonial, cuya restitución se ejemplifica en las arcadas alrededor de los patios centrales; el eclecticismo proyectivo también combinaba toques tomados de las modernas viviendas de Viena y Alemania, patrones dispositivos del *Beaux-Arts* y criterios funcionales de los CIAM. En conjunto, según lo reconocería el mismo Villanueva posteriormente, la empresa de crear un vocabulario moderno para la arquitectura colonial venezolana resultó similar a los procedimientos utilizados por el maestro Prost en las nuevas ciudades coloniales del norte de África.⁵⁶

Arribado desde finales de la década de 1940 a Venezuela, pero sobre todo en la progresista dictadura de Marcos Pérez Jiménez (1952-58), el *planning* emergente fue preconizado por el mismo José Luis Sert, los planificadores norteamericanos Robert Moses (1888-1981) y Francis Violich (1911-2005), así como de nuevo por Rotival. Ellos asesoraron los proyectos habitacionales del Banco Obrero (BO), emblemáticos por los superbloques del 2 de diciembre —después llamados del 23 de enero—, y también la Comisión Nacional de Urbanismo (CNU), creada en 1946, la cual elaboraría «planos reguladores» para Caracas (1951) y varias ciudades venezolanas (figura V.2).⁵⁷ Además del énfasis puesto por Violich sobre la utilidad del *zoning* en tanto instrumento clave de sectorización y control urbanístico, una nueva y densificada versión de la *neighbourhood unit* (unidad vecinal), originalmente propuesta por el urbanista norteamericano Clarence Perry, fue llevada a las ciudades venezolanas por miembros y consultores de la CNU, especialmente por Sert.⁵⁸

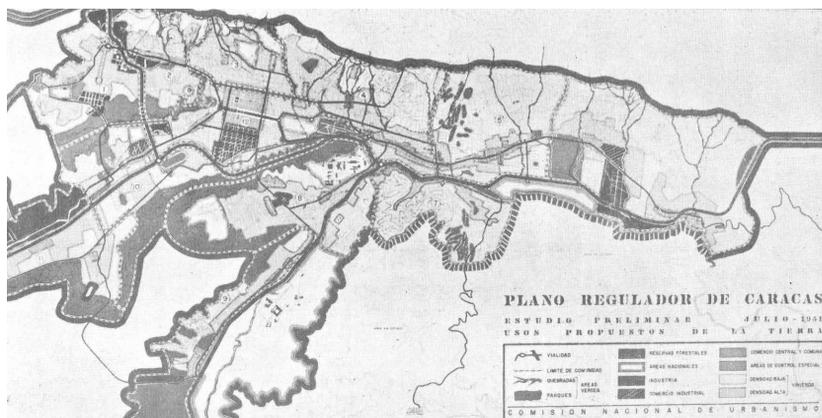
⁵⁵ Véase A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 344-345.

⁵⁶ Carlos Raúl Villanueva, «La Caracas de ayer y de hoy», en *Caracas en tres tiempos*. Caracas: Comisión de Asuntos Culturales del Cuatricentenario de Caracas, 1967, pp. 17-25, 24; Noris García, «Vivienda obrera y gestión estatal en Caracas. El Banco Obrero en Caracas, 1928-1945». Trabajo de Ascenso. Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU), Universidad Central de Venezuela (UCV), 1985, pp. 41, 85-87.

⁵⁷ Una caracterización de estos Planos Reguladores —formulados para Caracas, Maracaibo, Barquisimeto, San Cristóbal y Ciudad Bolívar— puede verse en Arturo Almandoz, «Notas conceptuales sobre la evolución del urbanismo en Venezuela», *Analys-art*, n° 5, Caracas: Instituto de Estudios Avanzados (IDEA), marzo 1993, pp. 53-78, 62-67.

⁵⁸ Con respecto a la adaptación de la unidad vecinal en Caracas y otros contextos venezolanos, véase Nelliana Villoria-Siegert y Arturo Almandoz, «Transferring the Neighborhood Unit to Caracas: Examples of Foreign Influence in Venezuela»,

FIGURA V.2



Usos propuestos del plano Regulador de Caracas, 1951. Fuente: Comisión Nacional de Urbanismo (CNU), Plano Regulador de Caracas (1951).

Los expertos extranjeros testimoniaron el auge de la nueva técnica de la planificación por aquellos años desarrollistas: el Rotival contratado otra vez por el gobierno venezolano no quería ser ya considerado en tanto *urbaniste*, sino más bien como exponente del más comprehensivo profesional que era el *planificateur*, según una diferencia sobre la que teorizaría años más tarde.⁵⁹ En el caso de Violich, en su libro *Cities of Latin America* (1944), el planificador californiano ofreció una de las primeras perspectivas comparadas de la europeizada formación académica en varios medios profesionales con los que estuvo en contacto a lo largo de su viaje. Pero valga hacer notar que, ya en aquel libro temprano, Violich había advertido también que «los jóvenes arquitectos y planificadores practicantes» de América Latina comenzaban a «ver hacia los Estados Unidos en vez de Europa».⁶⁰ Posteriormente supo resumir, a propósito de su experiencia con la CNU venezolana, el giro disciplinar ocurrido en aquellas décadas, extensible a buena parte del continente: «Un movimiento moderno de Beaux-Arts inspiró el final de los años treinta, y una orientación social la mitad de los cuarenta,

Critical Planning, vol. 9, Los Angeles: Department of Urban Planning, University of California Los Angeles (UCLA), verano 2002, pp. 89-100. <http://www.spa.ucla.edu/critplan>.

⁵⁹ Maurice Rotival, «Planification et urbanisme», *Urbanisme*, n° 82-83, 1964, pp. 42-45.

⁶⁰ Francis Violich, *Cities of Latin America. Housing and Planning to the South*. Nueva York: Reinhold Publishing Corporation, 1944, pp. 169-173.

solo para dar paso a principios de los cincuenta a un enfoque funcional generado en las técnicas norteamericanas».⁶¹

12. Además del ruso Gregori Warchavchik (1876-1972), quien introdujera desde 1923 el modernismo internacional en São Paulo, la presencia en Brasil de figuras estelares de los CIAM, incluyendo las propuestas de Le Corbusier en Río, apuraron el impulso funcionalista heredado de la fascinación por lo foráneo durante los años treinta y cuarenta. Tal como ya fue mencionado, Le Corbusier volvió a visitar Brasil en 1936, cuando algunas de sus propuestas fueron más contextualizadas; en la capital, el edificio del Ministerio de Educación y Salud (MES), proyecto de Lúcio Costa localizado en parte de la explanada liberada después de arrasar el morro do Castelo, quedó como icono de los principios preconizados en *Vers une architecture* (1923), a saber: *pilotis*, fachada y planta libres, paredes con vidrios y jardines en la azotea.⁶² En la concepción corbusierana de 1936, el MES era parte de un Centro Cívico articulado con un proyecto más integral de Centro de Negocios, la Ciudad Universitaria, un viaducto habitable y un aeropuerto urbano, que después sería el Santos Dumont.⁶³ Al mismo tiempo, en una de sus conferencias retomó Le Corbusier su vieja crítica a las «ciudades jardín horizontales», por su baja densidad, desperdicio de espacio y desnaturalización del fenómeno urbano concentrador, por contraposición a un nuevo tipo de ciudad jardín «vertical», más adecuado a los parámetros contemporáneos de zonificación y circulación.⁶⁴ Si

⁶¹ Francis Violich, «Caracas: Focus of the New Venezuela», en H. Wentworth Elredge (ed.), *World Capitals. Toward Guided Urbanization*. Nueva York: Anchor Press, Doubleday, 1975, pp. 246-292, 285; mi traducción de: «A latter-day *Beaux-Arts* movement inspired the late 1930s, and a social orientation, the mid-1940s, only to give way in the early 1950s to a functional approach drawing on North American techniques».

⁶² Véase Cecilia Rodrigues, Margareth da Silva Pereira, Romeo Veriano y Vasco Caldeira, «El viaje de 1936», en Fernando Pérez Oyarzún (ed.), *Le Corbusier y Sudamérica...*, pp. 42-49. Con respecto al significado del edificio MES, véase por ejemplo V. Fraser, *Building the New World...*, p. 156.

⁶³ Carlos Eduardo Dias Comas, «Le Corbusier: os riscos brasileiros de 1936», en Y. Tsiomis (ed.), *Le Corbusier. Rio de Janeiro...*, pp. 26-31, 26, 30.

⁶⁴ Le Corbusier, «A desnaturalização do fenômeno urbano e sua consequência...», pp. 42-44. No obstante la vaguedad de la propuesta, no deja de haber mucho realismo en la crítica hecha por Le Corbusier, al inicio de la conferencia, al ya imposible bucolismo de la ciudad jardín (*Ibid.*, p. 43): «Para expressar minha idéia, utilizarei dois títulos opostos: cidade-jardim horizontal e cidade-jardim vertical (...) Eu vou desenhar o que chamamos de sonho, depois outro, depois

bien estas propuestas no pasaron de ser bocetos —resultando en ese sentido incomparables con otros planes y proyectos desarrollados en Latinoamérica por profesionales foráneos desde la década anterior— la gama de iniciativas indicaba que, si en la visita del 29 Le Corbusier solo especuló con ideas muy vagas, en la del 36 quería «projetar e construir a qualquer preço». ⁶⁵ Y ese precio incluía la sumisión a diversas formas de autoridad nacional, local o técnica, desde el «pai de nação» con el que Le Corbusier parecía invocar a Vargas en sus conferencias de 1936, hasta la figura del arquitecto-urbanista-técnico-planificador modelada según los postulados universalistas del IV CIAM. ⁶⁶

Envuelta en el industrialismo y desarrollismo de aquellas décadas, otra experiencia que confirma la fascinación brasileña con el funcionalismo de CIAM fue la Cidade dos Motores, establecimiento de alrededor de 25.000 habitantes, destinada a apoyar una fábrica aeronáutica al norte de Río. El proyecto fue encargado a la TPA de Sert, gracias a los contactos de Wiener con el Departamento de Estado norteamericano, interesado a su vez en fortalecer la industria aeronáutica en el país, precisado como aliado en la Segunda Guerra Mundial. Si bien la intermediación de Washington puede comprenderse en términos de requerimientos geopolíticos, el protagonismo técnico de los maestros modernistas resulta más difícil de explicar, ya que «para 1942 los arquitectos brasileños estaban bien informados sobre los asuntos de planificación, de manera que no necesitaban liderazgo foráneo». ⁶⁷ Sin embargo, al mismo tiempo, aunque en proyectos más arquitectónicos que urbanísticos, a través de Lúcio Costa la participación nacional fue fomentada a la sazón en obras para el centro de Salvador de Bahía, la barra de Tijuca y el *aterro* (terraplén) de Flamengo en Río. ⁶⁸

El impulso funcionalista se confirmaría en la década siguiente, cuando la emblemática Brasilia promovida por el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-61) fue íntegramente acometida por un equipo

outro e assim por diante (...), milhares de sonhos ou necessidades humanas de liberdade. Basta recorrer os subúrbios de todas as cidades para se ver que, na realidade, são bem menos bonitos que isto. Para se chegar nestas cidades-jardins horizontais, é preciso ruas estradas. Hoje, na frente desses sonhos passam automóveis (...), ônibus, de tal modo que o desejo de silêncio foi sacrificado».

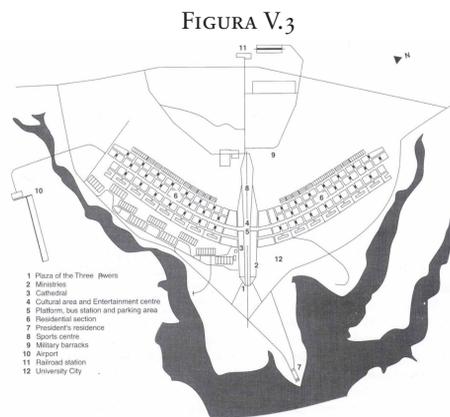
⁶⁵ Como señala C. E. Dias Comas, «Le Corbusier: os riscos brasileiros de 1936», p. 30.

⁶⁶ Y. Tsiomis, «A autoridade CIAM. Universalismo e internacionalismo», en Yannis Tsiomis (ed.), *Le Corbusier. Rio de Janeiro...*, pp. 52-57, 53-54.

⁶⁷ Tal como hace notar V. Fraser, *Building the New World...*, p. 207.

⁶⁸ M. A. de F. Gomes, «Cultura urbanística e contribuição modernista. Brasil, anos 1930-1960», p. 24.

autóctono liderado por Lúcio Costa y Oscar Niemeyer; se evidenciaba que, finalmente, la madurez profesional de la arquitectura y la planificación brasileñas podía resonar internacionalmente, sin necesidad de luminarias extranjeras. Habiendo trabajado con Kubitschek (1902-76) cuando este fue prefecto de Belo Horizonte, Niemeyer fue responsable de muchos de los edificios dispuestos sobre el plan de Costa, en cuya forma de avión, fetiche corbusierano de los CIAM, han sido vistas desde alusiones al empuje y despegue industrial brasileños, hasta la racionalidad del *castrum* romano (figura V.3). Los principios funcionalistas de predominante segregación y vialidad expresa destacan no solo en el eje cívico-comercial, sino también en las *superquadras* de las alas residenciales; estas ofrecen similitudes con las utilizadas por Sert y Wiener en la Ciudad de los Motores, así como también están sembradas de servicios comunales acordes con los postulados de unidades vecinales.⁶⁹



Plano de Brasilia. Tomado de Valerie Fraser, *Building the New World. Studies in Modern Architecture of Latin America 1930-1960*. Londres y Nueva York: Verso, 2000.

La idea de una nueva capital se remontaba a comienzos de la independencia del imperio brasileño respecto de Portugal, cuando el ministro José Bonifácio de Andrade e Silva (1763-1838) planteó a don Pedro I la necesidad de reemplazar a Río, por temor a las invasiones costeras, pero el monarca absoluto disolvió la Constituyente antes de aprobarse el proyecto. La propuesta fue renovada a finales del siglo

⁶⁹ V. Fraser, *Building the New World...*, pp. 227, 235; Florian Urban, *Tower and Slab. Histories of Global Mass Housing*. Londres y Nueva York: Routledge, 2012, pp. 79-88.

XIX, cuando una misión exploró y delimitó un territorio de 14.000 kilómetros cuadrados en el Planalto Central; después sería consultado Le Corbusier, en su famoso viaje de 1929, sobre aquella quimera de Planaltina. Pero la construcción de Brasilia terminó siendo concreción de la industrialización y el desarrollismo de la segunda posguerra, para los que el modernismo funcionalista parecía ofrecer el ropaje adecuado. En este sentido, como bien señala Fraser en una síntesis predicable de otros gobernantes y proyectos latinoamericanos del período, Kubitschek «vio Brasilia como una manera de romper con la política del pasado, de promover industrialización, estimular el desarrollo económico y fomentar el desarrollo regional».⁷⁰

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 216; mi traducción de: «...saw Brasilia as a way of breaking with the roots of the past, of promoting industrialization, stimulating economic growth and encouraging regional development».

ENTRE URBANISMO Y PLANIFICACIÓN, CIUDAD Y REGIÓN⁷¹

La ville n'est qu'une partie d'un ensemble économique, social et politique constituant la région.

LE CORBUSIER, *La Charte d'Athènes* (1941), 1⁷²

*Lo mismo que la Roma Antigua ponía al arquitecto a la derecha del emperador, hoy en día el planificador es, en los Estados Unidos, colocado a la derecha del presidente, del gobernador del Estado o del alcalde de la ciudad.*⁷³

MAURICE ROTIVAL, «Planification et Urbanisme» (1964)

13. No es casual que la utilización del término «urbanismo», en boga durante las primeras décadas del siglo XX en América Latina, se viera sustituida en la segunda posguerra por los vocablos «planificación» o «planeamiento» en español, así como *planejamento* en portugués. Dado que estos son con frecuencia intercambiados como sinónimos, puede pensarse que la aparente duplicidad es debida a un vocabulario más rico de las lenguas romances, en este caso, con respecto al inglés, donde *urbanism* tradicionalmente no tuvo una connotación disciplinar alternativa al *town planning* británico o al *urban planning* norteamericano; esto apenas cambiaría en la era posmoderna, cuando el *new urbanism* pasó a significar una suerte de reinterpretación de principios de la disciplina tradicional.⁷⁴ Pero en el fondo, a mi juicio, hay matices conceptuales e históricos asociados a cada término: tal como ha sido esbozado para contextos de industrialización avanzada, a diferencia del

⁷¹ Pasajes de esta sección fueron incluidos en la ponencia «From city to region in Latin America's capital cities, 1920s-1950s», 13th Biennial Conference International Planning History Society Conference. Public versus Private Planning: Themes, Trends and Tensions. Chicago: International Planning History Society (IPHS), julio 10-13, 2008. <http://www.planninghistory.org>. Una versión ampliada apareció publicada como Arturo Almandoz, «From urban to regional planning in Latin America, 1920-1950», *Planning Perspectives*, vol. 25, n° 1, enero 2010, pp. 1-9. <http://www.tandf.co/journals>

⁷² Le Corbusier, *Principios de Urbanismo*, trad. Juan-Ramón Capella. Barcelona: Ariel, 1975, p. 21: «La ciudad no es más que una parte del conjunto económico, social y político que constituye la región».

⁷³ «De même que la Rome antique plaçait l'architecte à la droite de l'empereur, aujourd'hui le planificateur est, aux États-Unis, plaçait à la droite du président, du gouverneur de l'État ou du maire de la ville» (trad. del autor).

⁷⁴ Véase por ejemplo Emily Talen, *New Urbanism & American Planning. The Conflict of Cultures*. Londres y Nueva York: Routledge, 2005.

urbanisme francés, de la *urbanistica* italiana o del *Städtebau* germano, el *town planning* anglosajón enfatizó valores sistémicos, procedimentales y/o políticos; se apoyó para ello en las ciencias sociales y su aparato técnico en reemplazo del diseño, por resumir así su orientación más general, internacional y evidente para mediados del siglo XX.⁷⁵

En la Latinoamérica ávida de desarrollo y modernización a través de la industrialización y la urbanización, ese tránsito epistemológico fue también manifestación del relevo y desplazamiento de los polos, de Europa a Estados Unidos, desde donde era importada la modernidad traída por el nuevo aparato de instrumentos asociados con la planificación. Fue este nuevo *traslatio imperi* ocasión propicia para la renovación técnica, procedimental e institucional de la disciplina, al tiempo que en esta ocurría una ampliación del ámbito de ciudad a región.⁷⁶ En este sentido, como antecedente teórico, resulta interesante señalar que, aunque el famoso *Manual de Urbanismo* de Brunner no enfatizara la región en tanto ámbito territorial, sí reconocía la «planificación regional» como novedosa técnica cuyos antecedentes se entroncaban con la planeación hecha por Robert Schmidt (1869-1934) de la cuenca del Ruhr y con los «estudios cívicos» de Patrick Geddes para Edimburgo; pero los ejemplos contemporáneos eran vinculados por el maestro austriaco con los avances de la Regional Planning Association of America (RPAA) en Nueva York y California. No era el «urbanista» sino el «planificador» el profesional que, para Brunner, debía estar a cargo de las metas económicas de la técnica regional, aunque algunos de sus instrumentos, como las ciudades satélite y los *green belts* o cinturones verdes, podrían ser trabajados en conjunto con el urbanismo tradicional.⁷⁷

Caso ilustrativo de este razonamiento fue Maurice Rotival, quien desde finales de los años cuarenta se contó, como ya fue señalado, entre los asesores internacionales de la CNU, pero apareciendo ante sus antiguos aprendices venezolanos con aires norteamericanos. Trabajando a la sazón en la Universidad de Yale, el planificador llegó con notoria preocupación por la región, un ámbito al que el Rotival del Plan

⁷⁵ Véase en este sentido, por ejemplo, Nigel Taylor, *Urban Planning Theory since 1945*. Londres: Sage Publications, 1998; Michael Hebbert, «Town Planning versus Urbanismo», *11th Conference of the International Planning History Society (IPHS). Planning Models and the Culture of Cities*. Barcelona: IPHS, 2004, pp. 89-98.

⁷⁶ He tratado de resumir este tránsito en A. Almandoz, «Urbanization in Latin America: from Haussmann to CIAM», pp. 31-39.

⁷⁷ K. Brunner, *Manual de Urbanismo*, t. II, pp. 138-177, 189-190.

Monumental de Caracas no parecía haber prestado tanta atención. El urbanista de la posguerra también pedía consideración para los aspectos financieros dentro de la metodología planificadora; utilizando una distinción formulada con más precisión años después, puede decirse que el antiguo *urbaniste* ahora deseaba ser considerado como *planificateur*, la nueva «mano derecha» de los estadistas norteamericanos.⁷⁸ Si bien distinguía entre el «urbanista del centro» y el urbanista «de las unidades vecinales», Rotival reducía ambos al ámbito de la ciudad, cuya incorporación integral dentro de la región solo podía ser lograda por el propio planificador; este también era el único capaz de orquestar el concepto general resultante de aportes suministrados por diversos especialistas, incluyendo arquitectos y urbanistas. De acuerdo con su experiencia estadounidense, el maestro consideraba que el llamado arquitecto-urbanista era un híbrido que podía ser hasta contraproducente en términos de planificación, «porque el urbanista se ha preocupado hasta ahora de la composición arquitectónica, pero de hecho ha ignorado la planificación». Es por ello que Rotival, el planificador, finalmente instaba a los urbanistas a abandonar sus simples preocupaciones arquitecturales y asumir el reto de la planificación para el que estaban facultados:

No deben dejar el lugar vacío, porque si no se preocupan, si no piensan su profesión con respecto a la planificación, este lugar será ocupado inmediatamente, sin duda, por hombres notables, que quizá tengan todos los títulos que confieren nuestras grandes escuelas, pero que lógicamente no serán planificadores. Y entonces, se corre el riesgo de que el barco encalle.⁷⁹

14. Consideraciones regionales habían sido incorporadas, por supuesto, en los estudios de campo y marcos teóricos que encuadraron muchos

⁷⁸ Maurice Rotival, «La planificación: doctrina y método de trabajo», *Revista del Colegio de Ingenieros de Venezuela*, n° 249, Caracas: CIV, diciembre 1956, pp. 13-21, 13; M. Rotival, «Planification et Urbanisme», p. 42. Sobre la imagen del Rotival de la posguerra, véase Leopoldo Martínez Olavarría y otros, «Maurice Rotival», *Punto*, n° 65, Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU), Universidad Central de Venezuela (UCV), 1983, pp. 56-66, 60.

⁷⁹ M. Rotival, «Planification et Urbanisme», p. 45 (trad. del autor): «parce que l'urbaniste s'est jusqu'ici préoccupé de composition architecturale mais a, en fait, ignoré la planification ... Vous ne devez pas laisser la place vide, car si vous ne vous en souciez pas, si vous ne pensez pas votre profession au regard de la planification, cette place sera immédiatement occupée, sans doute, par des hommes remarquables, qui auront peut-être tous les titres que confèrent nos grandes écoles, mais qui ne seront logiquement pas des planificateurs. Et alors, le bateau, risque d'échouer».

de los primeros planes urbanos de capitales latinoamericanas, desde los de Contreras y Della Paolera para México y Buenos Aires, a los de Agache y Rotival para Río y Caracas, respectivamente.⁸⁰ Por ejemplo, en el caso de México (figura IV.1), puede decirse que la promoción hecha por Contreras, desde comienzos de los años treinta, ante el entonces ministro de Hacienda, Alberto J. Pani, llevó a la formulación y aprobación de la Ley de Planificación y Zonificación del Distrito Federal y Territorios de la Baja California, la cual proveyó el marco legal de la planificación regional.⁸¹ En la década de 1940, los primeros planes de desarrollo regional estuvieron inspirados en la experiencia de la Tennessee Valley Authority (TVA) norteamericana, para incorporar después lineamientos de la teoría de polos de desarrollo, cuyos ejemplos serían el puerto industrial de Lázaro Cárdenas y la ciudad turística de Cancún, ya hacia los setenta.⁸²

En el caso de Buenos Aires, después de los primeros intentos de Della Paolera por reforzar planteamientos regionalistas de Jaussely, en el marco de planes nacionales quinquenales que, desde 1943, estuvieron asociados a metas económicas y de industrialización, la creación del Gran Buenos Aires en 1948 —con una población de 4.723.918 habitantes a la sazón— implicó la asunción de la planificación regional. Sin embargo, dadas las vicisitudes políticas y la dinámica de una metrópoli que creció más del 30 por ciento durante el peronismo, la integración con la planificación económica y regional no se retomaría hasta comienzos de la década de 1960 (figura V.4).⁸³ Es interesante hacer notar cómo, reproduciendo la lógica segregacionista anticipada por la escuela de Chicago, a lo largo de ese período se observó una relativa desconcentración de población en los municipios de la Capital Federal hacia la periferia; esta última terminaría ocupada principalmente por contingentes obreros, mientras los empleados del sector terciario tomaban el relevo en los desarrollos residenciales más céntricos.⁸⁴

⁸⁰ Véase *supra* «Padrinos extranjeros y planes manifiestos».

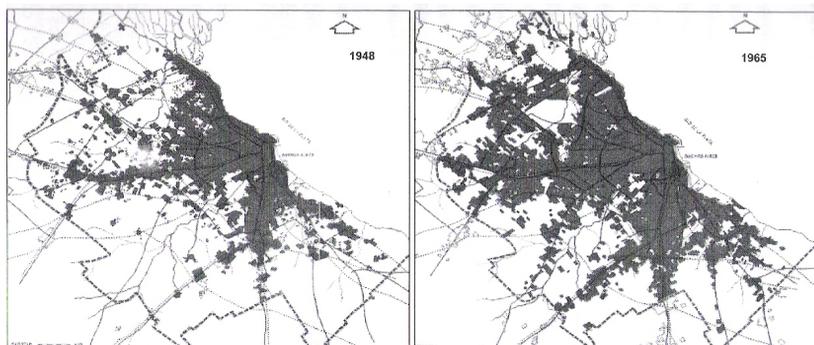
⁸¹ Carlos Contreras, «La planificación de la Ciudad de México, 1918-1938» (1939), en G. Sánchez Ruiz (coord.), *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras...*, pp. 131-145, 131.

⁸² H. Quiroz Rothe, *Ciudades mexicanas del siglo XX*, pp. 57, 60.

⁸³ Juan Donato Lombardo, *Pensamiento urbanístico y desarrollo urbano en la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento, 1999, pp. 22-23, 49-53.

⁸⁴ Juan Donato Lombardo, *La construcción de la ciudad. El caso de la región metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Nobuko, 2008, pp. 53-54, 58; allí resume el autor el proceso de desconcentración durante el período 1947-1960:

FIGURA V.4



Crecimiento de la Región Metropolitana de Buenos Aires entre 1948 y 1965. Tomado de Juan Donato Lombardo, *La construcción de la ciudad. El caso de la región metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Nobuko, 2008.

La ampliación del ámbito urbano se evidenció tempranamente en Brasil, donde principios de análisis regional de Patrick Geddes, Ernest W. Burgess (1886-1966) y el padre Louis-Joseph Lebet (1867-1966) nutrieron la experiencia del Escritorio do Plano de Urbanismo da Cidade de Salvador (Epucs), entre 1946 y 52.⁸⁵ La transición del urbanismo a *planejamento* fue acelerada por aquellos años con las visitas del dominico francés a São Paulo y otras ciudades brasileñas, además de latinoamericanas; su movimiento de Economía y Humanismo abogó por incorporar principios y variables de la planificación económica y regional en tanto requisitos para controlar áreas metropolitanas en expansión, mediante la Sociedad para el Análisis Gráfico y Mecanográfico Aplicado a los Complejos Sociales (Sagmacs).⁸⁶ Después de la

«Se produce un considerable crecimiento de la población ocasionado principalmente por las migraciones internas. (...) La población crece en conjunto un 30%. La población del área era en 1947 de 4.723.918 habitantes. El 61% de ella se concentra en la Capital Federal, mientras que el restante 38% lo hace en los municipios del conurbano. (...) En 1960 en cambio la relación de localización Capital-Municipios se ha invertido. Es ahora en los últimos donde habita el 56% de la población, mientras que en la capital lo hace el restante 44%».

⁸⁵ M. A. Gomes, «Cultura urbanística e contribuição modernista. Brasil, anos 1930-1960», p. 25.

⁸⁶ Celso Monteiro Lamparelli, «O ideário do urbanismo em São Paulo em meados do século XX. O Padre Lebet: continuidades, rupturas e sobreposições», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*, n.º 37/38, Buenos Aires: Cedodal, 1995, pp. 125-131; M. C. da S. Leme, «A formação do

prolongada prefectura de Prestes Maia (1938-45), el urbanismo paulistano dejó de ser concebido en términos de obras viales e infraestructura para incorporar nuevos instrumentos y metodologías; entre estos destacaron la zonificación de corte norteamericano y la inserción de la ciudad dentro del ámbito regional, según las lecciones del plan regional de Nueva York y del padre Lebreton y su movimiento.⁸⁷

Con ingredientes que iban del marxismo y el reformismo de Frédéric Le Play, pasando por la sociología de Durkheim y Tönnies; hasta las teorías contemporáneas de polos de desarrollo de François Perroux (1903-87), el movimiento de Economía y Humanismo y la Sigmac preconizaron una mejora de la calidad de vida y espacialización del desarrollo económico tan en boga en la posguerra, a través de un *aménagement du territoire* de amplia base científico-social.⁸⁸ La nueva conciencia sobre la necesidad de planificación regional en el medio brasileño fue evidenciada en las críticas al plan de Brasilia, el cual, a pesar de haber sido promovido por la agencia Novacap, no habría incorporado suficientes economistas, ecólogos y planificadores. La respuesta de Costa a las críticas emitidas por Gilberto Freyre, voz líder de las ciencias sociales brasileñas de posguerra, fue no solo evasiva, sino también indicativa del punto de inflexión de la disciplina: la nueva capital no debía ser «el resultado, sino la causa de un plan regional».⁸⁹

pensamento urbanístico no Brasil, 1865-1965», pp. 20-38. Otros planes de Sigmac fueron formulados para Río de Janeiro y Belo Horizonte en 1958. Con respecto a la difusión del movimiento en Latinoamérica, ver también Virginia Pontual, *Louis-Joseph Lebreton na América Latina: um exitoso laboratório de experiências em planejamento humanista*. Rio de Janeiro: Letra Capital, Editora UFPE, 2016.

⁸⁷ Sara Feldman, *Planejamento e zoneamento. São Paulo 1947-1972*. São Paulo: Fapesp, Edusp, 2005, pp. 20-23, 28.

⁸⁸ Celso Monteiro Lamparelli, «Louis-Joseph Lebreton e a pesquisa urbano regional no Brasil. Crônicas tardias ou história prematura», en Nino Padilha, org. *Cidade e urbanismo. História, teorias e práticas*. Salvador de Bahia: Faculdade de Arquitetura e Urbanismo da Universidade Federal da Bahia (Fauba), 1998, pp. 281-298.

⁸⁹ Lúcio Costa citado por V. Fraser, *Building the New World...*, p. 230. Novacap fue creada en 1956, con Costa como director de Arquitectura y Urbanismo.

15. Arribados así principalmente por vía norteamericana, aunque sus representantes fueran maestros europeos como Rotival o Sert, la *regional planning* y el funcionalismo de CIAM —el cual había concedido gran importancia a la región en los párrafos de apertura de la Carta de Atenas⁹¹— siguieron amalgamando diversas influencias metodológicas de la emergente planificación. Con variantes que iban desde lo económico y social hasta lo regional y sistémico, esas *mainstreams* se fueron combinando de diferente manera en los aparatos institucionales latinoamericanos, los cuales se ampliaban de la escala local a la nacional. Pareciera que en este continente se concretaba la institucionalización experimentada por CIAM tras la Segunda Guerra Mundial, la cual, según recuerda Gomes, lo había hecho pasar de liderar la vanguardia a representar el «sistema».⁹²

Sin embargo, cabe también una interpretación en sentido inverso, por decir así, la cual queda ilustrada en el significativo caso de México, donde el término «planeación» fue utilizado desde temprano, como hemos visto, pero con una connotación similar a la del urbanismo en otros países. En ese contexto fueron manifiestas las ya señaladas diferencias iniciales entre los CIAM y los Ihtpc: el primero representado por el «funcionalismo socialista» ligado todavía al urbanismo local, mientras que el segundo, liderado por Contreras, se abocó a la planificación urbana y regional. Puede decirse que a la postre terminó prevaleciendo la tendencia integradora del segundo grupo, fortalecida por la coincidencia de términos en torno a *planeamiento* en diferentes idiomas; ayudó además la integradora presencia de figuras como Raymond Unwin (1863-1940) en el primer CIAM, quien eventualmente devino presidente de los Ihtpc. Influida por el premonitorio liderazgo de Contreras y su revista *Planificación*, esa evolución terminológica quedó posteriormente ilustrada en el medio azteca, tal como lo resume Sánchez Ruiz:

... en el caso de México, las diferencias por el uso de los vocablos planificación y urbanismo aparecieron al patentizarse ámbitos de acción, ya que urbanismo se empezó a circunscribir como lo aplicado

America, 1940s-1960s», *Planning Perspectives*, Vol. 31, No. 1, enero 2016, pp. 31-53.

⁹¹ Le Corbusier, *La Charte d'Athènes*, pp. 19-29. Recordar en este sentido el primer postulado citado en el epígrafe de esta sección: «La ville n'est qu'une partie d'un ensemble économique, social et politique constituant la région».

⁹² M. A. de F. Gomes, «Cultura urbanística e contribuição modernista. Brasil, anos 1930-1960», p. 19.

a las ciudades, y planificación —que en Contreras abarcaba ciudades, regiones y país— con un manejo ya más político e ideológico entre quienes ejercían las ciencias sociales, sobre todo, a partir de las experiencias en la Unión Soviética, cuando empezó a ligarse el concepto de planificación con el manejo de la economía.⁹³

Aunque quizá la evolución haya sido inversa en otros países menos ligados a los Ihtpc y donde la influencia de CIAM fue más intensa, como se trató de señalar anteriormente, lo importante es que a la postre se produjo una unificación terminológica, donde los matices tendieron a seguir la unificación señalada para el caso mexicano. Y en este sentido, resulta interesante sobre todo enfatizar que la planificación pasó a estar asociada no solo con nuevas técnicas y ámbitos, sino también definida por su relación con metas y objetivos políticos, económicos y sociales.⁹⁴

16. En ocasión de celebrar el Día Mundial del Urbanismo en la Universidad de Córdoba, a comienzos de los años sesenta, el profesor Luis A. Rébora (1919-2010) resumió de manera algo simplista pero correcta esa mudanza interdisciplinar y de ámbitos de actuación que acaba de ser comentada: «Hemos visto así cómo del arte urbano intuitivo de los primeros tiempos se pasó al Urbanismo científico, y de este paulatinamente al planeamiento (...). Comenzamos planeando la ciudad y esta nos llevó a su área circundante y de ahí a la región y a la nación entera donde la ciudad no es más que un punto de interés concentrado».⁹⁵ Más allá de esa transformación profesional y territorial conducente a la postre a la noción de *ordenamiento*, algunos de los colegas de Rébora veían en ese proceso un cambio de modelos culturales en Latinoamérica, la cual se había hecho más dependiente del mundo anglosajón en la segunda posguerra.⁹⁶

En tal sentido, esas distinciones y mudanzas fueron reconocidas pero criticadas a la vez, desde una perspectiva epistemológica así como histórica, por el peruano Emilio Harth-terré (1899-1983) y el argentino

⁹³ G. Sánchez Ruiz, *Planeación moderna de ciudades*, pp. 267-268.

⁹⁴ Tal como lo ha estudiado, para el eje anglo-americano, N. Taylor, *Urban Planning Theory since 1945*, pp. 59-74.

⁹⁵ Luis A. Rébora, «Enfoque panorámico», en AA. VV., *Planeamiento: cinco enfoques*. Córdoba: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de Córdoba, 1963, pp. 9-21, 18.

⁹⁶ Con respecto a la noción de ordenamiento en tanto denominación ulterior de la disciplina, remito a mi artículo A. Almandoz, «Consideraciones conceptuales sobre el Urbanismo», pp. 626-627, 632-633.

Patricio Randle; ellos participaron de aquella mudanza del joven urbanismo continental y la pusieron más tarde en perspectiva geopolítica. En su libro *Filosofía en el Urbanismo* (1961), el primero se pronunció abiertamente por este término, correspondiente a «la ciencia de la ciudad», mientras que la «sobreevaluación del vocablo *planificación*», consecuencia de la creciente admiración por lo anglosajón en las universidades latinoamericanas, habría llevado a la «secuela desmedrada del neologismo *planeamiento urbano*»; este había desplazado innecesariamente al «purísimo y expresivo» término que, para el arquitecto peruano, el idioma español seguía ofreciendo en su voz *urbanismo*.⁹⁷

Años más tarde, partiendo más bien de la premisa de que en español ambos términos, «urbanismo» y «planeamiento», eran aceptables, en su obra *Qué es el Urbanismo* (1968), Randle no los vio empero como sinónimos, atribuyéndole un matiz histórico y conceptual a cada uno. Por ser siempre «destinatarios de influencias tan diversas», los latinoamericanos habríamos adoptado «urbanismo» debido a que «fueron francesas las corrientes que rigieron el despertar de esta actividad»; el «planeamiento urbano» se habría impuesto después de la Segunda Guerra Mundial a través de la «influencia inglesa», con la que probablemente se refería el autor más bien al influjo anglosajón llegado a Latinoamérica desde Estados Unidos. Pero Randle fue más allá de la mera sucesión de términos, al tratar de zanjar la «distinción bizantina» que le intrigaba, atreviéndose a la siguiente diferenciación conceptual entre «urbanismo» y «planeamiento urbano»:

... se trataría de dos conceptos diversos y sucesivos teniendo como punto de partida el urbanismo en su acepción más próxima a la estética edilicia, a la obra pública edilicia y a la provisión de los servicios urbanos, conforme a los primeros tratados de fines del siglo anterior y comienzos de éste. Luego, en cambio, a la vez que se perfecciona la teoría y la práctica, surgiría como una nueva tarea la del *planeamiento urbano*, en la que el lado estético era sólo una consecuencia de otras preocupaciones más integrales y científicas tales como el uso del suelo y la circulación.⁹⁸

Puede decirse que estas obras de Randle y Harth-terré, tomadas aquí solo en tanto ejemplos, lograron poner en perspectiva epistemológica e

⁹⁷ Emilio Harth-terré, *Filosofía en el Urbanismo*. Lima: Editorial Tierra y Arte, 1961, pp. 64, 124-126.

⁹⁸ Patricio Randle, *Qué es el Urbanismo*. Buenos Aires: Editorial Columba, 1968, p. 22.

historiográfica la aparente moda de sustituir urbanismo por planificación; tal sustitución reflejaba empero cambios más estructurales de la disciplina, en el marco geopolítico del modernismo y el desarrollismo en Latinoamérica. Tal como lo enfatizara Harth-terré, si la mudanza terminológica tenía mucho que ver con el orden de difusión de los vocablos en español y portugués, se hacía eco a la vez del desplazamiento en los polos de la modernidad técnica, de Europa a Estados Unidos, en la América Latina de posguerra, al tiempo que espejaba la ampliación de los ámbitos epistemológicos disciplinares, de ciudad a región.

NARRATIVA DE LA TRANSICIÓN RURAL-URBANA⁹⁹

Aquí en cambio no sentirás sino ese color amarillo y acedo que parece destilar por todas partes. Y es que éste es un pueblo desdichado; untado todo de desdicha.

JUAN RULFO, *Pedro Páramo* (1955)

Has venido a dar conmigo, sin saberlo, a esta meseta de joyas fúnebres. Aquí vivimos, en las calles se cruzan nuestros olores, de sudor y pachulí, de ladrillo nuevo y gas subterráneo, nuestras carnes ociosas y tensas, jamás nuestras miradas...

CARLOS FUENTES, *La región más transparente* (1957)

17. No todos los registros de la elusiva modernización provinieron de disciplinas especializadas como el urbanismo, la planificación y las ciencias sociales de la ciudad. En consonancia con la transición demográfica y la urbanización de la segunda posguerra, buena parte de la narrativa latinoamericana continuaría poblando y coloreando ese proceso de cambios sociales y culturales con una literatura que transitó múltiples perspectivas y estilos. El atraso provinciano tornaríase drama de endemias y pestes, desolación y muerte en los fantasmagóricos pueblos de ulteriores obras devenidas epónimas: el Ortiz de *Casas muertas* (1954), del venezolano Miguel Otero Silva (1908-85), y el Comala de *Pedro Páramo* (1955), del mexicano Juan Rulfo (1917-86). «Aquí en cambio no sentirás sino ese color amarillo y acedo que parece destilar

⁹⁹ Pasajes de esta sección fueron incluidos en mi conferencia «Sobre la literatura urbana de la Latinoamérica republicana...». La conferencia se apoyaba en el ya mencionado artículo de A. Almandoz, «Sobre el imaginario urbano de la Latinoamérica republicana, 1830-1950».

por todas partes. Y es que éste es un pueblo desdichado; untado todo de desdicha», dice Bartolomé San Juan a la hija que intenta regresar a los esperpentos de Comala, en la novela de Rulfo, emblema del abandono y la desolación rurales.¹⁰⁰

En la novela de Otero Silva están los jornaleros que abandonan los pueblos palúdicos para adentrarse en los nuevos campos petroleros venezolanos; el espectral deterioro de Ortiz deviene símbolo de los villorrios diezmados por plagas y enfermedades tropicales, lo que le permite figurar como ejemplo continental del derrumbamiento de la provincia latinoamericana.¹⁰¹ Desde el inicio mismo de la novela, Ortiz era ya «aquella aldea de muertos», a cuyos habitantes no les quedaba sino «la resignada espera del acabamiento»; tiempos de «desintegración de aquellos caseríos llaneros», sobrellevados por párrocos que solo administraban extremaunciones y recitaban hasta siete *de profundis* al día en los cementerios.¹⁰² En un como enterramiento de la fenecida Venezuela agraria, después de la muerte de su prometido Sebastián, postrero ejemplo del brioso mocetón llanero, la heroína rural de Otero Silva decide sumarse a aquellos tropeles de migrantes extraños, quienes con frecuencia paraban en Ortiz en vía hacia los precipitados campamentos y las ciudades del oro negro.

Carmen Rosa se asomó muchas veces a la puerta de la escuela para verlos pasar. Iban en automóviles andrajosos, inverosímiles... Atravesaban aquel pueblo derrumbado, hablando a gritos, cantando retazos de canciones tabernarias, escupiendo salivazos oscuros de nicotina. Eran hombres de todas las vetas venezolanas, mulatos y negros, indios y blancos...

Venían de las más diversas regiones, de las aldeas andinas, de las haciendas de Carabobo y Aragua, de los arrabales de Caracas, de los pueblos pesqueros del litoral... Todos iban en busca del petróleo que había aparecido en Oriente, sangre pujante y negra que manaba de las sabanas, mucho más allá de aquellos pueblos en escombros que ahora cruzaban, de aquel ganado flaco, de aquellas siembras miserables. El petróleo era estridencia de máquinas, comida de potes,

¹⁰⁰ Juan Rulfo, *Pedro Páramo* (1955). México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 107.

¹⁰¹ Junto a otros ejemplos como *Yawar fiesta*, así es referida por J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 322-324.

¹⁰² Miguel Otero Silva, *Casas muertas* (1955). Barcelona: Círculo de Lectores, 1974, pp. 6, 21, 44.

dinero, aguardiente, otra cosa. A unos los movía la esperanza, a otros la codicia, a los más la necesidad.¹⁰³

Los flujos migratorios de países como Perú o regiones como Bahía, con la contrastante y feble modernización conllevada por la dinámica urbanizadora, pueden seguirse en la ya mencionada *Yawar fiesta* (1941) de José María Arguedas (1911-69), así como en las famosas *Gabriela, cravo e canela* (1958) y *Tereza Batista, cansada de guerra* (1973), ambas de Jorge Amado (1912-2001); en estas la Bahía brasileña, aunque asolada todavía por las pestes y el atraso, experimentaba cierta modernización que no alcanzaba empero a todos los sectores sociales. No solo a través de quienes la abandonan para migrar a regiones más prósperas, como otra expoliación de la provincia aparece el trueque inicuo entre esta y Lima en *Yawar fiesta*, a lo largo de carreteras polvorientas por donde iban a la capital las materias primas para fornecer la diversión y el consumo inanes, mientras regresaban de aquella, como sobras de un festín, los enseres y adminículos de un progreso menguado:

Para Lima arreaban los principales, los cientos de novillos que hacían engordar en los alfalfares de la quebrada; para Lima eran los quintales de lana que los vecinos juntaban en las punas, a látigo y bala; para Lima eran las piaras de mulas que salían de las minas de Papacha don Cristian. De Lima llegaban las ruedas de cigarros finos y ordinarios que colgaban de todos los mostradores de las tiendas; de Lima llegaban las telas que llenaban los armarios de los comerciantes; de Lima venían las ollas de fierro, el azúcar, los jarros y los platos de porcelana, las botellas, las cintas de color, los confites, la dinamita, los fósforos...¹⁰⁴

18. Heredera del costumbrismo y criollismo de entre siglos, la narrativa de la explotación económica y de la aniquilación de la cultura aldeana, cuya idealizada comunidad sucumbía a los demoleedores mecanismos de la actividad industrial —con tempranos ejemplos como *Los parientes ricos* (1903) e *Historia vulgar* (1904), del mexicano Rafael Delgado (1853-1914)—, tornaría bastión del nacionalismo que, como se ha visto, informaba proyectos estatales o partidistas en la Latinoamérica

¹⁰³ *Ibid.*, pp. 146-147. Con respecto a la migración propiciada por el petróleo en la novelística y el ensayo venezolanos, véase A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. II, pp. 19-36.

¹⁰⁴ J. M. Arguedas, *Yawar fiesta*, pp. 66-67.

del segundo tercio del siglo XX.¹⁰⁵ Registrando la urbanización difundida entre pueblos y comarcas, como también lo hacían la sociología y la antropología por las que estuviera influenciada, esa novelística entre «proletaria» e «indigenista»,¹⁰⁶ denunciante de las condiciones de explotación de recursos locales, sobre todo por parte de compañías yanquis, tendría varios exponentes en la narrativa hispanoamericana. Entre ellos se cuentan *El tungsteno* (1931) y *La serpiente de oro* (1935), de los peruanos César Vallejo (1892-1938) y Ciro Alegría (1909-67), junto a *Hombres de maíz* (1949), *Viento fuerte* (1950) y *El Papa verde* (1954), del guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1899-1974).

A través de un simbolismo bastante claro, la empresa que da nombre a la novela de Alegría se materializa como ofidio que muerde al ingeniero, «serpiente amarilla, delgada y ágil, que ha saltado al higuérón y se va entre los árboles, pasando rápidamente de una rama a otra, perdiéndose en la espesura»; es una fugaz «cinta de oro» que deja a su víctima chicoteada por la «víbora de la desesperación» ante la muerte, «de venir a terminar así, ignorado y solo, en un mundo miserable y salvaje...».¹⁰⁷ Es el mundo agreste y primitivo extensible hasta Santa Cruz de las Cruces, donde laboran y purgan los indios de Asturias su atávica existencia rutinaria, a pesar de romerías ocasionales e incursiones en ciudades vecinas.¹⁰⁸ El «brujo de Guatemala», como lo llamara Uslar Pietri rememorando los años compartidos con aquel en el París vanguardista, logró así actualizar y poner los antiguos mitos del *Popol Vuh* al servicio de la novela neoindigenista y moderna.¹⁰⁹

¹⁰⁵ Ese parentesco con el criollismo y costumbrismo de entre siglos fue establecido por J. L. Romero, «Campo y ciudad: las tensiones entre dos ideologías», pp. 367-368: «La ideología rural amalgamó sus dos variantes —señorial y popular— en una proyección del criollismo que adoptó las formas de un nacionalismo radical e intransigente. Nacionalistas se llamaron los que se opusieron al liberalismo cosmopolita que predominaba en las ciudades, y a partir de allí más que como una ideología específicamente rural, el nacionalismo se manifestó, simplemente, como una ideología antiurbana en cuanto las ciudades parecían centros abiertos a todas las influencias y disociadores del sentimiento nacional. Les fue necesario a los nacionalistas definir con alguna precisión en qué consistía su nacionalismo».

¹⁰⁶ Tomo las denominaciones, así como algunos ejemplos, de J. S. Brushwood, *La novela hispanoamericana del siglo XX...*, pp. 91-92, 185-186.

¹⁰⁷ Ciro Alegría, *La serpiente de oro* (1935). Lima: Ediciones Nuevo Mundo, 1960, pp. 144-145.

¹⁰⁸ Miguel Ángel Asturias, *Hombres de maíz* (1949). Madrid: Alianza, 1972, pp. 132, 254.

¹⁰⁹ Arturo Uslar Pietri, «El brujo de Guatemala», en *Fantasmas de dos mundos*. Barcelona: Seix Barral, 1979, pp. 11-30; Í. Tedesco, *Urdimbre estética, social e*

También cuajada de simbolismo y alegorías, una variante de esta penetración provinciana por la vorágine económica se encuentra en la novelística del petróleo en Venezuela. Esta registró, por un lado, las mutaciones de poblados tradicionales mercantilizados por el «oro negro», tal como lo hizo Ramón Díaz Sánchez (1903-68) en *Mene* (1936), entre otros ejemplos; por otro lado, reportó la atropellada urbanización de campamentos petroleros en *Cassandra* (1957), del mismo autor, así como en *Oficina No. 1* (1961), del ya mencionado Otero Silva.¹¹⁰ Acaso como ninguna otra migración de la novelística venezolana, la partida de Carmen Rosa —protagonista de la saga narrada por el periodista y novelista a partir de *Casas muertas*— simboliza el abandono de la Venezuela rural, agonizante en las estadísticas económicas y demográficas; «símbolo (más que retrato)», dice Carlos Pacheco, «del agotamiento de un estadio en la vida del país», que parece sellar el «talante fúnebre» de la novela toda.¹¹¹ Sobre la continuidad permitida por el mismo personaje-estructura de Carmen Rosa, Otero Silva reportaría en *Oficina No. 1*, por contraste, la improvisada emergencia del campamento petrolero en el oriente venezolano. Como apuntara Orlando Araujo para reforzar la continuidad del proceso urbano descrito en ambas obras, así como su diferencia con respecto a la geografía bucólica de la novela criollista, *Casas muertas* y *Oficina No. 1* son novelas «sobre muerte y nacimiento de pueblos», siendo sus verdaderos protagonistas «comunidades enteras que viven y mueren como personajes de una vasta epopeya: la epopeya de un país que muda la piel como las serpientes, un ‘país portátil’, como dirá más tarde otro novelista».¹¹² Es una sentencia y un simbolismo predicables de los pueblos fantasmas y las provincias preteridas de muchas comarcas latinoamericanas, cuya galería de personajes espectrales poblaría la literatura latinoamericana hasta el realismo mágico epitomado en el Macondo de Gabriel García Márquez (1927-2014).

ideológica del indigenismo en América Latina, pp. 236-240.

¹¹⁰ Véase en este sentido Gustavo Luis Carrera, *La novela del petróleo en Venezuela*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1972; A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. II, pp. 27-36, de donde tomo pasajes.

¹¹¹ Carlos Pacheco, «*Casas muertas*: la escritura desde el espacio agónico», en *La patria y el parricidio. Estudios y ensayos críticos sobre la historia y la escritura en la narrativa venezolana*. Mérida: Ediciones el Otro, el Mismo, 2001, pp. 167-176, 167, 174.

¹¹² Orlando Araujo, *Narrativa venezolana contemporánea* (1972). Caracas: Monte Ávila, 1988, p. 138. El novelista aludido es Adriano González León, con su obra *País portátil* (1968).

19. Escritas desde una perspectiva metropolitana de modernidad frágil y desigual, reflejo del desarrollo que se tornaba huidizo y costoso para nuestros países al promediar el siglo XX, otras narrativas registrarían las especies y vicisitudes de la transición urbana y la masificación latinoamericana. Enfrentados a los dramas existenciales de urbes alienantes y complejas, diferentes sectores de la masa asomaron su conflictiva naturaleza y rutina en las que han sido catalogadas como «novelas existenciales»; están centradas en la vida del hombre en esa ciudad latinoamericana trocada en metrópoli contrastante, la cual con frecuencia permaneció como bastidor de las tramas. Entre esas innumerables obras destacan, por su inmediatez urbana, *El pozo* (1939), *La vida breve* (1950) y *Los adioses* (1954), del uruguayo Juan Carlos Onetti (1909-94); *El túnel* (1948) y *Sobre héroes y tumbas* (1961), del argentino Ernesto Sábato (1911-2011); *El acoso* (1957), de Alejo Carpentier (1904-80); *El falso cuaderno de Narciso Espejo* (1952) y *Los pequeños seres* (1959), de los venezolanos Guillermo Meneses (1911-78) y Salvador Garmendia (1928-2001), respectivamente.¹¹³ La rutinaria y despersonalizada vida urbana de esas novelas parece encapsular a sus ensimismados personajes a lo largo de un túnel «oscuro y solitario», reconocido como propio por el sujeto de Sábato al final del itinerario de desencuentros a través del Buenos Aires existencial: «el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida».¹¹⁴

En vez de centrarse en las cuitas y angustias de personajes individuales, una otra tendencia de la novela urbana busca abarcar la metrópoli como gran estructura social, económica y espacialmente heterogénea, a la manera como fuera tipificada por la sociología urbana coetánea, de Louis Wirth (1897-1952) a David Riesman (1909-2002).¹¹⁵ Heredera de clásicos narrativos que, influidos también por las técnicas periodísticas y cinematográficas, tempranamente captaron ese vasto fresco metropolitano —como el *Ulysses* (1922) de James Joyce (1882-1941) y *Manhattan Transfer* (1925) de John Dos Passos (1896-1970)—,

¹¹³ Me apoyo en la catalogación y ejemplos de María Elena D'Alessandro, *La novela urbana en Latinoamérica durante los años 1945 a 1959*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), 1992, pp. 63-64.

¹¹⁴ Ernesto Sábato, *El túnel* (1948). Buenos Aires: Planeta Bolsillo, 1999, p. 150.

¹¹⁵ Véanse las obras más representativas de ambos autores: Louis Wirth, «Urbanism as a way of life» (1938), en Richard Sennett (ed.), *Classic Essays on the Culture of Cities*, pp.143-63; David Riesman y otros, *La muchedumbre solitaria* (1950). Barcelona y Buenos Aires: Paidós, 1981.

el entrecruzamiento de múltiples personajes, episodios y locaciones coexistentes en la urbe azteca puede verse en el magistral mural que, como emulando a sus coterráneos pintores, el mexicano Carlos Fuentes (1928-2012) trazara en *La región más transparente* (1957). También en La Habana de nocturnidad, modernidad y revolución recorrida por Guillermo Cabrera Infante (1929-2005) en *Tres tristes tigres* (1964-67); o en la Piura prostibularia de *La casa verde* (1966), de Mario Vargas Llosa (1936-).¹¹⁶ Con algo del juego caleidoscópico de esta última, la complejidad metropolitana se cuela asimismo en la pensión bonaerense que Marco Denevi (1922-98) reprodujo, empleando la técnica de la novela detectivesca, en *Rosaura a las diez* (1955); o en el pequeño mundo burocrático del Montevideo de *La tregua* (1960), de Mario Benedetti (1920-2009), poblado «de los hombres a horario, los que entran a las ocho y media y salen a las doce, los que regresan a las dos y media y se van definitivamente a las siete».¹¹⁷ Con toques más proustianos, mediante los sirvientes inmigrados de provincia o las jóvenes familias que vienen de visita dominical desde sus «civilizados departamentos», también José Donoso (1924-96), en *Coronación* (1957) y *Este domingo* (1966), hizo llegar la variedad de los barrios y suburbios hasta las aburguesadas casonas de los abuelos, enclaves de «permanencia y solidez» a merced de las voraces hidras de Santiago y Valparaíso.¹¹⁸

Como ha señalado Sergio Ramírez a propósito del clásico de Fuentes, la así llamada «novela urbana» parecía estar en contraste con la rural, «pero en verdad no hacía sino juntar las dos realidades, y aun tres, la urbana, la rural y la provinciana, en un solo mosaico de voces y escenarios».¹¹⁹ Y mucha de esa alteridad resuena hasta el final mismo de *La región más transparente*:

Has venido a dar conmigo, sin saberlo, a esta meseta de joyas fúnebres. Aquí vivimos, en las calles se cruzan nuestros olores, de sudor y pachulí, de ladrillo nuevo y gas subterráneo, nuestras carnes

¹¹⁶ He tratado de establecer esta genealogía en A. Almandoz, *Ciudad y literatura en la primera industrialización...*, pp. 63-71; con respecto al entrecruzamiento de técnicas representativas entre los diferentes discursos urbanos, véase también, por ejemplo, el clásico estudio de A. Sutcliffe (ed.), *Metropolis 1890-1940*.

¹¹⁷ Mario Benedetti, *La tregua* (1960), ed. Eduardo Nogareda. Madrid: Cátedra, 1991, p. 86.

¹¹⁸ José Donoso, *Coronación* (1957). Santiago de Chile: Alfaguara, 1995, pp. 117-118, 136-137, por ejemplo; *Este domingo* (1966). Santiago de Chile: Alfaguara, 1995, p. 15.

¹¹⁹ Sergio Ramírez, «Fuentes de la imaginación crítica», *El Nacional*, Caracas: noviembre 2, 2008, p. Siete días 6.

ociosas y tensas, jamás nuestras miradas. Jamás nos hemos hincado juntos, tú y yo, a recibir la misma hostia; desgarrados juntos, creados juntos, sólo morimos para nosotros, aislados. Aquí caímos, qué le vamos a hacer. Aguantarnos, mano.¹²⁰

Este fragmento del último soliloquio de Ixca Cienfuegos, uno de los «guardianes» con los que Fuentes resguarda la unidad y continuidad milenarias a través de la inconmensurable diversidad de la urbe azteca, acaso pueda predicarse de varias capitales latinoamericanas de mediados del siglo XX. La contrastante heterogeneidad, avivada por los inmigrantes campesinos y foráneos, quienes borrarían definitivamente los restos comunitarios de la villa colonial, así como lo hicieron otras oleadas con las grandes aldeas trocadas en ciudades burguesas; mezclados a través de esa «sinuosa modernidad latinoamericana» que, como ha señalado García Canclini, evidencia los «desajustes entre modernismo cultural y modernización social»;¹²¹ están todos entre los factores conducentes a una nueva fase de complejidad metropolitana en la segunda mitad del siglo XX. Trascendiendo las ciudades masificadas de Romero que nos han servido de dilatada categoría de cierre al arco de modernización pesquisado a lo largo de este ensayo, el imaginario de esta era informe de metrópolis estalladas y violentas sería elaborado por algunos de los autores ya mencionados, así como por nuevas voces del *boom* literario de los sesenta y las décadas siguientes.

¹²⁰ Carlos Fuentes, *La región más transparente* (1957). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 21.

¹²¹ N. García Canclini, *Culturas híbridas...*, pp. 72, 80.

CONCLUSIONES

1. Del fin de las grandes aldeas a las metrópolis masificadas, la unidad del período revisado en este ensayo puede ser confirmada a través de la relativa continuidad de cambios políticos y sociales en ciertos bloques latinoamericanos, a pesar de las revoluciones, las dictaduras y los quiebres constitucionales que, inexorablemente, hubieron de producirse en más de una centuria. Por más remotas que a comienzos del siglo XXI nos parezcan, las incipientes formas del liberalismo económico y conservadurismo político en la Latinoamérica decimonónica —condicionadas en buena medida por las inversiones e inmigración foráneas llegadas en grados diferentes a los territorios rotos de repúblicas que buscaban dejar de ser desiertos, según el designio alberdiano— estuvieron en la base de los diferentes tipos de Estado social emergentes a comienzos del XX. Si bien la ausencia de una burguesía industrialista y renovadora en el sentido europeo fue denunciada reiteradamente por intelectuales tan diversos como Justo Sierra, Francisco Bulnes y Sérgio Buarque de Holanda, puede decirse que las así llamadas ciudades burguesas latinoamericanas, sobre todo mediante la renovación urbana y las mejoras en higiene y vivienda, fueron escenarios primados, y exclusivos muchas veces, de la primera modernización ocurrida entre la década de 1870 y la Primera Guerra Mundial.

Comprendidas en la agenda importada de Europa por las élites criollas desde tempranos tiempos republicanos, las reformas que cambiaron la imagen de las grandes aldeas poscoloniales fueron parte del bagaje de progreso y civilización; en este sentido, representaciones e imaginarios penetrados por la antinomia de la Generación de la Joven Argentina deben necesariamente enmarcar la aproximación de la historia cultural urbana a este proceso. Como otra prueba de la continuidad e importancia de la modernización durante todo el período considerado, puede mirarse a instituciones, tipologías edilicias y distritos urbanos aparecidos durante las tempranas renovaciones de las ciudades burguesas, los cuales fueron manifestaciones conservadas hasta mediados del siglo XX. Así, por ejemplo, ocurrió con los ministerios de Obras Públicas resultantes de reformas administrativas en México y Chile, Venezuela y Argentina, los cuales acometieron la urbanización de los

vastos y fragmentados territorios de las jóvenes repúblicas. También los vocabularios arquitectónicos coloniales fueron remozados a la sazón, siguiendo un eclecticismo afrancesado prevaleciente hasta finales de la Bella Época, mientras la burguesía porteña y la carioca, por ejemplo, emigraban de los centros históricos tradicionales hacia los barrios al norte de Buenos Aires o la *cidade nova* allende los morros de Río de Janeiro.

Con la excepción de La Habana, donde la presencia colonial de España indujo la adopción de ensanches a la manera de Cerdá, entre otras influencias urbanísticas, en la mayoría de las capitales latinoamericanas fueron los *grands travaux* del París del Segundo Imperio la referencia tácita o explícita para gobernantes locales o nacionales. Prefigurados por el centralismo de Tacón y don Pedro II en las capitales cubana y brasileña, respectivamente, Torcuato de Alvear en Buenos Aires, Vicuña Mackenna en Santiago de Chile, Guzmán Blanco en Caracas y Pereira Passos en Río de Janeiro pueden ser vistos como variantes más o menos exitosas y semejantes de los Haussmanns criollos; en diferentes ámbitos del poder local o nacional, esos artífices configuraron los eclécticos escenarios de las ciudades burguesas latinoamericanas.

En el dominio literario, de *La gran aldea* de Lucio López a la galería narrativa de Machado de Assis, una suerte de costumbrismo romántico entreverado con el realismo y naturalismo reaccionó frente a esas europeizadas renovaciones promovidas por la burguesía y los gobiernos liberales, aceleradas en casos como Buenos Aires, Río y São Paulo por migraciones foráneas que modificaban las coloniales usanzas de capitales y provincias. Por su estrecha relación con los conflictos intestinos y los procesos de reducción de indígenas ocurrentes en países como Chile, Argentina y Brasil —manifestaciones a la vez de la sempiterna contraposición entre campo y ciudad—, el debate sarmientino sobre barbarie y civilización continuó resonando en la Latinoamérica finisecular, pero cuestionado a la sazón desde el *Martín Fierro* de Hernández hasta *Os sertões* de Euclides da Cunha. También el imaginario urbano se hizo presente, aunque fuera por contraposición, en obras de escenificación rural o provinciana y aparente tenor romántico o criollista, como *Lucía Jerez* de Martí o incluso *María* de Jorge Isaacs. Frente a esta literatura recelosa todavía de las extranjerizadas modas de la sociedad liberal, emergió un realismo de corte naturalista que bien registró la mutación de la metrópoli burguesa, con actitudes y diagnósticos diferentes; desde la xenofobia fustigante en *La bolsa* de Martel y *Música sentimental* de

Cambaceres, hasta el síndrome prostibular que atraviesa la *Juana Lucero* de D'Halmar y la *Santa* de Gamboa, como en alegorías entre balzacianas y zolianas del Santiago y del México finiseculares que mudaban de piel.

2. Si bien América Latina estuvo a la sombra económica y política del Coloso del Norte desde finales del siglo XIX, la conquista cultural e ideológica de aquella por Estados Unidos hubo de vencer reticencias y animadversiones hasta su consolidación con la Primera Guerra Mundial. Engendrados por reacción ante el materialismo del nuevo siglo, encarnado en el Calibán anglosajón, tanto el arielismo liderado por Rodó, como el modernismo de Darío y sus congéneres, fueron ensombrecidos por los preocupantes diagnósticos que —de Manuel Gálvez en la próspera Argentina aluvial, pasando por viajeros como Justo Sierra, hasta los positivistas venezolanos— se hacían de las repúblicas al sur del Río Bravo un siglo después de su independencia. No obstante esos balances sombríos, las corrientes intelectuales y los movimientos literarios de entre siglos fueron al mismo tiempo aportaciones propiamente hispanoamericanas al clima cultural y estético de la Bella Época, cuyos escenarios ostensibles siguieron siendo las capitales aprestadas a celebrar el Centenario republicano.

Liderada por las élites burguesas y gubernamentales del novecientos, la modernización centenaria vino en gran parte dada por el embellecimiento de las áreas centrales con magníficos edificios y parques, bulevares y alamedas; del paseo de La Reforma decorado por Adamo Boari y otros arquitectos del porfiriato en vísperas de la Revolución, pasando por la *cidade maravilhosa* de Pereira Passos, hasta las sucesivas renovaciones de la plaza y avenida de Mayo en el Buenos Aires de Carlos de Alvear. Epitomadas por los planes de transformación de Santiago —en cuyo discurso especializado despunta el urbanismo profesional del continente—, otras respuestas oficiales y privadas a las demandas sociales ampliaron la agenda urbana de las tres primeras décadas del siglo XX, especialmente en términos de reformas higiénicas, habitacionales y de circulación en centros históricos abarrotados de inmigrantes. Fueron completados esos capítulos por la expansión de suburbios donde moraba una burguesía cada vez más moderna y extranjerizada.

Ese fue el escenario, casi metropolitano ya, donde tuvieron lugar las primeras visitas de los urbanistas foráneos contratados por gobiernos locales y nacionales para hacer propuestas urbanas, que no todavía planes: de Joseph Bouvard en Buenos Aires y São Paulo, quien

trajera versiones ambivalentes de un arte urbano entre academicista y sitteano; hasta Barry Parker en la urbe paulista y otras ciudades brasileñas que buscaban expandirse, al igual que las mayores capitales latinoamericanas, mediante una comfortable ciudad jardín de múltiples advocaciones. Era una inédita modernización burguesa en consonancia con una emergente cultura urbana, que en guiño a un personaje de Oscar Wilde —símbolo de la alteridad entre el centro y el suburbio en el Londres finisecular— hemos denominado «bumburismo» de los Años Locos. De *Duque* en la Lima recreada por Diez Canseco; pasando por *La trepadora* e *Ifigenia* en la Caracas de Rómulo Gallegos y Teresa de la Parra; hasta *La chica del Crillón* en el Santiago de Edwards Bello, una pequeña pero significativa muestra de personajes y actitudes ilustra la emergencia de esa cultura urbana, motorizada y agringada, epílogo de la Bella Época latinoamericana.

3. Mientras el europeizado arielismo novecentista se agotaba entre la intelectualidad latinoamericana —desde Justo Sierra y José Vasconcelos en México a Jesús Semprún y Picón Salas en Venezuela—, se evidenciaban mutaciones en las grandes ciudades de los países iniciados en la transición demográfica, donde despuntaban metrópolis de inusitado mecanicismo social. Tal como las caracterizara José Luis Romero, esas «ciudades masificadas» resultaron en buena parte de la amalgama de inmigrantes campesinos y extranjeros, entreverados con sectores populares urbanos de diferente data, tanto obreros como de pequeña clase media venida a menos. Con variaciones según las escalas y los tiempos nacionales de los procesos de urbanización y masificación, el ensayo y la narrativa de las primeras décadas del siglo XX confirmaron esa dinámica hibridación entre diferentes estratos sociales: de los estudiantes e intelectuales emigrados a las capitales como Julianes Soreles criollos, acompañados de los *recienvenidos* a Buenos Aires, avecindados en las crónicas de Macedonio Fernández y Roberto Arlt; pasando por la novela de pensión en la Caracas de Miguel Otero Silva y los proletarios chilenos que atestan los conventillos de Nicomedes Guzmán; hasta las callampas de huasos y cholos buscando integrarse a Santiago o Lima en *El roto* de Edwards Bello o en *Yawar fiesta* de Arguedas.

Los cambios hacia esa «ciudad revolucionada», como prefirió llamarla Ángel Rama, no solo se dieron a través de una ensanchada participación de grupos no tradicionales en la «ciudad letrada» burguesa, sino también mediante una actitud más crítica de la heterogénea

intelectualidad hacia los ya vetustos cenáculos del modernismo, arielismo y otras corrientes de entre siglos. Del modernismo brasileño al muralismo mexicano, de las vanguardias sureñas a la novela indigenista, una panoplia de tendencias artísticas y literarias representó y analizó esa nueva ciudad revolucionada que, en el marco del emergente populismo y de una nueva matriz de ciencias sociales, conformó el clima político, social e intelectual donde emergiera el urbanismo como disciplina en Latinoamérica.

Las primeras reformas de las metrópolis mecanizadas se plasmaron en una agenda urbana de vivienda popular e infraestructura sanitaria y educacional, cuya cementación más temprana ocurrió quizá en el México de Vasconcelos y Bassols y en el Chile de Alessandri e Ibáñez. Al mismo tiempo, propelidos por la urbanización y masificación, tales componentes llevaron a la profesionalización e institucionalización del urbanismo y la planeación, proceso que también debe ser enmarcado en el contexto político y la emergencia de un Estado de bienestar con más orientación social, después de la Primera Guerra Mundial y el crac de 1929. Ya para entonces, el desarrollo industrial, la movilidad demográfica y la expansión urbana habían evidenciado, en las mayores metrópolis latinoamericanas, la urgencia de adoptar planes que fueron emprendidos por los gobiernos locales apoyados en expertos foráneos y nuevas generaciones de profesionales criollos. Entre estos últimos se contaron especialistas de primer orden estudiados en las escuelas locales o en Estados Unidos y Europa, como el brasileño Francisco Prestes Maia, el mexicano Carlos Contreras y el argentino Carlos della Paolera, quienes lideraron las respectivas oficinas locales así como las nuevas publicaciones urbanísticas. Pero también se persistió en contratar expertos extranjeros que parecían necesarios para fecundar y apadrinar los medios profesionales locales, aunque estos estuviesen ya maduros. En parte como muestra del colonialismo cultural en la Latinoamérica de entreguerras, el ciclo de los padrinos europeos —del academicismo de la EFU, pasando por el modernismo de Le Corbusier, hasta el *Städtebau* racionalista de Hegemann y Brunner— sirvió no solo para dar forma a varios de los primeros planes urbanos —aunque la mayoría quedara como manifiestos—, sino también para consolidar el urbanismo en los medios académicos y profesionales de los respectivos países.

4. Según la entusiasta visión de la sociología funcionalista predominante en Latinoamérica durante la segunda posguerra, la ecuación entre

industrialización, urbanización y modernización —para utilizar el paradigma vigente hasta mediados de los años sesenta— era una suerte de secuencia causal derivada de exitosos casos de países industrializados y urbanizados a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX. Esa ecuación modernizadora se apoyaba, en gran medida, en las coetáneas teorías del desarrollo económico, en especial la de Walt Whitman Rostow, las cuales daban gran peso a la industrialización, el crecimiento de la inversión y la estabilidad política dentro de la secuencia. Para mediados de la década de 1960, algunos países latinoamericanos eran vistos por el profesor estadounidense y otros economistas como ejemplos que habían iniciado el *take-off* o despegue al desarrollo. Ese clima modernizador estaba penetrado de un nacionalismo económico y político, compartido de manera heterodoxa por regímenes estatistas y liberales, democráticos y dictatoriales; desde el populismo autocrático de Cárdenas en México, Perón en Argentina y Vargas en Brasil, hasta el progresismo dictatorial de Batista en Cuba y Pérez Jiménez en Venezuela.

En consonancia con ese desarrollismo de posguerra, una concepción multisectorial y funcionalista de la disciplina se consolidaría después de la Segunda Guerra Mundial. Entonces el modernismo de los CIAM proveyó el sustrato teórico y práctico para el tránsito de urbanismo a planificación, así como del academicismo al funcionalismo, nuevamente bajo la égida de luminarias extranjeras: Le Corbusier, Meyer, Sert, Wiener, Violich, Moses y el segundo Rotival, entre otros miembros de una red internacional de consultores. Al igual que en el caso de sus predecesores, tales visitantes no fueron estrictamente necesarios desde el punto de vista profesional, aunque es innegable que también ayudaron a consolidar la creciente plataforma de planificación, sobre todo a escala regional y nacional. Llegado principalmente por vía norteamericana, el funcionalismo de CIAM amalgamó diversas influencias metodológicas del *planning* emergente, con variantes que iban desde lo económico y social, hasta lo regional y sistémico, las cuales se fueron adicionando de diferente modo a los aparatos de planificación latinoamericanos. Tal mutación disciplinar se correspondió con un desplazamiento geopolítico, técnico y cultural de los polos de modernidad de la segunda posguerra, de Europa a Estados Unidos, como también ocurría en otros dominios técnicos, militares y culturales de los aparatos gubernamentales.

Mientras tanto, en consonancia con la transición demográfica y la urbanización del segundo tercio del siglo XX, buena parte de la narrativa latinoamericana continuaría poblando y coloreando el proceso de

cambios sociales y culturales con una literatura que atravesó múltiples perspectivas y estilos. Por un lado, el atraso provinciano se tornaría drama de epidemias y pestes, desolación y muerte en los fantasmagóricos pueblos de obras emblemáticas como *Pedro Páramo*, del mexicano Rulfo, y *Casas muertas*, del venezolano Otero Silva. Por otro lado, catalogando la urbanización esparcida entre pueblos y comarcas, como también lo hacían la sociología y la antropología por las que estuviera influenciada, una novelística de corte indigenista denunciaba condiciones de explotación de recursos locales por compañías foráneas, tal como lo hicieran, entre otros, los peruanos César Vallejo y Ciro Alegría, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias y el venezolano Ramón Díaz Sánchez.

Otras narrativas registraron los avatares de la dilatada masificación latinoamericana: diferentes sectores de esa masa confrontaron sus naturalezas y rutinas en las así llamadas novelas existenciales, centradas en la vida del hombre en esa ciudad criolla trocada en metrópoli contrastante. Esta con frecuencia permaneció como telón de fondo, por ejemplo, en novelas del uruguayo Juan Carlos Onetti y del argentino Ernesto Sábato, del cubano Alejo Carpentier y de los venezolanos Guillermo Meneses y Salvador Garmendia. En vez de centrarse en las vicisitudes y angustias de personajes individuales, otra tendencia de la novela urbana buscó abarcar la metrópoli en tanto heterogéneo conglomerado social, económico y espacial. Como clásico de esta variante, el entrecruzamiento de múltiples personajes, episodios y locaciones coexistentes en la urbe azteca puede verse en el vasto mural ensamblado por Carlos Fuentes en *La región más transparente*; o en La Habana nocturna y pecaminosa ofrecida por Cabrera Infante en *Tres tristes tigres*. De manera más caleidoscópica, la complejidad metropolitana se refracta en obras donde ámbitos privados interactúan con los públicos de la metrópoli en expansión, bien sea en la pensión porteña recreada por Denevi en *Rosaura a las diez*, o en las oficinas montevidéanas de *La tregua* de Benedetti. También se cuele esa complejidad en las grandes casonas familiares que ambientan algunas narraciones de Donoso, donde coexisten ecos y reminiscencias de las grandes aldeas y ciudades burguesas chilenas, con personajes y situaciones sacados de la metrópoli masificada. Todas esas novelas son trasuntos literarios del centenario arco de cambios sociales y urbanos de Latinoamérica que este ensayo ha querido bosquejar.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

- AA. VV. *Documentos que hicieron historia. Siglo y medio de vida republicana 1810-1961*. 2 ts. Caracas: Presidencia de la República, 1962.
- Agache, Donat Alfred. *Cidade do Rio de Janeiro, extensão, remodelação, embelezamento*. Traducido por Francesca de Souza. París: Foyer Brésilien, 1930.
- . *La rémodelation d'une capitale*. 2 vols. París: Société Coopérative d'Architectes, 1932.
- Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852). Buenos Aires: Losada, 2008.
- Alegría, Ciro. «Prólogo» (1948) a *El mundo es ancho y ajeno* (1941), 7-19. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1955.
- . *La serpiente de oro* (1935). Lima: Ediciones Nuevo Mundo, 1960.
- Amado, Jorge. *Gabriela, cravo e canela. Crônica de uma cidade do interior* (1958). Río de Janeiro: Record, 1993.
- . *Teresa Batista, cansada de guerra* (1973). Buenos Aires: Losada, 1981.
- Andrade, Oswald de. *Obra escogida*. Selección y prólogo Haroldo de Campos. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981.
- . *Pau-Brasil. Obras completas*. São Paulo: Editora Globo, 1990.
- Arcaya, Pedro Manuel. *Estudios de sociología venezolana*. Madrid: Editorial América, 1914.
- . *The Gómez Regime in Venezuela and its Background*. Washington: 1936.
- Arguedas, José María. *Yawar fiesta* (1941). Buenos Aires: Losada, 1974.
- Aristiguieta Montero, Rafael. *La administración Alcántara*. Caracas: Imprenta de vapor de «La Opinión Nacional», 1879.
- Arlt, Roberto. *Aguafuertes porteñas* (1933). Buenos Aires: E. Santiago Rueda Editor, 2005.
- Asturias, Miguel Ángel. *El señor presidente* (1946). Buenos Aires: Losada, 1978.
- . *Hombres de maíz* (1949). Madrid: Alianza, 1972.
- Azuela, Mariano. *Los de abajo. Novela de la revolución mexicana* (1915). Lima: Ediciones Nuevo Mundo, 1960.
- Bardet, Gaston. «Vingt ans d'urbanisme appliqué». *L'Architecture d'aujourd'hui* 3 (1939): III-2-3.
- Baudelaire, Charles. *Le spleen de Paris. Petits poèmes en prose* (1869). Editado por Yves Florenne. París: Le Livre de Poche, 1984.
- Bell, Purl Lord. *Venezuela, a Commercial and Industrial Handbook. With a Chapter on the Dutch West Indies*. Washington: Department of Commerce, Government Printing Office, 1922.

- Benedetti, Mario. *La tregua* (1960). Editado por Eduardo Nogareda. Madrid: Cátedra, 1991.
- Benjamin, Walter. *Reflections. Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*. Editado por Peter Demetz. Traducido por E. Jephcott. Nueva York: Schocken Books, 1986.
- Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas. Novela de costumbres político-sociales* (1862). Prólogo, notas y cronología por Jaime Concha. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Bolet Peraza, Nicanor (Abdul Azis, pseud.). *Artículos de costumbres y literarios*. Barcelona: Araluce, 1931.
- Briceño Iragorry, Mario. *Los Riberas* (1952). Caracas: Monte Ávila, 1991.
- Brunner, Karl H. «Conceptos urbanísticos de Santiago». Conferencia inaugural, Seminario de Urbanismo, Universidad de Chile, 6 de mayo de 1930. *Anales de la Universidad de Chile* 8, trimestre 2 (1930): 873-906.
- . *Manual de Urbanismo*. 2 ts. Bogotá: Imprenta Municipal, 1939-1940.
- . «Problemas actuales de urbanización». *Anales de la Universidad de Chile* 8, trimestre 1 (1930): 11-40.
- . *Santiago de Chile. Su estado actual y su futura transformación*. Santiago: Imprenta La Tracción, 1932.
- Bulnes, Francisco. *Páginas escogidas* (1968). Prólogo y selección de Martín Quitarte. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1995.
- Burgess, Ernest. «The Growth of the City: An Introduction to a Research Project». En *The City. Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment* (1925), de Robert Park y Ernest Burgess, 47-62. Chicago: The University of Chicago Press, Midway Reprint, 1984.
- Cambaceres, Eugenio. *Música sentimental* (1884). Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1999.
- Cané, Miguel. *En viaje* (1883). Buenos Aires: Editorial Molino, 1942.
- Carpentier, Alejo. *Obras completas*. Tomo I. México: Siglo Veintiuno Editores, 1983.
- Castro, Cipriano. *Epistolario presidencial* (1899-1908). Editado por Elías Pino Iturrieta. Caracas: Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Universidad Central de Venezuela (UCV), 1974.
- . «Proclama de Castro ante el bloqueo extranjero» (1902). En *Documentos que hicieron historia. Siglo y medio de vida republicana 1810-1961*. 2 ts. AA. VV. Caracas: Presidencia de la República, 1962.
- Conferencias Internacionales Americanas*. Vol. 1: 1889-1936. Washington: Dotación Carnegie para la Paz International, 1938.

- Contreras, Carlos. «La planificación de la Ciudad de México, 1918-1938» (1939). En *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras. Escritos de 1925 a 1935*, coordinado por Gerardo Sánchez Ruiz, 131-145. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Autónoma de San Luis de Potosí, 2003.
- . «El Plano Regulador del Distrito Federal». En *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras. Escritos de 1925 a 1935*, coordinado por Gerardo Sánchez Ruiz, 85-129. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Autónoma de San Luis de Potosí, 2003.
- . «¿Qué cosa es la planificación de ciudades y regiones?» (1927). En *Planificación y urbanismo visionarios de Carlos Contreras. Escritos de 1925 a 1935*, coordinado por Gerardo Sánchez Ruiz, 65-66. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Autónoma de San Luis de Potosí, 2003.
- Cunha, Euclides da. *Os sertões* (1902). Traducido por Benjamín de Garay. Buenos Aires: W. M. Jackson, 1940.
- Darío, Rubén. «Del amor de París y de la caña de azúcar, del café y de los cueros en el rastacuerismo». *El Cojo Ilustrado* (Caracas) 8 (170) (enero 1, 1899): 78-79.
- . *El modernismo y otros ensayos*. Editado por I. Zavala. Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- . *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1912). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991.
- Dávila Boza, Ricardo. «Pavimentación urbana». En *Trabajos del IV Congreso Científico (1º Panamericano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909*. T. II, 494-502. Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación «Barcelona», 1910.
- D'Halmar, Augusto (Augusto Thomson). *Juana Lucero o los vicios de Chile*. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Turín, 1902.
- Díaz Rodríguez, Manuel. *Narrativa y ensayo*. Selección Orlando Araujo. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982.
- Diez Canseco, José. *Duque* (1934). Lima: Ediciones Peisa, 1972.
- Donoso, José. *Coronación* (1957). Santiago de Chile: Alfaguara, 1995.
- . *Este domingo* (1966). Santiago de Chile: Alfaguara, 1995.
- Echeverría, Esteban. *La cautiva / El matadero*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1999.

- . *El Dogma socialista* (1846). En *Utopismo socialista (1830-1893)*, editado por Carlos M. Rama, 89-130. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Edwards Bello, Joaquín. *La chica del Crillón* (1935). Santiago: Editorial Universitaria, 2010.
- . *El roto* (1920). Santiago: Editorial Universitaria, 2006.
- Eyzaguirre, Jaime. *Fisonomía histórica de Chile* (1948). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2004.
- Fernández, Macedonio. *Papeles de Recienvenido. Poemas, relatos, cuentos, miscelánea*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- Ferry, Jules François. *Comptes fantastiques d'Haussmann. Lettre adressée à MM les membres de la commission du Corps Législatif chargés d'examiner le nouveau projet d'emprunt de la ville de Paris*. París: Armand Le Chevalier, Éditeur, 1868.
- Forster, Edward Morgan. *Howards End* (1910). Londres: Penguin Books, 1989.
- Freyre, Gilberto. *Casa-grande e senzala* (1933). Colección Intérpretes do Brasil. Río de Janeiro: Editora Nova Aguilar, 2000.
- Fuentes, Carlos. *La región más transparente* (1957). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1986.
- Gallegos, Rómulo. *La trepadora* (1925). Madrid: Espasa-Calpe, 1982.
- Gálvez, Manuel. *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina* (1910). Buenos Aires: Taurus, 2001.
- Gamboa, Federico. *Santa* (1903). Ciudad de México: Editores Mexicanos Unidos, 2006.
- García Calderón, Francisco. *Las democracias latinas de América / La creación de un continente*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- . *Latin America: Its Rise and Progress*. Traducido por Bernard Miall. Londres: Fisher Unwin, 1913.
- Geddes, Patrick. *Ciudades en evolución* (1915). Traducido por E. L. Revol. Buenos Aires: Infinito, 1960.
- Gil Fortoul, José. *El hombre y la historia. Ensayo de sociología venezolana*. París: Librería de Garnier Hermanos, 1896.
- Gobernación del Distrito Federal (GDF). *Decretos orgánicos del Distrito Federal dictados por el Ilustre Americano general Guzmán Blanco*. Caracas: Imprenta de la Gaceta Oficial, 1879.
- . «Plan monumental de Caracas». *Revista del Concejo Municipal del Distrito Federal* (Caracas: GDF) 1 (1939): 17 y sig.
- Gómez Carrillo, Enrique. *La vida parisiense*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993.
- Goodwin, Philip. *Brazil Builds: Architecture Old and New, 1652-1942. Construção brasileira: arquitetura moderna e antiga 1642-1942*.

- Fotografías de G. E. Kidder Smith. Nueva York: Museum of Modern Art, 1943.
- Guzmán Blanco, Antonio. *Mensaje del general Guzmán Blanco al Congreso Constitucional*. Caracas: Imprenta de la «Gaceta Oficial», 1880.
- . *Mensajes presentados por el general Guzmán Blanco, como Presidente Provisional de los Estados Unidos de Venezuela, al Congreso de Plenipotenciarios en 1870, y como Presidente Constitucional al Cuerpo Legislativo en 1873, 74, 75 y 76*. Caracas: Imprenta de «La Opinión Nacional», por Fausto Teodoro de Aldrey, 1876.
- Guzmán, Nicomedes. *Los hombres oscuros*. Santiago de Chile: Ediciones Yunque, 1939.
- . *La sangre y la esperanza* (1943). Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1999.
- Harth-Terré, Emilio. *Filosofía en el urbanismo*. Lima: Editorial Tierra y Arte, 1961.
- Hausmann, George Eugène Baron de. *Mémoires* (1890-93). 2 ts. París: Guy Durier, 1979.
- Hernández, José. *Martín Fierro* (1872-79). Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1998.
- Hitchcock, Henry-Russell. *Modern Architecture in Latin America since 1945*. Nueva York: Museum of Modern Art, 1955.
- Holanda, Sérgio Buarque de. *Raízes do Brasil* (1936). São Paulo: Companhia das Letras, 2005.
- Howard, Ebenezer. *Garden Cities of To-morrow* (1902). Londres: Attic Books, 1989.
- Ingenieros, José. *Evolución de las ideas argentinas (selección)* (1918-20). Prólogo de Dina Picotti. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación, Editorial Claridad, 1994.
- Isaacs, Jorge. *María* (1867). Editado por Donald McGrady. Madrid: Cátedra, 1991.
- Juárez, Benito. *Antología* (1972). Editado por Jorge L. Tamayo. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2007.
- Kidd, Benjamin. *The Control of the Tropics*. Nueva York: Macmillan & Co., 1898.
- Larraín Bravo, Ricardo. *La Higiene aplicada en las construcciones (alcantarillado, agua potable, saneamiento, calefacción, ventilación, etc.)*. 3 vols. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1909-10.
- . *Historia de la Arquitectura*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1912.
- Larraín Bravo, Ricardo, Luis Mosquera y Héctor Hernández. «Transformación de ciudades». En *I Congreso de Gobierno Local celebrado en Santiago en los días 13, 14 i 15 de setiembre de 1914*, 121-145. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1918.

- Lavedan, Pierre. *Histoire de l'Urbanisme*. 3 ts. París: Henri Laurens, Éditeur, 1926-52.
- . *Qu'est-ce que l'Urbanisme. Introduction à l'histoire de l'Urbanisme*. París: Henri Laurens, 1926.
- Le Corbusier (Charles Édouard Jeanneret-Gris). *La Charte d'Athènes* (1941). París: Éditions du Minuit, 1971.
- . «A desnaturalização do fenômeno urbano e sua conseqüência: o grande desperdício». En *Le Corbusier. Rio de Janeiro: 1929, 1936*, editado por Yannis Tsiomis, 42-44. Río de Janeiro: Secretaria Municipal de Urbanismo, Centro de Arquitetura e Urbanismo do Rio de Janeiro, 1998.
- . *Précisions sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme*. París: Les Éditions G. Crès & Cie, 1930.
- . *Principios de urbanismo*. Traducido por Juan-Ramón Capella. Barcelona: Ariel, 1975.
- . *Urbanisme* (1925). París: Flammarion, 1994.
- . *Vers une architecture*. París: Les Éditions G. Cres et Cie., 1923.
- Level de Goda, Luis. *Venezuela y el general Guzmán Blanco* (1873). Puerto España: 1875.
- López, Lucio. *La gran aldea* (1882). En *Tres épocas de Buenos Aires*, 43-255. Madrid: Aguilar, 1953.
- Machado de Assis, Joaquim. *Memórias póstumas de Brás Cubas* (1881). São Paulo: Editora Expressão e Cultura, 2001.
- . *Quincas Borba* (1892). Porto Alegre: L&PM Pocket, 2002.
- Mackenna Subercaseaux, Alberto. *Santiago futuro. Conferencias sobre los proyectos de transformación de Santiago*. Santiago y Valparaíso: Imprenta-Litografía «Barcelona», 1915.
- Mármol, José. *Amalia* (1851-55). Editado por Teodosio Fernández. Madrid: Cátedra, 2000.
- Martel, Julián (José María Miró). *La bolsa. Estudio social* (1891). Buenos Aires: Clásicos Huemul, 1993.
- Martí, José. *Lucía Jerez o Amistad funesta* (1895). La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2000.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires* (1943). Buenos Aires: Editorial Losada, 1983.
- Martínez Inclán, Pedro. *Código de urbanismo. Carta de Atenas. Carta de La Habana*. La Habana: Imp. P. Fernández, 1949.
- Meneses, Guillermo. *Campeones* (1939). Caracas: Monte Ávila, 1990.
- Mistral, Gabriela. *Tala* (1938). Santiago: Pehuén, 2005.
- Morris, Ira Nelson. *With the Trade-Winds. A Jaunt in Venezuela and the West Indies*. Nueva York: Putnam's Sons, 1897.
- Mulhall, Michael G. *The English in South America*. Buenos Aires: Standard Office, 1878.

- O’Gorman, Juan. Ponencia. En *Pláticas sobre arquitectura. México, 1933*, AA. VV., 53-67. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2001.
- Ortiz Monasterio, Manuel. Ponencia. En *Pláticas sobre arquitectura. México, 1933*, AA. VV., 69-74. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2001.
- Otero Silva, Miguel *Casas muertas* (1954). Barcelona: Círculo de Lectores, 1974.
- . *Fiebre* (1939). Caracas: Monte Ávila, 1994.
- Palma, Ricardo *Tradiciones peruanas*. Selección de Santiago Londoño Vélez. Bogotá: Editorial Norma, 1991.
- Pardo, Miguel Eduardo. «Dónde está París?». *El Cojo Ilustrado* (Caracas) 7 (162) (septiembre 15, 1898): 648.
- . *Todo un pueblo* (1899). Caracas: Monte Ávila Editores, 1981.
- Park, Robert. «The City: Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the Urban Environment» (1916). En *The City. Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment* (1925), de Robert E. Park y Ernest W. Burgess, 1-46. Chicago: The University of Chicago Press, Midway Reprint, 1984.
- Parra, Teresa de la (Ana Teresa Parra Sanojo). *Ifigenia* (1924). 2 ts. Caracas: Monte Ávila Editores, 1986.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad* (1950). México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1980.
- Pérez Jiménez, Marcos. *Cinco discursos del general Marcos Pérez Jiménez, Presidente de la República, pronunciados durante el año 1955 y obras realizadas por el Gobierno*. Caracas: Imprenta Nacional, 1955.
- Picón Salas, Mariano. *Autobiografías. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Tomo I. Caracas: Monte Ávila Editores, 1987.
- . *Los días de Cipriano Castro* (1953). Caracas: Monte Ávila Editores, 1991.
- . *Europa-América. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Tomo V. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996.
- . *Suma de Venezuela. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Tomo II. Caracas: Monte Ávila Editores, 1988.
- Pirenne, Henri. *Las ciudades de la Edad Media* (1925). Traducido por Francisco Calvo. Madrid: Alianza Editorial, 1981.
- . *Historia económica y social de la Edad Media* (1933). Traducido por Salvador Echavarría. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Pocaterra, José Rafael. *La casa de los Ávila* (1921-22). Caracas: Monte Ávila Editores, 1991.

- . *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927). 4 ts. Madrid: Edime, 1966.
- . *Vidas oscuras* (1916). Caracas: Monte Ávila Editores, 1990.
- Poëte, Marcel. «L'esprit de l'urbanisme français». *L'Architecture d'aujourd'hui* 3 (1939): III-4-5.
- . *Une vie de cité: Paris de sa naissance à nos jours*. 3 ts. París: Auguste Picard, 1924-1931.
- Prado, Paulo. *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira* (1928). En *Intérpretes do Brasil*. AA. VV. Río de Janeiro: Editora Nova Aguilar, 2000.
- Puga Borne, Federico. *Elementos de Higiene* (1891). 2 ts. Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg, 1891.
- Quevedo, Miguel Ángel de. *Urbanismo y medio ambiente. Escritos de 1889 a 1941*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2012
- Randle, Patricio. *Qué es el urbanismo*. Buenos Aires: Editorial Columba, 1968.
- Razetti, Luis, *Obras completas*. 5 ts. Caracas: Ministerio de Sanidad y Asistencia Social (MSAS), 1952.
- Rébora, Luis A. «Enfoque panorámico». En *Planeamiento: cinco enfoques*, AA. VV., 9-21. Córdoba: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Nacional de Córdoba, 1963.
- Reyes, Alfonso. *Cartilla moral* (1944). México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Riesman, David y otros. *La muchedumbre solitaria* (1950). Barcelona y Buenos Aires: Paidós, 1981.
- Rodó, José Enrique. *Ariel* (1900). Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores, 1912.
- . *Ciudadano de Roma*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1994.
- Rojas, José María (marqués de). *Tiempo perdido* (1905). Caracas: Fondo de Publicaciones de la Fundación Shell, 1967.
- Romero García, Manuel Vicente. *Peonía* (1890). Caracas: Monte Ávila Editores, 1986.
- Rostow, Walt Whitman. *The Stages of Economic Growth. A Non-communist Manifesto* (1960). Nueva York: Cambridge University Press, 1990.
- Rotival, Maurice. «La planificación: doctrina y método de trabajo». *Revista del Colegio de Ingenieros de Venezuela* (Caracas: CIV) 249 (diciembre 1956): 13-21.
- . «Planification et urbanisme», *Urbanisme* 82-83 (1964): 42-45.
- Rourke, Thomas (Daniel Joseph Clinton). *Tyrant of the Andes. The Life of Juan Vicente Gómez*. Londres: Michael Joseph Ltd., 1937.

- Rulfo, Juan. *Pedro Páramo* (1955). México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Sábato, Ernesto. *El túnel* (1948). Buenos Aires: Planeta Bolsillo, 1999.
- Sales Pérez, Francisco de (Justo, pseud.). *Costumbres venezolanas* (1877). Caracas: Tip. Cultura Venezolana, 1919.
- . *Ratos perdidos (Costumbres venezolanas)*. Caracas: Tip. J. M. Herrera Irigoyen & Ca., 1902.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo, o civilización y barbarie* (1845). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985.
- . *Recuerdos de provincia* (1850). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991.
- Scruggs, William Lindsay. *The Colombian and Venezuelan Republics with Notes on Other Parts of Central and South America*. Boston: Sampson, Marston & Low Co., 1900.
- . *The Venezuelan Question: British Aggressions in Venezuela, or the Monroe Doctrine on Trial*. Atlanta: The Franklin printing and publishing Co., 1895.
- Seijas Cook, Rafael. «Arquitectura y arquitectos venezolanos». *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas* (Caracas: MOP) 69 (octubre 1936): 322-327.
- Semprún, Jesús. «El Norte y el Sur. Los Estados Unidos y la América Latina. Divagaciones sobre un tema de actualidad» (1918). En *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*. Vol. 14: *La doctrina positivista*, 507-527. Caracas: Congreso de la República, 1983.
- Sierra, Justo. *Viajes. En tierra yankee. En la Europa latina*. Editado por José Luis Martínez. México: Editorial Porrúa, 2000.
- . *Prosas* (1939). Prólogo y notas de Antonio Caso. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1990.
- Silva, José Asunción. *De sobremesa* (1895). Prólogo de Gabriel García Márquez. Madrid: Hiperión, 1996.
- Simmel, Georg. «The metropolis and mental life» (1903). Traducido por H. H. Gerth. En *Classic Essays on the Culture of Cities*, editado por Richard Sennett, 47-60. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, Meredith Corporation, 1969.
- . «Metrópolis y vida mental». En *La soledad del hombre* (1971). Traducido por S. González, 99-119. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992.
- Sitte, Camillo. *City Planning according to Artistic Principles* (1889). Traducido por George R. Collins, Christiane Craseman Collins. Nueva York: Rizzoli, 1986.
- Soria, Arturo. *Tratados de urbanismo y sociedad*. Madrid: Clan, 2004.

- Spengler, Oswald. *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal* (1918-22). 2 ts. Traducido por M. García Morente. Madrid: Espasa-Calpe, 1998.
- Subercaseaux, Benjamín. *Chile o una loca geografía* (1940). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2005.
- Subero, Efraín, ed. *La Depiniada* (1885). Caracas: Fondo de Publicaciones de la Fundación Shell, 1967.
- Tönnies, Ferdinand. «*Gemeinschaft and Gesellschaft*» (1887). Traducido por Charles P. Loomis. En *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory* (1961), 191-201. Nueva York: The Free Press, 1965.
- Tosta García, Francisco. *Costumbres caraqueñas*. Caracas: Imprenta de El Ángel Guardián, 1883.
- . *Don Secundino en París* (1894). Buenos Aires: Editorial América, 1942.
- Ugarte, Manuel. *El porvenir de la América Latina*. Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores, 1911.
- Unwin, Sir Raymond. *La práctica del urbanismo. Una introducción al arte de proyectar ciudades y barrios* (1909). Traducido por Joaquim Sabaté i Bel. Barcelona: Gustavo Gili, 1984.
- . *Town Planning in Practice*. Londres: T. Fisher Unwin, 1909.
- Uslar Pietri, Arturo. *Fantasmas de dos mundos*. Barcelona: Seix Barral, 1979.
- Valdés Valdés, Ismael. *La transformación de Santiago*. Santiago: Imprenta-Litografía «Barcelona», 1917.
- Vallenilla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (1919). Caracas: Tipografía Garrido, 1961.
- Vargas Vila, José María. *Los césares de la decadencia*. París: Librería América, 1913.
- Vasconcelos, José. *La raza cósmica* (1925). México: Editorial Porrúa, 2007.
- . *Ulises criollo* (1935). Prólogo de Sergio Pitol. México: Editorial Porrúa, 2003.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *El álbum del Santa Lucía* (1874). En *La montaña mágica / El cerro de Santa Lucía y la ciudad de Santiago*, de Rodrigo Pérez de Arce, Ricardo Astaburuaga Echenique y Hernán Rodríguez Villegas, 24-81. Santiago de Chile: Ediciones ARQ, 1993.
- . *Un año en la Intendencia de Santiago. Lo que es la capital y lo que debería ser. Memoria leída a la municipalidad de Santiago en su sesión de instalación el 5 de mayo de 1873*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1873.
- . *Breve exposición documentada de los trabajos emprendidos i ejecutados bajo la administración Vicuña-Mackenna en la provincia*

BIBLIOGRAFÍA

- de Santiago y en la capital de la República (20 de abril de 1872-20 de abril de 1875)*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1875.
- . *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago, 1541-1868* (1868). 2 vols. Santiago: Editorial Nascimento, 1924.
- . *La transformación de Santiago*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872.
- Villanueva, Carlos Raúl. «La Caracas de ayer y de hoy». En *Caracas en tres tiempos*, 17-25. Caracas: Comisión de Asuntos Culturales del Cuatricentenario de Caracas, 1967.
- Villaverde, Cirilo, *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel* (1882). La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1996.
- Violich, Francis. «Caracas: Focus of the New Venezuela». En *World Capitals. Toward Guided Urbanization*, editado por H. Wentworth Elredge, 246-292. Nueva York: Anchor Press, Doubleday, 1975.
- . *Cities of Latin America. Housing and Planning to the South*. Nueva York: Reinhold Publishing Corporation, 1944.
- y Robert Daughters. *Urban Planning for Latin America. The Challenge of Metropolitan Growth*. Boston: Lincoln Institute of Land Policy, 1987.
- Weber, Max. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. 2 ts. Editado por J. Winckelmann. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Wilde, Oscar. *Plays*. Londres y Glasgow: Collins, 1954.
- Wirth, Louis. «Urbanism as a way of life» (1938). En *Classic Essays on the Culture of Cities*, editado por Richard Sennett, 143-164. Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1969.
- . *El urbanismo como modo de vida*. Traducido por Víctor Segal. Buenos Aires: Ediciones 3, 1968.
- Zumeta, César. «Oh, Miss Liberty!» (1907). En *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*. Vol. 14: *La doctrina positivista*, 149-150. Caracas: Congreso de la República, 1983.
- . *El continente enfermo*. Nueva York: 1899.

BIBLIOGRAFÍA DE APOYO

- AA. VV. *El Plan Rotival. La Caracas que no fue*. Caracas: Instituto de Urbanismo, Universidad Central de Venezuela (UCV), 1990.
- . *Reseña de la historia de los Estados Unidos*. Servicio Informativo y Cultural de los Estados Unidos de América, s/f.
- . *Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina 1870-1930*. Caracas: Fundación Celarg, 1997.

- Abercrombie, Patrick. *Town and Country Planning* (1933). Londres: Oxford University Press, 1959.
- Abreu, Mauricio de A. *Evolução urbana do Rio de Janeiro*. Río de Janeiro: Iplanrio, Zahar, 1988.
- Acosta Saignes, Miguel. «La vivienda de los pobres». En *Estudio de Caracas*. Vol. 2.2: *Historia, tecnología, economía y trabajo*, 631-881. Caracas: Universidad Central de Venezuela (UCV), 1967.
- Aguilar, Milton. «Nicomedes Guzmán y la generación de 1938». En Nicomedes Guzmán, *La sangre y la esperanza*, 9-15. Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1999.
- Aguirre, Beatriz y Simón Castillo. *De la «gran aldea» a la ciudad de masas: el espacio público en Santiago de Chile, 1910-1929*. Santiago: Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Paisaje, Universidad Central, 2004.
- Almandoz, Arturo. «Capitais latino-americanas e urbanistas estrangeiros (1920-1950)». En *São Paulo, os estrangeiros e a construção das cidades*, editado por Ana Lanna, Fernanda Peixoto, José Lira y Maria Ruth A Sampaio, 165-181. São Paulo: Alameda, 2011.
- . *La ciudad en el imaginario venezolano. I: Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los techos rojos*. Prólogo de Rafael Arráiz Lucca. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2002.
- . *La ciudad en el imaginario venezolano. II: De 1936 a los pequeños seres*. Prólogo de Carlos Pacheco. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2004.
- . *La ciudad en el imaginario venezolano. III: De 1958 a la metrópoli parroquiana*. Prólogo de Luis Barrera Linares. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2009.
- . *Ciudad y literatura en la primera industrialización*. Caracas: Fundarte, 1993.
- . Conclusions. En *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002), editado por Arturo Almandoz, 271-274. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- . «Consideraciones conceptuales sobre el Urbanismo». *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Ambiente) 98 (Tercera Época, invierno 1993): 625-636.
- . «De Calibán a Próspero. Visiones urbanas de la modernidad nórdica entre la intelectualidad hispanoamericana, 1900-1945». En *Entre puntos cardinales. Debates sobre una nueva arquitectura (1920-1950)*, editado por Ana María Rigotti y Silvia Pampinella, 297-319. Rosario: Prohistoria ediciones, 2012.
- . «De las ciudades burguesas a las masificadas en Romero. Revisión conceptual e impacto historiográfico en América Latina». En

- José Luis Romero. *Vida histórica, ciudad y cultura*, editado por José Emilio Burucúa, Fernando J. Devoto y Adrián Gorelik, 199-220. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), 2013.
- . «Demandas políticas y reformas sociales en la masificación urbana latinoamericana, 1900-1930». En *Decidir en sociedad. Homenaje a Julia Barragán*, compilado por Fernando Aguiar, Francisco Lara, Nelson Lara, 329-343. Caracas: Ediciones Chiryme-kp, 2009.
- . «Despegues sin madurez. Urbanización, industrialización y desarrollo en la Latinoamérica del siglo XX». *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos y Regionales* (Santiago de Chile: Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile) 34 (102) (agosto 2008): 61-76. <http://www.scielo.cl/eure.htm>.
- . *Ensayos de cultura urbana*. Caracas: Fundarte, 2000.
- . *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina*. Caracas: Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 2008.
- . «From urban to regional planning in Latin America, 1920-1950». *Planning Perspectives* 25 (1) (enero 2010): 1-9. <http://www.tandf.cojournals>.
- . «The garden city in early twentieth-century Latin America». *Urban History* (Cambridge University Press) 31 (3) (2004): 437-452.
- . «Industrialización, urbanización y modernización sin desarrollo en la Latinoamérica del siglo xx». En *Historiografía y planificación urbana en América Latina*, editado por Isabel Duque Franco, 47-72. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Geografía, 2013.
- . «Introduction». En *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002), editado por Arturo Almandoz, 1-12. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- . «Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960», *Iberoamericana* (Berlín: Instituto Ibero-Americano de Berlín, Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo, Editorial Iberoamericana/Vervuert) 27 (<http://www.iai.spk-berlin.de>, septiembre 2007): 59-80.
- . *Modernization, Urbanization and Development in Latin America, 1900s-2000s*. Londres y Nueva York: Routledge, 2015
- . «Mudanças políticas e institucionais para o planejamento latino-americano do segundo pós-guerra». En *Urbanismo na América do Sul: circulação de idéias e constituição do campo, 1920-1960*, coordinado por Marco Aurélio A. de Filgueiras Gomes, 231-260. Salvador: Editora: Edufba-Editora da Universidade Federal da Bahia, 2009.

- . «Notas conceptuales sobre la evolución del urbanismo en Venezuela». *Analys-art* (Caracas: Instituto de Estudios Avanzados, IDEA) 5 (marzo 1993): 53-78.
- , ed. *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002). Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- . «The Shaping of Venezuelan Urbanism in the Hygiene Debate of Caracas, 1880-1910». *Urban Studies* 37 (11) (noviembre 2000): 2073-2089.
- . «Sobre el imaginario urbano de la Latinoamérica republicana, 1830-1950». *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional, AECI) 645 (marzo 2004): 7-21.
- . «Towards Brasilia and Ciudad Guayana. Development, urbanization and regional planning in Latin America, 1940s-1960s». *Planning Perspectives* 31(1) (enero 2016): 31-53.
- . *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)* (1997). Caracas: Equinoccio, Universidad Simón Bolívar (USB), Fundación para la Cultura Urbana, 2006.
- . «Urbanization in Latin America: From Haussmann to CIAM». En *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002), editado por Arturo Almandoz, 13-44. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- Almeida, Maria Cândida Ferreira de. *Tornar-se outro. O topos canibal na literatura brasileira*. São Paulo: Annablume, 2002.
- Amato, Peter. «Elitism and settlement patterns in the Latin American city». *Journal of the American Institute of Planners* 36 (2) (1970): 96-105.
- Andrade, Carlos Roberto Monteiro de. «Barry Parker, um arquiteto inglês na cidade de São Paulo». Tesis doctoral inédita. São Paulo: Universidade de São Paulo (USP), 1998.
- Anelli, Renato. *Plano e conformação da base da metrópole: redes de mobilidade paulistanas*. Porto Alegre: Marca Visual, 2011.
- Araujo, Orlando. *Narrativa venezolana contemporánea* (1972). Caracas: Monte Ávila Editores, 1988.
- Archila, Ricardo. *Historia de la Sanidad en Venezuela*. 2 ts. Caracas: Imprenta Nacional, 1956.
- Arias Montes, J. Víctor. «El programa funcionalista». En *Pláticas sobre arquitectura. México, 1933*, AA.VV., 21-25. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2001.
- Avaria, Antonio. «Prólogo» a *La chica del Crillón* (1935), de Joaquín Edwards Bello, 9-16. Santiago: Editorial Universitaria, 2010.
- Ayala Mora, Enrique. *Resumen de la historia del Ecuador* (1993-98). Quito: Corporación Editora Nacional, 2005.

- Baer, James. «Buenos Aires: Housing Reform and the Decline of the Liberal State in Argentina». En *Cities of Hope. People, Protests and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*, editado por Ronn Pineo y James A. Baer, 129-152. Boulder: West View Press, 1998.
- Ballent, Anahí. *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Barbosa Cruz, Mario. «Una urbe en crecimiento. La ciudad de México en el siglo XIX». En *Ciudades poscoloniales en México. Transformación del espacio urbano*, coordinado por Gerardo Martínez Delgado y Mario Bassols Ricardez, 399-441. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2014.
- Berjman, Sonia. *Plazas y parques de Buenos Aires: la obra de los paisajistas franceses. André, Courtois, Thays, Bouvard, Forestier, 1860-1930*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1998.
- . «Proyectos de Bouvard para la Buenos Aires del Centenario: Barrio, plazas, hospital y exposición». *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana* (Buenos Aires: Cedodal) 37/38 (1995): 41-53.
- Beyhaut, Gustavo y Helène Beyhaut. *Historia universal Siglo XXI. América Latina. III. De la independencia a la segunda guerra mundial*. Vol. 23. México: Siglo Veintiuno Editores, 1985.
- Bradford Burns, E. «Cultures in Conflict: The Implications of Modernization in Nineteenth-Century Latin America». En *Elites, Masses and Modernization in Latin America, 1850-1930*, editado por Virginia Bernhard, 11-77. Austin: University of Texas Press, 1979.
- . *La pobreza del progreso. América Latina en el siglo XIX*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1990.
- Brewer-Carías, Allan Randolph. *La ciudad ordenada*. Madrid: Instituto Pascual Madoz, Universidad Carlos III de Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1997.
- Brushwood, John S. *La novela hispano-americana del siglo XX. Una vista panorámica* (1975). Traducido por Raymond L. Williams. México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1993.
- Buder, Stanley, *Visionaries and Planners. The Garden City Movement and the Modern Community*. Nueva York: Oxford University Press, 1990.
- Bullock, Nicholas y John Read. *The Movement for Housing Reform in Germany and France, 1840-1914*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

- Burke, Peter. «Overture. The New History. Its Past and its Future». En *New Perspectives on Historical Writing* (1991), editado por Peter Burke, 1-24. Cambridge: Polity Press, 2001.
- Caballero, Manuel. *Gómez, el tirano liberal* (1993). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994.
- Calderón, Alfonso. *Memorial de Santiago*. Santiago: RIL editores, 2005.
- Campos, Candido Malta. *Os rumos da cidade. Urbanismo e modernização em São Paulo*. São Paulo: Senac, 2002.
- Campos, Haroldo de. «Uma poética da radicalidade». En *Pau-Brasil. Obras completas*, de Oswald de Andrade, 7-53. São Paulo: Editora Globo, 1990.
- Candido, Antonio. «O significado de ‘Raízes do Brasil’» (1967). En *Raízes do Brasil*, de Sérgio Buarque de Holanda, 9-21. São Paulo: Companhia das Letras, 2005.
- Cardoso, Fernando H. y Enzo Faletto. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1969.
- Caride, Horacio Eduardo. «La ciudad representada. Metáforas, analogías y figuraciones en el urbanismo de Buenos Aires». *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas «Mario J. Buschiazzo»* (Buenos Aires: Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires, UBA) 37-38 (2002-2004): 211-253.
- Carl, George E. *First among Equals. Great Britain and Venezuela 1810-1910*. Syracuse, NY: Syracuse University, 1980.
- Carmagnani, Marcello. *El otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica (FCE), 2004.
- Carrera, Gustavo Luis. *La novela del petróleo en Venezuela*. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1972.
- Castellanos, Rafael Ramón. *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. 2 ts. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983.
- Castells, Manuel. *La cuestión urbana* (1972). Traducido por Irene C. de Oliván. México: Siglo Veintiuno Editores, 1976.
- , ed. *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Barcelona: Gustavo Gili, 1973.
- Castillo, Simón. «El río Mapocho y sus riberas: espacio público e intervención urbana en Santiago de Chile (1885-1916)». Tesis doctoral. Santiago: Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos (Fadeu), Pontificia Universidad Católica de Chile, 2011.
- Chartier, Roger. *Cultura escrita, literatura e historia*. Editado por Alberto Cue. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

- Cherry, Gordon. *Cities and Plans: the Shaping of Urban Britain in the Nineteenth and Twentieth Centuries* (1988). Londres: Edward Arnold, 1992.
- Chiossone, Tulio. *El decenio democrático inconcluso. 1935-1945*. Caracas: Ex-Libris, 1989.
- Choay, Françoise. *The Modern City. Planning in the 19th Century* (1969). Nueva York: George Braziller, 1989.
- . «Pensées sur la ville, arts de la ville». En *Histoire de la France urbaine*, dirigida por Maurice Agulhon. Vol. 4: *La ville de l'âge industriel. Le cycle haussmannien*, 158-271. París: Seuil, 1983.
- . *El urbanismo, utopías y realidades* (1970). Traducido por Luis del Castillo. Barcelona: Lumen, 1976.
- . *L'urbanisme, utopies et réalités. Une anthologie* (1965). París: Éditions du Seuil, 1979.
- Clichevsky, Nora. *Construcción y administración de la ciudad latinoamericana*. Buenos Aires: Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo (IIED-América Latina), Grupo Editor Latinoamericano (GEL), 1990.
- Collins, Christiane Crasemann. *Werner Hegemann and the Search for Universal Urbanism*. Londres y Nueva York: WW Norton & Company, 2005.
- , «Urban Interchange in the Southern Cone: Le Corbusier (1929) and Werner Hegemann (1931) in Argentina». *Journal of the Society of Architectural Historians* (Chicago: Society of Architectural Historians, SAH), 54 (2) (junio 1995): 208-227.
- Collins, George R. y Christiane Crasemann Collins. *Camillo Sitte: The Birth of Modern City Planning*. Nueva York: Rizzoli, 1986.
- Comas, Carlos Eduardo Dias. «Le Corbusier: os riscos brasileiros de 1936». En *Le Corbusier. Rio de Janeiro: 1929, 1936*, editado por Yannis Tsiomis, 26-31. Río de Janeiro: Secretaria Municipal de Urbanismo, Centro de Arquitetura e Urbanismo do Rio de Janeiro, 1998.
- Correia, Telma de Barros. *A construção do hábitat moderno no Brasil – 1870-1950*. São Carlos: Fapesp, RiMa, 2004.
- Cortés, Fernando. «La construcción de la ciudad como espacio público». *Revista de Arquitectura* 8 (1996): 14-19.
- Cortés, Rodrigo. «Bogotá 1950: Plan Director de Le Corbusier». En *Le Corbusier y Sudamérica, viajes y proyectos*, compilado por Fernando Pérez Oyarzún, 86-94. Santiago de Chile: Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.
- Cosío Villegas, Daniel. «The modern span». En *A Compact History of Mexico* (1973). Traducido por Marjory Mattingly Urquidi, 103-118. México: El Colegio de México, 2005.

- . «The present». En *A Compact History of Mexico* (1973). Traducido por Marjory Mattingly Urquidi, 137-145. México: El Colegio de México, 2005.
- Crawford, William Rex. *A Century of Latin American Thought* (1944). Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1961.
- D'Alessandro, María Elena. *La novela urbana en Latinoamérica durante los años 1945 a 1959*. Caracas: Fundación Celarg, 1992.
- Damazio, Reynaldo. «Uma reflexão decisiva sobre o homem cordial». En *Retratos do Brasil*. Biblioteca EntreLivros (São Paulo: Duetto) 8 (s/f): 28-33.
- Davis, Kingsley. «La urbanización de la población mundial». En *La ciudad* (1965). Traducido por Guillermo Gayá Nicolau, 11-36. Madrid: Scientific American, Alianza Editorial, 1982.
- De-Sola Ricardo, Irma. *Contribución al estudio de los planos de Caracas*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967.
- Díaz Sánchez, Ramón. *Guzmán, elipse de una ambición de poder*. Caracas: Ministerio de Educación Nacional (MEN), 1950.
- Drakakis-Smith, David. *The Third World City* (1987). Londres: Routledge, 1990.
- Duverger, Heriberto. «El maestro francés del urbanismo criollo para La Habana». En *1861-1930. Du jardin au paysage urbain*, de Jean Claude Nicolas Forestier. Editado por Bénédicte Leclerc, 221-240. París: Picard, 1994.
- Feldman, Sara. *Planejamento e zoneamento. São Paulo 1947-1972*. São Paulo: Fadesp, Edusp, 2005.
- Fernández López, Manuel. «Prólogo» a *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, de Juan Bautista Alberdi (1852), 7-27. Buenos Aires: Losada, 2008.
- Ferrada, Mario y Cecilia Jiménez. «La primera vivienda social en Valparaíso. Fines siglo XIX-inicios siglo XX». En *1906/2006. Cien años de política de vivienda en Chile*, editado por María José Castillo y Rodrigo Hidalgo, 29-49. Santiago: Universidad Nacional Andrés Bello, Pontificia Universidad Católica de Chile, Universidad Central de Venezuela, 2007.
- Figueroa Salas, Jonás. «La ciudad lineal en Chile (1910-1930)». *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana*. Buenos Aires 37-38 (1995): 64-70.
- . «La recomposición de la forma urbana. K. H. Brunner 1932-1942». *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana* 37/38 (1995): 83-91.
- Foucault, Michel. *L'archéologie du savoir* (1969). París: Gallimard, 1992.
- Fortassier, Rose. *Le roman français au XIXe siècle*. París: Presses Universitaires de France (PUF), 1982.

- Franco, Jean. *La cultura moderna en América Latina*. Traducido por Sergio Pitol. México: Joaquín Mortiz, 1971.
- . *The Modern Culture of Latin America: Society and the Artist* (1967). Baltimore: Penguin Books, 1970.
- Franco, Rolando. *La Flacso clásica (1957-1963): vicisitudes de las ciencias sociales latinoamericanas*. Santiago de Chile: Catalonia, 2007.
- Fraser, Valerie. *Building the New World. Studies in Modern Architecture of Latin America 1930-1960*. Londres y Nueva York: Verso, 2000.
- Frehse, Fraya. «São Paulo». En *Encyclopedia of Urban Cultures. Cities and Cultures around the World* (4 ts.), editado por Melvin Ember y Carol R. Ember, t. IV, 143-153. Danbury, Conn.: Grolier, 2002.
- Gallone, Osvaldo. «Eugenio Cambaceres: entre el modelo y el margen». En *Música sentimental* (1884), de Eugenio Cambaceres, 9-22. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1999.
- García, Noris. «Vivienda obrera y gestión estatal en Caracas. El Banco Obrero en Caracas, 1928-1945». Trabajo de ascenso. Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU), Universidad Central de Venezuela (UCV), 1985.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1989). Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995.
- Gasparini, Graziano. *Caracas. La ciudad colonial y guzmancista*. Caracas: Ernesto Armitano, 1978.
- Geisse, Guillermo. «Tres momentos históricos en la ciudad hispanoamericana del siglo XIX». En *De Teotihuacán a Brasilia. Estudios de historia urbana iberoamericana y filipina*, coordinado por Gabriel Alomar, 397-433. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), 1987.
- Glaab, Charles N. y A. Theodore Brown. *A History of Urban America*. Nueva York: Macmillan, 1967.
- Goldstein, Ilana Seltzer. «A invenção do mito da democracia racial». En *Retratos do Brasil. Biblioteca EntreLivros* (São Paulo: Duetto) 8 (s/f): 22-27.
- Gomes, Marco A. de Filgueiras. «Cultura urbanística e contribuição modernista. Brasil, anos 1930-1960», *Cadernos PPG-AU Faufba. Urbanismo modernista. Brasil 1930-1960. Edição Especial, Ano III* (2005): 11-29.
- González Casas, Lorenzo. «Modernidad y la ciudad: Caracas 1935-1958». Trabajo de ascenso. Satenejas: Departamento de Planificación Urbana, Universidad Simón Bolívar (USB), 1997.
- González Errázuriz, Francisco Javier. *Aquellos años franceses 1870-1900. Chile en la huella de París*. Santiago de Chile: Taurus, 2003.

- Gorelik, Adrián. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- . «Mapas de identidad. La imaginación territorial en el ensayo de interpretación nacional: de Ezequiel Martínez Estrada a Bernardo Canal Feijóo». *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 5 (2001): 283-311.
- . *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2004.
- . *Das vanguardas a Brasília. Cultura urbana e arquitetura na América Latina*. Traducido por Maria Antonieta Pereira. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2005.
- Gramuglio, María Teresa. Estudio preliminar a *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina* (1910), de Manuel Gálvez, 9-52. Buenos Aires: Taurus, 2001.
- Grementieri, Fabio, Jorge Francisco Liernur y Claudia Schmidt, eds. *Architectural Culture around 1900. Critical Reappraisal and Heritage Preservation*. Buenos Aires: Universidad Torcuato Di Tella, Patrimonio Mundial, Unesco, 2003.
- Griffin, Charles C., *The National Period in the History of the New World. An Outline and Commentary*. México, D. F.: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1961.
- Gross, Patricio. «Santiago de Chile (1925-1990): planificación urbana y modelos políticos». En *Santiago en EURE. Huellas de una metamorfosis metropolitana 1970/2000*, editado por Carlos de Mattos, Oscar Figueroa, Pedro Bannen y Diego Campos, 129-169. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2006.
- Guerrero, Diana. «Introducción» a *La bolsa. Estudio social*, de Julián Martel (1891), 5-27. Buenos Aires: Clásicos Huemul, 1993.
- Guerrero, Luis Beltrán. *Modernismo y modernistas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1978.
- Gurovich, Alberto. «La venida de Karl Brunner en gloria y majestad. La influencia de sus lecciones en la profesionalización del urbanismo en Chile». *Revista de Arquitectura* (Santiago: Universidad de Chile) 8 (1996): 8-13.
- Gutiérrez, Ramón. *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica* (1983). Madrid: Cátedra, 1984.
- . «Buenos Aires, a Great European City». En *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002), editado por Arturo Almandoz, 45-74. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- . *Buenos Aires. Evolución histórica*. Bogotá: Escala, 1992.

- . «Buenos Aires. Modelo para armar (1910-1927)». *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana* 37/38 (1995): 36-40.
- . «La ciudad iberoamericana en el siglo XIX». En *La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden*, 252-266. Madrid: Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (Cehopu), Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (Cedex), Ministerio de Fomento, 1989.
- , ed. *Le Corbusier: en el Río de la Plata, 1929*. Buenos Aires: Centro de Documentación de Arte y Arquitectura Latinoamericana (Cedodal), 2009.
- . «Modelos e imaginarios europeos en urbanismo americano 1900-1950». *Revista de Arquitectura* (Santiago: Universidad de Chile) 8 (1996): 2-3.
- Hall, Peter. *Cities in Civilization. Culture, Innovation and Urban Order* (1998). Londres: Phoenix Giant, 1999.
- . *Cities of Tomorrow. An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century* (1988). Oxford: Blackwell, 1994.
- . *Urban and Regional Planning* (1974). Londres: Routledge, 1992.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina* (1967). Madrid y Buenos Aires: Alianza Editorial, 2005.
- Hardoy, Jorge Enrique. «Las ciudades de América Latina a partir de 1900». En *La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden* (1989), 267-274. Madrid: Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (Cehopu), Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (Cedex), Ministerio de Fomento, 1997.
- . «La situazione delle città latino-americane: analisisi e soluzioni. La formassione di professionisti». En *Città, territorio e politiche di piano in America Latina*, editado por Giorgio Piccinato, 137-156. Milán: Franco Angeli, 1991.
- . «Teorías y prácticas urbanísticas en Europa entre 1850 y 1930. Su traslado a América Latina». En *Repensando la ciudad de América Latina*, editado por Jorge E. Hardoy y Richard M. Morse, 97-126. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano (GEL), 1988.
- . «Theory and Practice of Urban Planning in Europe, 1850-1930: Its Transfer to Latin America?». En *Rethinking the Latin American City*, editado por Jorge E. Hardoy y Richard M. Morse, 20-49. Washington and Baltimore: The Woodrow Wilson Center Press, The Johns Hopkins University Press, 1990.
- . «Two Thousand Years of Latin American Urbanization». En *Urbanization in Latin America. Approaches and Issues*, editado por Jorge E. Hardoy, 3-55. Nueva York: Anchor Books, 1975.

- Hardoy, Jorge E. y Richard M. Morse, comps. *Repensando la ciudad de América Latina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano (GEL), 1988; *Re-Thinking the Latin American City*. Washington y Baltimore: The Woodrow Wilson Center Press, The Johns Hopkins University Press, 1990.
- Harris, Walter D. Jr. *The Growth of Latin American Cities*. Athens, Ohio: Ohio University Press, 1971.
- Hauser, Philip M., ed. *La urbanización en América Latina* (1962). Buenos Aires: Solar, Hachette, 1967.
- Hebbert, Michael. «Town Planning versus Urbanismo». *11th Conference of the International Planning History Society (IPHS). Planning Models and the Culture of Cities*, 89-98. Barcelona: IPHS, 2004.
- Herwig, Holger. *Germany's Vision of Empire in Venezuela, 1871-1914*. Princeton: Princeton University Press, 1986.
- Hidalgo, Germán. «Panoramic view and national identity: two of Santiago de Chile's public spaces in the second half of the nineteenth century». *Planning Perspectives* 24 (3) (julio 2009): 319-347.
- Hidalgo Dattwyler, Rodrigo. «Cien años de política de vivienda social, cien años de expulsión de los pobres a la periferia de Santiago». En *1906/2006. Cien años de política de vivienda en Chile*, editado por María José Castillo y Rodrigo Hidalgo, 51-63. Santiago: Universidad Nacional Andrés Bello, Pontificia Universidad Católica de Chile, Universidad Central de Venezuela, 2007.
- . *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX*. Santiago: Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005.
- Hofer, Andreas. *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina*. Prólogo de Rogelio Salmona. Traducido por Luisa Ungar y Olga Martín. Bogotá: El Áncora Editores, Corporación La Candelaria, 2003.
- Hussey, Roland D. «Traces of French Enlightenment in Colonial Hispanic America». En *Latin America and the Enlightenment*, editado por Arthur P. Whitaker, 23-51. Nueva York: D Appleton-Century Company, 1942.
- Hyde, Timothy. *Constitutional Modernism. Architecture and Civil Society in Cuba, 1933-1959*. Minneapolis y Londres: University of Minnesota Press, 2012.
- Kemper, Robert V. «Mexico City». En *Encyclopedia of Urban Cultures. Cities and Cultures around the World* (4 ts.), editado por Melvin Ember y Carol R. Ember, t. III, 184-197. Danbury, Conn.: Grolier, 2002.
- Kessel, Carlos. *A vitrine e o espelho. O Rio de Janeiro de Carlos Sampaio*. Río de Janeiro: Prefeitura da Cidade do Rio de Janeiro, 2001.

- King, Anthony D. *Urbanism, Colonialism and the World-Economy. Cultural and Spatial Foundations of the World Urban System*. Londres: Routledge, 1990.
- Ladd, Brian. *Urban Planning and Civic Order in Germany, 1860-1914*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1990.
- Lamparelli, Celso Monteiro. «O ideário do urbanismo em São Paulo em meados do século XX. O Padre Lebre: continuidades, rupturas e sobreposições». *DANA. Documentos de Arquitetura Nacional y Americana* (Buenos Aires: Cedodal) 37/38 (1995): 125-131.
- . «Louis-Joseph Lebre: e a pesquisa urbano regional no Brasil. Crônicas tardias ou história prematura». En *Cidade e urbanismo. História, teorias e práticas*, organizado por Nino Padilha, 281-298. Salvador de Bahia: Faufa, 1998.
- Leme, María Cristina da Silva. «A formação do pensamento urbanístico no Brasil, 1865-1965». En *Urbanismo no Brasil, 1895-1965*, editado por M. C. da Silva Leme, 20-38. São Paulo: Fupam, Studio Nobel, 1999.
- , ed. *Urbanismo no Brasil, 1895-1965*. São Paulo: Fupam, Studio Nobel, 1999.
- Levi, Giovanni. «On Microhistory». En *New Perspectives on Historical Writing* (1991), editado por Peter Burke, 97-119. Cambridge: Polity Press, 2001.
- Liernur, Francisco y Pablo Pschepiurca. *La red austral. Obras y proyectos de Le Corbusier y sus discípulos en la Argentina (1924-1965)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo 3010, 2008.
- . «Le Corbusier y el plan de Buenos Aires». En *Le Corbusier y Sudamérica, viajes y proyectos*, editado por Fernando Pérez Oyarzún, 56-71, Santiago de Chile: Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.
- Liernur, Francisco y Graciela Silvestri. *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.
- Lombardi, John. *Venezuela. The Search of Order. The Dream of Progress*. Nueva York: Oxford University Press, 1982.
- Lombardo, Juan Donato. *La construcción de la ciudad. El caso de la región metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Nobuko, 2008.
- . *Pensamiento urbanístico y desarrollo urbano en la Región Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento, 1999.
- Londei, Enrico. *La Parigi di Haussmann. La trasformazione urbanistica di Parigi durante il secondo Impero*. Roma: Kappa, 1982.
- Luna, Félix. *Breve historia de los argentinos* (1993). Buenos Aires: Planeta, 2005.

- Luna, José Ramón. *El positivismo en la historia del pensamiento venezolano*. Caracas: Editorial Arte, 1971.
- Martínez Olavarría, Leopoldo, Gustavo Ferrero Tamayo, Julián Ferris, Juan Andrés Vegas, Martín Vegas. «Maurice Rotival». *Punto* (Caracas: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, FAU, Universidad Central de Venezuela, UCV) 65 (1983): 56-66.
- Mathieux, Jean, *Histoire de France*. París: Hachette, 1996.
- Mattalía, Sonia. «Sueño y desilusión de la modernidad: imágenes de la ciudad en el fin de siglo latinoamericano». En *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, compilado por Beatriz González, Javier Lasarte Graciela Montaldo y María J. Daroqui, 519-531. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995.
- McLaughlin Green, Constance. *El crecimiento urbano de los Estados Unidos* (1965). Traducido por Flora Setaro. Buenos Aires: Ediciones Infinito, 1968.
- Misle, Carlos Eduardo (Caremis). *La Caracas de Rómulo Gallegos*. Caracas: Cuadernos Lagoven, 1986.
- Montoya, Jhon Williams. «Planificación, urbanismo y la construcción de la Bogotá moderna. De Brunner a Le Corbusier». En *Historiografía y planificación urbana en América Latina*, editado por Isabel Duque Franco, 73-168. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Geografía, 2013.
- Morse, Richard M. *Las ciudades latinoamericanas*. 2 ts. México: SEP, 1973.
- . «El desarrollo de los sistemas urbanos en las Américas durante el siglo XIX». En *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*, editado por Jorge E. Hardoy y Richard P. Schaedel, 263-290. Buenos Aires: Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP), 1975.
- . *Formação histórica de São Paulo (da comunidade á metrópole)*. São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1970.
- . *From Community to Metropolis, a Biography of São Paulo, Brazil*. Gainesville: University of Florida Press, 1958.
- . «Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)». En *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, editado por Jorge E. Hardoy, Richard M. Morse, Richard P. Schaedel, 91-112. Buenos Aires: Clasco, Ediciones SIAP, 1978.
- . «Latin American cities in the 19th century: approaches and tentative generalizations». En *The Urban Development of Latin America 1750-1920*, editado por Richard M. Morse, Michael L. Coniff, John Wibel, 1-21. Stanford: Center for Latin American Studies, Stanford University, 1971.

- Mota, Clarice Novais da. «Rio de Janeiro». En *Encyclopedia of Urban Cultures. Cities and Cultures around the World* (4 ts.), editado por Melvin Ember y Carol R. Ember, t. IV, 29-38. Danbury, Conn.: Grolier, 2002.
- Mumford, Lewis. *The City in History. Its Origins, its Transformations, and its Prospects*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1961.
- . *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas* (1966). 2 ts. Traducido por E. L. Revol. Buenos Aires: Ediciones Infinito, 1979.
- Munro, Dana. *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean 1900-1921*. Princeton: Princeton University Press, 1964.
- Needell, Jeffrey. *A Tropical Belle Époque. Elite, Culture and Society in Turn-of-the-century Rio de Janeiro*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- Nicolini, Alberto. «Le Corbusier: Utopía y Buenos Aires», *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana* 37/38 (1995): 106-113.
- Novais, Fernando A. *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial (1777-1808)*. São Paulo: Editora Hucitec, 1979.
- Núñez, Enrique Bernardo. *La ciudad de los techos rojos* (1947-49). Caracas: Monte Ávila Editores, 1988.
- . *El hombre de la levita gris* (1943). Caracas: Monte Ávila Editores, 1986.
- Ocampo López, Javier. *Historia básica de Colombia* (1994). Bogotá: Planeta, 2007.
- Ochoa Vega, Alejandro. «México. Formas arquitectónicas y ciudad». En *París-México. La primera modernidad arquitectónica*, coordinado por José Luis Cortés, 89-92. México: Instituto Francés de América Latina (IFAL), Colegio de Arquitectos de México, Sociedad de Arquitectos Mexicanos (CAM-SAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (UAM-X), 1993.
- Onetti, Juan Carlos. «Introducción» a *Aguafuertes porteñas*, de Roberto Arlt (1933), 7-16. Buenos Aires: E. Santiago Rueda Editor, 2005.
- Ortega, Julio. «Prólogo» a *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma. Selección de Santiago Londoño Vélez, 19-30. Bogotá: Editorial Norma, 1991.
- Pacheco, Carlos. *La patria y el parricidio. Estudios y ensayos críticos sobre la historia y la escritura en la narrativa venezolana*. Mérida: Ediciones el Otro, el Mismo, 2001.
- Pagden, Anthony. *Lords of all the World. Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800*. Londres: Yale University Press, 1995.

- Palma, Gabriel. «Dependency: a Formal Theory of Underdevelopment or a Methodology for the Analysis of Concrete Situations of Underdevelopment». *World Development* 7/8 (julio-agosto 1978): 881-920.
- Parker, David. «Civilizing the City of Kings: Hygiene and Housing in Lima, Peru». En *Cities of Hope. People, Protests and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*, editado por Ronn Pineo y James A. Baer, 153-177. Boulder, Colo.: Westview Press, 1998.
- Pavez, María Isabel. «Precursores de la enseñanza del urbanismo en Chile. Período 1928-1953». *Revista de Arquitectura* (Santiago: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile) 3 (1992): 2-11.
- . «Temprana modernidad del Urbanismo en Santiago de Chile: interacciones entre Jacques Lambert, Karl Brunner, Luis Muñoz y Roberto Humeres». En *Karl Brunner desde el Bicentenario*, 12-25. Santiago: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, Embajada de Austria, 2009-2010.
- Peixoto, Afranio. «Reseña cultural». En *Os sertões* (1902), de Euclides da Cunha. Traducido por Benjamín de Garay, vii-xxvi. Buenos Aires: W. M. Jackson, 1940.
- Pereira, Margareth da Silva. «Notas sobre Urbanismo no Brasil: construções e crises de um campo disciplinar». En *Urbanismo em Questão*, organizado por Denise B. Pinheiro Machado, Margareth da Silva Pereira, Rachel Coutinho, 55-83. Río de Janeiro: Proureb, Universidade Federal de Rio de Janeiro (UFRJ), CNPq, 2003.
- . «The Time of the Capitals: Rio de Janeiro and São Paulo: Words, Actors and Plans». En *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002), editado por Arturo Almandoz, 75-108. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- Pérez Oyarzún, Fernando. «Le Corbusier y Sudamérica en el viaje del 29». En *Le Corbusier y Sudamérica, viajes y proyectos*, editado por Fernando Pérez Oyarzún, 15-41. Santiago de Chile: Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.
- Pérez Oyarzún, Fernando y José Rosas Vera. «Cities within the City: Urban and Architectural Transfers in Santiago de Chile, 1840-1940». En *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002), editado por Arturo Almandoz, 109-138. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- Pineo, Ronn y James A. Baer, eds. *Cities of Hope. People, Protests and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*. Boulder, Colo.: Westview Press, 1998.
- Pineo, Ronn y James A. Baer. «Urbanization, the Working Class and Reform». En *Cities of Hope. People, Protests and Progress in Urbanizing Latin America, 1870-1930*, editado por Ronn Pineo y James A. Baer, 258-274. Boulder, Colo.: Westview Press, 1998.

- Pinheiro, Eloísa Petti. *Europa, França e Bahia. Difusão e adaptação de modelos urbanos (Paris, Rio e Salvador)*. Salvador: Edufba, 2002.
- Pinheiro, Eloísa Petti y Marco Aurélio de Filgueiras Gomes, orgs. *A cidade como história. Os arquitetos e a historiografia da cidade e do urbanismo*. Salvador de Bahia: Edufba, PPG-AU, Faculdade de Arquitetura e Urbanismo, Universidade Federal da Bahia, 2005.
- Pinkney, David H. *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*. Princeton: Princeton University Press, 1958.
- Pino Iturrieta, Elías. «Ideas sobre un pueblo inepto: la justificación del gomecismo» (1988). En *Juan Vicente Gómez y su época*, compilado por Elías Pino Iturrieta, 187-201. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993.
- . *Positivismo y gomecismo*. Caracas: Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Universidad Central de Venezuela (UCV), 1978.
- . *Venezuela metida en cintura. 1900-1945*. Caracas: Cuadernos Lagovén, 1988.
- Pitol, Sergio. «Prólogo» a *Ulises criollo*, de José Vasconcelos (1935), vii-xxiii. México: Editorial Porrúa, 2003.
- Polanco Alcántara, Tomás. *Guzmán Blanco. Tragedia en seis partes y un epílogo*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Grijalbo, 1992.
- . *Historia de Caracas*. Caracas: Comisión del Bicentenario del Libertador, 1983.
- Pontual, Virginia. *Louis-Joseph Lebreton na América Latina: um exitoso laboratório de experiências em planejamento humanista*. Rio de Janeiro: Letra Capital, Editora UFPE, 2016.
- Porto, Antônio Rodrigues. *História urbanística da cidade de São Paulo (1554 a 1988)*. São Paulo: Carthago & Forte, 1992.
- Potter, Robert B. y Sally Lloyd-Evans. *The City in the Developing World*. Londres: Longman, 1998.
- Pozo, José del. *Historia de América Latina y del Caribe. 1825-2001*. Santiago: Lom Ediciones, 2002.
- Quesada, Florencia. *En el barrio Amón. Arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la élite urbana de San José, 1900-1935*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, 2001.
- . *La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930*. Helsinki: Publicaciones del Instituto Renvall, Universidad de Helsinki, 2007.
- Quintero, Rodolfo. *El petróleo y nuestra sociedad* (1970). Caracas: Universidad Central de Venezuela (UCV), 1978.
- Quiroz Rothe, Héctor. *Ciudades mexicanas del siglo XX*. México: Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2008.

- Ragon, Michel. *Histoire mondiale de l'architecture et de l'urbanisme modernes (1971-78)*. 3 ts. París: Casterman, 1991.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Rama, Carlos M. «El utopismo socialista en América Latina». En *Utopismo socialista (1830-1893)*, editado por Carlos M. Rama, ix-ixvii. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Ramírez, Sergio. «Fuentes de la imaginación crítica». *El Nacional* (Caracas), noviembre 2, 2008, p. Siete días 6.
- Ramón, Armando de. *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)* (2001). Santiago de Chile: Catalonia, 2006.
- . *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2000.
- Ramón, Gabriel. *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima: Sidea, PromPerú, 1999.
- . «The Script of Urban Surgery: Lima, 1850-1914». En *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002), editado por Arturo Almandoz, 170-192. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE), 1989.
- Randle, Patricio H. *Evolución urbanística*. Buenos Aires: Eudeba, 1972.
- . «Introducción» a *Buenos Aires y sus problemas urbanos*, de Carlos María della Paolera. Selección de P. H. Randle, 11-20. Buenos Aires: Oikos, 1977.
- Reese, Carol McMichael. «The urban development of Mexico City, 1850-1930». En *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950* (2002), editado por Arturo Almandoz, 139-169. Londres y Nueva York: Routledge, 2010.
- Rego, Renato Leão. *As cidades plantadas. Os britânicos e a construção da paisagem do norte do Paraná*. Maringá: Edições Humanidades, 2009.
- Reissman, Leonard. *El proceso urbano. Las ciudades en las sociedades industriales*. Traducido por Laboratorio de Urbanismo de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona (Etsab). Barcelona: Gustavo Gili, 1972.
- . *The Urban Process. Cities in Industrial Societies* (1964). Nueva York: The Free Press, 1970.
- Remini, Robert V. *A Short History of the United States. From the Arrival of Native American Tribes to the Obama Presidency*. Nueva York: Harper Perennial, 2008.
- Remy, Jean y Lilianne Voyé. *La ciudad y la urbanización*. Traducido por J. Hernández Orozco. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), 1976.

- Retto, Adalberto da Silva. «Scales of modernity in an urban structure study: Vale do Anhangabau». *11th International Planning History Conference. Planning Models and the Culture of Cities*. Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya, 2004 <http://www.iphs2004.com>.
- Rezende, Vera, ed. *Urbanismo na Era Vargas: a transformação das cidades brasileiras*. Niterói: Editora da UFF, Intertexto Editora, 2012.
- Ríos Garza, Carlos. «Las Pláticas sobre arquitectura, contexto y contenido». En *Pláticas sobre arquitectura. México, 1933*, AA. VV., 11-19. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2001.
- Rippy, James F. *British Investments in Latin America, 1822-1949. A Case Study in the Operations of Private Enterprise in Retarded Regions*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1959.
- . *Latin America and the Industrial Age*. Nueva York: Putnam's Sons, 1944.
- Rodrigues, Cecilia, Margareth da Silva Pereira, Romeo Veriano y Vasco Caldeira. «El viaje de 1936». En *Le Corbusier y Sudamérica. Viajes y proyectos*, compilado por Fernando Pérez Oyarzún, 42-49. Santiago de Chile: Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.
- Rodríguez Villegas, Hernán. «Vicuña Mackenna y el paseo de Santa Lucía». En *La montaña mágica / El cerro de Santa Lucía y la ciudad de Santiago*, de Rodrigo Pérez de Arce, Ricardo Astaburuaga Echenique y Hernán Rodríguez Villegas, 6-23. Santiago de Chile: Ediciones ARQ, 1993.
- Rofman, Alejandro B. *Dependencia, estructura de poder y formación regional en América Latina* (1974). México: Siglo Veintiuno Editores, 1977.
- . «Proceso social y desarrollo urbano en América Latina. Siglo XX». En *De Teotihuacán a Brasilia. Estudios de historia urbana iberoamericana y filipina*, coordinado por Gabriel Alomar, 435-475. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), 1987.
- Rojas Mix, Miguel. *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. Barcelona: Muchnik Editores, 1978.
- Roig, Arturo Andrés. *El pensamiento social de Juan Montalvo. Sus lecciones al pueblo* (1984). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Subsede Ecuador, Corporación Editora Nacional, 1995.
- Romero, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina* (1946). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (FCE), 2008.
- . *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976). México: Siglo Veintiuno, 1984.
- . *El obstinado rigor. Hacia una historia cultural de América Latina*. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2002.

- . *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967). México: Siglo Veintiuno Editores, 1989, t. I.
- Romero, Luis Alberto. «Sectores populares, asociacionismo y política. Buenos Aires, 1912-1976». En *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, editado por Jaime Valenzuela Márquez, 291-311. Santiago de Chile: Instituto de Historia, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007.
- Romero León, Jorge. «Fotógrafos y escritores. Pintores de la vida moderna». En *Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina 1870-1930*, AA. VV., 18-31. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), 1997.
- . *Retórica de imaginación urbana. La ciudad y sus sujetos en Cecilia Valdés y Quincas Borba*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), 1997.
- Rosas Vera, José. «La vivienda moderna en el centro de Santiago». En *Vivienda multifamiliar en Santiago 1930-1970*, compilado por Andrés Téllez, 16-41. Santiago: Docomomo Chile, Universidad Diego Portales, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009.
- Sánchez Ruiz, Gerardo. «El contexto que rodeó la propuesta de planificación del arquitecto Carlos Contreras». En *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras. Escritos de 1925 a 1935*, coordinado por Gerardo Sánchez, 9-24. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Autónoma de San Luis de Potosí, 2003.
- . *Planeación moderna de ciudades*. México: Trillas, 2008.
- , coord. *Planificación y Urbanismo visionarios de Carlos Contreras. Escritos de 1925 a 1935*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Autónoma de San Luis de Potosí, 2003.
- . «El primer posgrado en planificación y urbanismo en México. Un desencuentro en la historia». *Conciencia en arquitectura. Urbanismo* 3 (2002), <http://concienciaenarquitectura.aztecaonline.net/urbanismo>, consultada en enero 15, 2005.
- Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- Savage, Mike y Alan Warde. *Urban Sociology, Capitalism and Modernity*. Londres: Macmillan, 1993.
- Scarpaci, Joseph, Roberto Segre y Mario Coyula. *Havana. Two Faces of the Antillean Metropolis*. Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press, 2002.
- Schael, Guillermo José. *Caracas. La ciudad que no vuelve*. Caracas: 1968.
- Schneeberger, Carlos Alberto. *Minimanual compacto de história do Brasil. Teoría e prática*. São Paulo: Rideel, 2003.

- Scobie, James R. *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*. Buenos Aires: Solar-Hachette, 1977.
- . *Buenos Aires: From Plaza to Suburb, 1870-1910*. Nueva York: Oxford University Press, 1974.
- . «The Growth of Latin American Cities, 1870-1930». En *The Cambridge History of Latin America*, editado por Leslie Betchell. Vol. IV: *c. 1870 to 1930*, 233-265. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- Segawa, Hugo. «1911: Bouvard em São Paulo». *DANA. Documentos de Arquitetura Nacional y Americana* (Buenos Aires: Cedodal), 37/38 (1995): 31-35.
- Segnini, Yolanda. *Las luces del gomecismo*. Caracas: Alfadil, 1987.
- Segre, Roberto. «América Latina: urbanidad del siglo XXI. Suburbios, periferias, franjas y archipiélagos». En *Iberoamérica. Arquitectura 2001-2002. III Bienal Iberoamericana de Arquitectura*, editado por Raúl Rispa, 36-43. Madrid y Sevilla: Ministerio de Fomento, Tanais, 2002.
- . «Cerdá en el Mar Caribe». *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Obras Públicas, MOPU) 32 (125) (2000): 571-576.
- . *Historia de la arquitectura y del urbanismo. América Latina y Cuba*. La Habana: Pueblo y Educación, 1986.
- Segre, Roberto y Sergio Baroni. «Cuba y La Habana. Historia, población y territorio». *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales* (Madrid: Ministerio de Obras Públicas, MOPU) 30 (116) (1998): 351-379.
- Sennett, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Traducido por César Vidal. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- . *Flesh and Stone. The Body and the City in Western Civilization* (1994). Londres: Faber and Faber, 1996.
- Sica, Paolo. *Storia dell'urbanistica*. 3 ts. Bari: Laterza, 1976-1978.
- Stein, Stanley y Barbara H. Stein. *The Colonial Heritage of Latin America. Essays on Economic Dependence in Perspective*. Nueva York: Oxford University Press, 1970.
- Stieber, Nancy. «Microhistory of the Modern City: Urban Space, Its Use and Representation». *Journal of the Society of Architectural Historians* (Chicago: Society of Architectural Historians, SAH) 58 (3), Special Issue (septiembre 1999): 382-391.
- Stuckenbruck, Denise Cabral. *O Rio de Janeiro em questão: O plano Agache e o ideário reformista dos anos 20*. Río de Janeiro: Observatório de Políticas Urbanas e Gestão Municipal, Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano e Regional (IPPUR), Universidade Federal de

- Rio de Janeiro (UFRJ), Federação de Órgãos para Assistência Social e Educacional, 1996.
- Suárez Mayorga, Adriana María. *La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá (1910-1950)*. Bogotá: Editora Guadalupe, 2006.
- Sutcliffe, Anthony. «The British Historian's Contribution to the Understanding of Urban and Regional Planning». *Planning History* (International Planning History Society, IPHS) 25 (1) (2003): 21-28.
- . ed. *Metropolis, 1890-1940*. Londres: Mansell, 1984.
- . *Towards the Planned City: Germany, Britain, the United States and France, 1780-1914*. Oxford: Blackwell, 1981.
- Talen, Emily. *New Urbanism & American Planning. The Conflict of Cultures*. Londres y Nueva York: Routledge, 2005.
- Tartarini, Jorge D. «La visita de Werner Hegemann a la Argentina en 1931». *DANA. Documentos de Arquitectura Nacional y Americana* (Buenos Aires: Cedodal) 37/38 (1995): 54-63.
- Taylor, Nigel. *Urban Planning Theory since 1945*. Londres: Sage Publications, 1998.
- Tedesco, Ítalo. *Urdimbre estética, social e ideológica del indigenismo en América Latina*. Caracas: Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), 2004.
- Tenorio, Mauricio. «L'idéal de la modernité: Mexico 1910: le rêve du dictateur». En *L'urbanisme dans les Amériques. Modèles de ville et modèles de société*, editado por Jérôme Monnet, 61-89. París: Éditions Karthala, 2000.
- Tenreiro, Oscar. «Conversación con el General (R) Marcos Pérez Jiménez, en su residencia en Madrid, el día 5 de febrero de 1995». *Ciudad* (Caracas: Dirección de Gestión Urbana, Alcaldía de Caracas) 1 (1995): 7-33.
- Tomas, François. «México. 1920-1949: la primera modernidad arquitectónica». En *París-México. La primera modernidad arquitectónica*, coordinado por José Luis Cortés, 61-88. México: Instituto Francés de América Latina (IFAL), Colegio de Arquitectos de México, Sociedad de Arquitectos Mexicanos (CAM-SAM), Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (UAM-X), 1993.
- Torrent, Horacio. «Ciudades en papel. Teorías arquitectónicas y urbanas en Chile 1930-1940». En *Revistas, arquitectura y ciudad. Representaciones en la cultura moderna*, compilado por Horacio Torrent, 127-155. Santiago de Chile: Escuela de Arquitectura, Pontificia Universidad Católica (PUC) de Chile, T6 Ediciones, 2013.
- Troconis, Ermila. *Caracas* (1992). Caracas: Grijalbo, 1993.
- Tsiomis, Yannis. «A autoridade CIAM. Universalismo e internacionalismo». En *Le Corbusier. Rio de Janeiro: 1929, 1936*, editado por Yanis

- Tsiomis, 52-57. Río de Janeiro: Secretaria Municipal de Urbanismo, Centro de Arquitetura e Urbanismo do Rio de Janeiro, 1998.
- . «Da utopia a realidade da paisagem». En *Le Corbusier. Rio de Janeiro: 1929, 1936*, editado por Yanis Tsiomis, 12-19. Río de Janeiro: Secretaria Municipal de Urbanismo, Centro de Arquitetura e Urbanismo do Rio de Janeiro, 1998.
- . «1936, Le Corbusier fala, desenha, projeta». En *Le Corbusier. Rio de Janeiro: 1929, 1936*, editado por Yanis Tsiomis, 32-40. Río de Janeiro: Secretaria Municipal de Urbanismo, Centro de Arquitetura e Urbanismo do Rio de Janeiro, 1998.
- United Nations Centre for Human Settlements (Habitat). *An Urbanizing World. Global Report on Human Settlements*. Oxford: Oxford University Press, 1996.
- Uribe, Álvaro. «El Plan Brunner para la ciudad de Panamá». *Revista de Arquitectura*, 8 (1996): 20-21.
- Urban, Florian. *Tower and Slab. Histories of Global Mass Housing*. Londres y Nueva York: Routledge, 2012.
- Vainfas, Ronaldo. «Introdução» a Paulo Prado, *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira* (1928). En *Interpretes do Brasil*, AA. VV., 5-21. Río de Janeiro: Editora Nova Aguilar, 2000.
- Valenzuela, Luis. «La Caja de Habitación Popular: el rostro cambiante de la vivienda en Chile, 1936-1952». En *1906/2006. Cien años de política de vivienda en Chile*, editado por María José Castillo y Rodrigo Hidalgo, 65-84. Santiago: Universidad Nacional Andrés Bello, Pontificia Universidad Católica de Chile, Universidad Central de Venezuela, 2007.
- Valenzuela Aguilera, Alfonso. *Urbanistas y visionarios. La planeación urbana de la Ciudad de México en la primera mitad del siglo XX*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Miguel Ángel Porrúa Librero-Editor, 2014.
- Vaz, Lilian Fessler. *Modernidade e moradia. Habitação coletiva no Rio de Janeiro. Séculos XIX e XX*. Río de Janeiro: 7 Letras, Faperj, 2002.
- Vera, Beatriz Abache de. *El Paraíso de ayer y de hoy (1895-1995)*. Caracas: Fundarte, 1995.
- Villalobos R., Sergio. *Breve historia de Chile* (1979). Santiago: Editorial Universitaria, 2010.
- Villoria-Siegert, Nelliana y Arturo Almandoz. «Transferring the Neighborhood Unit to Caracas: Examples of Foreign Influence in Venezuela». *Critical Planning* (Los Angeles: Department of Urban Planning, University of California Los Angeles, UCLA), 9 (verano 2002): 89-100. <http://www.spa.ucla.edu/critplan>.
- Ward, Stephen V. *Planning the Twentieth-Century City: The Advanced Capitalist World*. Chichester: Wiley, 2002.

- Whitaker, Arthur. *The United States and South America. The Northern Republics*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1948.
- White, Morton y Lucía White. *El intelectual contra la ciudad, de Thomas Jefferson a Frank Lloyd Wright*. Traducido por E. L. Revol. Buenos Aires: Ediciones Infinito, 1967.
- . *The Intellectual versus the City. From Thomas Jefferson to Frank Lloyd Wright*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, The MIT Press, 1962.
- Williamson, Edwin. *The Penguin History of Latin America*. Londres: Penguin Books, 1992.
- Wilson, Charles Morrow. *Ambassadors in White. The Story of American Tropical Medicine* (1942). Nueva York: Kennikat Press, 1972.
- Woodward, E. L. *Historia de Inglaterra* (1962). Traducido por Eugenio Gallego. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Wright, Gwendolyn. *The Politics of Design in French Colonial Urbanism*. Chicago: The University of Chicago Press, 1991.
- Zawisza, Leszek. *Arquitectura y obras públicas en Venezuela. Siglo XIX*. 3 ts. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1989.
- . «Fundación de las ciudades hispanoamericanas». *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas* (Caracas: Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, CIHE, Universidad Central de Venezuela, UCV), 13 (enero 1972): 88-128.
- Zucconi, Guido, ed. *Camillo Sitte e i suoi Interpreti*. Milán: FrancoAngeli, 1992.

OBRAS DE REFERENCIA Y SITIOS WEB

- Behrendt, Richard F. *Modern Latin America in Social Science Literature: A Selected Annotated Bibliography of Books, Pamphlets and Periodicals in English in the Fields of Economics, Politics and Sociology of Latin America*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1949.
- Bibliotecas virtuales*, <http://www.bibliotecasvirtuales.com>.
- Biografías y vidas*, <http://www.biografiasyvidas.com>.
- Cannon, John, ed. *The Oxford Companion to British History*. Oxford: Oxford University Press, 1997.
- Caves, Roger, ed. *Encyclopedia of the City*. Londres y Nueva York: Routledge, 2005.
- Compumedicina.com*, <http://www.compumedicina.com>.
- Cooper, J. J., ed. *Brewer's Book of Myth and Legend* (1992). Oxford: Helicon, 1997.
- Diccionario de Historia de Venezuela* (1988). 4 ts. Caracas: Fundación Polar, 1997.

- Dictionary of National Biography* (1917). 21 ts. Oxford: Oxford University Press, 1973.
- Dictionnaire de l'Académie des Beaux-Arts*. 6 ts. París: Institut de la France, Firmin-Didot et Cie, 1858-90.
- Ember, Melvin y Carol R. Ember, eds. *Encyclopedia of Urban Cultures. Cities and Cultures around the World*. 4 ts. Danbury, Connecticut: Grolier, 2002.
- Enciclopedia Salvat Diccionario*. 12 ts. Barcelona: Salvat Editores, 1972.
- Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* (1907). 70 ts. Barcelona: José Espasa, Editor, 1913 (?).
- Encyclopedia Americana* (1829). 30 ts. Nueva York: Americana Corporation, 1977.
- Encyclopædia Britannica*. 12 ts. Chicago: The University of Chicago Press, 1994.
- Ensayistas*, <http://www.ensayistas.org>.
- Gran enciclopedia Espasa*. 20 ts. Bogotá: Espasa Calpe, 2005.
- Grandes economistas*, <http://www.eumed.net>.
- Historia Escola Politécnica da USP*, <http://www.poli.usp.br>.
- Larousse, Pierre. *Grand dictionnaire universel du XIXe siècle*. 17 ts. París: Administration du Grand Dictionnaire Universel, 1864-86.
- Literatura*, <http://www.literatura.org>.
- Martin, Percy Alvin, ed. *Who's Who in Latin America. A Biographical Dictionary of the Outstanding Men and Women of Spanish America and Brazil* (1935). 7 ts. Stanford, California: Stanford University Press, 1945.
- Memoria chilena*, <http://www.memoriachilena.com>.
- Merlin, Pierre y Françoise Choay, eds. *Dictionnaire de l'urbanisme et de l'aménagement* París: Presses Universitaires de France (PUF), 1988.
- Le petit Larousse illustré 2009*. París: Larousse, 2008.
- Placzek, Adolf K., ed. *Macmillan Encyclopedia of Architects*. 4 ts. Nueva York: The Free Press, 1982.
- The Political Graveyard, Index to Politicians*, <http://politicalgraveyard.com/bio>.
- Portoghesi, Paolo, ed. *Dizionario enciclopedico di Architettura e Urbanistica*. 6 ts. Roma: Instituto Editoriale Romano, 1968.
- Rivas D., Rafael Ángel y Gladys García Riera. *Quiénes escriben en Venezuela. Diccionario de escritores venezolanos (siglos XVIII a XXI)* (2004). 2 ts. Prólogo de Francisco Javier Pérez. Caracas: 2006.
- Rodger, Richard. *A Consolidated Bibliography of Urban History*. Aldershot: Scholar Press, 1996.
- A short history of the Cornell Sociology Department*, <http://www.soc.cornell.edu/history/timeline>.

- Sills, David L., ed. *International Encyclopedia of Social Sciences* (1968). 17 ts. Nueva York: The MacMillan Company & The Free Press, 1972.
- Stevens Curl, James. *Dictionary of Architecture*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
- Sutcliffe, Anthony. *The History of Modern Town Planning: a Bibliographical Guide*. Birmingham: Centre for Urban and Regional Studies, University of Birmingham, 1977.
- Todo Argentina*, <http://www.todo-argentina.net>.
- University of California*, <http://www.universityofcalifornia.edu>.
- The University of Chicago Chronicle*, <http://chronicle.uchicago.edu>.
- Urbanismo Universidad de Chile*, <http://www.urbanismo.uchile.cl>.
- Venezuela tuya*, <http://www.venezuelatuya.com>.
- Venezuela virtual. Historia de Venezuela*, <http://www.mipunto.com>.
- White, Brenda. *The Literature and Study of Urban and Regional Planning*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 1974.
- Who was Who in America. A Companion Biographical Reference Work to Who's Who in America*. 5 ts. Chicago: The A. N. Marquis Company, 1950.
- Wikipedia, The Free Encyclopedia*, <http://es.wikipedia.org>.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Adams, Thomas (1871-1940) 275
Adriani, Alberto (1898-1936) 231
Agache, Donat-Alfred (1875-1959) 282, 2
83, 285, 289, 329, 357, 387
Alberdi, Juan Bautista (1810-1884)
11, 50, 65, 67, 69, 79, 374
Albers, Josef (1888-1976) 318
Albuquerque, Alexandre de (1880-1940)
157, 390
Aldunate, Manuel (1815-1904) 96
Alegría, Ciro (1909-1967) 113, 249, 253,
254, 338, 339, 353, 357
Alemán, Miguel (1900-1983) 314, 315
Alessandri Palma, Arturo (1868-1950)
48, 241, 243, 244, 268, 351
Alfaro, Eloy (1842-1912) 142
Alfonzo Rivas, Santiago (1886-1968) 196
Alphand, Jean-Charles (1817-1891)
97, 154
Altamirano Talavera, Luis (1876-1938)
243
Alvear, Carlos Torcuato (1860-1931)
154, 349
Alvear, Máximo Torcuato de (1868-1942)
146
Alvear, Torcuato de (1822-1890)
90, 94, 348
Amábilis, Manuel 271
Amado, Jorge (1912-2001) 337, 357
Amaral, Tarsila do (1886-1973) 251
Andrade e Silva, José Bonifácio de (1763-
1838) 324
Andrade, Mario de (1893-1945) 250
Andrade, Oswald de (1890-1954) 249, 25
0, 251, 290, 324, 357, 370, 372
Andueza Palacio, Raimundo (1846-1900)
151
Anhaia Mello, Luís (1891-1974)
188, 268, 273, 275, 277
Ansart, Ernesto 96

Arcaya, Pedro Manuel (1874-1958)
144, 145, 211, 255, 357
Arguedas, José María (1911-1969) 231, 23
9, 253, 254, 337, 338, 350, 357
Arisмени, Juan Bernardo (1887-1982)
196
Arlt, Roberto (1900-1942) 233, 234, 235
, 236, 350, 357, 381
Asturias, Miguel Ángel (1899-1974) 241, 2
53, 254, 338, 339, 353, 357
Ávila Camacho, Manuel (1896-1955) 242
Azuela, Mariano (1873-1952)
113, 141, 237, 357

B

Balmaceda, José Manuel (1840-1891)
65, 69, 70, 71, 148, 161, 162
Balzac, Honoré de (1799-1850) 110, 115
Barbosa, Rui (1849-1923) 142, 171, 371
Bardet, Gaston (1907-1989)
279, 319, 357
Barragán, Luis (1902-1988) 28, 314, 369
Barros Grez, Daniel (1834-1904) 110
Barrimore, John (1882-1942) 236
Bartholdi, Frédéric (1834-1904) 214
Bartholomew, Harland (1889-1989) 277
Basadre, Jorge (1903-1980) 257
Bassols, Narciso (1897-1959)
271, 314, 340
Batista, Fulgencio (1901-1973)
303, 319, 337, 352, 357
Batlle y Ordóñez, José (1856-1929)
147, 243
Baudelaire, Charles (1821-1867)
135, 227, 228, 357
Baumeister, Reinhard (1833-1917) 158
Beaurepaire Rohan, Henrique Pedro (1812-
1894) 98
Bellamy, Edward (1850-1898) 181
Bello, Andrés (1761-1865) 69, 132, 167,
268, 374, 378, 389

Bell, Purl Lord (1886-1930?) 207
 Benedetti, Mario (1920-2009)
 341, 353, 358
 Benjamin, Walter (1892-1940)
 135, 136, 358
 Bernard, Émile (1868-1941) 152
 Bilbao, Francisco (1823-1865) 70
 Bioy Casares, Adolfo (1914-1999) 252
 Blanco, Andrés Eloy (1897-1955) 247
 Blanco Fombona, Rufino (1874-1944)
 133
 Blest Gana, Alberto (1830-1920)
 12, 70, 95, 110, 232, 358
 Boari, Adamo (1863-1928) 153, 349
 Boas, Franz (1858-1942) 257
 Bolet Peraza, Nicanor (1838-1906)
 107, 108, 358
 Bolívar, Simón (1783-1830)
 44, 102, 145, 285
 Bolland, Louis 86
 Borges, Jorge Luis (1899-1986) 252
 Bosque, Luis Yboleón 183
 Bouvard, Joseph Antoine (1840-1920) 15
 0, 154, 155, 157, 158, 176, 179,
 187, 188, 189, 281, 292, 349, 37
 1, 387
 Bowen, Herbert Wolcott (1856-1927)
 123, 124
 Brito, Saturnino de (1864-1929) 163
 Brunner, Karl (1887-1960) 35, 269, 270,
 291, 293, 294, 295, 296, 297,
 317, 327, 351, 358, 374, 376, 378,
 380, 382, 389
 Buarque de Holanda, Sergio (1902-1982)
 73, 76, 255, 258, 262, 347, 372
 Buchard, Martin 183
 Bulnes, Francisco (1847-1924) 69, 112,
 137, 139, 140, 143, 144, 255,
 347, 358
 Buls, Charles (1837-1914)
 154, 157, 178
 Burgess, Ernest (1886-1966)
 219, 220, 234, 330, 358, 363

C

Cabrera Infante, Guillermo (1929-2005)
 341, 353
 Cabrera, Lydia (1899-1981) 254
 Calles, Plutarco Elías (1877-1945) 242
 Cambaceres, Eugenio (1843-1888)
 91, 92, 114, 229, 349, 358, 375
 Campo, Estanislao del (1834-1880) 109
 Canal Feijóo, Bernardo (1897-1982)
 261, 376
 Cané, Miguel (1851-1905)
 43, 45, 50, 80, 358
 Capelo, Joaquín (1852-1928) 255
 Cárdenas, Lázaro (1895-1970)
 242, 266, 303, 314, 329, 352
 Carpentier, Alejo (1904-1980) 15, 195,
 201, 230, 240, 253, 254, 340,
 353, 358
 Carranza, Venustiano (1859-1921) 140
 Carrasco, Benito (1877-1958) 155, 184
 Carril, Bonifacio del (1911-1994) 261
 Carvajal Miranda, Carlos (1872-1950)
 172, 174
 Castro, Cipriano (1858-1924) 86, 122,
 123, 124, 126, 134, 143, 358, 363
 Cendrars, Blaise (1887-1961) 289
 Cerdá, Ildefonso (1815-1876)
 183, 184, 348, 387
 Cézanne, Paul (1839-1906) 251
 Chanel, Coco (1883-1971, Gabrielle
 Bonheur) 198, 200
 Chataing, Alejandro (1873-1928) 151
 Cleveland, Grover (1837-1908) 121
 Comte, Auguste (1798-1857)
 62, 64, 145, 256
 Coni, Emilio (1855-1928) 160
 Contreras Elizondo, Carlos (1892-1970)
 266, 272, 275, 276, 314, 329,
 333, 351, 359, 386
 Costa, Lúcio (1902-1998)
 273, 313, 322, 323, 324, 331
 Cravotto, Mauricio (1863-1962) 275
 Cremonesi, Ignazio (1866-1949) 153
 Cruz, Oswaldo (1872-1917) 162
 Cuevas, José Luis 190, 272, 275, 314

Cunha, Euclides da (1886-1909)
112, 113, 258, 348, 382

D

D'Annunzio, Gabriele (1863-1938) 133
Darío, Rubén (1867-1916, Félix Rubén
García Sarmiento) 126, 128, 129,
131, 132, 133, 136, 205, 206, 208,
209, 210, 212, 213, 222, 349, 359
Darwin, Charles (1809-1882) 64
Daudet, Alphonse (1840-1897) 133
Dávila Boza, Ricardo (1850-1937)
164, 165, 359
Davis, Kingsley (1908-1997)
307, 309, 310, 374
Delgado Chalbaud, Carlos (1909-1950)
248
Delgado, Rafael (1853-1914) 338
Denevi, Marco (1922-1998) 341, 353
D'Halmar Augusto (1882-1950, Augusto
Thomson) 115, 359
Díaz, Porfirio (1830-1915)
71, 76, 89, 137
Díaz Rodríguez, Manuel (1871-1927)
133, 134, 230, 359
Díaz Sánchez, Ramón (1903-1968)
104, 231, 339, 353, 374
Diez Canseco, José (1904-1949) 15, 192,
195, 201, 230, 350, 359
Dilthey, Wilhelm (1833-1911) 258
Dodsworth, Henrique (1895-1975) 283
Döll, Enrique (1869-s/f) 175
Donoso, José (1924-1996) 341, 342
Dos Passos, John (1896-1970) 341
Doyère, Emilio 153
Dreiser, Theodore (1871-1945) 223
Dreyfus, Alfred (1859-1935) 209, 210
Duprat, Raimundo (1911-1914) 157
Durkheim, Émile (1858-1917)
51, 144, 221, 331

E

Echeverría, Esteban (1805-1851) 50,
51, 52, 54, 55, 56, 58, 112, 228,
359
Edwards Bello, Joaquín (1887-1968)
199, 200, 201, 231, 236, 237, 238,
350, 360, 370
Egaña, Juan (1768-1836) 69
Egaña, Mariano (1793-1846) 68, 69
Emerson, Ralph Waldo (1803-1882) 256
Ernesto, Pedro 273
Errázuriz Zañartu, Federico (1825-1877)
95
Escipión el Africano (236 a.C.-183 a.C.)
144
Estrada Cabrera, Manuel (1857-1924)
144, 241
Eyzaguirre, Jaime (1908-1968)
71, 148, 149, 360

F

Fasileau-Duplantier 172
Fernández, Macedonio (1874-1952) 53,
79, 132, 231, 233, 235, 236,
252, 318, 350, 360, 362, 374
Ferrari Hardoy, Jorge (1914-1977) 316
Ferry, Jules (1832-1893) 105, 360
Forestier, Jean-Claude Nicholas (1861-
1930) 35, 154, 155, 279, 280,
281, 289, 292, 371, 374
Forster, Edward Morgan (1879-1970)
193, 194, 201, 360
Foucault, Michel (1926-1984) 32, 374
France, Anatole (1844-1924, Anatole
François Thibault) 133, 236
Franco, Jean 31, 38, 129, 130, 131,
133, 138, 141, 215, 231, 247,
249, 250, 251, 252, 254, 297,
301, 307, 317, 369, 375, 377, 380
Frank, Waldo (1889-1967) 250, 287
Freire, Vitor da Silva (1869-1951)
156, 157
Freud, Sigmund (1856-1939) 250
Freyre, Gilberto (1900-1987)
73, 74, 131, 257, 258, 331, 360

Frontin, André Paulo de (1860-1933)
153
Fuentes, Carlos (1928-2012)
336, 341, 342, 353
Fustel de Coulanges, Numa Denys (1830-
1889) 143, 211

G

Gache, Samuel (1859-1907) 160
Gaitán, Jorge Eliécer (1903-1948) 318
Gallegos, Rómulo (1884-1969) 12, 15,
111, 112, 115, 198, 199, 201,
247, 248, 254, 340, 350, 360,
380, 386
Gálvez, Manuel (1882-1962) 133, 221,
225, 226, 227, 228, 229, 231,
232, 245, 259, 260, 261, 349,
360, 376
Gamboa, Federico (1864-1939)
107, 115, 227, 229, 349, 360
García Calderón, Francisco (1883-1953)
62, 63, 209
García Calderón, Ventura (1886-1959)
247
García, Juan Agustín (1862-1923) 256
García Márquez, Gabriel (1927-2014)
132, 340, 365
García Moreno, Gabriel (1821-1875) 71
García, Roberto (1841-1936) 185
Garmendia, Salvador (1908-2001)
340, 353
Garnier, Charles (1825-1898) 152, 153
Gauguin, Paul (1848-1903) 251
Gayol, Roberto (1857-1936) 163
Geddes, Patrick (1854-1932)
274, 282, 327, 330, 360
Gil Fortoul, José (1861-1943)
58, 63, 143, 210, 211, 360
Gómez Carrillo, Enrique (1873-1927)
135, 136, 222, 360
Gómez de la Serna, Ramón (1888-1963)
234
Gómez, Juan Vicente (1908-1935)
143, 144, 145, 247, 364, 383

González Garraño, Alfredo (1886-1969)
286, 317
González, Joaquín V. (1863-1923) 224
Gropius, Walter (1863-1969) 318
Guerrero, Vicente (1782-1831) 74
Guillén, Nicolás (1902-1989) 254
Güiraldes, Ricardo (1886-1927) 252
Guzmán Blanco, Antonio (1829-1899)
27, 80, 81, 82, 94, 101, 102, 103,
104, 107, 348, 360, 361, 362, 383
Guzmán, Nicomedes (1914-1964)
238, 350, 368

H

Habsburgo, Maximiliano de (1832-1867)
76
Haeckel, Ernst (1834-1919) 210
Hardoy, Jorge Enrique (1926-1993) 33,
34, 35, 38, 46, 83, 94, 160, 171,
183, 189, 218, 256, 265, 297,
316, 377, 378, 380
Harth-terré, Emilio (1899-1983)
334, 335
Hauser, Philip (1910-1994)
307, 310, 378
Haussmann, George E. barón (1809-
1891) 14, 43, 58, 86, 90, 92, 93,
94, 96, 97, 98, 105, 106, 126, 132,
150, 153, 154, 175, 176, 178,
218, 264, 277, 284, 290, 327, 360,
361, 370, 379
Haya de la Torre, Víctor (1895-1979)
247
Hegemann, Werner (1881-1936) 14, 273,
287, 291, 292, 293, 351, 373, 388
Hénard, Eugène (1849-1923) 154, 277
Henault, Lucien (1823-s/f) 96
Henríquez Ureña, Pedro (1889-1959)
215, 242
Hernández, Héctor 177, 361
Hernández, José (1834-1886)
12, 107, 112
Hidalgo, Bartolomé (1788-1822) 109
Hitchcock, Henry-Russell (1903-1987)
313, 361

Howard, Ebenezer (1850-1928) 15, 156,
180, 181, 182, 183, 184, 186,
187, 190, 192, 264, 361
Huerta, Victoriano (1854-1916)
140, 207
Huidobro, Vicente (1893-1948) 253
Hurtado Manrique, Juan (1837-1896)
104, 151

I

Ibáñez del Campo, Carlos (1877-1960)
243
Ingenieros, José (1877-1925) 256, 257
Isaacs, Jorge (1837-1895)
12, 112, 348, 361
Iurbide, Agustín de (1783-1824) 74

J

Jaeschké, Víctor 150, 156
James, William (1842-1910) 256
Jaurès, Jean (1859-1914) 210
Jaussely, Léon (1875-1933)
156, 280, 289, 292, 329
Jecquier, Émile (1866-1949) 153, 175
Jotabeche (1811-1858, José Joaquín
Vallejo) 109
Joyce, James (1882-1941) 341
Juárez, Benito (1806-1872) 65, 75
Juárez Celman, Miguel (1886-1890) 91
Justo, Agustín Pedro (1876-1943) 245

K

Keyserling, Hermann (1880-1946) 250
Kidd, Benjamin (1858-1916)
127, 140, 210, 211, 361
Kubitschek, Juscelino (1902-1976)
305, 323, 324, 325
Kurchan, Juan (1913-1972) 316

L

Lambert, Jacques (1891-s/f)
270, 284, 382
Larraín Bravo, Ricardo 164, 165, 167,
168, 177, 180, 361
Lastarria, José Victorino (1817-1888) 70

Lavedan, Pierre (1885-1982) 264, 362
Lawrence, David Herbert (1885-1930)
250
Lazo, Carlos (1914-1955) 315
Le Bon, Gustave (1841-1931) 210, 256
Lebret, Joseph (1897-1966)
330, 331, 379, 383
Le Corbusier (1887-1965, Charles Édouard
Jeanneret) 35, 273, 280, 283,
286, 287, 288, 289, 290, 291, 292,
297, 312, 314, 315, 316, 317, 318,
319, 322, 323, 325, 326, 332, 351,
352, 362, 373, 377, 379, 380, 381,
382, 385, 388, 389
Legarreta, Juan (1908-1934) 271, 314
Leguía, Augusto (1863-1932)
144, 194, 200, 241, 247
L'Enfant, Pierre Charles (1745-1825) 85
Leopardi, Giacomo (1798-1837) 133
Le Play, Frédéric (1806-1882) 183, 331
Lerdo de Tejada, Miguel (1812-1861) 75
Lesseps, Ferdinand de (1805-1894) 205
Level de Goda, Luis (1838-1899)
104, 362
Liceaga, Eduardo (1839-1920) 164
Lima Barreto, Alfonso de (1881-1922)
133
Limantour, José (1854-1935) 138, 171
López Contreras, Eleazar (1883-1973)
247, 274, 319
López, Lucio (1826-1894)
11, 16, 37, 83, 88, 348
López Pumarejo, Alfonso (1886-1959)
303
Lord Bell 207
Lugones, Leopoldo (1874-1938)
133, 224, 225, 245
Luis XIV (1638-1715) 105
Luna, Félix (1925-2009) 56, 229
Lyautey, Louis-Hubert (1854-1934) 279
Lynch, Benito (1880-1951) 252

M

Machado de Assis, Joaquim (1839-1908)
111, 114, 115, 131, 229, 348, 362
Machado, Gerardo (1871-1939)
195, 247, 280
Mackenna Subercaseaux, Alberto (1875-
1952) 27, 170, 175, 176, 180, 362
Madero, Eduardo (1833-1894) 90
Madero, Francisco (1873-1913) 140
Maira, Octavio 164
Malaussena, Antonio (1853-1919) 151
Mariátegui, José Carlos (1895-1930) 247
Mármol, José (1818-1871)
50, 53, 54, 55, 56, 78, 89, 362
Martel, Julián (1867-1896, José María
Miró) 91, 114, 229, 348, 362, 376
Martí, José (1853-1895) 12, 114, 134,
135, 229, 348, 362
Martínez Estrada, Ezequiel (1895-1964) 249,
257, 259, 261, 262, 315, 362, 376
Martínez Inclán, Pedro (1883-1957)
275, 318, 362
Martínez Olavarría, Leopoldo (1919-
1992) 275, 283, 328, 380
Martínez, Valentín (1843-s/f) 162
Martin, Jules (1834-1908) 101
Matto de Turner, Clorinda (1852-1909)
113
Maupassant, Guy de (1850-1893) 133
Mazzini, Giuseppe (1805-1872) 51
McKinley, William (1843-1901)
127, 205, 211
Medina Angarita, Isaías (1897-1953)
248, 303, 319
Medina Febres, Mariano (1912-1976,
Medo) 247
Mendoza, Daniel (1823-1867) 109
Meneses, Guillermo (1911-1978)
240, 340, 353, 362
Meyer, Hannes (1889-1954)
313, 314, 352
Mibelli, Elbano (1869-1956) 274
Mies van der Rohe, Ludwig (1886-1969)
265, 266
Mirbeau, Octave (1848-1917) 133

Mistral, Gabriela (1889-1957, Lucila
Godoy) 242, 254, 255, 362
Mitre, Bartolomé (1821-1906) 50, 77
Monroe, James (1758-1831) 119, 120, 1
24, 125, 205, 206, 212, 365
Montalvo, Juan (1833-1889)
205, 206, 385
Montigny, Grandjean de (1776-1850)
72, 98
Montt, Manuel (1809-1880) 68
Moral, Enrique del (1906-1987) 315
Morris, Ira Nelson (1857-1942)
124, 362
Morse, Richard (1922-2001) 31, 34, 35,
36, 38, 46, 47, 48, 255, 256,
377, 378, 380
Moses, Robert (1888-1981) 320, 352
Mosquera, José Luis 177, 179, 180, 361
Mulhall, Michael G. (1836-1900)
45, 58, 60, 61, 80, 362
Mumford, Lewis (1895-1990)
39, 94, 381
Muñoz Maluschka, Luis (1896-1974)
270, 382
Murillo, Adolfo (1840-1899) 164
Murillo, Gerardo (1875-1964) 251

N

Neruda, Pablo (1904-1973, Ricardo
Nefalí Reyes) 238
Neutra, Richard (1892-1970) 318
Niemeyer, Oscar (1907-) 313, 324
Nöel, Carlos Martín (1886-1941) 273
Nothmann, Víctor Núñez 183

O

Obregón, Álvaro (1880-1928)
214, 242, 251
Ocampo, Silvina (1903-1993) 252
Ocampo, Victoria (1890-1979) 252, 287
Ocantos, Carlos María (1860-1949)
91, 229
O'Gorman, Juan (1905-1982) 263, 265, 2
66, 271, 313, 314, 363

O'Higgins, Bernardo (1778-1842)
68, 262

Oliveira Viana, Francisco de (1883-1951)
258

Olive, Pierre-Joseph (1817-1899) 182

Olmsted, Frederick Law (1822-1903)
184

Onetti, Juan Carlos (1904-1994)
234, 235, 340, 353, 381

Orozco, José Clemente (1883-1949)
29, 242, 251, 384

Orrego, Antenor (1892-1960) 247

Ortega y Gasset, José (1883-1955) 130

Ortiz, Fernando (1881-1969) 254

Ortiz Monasterio, Manuel
271, 272, 363

Otero Silva, Miguel (1908-1985) 235, 2
36, 336, 339, 350, 353, 363

Oyarzún Philippi, Rodolfo (1895-1985)
270

P

Palafox, Silvano 271

Palma, Ricardo (1833-1919)
12, 31, 110, 113, 363, 381, 382

Pani, Alberto J. (1878-1955) 165, 329

Pani, Mario (1911-1993) 315

Paolera, Carlos della (1890-1960) 273, 274,
275, 292, 329, 351, 384

Pardo Bazán, Emilia (1851-1921) 133

Pardo, Miguel Eduardo (1868-1905)
109, 210

Parker, Richard Barry (1867-1941)
186, 187, 188, 350, 370

Park, Robert E. (1864-1944)
219, 220, 363

Parra, Teresa de la (1889-1936,
Ana Teresa Parra Sanojo)
198, 199, 201, 350, 363

Patou, Jean (1880-1936) 198, 200

Paz, Octavio (1914-1998) 74, 76, 138

Pedro I (1798-1834) 72, 324

Pedro II (1825-1891) 72, 98, 348

Pereira de Sousa, Washington Luís (1869-
1957) 246

Pereira Passos, Francisco (1836-1913) 94,
98, 106, 153, 157, 176, 282, 289,
348, 349

Pérez Galdós, Benito (1843-1920) 133

Pérez Jiménez, Marcos (1914-2001) 301,
303, 304, 305, 320, 352, 363, 388

Perón, Juan Domingo (1895-1974)
301, 303, 306, 352

Perroux, François (1903-1987) 331

Perry, Clarence (1872-1944) 182, 320

Picasso, Pablo Ruiz (1881-1973) 251

Picón Salas, Mariano (1901-1965) 15,
124, 134, 197, 199, 201, 215,
216, 221, 230, 247, 248, 350, 363

Pirenne, Henri (1862-1935) 73, 363

Pocaterra, José Rafael (1889-1955)
143, 229, 247, 363

Poëte, Marcel (1866-1950)
264, 274, 285, 364

Pombal, marquês de (1699-1782, Sebas-
tião José de Carvalho e Melo) 59

Portales, Diego (1793-1837)
68, 71, 82, 268, 386

Posada, José Guadalupe (1852-1933)
251

Prado Júnior, Antônio (1880-1955) 282

Prado Júnior, Caio (1907-1990) 258

Prado, Paulo (1869-1943)
43, 99, 259, 286, 289, 389

Prebisch, Raúl (1901-1986) 245, 307

Prestes, Luis Carlos (1898-1990) 246

Prestes Maia, Francisco (1896-1965)
273, 275, 277, 278, 331, 351

Prost, Henri (1874-1959) 283, 320

Puga Borne, Federico (1855-1935)
159, 160, 161, 162, 164, 364

Pujol, Henrique 188

Puttemans, Arsênio 156

Q

Quevedo, Miguel Ángel (1859-1946)
163, 164, 364

Quintero, Rodolfo (1908-1985)
196, 197, 383

Quiroga, Horacio (1878-1937) 252

R

- Rama, Ángel (1926-1983)
31, 132, 232, 249, 350
- Ramón, Armando de (1927-2004) 34, 6
8, 69, 70, 147, 148, 165, 172,
234, 243, 244, 332, 386
- Ramos de Azevedo, Francisco (1851-
1928) 156, 157
- Randle, Patricio (1927-2016)
273, 292, 334, 335, 364, 384
- Rawson, Guillermo (1821-1890) 160
- Razetti, Luis (1862-1932)
159, 165, 166, 364
- Rébora, Luis A. (1919-2010)
333, 334, 364
- Reclus, Elisée (1830-1905) 185
- Reissman, Leonard (1921-1975)
307, 310, 384
- Renan, Ernest (1823-1892)
62, 128, 129, 130, 211
- Renoir, Pierre-Auguste (1841-1919) 251
- Reyes, Alfonso (1889-1959)
215, 242, 243, 364
- Riesman, David (1909-2002) 341, 364
- Rinaldini, Julio (1890-1968) 317
- Rivas Mercado, Antonio (1853-1927)
153
- Rivera, Diego (1886-1957) 242
- Rivera, José Eustasio (1889-1928)
112, 113
- Roca, Julio (1843-1914) 79, 146
- Roche, Luis (1888-1965) 196
- Rodó, José Enrique (1871-1917) 128,
129, 130, 133, 206, 212, 213,
216, 349, 364
- Rodrigues Alves, Francisco (1848-1919)
153
- Rodríguez de Francia, José Gaspar (1766-
1840) 71
- Rojas, José María marqués de (1828-
1907) 108
- Rojas Pinilla, Gustavo (1900-1975)
303, 318
- Rojas, Ricardo (1882-1957) 224
- Rolland, Modesto C. (1881-1995) 266
- Romero García, Manuel Vicente (1864-
1917) 112, 364
- Romero, José Luis (1905-1977) 11, 29,
30, 31, 37, 55, 89, 109, 137,
147, 200, 217, 218, 229, 245,
350, 369
- Romero, Silvio (1851-1914) 258
- Roosevelt, Franklin D. (1882-1945) 216
- Roosevelt, Theodore (1858-1919)
49, 120, 127
- Rosas, Juan Manuel de (1763-1867)
50, 55, 56, 67, 72, 77, 87
- Rosenzweig, Fernando de 86
- Ross Santa María, Gustavo (1879-1961)
244
- Rostow, Walt Whitman (1916-2003)
301, 302, 305, 307, 308, 309, 310,
311, 352, 364
- Rotival, Maurice (1892-1980) 27, 35, 2
84, 285, 297, 298, 319, 320,
321, 326, 327, 328, 329, 332,
352, 364, 367, 380
- Rourke, Thomas (Daniel Joseph Clinton)
144, 364
- Rulfo, Juan (1917-1986)
335, 336, 353, 365
- Ruskin, John (1819-1900) 157

S

- Sábato, Ernesto (1911-2011)
340, 353, 365
- Sáenz Peña, Roque (1851-1914)
146, 225, 243
- Saint Simon, Claude Henri (1760-1825)
51, 62
- Sales Pérez, Francisco de (1836-1926)
108, 365
- Sampaio, Carlos (1866-1930)
163, 169, 282, 378
- Sampaio, Theodoro (1855-1937) 163
- Samper, Miguel (1825-1899) 255
- Sandino, Augusto César (1895-1934) 207
- Saravia, Aparicio (1856-1904) 147

Sarmiento, Domingo Faustino (1811-1888) 50, 52, 53, 54, 56, 62, 69, 77, 78, 113, 228, 329, 365, 379

Schade Pohlenz, Alberto (1882-1961) 269

Schmidt, Robert (1869-1934) 33, 327, 376

Scruggs, William Lindsay (1836-1912) 119, 120, 124, 365

Seijas Cook, Rafael (1867-1969) 151, 152, 365

Semprún, Jesús (1882-1931) 212, 213, 350, 365

Sert, Josep Lluís (1902-1983) 318, 320

Sica, Paolo (1935-1988) 39, 105

Sierra, Justo (1848-1912) 119, 121, 122, 139, 143, 213, 214, 222, 223, 224, 226, 231, 232, 255, 347, 349, 350, 365

Silva, José Asunción (1865-1896) 100, 126, 132, 134, 156, 157, 163, 189, 230, 235, 236, 254, 269, 322, 324, 336, 337, 339, 350, 353, 363, 365, 379, 382, 385

Simmel, Georg (1858-1918) 135, 221, 222, 256, 258, 261, 365

Siqueiros, David Alfaro (1896-1974) 242, 251

Sitte, Camillo (1843-1903) 150, 156, 157, 158, 163, 264, 269, 365, 373, 390

Smith, Alberto (1861-1942) 185

Solano López, Francisco (1827-1870) 72

Sordo Madaleno, Juan (1916-1985) 315

Soria, Arturo (1844-1920) 133, 134, 172, 173, 174, 198, 365

Spencer, Herbert (1820-1903) 64, 128, 143, 211, 256, 257

Spengler, Oswald (1880-1936) 193, 222, 227, 231, 250, 260, 261, 366

Stendhal (1783-1842, Henri-Marie Beyle) 110, 232

Stübben, Joseph (1845-1936) 178, 277

Subercaseaux, Benjamín (1902-1973) 27, 170, 175, 176, 180, 261, 262, 362, 366

Sutcliffe, Anthony (1942-2011) 39, 182, 191, 275, 341, 388, 392

T

Tacón, Miguel (1775-1855) 85, 89, 111, 348

Taine, Hippolyte (1828-1893) 62, 128, 211

Tamayo, Franz (1879-1956) 113

Tarde, Gabriel (1843-1904) 256

Tönnies, Ferdinand (1855-1936) 51, 52, 220, 234, 262, 331, 366

Tosta García, Francisco (1846-1921) 108, 366

Turner, Frederick Jackson (1861-1932) 48

Tylor, Edward Burnett (1832-1917) 257

U

Ugarte, Manuel B. (1875-1951) 62, 63, 209, 212, 366

Ulhôa Cintra, João Florence de (1887-1944) 277

Unwin, Raymond (1863-1940) 63, 186, 187, 188, 264, 333, 360, 366

Uriburu, José Félix (1868-1932) 245

Uslar Pietri, Arturo (1906-2001) 231, 247, 253, 339, 366

V

Valdés Valdés, Ismael (1859-1949) 170, 178, 179, 366

Vallejo, César (1892-1938) 109, 247, 253, 338, 353

Vallenilla Lanz, Laureano (1870-1936) 137, 143, 144, 211, 255, 366

Vargas, Getúlio (1882-1954) 246, 272, 303

Vargas Llosa, Mario (1936-) 341

Vargas Vila, José María (1860-1933) 81, 123, 366

Vasconcelos, José (1882-1959) 126, 132,
138, 139, 140, 141, 205, 214,
215, 223, 224, 231, 232, 236, 242,
247, 251, 252, 265, 271,
315, 350, 351, 366, 383

Vicuña Mackenna, Benjamín (1831-1886)
90, 94, 95, 96, 97, 106, 173,
174, 256, 262, 348, 366, 385

Villafañe, Segundo (1860-1937) 91

Villagrán García, José (1901-1982)
265, 314

Villa-Lobos, Heitor (1887-1957) 254

Villanueva, Carlos Raúl (1900-1975)
283, 313, 319, 320, 367

Villa, Pancho (1878-1923, José Doroteo
Arango) 137

Villaverde, Cirilo (1812-1894)
85, 89, 111, 367

Violich, Francis (1911-2005) 34, 312, 3
20, 321, 322, 352, 367

Voltaire (1694-1778, François Marie
Arouet) 62

W

Warchavchik, Gregori (1896-1972)
277, 322

Weber, Max (1864-1920) 73, 367

Wiener, Paul Lester (1895-1967)
319, 323, 324, 352

Wilde, Oscar (1854-1900)
133, 192, 193, 201, 350, 367

Wilson, Woodrow (1856-1924)
35, 212, 377, 378

Wirth, Louis (1897-1952) 341, 367

Woolf, Virginia (1882-1941) 194

Worms, René (1869-1926) 144

Y

Yáñez, Enrique (1908-1990) 314

Yrigoyen, Hipólito (1852-1933)
146, 147, 245

Z

Zapata, Emiliano (1879-1919) 137, 140

Zola, Émile (1840-1902) 91, 115

Zumeta, César (1860-1955)
127, 128, 129, 367

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres digitales de

RIL® editores • Donnebaum

Teléfono: 22 22 38 100 / ril@rileditores.com
Santiago de Chile, julio de 2018

Se utilizó tecnología de última generación que reduce el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente el papel necesario para su producción, y se aplicaron altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos en toda la cadena de producción.



INSTITUTO DE ESTUDIOS URBANOS Y TERRITORIALES
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y ESTUDIOS URBANOS

Partiendo de concepciones de José Luis Romero, entre otros historiadores culturales, se recorre en este libro un arco de transformaciones iniciadas bajo la égida modernizadora de una burguesía que, después de la Independencia, cambiaba de comercial a industrial en América Latina. Tal como se ilustra en los episodios constitutivos de los capítulos, el período se define, en términos urbanos, desde las transformaciones de las ciudades poscoloniales o *grandes aldeas* –según la imagen epónima de la novela bonaerense de Lucio López– en el marco de las primeras reformas progresistas y liberales de mediados del siglo XIX; hasta la aparición y consolidación del urbanismo moderno un siglo más tarde, catalizado en parte por las respuestas que las *metrópolis masificadas* requerían de los gobiernos locales y nacionales. A lo largo de ese dilatado arco modernizador, cuyo escenario más frecuente son las capitales y ciudades primadas, también se trata de incorporar la representación imaginaria de la urbanización y de la modernización misma, así como el clima intelectual y académico en el que emergiera el urbanismo en tanto disciplina. Por todo ello, puede decirse que este trabajo busca inscribirse dentro del campo de la historia cultural y de las mentalidades.



RIL editores

ISBN 978-956-01-0456-4



9 789560 104564